

OBSERVACIONES

SOBRE LAS MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ M. PAZ

OBSERVACIONES
SOBRE LAS MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL BRIGADIER GENERAL

D. JOSÉ M. PAZ

POR EL GENERAL

D. GREGORIO ARAOZ DE LAMADRID

Y OTROS JEFES CONTEMPORANEOS



BUENOS AIRES

LIBRERÍA É IMPRENTA EUROPEA

M. A. ROSAS Y CIA.

143 — CALLE PERÚ — 143

1912

DOS PALABRAS

La primera edición de esta obra ha quedado completamente agotada, pasando á ocupar el puesto que corresponde á las producciones raras por el número de ejemplares y por su mérito intrínseco.

Deseando siempre coadyuvar en lo posible á la difusión de libros como éste, que contribuyan al enriquecimiento de las letras argentinas, hemos considerado que, con la reimpresión de este libro, haber hecho un bien, sobre todo á las nuevas generaciones estudiosas, para que tengan presente hasta en sus ínfimos detalles los sucesos y acontecimientos de la historia nacional.

Alguien ha dicho « que no debe ponerse óbice á la difusión de las ideas por medio de la prensa, y que las imprentas impriman é impriman siempre. »

Esta nueva edición se imponía como una necesidad sentida de poner las « Observaciones sobre las memorias póstumas del General Paz » al alcance de todo estudioso que desee conocer esta época de la vida tumultuosa de la incipiente nacionalidad argentina.

LOS EDITORES.

Como verdadero amigo del virtuoso y esclarecido General ya finado, D. Manuel Belgrano; y también como testigo y autor de las campañas y hechos que relata el General Paz en sus memorias, no puedo dejar pasar inapercibidas á la posteridad, algunas inexactitudes é infundadas inculpaciones que en ellas se hacen, tanto á dicho General como á otros varios Jefes beneméritos; y mucho menos desde que tengo yo escrito en mis memorias, desde el año 18, todos los acontecimientos que tuvieron lugar desde fines del año 11 durante la guerra de nuestra Independencia, y los posteriores hasta la toma de Paysandú á fines del año 46.

En primer lugar diré que habiendo principiado el General Paz á escribir sus apuntes, probablemente en el año 49, cuando el Sr. D. Andrés Lamas le presentó el fragmento del General Belgrano y *probablemente también mis memorias que las tenía en su poder*, pues dice Paz que hace 36 años que tuvieron lugar dichos sucesos; no es extraño que *no teniendo para referirlos otros auxilios que su memoria*, según él mismo lo dice, en sus preliminares, haya cometido unas faltas tan marcadas como dejar pasar algunos hechos de no pequeña importancia, y relatar otros con inexactitud.

No puede creer, como no lo creerán tampoco los que conocían al General Belgrano, *que éste tenía la más absoluta deferencia á cuanto decía ó hacía el Barón de Olember, y que además se aconsejaba de él para las operaciones militares, y seguía sus opiniones casi sin examen*; pues aunque es verdad que el Barón le merecía mil consideraciones, nunca necesitó el General de él, ni de nadie, para hacer observar al ejército la más estricta subordinación y disciplina desde que se recibió del mando de él en Cobos; y puedo decir sin temor de ser desmentido, que no hemos tenido nunca un ejército tan moralizado como aquel que él mandó. Verdad es que no era un gran militar ni había tenido tampoco ocasión ni tiempo para serlo, y fué esta sola la causa porque se perdió la batalla de Ayohúma; pero su capacidad, su política, la pureza de su patrio-

tismo, y su rectitud y vigilancia, le atrajeron el respeto y el amor del ejército y de todos los pueblos.

El General Paz aunque hace después un elogio de las virtudes que adornaban al general Belgrano, dice:—*que reunía cierta ligereza de carácter para juzgar de los hombres con quienes trataba, que le produjo equivocaciones muy notables, etc., etc.*

Más adelante agrega:—“De aquí resultaba que se dejaba alucinar con mucha facilidad, y hemos visto oficiales y aun individuos de tropa, *que no eran más que charlatanes*, que le merecieron un gran concepto de valientes y arrojados.” Por ejemplo, añade, “cuando quería mandar hombres intrépidos que descubriesen al enemigo, bastaba para captarse su estimación, ofrecerse á ir hasta el medio del ejército contrario, sin que después se cuidase mucho de averiguar si había ó no llenado su compromiso, y sin que le trajese mucha responsabilidad la inexactitud de sus noticias. Lo mismo sucedía, dice, con un jefe ú oficial que en teoría allanaba las dificultades de una operación, ó que se ofrecía á ir á batir una fuerza enemiga con otra de la mitad de su número. La primera impresión que *esta charlatanería* había producido en su ánimo era por lo común duradera.”

He querido copiar todas estas líneas, para que todos comprendan á quién se dirigen, y con cuánta injusticia son proferidas. Todo el mundo sabe, al menos en nuestro país, y nadie me desmentirá, que era yo el único, que cuando por casualidad no me nombraban para los lauces apurados, se ofrecía; y no con la mitad menos de fuerza como dice Paz, sino también con la 5ª parte ó más menos de fuerza, y que nunca mis ofertas fueron de boca, ni quedaban en teorías, sino que todas las reducía á la práctica y las realizaba con lucidez; y que el mismo Paz así como los demás compañeros, que reprobaban siempre dichos ofrecimientos, diciendo—“Que vayas sin excusarte cuando se te nombre, está bueno; pero que vayas á ofrecerte para ir al peligro cuando nada te han dado por los diferentes peligros de que has salvado, es el mayor de tus desatinos.” Mi respuesta era siempre—“¿Acaso sirvo yo á mi patria por ese vil interés de premios? Y á fe que he comprobado esta verdad hasta el último, y ¡quiera el Cielo que mi patria no se vea más en el caso de que le acredite todavía á pesar de mis años, que conservo y conservaré mientras viva los mismos sentimientos, á pesar de las pocas consideraciones que he merecido á todos sus gobernantes!

El General Paz sin embargo de que hace relación de los servicios que prestó á la patria desde mediados del año 11, y da noticia de varios hechos que tuvieron lugar en la retirada de nuestro ejército hasta Jujuy; pasa por alto un hecho bien notable, cual fué la acción que tuvo en Nazareno nuestra vanguardia mandada por el Mayor General D. Eustaquio Díaz Vélez, contra la del enemigo que se hallaba en Suipacha, con sólo el río de Nazareno por medio; y en el cual fué sorprendida y puesta ya en fuga, cuando una creciente repentina del río embarazó el paso al resto de nuestras fuerzas, y dió lugar al enemigo á rehacerse; y en cuyo choque una bala enemiga atravesó la garganta del valiente sargento mayor entonces D. Manuel Dorrego. A consecuencia de ese encuentro en que yo me hallé, y desempeñé comisiones de importancia por primera vez, como las de reunir varios dispersos que se habían extraviado por la Quebrada de Talina, teniendo que acometer y acuchillar por dos ocasiones á fuerzas enemigas superiores, para salvarlos, fué que se emprendió la retirada, porque el ejército contrario avanzó en seguida.

Más adelante agrega Paz.—“Tenía también (Belgrano) más facilidad de la que era conveniente para expresarse con respecto á un oficial en punto á valor, y principalmente cuando se acercaba el momento de una acción lo hemos visto muchas veces herir la susceptibilidad de un hombre *delicado* con poco motivo. Si á esto se agrega la facilidad de sus juicios, etc.” Y en su nota, refiere lo que dice le dijo Belgrano el año 17, recordando la batalla desgraciada de Ayohúma.—“*Perdí la batalla por cinco jefes cobardes que no correspondieron al concepto que yo tenía de ellos.*” Yo que me hallaba ya á su lado desde la tarde anterior á dicha batalla, por haberme hecho reconocer por su edecán desde el momento en que me le presenté después de haberme venido tiroteando con una partida de 20 hombres, contra toda la vanguardia enemiga desde que se movió el General Pezuela del campo de Vilcapugio hasta que quedó colocado en las alturas de la cuesta de Ayohuma, no le oí nunca semejantes expresiones, ni menos que hubiese herido la susceptibilidad *de ningún hombre delicado*; y no puedo menos que decir en verdad, que aunque lo hubiera sabido, no habría tenido la imprudencia de revelarlo.

El General Belgrano era el hombre más fino y delicado, y nunca le ví propararse con ningún jefe ni oficial, sin sobrada razón. Yo es verdad que no he tenido jamás la costumbre ó *habili-*

dad de saber, por juicios erróneos tal vez, á quienes podría el General haber atribuído la pérdida de dicha batalla; pero sí diré en obsequio de la verdad, que jamás se presentó nuestra caballería mejor montada en ninguna de las batallas por nuestra Independencia, que en esa de Ayohúma, pues toda ella cabalgaba los mejores y más soberbios caballos pesebreros de la capital de Charcas, y los cuales fueron mandados al ejército por su Presidente el General Ocampo; y que todos nuestros cuerpos se presentaron en dicha batalla con la serenidad y denuedo que nunca, y en la cual el General Díaz Vélez á quien tanto deprime Paz más adelante, hizo heroicos esfuerzos á la cabeza de uno de los cuerpos de infantería, por envolver al enemigo, mientras nuestra caballería volvía caras sin haber hecho nada de provecho; y aun hubo de caer prisionero por haberse avanzado demasiado, si no deja burlados á los enemigos que lo habían cercado ya, precipitándose á caballo desde un alto barranco.

Más adelante hablando el General Paz de D. Juan Ramón Balcarce y de sus otros hermanos, dice—“Se creerá que estos oficiales que siempre pertenecieron á la arma de caballería, no diesen de regreso á su país, nociones útiles sobre ella? Hasta que vino el general San Martín, nuestra caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones no prestaban buenos servicios en dicha arma porque no hubo un jefe capaz de aprovecharlas, etc. Yo no sé por qué principio el General Paz pretendía hacer tan poco favor á una arma que no conocía, y con la cual jamás ejecutó él personalmente, ninguna operación; pues aunque es verdad que con la llegada del General San Martín procuró éste muy luego uniformar las nuevas voces de mando, y que posteriormente se hicieron mil adelantos en las operaciones de todas las armas; no por eso necesitaron de la llegada de dicho benemérito General para saber maniobrar. No había yo todavía tenido el honor de conocer á ese valiente y hábil General San Martín, cuando estaba ya cansado de aprovecharme de las ventajas de dicha arma, y de la instrucción que yo mismo les daba á mis soldados, para acometer con un puñado de ellos á fuerzas enemigas muy superiores, como lo había hecho en los altos de Ayohuma y en el pueblito de Campaya, antes de la batalla de Vilcapugio, atacando de sorpresa con sólo 9 dragones á las dos diferentes partidas de 11 cazadores montados que se dirigían á sorprenderme, y á las cuales tomé con todas sus armas y caballos,

sin que se me escapara un solo hombre; y como lo hice el día mismo de la batalla de Vilcapugio, después de una retirada, bajando del Cerro con treinta y tantos dragones, á presencia de todo nuestro ejército y arrollando por dos ocasiones á más de 80 hombres de la caballería enemiga mandados por el Coronel Castro, que eran los únicos que con parte del Batallón Picuaga quedaron en posesión del campo; y como lo hice después en Tambo Nuevo y en diferentes otras veces, antes y después de la batalla de Ayohuma. También el Coronel ó comandante Zelaya antes de Vilcapugio, había tenido que salir desde la Quebrada de Ancacato ó el Ciénego á la cabeza de los dragones, y á pie, sobre una fuerte división enemiga que se avanzó repentinamente desde Chayllapata, y al frente de la cual venía yo tiroteándome con veinte dragones, y la arrollamos persiguiéndola hasta cerrada la noche hasta Pequereque, por que los caballos estaban distante y no hubo tiempo de esperarlos.

Es ciertamente sensible y bien extraño, que el General Paz ya se acordó tan tarde de escribir lo que sucedió más de 36 años atrás, no hubiese reflexionado al hacerlo, que para poner en conocimiento del público, y de un modo imperfecto por su mala memoria, los hechos que tuvieron lugar en esas campañas, bastaba relatarlos según fueron, y no ponerse á juzgar sobre todo con poca exactitud, como lo hace al describir la batalla de Tucumán en la cual como dice, “no se ocupó de otra cosa que de llevar dos prevenciones del Barón de Olember al General, para que mandara cargar la caballería de nuestra izquierda; y de las cuales sólo cumplió la 1^a, pues que en la 2^a anduvo vagando sin poder encontrar al General;” mas sin embargo no se olvida de hacer ver los mil peligros que corrió él particulamente, ya mezclándose entre los enemigos, ya sufriendo sus *medias centenas de tiros* y ya en fin estando próximo á los fuegos enemigos al lado de su jefe, que embarazaba á los nuestros el disparar sus fuegos contra los contrarios; y en fin que él no vió lo que pasó en la derecha ni reserva; y sin embargo de la caballería de la derecha dice: “Por lo demás sea caracoleando, sea oblicuando para ponerse sobre el flanco enemigo, el resultado fué que la caballería de Tristán huyó dejando á la nuestra, señora del campo, lo que *me hace creer* que la división de Balcarce se esquivó de la infantería enemiga, para lanzarse contra la caballería. para lo que no necesitaba mucho esfuerzo: pues como he dicho antes. era peor que la nuestra, etc.” ¿Un oficial español habría podido decir más, para apocar el mérito de nuestra caballería? Y luego

á renglón seguido, añade—“Debe también decirse que las armas de los soldados de caballería no estuvieron ociosas, y que ellas fueron teñidas en sangre, aun antes de que nuestra infantería hubiese arrollado la enemiga.” ¿Y cómo pues tiñeron sus armas en sangre nuestros hombres de caballería, si sólo caracoleando ó gambeteando se echaron sobre el flanco de la del enemigo que era peor que la nuestra, y que por consiguiente no debió esperarnos? Todas estas producciones de Paz, y otras muchas que omito, pero que están al alcance de todos, muestran que no ha debido ponerse á detallar operaciones que no comprendía, pues las más de ellas no las vió.

No he podido menos que reirme, al ver la fuerza que da Paz á nuestro ejército en la batalla del Tucumán, pues dice—“Nuestro ejército que tendría como 900 infantes y seiscientos caballos inclusa la milicia y lo que se decía caballería veterana, formarían mil quinientos hombres, etc.” Cuando todas las fuerzas veteranas del ejército, incluso los dragones y el pequeño escuadrón de húsares, que no llegan todos quizá á 200 hombres de caballería, no pasaban de novecientos hombres: pero las milicias solas de Tucumán pasaban de mil y seiscientos hombres, y las cuales habían sido traídas la víspera de la batalla por el Gobernador D. Bernabé Araoz, el cura Dr. P. Pedro Miguel Araoz y varios otros señores que habían salido á reunirlos para obligar al General á detenerse á dar allí la batalla, pues según sus instrucciones debía dejar abandonada dicha Provincia porque carecía de las fuerzas precisas para esperar allí al enemigo, que venía con más de cuatro mil hombres; y con cuyo total de fuerza nos formaron martillo, no digo por la izquierda como Paz dice, sino también por la derecha.

Advertiré de paso lo que Paz ignoraba, ó no quiso decir. En la mañana del 24 había salido el General Belgrano acompañado del Gobernador D. Bernabé Araoz, de los Eclesiásticos Dres. D. Pedro Miguel y D. Francisco Borja Araoz, mis tíos, de D. N. Rodríguez y varios otros vecinos respetables, á reconocer el enemigo que había dormido en los Nogales, y me llevó el General como de escolta con doce dragones, ó me le ofrecí yo á acompañarlo. El hecho fué que después de haber andado como legua y media de camino avisé yo que el ejército enemigo venía ya en marcha por el camino de los Pocitos que está al noroeste, y dejando el carril principal porque iba nuestra comitiva á su izquierda. Nuestro General me ordenó inmediatamente que marchara á observar la

marcha del enemigo en aquella dirección, y me largué al momento. Así que descubrí toda la vanguardia enemiga en marcha ya por el campo de los Pocitos y seguida de todo el ejército, mandé á 4 de mis dragones á que tomasen cada uno de un rancho inmediato un buen tizón de fuego; y como soplabá un fresco viento sur, y las pajas estaban secas, mandé prender fuego por diferentes puntos á todo el frente por donde me acometieron los enemigos, así que me descubrieron. El campo ardió instantáneamente y obligó á la caballería y aun al ejército todo, á ganar á paso de carrera hacia el flanco derecho.

Como la caballería enemiga hacía empeño por pasar á lanzarse sobre mí, yo hacía correr á mis soldados incendiando todo el campo de la izquierda y aun de la derecha, conforme me iba retirando; así fué que por medio de esta operación obligué al ejército de Tristán á ganar los montes de la falda al oeste, por la marcha de flanco; y ésta fué la razón porque tuvo que despuntar el manantial y venir á pasarlo por el puente formando su línea dando la espalda al Sur; es decir, al manantial que corre hacia el Este Sudestes, y no al río de Tucumán que corre de Norte á Sur á una legua al Este del pueblo, como dice Paz equivocado.

De lo dicho resultó que al pasar la vanguardia enemiga dejando la punta del manantial á su izquierda, tomó en ella al aguatero que estaba llenando su pipa para llevarla á vender al pueblo, y habiéndoselo mandado al General Tristán, éste le dió una onza de oro y lo hizo poner en libertad, ordenándole que le llevara la pipa de agua á la plaza á casa del Sr. Garmendia, para las doce del día, en que iba á hacer mediodía en dicha casa; mas le salió la cuenta errada.

Nuestro ejército mientras tanto había cambiado ya de posición é ido á formar fuera del pueblo con el frente al sur. Todas las milicias de Tucumán estaban colocadas en nuestra derecha bajo las órdenes del entonces Teniente Coronel D. Juan Ramón Balcarce junto con los dragones, á que yo pertenecía, y á las cuales me incorporé, habiendo sólo tenido un soldado herido en los diferentes escopeteos que tuve con la vanguardia, y habiendo ya recibido una leve contusión de bala en el pecho.

Nuestros milicianos estaban todos de guardamontes y armados mal, unos de lanza, y otros de cuchillos amarrados á la punta de un palo; y en fin no pocos no llevaban más arma que su cuchillo; los enemigos estaban ya formados y aun habían empezado sus fue-

gos cuando el Sr. Balcarce recibió la orden de cargar y mandó avanzar nuestra caballería sobre la línea de infantería enemiga; ésta así que vió la decisión con que nuestros gauchos, golpeándose la boca, cargaron *sin gambetear ni huir el cuerpo*, hincó rodilla en tierra y caló bayoneta la 1ª fila, haciendo un vivo fuego las otras, pues estaba formada á tres de frente; mas no habían llegado nuestros gauchos á sesenta pasos de ella, cuando ya se levantaron los de 1ª fila y echaron todos á huir. Allí fué la carnicería y el jugueteo de nuestros paisanos haciendo alarde de su destreza en el caballo y en el tiro de las bolas y del lazo, pues ví á muchos divertirse pealando los caballos de varios jefes y oficiales, los que cuando se levantaban atolondrados del golpe que habían recibido, se encontraban ya desprovistos de sus cacharpas (como dicen los gauchos) é invitados en seguida á subir á las ancas. Fué entonces cuando se desbandó nuestra caballería después de acuchillar en todas direcciones á los enemigos, y se entregaron los más á apoderarse de los muchos zurroneos de pesos fuertes y onzas de oro selladas, que habían á retaguardia de la línea enemiga, y de los lujosos equipajes del Ejército Real. Pero es bien ridículo que el General Paz pretenda hacer los cargos que hace al Sr. Balcarce por no haber en aquellos momentos podido reunir á hombres como aquellos, que carecían de disciplina y subordinación; cuando en casos semejantes es muchas veces difícil, el poderlo hacer con soldados disciplinados; y aun es todavía más ridículo el ocuparse de denigrar á su ayudante Palomeque y aun al mismo jefe, atribuyéndole ser el dueño del carguero que llevaba aquél. Hechos ó noticias de esa clase no hacen falta á la historia, y no tienen más objeto que zaherir á hombres beneméritos y presentarlos en ridículo antes las Naciones. Los hombres eminentes y verdaderos amigos del lustre y glorias de su patria, no proceden de ese modo: lo mismo digo de la narración bastante parcial y poco digna que hace, de la acción del río de las Piedras, en la retirada del ejército antes de la batalla de Tucumán, y por esa manía de quererlo criticar todo, deja ver con mucha frecuencia que hasta habla de hechos que no conocía, y que si fuera yo á rectificarlos todos, necesitaría emplear una resma de papel ó más; por lo tanto sólo me contraeré á rectificar los más principales.

En su relación de la retirada de nuestro ejército, página 18, línea 6ª, dice: "Es más bien de creer que en los ardientes deseos que tenía el General de hacer algo por el honor de nuestras armas

y de nuestro ejército que daba la espalda al enemigo para emprender una retirada, se proponía un movimiento cualquiera que desdijese la idea de debilidad que podía atribuírsele, y que los jefes de la vanguardia no supieron pintarle la verdadera situación de las cosas, ó que él creyó sus relaciones." ¿No es esto, pregunto, un verdadero juego de palabras? ¿Qué pretendía Paz que hiciera el General Belgrano, ó qué habría hecho él mismo con sólo novecientos y pico de hombres de que se componía nuestro ejército entonces, sin dar la espalda á más de cuatro mil hombres que venían sobre él, y retirarse? ¿A qué gastar el tiempo en conjeturas y relaciones equivocadas como la que poco atrás hace; pues dice que Díaz Vélez fué á recibirse de la vanguardia recién á Humahuaca ó sus intermediaciones cuando él á la cabeza de ella había dado el ataque de Nazareno que ha pasado por alto?

Luego más adelante, página 19, línea 9, añade: "A los tres ó cuatro días hallándose el ejército en el río de las Piedras y la vanguardia ó retaguardia á dos leguas de distancia, fué embestida por el enemigo al mando del Coronel Huyzi, y puesta en fuga perdiendo algunos prisioneros y sus dos cañones, sin que hubiesen disparado un tiro. Esta tropa en la mayor confusión y desorden se replegó sobre el ejército y pasó á formarse á retaguardia."

Todo esto que acaba de decir es muy inexacto, pues aunque es verdad que nuestra retaguardia fué cargada por la vanguardia enemiga con fuerzas muy superiores, también lo es que no fué puesta en fuga sin haber tenido antes un fuerte encuentro en el que se entreveraron ambas fuerzas, y tan es esto efectivo, que el mayor general Díaz Vélez anduvo un largo trecho mezclado entre los enemigos muy caída ya la tarde, pues se había puesto el sol; y habiéndole conocido un oficial que venía á su derecha, y dicho á los demás—éste es el general Díaz Vélez; éste lo volteó de un pistoletazo y zafó de entre ellos. Esto lo refiero porque así lo dijeron varios de nuestros dragones, y se lo oí contar á él mismo.

Nuestro ejército que se había puesto ya sobre las armas en esta banda del río, desde que recibió el aviso, y destacado no dos guerrillas de cien hombres cada una, como dice Paz, por los flancos, sino al cuerpo de cazadores á la otra banda del río con dos piezas de artillería por entre el bosque y altura de nuestra izquierda, ó del frente de ella, recibió á los enemigos con una descarga así que llegaron al bajío escampado que hay en aquella banda, casi á quemarropa, y como de allí dieron vuelta los enemigos, me tocó á mí el car-

garlos con los pocos dragones que teníamos formados en el ejército, por cuanto el resto del cuerpo había venido en la retaguardia: los acuchillamos cerca de media legua hasta que hubo oscurecido, matándoles varios hombres y tomando bastantes prisioneros, cuyo número no recuerdo, pero que es probable esté designado en mis memorias que es encuentran en poder del Sr. Lamas que me las tomó para publicarlas, y no dejo de temer que esto no se haga.

En esa noche y aun al siguiente día, recogimos varios prisioneros más, de los que se habían dispersado por entre los montes, pues el retroceso de la vanguardia enemiga nos dió lugar para registrarlos.

Volveremos á ocuparnos de la batalla de Tucumán, siguiendo el método de Paz, que tan pronto avanza como retrocede en su narración. Dice Paz en la página 28, línea 6^a: “¿Se creerá que estas operaciones nuestras, cuyo acierto es incuestionable, no fueron ni fruto de una combinación, ni emanadas de las órdenes de ningún jefe del ejército?” ¿No conocen todos el reprensible y marcado empeño de ese jefe desacordado, de querr mostrar al mundo entero, que el General Belgrano y cuantos jefes tenía ese ejército eran unos ignorantes que de nada eran capaces, y que esa batalla se ganó sólo por una carambola y no por sus disposiciones ni por el arrojo de todos los que lo componían? ¡Vergüenza da el ver que un jefe de su clase, que ha prestado importantes servicios al país, y que éste lo ha considerado, tal vez, más allá de lo que debiera, se exprese de esa manera! Luego más adelante dice: “El general Díaz Vélez se ocupaba según su costumbre en dar carreras inútiles y desacordadas, con que dándose un aire de energía se ponía en punto de apreciar la situación de las cosas en toda su extensión para tomar sus medidas de *seguridad*. Así es que aunque por resultado él fué quien se vió á la cabeza de las fuerzas que ocuparon la plaza, y de la enérgica defensa que ésta se preparó á hacer, los que tuvieron los honores de la jornada, fueron el teniente coronel Dorego y el mayor Torres.” Esto es el colmo de la mayor impavidez, pues todos saben que el general Díaz Vélez fué siempre un hombre arrojado. ¡Ojalá el general Paz lo hubiese sido tanto! Estoy cierto que entonces no habría sufrido las indebidas pérdidas que sufrió en su carrera, y que tan caro costaron al país!

¿Con que según Paz no fué el mayor general Díaz Vélez el que hizo reunir nuestras pequeñas fuerzas de infantería, nuestros cañones y los tomados al enemigo, así como los prisioneros y de

más con que se introdujo á la Plaza así que vió que nuestra caballería de la derecha se había desbandado en la persecución del enemigo en todas direcciones, y viendo que aun le quedaba al enemigo más que el triple de sus fuerzas, con las que podía apoderarse de la plaza y quedar triunfante después de su derrota? ¿Con que sólo fueron el Teniente Coronel Dorrego y el Mayor Torres, los que metieron á remolque al General, y después de haber palpado su ineptitud se le sometieron nuevamente y por un efecto de su moderación se callaron la boca y no lo denunciaron después? Parece que con lo dicho queda al alcance de todos, que cuanto dice Paz á este respecto es inexacto, y muchos más si se atiende á la relación de sí mismo, y de las funciones que desempeñó por orden de su jefe el Barón de Otemberg; y mucho más cuando él mismo dice que no vió nada de lo que pasó en la derecha ni en la reserva. ¿Ni cómo por otra parte estando á la relación que él hace de sus ocupaciones, y del lugar que ocupó en esa batalla, puede darse crédito á las críticas que hace de todos los jefes, y de cuantos movimientos se hicieron, cuando no estuvo en ellos ni pudo verlos?

Es por otra parte gracioso, el dicho de Paz, de que el General Belgrano con 200 hombres se aproximó á la ciudad el mismo día de la batalla; y mucho más gracioso lo que agrega más adelante, pues dice—“Como se agítase la cuestión de si eran enemigos los que se avistaban, ó si sería nuestra infantería, y como se dividiesen las opiniones, exclamó el general interrumpiendo su silencio: *¿Y cómo hemos de salir de dudas si yo y mi comitiva somos los que vamos de descubridores?* (1) Era así efectivamente porque á nadie se le había ocurrido mandar batidores y ni aun entonces recuerdo que lo hiciese el Sr. Balcarce?” ¿No es esto un prurito de charlar, y más que todo de herir al Sr. Balcarce, no contento todavía con cuantos despropósitos ha dicho de él? Luego en seguida dice que fué uno

(1) Esto es imposible que sucediese, en primer lugar porque no fué el mismo día de la batalla esa aproximación, sino al siguiente á media día; y no con 200 hombres sino con más de 500; y en 2º lugar porque la noche de la batalla, yo había estado sobre el campo en que se dió ella, con el objeto de indagar el estado de la plaza, y saber si estaba ocupada por nuestras fuerzas ó por las enemigas, y había sido anoticiado por un paisano de que el general Diaz-Velez con nuestra infantería, era el que la ocupaba, y cuya noticia había yo dado esa misma noche al general; y aun le había anunciado que mandé un paisano á la plaza á decir á Diaz-Velez de mi parte, que estábamos con el general y bastante caballería, en el Rincón.

de los que se apresuraron á suplir esa falta. ¡Siempre él el 1º, á llenar los vacíos que dejaban tantos hombres ineptos y chalata-nes; y es milagro que no se le hubiese ocurrido, ó se le ocurra en adelante, el justificar la parte que él tomó en el movimiento de Arequito, para comprobar que la ineptitud del general Belgrano ó de su 2º el general D. Francisco Fernández de la Cruz le obligó á dar ese paso *salvador!*”

La verdad es, como digo en la nota, que al siguiente día nos aproximamos, y que después de haber sufrido un rato los disparos de cañón que nos hizo el enemigo, nos retiramos al Rincón y que el enemigo se mandó mudar esa noche y el general entró al pueblo el 26 con toda la fuerza que se había ya reunido, y que pasaba de 500 hombres, y muchos prisioneros que por instantes habían estado presentando nuestros milicianos, y que aun continuaron presentán- do hasta las mujeres.

Quiero hacer notar una descripción muy graciosa que hace Paz cuando el mismo día de la batalla, y después de haber él sal- vado los dos cañones y entregádoslos á Heredia para que los lleva- ra al general Belgrano, y le dijese que él se dirigía á adquirir noti- cias de la ciudad, dice—“Tomé sólo dos hombres bien montados y prácticos del lugar, porque eran tucumanos, é hice un cuarto de círculo á distancia de la ciudad, hasta ponerme perfectamente rum- bo Sud: entonces dando una conversión á mi izquierda me dirigí rectamente hasta penetrar en las primeras calles. Todas las puer- tas estaban cerradas, ensayamos á tocar algunas y fué del todo inú- til, tuve pues que seguir adelante por la calle recta de la Matriz sin ver ningún viviente, sin embargo que no serían más de las tres de la tarde, etcétera, etc.”

He querido copiar toda esa parte de su narración, para hacer ver que estaba probablemente trastornado cuando esto escribía, ó que lo inventaba de su cabeza, sin conocer aun los lugares que des- cribía, y voy á demostrarlo. Cuando él se encontró con Heredia y le entregó los cañones para volverse al pueblo, éste quedaba á su frente, es decir, como unas 8 ó diez cuadras al norte: haciendo un cuarto de círculo á distancia de la ciudad, no podía ponerse rumbo Sud, sino Este ú Oeste, según el lado sobre que hubiese girado. Después de esta explicación, pregunto: ¿Cómo pudo dando una conversión á la izquierda haber entrado por la calle de la Matriz, que es de Sud á Norte? y mucho más si se advierte que las orillas del Sud del pueblo, estaban ocupadas por las fuerzas del General

enemigo? ¿Ni cómo pudieron tener lugar todas las cosas que ha relatado después de la batalla y venir él á entrar al pueblo á las tres de la tarde, y por sobre los enemigos?

Pasaremos por sobre la ridícula y larga relación que hace de todos sus comedimientos, de su sueño y de toda la grosera y embustera crítica que hace á Díaz Vélez y á tantos otros, nada más que porque se le autojó suponer que no habían tomado todas las precauciones que á la edad de 58 años, que fué cuando escribió, comprendió que debieron haber sido mejores; y en fin porque los juzgaba *lerdos, gritones ó ineptos*. Nos ocuparemos pues en seguirlo en su poco exacta descripción de la retirada de Tristán y de la persecución que le hizo el general Díaz Vélez, y en cuya operación fuí yo también. En el campo de los Mogotes, ya territorio de Salta, dimos alcance al enemigo estando éste campado, y ya de noche, y emprendimos sobre dicho campo un fuerte tiroteo por diversos puntos, que lo puso en la mayor alarma y obligó á ganar las alturas abandonando sus fogones y los asados que en ellos tenían, disparando sobre nosotros algunas descargas sin tino, y aun varios cañonazos, después que los escopeteamos por algún tiempo con pequeñas partidas, nos alejamos un tanto y pasada la media noche volvimos á escopetearlos hasta que continuaron su retirada antes de amanecer.

Yo era el destinado á ir en su observación más inmediata, con una partida de doce dragones, y los tiroteaba con frecuencia á las fuerzas de su retaguardia que no pasaban de cien hombres montados, si es que alcanzaba á este número. Al acercarse al Rosario, había que pasar por entre un monte algo espeso ó poblado de árboles, y yo adelante por entre él á mi izquierda á cuatro dragones, con la orden de romper el fuego sobre el flanco izquierdo de la retaguardia enemiga, en el momento en que yo gritase á la carga á mis dragones por su retaguardia: así lo hice cuando ví llegado el momento, y los cuatro hombres después que dispararon sus tiros, repitieron la voz de á la carga y los atropellaron también por el flanco, de lo que resultó una vergonzosa fuga de la retaguardia enemiga, y que acuchillásemos algunos hombres tomándoles, no recuerdo si tres prisioneros y algunas armas que arrojaron. Igual operación practiqué en el lugar de los algarrobos al llegar al río, pasaje en donde encontré recién sepultados tres ó cuatro cuerpos de los hombres heridos que llevaban.

Cuando nosotros llegábamos á las orillas del pueblo de

Salta con la vanguardia, por el camino de la izquierda, que habíamos tomado más allá del Pasaje, el ejército de Tristán estaba descendiendo del Portezuelo, y salió el coronel Castro con una fuerte división de caballería é infantería á nuestro encuentro. Después de algunas escaramuzas y escopeteos, emprendimos nuestra retirada por el Bañado, camino de las cuevas y Castro nos siguió hasta poco más allá de dicho Bañado, y me acuerdo que tuvo lugar allí una fuerte guerrilla entre una compañía de nuestros cazadores que cubría nuestra retaguardia, y una crecida fuerza de caballería enemiga, que la cargó al subir las lomadas; y viendo yo que nos acuchillaban á unos cuantos cazadores que se habían atrasado, cargué con unos cuantos dragones y los salvé, habiendo yo mismo levantado en aucas á uno de ellos, en los momentos en que iban ya á tomarlo. Esto es todo lo que ocurrió en la persecución á Tristán y lo que dice Paz de Jujuy.

Lo que dice el general Paz en su juicio crítico sobre la batalla de Tucumán, de las brillantes cualidades del general Belgrano, es exacto; y hubiera sido más que injusto si no hubiese procurado enmendar la falta que cometió al principio, atribuyéndole defectos que no tenía, pero es muy extraño que aun insista en decir que nuestra caballería nada sabía, y que nuestros soldados hasta lloraban cuando se les daba una lanza á falta de sable. Nuestros gauchos eran los que se indignaban cuando se les daba una lanza con una larga asta; así fué que la cortaron casi por la mitad, cuando se les dieron para la batalla, lo cual no era extraño porque entonces no se había hecho todavía uso de esa ventajosa arma, y no sabían por consiguiente manejarla; pero no por eso se dejaba de dar á nuestros cuerpos de caballería la instrucción que era necesaria, tanto sobre el manejo del sable, como sobre las maniobras; y es completamente inexacto lo que dice:—“No se daba más voz que la de avancen y lo hacía cada uno como se le antojaba.” Pues todo esto no es más que querer ridiculizar por capricho. Luego más adelante, hablando del poco aprecio que dice se hacía del arma blanca, añade—“Ya se deja entender, que en la primera oportunidad se tiraban las lanzas para armar al caballero con una tercero-la, ó un fusil luego, con el que llegado el caso de un combate hacía su disparo sujetando su caballo para cargar, cuando no tomaba la fuga. Yo como uno de tantos participaba de la crasa ignorancia de mis compañeros, y no valía más que los demás.” No juzgando propio desmentir esta su última confesión, diré sin embargo que,

jamás participé yo de esa crasa ignorancia que supone, ni me ocupé nunca en gastar pólvora contra los enemigos, pues mi costumbre fué siempre, carabina á la espalda y sable á la mano, y en seguida, trote, galope y por fin á degüello ó á la carga; y por cierto que jamás fuí obligado á cejar.

Al designar el general Paz el orden en que estaban formadas nuestras columnas de infantería en los momentos antes de la batalla de Salta, y los jefes que las mandaban, pasa por alto un hecho que no dejó de llamar la atención de todo el ejército. Dispuestas ya las columnas para el ataque y hallándose nuestra caballería y todos los jefes desmontados, se vino á media rienda un jefe enemigo desde su línea, y creo que fué el comandante Castro; y ya cerca de nosotros quisieron algunos de los nuestros hacerle fuego ó salirle al encuentro, pero nuestros generales lo embarazaron juzgándolo pasado.

Habíase aproximado ya como á una cuadra de nosotros hacia el centro, cuando sujetó su caballo y nos llenó de insultos tratándonos de porteños ladrones, etc. Apenas había proferido la primer palabra, cuando salté yo en mi caballo del lado del general Díaz Vélez, á quien servía yo de ayudante, y me lancé en su persecución con espada en mano, á pesar de los gritos que me dieron para que volviese, y aunque le perseguí hasta muy cerca de su línea desafiándolo á que me esperara, no pude conseguirlo; y hube de caer prisionero de una partida de caballería que habían desprendido de su izquierda para cortarme, si el general Díaz Vélez que lo observaba, no hubiera mandado una partida de dragones para protegerme. Esa noche, antes de la batalla, había sido yo mandado por el general á ordenar al entonces comandante D. Cornelio Zelaya, que se hallaba de avanzada con un escuadrón en la falda de San Bernardo para que se retirara, y habiéndome avanzado demasiado sobre la derecha enemiga (cuya línea estaba iluminada) sin poder dar con él, ni conseguir que me respondiera á dos gritos que le di llamándole por su nombre, dióme el quien vive un individuo muy inmediato á la derecha.

Como la noche estaba muy oscura y lloviznando, y me hallaba ya muy inmediato á la línea enemiga, é iba yo con mi pistola amartillada en la mano, me lancé sobre él y arrojándole la pistola al peche, díjele: ¡Vd. es porteño! Sorprendido el hombre por mi actitud, me dice: ¿Yo porteño? ¡Ni Dios lo permita! Soy más cris-

tiano que... sargento de la guerrilla del comandante Somo Curcio, y agregando en seguida, ¿qué no me conoce, Sr.?

Sobresaltado yo con esta revelación, pregunté sin detenerme, y girando la vista: ¿Y dónde está su gente? Entonces, habiéndome contestado el sargento que había venido sólo al pueblo, mandado por su comandante á llevarle un poncho, pan, queso y unas gallinas asadas, me tranquilicé y le mandé que siguiera en dirección á nuestra línea, cubriendo yo su retaguardia, cuando rompiéndose un tiroteo al frente de nuestra derecha, dícame—Velay, Sr., ese fuego es de mi guerrilla, lléveme allá y se desengañará de que no soy porteño.

Yo que había conocido ya que el sargento estaba algo ebrio, le apuraba á que trotase en distinto rumbo al de la guerrilla, y cuando yo calculé que estaba inmediato á nuestro costado izquierdo le dije—Yo soy porteño y está Vd. prisionero, vengan las alforjas de provisiones de su comandante y nada tema Vd. El sargento se sometió, me alcanzó las alforjas bien provistas y también un par de chifles de buen vino que me dijo llevaba también para su comandante.

Advertiré que hacía dos días que no habíamos comido, y se conocerá con cuánto gusto recibiría yo las provisiones que las compartí con los dos generales, y participé también á los demás ayudantes.

Del campo de Castañares hasta las orillas del pueblo de Salta, en las cuales estaba formada la línea enemiga, hay un declive bastante sensible; así fué que luego que emprendieron su marcha nuestras columnas sobre la línea enemiga, en el orden que el general Paz designa, rompió la artillería de éstos sus fuegos sobre nosotros. Nuestras columnas desplegaron en seguida sobre la marcha, con la mayor bizarría, y recibieron la orden de no disparar un tiro mientras no se ordenara. El Sr. general Belgrano que había tenido esa mañana un fuerte vómito de sangre, marchaba sin embargo á retaguardia de nuestra línea resuelto á mandarla desde su carretilla.

La línea enemiga había roto ya sus fuegos sobre la nuestra. El mayor general Díaz Vélez, que era el que mandaba inmediatamente nuestra línea en aquellos momentos, venía por entre ambas líneas desde nuestra derecha hacia la izquierda proclamando á los cuerpos y seguido por todos sus ayudantes.

Como íbamos ya muy inmediatos, y perdiendo algunos hombres por los fuegos de la infantería enemiga, el comandante D.

Gregorio Pedriel rompió el fuego sin orden por nuestra izquierda, en circunstancias que veníamos pasando por el frente del primer batallón del núm. 6, y como los demás cuerpos que seguían del 1º por nuestra derecha habían seguido también su ejemplo, echóse dicho batallón los fusiles á la cara para romper sus fuegos, precisamente cuando íbamos á pasar por el frente de la izquierda. Entonces el general Díaz Vélez les dió un grito advirtiéndolos que estaba á su frente y conversó á la izquierda saliéndose por el claro que había entre los dos batallones.

Al grito del general, los unos levantaron las armas y los otros seguían con el dedo en el disparador; y como yo en aquellas circunstancias era el último de su comitiva, me cupo la desgracia de recibir un balazo en el muslo izquierdo al volver mi caballo sobre dicho costado casi tocando las bayonetas de los últimos de los soldados del primer batallón. Yo no sentí en aquel momento otra impresión que la que pudo haber ocasionado un gran golpe con una bolsa de afrecho, y por consiguiente apreté las espuelas á mi caballo corriendo á nuestra izquierda, por retaguardia de nuestra línea, en alcance del mayor general; mas como la sangre empezó á saltarme á borbotones, pronto me sentí desfallecido sin haber podido alcanzar al general Díaz Vélez ni á sus demás ayudantes; y considerando impropio el retirarme sin conocimiento de mis superiores, corrí á nuestra derecha en el cauce de mi cuerpo de dragones, y logré avisar á mi comandante el Sr. D. Diego Ballesteros, ó no recuerdo si el Sr. Zelaya: que estaba herido, en circunstancias en que se llevaba ya por delante á la caballería enemiga.

El comandante me contestó—¿Y qué me viene Vd. á avisar puesto que está herido? Retírese á la reserva: así lo hice con mucho trabajo sosteniéndome apenas, agarrado de la cabezada de mi lomillo, y oyendo silbar las balas de cañón que pasaban por sobre mí á la reserva. Llegué por fin y me desmontaron en un barranco que había junto á las carretas, y me acuerdo que al desensillar mi caballo para hacerme la cama con mi montura, cayó el taco de la bala de entre el pellón y una frazada que llevaba debajo, y ésta que había pasado el pellón, todos los dobleces de la frazada y hasta la arcionera del estribo del lomillo, la carona y las jergas, y héchole por fin una peladura al caballo en la paleta, cayó algo achatada al quitar las jergas al caballo.

Me curaron muy luego, y acomodado en una cama dentro de la barranca púseme á cantar la marcha Nacional, mientras conti-

nuaba el estrepitoso fuego en la plaza, pero no sintiéndome ya más balas de cañón sobre nuestra reserva, cuando á pocos momentos traen al general Díaz Vélez herido también en el muslo izquierdo por los enemigos, y sin que hubiese podido haber la menor duda, como dice Paz, de que su herida hubiera sido hecha por nuestras balas. Su herida fué curada á mi presencia y con la mayor prontitud, á sus instancias, pues quería volver al pueblo hasta que terminara el combate; mas el Dr. D. Baltasar Tejerina, que era el cirujano mayor, no se lo permitió.

Me acuerdo que incomodado entonces Díaz Vélez, tomó sus pistolas y amenazó levantarles la tapa de los sesos á sus ayudantes, si no le presentaban su caballo ensillado para hacerse cabalgar en él. Todos sus ayudantes corrieron entonces á una seña del facultativo, como para preparar el caballo, pero no volvieron á presentársele, y quedó el general rabiando como un desesperado, y muy luego desapareció casi enteramente el fuego, pues que había triunfado ya nuestro ejército.

He querido hacer intencionalmente esta prolija y verídica relación, para desvanecer ante el público esa injusta idea del general Paz, de quererle hacer aparecer sólo como un gritón cobarde.

El general Belgrano, que mostró siempre un valor probado en todos los combates, pues jamás se esquivó de los peligros, fué entonces, creo, que montó á caballo para continuar mandando personalmente la acción, cuando supo la herida del mayor general.

Al día siguiente de la batalla, y después de rendidas las armas por el ejército del general Tristán, y estando ya acomodados en casa de nuestro tío don Francisco Aráoz, en una misma pieza, mi primo el general Díaz Vélez y yo, fué aquel general á visitarlo, y tuve con este motivo el gusto de conocerle; y en últimos del año 32 en que me hallaba emigrado en Lima, le debí el servicio de 600 pesos fuertes que me libró desde Arequipa para que pudiera después regresarme con ellos á mi país.

No dejo de extrañar que el general Paz no haya hecho en sus memorias, el recuerdo honroso que merecen los buenos servicios que prestó á la patria en las batallas de Tucumán y Salta, el distinguido escuadrón de decididos de esta última, que fué formado cuando la retirada de Salta ó Jujuy, de todos los jóvenes y vecinos decentes que emigraron; y el cual fué mandado en ambas acciones, creo que por el coronel de milicias D. Apolinar Figueroa, y por lo cual hago este merecido recuerdo en la presente rectificación.

Me parece en extremo exagerada y fuera de verdad, la relación que el general Paz hace de nuestra caballería al entrar nuestra vanguardia á Potosí mandada por el general Díaz Vélez, pues dice que—"toda la tropa cabalgaba en mulas muy flacas, muy malas y sin siquiera herrarse. No se creía que la buena cabalgadura fuese de gran importancia para el soldado de caballería, ni aun en el combate, etcétera, etc." Este es un error y no el primero, pues dice en varias ocasiones que nuestra caballería cabalgaba en mulas al entrar en algunas batallas.

Verdad es que la infantería cuando iba montada era siempre en mulas, pero no tan flacas y malas como las pinta, y muchas ó la mayor parte se llevaban siempre herradas por la conveniencia misma del ejército, por el alto precio que costaban; mas nuestros cuerpos de caballería siempre conservaban los precisos caballos herrados y los cuidaban cuanto les era posible porque nunca faltaba el forraje, y aun nuestros oficiales y muchos de los soldados compraban con frecuencia grano, y lo conservaban cuidadosamente para dar un pienso á sus caballos. ¿Ni cómo es posible creer por otra parte que unos hombres como los nuestros, que se crían sobre el caballo desde que aprenden á caminar, no conociesen su importancia y se esmerasen para cuidarlos, aunque no fuese más que por no tener que atravesar á pie tan ásperas serranías, y caer en manos de sus enemigos?

Yo marchaba entonces con el general Díaz Vélez, sin que las heridas de uno y otro estuviesen aun acabadas de cerrar; y como pasé en la misma casa que el general y presencié todos los obsequios y el gran baile que se le dió, no puedo menos que decir en obsequio de la verdad, que el general Paz exagera en demasía cuando dice—"que la concurrencia no fué lucida, porque no era de lo principal." Verdad es que una que otra de las señoras de la alta aristocracia estaban ausentes, pero no por eso dejó de concurrir lo principal de las señoras, y también de los Sres. que no habían emigrado.

También es poco exacto lo que dice Paz en la última página de la 3^a entrega, al referir la salida del regimiento de dragones desde Potosí, á establecerse en el pueblito de Llocaya formando la vanguardia del ejército á distancia de nueve leguas, pues fué allí donde se fijó bajo las órdenes del entonces comandante D. Cornelio Zelaya; pues aunque nos servíamos generalmente de mulas para las marchas, como que son las más sufridas y á propósito para la aspereza de los caminos, nunca nos faltaron los caballos de reserva

para entrar en pelea, ni carecimos casi nunca de alfalfa seca, y cebada en rama para el forraje; porque es cosa que abunda, y nos la proporcionaban los naturales del país, aun de inmensa distancia, y también cebada en grano; pues los indios fueron siempre más afectos á nosotros que á los españoles, pues aun en nuestras derrotas, á pesar su miseria, jamás nos alejaban sus llamas y ovejas, como lo hacían siempre con las tropas españolas.

Cuando salió mi regimiento de dragones á ocupar la vanguardia, yo pedí al general Díaz Vélezirme con él, porque nunca gusté de hacer el servicio de ayudante, porque me alejaba de participar de los peligros y fatigas de mis demás compañeros; y es en extremo sorprendente el empeño con que Paz pinta á nuestros hombres de caballería, en aquella época, como los más ignorantes é incapaces de cuidar hasta de sus caballos, cuando todos saben que el soldado argentino ha cuidado siempre más de su caballo que tal vez de su querida.

El regimiento estuvo establecido en Llocaya por algún tiempo, y ocupando sus avanzadas las inmediaciones de Leños ó Tolopalca, que son postas de la carrera á Oruro, y es en extremo sorprendente lo que Paz dice á la conclusión del folio 96. "Sin plan, sin objeto, sin mira alguna, seguimos adelantando camino hasta Tolopalca, distante 24 leguas de Potosí. Allí tuvo parte el jefe de vanguardia, etc., de que una fuerza enemiga se hallaba en Condo Condo, y nuestro jefe resolvió atacarla y marchamos, etc., etc." Cuando he dicho que es en extremo sorprendente lo que acabo de copiar de las memorias de Paz, es porque todos conocían que el comandante Zelaya era un jefe arrojado y valiente, pero poco charlatán y menos arbitrario; y que por consiguiente no marchó sin plan, y mucho menos sin orden, sobre el enemigo.

Respecto á lo que Paz dice en las páginas 100 y 101 de la 4ª entrega sobre nuestro movimiento de Ancacato contra las fuerzas enemigas que se nos aproximaban desde Chayllapata para Pequereque, me refiero á lo que dije al principio indicando la salida que hizo á pie el comandante Zelaya desde Ancacato, y sólo agregaré que cuando pasábamos por diferentes veces el arroyo que hay de Ancacato á Pequereque en persecución de los enemigos, era ya de noche, y tuvimos que tirar casi todos, los botines ó polainas, porque se nos acorcharon con las mojaduras, pero no recuerdo semejantes desconcertadas maniobras que hubiese hecho el comandante Zelaya, como Paz lo dice, no sé con qué fundamento, porque los

enemigos emprendieron su retirada desde que percibieron que el cuerpo marchaba sobre ellos, y ya muy caída la tarde. Tampoco es exacto que hubiese habido tal confusión en el cuerpo, que el comandante no supiese ó pudiese repararla; y nadie podría creer que cuando algo de esto hubiera sucedido, que no sucedió, ó que alguna urgente causa hubiera obligado al comandante á separarse por el momento, hubiese llamado á Paz como el único capaz de enderezar los entuertos, pues más de que tenía el cuerpo al mayor tenía otros capitanes más antiguos y de mayores conocimientos militares que él, como Arévalo y Heredia (D. Alejandro).

Aquí es oportuno referir un hecho que calla Paz, cual fué la marcha que hizo entonces para la provincia ó sub-delegación de Macha, el capitán D. Domingo Arévalo con un escuadrón de dragones, de ciento y pico de hombres, y llevando en su compañía al dicho capitán Heredia y á mí, con otros varios oficiales. Fué entonces cuando hice mis primeros ensayos sorprendiendo con 9 dragones á dos partidas distintas de infantes montados, y compuestas cada una de un sargento, dos cabos y 8 soldados, y á las cuales las tomé prisioneras con todas sus armas y caballos sin que se me escapra un solo hombre.

Aquí se hace necesario referir un hecho que tuvo lugar inmediatamente después que tomé la última de estas partidas en el pueblo de Caropaya, porque de su relación ó conocimiento *tomó probablemente Paz en Río de Janeiro, al escribir sus memorias la célebre idea que expresa en la 5^a entrega hablando de mí; pues entre otras cosas que dice equivocadamente, al relatar los aprestos para la batalla de Ayohuma, agrega—“Manifestó una rara inclinación al servicio de partidas (cuando por lo dejó relatado hacía ya tiempo que me había hecho conocer, no sólo antes de la batalla de Vilcapugio, sino también en ella misma como diré más adelante, y días después en Tambo Nuevo) y con las que le confirió el general Belgrano, tuvo choques frecuentes y dió muestras del valor que después lo ha distinguido. A una audacia natural, reunía un espíritu de puerilidad que admiraba á los que lo conocían: marchaba al enemigo comiendo caramelos y en lo más importante de una operación distraía algunos hombres de su partida para que fueran á buscarle una libra de dulce.”*

Cuando sorprendí la última de dichas partidas en el pueblo de Caropaya, el coronel ó comandante entonces Olañeta, estaba muy inmediato con una fuerza de 200 infantes y 50 caballos, y así que

supo la prisión de su partida se movió con toda ella hasta más adelante de dicho pueblo y acampó. Así que entregué los prisioneros á Arévalo por la tarde, me empeñé con él fuertemente, para que fuéramos á sorprender en la noche á dichas fuerzas, y lo conseguí por fin á fuerza de mis instancias; mas cuando nos aproximamos á ellas ya al acercarse el día, se desanimó Arévalo, y retrocedió, dejándome á cubrir su retaguardia con 20 dragones y continuó su retirada.

Así que amaneció y fué descubierta la guerrilla que dejamos para los exploradores enemigos, se movió Olañeta en nuestra persecución, y avisado Arévalo por mí, dirigió su ruta al mineral de Aullagas. Nuestras cabalgaduras no estaban buenas en su mayor parte, y fué por esto que me ordenó Arévalo que me sostuviera cuanto pudiera en una quebrada ó estrecho que formaban dos cerros, y por donde únicamente podían seguirnos los enemigos. Efectivamente me estacioné de firme en la boca del estrecho y rompí el fuego sobre la caballería enemiga, y no sólo obligué á detenerse contestando á mis fuegos por un buen rato hasta que llegó toda su infantería, sino que le matamos también á su comandante y dos soldados. Así que llegó Olañeta con la infantería mandó romper el fuego sobre mi partida, pero sin atreverse á cargar para desalojarme.

Arévalo, que había ya mientras tanto ganado la cuesta con el resto de su fuerza, lo mandó al capitán entonces D. Alejandro Heredia á darme la orden para que me retirara; cuando él llegó á mí á comunicármela, estaba yo á la cabeza de mi partida escopeteando á los enemigos muy de cerca y comiendo chancana ó aucupe, porque he sido muy goloso, y le ofrecí un pedazo que tenía en la mano. El me contestó entonces—vete al diablo con tu chancana, bonitas son las circunstancias para ponerse á comer dulce, y dió vuelta y se retiró de galope siguiéndole yo muy luego.

Como Heredia era íntimo amigo de Paz, y después de ser general aquél, me recordaba cuantas ocasiones me encontraba, la oferta de la chancaca, es probable que le hubiese contado; pero decir Paz que en lo más crítico de una operación distraía yo algunos hombres de mi partida para que fueran á buscarme dulce, es el colmo del ridículo, pues cuando esto hubiese sido cierto, que no lo es, sólo probaría una serenidad á toda prueba, y que me consideraba bastante fuerte sin ellos para sostenerme.

En el folio 104 de la cuarta entrega dice—"De propósito me he detenido en detallar (á mi antojo debió decir) estas pequeñas operaciones, porque ellas más que otra cualquiera explicación, manifiestan nuestro estado de atraso, la ignorancia de los jefes, y el ningún conocimiento en la arma de caballería, etc., etc." Me parece que ni el coronel Zelaya ni ninguno de los muy contados jefes que existen de aquellos tiempos, dejarán de desmentir tan gratuitos como injuriosos cargos á todos los jefes y oficiales de caballería.

Luego más adelante á fojas 117 entra á describir la pasada del ejército de Pezuela desde Condo Condo sobre el nuestro que estaba en Vilcapugio, el 1° de Octubre del año 1813, pasando por alto la incorporación del escuadrón que mandaba el capitán Arévalo, lo cual lo verificamos esa noche antes, y me acuerdo que me destinó á mí el general con una parte de la fuerza á que fuera á reunirme á la parte del cuerpo de dragones que estaba avanzado á la boca de la quebrada, que estaba al frente de nuestra izquierda, bajo las órdenes del comandante Bernal, porque se juzgaba que el enemigo podría descender por ella. Toda esa noche la pasamos en vela, cuando ya al aclarar el día recibió el comandante el parte del oficial que mandaba la avanzada de nuestra derecha, al pie del cerro de Condo, que ya todo el ejército enemigo había descendido por el frente.

Recibido este parte, dispuso el comandante su retirada, y como ya los enemigos tenían formada su línea á la altura de la derecha de dicha nuestra fuerza, tuvo que emprender su retirada por entreambas líneas, dejándome á cubrir su retaguardia con 20 dragones. Muy luego avanzó el enemigo desde su ala derecha, una fuerza de caballería sobre nosotros, y contra la cual sostuve un fuerte tiroteo mientras pasó nuestra fuerza á ocupar la derecha de nuestra línea que se movía ya en marcha sobre el enemigo.

Al pasar yo por el frente de nuestro general el Sr. Belgrano, me mandó éste llamar con uno de sus ayudantes, y al presentármelo sacó de sus pistoleras una de sus pistolas y alcanzándomela él mismo dijo—valiente capitán, tome V. esta pistola que espero la empleará V. bien, y pase á reunirse á su cuerpo. Apenas me incorporé al cuerpo con la pistola en la mano, cuando ya se dió en seguida la orden de carga.

La caballería enemiga cejó, pero nos habían volteado ya á nuestro comandante Bernal, que era el que mandaba, seguimos la

persecución del enemigo, pero cayó en seguida nuestro capitán D. Francisco Zamudio; continuaba con el mando el capitán graduado Mella, que era más antiguo que yo, y habiendo caído éste en seguida, seguí yo precipitadamente á la cabeza de los dragones, y alcanzando en seguida á un oficial de los enemigos que fugaba llevándome la derecha le descargué la pistola arrimada á su costado izquierdo, y al caer muerto, pasé de las ancas de su caballo, á las del mío, unas alforjas de provisión que llevaba.

Ibamos ya á llegar á la falda del cerro de Condo acuchillando á los enemigos, y lo perseguía yo muy cerca al comandante Castro, que era el jefe de la caballería, me gritaron mis soldados de atrás—“Mi capitán, están tocando reunión y se retira nuestra gente.” Al volver yo la cara á este aviso, y ver una línea de infantes que se estaba formando á espaldas de mi izquierda, no dejé de sorprenderme juzgando que fueran nuestros enemigos, pero habiendo muy luego conocido por las gorras que eran los nuestros, y que se retiraban, me retiré también con los pocos dragones que me habían quedado.

Nuestros dos generales se habían ya abrazado en el campo después de desecha la línea enemiga y estar en posesión de su artillería del centro que habían abandonado, cuando sonó la maldita retirada, que hasta el día de hoy no se ha podido averiguar quién fué el que la mandó tocar. El resultado fué que al oírlo, y volver nuestras tropas la vista atrás, y observar que la cima del cerro de nuestra espalda estaba coronada de gente, juzgaron sin duda que era alguna fuerza enemiga, y empezando á gritar—al cerro, al cerro, se dirigieron todos á él, sin que nadie pudiese contenerlos. Nuestros cañones y los tomados al enemigo, que al principio se retiraban también tirados por nuestros soldados, fueron abandonados.

La gente del cerro no era otra que los indios mirones que seguían á nuestro ejército para servirlo. En el campo enemigo no quedó más fuerza que los restos del batallón Picoago que no pasarían de 400 hombres, y como unos 80 caballeros al mando del comandante Castro; todo lo restante del ejército de Pezuela se había dispersado ó quedado tendido en el campo. Esta es la verdad de lo que ocurrió en la batalla de Vilcapugio, y no es exacto lo que Paz dice más adelante.—“Todos los puestos avanzados estaban cubiertos por mi regimiento, de modo que estaba empleada la mitad de él. Esas guardias se fueron replegando en proporción que avanzaba el enemigo y se fueron colocando á la derecha de nues-

tra línea: de este modo no se incorporaron á sus compañías y escuadrones y obraron sin un jefe que los organizase en escuadrones, y en lo general, sin la asistencia de sus propios oficiales, etc., etc." Ya he dicho que el comandante Bernal estaba con un escuadrón, ó tal vez más del cuerpo, destinado á cubrir la bajada del cerro de Condo, por nuestra izquierda, cuando nos incorporamos ya de noche al ejército con Arévalo y Heredia, y que á mí me mandó el general á reunirme con él á la gente de mi compañía. El capitán Zamudio, que era del cuerpo, estaba también con dicho comandante, con que no comprendo como dice Paz que—"obrarón estas fuerzas sin un jefe que las organizase en escuadrones y en lo general sin la asistencia de sus oficiales propios."

Es lo más raro que he visto en mi vida la descripción que Paz hace más adelante hablando de la carga que él dió con parte del cuerpo de dragones por nuestra izquierda, sobre un cuerpo de infantería enemiga. ¡Quedarse parado con su cuerpo á cuatro varas de un grupo de infantes asustados, con sus fusiles decargados y estarse algunos minutos sólo mirando y sin atreverse á cargarlos!

Apartemos la vista de esta confesión vergonzosa, y sigámosle en sus posteriores detalles sobre la retirada de nuestra ala derecha y nuestro centro, después de vencedores por el toque de retirada.

En el último párrafo del folio 123 dice—"Después de reflexionar maduramente sobre este fatal incidente, creí y creo hasta ahora, que nuestra desgracia consistió en la falta de un jefe de mediana capacidad y de valor que diera dirección á más de la mitad de nuestro ejército que estaba vencedor, etc., etc." Es claro que ni Belgrano, ni Díaz Vélez, ni ningún otro de los jefes que quedaron en los cuerpos del centro y la derecha de nuestro ejército, tenían una mediana capacidad, ni el valor necesario para dar dirección á más de la mitad de nuestro ejército que estaba vencedor. Esto es calcular á los 36 años después de esos acontecimientos, con un juicio que no tenía entonces, y sobre hechos que no presencié, calumniando á sus jefes y oficiales.

La verdadera causa de la retirada dejando de perseguir al enemigo ya vencido, fué el toque de retirada y la creencia de que la multitud de hombres que ocupaban la cima del cerro de nuestra espalda eran enemigos, pues ya he dicho atrás que así que nuestros hombres volvieron la espalda para obedecer al toque de retirada, y los observaron, comenzaron todos á gritar: al cerro, al cerro; y no bastaron los reiterados esfuerzos de todos los jefes y oficiales para

hacerlos volver á nuestros soldados, cuando nos hubimos desengañado que sólo eran nuestros indios los que ocupaban las alturas. Es desde luego un prodigio lo que Paz dice en el folio 124—“que la constancia de Picoaga, jefe enemigo, en sostenerse con su cuerpo en el campo de batalla, les dió únicamente la victoria.” ¿Y cómo no había de sostenerse, cuando nuestro centro y ala derecha abandonaron el campo después de vencedores por las razones ya dichas, y él (Paz) con el resto de los dragones y siendo tan advertido, no cargó sino hasta la distancia de cuatro varas y estuvo parado por algunos minutos á su frente, sin que le hiciesen fuego, hasta que tuvo al fin que retirarse? ¿De quién iba á huir Picoaga cuando todos le abandonaron el campo, y nadie sino yo bajó después del cerro con treinta y tantos dragones hasta dar con ellos dos cargas al comandante Castro y arrollándolo hasta el barranco del frente á vista de todo nuestro ejército?

Dicho esfuerzo lo había hecho yo en vista de los inútiles esfuerzos que hacían los generales y demás jefes para hacer bajar nuestras tropas: fué entonces que yo me precipité solo cerro abajo gritando á mis dragones que me siguieran los que estuviesen bien montados, fué entonces que me siguieron los hombres que he dicho y principió también nuestra infantería á moverse, pero se fueron quedando luego y sólo descendí yo con los pocos dragones ya dichos. Fué ésta la única causa porque quedaron dueños del campo Picoaga y Castro con sólo 500 hombres cuando más, y los dispersos del ejército enemigo llegaron hasta Arequipa con la noticia de su derrota.

Es completamente falso lo que dice Paz más adelante—“de que el general Díaz Vélez se había ido á Potosí con una parte de los dispersos, y que debe advertirse que esto debió ser muy á los principios, pues mi regimiento que estuvo tres cuartas partes del día sobre ese camino no lo vió, lo que prueba que lo tomó muy temprano.” Luego en el párrafo siguiente agrega—“La retirada de nuestro ejército fué en dos direcciones excéntricas, siendo una al sud, por el camino de Potosí en la que no hubo el menor orden ni reunión hasta dicha ciudad que dista de 28 á 30 leguas, y la otra al Este, etc., etc.”

Todo lo dicho carece de verdad, porque Díaz Vélez subió al cerro del Este junto con el general Belgrano, y desde su altura se dirigió hacia Mocha á contener á los dispersos que tomaban esa di-

rección, y creo que de acuerdo con el Sr. Belgrano, por lo que voy a referir.

Después que hube yo bajado del cerro con unos pocos dragones, cargado al comandante Castro por dos ocasiones, y vuéltome á subir porque no bajó el resto de nuestras fuerzas, ni hubo tal renovación de combate como dice Paz, sino sólo un cañonazo que disparé yo sobre las fuerzas de Castro con un cañón de los nuestros que había quedado cargado al pie del cerro, y con es estopín puesto y al que prendí con un tizón de fuego de los que había en nuestros fogones, continuamos la retirada, sin que nadie sino yo hubiese hecho retirar al enemigo hasta la barranca por dos ocasiones; y los fuegos que sentía sin duda Paz desde lejos, fueron los que Castro me hizo desmontándose con su tropa en las dos ocasiones que lo corrí hasta allí con sólo mis pocos dragones. Es asimismo falso que Pezuela hubiese vuelto al campo de Vilcapugio ese mismo día, como Paz lo asegura no sé con qué fundamento, pues cuando nosotros seguíamos con el general Belgrano la ruta que ya habían tomado los dispersos en dirección á Mocha, y en seguimiento de los cuales había ido el mayor general Díaz Vélez, no quedaba más fuerza enemiga en el campo que la dicha de Picoaga y Castro, y la porción de cadáveres y heridos que cubrían el campo y la mayor parte de los cuales eran enemigos.

Creo excusado refutar la supuesta relación que hace Paz en seguida—“de que su regimiento aunque muy atrás de esa turba de prófugos que los precedían de mucho tiempo y que de consiguiente no veían, (pero asegura que iba con ellos Díaz Vélez) se puso también en retirada.”

El hecho es que al siguiente día bien temprano, me mandó el general Belgrano á Mocha con sólo mi asistente, llevando una orden para el general Díaz Vélez; y que habiendo yo llegado á los Ingenios de Ayohuma y observado, mientras descansé un rato, que asomaban descendiendo la cuesta varios de nuestros hombres dispersos, y ya montados, le mandé con un indio al general Díaz Vélez la orden que llevaba, y avisé el motivo porque me quedaba á reunir esos dispersos, dando igual parte al general en jefe. Esta mi previsión tuvo el más feliz éxito, pues reuní noventa y tantos hombres dispersos, y muchos caballos y mulas gordas de que se habían ya provisto, y los entregué todos al siguiente día al general en jefe. Como mientras tanto el general Díaz Vélez noticioso de la dispersión que había tomado la ruta de Potosí, se había dirigido ya á dicha

ciudad para contenerla, con los hombres que había ya reunido, me volvió á mandar el general Belgrano á dicha ciudad con un pliego para el mayor general, y al atravesar por el pueblo de Tinguipaya con sólo mi ordenanza, evité un saqueo que habría tenido lugar sin duda, por muchos dispersos nuestros que encontré allí, pues los reuní á todos y conduje hasta Potosí, de donde regresé por Chuquisaca á Mocha, con dos pliegos del mayor general, el uno para el Presidente de dicha ciudad, el general Ocampo, y el otro para el general Belgrano. Así que entregué á éste el pliego, y se impuso de él, díjome—Lo que yo quiero ahora es que vaya Vd. á su cuerpo y escogiendo cuatro hombres de su confianza me vaya á hacer primores sobre la vanguardia enemiga que está en Llocaya, y traerme noticias ciertas de la fuerza de que se compone, qué jefes mandan las divisiones, y cuántas piezas de artillería tienen. Fui corriendo al cuerpo y escogiendo á los soldados Mariano Gómez, tucumano, y á Santiago Albarracín y Juan Bautista Salazar, cordobeses, y mi ordenanza Ibáñez, también tucumano, volví á donde estaba el general y le dije—ya estoy pronto y sólo me hace falta un pasaporte de V. E. para que se me permita entrar al campo enemigo y poderle traer las noticias con la exactitud que las desea. El Sr. general se echó á reír y me dijo—Vd. sabrá agenciarlas, y dándome un buen baqueano marché al momento.

Fué entonces que trasnochando con una gran nevada fui á amanecer sobre el pueblo de Llocaya en que estaba el jefe enemigo Castro, con la vanguardia y tomé á un cabo con cuatro hombres montados que salían á hacer la descubierta por sobre la nieve, y á cuatro ó cinco cuadras del pueblo; y por medio de las cuales dí á mi general las noticias que deseaba, mandándoselas con unos indios y pidiéndole una partida de ocho dragones para atacar con ellos á los Cholos de Tinguipaya que se habían ya sublevado, y atacádome al regresar con dichos prisioneros, de los cuales el cabo y un soldado habían sido de los juramentados en Salta. Fué á estos dos que hizo fusilar el general Belgrano y con los 8 hombres que le había pedido me mandó las cabezas para que las hiciera colocar en una de las alturas del camino, con un cartel que traían en la frente que decía—por perjuros. Cuando me llegó dicha partida, fué que marché sobre Tambo Nuevo á sorprender á una compañía de infantes montados que mandaba el comandante, ó ya coronel Castro desde Llocaya, para que no me tomaran por la espalda cuando yo me internara por la quebrada de Tinguipaya, pues los

cholos le habían pedido auxilio á consecuencia de la amenaza que yo les había hecho de volver, cuando me atacaron al volver con los cinco prisioneros; y fué entonces cuando los tres valientes, Gómez, Alabarracín y Salazar, que marchaban á mi vanguardia de descubridores, sorprendieron y tomaron prisioneros á la guardia de un sargento, dos cabos y ocho soldados que tenía de avanzada dicha compañía en el portezuelo de Tambo Nuevo, y que el general Belgrano los hizo sargento en Tambo Nuevo á dichos tres valientes por ese hecho heroico; y que después de haber yo mandado dichos prisioneros al cuartel general con un cabo y dos hombres, ataqué con los 9 que me quedaban al resto de la compañía, y la perseguí (así como á toda su vanguardia que se retiró de Llocaya por el parte falso que le mandó el capitán para cohonestar su descuido, diciéndole que yo con un escuadrón y dos compañías de infantería lo había atacado y perseguía) hasta el mismo campo de Vilcapugio, pues el coronel Castro se retiró hasta Condo Condo, donde se hallaba Pezuela acabando de reunir los restos de su ejército disperso.

Fué entonces que habiéndole yo dado parte al general Díaz Vélez á Potosí, desde Llocaya, de la retirada de la vanguardia enemiga y de que la perseguía, le pedí que me mandara alcanzar con una partida de 12 infantes montados que me alcanzaron en Leñas, y con los cuales y mis 9 dragones recorrí todo el campo de Vilcapugio, creo que á los 18 días después de la batalla, y tuve la prolijidad de contar noventa y tantos cordobeses de los nuestros, pues los habían dejado á todos insepultos, y sólo dado sepultura á los suyos que fueron innumerables, según me dijeron los naturales del país. Entre los nuestros que estaban desnudos y comidos muchos de los perros, reconocí al coronel D. Benito Albariños y al mayor Beldón, que le había atravesado una bala de fusil por la sien, y estaban visibles las astillas de los huesos por donde había salido la bala.

Después que hube recorrido el campo á mi antojo, me retiré á las alturas y me mantuve en observación, después de haber hecho colocar las cabezas, hasta que se movió el ejército enemigo, á cuyo frente me retiré tiroteándome con su vanguardia y dando parte á mi general, hasta que quedó colocado todo el ejército sobre la cuesta de Ayohuma, y me incorporé al nuestro en la tarde anterior.

El general Belgrano me hizo reconocer por su edecán, por consiguiente nada puedo decir sobre todo lo que relata Paz de la desordenada retirada del general Belgrano hasta que llegó á los Ingenios de Ayohuma, de donde se mandó á Potosí, pero no deja

de parecerme extraño semejante desorden, cuando el Sr. Belgrano jamás lo permitía, y mucho más cuando veo por la misma relación de Paz, que él mismo que tanto se precia de ordenado y precavido, dice en el folio 130—“Esta ausencia del general, esta precipitación en su marcha, este olvido del orden de que era tan observante, nos consternó á muchos y aun nos hizo temer que fuese un *sálvase quien pueda*. Con este disgusto seguimos tres ó cuatro oficiales (incluso mi hermano) que nos habíamos reunido con otros tantos soldados.” ¿Y qué se hizo su fuerza, y por qué no la conservó reunida? ¿Pues no ha dicho poco antes, que con sus consejos y advertencia hizo que el coronel D. Diego Balcarce retrocediera del camino de Potosí á buscar la reunión con el general Belgrano, con toda la fuerza de su cuerpo, y con 400 y más mulas que quitó á los enemigos? ¿Se dispersaron también las mulas, como se le dispersaron probablemente los dragones desde que sólo alcanzó al general que fugaba sin cuidar del orden ni de la disciplina, acompañando sólo de dos oficiales y tres soldados?

Es en extremo de notar, que un jefe ya de sobrada experiencia como Paz, y que se pone á criticar tan viejas operaciones como si recién hubiesen tenido lugar al escribirlas, no advirtiera las mil contradicciones en que él mismo cae con frecuencia.

No me detendré sobre el diminuto núm. de 150 caballos pesbreros con que dice auxilió el Sr. Presidente de Charcas, general Ocampo, sin embargo de que me consta que no dejó ninguno en dicha capital, y que debieron ser muchos más, porque se registraron prolijamente todas las casas para recogerlos; á tal extremo, que no puedo menos que recordar una célebre ocurrencia con una señora á quien le sacaron de su dormitorio un hermoso caballo que lo había criado desde chico, y lo apreciaba en extremo. Dicha señora fué ella misma á ver al Sr. Presidente y á hacerle mil crecidos ofrecimientos porque le dejara el caballo, pues le decía—Mire V. S. Sr. Presidente que lo he criado desde el vientre de su madre, (lo cual era verdad, pues había comprado la yegua embarazada por ser de buena cría) y el Sr. Ocampo le contestaba—de la yegua, cada vez que semejante dicho repetía.

Diré aquí de paso, que he padecido una equivocación al hablar antes de lo que Paz dice, recién aquí respecto á mí, sobre los *caramelos*, en no haber hecho notar que la relación de Paz hace de la sorpresa de la guardia de Tambo Nuevo hecha por mis tres soldados, es copiada exactamente en partes, de mis memorias que tuvo

sin duda á la vista, y sólo desfigurada á su antojo en la partes que él quiso, pues dice—"que los tres soldados habían sido destacados por mí á reconocer el terreno; pero calla expresamente que iba yo en seguida con los 9 hombres que me quedaban al efecto de sorprender la compañía de que dependía dicha guardia, como en efecto la sorprendí. dispersé y perseguí como digo atrás, después que hube mandado los diez prisioneros tomados por dichos mis tres valientes soldados. Pero Paz agrega á la relación que hace del modo cómo fué tomada la partida, varias cosas que ni son ciertas, ni pudo saberlas de otro modo que viendo en mis memorias (como las vió sin duda) la relación que hago de ese hecho; pues toda la guardia, incluso el centinela, se habían quedado dormidos estando jugando, y hasta el naípe con que jugaban había quedado sobre la carpeta al lado de la lámpara que les alumbraba, y sólo sintieron á nuestros tres valientes, cuando Gómez, después de asegurarse de todos los fusiles, les intimó rendición, los formó y los echó por delante dejando la caballada de toda la compañía que era de 50 hombres, encerrada en el corral de junto al rancho, porque no les era posible llevarla y se exponían á ser sentidos. En la marcha al bajar la cuesta se les tiró por un despeñadero el sargento y fué y alarmó al resto de la compañía, la cual salió á situarse más allá del portezuelo en que había sido tomada la guardia.

Al poco rato me encontraron con los diez prisioneros y los 11 fusiles, y después que los hube examinado sobre el resto de la fuerza que les quedaba, y despachádoslos al ejército con un cabo y dos hombres, antes que hubiese aclarado, seguí precipitadamente con los 9 dragones que me quedaban, y atacué y dispersé á los 40 hombres que habían quedado ya al aclarar el día; y pude además matarles dos ó tres hombres y tomarles algunas cabalgaduras ensilladas, y no recuerdo si cuatro ó cinco fusiles más. Fué á consecuencia de este golpe que se retiró Castro con la vanguardia y que yo le perseguí hasta Vilcapugio.

Todas las reflexiones que Paz hace de la batalla de Ayohuma, su descripción y juicio crítico, son entresacadas con calma de la relación que yo hago de ello en mis memorias, que las tuvo sin duda á su vista facilitadas por el Sr. Lamas, cuando esto escribía; mas como no conservaba en su memoria ni la verdadera posición del campo, ni mucha parte de lo que en él sucedió, así es que ha hecho una larga descripción tan poco verídica, que el menos prespicaz conocerá sus faltas: para demostrarlas diré brevemente parte

de lo que digo en mis memorias y se conocerá la verdadera causa que produjo aquella injusta pérdida.

Como he dicho atrás, yo fui el que vine tiroteándome con la vanguardia del ejército de Pezuela, desde que rompió su marcha de Vilcapugio, después que hubo descendido de Condo Condo, hasta que se colocó con todo él sobre la cuesta de Ayohuma. En esa misma noche ó tarde ya, y antes de obscurecer, me incorporé al ejército, y al día siguiente marché acompañando á mi general (pues me había nombrado su edecán) hasta una altura que había al frente de la izquierda de nuestro campo y muy inmediata al pie de la cuesta que ocupaban los enemigos, para hacerle observar el camino por donde debían bajar. Pezuela se mantuvo todo el día en las alturas y me acuerdo que el intrépido Mariano Gómez, sargento de Tambo Nuevo, acompañado creo de sus dos otros compañeros, Albarracín y Salazar, se ofreció al anochecer para subir á la cuesta y reconocer el campo enemigo. Yo mismo se lo presenté al general anunciándole su ofrecimiento, y habiendo sido despachado en el acto y perfectamente montados los tres, y con un buen haqueano, el sargento indio Reynaga, se nos presentó así que hubo aclarado el siguiente día, con once ó trece hermosas mulas de los jefes enemigos, extraídas de su campamento del modo más atrevido.

Se introdujo por senderos extraviados, y en favor de la obscuridad de la noche, hasta el campamento de la vanguardia, y habiendo observado sin ser sentido, que dichas mulas pastaban amarradas á las estacas de las tiendas, se bajó sigilosamente, les cortó los maneadores con que estaban atadas con su cuchillo, las arrimó á donde le esperaban sus compañeros, montó en su caballo y las echaron por delante. Al descender ya por la cuesta, un centinela enemigo les dió el quien vive, y sin desconcertarse ese valiente le contestó—soy Gómez, hijo de t... y disparándole un balazo al centinela, echó á correr cerro abajo arreando las mulas con sus compañeros. Un retén ó puesto avanzado que estaba inmediato, les hizo una descarga, mas no embarazó que salvarsen con las 11 mulas. Se las presentó al Sr. general Belgrano, y éste le regaló una onza de oro por cada una de ellas para que las compartiera con sus compañeros. Fué este un hecho público y por eso lo refiero.

El campo de Ayohuma tenía la extensión bastante, de norte á sud, para formar y aun maniobrar con ventaja nuestro ejército, por

el declive que tenía hacia el oeste, mas por el centro había un gran barranco que bajaba desde el cerro que teníamos á la espalda, ocasionado por las corrientes que descienden de dicho cerro en tiempo de lluvias, y el cual seguía su curso al oeste.

Nuestro general, que había logrado moralizar el ejército de un modo extraordinario, se resolvió á esperar el ataque en dicho campo, muy seguro de la victoria; mas no sólo se engañó en creer que Pezuela formaría su ejército así que bajase la cuesta, apoyando su espalda en ella, sino que no cuidó de allanar con tiempo el barranco que bajaba desde el centro de nuestro ejército, hacia el enemigo, para que pudiera ser pasado por nuestras tropas de una á otra parte si el caso lo exigía. Había ya aclarado bien el día 14 cuando empezó á descender el ejército enemigo. Fué entonces que se preparó el altar y se celebró la misa entre el cuadro de nuestro ejército: luego que concluyó la misa volví con el general acompañado de una pequeña escolta y de sus ayudantes, á la altura del frente desde donde se descubrían perfectamente todos los hombres que bajaban, y el llano donde iban formando su línea. Subí con el general á dicho altura habiendo dejado abajo la comitiva, y cuando había ya bajado como la cuarta parte del ejército le insté yo á mi general para que mandara aproximar nuestro ejército y las batiéramos en detal. El contesto del general fué—No se afija Vd., Sr. D. Gregorio; deje Vd. que bajen todos, pues no quiero que se me escape ninguno, la victoria es nuestra. En vano le hice varias reflexiones para que aprovecháramos la inmensa ventaja que nos proporcionaba la lentitud con que bajaba el enemigo por la marcha de flanco.

Después de haber estado observándolos un buen rato, y que había bajado ya casi la mitad del ejército, nos volvimos á nuestro campo, mas así que hubo bajado toda la fuerza, Pezuela movió su ejército en columna al frente por su izquierda en dirección á la derecha de nuestra de línea, y ese movimiento obligó al general Belgrano á cambiar la dirección del suyo, apoyando su derecha en el pie del cerro que habíamos tenido á la espalda, y dejando el barranco entre ambas líneas; pero mucho más inmediato á la nuestra; y lo peor de todo fué que no mandó ocupar dicho cerro por nuestros cazadores para flanquear al enemigo por su izquierda, mas Pezuela se aprovechó muy luego de tan culpable descuido, y lo hizo ocupar con su cuerpo de partidarios (infantes), de modo que quedamos

flanqueados en nuestra posición por la derecha. Esta fué y no otra, la causa porque perdimos dicha batalla.

Con semejante cambio de posición, no quedó ya lugar en nuestra derecha para formar nuestros dragones, y fué por esto que se les mandó pasar al último, á nuestra izquierda, por retaguardia. Luego que Pezuela hubo establecido su línea sin que nadie lo incomodara, hizo avanzar al frente de ella toda su artillería y mandó romper el fuego sobre nuestra línea. Era un día terrible de sol y sólo teníamos un pequeño manantial de agua entre ambas líneas, y estábamos todos abrasados de sed, y viendo desaparecer por instantes algunos soldados de nuestra línea que se llevaban las bagachaba, porque todos se mantenían firmes como estatuas.

las de los cañones enemigos, pero ninguno de nuestros bravos se nuestro, no recuerdo si con una ó dos hijas, y que le llamaban la

Una célebre parda, creo llamada María, que seguía al ejército madre de la patria y que ha muerto aquí en Buenos Aires no hace muchos años, andaba con sus hijas por entre las balas del cañón enemigo, acarreando agua en cántaros á la cabeza y alcanzándola á los cuerpos de nuestra línea, por más de media hora que duró el cañoneo. Pezuela entonces mandó avanzar su línea, y cuando ya se hubo aproximado un poco á nosotros, mandó el general Belgrano avanzar la nuestra á paso de ataque; (1) pero como á poco andar dió nuestra línea con el barranco que tenía á su frente, y sin embargo que todos los cuerpos se precipitaron á él con ardor, resultó que no encontrando fácil salida para la otra parte, cuando iban subiendo algunos con trabajo ya los infantes enemigos los esperaban fusilando de sobre la barranca. Esta es la verdad de lo que sucedió en dicha batalla, pues cuando nuestra caballería encontró paso para acometer al enemigo, aun sin poderse bien formar, ya nuestro ejército estaba desordenado; esta es la razón porque no pudo obrar, sin embargo de haber estado mejor montada que nunca.

Nuestra pérdida fué crecida, tanto en jefes como en oficiales

(1) Si nuestro general desde que vió al ejército enemigo tomar la dirección á nuestra derecha hubiese hecho ocupar el cerro de nuestra retaguardia por nuestros cazadores para flanquear la izquierda enemiga, y hubiese formado su línea al otro lado del zanjón, como debió, es fuera de duda que habríamos ganado la batalla; así por el entusiasmo de nuestros cuerpos, como por la superioridad de nuestra bien montada caballería; este es el único cargo que pudo hacerse á nuestro general.

y tropa: todos los que cayeron prisioneros de las dos primeras clases, estuvieron soterrados en las casas matas del callado de Lima, hasta la entrada del general San Martín en el año.

Es algo gracioso, por no decir ridículo, el cálculo que dice el general Paz se puso á hacer cuando sintió su caballo herido por un golpe de bayoneta que le dió un soldado, al emprender con el mayor su precipitada retirada, sin duda eran muy á propósito las circunstancias para que se pusiera á meditar cuál de los dos medios que se le ocurrieron era el más conveniente adoptar. Fué precisamente en esos momentos de la retirada cuando el general Díaz Vélez, haciendo un esfuerzo con parte de nuestros infantes de la derecha sobre el enemigo, hubo de caer prisionero, como dije atrás, y los dejó burlados á los enemigos que lo habían cercado ya, precipitándose con su caballo desde el alto barranco al zanjón.

Pero lo que me parece más extraño, y creo parecerá también á todos los que lean las memorias de Paz, es el empeño con que un hombre de su clase y lleno ya de experiencia, pretendió persuadir, que hasta los españoles no conocían entonces ni el uso de las banderolas, y que pudieran haber equivocádolas en esa carga que dice dieron después de desecho nuestro ejército, con señales parlamentarias ó de pasados, para haber mandado cesar el fuego que eso lo hubiese escrito entonces un joven ignorante pase; pero que un general cargado ya de años y de experiencia lo haya escrito el año 48 ó 49, es lo más extraño. ¿Y esto para qué? Para probar *nuestra completa ignorancia entonces en el arma de caballería, pues ni cuidar los caballos sabíamos*, no digo conocer sus ventajas.

Me parece que al siguiente día de nuestra salida de Potosí con los restos del ejército ó al tercero, caminando por la quebrada del agua caliente como á las cuatro de la tarde, y ocupando el general Belgrano la retaguardia acompañado del teniente coronel D. Gregorio Pedriel y no recuerdo qué otros jefes, dijo el general mirando á los cerros que estrechan la Quebrada—Qué hermosos lugares estos para que un oficial con cincuenta ó cien hombres, pudiera contener al enemigo por uno ó dos días, para favorecer la salvación del ejército. Dicha proposición fué repetida por el general por dos ó tres ocasiones seguidas, y viendo yo que ninguno de los jefes que acompañaban al general le daba respuesta ninguna, díjele yo de atrás (iba á sus espaldas) yo me quedaré cuando V. E. guste. El general volvió la cara y me dijo muy complacido.—Muy bueno, S.

D. Gregorio, elija V. de su cuerpo los hombres que han de acompañarlo y se quedará V.

Muy satisfecho quedé yo de que se me confiara semejante empresa, y cuidé de elegir en la marcha el sitio más á propósito para ocuparlo, y así que acampamos ya al obscurecer, cuidé de elegir cincuenta hombres de mi satisfacción de entre los dragones. Como yo acampaba siempre al lado de mi primo el mayor general Díaz Vélez, me retiré á descansar donde habían parado el capellán y las ordenanzas. Así que el mayor general regresó ya tarde del alojamiento del general en jefe y se desmontó, díjele—¿Sabe V. que me voy á quedar, un poco atrás, con 50 dragones á contener al enemigo en un estrecho, para dar lugar á que salve nuestro ejército? ¿Y eres tú el que ibas á quedar aquí? díjome él—Sí, Sr., le repliqué, y ya tengo elegidos los hombres.—Pues yo te he privado de que seas coronel, y lo siento en el alma, pues no hace mucho á que habiéndome dicho el general—Voy á dejar aquí á Gregorio con 50 hombres para que contenga al enemigo, mientras salvamos los restos del ejército, yo se lo he quitado de la cabeza, diciéndole que era sacrificarlo inútilmente, juzgando que era Gregorio Pedriel á quien iba á dejar: si yo sé que eras tú, le apruebo el pensamiento, pues eres joven y quizá te hubiese favorecido la fortuna. Mas á los dos días creo, ó no recuerdo si al siguiente ya de noche, me dejó el general con mis tres valientes sargentos de Tambo Nuevo, al efecto de observar al enemigo, y reunir los hombres dispersos que pudiera. El general Díaz Vélez me dió entonces un hermoso caballo castaño, tucumano, que lo había cuidado con el mayor esmero, é hizo que á los tres sargentos se les dieran también otros buenos: retrocedí así que marchó nuestra fuerza, pues había hecho alto un momento, y mandando hacer grandes fogatas con las cajas de fusiles y algunas malas cureñas que quedaban abandonadas en la posta de Quirbe, para que sirviesen sus fuegos de señal á nuestros dispersos, ó de incitativo á los enemigos que nos perseguían para cargar, me desvié sobre el flanco derecho y continué mi marcha. Esos eran los fogones donde Paz sorprendió á Ramírez.

A poco que anduve sentí voces y el ruido de pisadas de una comitiva á caballo, que venía por una senda apartada al este del camino de postas: hice alto y me embosqué con mis tres hombres entre unos arbustos de la izquierda; numeré á mi tres sargentos y habiendo tomado yo el 1º salí á colocarme de centinela sobre el camino y les ordené se pusieran á descansar con los caballos de la

rienda. A los muy pocos momentos se aproximó ya la comitiva, y como había ya conocido por la voz á uno de los que la componían, les grité alto, y llamando por su nombre á dicho individuo, le ordené se adelantara para reconocerlo, después de haber ordenado á mis tres sargentos que montaran.

Se adelantó en efecto, pues me había conocido también, y fui informado de que eran varios emigrados que venían de la parte de Chuquisaca y acompañados de varios individuos de tropa. Muy luego fui instruído por los emigrados y soldados, así como por algunas familias de los primeros, de que á corta distancia quedaba una partida enemiga que acababa de desmontarse en un rancho del camino de las postas, y la cual había sido espiada por uno de nuestros soldados.

Aparté en el momento, no recuerdo si diez ó doce soldados que venían en la comitiva, y haciendo que algunos de los Sres. emigrados cambiaran sus buenos caballos con unos cuantos que estaban mal montados, les mandé siguieran sin dilación en alcance de nuestro ejército, y yo me dirigí con mi partida á sorprender á la enemiga de que me acababan de noticiar. Muy luego estuve sobre ella guiado por el soldado que la había descubierto y habiéndonos dado el quien vive un centinela, le mandé contestar con un balazo y dando la voz de—á la carga, mis dragones, me precipité sobre ellos. Algunos saltaron á caballo y echaron á correr, y dos ó tres dejando sus caballos ensillados y aun sus tercerolas, ganaron el cerro: los perseguí como tres ó cuatro cuadras hasta que habiendo apercibido la voz de—á caballo que sonó adelante en su vanguardia, retrocedí con mi partida después de haber recogido las armas y caballos ensillados que habían dejado los que ganaron el cerro.

Así que hube llegado á Quirve, donde habían quedado los fogones, mandé atizarlos, y avanzando unas dos cuadras hice alto y me mantuve en observación, serían ya cerca de las 11 de la noche. Los enemigos, después de muy prolijos reconocimientos, llegaron á los fogones y se acamparon después de haber adelantado á corta distancia una fuerte avanzada.

Desengañado yo de que se habían acampado ya, les mandé á poco rato disparar unos tiros por un flanco de su campo, y me puse en retirada después de media noche hasta las inmediaciones de Cotagayta, en que hice alto y me coloqué en observación después de haber mandado el correspondientes aviso á mi general.

Al día siguiente, así que se aproximó la vanguardia enemiga,

me puse en retirada con mi partida hasta Nazareno, pues no podía detenerme antes en observación, porque podía ser cortado por un camino que se separa á la izquierda y viene á salir al pueblito de Suipacha. Allí pasé la noche con la mayor precaución, y una hora después que hubo amanecido, pasé á Suipacha con dos cabos y seis soldados para mandarlos descubrir al enemigo por los dos caminos. Así lo hice, ordenándoles á los cabos la mayor vigilancia, y que me dirigieran sus avisos al pueblito de Nazareno. Regresándome á poco rato á este punto con mi ordenanza el sargento Gómez, me desmonté al llegar al río para que le diera agua á mi caballo, cuando al irle á quitar el freno me advierte que los enemigos se nos venían ya encima; de modo que no hubo más que saltar á caballo, disparéles un tiro para que sirviera de señal á mi partida que estaba dentro de un corralón en Nazareno, y echar á correr dando voces para que montaran á caballo y salieran á esperarme formados. Hice alto al llegar al corralón donde estaba mi partida para esperar á que saliera, y los enemigos, que serían como 50, sujetaron sus caballos á corta distancia, cuando salen no recuerdo si tres ó cuatro hombres á escape y me dicen—mi capitán, no espere á la partida, pues todos han dejado los caballos ensillados y han ganado el cerro á pie.

Los enemigos, que oyeron esto, se lanzaron sobre mí con furia: no hubo más remedio que huir echando por delante á mis pocos soldados, que no pasaban de cinco ó seis; pero como la mayor parte de los enemigos se entraron al corralón á apoderarse de los caballos, y sólo me seguían como unos 16 hombres más ó menos, y sucedió que mi caballo iba á perder ya las jergas y la carona por haberse aflojado la cincha, un capitán que venía por delante quiso llevarse la gloria de acometerme solo viéndome cargado con las jergas y la carona bajo el brazo; mas no supo sostenerse, pues abandonando yo la carga que llevaba volví mi caballo y lo acometí hasta hacerlo huir con los primeros hombres que lo seguían. Fué entonces que volviendo atrás recogí las jergas y la carona, y las acomodé ligeramente dando un fuerte apretón á la cincha.

El resultado fué que mientras salió del corralón el resto de la fuerza enemiga que había entrado á registrarlo y á apoderarse de algunos caballos ensillados que habían abandonado los pocos hombres que ganaron el cerro, yo pude ya reunir á éstos y esperé á los enemigos en una altura provocándolos á que continuaran su marcha: no se atrevieron de pronto, pero como echaron descubridores

por las alturas de los flancos, y juzgando yo que podía seguir á esta fuerza toda la vanguardia y ser acaso sorprendida nuestra retaguardia que no debía estar distante, púseme en retirada después de haberseme incorporado por el cerro de mi izquierda, dos hombres con uno de los cabos que había mandado de descubierta esa mañana; supe por éstos que los 50 hombres que se me echaron encima en el río de Suipacha, era una parte de la fuerza que habían mandado los enemigos desde Cotogayta por el camino de la izquierda, que era por donde me había yo retirado, y creo se llama el camino de las Cortaderas: dicha fuerza había sorprendido en la marcha al cabo con los tres hombres, y que apenas había podido salvar con los dos soldados que me presentaban tirándome al cerro de la derecha, y habiendo perdido sólo un hombre; pero añadió el cabo que al caer al río por las alturas, había observado que el resto de las fuerzas de la vanguardia llegaban ya por el camino de la Quebrada que es el de Postas, á Suipacha.

Con todos los conocimientos que dejo detallados apuré mi marcha, y habiendo observado al descender al pueblito de Moraya que nuestras fuerzas de retaguardia se hallaban allí descuidadas y con los caballos desensillados y en pastoreo, me lancé á galope dando voces de que agarraran sus caballos y montaran con prontitud por que los enemigos me perseguían, y para más persuadirlos ordené á mis soldados que disparasen tres ó cuatro tiros á mi retaguardia. Era esta una broma algo pesada si se quiere, pues pretendía divertirme á costa de algunos timoratos que hubiera, y por otra parte podía muy bien ser que toda la vanguardia enemiga hubiese continuado su marcha, como sucedió en efecto. De todos modos, tuvimos un rato de diversión con la precipitada alarma que les dí á los dragones que eran los que ocupaban la retaguardia, pues habiendo corrido todos á tomar sus caballos y habiendo entre ellos un teniente vizcaíno con grado de capitán y de apellido Mella, que era muy maturrango para el caballo, quería enfrenar el suyo agarrándolo por la cola; así fué que fué el último que montó, porque fué necesario que viniera su asistente á enfrenarle el caballo cuando ya todos estaban montados.

El cuerpo se puso en retirada al ponerse el sol y yo continué mi marcha en alcance del general y acompañado sólo del sargento Gómez y mi otra ordenanza Ibáñez. En Humahuaca alcancé el resto de nuestras fuerzas que estaban bajo las órdenes del coronel D. Diego Balcarce, y sabiendo que el general había pasado para

Jujuy, continué mi marcha y lo alcancé en el río de Reyes, pocas leguas antes de llegar á Jujuy. Me parece que fué desde Jujuy de donde mandó el general Belgrano al coronel Dorrego, á encargarse de las fuerzas que habían quedado á retaguardia. El hecho es que el general Belgrano no marchó tan pronto á Tucumán, como dice Paz, pues al siguiente día de nuestra llegada á Jujuy me dijo el general—voy á mandar á su valiente sargento Gómez con una orden al jefe de nuestra retaguardia, para que formando toda la tropa le permita á este valiente escoger cincuenta hombres de su confianza y vuelva con ellos, bien montados, á hostilizar al enemigo y darnos parte de todos sus movimientos. Yo, que conocía el arrojo y fidelidad de Gómez, le aprobé el pensamiento, y lo despachó con dicha orden; mas como este valiente le manifestó desde el principio al general que no necesitaba de tantos, sólo escogió en la retaguardia unos 25 hombres y marchó con ellos al encuentro del enemigo.

Conviene advertir aquí que este Gómez había caído prisionero de los enemigos, creo antes de retirarnos á Tucumán el año 12, ó no recuerdo si cuando la acción de Nazareno, y servídele al coronel enemigo Castro de ordenanza, el hecho es que este jefe llegó á distinguirlo mucho y Gómez lo abandonó antes de la batalla de Tucumán. Hecha esta explicación seguiremos á Gómez en su empresa, que es digna de saberse. Habiendo encontrado á la vanguardia enemiga por los campos de Cangrejos, regresó desde allí siempre á su frente, y tiroteándola de día y de noche; y como era ya conocido de Castro, que era el jefe de la vanguardia, y además se distinguía por un hermoso caballo blanco que le había regalado el general Belgrano, no había un enemigo que no lo conociera.

Al llegar ya al pueblo de Humahuaca siempre tiroteando á la vanguardia enemiga, acampó ésta poco antes de llegar al pueblo, y queriendo Gómez aprovecharse de ese momento para que sus soldados se proveyeran de sus vicios ó de un poco de pan en el pueblo se adelantó á él y parado en la puerta de una vivandera cochabambina, pidieron les alcanzaran lo que necesitaban y lo pagaron. Empiézalo á instar la vivandera para que se bajara un momento á almorzar, Gómez se resiste; pero sale la maldita con un vaso de vino en la mano y le obliga á tomarlo: le suplicó en seguida muy encarecidamente que se baje un momento á tomar un almuerzo que tenía preparado. Gómez cede y se baja, maudando á sus soldados que fueran á esperarlo á las tres cruces, como una

legua adelante, prometiendo alcanzarlos en el momento; mas la maldita á fuerza de halagos hácelo tomar varios vasos de vino sobre el almuerzo, y al fin logra Gómez desprenderse, monta en su caballo y se retira, pero ya bastante cargado de la cabeza.

Probablemente esta mujer estaba ya en relación con los enemigos y había dádoles aviso, pues muy luego llegó un escuadrón de caballería. Más Gómez, así que salió se había apartado á la izquierda del camino, y desmontándose á las pocas cuabras á la puerta de perchel vacío, había maneado su caballo y tendídose á dormir. Así que llegaron los enemigos á la vivandera díjoles ésta—acaba de salir en este momento de galope, pero va bastante malo de la cabeza, si corren pronto lo alcanzan.

Apenas recibieron este aviso echó á correr el escuadrón y pasaron sin descubrir el caballo de Gómez, pero como los soldados de éste que estaban más adelante los vieron, y se pusieron al momento en retirada, se regresaban ya los enemigos maldiciendo, cuando advirtieron el caballo y dice uno—allí está Gómez. Corren todos y después de haber rodeado la casa se desmontan, y hallándolo dormido lo amarran y desarmen, recordándolo en seguida. Dicen que bramaba de rabia el sargento cuando se encontró amarrado en poder de sus enemigos. El hecho fué que habiéndolo llevado á la presencia del coronel Castro, éste le hizo mil ofrecimientos para tenerlo otra vez á su lado con toda distinción, si le prometía servirle con la fidelidad que antes, mas Gómez se denegó abiertamente diciéndo que no era capaz de traicionar á su patria ni á sus jefes, que tanto lo distinguían. Mandó entonces ponerlo en capilla, pero reiterando siempre sus ofertas de salvarle la vida si le ofrecía servirle.

El segundo día, puesto ya dentro del cuadro en la plaza, y al tiempo de sentarlo en el banquillo, se le acercó un ayudante de órden del coronel con otra nueva proposición de salvarle la vida si se decidía á servirlo. ¿Y saben cuál fué la respuesta que le mandó ese valiente?—¿Díganle á mi coronel que si quiere saber quién es Gómez, y si puedo servirlo contra mi patria, que me mande quitar las prisiones y entregándome mi sable me haga largar dentro de este cuadro! ¿Qué puede hacerles un hombre solo? Que haga esta prueba y entonces conocerá que no puedo servirlo. Fué éste un hecho público que todos lo admiraron, y que otro jefe de ideas más nobles lo hubiera premiado con darle su libertad y

mandarlo volver á su campo; mas, lejos de esto, lo mandó ejecutar en el acto.

Al siguiente día ó á los dos después de haber despachado el general ó Gómez, desde Jujuy, me mandó á Tucumán con un pliego para el general San Martín, que venía ya á relevarlo, y con la orden de levantar un escuadrón de hombres voluntarios que yo sólo mandaría y que serviría para escolta del general.

En esos dos días me puse en Tucumán, y habiendo el gobernador despachado el pliego para el Sr. San Martín á Santiago del Estero, pasé yo al siguiente día á la campaña á reunir los voluntarios, y á los cuatro ó cinco días estuve de regreso con ciento y pico de jóvenes desde la edad de 18 á la de 25 años, que se me presentaron gustosos con la seguridad que les había yo dado de que eran para servir en la escolta del general y bajo mis órdenes.

A mi regreso encontré ya al Sr. San Martín con los granaderos, reconocido ya como general en jefe, y al coronel de dragones D. Diego Balcarce, encargado del E. M. y que habían llegado ya algunos cuerpos de nuestro ejército, y el general Belgrano llegó á los dos ó tres días después, pero no recuerdo hoy la fecha.

Al siguiente día de mi llegada con los voluntarios se me dió á reconocer por edecán ó ayudante de campo del Sr. general San Martín, y se previno además que todos los cuerpos del ejército presentarán para las dos de la tarde un núm. de hombres de cada uno en la calle de la Merced, para que el Sr. San Martín entresacara de ellos los hombres que le parecieran para aumentar el cuerpo de granaderos; y como á mí se me ordenase también que presentara 25 hombres de mis voluntarios, sin embargo de que no era todavía un cuerpo del ejército, y del destino para que los había reunido, fué á ver al Sr. Balcarce y hacerle esto presente, alegándole que la orden general hablaba sólo de los cuerpos del ejército. Habiéndome el coronel contestado que no había remedio y que era preciso llevar los hombres que me habían pedido, pasé á ver al Sr. San Martín y hacerle presente eso mismo, pues tenía el convencimiento de que iban á perder esos hombres dejándome á mí por un embustero para otra vez que se ofreciera; mas, apenas me presenté al General sacó éste el reloj y me dijo—han pasado ya dos minutos y ha debido ya estar en la formación con los hombres que le han pedido.

Di vuelta saludando al general y fuí de carrera al cuartel y saqué los primeros 25 hombres que encontré, pues no había uno

de desecho entre todos. No sucedió lo mismo en los demás cuerpos pues los jefes escogieron los peores y los más viejos. Presentóse el Sr. San Martín, paseando la vista de derecha á izquierda y entresacando algunos de cada piquete y dejando los más; pero apenas llegó á los míos y les echó una ojeada los mandó á todos marchar de frente y los mandó á granaderos con los pocos que había apartado de los otros cuerpos.

El teniente entonces D. Felipe Heredia estaba al cargo de mis voluntarios, pues lo había yo escogido para el cuerpo, cuando á la hora de la lista de la tarde llega á casa del general San Martín á avisarme que han ordenado que todos mis voluntarios sean incorporados á granaderos y dragones, apartando sólo veinte hombres para artilleros. Me disgustó en extremo dicha medida y entré á la habitación del General y le hice presente que iban á perder todos esos hombres porque me habían seguido voluntariamente en el concepto de que iban á servir bajo mis órdenes en la escolta del Sr. General.—¿Y se queja V. por eso, Sr. La Madrid? díjome el General, agregando—¿cree V. que estando á mi lado le faltará á V. ocupación ó dejaré de atenderlo? Deje V. que dispongan de esos hombres y no le dé á V. cuidado. Tuve que callar y se destinaron todos mis voluntarios á los cuerpos ya dichos, pero no amanecieron 20 en los tres cuerpos.

Luego que llegó el Sr. General Belgrano y los restos de los cuerpos que habían quedado á retaguardia, fué nombrado mayor general del ejército el coronel mayor D. Francisco Fernández de la Cruz, que se hallaba de gobernador en Tucumán, y se dió la orden para que asistieran todos los jefes de los cuerpos á casa del Sr. general en jefe á la oración todos los días para uniformar las voces de mando. El general Belgrano había quedado á la cabecera del 1.º como jefe de él, sin embargo de ser un brigadier general, y era también uno de los que concurrían.

Colocados todos los jefes por antigüedad, daba el Sr. San Martín la voz de mando y la repetían en el mismo tono los demás; no recuerdo si en la segunda reunión al repetir el general Belgrano que era el 1.º, la voz que había dado el Sr. San Martín, largó la risa el coronel Dorrego. El general San Martín, que lo advirtió, díjole con fuerza y sequedad—¡Sr. coronel, hemos venido aquí á uniformar los voces de mando!—Dió nuevamente la voz, y riéndose nuevamente al repetirla el general Belgrano, el Sr. San Martín, empuñando un candelero de sobre la mesa y dando con él un

fuerte golpe sobre ella, echó un voto, dirigiendo una mirada furiosa á Dorrego, díjole, pero sin soltar el candelero de la mano— ;He dicho, Sr. coronel, que hemos venido á uniformar las voces de mando! Quedó tan cortado Dorrego, que no volvió más á reir y al día siguiente lo mandó desterrado á Santiago del Estero.

Cuando poco después se retiró el general San Martín por enfermo, me regaló su espada al tiempo de marcharse, diciéndome que era la que le había servido en San Lorenzo, y que me la daba para que la usase en su nombre, seguro de que sabría yo sostenerla. El general Cruz me nombró entonces su ayudante de campo, pero no gustando yo de estar ocioso en poblado, le pedí permiso para pasar á la vanguardia, bajo las órdenes del general Güemes, que era el que la mandaba y estaba situada á inmediaciones del río de las Piedras en la Provincia de Salta. De allí, después de un choque que tuvimos con una división enemiga que había entrado al río del Valle con el coronel Marquiegui, en busca de ganado y caballos, y á la cual le quité con una partida de unos pocos dragones, todo el ganado que llevaban y dos cargas de fusiles y tercerolas descompuestas, con más algunas municiones, habiendo aconetido repentinamente á su retaguardia en un desfiladero, pasamos en seguida hasta Jujuy, porque se retiraron ya los enemigos desde Salta, á consecuencia de la llegada á Tucumán del Sr. general Rondeau y del movimiento de nuestras tropas.

De Jujuy pasamos con Güemes hasta Yubí, antes que hubiese llegado nuestro ejército; por consiguiente, no puedo decir nada sobre los acontecimientos de Jujuy para resistir al general Alvear cuando venía á tomar el mando del ejército, ni sobre los demás nimios y exagerados relatos que hace el general Paz con el solo objeto de hacer aparecer á todos nuestros jefes como unos entes despreciables, que ni conocían la milicia ni sabían hacerse respetar.

Lo que el general Paz dice en el último párrafo del folio 181 respecto á que la enfermedad del general San Martín fué un pretexto para retirarse del ejército, porque adquirió el convencimiento de que vendría á suplantarlo, cuando llegase la ocasión, otro general más favorecido, estoy en creer que sólo son conjeturas de él, en vista de lo que sucedió después con el general Rondeau, pues es efectivo que el general estuvo enfermo, pues vomitó sangre varias ocasiones, y no recuerdo que se hubiese evidenciado después, como dice Paz, que ella era un mero pretexto. Lo que dice res-

pecto al relevo del general Rondeau cuando el sitio de Montevideo es tan cierto que no todos lo conocieron.

Sigamos á Paz en la exagerada relación que hace en la 7.^a entrega de sus Memorias sobre las operaciones de la vanguardia de nuestro ejército al mando del coronel Güemes, después de la revolución de Jujuy contra el general Alvear y de la cual no puedo dar idea alguna porque me hallaba en la vanguardia como dije atrás. Dice Paz—"El general Rondeau, más bien como quien se sacude de un peso que lo abrumba, que como un general que combina una operación militar, había destinado á la vanguardia algunas tropas que bien dirigidas podían haber prestado muy buenos servicios. Más nada de esto hubo: lanzadas al acaso y mandadas por Güemes que con algunas milicias se había avanzado también, vagaron inútilmente por lugares desiertos, fatigaron la tropa, concluyeron su equipo y acabaron por replegarse á la posición de Humahuaca, etc."

Diré en primer lugar, que cuanto dice respecto á la vanguardia, ni es exacto y ni tampoco lo presencié; porque cuando él llegó á Tucumán de regreso de Córdoba, según él mismo lo dice, ya el cuartel general estaba en Jujuy y Güemes en Yabí con la vanguardia: para que se conozca la inexactitud de dichos cargos al general Rondeau y su vanguardia, referiré de paso los hechos importantes que tuvieron lugar en la vanguardia y que Paz calla. Con Güemes se hallaban en Yabí, no sólo los bravos gauchos de Salta, sino también un escuadrón de dragones y otro de granaderos á caballo, y la retaguardia enemiga ocupaba Suipacha. Güemes tenía en la parte de la Quiaca una partida avanzada de diez granaderos bajo las órdenes del entonces alférez D. Miguel Cajaravilla, y habiendo tenido aviso por nuestros bomberos á las ocho de la noche, cuya fecha no recuerdo, de que una columna de 400 cazadores y 200 caballos enemigos habíanse movido á puestas del sol desde Suipacha, en dirección á La Quiaca, me mandó que hiciera ensillar en el acto á 20 dragones y marchara á tomar el mando de la avanzada de Cajaravilla. Llegué en efecto á las 12 de la noche y en la madrugada del siguiente día fué sorprendida por dichas fuerzas enemigas la avanzada que Cajaravilla tenía en Cuartos ó Barrios, de un cabo con dos granaderos y cuatro indios, distante cuatro leguas hacia Mojo: mas, como el cabo, á pesar de haber sido sorprendido y que no se nos pudo reunir, mandó aviso con un indio. Salí yo en el acto á reconocerlos.

con solo mi ordenanza, mientras montaban los demás hombres. El resultado fué que al aclarar ya el día los 600 hombres enemigos nos rodearon; pero sin embargo yo hice salvar por entre ellos un aviso á nuestra vanguardia para que se retirara y yo me sostuve en retirada cuatro leguas sin que todas esas fuerzas pudieran romperme, hasta las 8 de la mañana en que dejaron de perseguirme después que me mataron mi caballo, y tuve la fortuna y el arrojo de salvar la montura desensillando yo mismo mi caballo bajo los fuegos enemigos, y alcanzándosela á uno de mis dragones y sin haber perdido más que tres ó cuatro hombres que me tomaron á pie entre unos barrancos, y dos hombres heridos levemente. Los enemigos tuvieron tres ó cuatro muertos y les tomé dos ó tres armas y algunos caballos ensillados.

Para que no se crea que es esto una exageración, referiré el hecho siguiente—El ayudante de granaderos entonces, D. Luis Pereira, que iba de parlamento al ejército enemigo, había sentido los fuegos que se me hacían desde que amaneció, desde la distancia de más de ocho leguas, y cuando se presentó á ellos en La Quiaca en el momento que acababan de regresar de perseguirme, el brigadier ó coronel entonces D. N. Alvarez que era el jefe, le enseñó á Pereira todas sus fuerzas y le dijo—Ni el ejército del rey, ni el de la Patria, tienen un oficial como La Madrid, pues habiéndolo perseguido con todas estas fuerzas y encorralado, ha sido tal el denuedo y orden con que se ha retirado, que no nos ha sido posible romperlo. Como fué éste un hecho público y que Pereira lo contó al general Rondean y á todos á su regreso, por eso lo refiero.

Hubieron dos hechos tan gloriosos como éste, que también los pasa en silencio Paz. El 1° fué pocos días después, que habiendo vuelto nuestra vanguardia á situarse entre Yabí y regresado una fuerte división enemiga á La Quiaca, marché ya tarde de la noche sobre ella, mandado por Güemes, mientras se retiraba nuestra vanguardia. Luego que me hube aproximado á su campamento dividí mis 20 dragones en tres pequeñas partidas y rompí el fuego sobre su campo por diversos puntos, y después de haberlos dejado en confusión, pues se hicieron descargas entre ellos mismos, nos retiramos al punto que les habían designado. Así que amaneció el día me persiguieron los enemigos hasta cerca de la posta de Colorados á donde llegué con sólo cuatro hombres montados y el oficial Cajaravilla y el teniente entonces D. Mariano García, que ambos fueron después unos valientes jefes. Dichos oficiales mar-

chaban con los soldados de á pie por delante, y yo sólo los sostenía, marchando á su retaguardia con los 4 dragones montados. Al llegar á un río seco que creció con la abundante lluvia de esa mañana, y el cual estaba más acá de la posta de Cangrejos, me cargó toda la caballería enemiga que pasaba de cien hombres, y tuvimos que precipitarnos á él pasándolo á volapié; en este punto me tomaron no recuerdo si cuatro ó cinco hombres de los de á pie, porque no se resolvieron á agarrarse de la cola de nuestros caballos ó á montar en ancas como lo hicieron algunos. El resultado fué que se quedaron la mayor parte de los enemigos con los prisioneros y que sólo pasaron persiguiéndome como 20 hombres en desorden, á los cuales los cargué y obligué á repasar el río rescatando á uno de nuestros hombres de á pie que había sido ya tomado de este lado del río.

Nuestra vanguardia, que era muy inferior en fuerza, se retiró por la costa de Cholacor, sin ser molestada; y al llegar yo esa misma tarde á la posta de Colorados, me encontré con que el batallón núm. 7 ó no recuerdo si dos compañías de él, que iban á reforzar nuestra vanguardia, habían puéstose en precipitada retirada, abandonando varias tiendas de campaña y otros útiles: todo lo recogí é hice conducir hasta Humahuaca. El otro hecho de armas tuvo lugar en los cerros de Queguaylluyo, más acá de la Rinconada; y precisamente en el mismo día en que á más de 20 leguas á mi retaguardia sorprendieron al coronel D. Martín Rodríguez, en el Tejar, y lo tomaron prisionero. Me hallaba yo con 80 dragones y granaderos, y 30 cazadores que los mandaba entonces el valiente capitán D. Manuel Escalada, en el pueblo de la Rinconada; y como se movió sobre nosotros una fuerza enemiga de 200 infantes y cien hombres de caballería, me puse en retirada; mas, picándome ya la retaguardia, tuve que detenerme en dichos cerros, y después de habernos batido en ellos por espacio de una hora y acabadosenos á todas las municiones, recibí orden del capitán entonces Urdinenea, que mandaba en jefe las avanzadas, de retirarme á un punto distante, donde él me esperaba. Como nuestra retirada era ya imposible sin que fuéramos completamente desechos en la bajada de la cuesta, y los enemigos se nos venían ya á la bayoneta al morro en que nosotros estábamos, juzgué preferible atacarlos á pie, pues nos hallábamos muy mal montados.

Aparté 12 hombres bien montados y mandé descender el morro á mis hombres de á pie, aparentando la retirada, y cubriéndola

con con dicha partida; pero apenas perdimos de vista á los enemigos que subían ya, hice seña á Escalada para que volviera en mi auxilio, y yo, hurtando la vuelta del morro, me precipité sobre los infantes enemigos que salían ya á la altura; púselos en confusión á los que habían subido primero, y me precipité sobre ellos logrando voltear la cabeza de un sablazo al jefe ú oficial que hacía esfuerzos por contenerlos. Se precipitó muy luego el valiente capitán Escalada y quedó muy pronto decidida la derrota del enemigo, pues volvió también sobre él el resto de mi fuerza. Treinta y tantos ó cuarenta cadáveres enemigos quedaron en la persecución, y después de haberles tomado veinte y tantos prisioneros, me puse en retirada á pie por los campos de Cazabinabo, y fui á reunirme al ejército á Guacalera, por el camino de Pulmamarca. Fué entonces cuando conocí por primera vez al Sr. general Rondeau, quien por esta brillante acción nos dió el grado de sargento mayor á Escalada y á mí.

Queda pues demostrada la injusticia con que Paz ataca ó recrimina al Sr. general Rondeau sobre el envío de la vanguardia al mando del coronel Güemes, y á éste porque, lejos de vagar inútilmente por lugares desiertos como él lo asegura, sin haberlo visto, obtuvo con las fuerzas de vanguardia las ventajas que dejo relatadas. Es por otra parte inexacto que el general Rondeau hubiese mandado á Güemes á la vanguardia como *quien se sacudía de un peso que lo abrumba*, pues había llegado el general á Jujuy cuando ya nos hallábamos á vanguardia con Güemes, pues habíamos marchado en persecución del enemigo desde que se retiró de Jujuy.

Luego, en el segundo párrafo del folio 195, dice—“El coronel D. Martín Rodríguez, por su antigüedad, sus antecedentes en la revolución y más que todo por la muy principal parte que tuvo en el movimiento de Diciembre que excluyó al general Alvear, era una categoría y su influencia era de mucho peso en el ejército. Pienso no equivocarme; juzgando que aspiraba á ser algo más que coronel de un regimiento, sin que sepa, ni quizá supiere él mismo si deseaba el mando en jefe excluyendo de él al general Rondeau, etc.” ¿No se advierte en todas esas producciones un imprudente y mareado interés en deprimir á todos, pintándolos como unos ignorantes que ni comprendían siquiera lo que deseaban?

La escapada que hizo en el Tejar el capitán entonces D. Mariano Necochea cuando la prisión del coronel Rodríguez y toda

su partida, fué un hecho digno del arrojo de ese valiente. Habíanlos cercado los enemigos dentro del pequeño patio ó corral de piedra de la casa, y, como Necochea tenía su caballo adentro, montó en él y con espada en mano se abrió á cuchilladas el paso por entre los soldados enemigos.

Más adelante, exagerando el general Paz hasta el fastidio, el desorden de nuestro ejército, cuando la acción del Puesto del Marqués de Yavi, dice en el 2º párrafo del folio 207—“Previendo lo que iba á suceder y considerando la conveniencia de conservar alguna tropa formada, tenía el más grande empeño en que aquellos ciento y ochenta hombres de la reserva no siguiesen el ejemplo de lo restante, y se desorganizasen completamente. Pensé que las multiplicadas excitaciones del Sr. Escalada nos llevaban á ese término y me propuse impedirlo al menos en mi compañía, y cuando repitiendo hasta el fastidio: “griten muchachos”, lo hacían los granaderos y cazadores, yo decía á mis soldados: “silencio dragones, no es con gritos, sino con el orden que hemos de triunfar del enemigo”. Sin embargo, me costaba trabajo el mantener orden, y hasta un oficial, el alférez Romano, quiso imitar el ejemplo de los otros: como yo me convirtiese á él para reprenderlo y le dijese que no éramos gauchos para gritar, el Sr. Escalada, que oyó, se me dió por ofendido, lo que motivó algunas palabras y explicaciones que se olvidaron muy luego.” Toda esta relación y lo demás que dice del batallón de cazadores que no había podido seguir el momento rápido de la caballería, me parece en extremo exagerada, pues habiéndome yo hallado á vanguardia en dicho encuentro, no observé tan espantoso desorden; y como conocía yo bien el carácter del capitán entonces D. Manuel Escalada, y me es duro creer cuanto de él dice Paz, se lo he preguntado y me dice que no recuerda semejante cosa, porque él se halló en dicho encuentro incorporado á su regimiento. A más de esto, Paz padece un equívoco en dar sólo 300 hombres á las fuerzas enemigas, pues eran 800.

Más adelante, en la 1ª línea del folio 209, dice: Es probable que si doscientos hombres nos atacan en aquellas circunstancias, nos derrotan completamente. Los nuestros, á la presencia lejana de aquella fuerza, volvieron al Puesto del Marqués en el mismo desorden que habían perseguido. Vueltos al campo siguió la embriaguez y cuando llegó el ejército, que serían las nueve ó diez de la mañana, parecía más una toltería de salvajes que un campo militar.” ¿Son propias estas exageraciones tan marcadas y ridícu-

las, en un jefe que escribe la historia de su país, á no ser con el marcado intento de deprimir á todos los jefes de aquel tiempo y hasta muchos oficiales subalternos también? Pero lo que parecerá más extraño á todos los que lean sus memorias, es que habiendo sido él quizá el único que hacía conservar el orden á su tropa y el que todo lo preveía, no hubiese sido nunca empleado en ninguna empresa particular en los ejércitos del Perú. Quizá la emulación de sus jefes, que conocían sus aptitudes, fuese la causa.

También es muy extraño que un hombre que se ocupa de relatar una porción de cosas insignificantes y hasta ridículas, deje pasar varios hechos de importancia, como los tres que dejo relatados antes de la acción del Puerto del Marqués, y como el que tuvo lugar después en la persecución del enemigo cuando marchamos con el coronel Rodríguez á cortar á la división del coronel Vigil, que se retiraba de Tarija, habiendo llevado el Sr. Rodríguez para esa operación, al cuerpo de dragones, un escuadrón de granaderos y el batallón núm. 7. El Sr. Rodríguez acampó con todas estas fuerzas ya muy tarde de la noche, precisamente á muy pocas cuadras de donde se unía el camino que traía el coronel Vigil, y como nuestros soldados iban rendidos con la trasnochada, habían dejado ir algunos sus caballos, y salido á buscarlos así que se recordaron. Al aclarar el día se descubrieron unos cuantos hombres á vanguardia por nuestra izquierda, y el Sr. Rodríguez díjome—"Monte Vd., La Madrid con algunos hombres y vaya á reconocer." Mandé en el acto montar á caballo á un cabo con 8 dragones y me lancé á reconocer á los que no eran otros que los pocos nuestros que habían ido en busca de sus caballos.

Mandé á dichos hombres al campamento, y siguiendo adelante, encuentro la rastrillada por donde habían pasado los enemigos pocas horas antes. Empecé el galope en su seguimiento, y como á distancia de una legua encontré á la retaguardia de la división enemiga que estaba apeada sobre unas lomadas y haciendo fuego, salido el sol: mandé inmediatamente un soldado á avisar al Sr. Rodríguez, que estaban allí los enemigos, y pedirle que me mandara una partida de 20 hombres para atacarlos. En cuanto vieron los enemigos marchar de galope al soldado, empezaron á montar á caballo para retirarse, lo que observado por mí, díjeles á mis ocho dragones—"Sería una vergüenza que esperáramos á que vengan á ayudarnos para cargar á estos miserables! (eran de 60 á 80 infantes montados que habían quedado á retaguardia). ¿Se animan

muchachos á que los carguemos solos?" Habiéndome respondido—como Vd. mande, mi mayor, les mandé echar carabina á la espalda y sable á la mano y marché de frente dando en seguida la voz de trote, pues la lomada no era muy elevada. Los enemigos se echaron los fusiles á la cara y me esperaron formados, pero como dí yo en seguida los voces de—galope y á degüello, no hicieron más que descargar sus armas sobre nosotros y echar á correr acuchillados por mis pocos hombres. En mis memorias que están en poder del Sr. Lamas, está el núm. de muertos que les dejamos tendido en la persecución, cuyo núm. no recuerdo, pero sí estoy cierto que fué mayor que el de 21 ó 22 prisioneros que les tomé con más de 60 fusiles y una ó dos cargas de equipaje que las distribuí en la tropa, dándole además diez pesos á los soldados, y quedándome yo con 30, de un poco de dinero que había en una de las petacas.

Después de practicada esta operación, luego que hube bajado la lomada, me retiraba ya cuando me encontró el mayor D. Manuel Escalada, que con 25 granaderos venía de galope en mi auxilio. El parte de este encuentro lo pasó muy desfigurado el Sr. Rodríguez al Sr. general Rondeau, pues decía en él, que los sargentos mayores La Madrid y Escalada con una división, habían alcanzado á la retaguardia enemiga y obtenido dicha ventaja, y cuyo parte lo he visto en la Biblioteca, en las gacetas de aquel tiempo.

Cuando después de esto marchó el ejército á Potosí, volvió el Sr. general Cruz á instarme para que volviera á su lado de ayudante, y le acompañé en la vanguardia desde Tupiza, ó más adelante, pues fué allí donde nos reunimos al ejército.

Lo que hay de cierto es, que la revolución que hizo el ejército en Jujuy contra el general Alvear, ocasionó inmensos males al país; porque sin ella él habría triunfado completamente sobre todas las fuerzas españolas en el Perú, ya porque era un jefe joven, arrojado y de genio, ya también porque con el favor que disfrutaba del gobierno, no le hubiesen faltado los recursos que se negaron á los demás, pues sin ese escandaloso movimiento no habría tenido lugar el más escandaloso aún de Arequito.

Es bien marcado y hasta en cierto modo ridículo, el empeño con que Paz pretende mostrar á todos en sus memorias, que era él quizá el único que hacía observar el orden y la disciplina en su compañía, hasta el extremo de injuriar á sus mismos jefes con suposiciones, y que parece no tenían otro interés que el de darse importancia él mismo. Hablando de la marcha de nuestra vanguar-

dia bajo las órdenes del mayor general Cruz sobre Potosí, dice— “Se dispuso que sólo dos compañías, una de dragones y otra de granaderos, con sus respectivos capitanes, quedasen para hacer el servicio de su arma en el ejército. Yo fui destinado con la mía, causándome un gran sentimiento separarme de mi regimiento para prestar un servicio pasivo en la retaguardia. Diré también que había más que sentimiento, pues me asaltaba la sospecha de que mis jefes inmediatos querían separar en los momentos de entrar á aquella rica población, á un hombre cuyos principios severos que ellos conocían muy bien, sería un censor importuno de cualquier acto irregular y de cualquier desarreglo en punto á intereses, etc.” Esto es decir bien claramente, que sus jefes, que eran capaces de apropiarse cuanto encontraran á mano, no querían tener *tan severo censor*.

A los pocos días de haber llegado el ejército á Potosí, fui mandado con un pliego á Chuquita para el coronel D. Martín Rodríguez que había sido ya nombrado presidente de Charcas, y en los dos ó tres días que permanecí allí en que estaban ya descubriéndose los tapados de los enemigos de la causa, fui comisionado por el Sr. Presidente para ir á sacar unos que había en uno de los conventos de Monjas. Entré á él con todo el miramiento debido, é hice conducir á la presidencia unas cuantas cargas de baúles que habían sido depositadas allí por españoles emigrados; mas, no puedo dar más razón de lo que había en dichas cargas, que de un par de baúles que se abrieron en mi presencia y estaban llenos de mil preciosos juegos de café, vaseras, platos pequeños para dulce con sus correspondientes cucharitas, y hasta copas para licor, y otras curiosidades, todas de aspa, trabajadas en el país á imitación del carey; pero sí observé en el salón donde se depositaron en la presidencia, varios otros acopios de tapados que se habían descubiertos, y me consta que se encontró en todos ellos bastante dinero, y alhajas, pues así me lo aseguró uno de los compañeros que estaban inmediato al Sr. Presidente, y aun me reconvino por no haber tomado yo más, que una vaserita de seis vasos de aspa con su vasera de cartón charolado, ó con barniz; pero al siguiente día regresé á Mondragón, donde se había ya situado el Sr. general en jefe; por consiguiente, nada puedo decir sobre la verdad de las pequeñeces que Paz relata casi hasta el fastidio, siu exceptuar ni á los pobres monjas, ni dejar de herir á todos sus jefes.

Dice Paz en el 2º párrafo del folio 227 de la 8ª entrega—

“Además de los jefes, había en el regimiento un capitán que gozaba de las regalías de tal: era el capitán D. Antonio Rodríguez, hermano del coronel, que habiéndose quedado al abrir la campaña con cualquier pretexto, había ocurrido al ruido de los embargos y confiscaciones. No se presentaba jamás en su compañía, no hacía guardia ni servicio alguno: era una especie de favorito que se ocupaba exclusivamente de hacer la corte al jefe del gobierno. Era un ente anómalo, que hubiera escandalizado á un cuerpo militar, *si algo hubiese podido escandalizarnos en el estado de desgredido en que nos encontrábamos, etcétera, etc.*” He querido copiar todo esto para hacer notar el reprehensible empeño de Paz en herir, no sólo á todos los jefes y muchos de los oficiales, sino también el crédito del ejército. Verdad es que el señor Rondeau era un jefe demasiado bondadoso, y hasta condescendiente con algunos, lo mismo que el coronel D. Martín Rodríguez, mas no por eso toleraban toda clase de excesos como Paz lo da á entender á cada paso, ni eran unos hombres que descuidaban absolutamente del orden y de la disciplina. Por otra parte, el capitán D. Antonio Rodríguez fué siempre un oficial valiente y no tengo noticia que hubiese quedándose nunca con pretexto para evitar las fatigas ni los peligros de las campañas, ni que sólo estuviese pronto para acudir al *cuidado de los embargos y confiscaciones.*

Muy luego, á renglón seguido, añade—“Se me ha pasado referir que cuando la fuerza de las confiscaciones, fuese para probar la solidez de mis principios, fuese para cerrarme la boca si tenía la debilidad de morder el cebo, fuí una noche á las siete, llamado á la presidencia. Llegado á presencia del Sr. Rodríguez, me dijo mostrándome un indio trabajador que estaba presente. Este hombre, que es albañil, dice haber hecho en el convento de las Clara, una obra para ocultar unos fardos ó cajones que ignora lo que contienen; vaya V. ahora mismo y sirviéndole él de guía, extraiga el depósito y traiga cuanto encuentre, con una partida de tropa desarmada que llevará al efecto, etcétera, etc.”

¿Por qué suponer siempre Paz que se le mandaba por probar *la solidez de sus principios ó para cerrarle la boca si tenía la debilidad de morder el cebo*, y no que se le comisionaba como á cualquier otro sin semejantes intenciones? ¡Y después de toda la bulla y de su larga relación de las monjas, sale confesando que no supo cumplir su comisión y se dejó engañar, sin embargo, de los testigos que llevaba para probar su rectitud y pureza!

Preciso es seguir ya la marcha del regimiento de dragones desde Chuquisaca, al abrir la campaña sobre Sipe-Sipe. Dice Paz en la página 223—“Muy temprano estuvo el regimiento formado en la plaza, donde echó pie á tierra esperando que fuese hora de emprender la marcha. Los jefes todos estaban almorzando en la que se llamaba Presidencia, ó casa de Gobierno: los oficiales, aunque á caballo, vagaban por la ciudad, haciendo sus últimas despedidas ó completando sus preparativos de marcha y los soldados bebían aguardiente en las pulperías ó tabernas de la plaza. (1) A las once más ó menos salió el Presidente, acompañado de las autoridades y algunos vecinos, detrás de cuya comitiva debía seguir la columna. Era fácil prever que ésta no iría muy en orden y era de esperar que los respetos de algún jefe cuya presencia era necesaria, viniese á contener las irregularidades y aun desórdenes que podían tener lugar, mientras cruzábamos aquella linda ciudad. No sucedió así, pues en el acto de montar á caballo vino un ayudante á prevenirme que tomase la retaguardia de la columna, pues todos los jefes irían en la comitiva del Presidente. Con gran pesar mío tuve que resignarme y empezar á luchar desde que nos movimos con el desorden que promovían los soldados ebrios, ya quedándose atrás sin guardar la formación, ya dando gritos y desobedeciendo en fin á sus oficiales, etcétera.” Y por conclusión: “Me ratifiqué también ese día en el concepto que había formado y lo dije públicamente á varios que estaban á mi intermediación *que era imposible que triunfáramos*; desgraciadamente, acerté en mi profecía.”

¿Para qué sirven, pregunto, todas estas ridículas y exageradas relaciones para la historia de nuestro país, si no es para desacreditarnos y hacernos aparecer como unos salvajes despreciables? De sentir es que un jefe del carácter de Paz y de sus servicios, hubiese escrito tantos desatinos por sólo hacer conocer sus *predicciones* y la *rectitud* de todos sus juicios. Es de extrañar que un jefe de su capacidad y conocimientos hubiese perdido los tres únicos ejércitos que ha mandado después de hallarse vencedor, por sólo

(1) ¿Y qué no hacía Paz que no evitaba este desorden, viendo que todos sus jefes y hasta los oficiales habían dejado la tropa á discreción, pues era él quizá el único que hacía guardar la disciplina y el orden, y que contenía todos los excesos? No era más prudente el haberlos evitado con su presencia y su celo; que el relata estos hechos?

su irresolución; pues aunque es verdad que tenía capacidad y conocimientos militares, era el hombre más irresoluto que he conocido en los lances más apurados. Díganlo si no los que se hallaron en las acciones de la Tablada el año 30, y sobre todo el Sr. General D. Ramón A. Dehesa, en la 1ª de ellas, cuando después de haber cargado yo con mis voluntarios y parte de la milicia de Córdoba por orden del general Paz, á la caballería de la izquierda de Quiroga y arrolládola; pues una parte de ésta, que perseguía mientras tanto, aparte de mis milicias que se me habían atrasado, se introdujeron al potrero de D. Pedro Juan González y en donde estaban las columnas de nuestro ejército, y enlazaron hasta algunos de nuestros cañones, pues si no es él, que les mandó hacer una descarga con un cuerpo de infantería, tal vez desordenan nuestras fuerzas: otro tanto sucedió en la 2ª, al amanecer el siguiente día, pues habiendo Quiroga hurtádonos la vuelta en esa noche y sacado la infantería que había dejado en el pueblo, fué él quien habiendo contramarchado á mi aviso, desde el bajo del río á los altos de la Tablada, cargó á la bayoneta sobre la fuerza de Quiroga, que me fusilaban ya desde la altura, y decidió la batalla con dicha carga, habiendo yo contribuído en seguida con mis voluntarios hasta que fué disuelta completamente toda la fuerza de Quiroga, después de haber quedado porción de prisioneros en nuestro poder, y un número considerable de muertos.

Todo lo dicho resultó de la falta de previsión del general Paz, pues en primer lugar cuando nos presentamos en la mañana del 20 de Febrero con el ejército formado en tres columnas paralelas dentro del potrero de D. Pedro Juan González, y Quiroga estaba con su ejército formado en batalla al otro lado del cerco en la Tablada, el general Paz me mandó á mí, que mandaba la derecha, que abriendo una gran puerta en el cerco, saliera con mi columna y formara en escalones al frente de la izquierda enemiga que mandaba Aldao: así lo hice al momento, y apenas hube formado mi escuadrón, cuando recibí la orden de cargar sin que nuestras dos restantes columnas hubiesen salido del potrero. La fuerza enemiga era mucho mayor que la nuestra y su izquierda venía formada á tres de frente. A un mismo tiempo nos movimos á la carga, marchando yo á la cabeza de mi escuadrón de voluntarios, que formaba el escalón de la izquierda, y cuando ya, después de ir al galope todos mis escuadrones en perfecta formación, dí la voz —á degüello, los escuadrones de mi derecha, que eran compuestos

de milicias de Córdoba, volvieron la espalda y echaron á correr, saltando el cerco y metiéndose al potrero en que estaban nuestras dos columnas.

Así que observé este desorden, me precipité con sólo mis voluntarios, que no pasaban de 80 y como con 50 ciudadanos de Córdoba que se me replegaron sobre la línea y la puse en dispersión acuchillándola más de dos cuadras; pero mientras tanto los enemigos que habían pasado por mi derecha persiguiendo á la milicia que huyó, lograron enlazar algunos de nuestros cañones que estaban en la columna del centro y se los llevaban ya, cuando el Sr. Dehesa, que era el jefe de E. M., les mandó hacer una descarga y los cargó á la bayoneta, poniéndolos en fuga y rescatando los cañones. Como la fuerza con que yo cargué era tan pequeña y se hubiese presentado un cuerpo enemigo á mi frente conteniendo á sus dispersos, tuve que hacer alto y rehacerme á esperar el auxilio que había pedido, mas como éste no parecía y los enemigos se me venían encima, los cargué nuevamente é hice volver caras. Mientras yo sostenía sólo con estos mis pocos hombres todo el ataque de nuestra derecha y teniendo que dar otra carga más á las fuerzas de Aldao, ya nuestras columnas habían salido del potrero y arrollado la derecha y el centro enemigo; fué entonces que el general Paz me mandó reforzar con 50 coraceros mandados por el valiente teniente coronel Pringles, y cuando daba yo la última carga á la izquierda enemiga, acompañado de este valiente llegaba ya en retirada al centro de la línea enemiga; fué entonces que se me presentó el general Paz seguido por un batallón de nuestra infantería y mandándome suspender la carga, seguimos persiguiéndolos con él hasta aproximarse la noche y regresamos á situarnos en el campo de la Tablada sin haber mandado fuerza alguna en observación del enemigo que se retiraba; así fué que Quiroga, advirtiendo este descuido, contramarchó con una buena escolta y sacando del pueblo los 900 infantes que había dejado con algunas piezas de artillería se dirigió á atacarnos en nuestro campo, pero le faltaron buenos baqueanos y el día se aproximó.

Mientras Quiroga había practicado esta operación y nos buscaba para batirnos en nuestro mismo campo, Paz, sin saber la posición que ocupaba el enemigo, ni esperar á reconocer el campo, habíase puesto en marcha para el pueblo, dejando el cerco del potrero de D. Pedro Juan á la izquierda. El Gobernador de Tucumán, D. Javier López, que había mandado la izquierda con sus

tucumanos, había recibido la orden de cubrir nuestra retaguardia, debiendo yo marchar antes que él en seguimiento de los demás cuerpos del ejército, mas como dicho jefe tuvo la imprudencia de marchar con su cuerpo antes de que yo me hubiese movido con mis voluntarios, pues me hallaba en aquel momento con el Sr. Dehesa reprobando la marcha antes que amaneciera, y sin haber reconocido el campo, me dió rabia y me propuse quedarme á retaguardia, como lo hice y fué ésta mi ocurrencia la que nos salvó.

Nuestro ejército estaba ya descendiendo en su mayor parte al bajo del río de Córdoba, por un barranco ó portezuelo y yo seguía por la retaguardia de los tucumanos dejando el cerco del potrero á mi izquierda y empezaba ya á alumbrar el día. Como marchamos por el campo donde había sido la batalla esa tarde antes, y estaba el campo sembrado de cadáveres y ardiendo algunos pajonales de resultas de los tacos encendidos de nuestros cañones, algunos de los oficiales tucumanos que iban por delante de mí se habían separado sobre el flanco derecho con el objeto de reconocer los cadáveres, cuando uno de ellos descubrió la línea de infantería de Quiroga: dicho oficial, en vez de correr á avisar á su gobernador, dirijese á mí y me dice—"Mi coronel, vea V. la línea de Quiroga que está allí formada á nuestra derecha."—En el acto de hacerme esta indicación y de reconocerla yo, nos disparan dos cañonazos y gritan ¡viva la patria! Fué tal la confusión que ocasionó en las fuerzas del gobernador López esta ocurrencia, que se lanzaron precipitadamente en desorden al potrero allanando el cerco con sus caballos. Yo, que antes de que disparasen los cañonazos, había mandado á mi ayudante Lemus, mendocino, que corriera á dar parte al general de que la línea enemiga estaba encima por la derecha de nuestra retaguardia, para que contramarchara por nuestra izquierda con los cuerpos de infantería, no hice más que mandar á mis voluntarios por retaguardia de la cabeza sobre la derecha en batalla, y dejándolos formados con el frente al enemigo, me lancé al potrero á proclamar á mis paisanos y contenerlos. Logrando mi objeto, los hice salir en columna y que se precipitaran en seguimiento de los demás cuerpos al bajo del río, así fué que cuando yo descendía por su retaguardia del portezuelo ya los infantes enemigos me estaban fusilando de sobre la barranca.

Al bajar yo al bajo del río me encuentro al comandante Arengrey, de artillería, con todas nuestras piezas abandonadas á la boca

del barranco, pidiéndome auxilio para salvárlas. Como consideráse yo inútil perder tiempo en esto antes de poder contramarchar por el bajo para atacar al enemigo, le mando que clavara las piezas y las abandonara y yo me lancé á escape por entre los alfalfares para subir á las barrancas de la izquierda y contramarchar: había ya ganado yo la delantera á los coraceros y subía el alto retrocediendo por mi izquierda, cuando ya sentí las descargas de nuestra infantería conducida por el jefe de E. M., el Sr. Deheza. Entonces, dando yo un fuerte viva á la patria, dije á mis voluntarios: "Ya estamos salvos, de frente al trote". Daba yo en seguida la voz de á galope, cuando se me presenta el general Paz y me dice: Haga alto, coronel. Como yo observase en ese momento que ya el Sr. Deheza se lanzaba á la bayoneta sobre la infantería de Quiroga y que ésta retrocedía ya, en vez de hacer alto como se me había ordenado, grité —á degüello, y me lancé sobre la infantería enemiga, con cuya carga acabó de desordenarse y la perseguí cerca de una legua hasta un cerro inmediato al cual ganaron dejando porción de cadáveres y prisioneros.

He querido hacer esta verídica relación para que se comprenda bien que un hombre que había cometido semejantes faltas, no era propio se metiera á criticar á todo el mundo haciéndoles aparecer sin razón como unos ignorantes, y que sólo él era el que hacía conservar el orden y la disciplina y el que todo lo prevenía.

No comprendo cómo Paz haya tenido la facilidad de decir en el primer párrafo del folio 235: "Se había introducido la manía, por no decir la infamia de clasificar á los oficiales en *buenos* y *malos*, siendo los últimos aquellos que reprimían los excesos y se empeñaban en conservar la disciplina; por el contrario, se reputaban por *buenos* aquellos que permitían la licencia y toleraban toda clase de abusos. Esta clasificación, que se permitía muy particularmente al soldado, era funestísima para el orden militar, á que se añadían los rumores vulgares, de que en el conflicto de un combate la tropa se hacía justicia por sí misma asesinando á los oficiales que se reputaban por malos, sin que pudiese hacerse cargo alguno á los asesinos por la dificultad de probar el crimen. Con estas hablillas y amenazas se retraían los oficiales jóvenes de conducirse con celo y con una justa circunspección, llegando muchos á cometer bajezas para mendigar el sufragio del soldado y acaso pensando garantizarse de sus tenebrosas venganzas."

Yo, desde joven he sido un oficial que me han llamado siempre

bueno, no porque tolerase jamás desórdenes á mi tropa, pues no los he tolerado en mi vida, y sí sólo porque he sido siempre de un carácter bondadoso y franco, y poco amigo de apalear por quítame estas pajas (como dicen los paisanos) á los soldados y avergonzarlos en público. Y cuidado que al frente del enemigo, en las derrotas y aun en algunos motines ocasionados por desórdenes, he repartido palos y cuchilladas como pocos y los he contenido sin que ninguno me falte al respeto, y no una sino muchas veces, como se verá en mis memorias. El aprecio que he merecido generalmente en todos los países por donde he transitado con tropas, ha sido muy principalmente porque no he permitido jamás que mis soldados dañasen á nadie, y éstos se han convencido siempre de lo que ganaban por la conducta que yo les hacía guardar, pues mil veces, cuando andaba yo á vanguardia con pequeñas partidas al frente de los ejércitos españoles, por esos cerros del Perú, fuimos salvados por los naturales del país, que me salían al encuentro con ollas de comida, y cántaros de chicha para mis soldados, y alfalfa ó cebada para nuestras cabalgaduras; y por fin, nos guiaban por el verdadero camino, ya para sorprender al enemigo, ya en fin para no caer en sus manos; y cuidado que jamás quisieron admitirme paga por semejantes servicios. Todo esto lo he conseguido por haber sabido tratar con las consideraciones debidas á los habitantes todos de los pueblos, y sin embargo, pocos son los soldados que hayan sido más bien tratados que los que han servido á mis órdenes. He querido relatar todos estos pormenores, tanto porque son notorios en nuestros pueblos, cuanto porque no creo justo dejar pasar tan injustas acriminaciones, no sólo da á nuestros jefes y oficiales, sino también á nuestros soldados. Verdad es que hemos conocido algunos jefes y oficiales llenos de un fatuo orgullo en los pueblos, y que por aparentar valor y virtudes que no tenían, desenvainaban con frecuencia su espada en las calles para apalear y aun acuchillar á buenos soldados, por las más insignificantes faltas ó descuidos; pero cuando al frente del enemigo debían hacer ostentación de su valor y severidad, eran por el contrario, los más complacientes y cariñosos con los soldados; pero, á tal extremo, que muchas ocasiones les dijeron los soldados en sus caras—; Qué buena está aquí la gente, ahora no hay palos! Mas éstos eran pocos y no hay por qué injuriar á la generalidad. Volveremos á la marcha del ejército.

La relación que hace Paz en la página 238 sobre el choque que hubo de haber entre el núm. 1.º que mandaba el coronel F'o-

rest y el núm. 12 que lo mandaba el teniente coronel Rivas á causa de una res equivocada, pues él tuvo lugar cuando la retirada de Chayauta á Sipe-Sipe, y no fué porque enlazaron una res de Forest, sino porque habéndose repartido las reses á los cuerpos en la parada, le habían tocado mejores al núm. 12 que al 1º y el coronel Forest hizo enlazar unas cuantas de las que le habían tocado á aquél y las cambió con otras de las malas que le habían dado. Luego que Rivas lo supo, mandó una partida á reclamarlas del comisionado que las llevaba: fué entonces que por orden de Forest se hicieron algunos tiros por alto á la partida del 12 y que aun se formaron los cuerpos tomando las armas, pero fué sofocado este movimiento por orden del Sr. general Rondeau.

Lo que dice Paz más adelante: "El general Pezuela se había movido de Oruro, situando su cuartel general en Zorazora (querrá decir) y estableciendo su vanguardia en Venta y Media, avanzada sólo cuatro leguas, Venta y Media distaba 12 ó 14 leguas del pueblo de Chuyauta, sin que tuviésemos otra fuerza en observación del enemigo que una compañía de dragones, al cargo del mayor graduado, capitán D. Gregorio Aráoz de La Madrid. Este que había empeñado algunas guerrillas con las partidas enemigas y reconociendo la posición de Venta y Media, aseguraba que el enemigo sólo tenía un batallón y unos pocos hombres de caballería y daba las mayores seguridades de sorprender y batir la vanguardia, siempre que se le aumentara la fuerza de su mando. No teniéndose por bastante el testimonio de dicho oficial, se mandó al coronel graduado D. Diego Balcarce, á que practicando los mismos reconocimientos, emitiese su dictamen. El de este jefe fué conforme al del capitán La Madrid y el brigadier Rodríguez; sólo trató de poner en planta el pensamiento de dar un buen golpe al enemigo; sobre lo que ya había conferenciado con el general en jefe."

Todo lo dicho, á excepción sólo de la compañía de dragones que dice estaba á mi cargo, es exacto. La fuerza con que había ido yo á practicar el reconocimiento de Venta y Media, á pedimento mío, siendo ayudante de campo del mayor general Cruz, fué sólo compuesta de 12 dragones de mi compañía; con esta partida había hecho yo los más prolijos reconocimientos y tenido dos encuentros con las partidas enemigas y dado los partes que Paz expresa, mas después que fueron ratificados éstos por el coronel Balcarce y cuando marchó el general Rodríguez con los dragones y con los cazadores, y me hallaba al frente de Venta y Media

con sólo mi partida y cuando el brigadier Rodríguez se aproximaba con sus fuerzas, yo me adelanté á encontrarlo y regresé con él y sus ayudantes y acompañado de una pequeña escolta para enseñarle la posición del enemigo en Venta y Media, desde el cerro inmediato de donde se descubría toda la población. Serían más de las tres de la tarde del 20 de Octubre de 1815, cuando subiendo ya al cerro de donde debía observar el general Rodríguez á la vanguardia enemiga, me empeñé yo con él en que me permitiera ir con mis 12 hombres á sorprender una guardia que tenían los enemigos á orillas del pueblo, en dirección á su cuartel general. Había marchado ya como un cuarto de legua al norte por entre una quebrada, cuando me alcanzó el mayor graduado D. Manuel Escalada, que siendo uno de los ayudantes del general Rodríguez, se había empeñado con él en que le permitiera ir en mi compañía. En los momentos en que dicho oficial se me reunía acababa yo de sorprender á tres ordenanzas que pastaban unas diez ó 12 mulas de sus jefes, y sabiendo por éstos que al otro lado del portezuelo que estaba inmediato había una guardia de 12 infantes, y otra de igual núm. á la orilla del pueblo de Venta y Media, dejé encerrados en un rancho á los tres prisioneros y con un centinela á la puerta y me lancé al portezuelo con mi partida y acompañado de Escalada.

Apenas subimos al portezuelo y descubrí la guardia enemiga, y la caballada de la caballería que pastaba al norte del pueblo en una cañada, mandé tocar á degüello al corneta que llevaba y nos lanzamos sobre la guardia sin darle tiempo ni para que tomaran sus armas: ordené á Escalada que hiciera alzar en ancas á toda la guardia enemiga y yo me dirigí con el corneta á reunir la caballada y la eché toda por delante; mientras tanto, la otra guardia que estaba á las orillas del pueblo, se replegó disparando algunos tiros á mi partida que marchaba ya con los prisioneros encañados. Al momento salió el batallón enemigo en nuestro seguimiento, y puesto á su cabeza un jefe montado en un caballo tordillo.

Como los infantes enemigos eran del país en su mayor parte y éstos andan casi tanto ó más que los caballos por esos cerros, siempre alcanzaron á hacernos algunas descargas, mas no por eso les dejé un solo caballo de más de 80 que tenían. Toda esta operación fué practicada á la vista del general Rodríguez, que nos observaba desde la altura. Así que me incorporé á él de regreso y entregué los prisioneros, la caballada y las primeras mulas tomadas, mandó el general orden para que apurasen su marcha los dra-

gonos y cazadores, los cuales llegaron como á las 12 ó más de la noche.

El general, con pleno conocimiento ya de la posición del enemigo, había quedado conmigo en que ocuparía esa misma noche la altura con todas sus fuerzas, mientras yo con 20 dragones de mi compañía fuese á sorprender por el mismo punto que la tarde anterior á la guardia reforzada que era consiguiente hubiesen puesto los enemigos. Preciso es advertir de paso que el ejército enemigo estaba entonces tan desalentado que diariamente se nos estaban pasando hacia ya días, de á diez, de á 20 y hasta hubo día que se nos presentaron 40 hombres armados.

Para que con más seguridad pudiese el general Rodríguez ocupar la altura, había yo mandado al entonces teniente de mi compañía D. Felipe Heredia con un par de hombres subir á reconocerla. Después de preparado ya todo para la subida, marchaba yo con mis 20 dragones al norte para sorprender la guardia y llamar al enemigo á aquella parte, cuando recibí orden del general de volver á sorprender otra guardia que tenía el enemigo al sur en un estrecho: vuélvome en efecto y apenas habría andado tres ó cuatro cuadras cuando me viene otra orden para que marchara sobre la del norte; regresé nuevamente y habría andado como unas ocho cuadras cuando siento un pistoletazo que le disparó á Heredia, que bajaba del cerro sin encontrar fuerza alguna, el capitán D. Eustaquio Moldes, que era otro de los ayudantes del general Rodríguez, pues habiendo sentido el ruido de las pisadas de los caballos al bajar Heredia, atropelló y sin darle el quien vive ni reconocerlo casi le pegó un balazo. Los enemigos, que habían colocado una pequeña guardia más al norte del cerro, elevaron tres cohetes de luces así que sintieron el pistoletazo, para avisar sin duda á su cuartel general.

Después del pistoletazo, alcánzame otro ayudante del general con la orden de que volviera otra vez sobre la guardia del sur, y como al darme dicha orden acababan de hacer la seña de los cohetes, díjele al ayudante—diga Vd. al general que ya no puede ser pues no han sentido ya, como Vd. lo ve; que marchó á sorprender la del norte y que es preciso apure su subida. Marcho en efecto forzando la marcha y apenas me aproximé á la quebrada donde había tomado á los tres ordenanzas con las mulas cuando ya descubrí un fogón rodeado por un retén como de 12 hombres. Ordené á mis soldados que se dispersaran por derecha é izquierda y que

siguieran adelantando camino tendidos sobre el pescuezo de los caballos y sin contestar al quien vive en caso lo dieran: muy luego nos sintió el centinela y dió el quien vive, pero como no contestamos, siguió paseándose y nosotros ganando terreno; cuando volvió á darnos el quien vive estando ya bastante inmediatos, le contesté España, qué gente, patrulla, le dije. Al gritar entonces el centinela—"cabo de guardia, patrulla", dije á mis dragones: carabina á la espalda y sable á la mano, y aunque esta voz la dí en bajo fué advertida por el centinela, y disparándonos un tiro gritó: "cabo de guardia, no es patrulla." No había acabado de repetir este aviso cuando lo tendí de una cuchillada y nos lanzamos sobre los soldados del retén y los acuchillamos, y persiguiendo á dos ó tres que habían escapado nos recibieron con una descarga de la lomada inmediata al portezuelo.

Yo volví entonces á escape y puesto fuera de sus fuegos mandé pedir al general Rodríguez me mandara el resto de mi compañía para cargar á la gran guardia á que acababa de acuchillarle su retén, y que él permaneciera en la altura para que cuando los enemigos salieran del pueblo sobre mí él les tomara el pueblo y los atacara por la espalda. Principiaba ya á asomar la primera luz del día cuando se me presentó el capitán D. Julián Paz con 25 dragones de su compañía, y apenas se me aproximaron cuando los hice entrar en línea y mandando echar carabina á la espalda y sable á la mano, marché de frente sobre la gran guardia de ciento y pico de infantes que nos esperaba formada en la lomada. Al dar yo la voz de á degüello nos hicieron la descarga, pero en vano porque sólo me hirieron un soldado. Toda la gran guardia quedó tendida en la lomada y en el bajío al pueblo por el portezuelo, y sólo escaparon con vida veinte y tantos prisioneros que tomamos y el alférez entonces D. José María Valdez (alias el barbarucho), que fué después un valiente jefe, fué el único que logró salvar.

Cuando bajamos del portezuelo al llano de la orilla del pueblo, ya era casi de día y salía una columna como de 200 infantes en protección de la gran guardia que acababa de sucumbir, y la cual iba por la falda del cerro en que yo lo suponía al general Rodríguez con todas sus fuerzas: así que yo la observé á mi izquierda; los enemigos hicieron el mismo movimiento y quedamos frente á frente, cuando sintiendo el paso de ataque de nuestros cazadores que venían por el portezuelo donde había yo acuchillado la gran

guardia, corro á ellos y encontrándome con el mayor D. Rudecindo Alvarado, le digo—No baje Vd., mayor, como 200 infantes enemigos están formados allí á mi frente y dando la espalda al cerro, siga Vd. por la falda y los ataca por la retaguardia. Alvarado me contestó que él tenía orden del general de dirigirse al pueblo, y sin hacer caso de mi oportuno aviso marchó de frente por entre ambas fuerzas é hizo alto después de haber sobrepasado con la cabeza de su columna la izquierda enemiga. Yo entonces formé columna á la derecha y después de haber andado algunos pasos convertí á la izquierda y di frente al flanco izquierdo de los enemigos y la espalda al pueblo; pero fué tal el pavor de que se cubrieron los enemigos cuando vieron la columna de nuestros cazadores y se encontraron flanqueados por mí, que descansaron sus armas y se quedaron como estatuas, tanto, que un oficial de los suyos mandó echar armas al hombro á 12 ó más de sus soldados y se nos pasaron sin que nadie se los impidiera ni les mandasen tirar un solo tiro. Yo entretanto permanecía en la mayor violencia, pues esperaba que Alvarado formase batalla á la izquierda y les hiciera una descarga para acuchillarlos yo por el flanco, pero nada de esto sucedió.

Mientras tanto se veían salir del pueblo mujeres y hasta soldados cargados de atados, ganando los cerros, y los 200 hombres que estaban estupefactos se reanimaron ya, viendo nuestra inacción y rompieron el fuego sobre nuestros cazadores, perdiendo terreno hacia el cerro en que estaba el general Rodríguez con los dragones. Fué entonces recién que Alvarado mandó formar batalla á la izquierda y en vez de marchar de frente sobre los enemigos que ganaban el cerro, mandó salir sobre ellos á su compañía de tiradores por su frente, de modo que él no podía hacer fuego sobre los enemigos porque ofendería con ellos á sus tiradores que los tenía al frente. Mientras tanto, observada nuestra inacción, salió el general Olañeta del pueblo con el resto del batallón y su caballería desmontada, y el general Rodríguez, que venía bajando con los dragones al encuentro de los doscientos hombres que subían haciendo fuego á nuestros cazadores: encuéntrase con un zanjón á barranco y retroceden todos en desorden, escopeteados por los enemigos que subían. No he visto en mi vida un desorden igual, ni supe cómo ni por qué se dispersó el valiente batallón de cazadores. El resultado fué que yo quedé cortado después de esta escandalosa dispersión, y que tuve que cargar por entre los dos-

cientos enemigos con D. Julián Paz, para ir á reunirnos arriba del cerro á nuestras derrotadas fuerzas.

Sé que el general Paz hizo los mayores esfuerzos por contener á los dragones y volverlos á la pelea, pero que no pudo conseguirlo, y fué entonces cuando fué herido, pero es inexacto cuanto dice Paz en el 2º párrafo del folio 246 respecto á mí, porque ni me vió ni habló conmigo. Luego, en el primer párrafo del folio 248, dice—“Deseando el mayor La Madrid y yo, cooperar al éxito de este empeño con el grupo de caballería que tenía el primero, nos propusimos trepar la loma por nuestra derecha é izquierda del enemigo, con lo que amenazábamos su flanco y lo cortábamos del pueblito que naturalmente era su base. Así lo hicimos, pero el enemigo, antes que pudiésemos cargarlo, se puso en retirada atravesando la pequeña llanura que dividía la dos lomas, para ganar la más elevada. El mayor La Madrid me propuso cargarlo bruscamente y me opuse por el estado de desorden en que estaban los pocos hombres que teníamos de caballería: preferí seguir amenazando su flanco y procurando anticiparnos á la falda de la otra loma para medio rehacernos, contener el movimiento del enemigo y esperar que nuestro batallón avanzase, para hacer de mancomún su destrucción. Efectivamente, el enemigo se había contenido y se agrupaba y remolineaba en el mayor desorden, cuando en la cresta de la segunda altura se dejó ver de improviso otro batallón que tomándonos á boca de jarro nos abrazó con sus fuegos, etc., etc.” Me es tan extraña toda esta relación de Paz, que no puedo menos que creer que teniendo mis memorias por delante sacó de ellas los conocimientos que mejor le parecieron, y se puso á describir á su antojo el suceso de Venta y Media; pero lo extraño es que no hable de un hecho tan notable como el de la tarde antes en que quité al enemigo toda su caballada juntamente con la guardia que le tomé, á más de los tres soldados con las mulas, pues á no ser esto, nos hubieran tomado muchos más hombres en nuestra escandalosa retirada, después que tuvimos ya en nuestro poder, puede decirse, á casi medio batallón que había salido al aclarar el día, y al cual se le dejó salvar porque se quiso, según lo dejó demostrado. Por otra parte, ese otro batallón que Paz dice se dejó ver de improviso en la cuesta de la segunda altura, no era sino el resto del batallón que había quedado en el pueblo y la caballería desmontada.

Por otra parte, después de la desordenada retirada de nuestro

batallón de cazadores, no hubo carga ninguna de nuestros dragones como dice Paz más adelante, pues la carga que iniciaron al bajar el cerro sobre los infantes enemigos que subían perseguidos por nuestros tiradores, ya la dejó detallada y no hubo después otra alguna. Existe hoy el coronel D. Lorenzo Lugones, que fué uno de los buenos oficiales que tuvieron los dragones entonces, que no me desmentirá en lo que dejó dicho.

Después de este inesperado é indebido contraste, las tropas del ejército real se reanimaron, paró enteramente la decisión y Pezuela movió su ejército sobre Chayauta á los dos días siguientes. La persecución que nos hizo el enemigo fué bien corta, por la razón de haber perdido todos sus caballos el día anterior, y sin embargo, perdimos casi la mitad de nuestra fuerza en tan descabellado encuentro, por sólo la falta de dirección.

Aunque es verdad que Pezuela movió su ejército desde Sora Sora á la señal de los cohetes, en auxilio de Venta y Media, y que se avanzó en seguida sobre Chayauta, no es cierto lo que Paz dice en el primer párrafo del folio 253. "Al atravesar el ejército real las alturas intermediarias y cuando se había puesto á ocho ó diez leguas del nuestro sin ser casi sentido, sobrevino una espantosa nevada, que no sólo inutilizó los caminos, sino que hizo perder la mayor parte de las bestias de carga. Tuvo Pezuela que hacer alto, lo que nos dió tiempo para emprender una marcha de flanco que nos condujo á la hermosa y fértil al mismo tiempo que patriota provincia de Cochiabamba."

Que Pezuela no se aproximó á Chayauta sin ser sentido, pruébalo la siguiente relación: Al siguiente día de haber llegado nosotros á Chayauta, es decir, el 23, me había yo presentado al Sr. general Rondeau reclamando de la postergación que se me había hecho con el asenso de Paz á la mayoría del cuerpo, sin embargo de ser yo no sólo un capitán más antiguo en el ejército y graduado de sargento mayor, sino también de tener más servicios prestados á la patria que Paz. El Sr. Rondeau me había contestado esa mañana que me presentara por escrito, pero bajo la inteligencia que la dicha presentación no me serviría para más que para aclarar mi antigüedad. Me retiré bastante desagradado y volví luego con la solicitud, en la cual pedía mi separación del cuerpo, y ofrecía continuar sirviendo de ayudante del mayor general Cruz sólo hasta que pasara la acción que se esperaba, después de la cual se me daría mi absoluta separación del servicio.

Después de entregada esta mi solicitud poco después de haberse dado la orden general al ejército, me retiré al campo del núm. 7, pues estaba convidado á comer con sus jefes el coronel D. Celestino Vidal y el teniente coronel D. Alejandro Heredia. Serían las dos de la tarde y nos allábamos ya en la mesa sirviendo la sopa, cuando tocaron orden general en el cuartel general. Me acuerdo que el Sr. Vidal dijo al oír toque. ¿Qué es esto, novedad tenemos? No habían pasado dos minutos ni tal vez uno, cuando se presentó el mayor Planes ayudante del Sr. general á llamarme.

Marché al momento con el mismo ayudante, y apenas me presenté al general Rondeau me dijo éste: “Se le acaba á V. de hacer reconocer sargento mayor de ejército, y quiero que salga en el momento con la que ha sido su compañía, á encontrar al ejército enemigo que se mueve sobre nosotros, para que venga Vd. á su frente pasándome partes instantáneos de todos sus movimientos. Aseguro á mis lectores que el tal asenso (después de lo que me había contestado esa mañana) porque se aproximaban los enemigos para hacerme salir á su frente, me disgustó en extremo y le contesté—No necesitaba el Sr. general de hacerme sargento mayor para mandarme salir al encuentro del enemigo, pues sabe muy bien que para servir á mi patria siempre estoy pronto. Vaya á prepararse al momento, me repuso el general.

Marché al momento al cuartel, y después de ordenar á la que había sido mi compañía que se preparara para salir conmigo al instante, pasé á casa del coronel Vidal, y comunicándoles á él y Heredia la orden que acababa de recibir, les pedí me facilitaran sus caballos; dichos jefes no sólo me facilitaron cuatro buenos caballos que tenían, sino que me hicieron dar además algunos otros de sus ayudantes y de algunos de los capitanes y me indicaron que los pidiera también á los demás jefes de infantería. Antes de las tres de la tarde ya estuve con mis 50 hombres montados y cada uno con un buen caballo de diestro, á pedir órdenes á mi general.

Salí, pues, en el acto y marché hasta más allá del intermedio del camino á Venta y Media, sin haber encontrado enemigos. En la madrugada del 24, continuando mi camino, me encontré con el capellán de Pezuela, que venía pasado, creo que con un sirviente, y el cual, cuyo nombre no recuerdo en este momento me dió noticias de la proximidad del enemigo. Lo mandé inmediatamente al cuartel general y continué mi camino hasta encontrarme con las

descubiertas de la vanguardia enemiga, y á las cuales las arrollé hasta que se plegaron á su vanguardia.

Con el aviso del capellán, y con los repetidos que yo le pasé al general sobre la aproximación del enemigo, fué que emprendió su retira para Sipe Sipe; pero fué ésta tan precipitada que dejaron en Chuyauta cañones, cureñas, algunas ruedas de los cañones y varias cargas de municiones de fusil, piedras de chispa y hasta un cajón de cartuchos sin bala. El general me mandó orden al retirarse para que salvara yo lo que pudiera y pegara fuego á todo lo demás. La vanguardia enemiga siguió tiroteándose conmigo hasta tres leguas antes de Chayauta, en que me adelanté á salvar los objetos abandonados por nuestro ejército, y lo conseguí cargando en algunas mulas y varios caballos de mis soldados, y hasta en dos mulas de estimación mías, mas habiéndose ya avistado la vanguardia enemiga al salir yo de Chayauta con todas las cargas, rompí el cajón de cartuchos sin bala y lo dejé fuera del pueblo, y después de haber hecho yo mismo un largo reguero de pólvora le pegué fuego al aproximarse los enemigos: me acuerdo que á la explosión del cajón los enemigos se tendieron sobre los pescuezos de sus caballos juzgando que fuese un cañonazo disparado sobre ellos. Desengañados ya de la retirada de nuestro ejército retrocedieron desde allí, y yo continué mi retirada hasta alcanzar al ejército creo en Capinota. Allí entregué al comandante de granaderos á caballo D. Juan Ramón Rojas, que cubría la retaguardia, los dos cañones, armones, cureñas, ruedas y dos ó tres cargas de municiones y piedras de chispa, todo por orden del Sr. general y le pedí en seguida permiso para adelantarme á conocer Cochabamba, y marché solo con mi ordenanza.

Por lo que respecta á la nevada que dice Paz, diré que es un equívoco suyo, pues la fuerte y extraordinaria nevada, fué antes de que llegáramos con el ejército á Chayauta, y la cual nos tomó en Toropalca estando allí acampados recién con el mayor general Cruz y algunos cuerpos del ejército; y me acuerdo que habiendo el mayor general gritado al amanecer á un negro ordenanza que tenía, para que le alcanzara un mate, me levanté yo de la cama en el mismo cuarto, y al abrir la puerta para llamar la ordenanza, encontré todo el patio de la casa con cerca de vara y media de nieve, y que el general Cruz se sorprendió al ver aquel blanco promontorio y me preguntó qué era; yo le contesté que una gran nevada que tenía tapada la mayor parte de la puerta, y al atravesar yo el

patio para llamar á los asistentes, se me introdujo la nieve por sobre la bota granadera, en las piernas.

A algunos de nuestros cuerpos los tomó esa nevada antes de haber llegado á Tolopalca, y á otros más allá; el resultado fué que tuvimos que continuar la marcha por sobre la nieve, pero fué ésta tan abundante, que no vimos tierra ni aun las piedras de los cerros, hasta el tercero día de nuestra marcha; y de cuyas resultas perdimos una porción de hombres, porque unos quedaron ciegos y otros perdieron los pies y hasta las manos.

Convencidos ya los enemigos de nuestra retirada, tomaron luego el camino que conducía á Sipe Sipe. Que el general Rondeau supo muy pronto la nueva dirección, que había tomado el general Pezuela con su ejército, pruébalo la orden con que me hizo alcanzar el día mismo que llegué á Sipe Sipe. Como á las diez de la mañana había yo llegado á casa del cura á suplicarle me hiciera proporcionar un baqueano para que me condujera á Cochabamba, pues que me había adelantado del ejército por tener el gusto de conocer dicha ciudad.

El Sr. cura se interesó entonces conmigo para que me quedara á comer con él y varios Sres. con quienes tendría él mismo el gusto de acompañarme hasta la ciudad, así que hubiésemos acabado de comer. Me fué, pues, muy grato ceder á esta invitación. Nos hallábamos ya comiendo con varios Sres. que había convidado el Sr. cura, cuando recibí por un propio un oficio del Sr. general en jefe en que me decía: "Habiendo emprendido el ejército enemigo su marcha desde Sora Sora, en dirección á Sipe Sipe, he dispuesto que marchen en alcance de Vd. los 50 hombres de la que fué su compañía con sus respectivos oficiales; en esta virtud los esperará V. en el punto en que le sea entregada esta orden, y marchará con ellos al encuentro del ejército enemigo, á cuyo frente deberá Vd. retirarse dándome avisos instantáneos de todos sus movimientos." Esta orden dejó sin efecto mi paseo y me privó de conocer la hermosa ciudad de Cochabamba, pues aunque el Sr. cura y demás Sres. vecinos me dijeron que en tres horas teníamos tiempo de pasear por la ciudad y volver, no quise yo hacerlo. La compañía llegó á puestas del sol y poco después de oraciones ya estaba yo en marcha con ella, habiéndome facilitado el cura y los demás Sres. algunos caballos.

A los dos días de mi rápida marcha, descubrí yo á puestas del sol á la vanguardia enemiga, y desde entonces me retiré constan-

teniente á su frente y tiroteándome con ella en los cuatro ó cinco días que tardó el ejército enemigo, hasta quedar colocado sobre la cuesta de Sipe Sipe, y dando partes á mi general de todos sus movimientos.

En todo este tiempo estoy seguro de que no dormí cuatro horas, pues aunque me venía durmiendo sobre el caballo á pesar de los tiros, y aunque muchas ocasiones me alejaba á ratos de la vanguardia enemiga para dormir un poco, jamás pudo conseguirlo. La responsabilidad que pesaba sobre mí y la vergüenza de que pudiera ser alguna vez sorprendido me quitaban el sueño.

Lo que dice Paz en el 1° y 2° folio de la 9ª entrega, respecto á los Sres. coroneles Arenales y Warnes es positivo, pues ambos jefes se sostuvieron con extraordinaria decisión, dieron mucho que hacer á las fuerzas del ejército español, y aun obtuvieron sobre ellas algunas ventajas, sin embargo de haber quedado solos y aislados con la retirada de nuestro ejército después de las batallas de Vilcapugio y Ayohuma.

Para entrar á rectificar las equivocaciones que Paz padece al describir la batalla de Sipe Sipe, me es necesario no sólo concluir la relación de mi marcha al frente del ejército del general Pezuela hasta que quedó colocado sobre la cuesta por donde descendió al campo de Sipe Sipe, sino también hacer una verídica descripción de dicha cuesta y de las alturas dominantes que ocuparon nuestras tropas para embarazar la bajada á dicho ejército; el 27 de Noviembre por la tarde ocupó la vanguardia enemiga las alturas de dicha cuesta, y yo descendí hasta Sipe Sipe muy caída ya la tarde, pues el sol se había ya puesto cuando yo me le presenté al general en jefe.

El 28, muy temprano, marché yo mismo en compañía del Sr. general Rondeau á reconocer la quebrada por donde debía descender el ejército enemigo, en desfilada; y el Sr. general mandó al mismo tiempo avanzar algunos batallones de nuestra derecha ó izquierda con el coronel D. Cornelio Zelaya, que era el jefe de dicho costado, para que ocuparan las alturas con que quedaba dominada la bajada. El enemigo tenía que bajar por precisión haciendo un semicírculo desde la altura sobre su izquierda, pero faldeando el cerro y dejando la altura, que es inexpugnable á su derecha. Dicha altura, que viene en descenso desde la cima hasta acabar en la boca de la quebrada, fué mandada ocupar creo por el batallón núm. 1°. Entre dicha posición y el desfiladero por donde debía bajar el ene-

migo, y por donde bajó en fin esa tarde, hay no sólo una alta loma á la derecha nuestra, que ocupó el coronel Zelaya con el regimiento núm. 7 y dos piezas de artillería, sino que un poco más al sud-oeste se eleva un promontorio de piedra que parecía impenetrable; y tenía la configuración de un gran pilón de azúcar con varias puntas ó crestas de piedra en su cúspide.

Dicho promontorio queda á la izquierda del camino por donde debía bajar el enemigo, y separado por una quebrada algo profunda. Además este promontorio, que se halla casi á tiro de fusil de la lomada que ocupaba el coronel Zelaya, dominaba con mucho, la posición de este jefe; pero había para llegar á ésta una áspera quebrada de por medio.

Como yo tenía pleno conocimiento de la facilidad con que los peruanos se suben á los cerros más escarpados, díjole á mi general: Me parece, Sr., de la mayor importancia que V. E. mandase ocupar esa altura con uno de nuestros batallones, pues no sólo ocasionaríamos mucho mal al enemigo, sino que evitaríamos que él la ocupe y domine nuestra posición." Mas, por una fatalidad, ese jefe tan condescendiente con todos, me impacientó y me dijo con aspe-
reza—"Si consideramos que los enemigos tienen alas y pueden treparse por todas partes, en ninguna estaremos seguros!" Yo me avergoncé con esta respuesta y dije entre mí algo indignado—; Muy pronto conocerás tu error y tendremos todos que sufrirlo!

El general se regresó después de dicho reconocimiento y de haber dejado colocadas las tropas que debieron destruir al ejército enemigo en su bajada; mas como á las diez de la mañana ó poco después, ya estaba ocupada dicha altura por 400 cazadores enemigos, y con dos piezas de artillería que muy luego empezaron á disparar con bala rasa sobre el núm. 7, que ocupaba la lomada.

Al ruido de los cañonazos y aun del fuego de fusil, pues empezó el ejército enemigo á bajar por la marcha de flanco, marchó el mayor general Cruz conmigo, que era su ayudante, á la lomada donde estaba el coronel Zelaya con el núm. 7, y me acuerdo que tuvo un altercado con este jefe, porque el mayor general pretendía que el coronel Zelaya se sostuviera con sus fuerzas en dicha altura, y éste pretendía retirarse no sé si porque tuviese algunas instrucciones del general en jefe. El hecho fué que después de un altercado entre ambos jefes, díjole Zelaya al mayor general.—Yo mando aquí y Vd. en la derecha (creo que era la izquierda la que mandaba Zelaya), por consiguiente, yo soy el responsable y me re-

tiro. Me inclino á creer que cuando el coronel Zelaya dió esta contestación al mayor general, es porque tenía alguna instrucción del general en jefe. Apenas descendimos de la lomada y el núm. 7 por tras de nosotros, cuando los 400 cazadores enemigos ya se largaron como gatos de la eminencia, y ocupando la lomada que acababa de abandonar el núm. 7 y colocando en ella sus dos cañones, nos empezaron á cañonear.

Los demás cuerpos que ocupaban la altura de nuestra izquierda y que pudieron haber cazado á los enemigos á boca de jarro, se retiraron también y dejaron libre la bajada al enemigo. Cuando acabó éste de bajar ya bien caída la tarde, ocupó Pezuela la otra banda del río de Sipe Sipe, que está á la parte del norte, y al pie de un hermoso cerro que se eleva desde la boca de la quebrada y corre hacia el este; y á cuya falda sur, está situada la ciudad de Cochabamba como á tres leguas al este.

El pueblo de Sipe Sipe está situado en la falda de una gran planicie ó campaña que se extiende hacia el este, desde el pie ó falda de la cuesta que queda al poniente, y tiene una especie de lomada á su derecha, pero de muy fácil subida aun por la caballería. Su campiña forma un pequeño declive tanto al norte como al este.

Nuestro ejército estaba formado sobre el declive del norte, es decir, á inmediaciones de la barranca que forma el río que corre del oeste al sud-este, cuya otra banda la ocupaba el ejército enemigo. En esa noche del 28 hubieron algunos escopeteos y aun creo que algunos cañonazos; por consiguiente, ambos ejércitos lo pasaron casi en vela.

En la mañana del 29 el enemigo emprendió su movimiento en columna por la otra banda del río, que es explayada y sin barrancas, en dirección á nuestra derecha, así que empezó á aclarar. El Sr. general Rondeau mandó colocar á los regimientos núm. 1° y 9 en nuestra derecha avanzados sobre la misma barranca del río y parapetados, por consiguiente, de un cerco de piedra que había sobre la barranca. Preciso es advertir de paso que yo había pedido esa mañana al mayor general Cruz que me permitiera entrar en la batalla en el regimiento de dragones para poder tomar una parte más activa, y como dicho permiso me fué concedido, el coronel D. Diego Balcarce me dió á mandar el 2° escuadrón y ocupábamos con el regimiento el costado izquierdo de nuestra línea y el núm. 12 del Sr. Arenales, que lo mandaba el teniente coronel Ri-

vas, era el último de nuestros cuerpos de infantería que quedaba á nuestra derecha.

Luego que el general Pezuela hubo ocupado todo el frente que deseaba con su ejército, y colocada la cabeza de su columna á la altura de nuestra derecha, formó un cuadro con todo él y empezó á proclamarlo. El comandante entonces D. Juan Pedro Luna, que era un excelente artillero y de una puntería privilegiada, introdujo en el cuadro algunas granadas y obligó al enemigo á formar nuevamente su línea después de haberle causado algún daño. Los cuerpos de nuestra derecha, que como dejo dicho se habían avanzado sobre la barranca del río y estaban al abrigo de los cercados de piedra, rompieron sus fuegos con el mejor suceso sobre la izquierda enemiga, y habían obligado al general Pezuela á retirar su ejército por la marcha de flanco á la derecha.

Como yo me hallaba formado en nuestra izquierda con mi regimiento, y observé la desfilada del ejército enemigo por nuestro frente, acercándose ya á la quebrada por donde había bajado, corrí á donde estaba mi coronel Balcarce y le dije—“;Mi coronel, los enemigos se retiran arrollados por nuestra derecha, carguémoslos!” La respuesta que el coronel me dió fué—no tengon orden, y sin ella no podemos cargar. Pasarían muy pocos momentos después de esta ocurrencia, cuando viniendo á escape de la retaguardia, un jefe ú oficial, en un caballo tordillo, alcanzó al jefe que iba á la cabeza al llegar ya á la quebrada. En el momento dió frente á nosotros la línea enemiga y marchó sobre nuestra posición.

Casi al mismo tiempo que los enemigos marchaban sobre nosotros, observé que el regimiento núm. 12, que estaba á nuestra derecha, se desbandaba ya á retaguardia, siguiendo el ejemplo de los demás cuerpos de la derecha y centro de nuestro ejército; y mientras tanto una columna de caballería enemiga como de 300 hombres, se desprendía al frente de nuestro flanco izquierdo por el bajío. Como no hubiese ya quedado de nuestra línea más tropa formada que nuestros dragones, que no pasaban de 250, me acerqué al coronel Balcarce y le dije—¿Y qué hacemos ahora que no nos retiramos, cuando todos nuestros cuerpos están en derrota, y ya el enemigo se nos viene encima? Sin una orden del general yo no debo retirarme, me respondió el coronel. Cuando iba yo á maldecir la calma del virtuoso coronel Balcarce, que por falta de orden había dejado de cargar al enemigo cuando se retiraba, y por falta

de orden iba á dejarse acuchillar en su formación, vino felizmente un ayudante mandado por el Sr. general en jefe con la orden para que se retirara.

En el momento de haber recibido el coronel dicha orden, dió la siguiente voz al regimiento—Escuadrones, marcha de flanco por la derecha, conversión á la derecha, marchen. A esta voz pusímonos en retirada, pero observando yo que la columna de caballería enemiga nos tomaba ya la delantera por nuestro flanco derecho, haciéndonos fuego de paso con sus tercerolas, me adelanté en alcance del coronel y le dije—Vamos, Sr., á cargar esta columna que se nos adelanta ya por el flanco.

El coronel, cuyo caballo acababa de recibir un momentos antes un balazo que le atravesó el hocico cortándole la bala la cabezada del freno, y el cual iba al pecho del caballo sostenido sólo por las riendas, díjome—¿No me ve Vd. cómo voy? Cargue V. si quiere, ó haga lo que le parezca.

Con esta respuesta de mi coronel contramarché al instante por nuestro flanco derecho, y así que llegué á la cabeza del 2º escuadrón que yo mandaba, sujeté á mi caballo y grité á mis soldados—¡Valientes dragones: los que tengáis buenos caballos y querráis cubriros de gloria, seguidme y seremos victoriosos! Me precipité en seguida para ver para atrás, sobre la columna enemiga, que estaba á la sazón pasando un zanjón; y cuando á poco andar volví la vista y encontré que me seguían como unos 40 de los valientes que habían sido de mi compañía, me precipité con ellos sobre la columna con sable en mano, y la puse en desorden. Como los enemigos iban en extremo borrachos, pues habían tomado momentos antes de la carga una arria cargada de aguardiente, nos equivocaron al principio y gritaban viéndose acuchillados—No me pegue, que soy de la escolta del general Ramírez, otros que soy del escuadrón del comandante Vijil, etc. Por lo mismo, que te lleven los D... les contestaban mis soldados y les arrimaban de firme; así fué que cuando ellos conocieron que éramos enemigos, que fué cuando les habíamos volteado una porción de hombres, no tuvieron más que echar á correr todos á su retaguardia.

Toda la derecha de la línea de infantería enemiga, que avanzaba haciendo salvas sobre los restos de la nuestra dispersa, echó á correr así que vió en fuga á toda la columna de caballería de su derecha, y sin saber por qué fuerza era perseguida. Lleno yo de una extremada satisfacción al ver aquella inesperada derrota de toda

la derecha enemiga, mandé á un oficial de los dragones que iban conmigo, y cuyo nombre no recuerdo ahora, pero lo tengo escrito en mis memorias, con el aviso al Sr. general Rondeau, de que llevaba en derrota á todo el costado derecho enemigo, y pidiéndole me reforzara con alguna fuerza para continuar su persecución.

El oficial había partido ya con mi aviso al general en jefe al pueblo de Sipe Sipe, donde juzgaba yo que estaría reuniéndose nuestro ejército, y yo seguí persiguiendo al enemigo hasta la misma boca de la quebrada por donde había descendido el ejército contrario; pero como al llegar á dicho punto habían varios cercos de piedra y algunos ranchos, hicieron allí alto los enemigos para tratar de reunirse. ¡Pero cuán terrible fué la sorpresa de éstos al observar que sólo 40 hombres habían corrido á más de mil! Así que reconcieron mi fuerza me hicieron algunas descargas, y yo contramarché al galope en dirección al pueblo de Sipe Sipe, juzgando que allí encontraría reunido á nuestro ejército; mas apenas empecé á subir la lomada que conduce al pueblo, cuando ya advertí que estaba ocupado por la izquierda del enemigo. Con este conocimiento varié mi marcha á la derecha, y estaba mi poca fuerza principiando á pasar un zanjón, cuando me alcanza el teniente de dragones, D. Rafael Olavarría, que se hallaba de ayudante del mayor general Cruz y me grita—¡Vuelve, La Madrid, á salvar al mayor general, que acaba de recibir un balazo y va á ser tomado por los Talaveras!

En el acto de recibir este aviso grité á los pocos dragones que habían ya pasado el zanjón, que fueran de carrera á reunirse al coronel Balcarce, donde le alcazarán, y yo con los restantes, que serían como unos 25 hombres, me lancé en protección del general Cruz guiado por Olavarría, y tuve la fortuna de llegar á tiempo, que iban ya á tomarlo, como unos 50 Talaveras de caballería, á los cuales arrollé con una impetuosa carga y logré salvar á dicho general, haciendo acomodar en las ancas de su caballo al valiente dragón Gregorio Jaramillo, salteño, para que pudiera sostener al general. Púseme en retirada con él, cubriendo yo su retaguardia y protegiendo á multitud de infantes nuestros, y muy particularmente á los del cuerpo de pardos y moreno que formaban nuestra reserva.

Como me costaba trabajo para reunir á dichos hombres y hacerles que se formaran para imponer respeto á los enemigos que me perseguían, el general Cruz los exhortaba también para que se formaran y aun llegó á pedirles que le alcazarán un fusil para hacer

fuego él también; pero observando yo que dos ó tres infantes á un tiempo, se dirigían con sus fusiles á presentárselos al general, los cargué á palos y obligué á todos á formarse. Al ver esta operación paró su marcha un escuadrón de Talaveras que me perseguía de cerca, y aprovechándome yo de esta circunstancia, le dí un cabo y dos hombres al mayor general para que se adelantara con ellos y así que hubo marchado, mandé que se retiraran por la marcha de flanco como 200 infantes que había reunido y quedé yo á retaguardia con mis veinte y tantos dragones.

Muy luego se movieron los Talaveras en mi alcance, cuando á poco andar observé á dos ó tres de nuestros infantes blancos, que iban ya á ser tomados por los Talaveras á espaldas de mi izquierda. Estos infelices habían votado ya sus armas á la intimación de los enemigos que se les aproximaban ya, y como después de verlos desarmados cargaron sobre ellos á lanza, y los perseguían para matarlos infedensos, por entre unas tolas ó arbustos de que se guarecían pidiendo misericordia, fué tal la indignación que me causó esta persecución atroz, que los acometí con mis pocos dragones, los hice retroceder y salvé á los tres soldados, habiendo yo mismo sacado en ancas de mi caballo á uno de ellos.

Desde allí, que habíamos ya andado como más de legua y media de Sipe Sipe al sur, ya no nos persiguieron los enemigos y pude yo continuar despacio mi retirada, y reuniendo algunos dispersos. Muy caída la tarde alcancé al general Rondeuu ya puesto el sol, en una población cuyo nombre no recuerdo en este momento, pero que distaba como unas cinco leguas escasas de Sipe Sipe, y la comitiva que le acompañaba, pasaba de quinientos hombres, estando entre ellos el coronel Zelaya, Balcarce y Pagola; y aun creo que el coronel Forest y algunos otros jefes, y también el mayor general Cruz.

Después que hube llegado á dicho punto y dádole cuenta al general de todo lo ocurrido en mi retirada, y de que los enemigos habían dejado de perseguirnos, me le ofrecí para ir á situarme de avanzada con mis pocos dragones en las lomadas de la otra banda de un río que corre á inmediaciones de dicha población, hacia el norte. Este mi ofrecimiento fué á consecuencia de que el general quería continuar la retirada esa misma noche, y con este mi ofrecimiento y las seguridades que yo le dí de que los enemigos no nos perseguían, resolvió pasar allí la noche y yo me marché asegurándole que después de hacer mi reconocimiento bien de madrugada,

haría tocar la diana con un corneta que tenía, y cuyo toque significaría no haber novedad, y serviría de aviso para que se dispusieran los cuerpos para la marcha.

Púseme en seguida en marcha y me situé en el punto convenido; luego que hubo pasado la media noche mandé avanzar mis descubridores por diversos puntos, como á distancia de legua y media, y les ordené que estuviesen de regreso antes del toque de diana, manteniéndome yo mientras tanto con toda la vigilancia que era necesaria. A la hora convenida, que serían como las tres y más de la mañana, regresaron mis descubridores sin novedad, y yo mandé en seguida tocar la diana; mas, este toque, según lo supe después, ocasionó la más precipitada retirada de nuestras fuerzas, pues cuando el general mandó avisar á los cuerpos para que se dispusieran para la marcha, ya mucha parte de las tropas estaban en precipitada marcha, porque juzgaron que el toque de diana era de los enemigos; lo que me hizo creer que hubo descuido por parte del general en haber prevenido á los cuerpos mi partida, y que la diana significaría no haber novedad.

Para probar la verdad de cuanto dejo relatado respecto á la batalla de Sipe Sipe y nuestra retirada, existen hoy en Buenos Aires algunos jefes y oficiales que no me desmentirán, y sobre todo, muchos ó algunos soldados del núm. 7 y otros cuerpos que cuando me encuentran por las calles me dicen siempre—; Ah, mi general, á V. S. le debemos el vernos por acá con vida! Me será también satisfactorio expresar un encuentro que tuve en Tupiza después de la batalla de la Ciudadela del año 31, precisamente con el soldado á quien yo liberté en las ancas de mi caballo, cuando la retirada de Sipe Sipe, de que cayera en manos de los Talaveras.

Al ir yo á sacar pasaporte en dicho pueblo, del corregidor para pasar á Potosí, encontré á este Sr. en la puerta de su casa y llevándome á la esquina donde había una gran tienda, para firmarme el pasaporte, me saluda el dueño de ella muy afectuosamente y me dice—“¿Me conoce, mi general?” Fíjome en él y le digo—Creo que he visto á Vd. en tiempos anteriores, pero no recuerdo dónde. Entonces el tendero, que era un español, dícame—¿Se acuerda, V. S. que cuando la retirada de Sipe Sipe iban á caer tres soldados nuestros en poder de los Talaveras y V. S. los cargó? No pude menos que interrumpirle la relación y de decirle—y que salvé yo en ancas á uno de ellos. Pues ese soy, Sr. general, díjome, y hoy que tengo la fortuna de encontrarlo, aunque en desgracia, me tomo

la libertad de suplicarle quiera admitir un pequeño presente que quiero hacerle, y sin esperar mi respuesta se entró á la trastienda y regresó muy luego con un par de ricas pistolas y dos ó tres onzas de oro, y me las presentó. En vano me resistí á admitir este obsequio, fué tanta su instancia que tuve que aceptarlo, conmovido, al ver el vivo interés con que me lo ofrecía; y á fe que bien lo necesitaba, pues iba sin un medio, y hacían dos días ó tres que acababa de presentármeme mi señora con mis dos tiernos hijos, desnuda y saqueada por el famoso caudillo Quiroga, que él en persona la despojó de toda su plata labrada, alhajas y hasta de su equipaje y el de mis hijos. ¡Pero lo más extraño es que, habiendo yo reclamado aquí ante el Juzgado de 1.^a instancia la restitución de este robo escandaloso, contra su familia que está en posesión de una inmensa fortuna quitada á los pueblos por aquel caudillo, no haya encontrado justicia en la Suprema Corte de este nombre, sin embargo de estar bien probado el robo, y hasta confesado por el apoderado de la señora viuda!!! ¡Es esta la única recompensa que he merecido á todas las autoridades de mi patria, por los inmensos y notorios servicios que la he prestado en mi larga carrera, con el desprendimiento que pocos! Espero que mis lectores sabrán disimular esta tan justa como inútil queja, y pasaré á ocuparme en rebatir la inexacta descripción que Paz hace en sus memorias, de la batalla de Sipe Sipe y de la retirada de nuestro ejército.

Por lo que dejo relatado de la bajada del ejército del general Pezuela á Sipe Sipe y el modo cómo se dió y perdió dicha batalla, conocerán todos que fueron muy inexactos los juicios de Paz al describir esos hechos; pero antes de ocuparme de rebatir los falsos cargos que Paz hace al Sr. general Rondeau sobre la retirada, y que se largó solo con sus ayúdanτες y sin llevar fuerza alguna hasta Chuquisaca, quiero en obsequio de la verdad hacer una justa advertencia. Yo, en mis memorias, al hacer la descripción de la batalla de Sipe Sipe, digo porque así fui informado, que el origen de la pérdida fué el haber el general Rondeau mandado retirar los cuerpos de la derecha de nuestra línea que estaban parapetados sobre unos cercos de piedra, que estaban sobre la barranca del río, para que entraran en línea con el resto del ejército que estaba más á retaguardia; pero hoy, mejor informado, debo decir que lejos de haber el general mandado retirar á dichos cuerpos, que no eran otros que el núm. 1.^o y el 9, el Sr. Rondeau, así que observó que dichos cuerpos abandonaban su puesto, mandó al sargento ma-

yor D. Manuel Escalada con una orden al mayor general Cruz, preguntándole que con qué orden abandonaban aquellos cuerpos su posición, y conjurándolo á que volvieran á ocuparla á toda costa.

Esta orden, que la dió Escalada al mayor general, no fué cumplida, y la retirada de dichos cuerpos fué la que produjo la simultánea derrota de los demás: el nuevo conocimiento de este hecho, me hace creer con fundamento, que la retirada de dichos cuerpos sin orden fué emanada de la desinteligencia con que estaban sus jefes, Forest y Pagola.

Desde la mañana siguiente al día de la batalla, en que se marcharon precipitadamente los cuerpos á consecuencia del toque de diana, yo marché constantemente por los flancos del ejército con mi partida, comisionado por el Sr. general Rondeau, al efecto de reunir todos los dispersos que encontrara y algunas cabalgaduras para el ejército, como el de esperar á éste en las paradas que se me designaban con la carne necesaria.

En todos los días que tardamos hasta llegar á Chuquisaca, fué ésta mi ocupación, y no fueron pocos los soldados dispersos que reuní, ni los buenos caballos y mulas que quitándoles á éstos, entregué al coronel D. Cornelio Zelaya, que era el jefe que cubría nuestra retaguardia con una división bien ordenada en la que venían todos nuestros dragones.

Es oportuno advertir aquí que el general Paz ha copiado exactamente de mis memorias, al escribir las suyas, muchas de mi expresiones, y no una sino varias ocasiones. Por ejemplo, al describir la retirada de nuestro ejército, dice en el párrafo 1° del folio 262, entre las mil inexactitudes que relata—"Tan sólo los granaderos á caballo, que estaban á la derecha, dieron una carga, que contuvo momentáneamente los progresos del enemigo: en la izquierda los dragones hicieron más ó menos lo mismo y aun hubieran hecho más, sin la casualidad de una bala que atravesando las quijadas del caballo que montaba el coronel Balcarce, cortó las cabezadas del freno, dejándolo enteramente sin gobierno en el momento más crítico y en que más necesaria era su dirección y su ejemplo, etc."

Todos saben que los dragones nada hicieron en esa batalla ni en la retirada con el coronel Balcarce; y que sólo obraron con el más feliz éxito los pocos con que yo cargué á la columna enemiga, después que le balearon el caballo al coronel, y cuya descrip-

ción está puesta en mis memorias. Es hasta cierto punto ridículo en un jefe como Paz, el callar todos los hechos que me pertenecen, cuando siempre fui uno de sus mejores amigos, y se lo acreditó más de una vez en lances muy apurados, y cuando por casualidad se ha visto precisado á relatar algunos de los muchos hechos de armas que yo he tenido, lo ha mutilado á su antojo, como en Venta y Media. La razón porque no nos persiguió el enemigo en esa retirada fué porque los había yo escarmentado en diversas ocasiones con un puñado de mis valientes dragones.

Queda demostrada por la relación que dejo hecha de la batalla de Sipe Sipe, y de nuestra retirada, la inexactitud con que Paz asegura que el general Rondeau se largó solo hasta Chuquisaca sin haberse atrevido á tomar disposición alguna, y que sólo llegaron á dicha ciudad 400 hombres con el coronel Zelaya, y sólo me resta referir lo que Paz calla.

Al segundo día de haber llegado á Chuquisaca el general con los restos del ejército, me mandó con una partida de 8 dragones, que volviera por el camino que habíamos traído de Sipe Sipe, con el objeto de reconocer los movimientos del enemigo y el de reunir los dispersos que pudiera. Púseme efectivamente en marcha y avancé en dos días hasta la mitad ó más del camino sin haber encontrado noticia de los enemigos, pero habiendo logrado reunir unos doce ó catorce hombres montados ya. Como no hubiese adquirido noticia alguna de aproximación de los enemigos, púseme en retirada al tercero día, pero al acercarme el quinto á Chuquisaca, fui instruido por unos indios, de que hacían ya dos días á que se había retirado el general con todas sus fuerzas á consecuencia de que una fuerte división enemiga había pasado ya en dirección á Potosí, y que los Cholos de Chuquisaca se habían sublevado á favor del rey, y tenían en la cárcel á muchos individuos de nuestro ejército, á quienes habían desarmado.

Mi posición era crítica, pues el general se había marchado dejándome colgado y sin dirigirme un aviso; pero sin vacilar, tomé la resolución de dirigirme á la plaza con mis veinte y tantos hombres, y reclamar la entrega de todos los hombres que nos tenían presos. Apuré mi marcha sin detenerme, y entré resueltamente á la plaza, cuyas bocacalles estaban llenas de una multitud de cholos, y algunos de ellos con armas y fornituras de las pocas que habían quitado á nuestros dispersos. Formé mi partida al frente del cabildo, y llamando al alcaide de la cárcel le intimé resueltamente que abrie-

ra las puertas de ella y me entregara todos los presos que tenía de nuestro ejército.

El alcalde quiso excusarse con que las llaves estaban en poder del Juez, y que sin su orden él no podía entregarme dichos presos; pero como á esta respuesta mandé yo que se desmostaran cuatro dragones con sus tercerolas y le pegaran cuatro balazos si no abría al instante las puertas y me entregaba todos los presos, no tuvo más remedio que ceder, y me fueron entregados en el acto veñite y tantos hombres, y entre ellos uno ó dos oficiales; y me acuerdo en este momento que también el sargento Martín Ferreira, mendocino, que después lo hice oficial de húsares de la Muerte, y fué aquel en quien delegó el gobierno de Tucumán el finado Dr. D. Marcos Avellaneda el año 41, al tiempo de marcharse con el general Lavalle para Salta; y el que dirigió sus avisos al famoso Oribe para que apurara sus marchas sobre Tucumán al cual se unió.

En el acto de haberseme entregado todos estos presos, púseme en marcha con todos por el camino á Potosí, que había llevado el ejército. Como era ya muy caída la tarde, caminé una parte de la noche é hice alto para que descansara mi tropa y comiese unos corderos que encontramos. Continué la marcha al siguiente día después de haberme provisto de dos buenos indios baqueanos, y nos tomó la noche como unas dos leguas antes de llegar á la posta de Bartolo, donde se había situado la vanguardia enemiga ya bien caída la tarde, pues nuestro ejército había pasado ya en dirección á Tumusla ó Caisa.

Con estos conocimientos, no me quedaba ya otro recurso que echarme á la falda de los cerros de la izquierda, y pasar á la vista de los fogones de la vanguardia enemiga, para tomar la dirección á Cinti. Me decidí á emprender esa penosa marcha y pasé tarde de la noche por un sendero asperísimo, divisando los fogones enemigos á poco más de un cuarto de legua á nuestra derecha; continué marchando toda la noche para alejarme del peligro. El resultado fué que á los pocos días llegué yo á Cinti con más de 80 soldados de nuestros dispersos, que había reunido, y de los cuales eran casi todos infantes, y con muy pocas armas, pues de dragones sólo alcancé á reunir unos 16 armados.

Como en dicho pueblo se hallaba un indio rico apellidado Cargargo, á quien el Sr. general Belgrano había condecorado con el grado de coronel á guerra, fué éste el 1° que en compañía del cabildo y de lo principal del vecindario, me instaron para que me que-

dara con dicha fuerza á defender el pueblo contra las tropas del ejército español, asegurándome que concurrirían con toda la indiana del departamento, y con cuantos auxilios pudieran para ayudarme, y al efecto, diéronme un convite para el siguiente día en el cabildo, después de haberme mandado desalojar una casa distante media cuadra de la plaza para que acuartelara mi tropa.

Al siguiente día á las dos de la tarde, concurrí al cabildo con el teniente de dragones D. Mariano García, y no recuerdo si con uno ó dos oficiales subalternos de los que había reunido; pero dejando mi tropa acuartelada, y con la orden al sargento Ferreira que estaba de guardia, de que no me dejara salir un solo hombre, pues el coronel Camargo había dispuesto también que se le llevara una abundante comida á la tropa.

Habíamos acabado de comer alegremente, y me había yo retirado á sestiar á una pieza inmediata al cabildo que me habían preparado, cuando á poco rato de estar yo acostado entran dos señoras pidiéndome á gritos, que saliera á libertar al pueblo de ser saqueado por la tropa, pues que acababa ésta de sublevarse y salir del cuartel atropellando la guardia. Lleno yo de indignación al oír la relación de estas desesperadas señoras, no hice más que desenvainar mi espada, ponerme la gorra y atravesar corriendo por medio plaza, acomodándome la casaca, que había sacado en la mano.

Cuando desembocaba yo á la bocacalle del cuartel, me encontré ya con el tumulto que venía tirando bayonetazos á unos pocos soldados de la guardia y al sargento Ferreira, que á gritos y súplicas procuraba contenerlos. Arremetí furioso repartiendo cuchilladas y estocadas á cuantos encontraba, y gritándoles á todos— ¡Al cuartel corriendo! Admirable fué el efecto que causó en todos esta mi resolución, pues sobre la marcha volvieron corriendo todos y los encerré en el cuartel, reforzó la guardia y puse á la cabeza de ella al valiente teniente García: todo el tumulto había sido dimanado de la abundante chicha (1) que el coronel Camargo había mandádoles al cuartel. Hubieron algunos individuos heridos por mí, y aun hube de fusilar á uno ó dos, si el coronel Camargo y el cabildo no me hubieran pedido encarecidamente que los perdonara.

(1) Una aloja muy rica que usan en el alto Perú y la cual es hecha de la harina de maiz, pero que se pone tan espirituosa con la fermentación que emborracha.

Como tenía yo ardientes deseos de operar sólo contra los españoles, y de excitar el entusiasmo de los naturales del país para que me ayudaran, tomé pretexto de esa ocurrencia para proclamar á mis soldados y recomendarles su más cordial gratitud y reconocimiento, tanto al cabildo de aquel pueblo como al patriota coronel Camargo, que por sus ruegos los habían libertado del castigo á que se habían hecho acreedores por su escandaloso movimiento. Dijeles que seguro de obtener el permiso del Sr. general en jefe para volver á defender con ellos aquella provincia, iba á dejarlos bajo las órdenes de dicho coronel y partir yo con sólo los 16 dragones en alcance del Sr. general, para participarle los ardientes deseos de aquel patriota pueblo y regresarme al momento.

En seguida recogí las pocas armas que había entre la tropa, y después de hacer reconocer por su jefe al coronel Camargo hasta mi vuelta, que sería muy pronta, le entregué á éste los pocos fusiles y le ordené que reuniera inmediatamente á todos los naturales del país que pudiera y los conservara acuartelados hasta mi regreso.

Todo el mundo quedó contento y yo me puse en marcha esa misma noche con mis 16 dragones y llevando conmigo al teniente García. A los dos días siguientes alcancé al Sr. general en el pueblito de Moxaya, ya al obscurecer. Hícele presente el empeño en que quedaba todo el pueblo de Cinti y el coronel Camargo, de que yo volviera á defenderlo de los españoles, y ofreciéndome su más decidida cooperación, le instruí de todo lo que había ocurrido y de haber dejado allí como en prueba de mi pronto regreso como unos 60 soldados infantes, siendo muchos de ellos negros; y por último le manifesté mis más ardientes deseos de volver á sacrificarme por la libertad de los pueblos si se dignaba concederme esa gracia.

Muy complacido el Sr. Rondeau por todo lo que había yo hecho desde que me mandó de Chuquisaca, y más que todo de los deseos que le manifestaba de regresarme á reunir fuerzas para hacer la guerra á los realistas, díjome—“¡Muy bien, bravo, mayor La Madrid! Se regresará Vd. por la mañana con los pocos dragones que ha traído, y desde este momento le autorizo para que levante Vd. un escuadrón de caballería de los dispersos que logre reunir del ejército, bajo la inteligencia de que será V. el jefe nato de él desde el momento en que lo hubiese formado, y será reconocido como teniente coronel y comandante de un cuerpo separado. El Sr. general D. Martín Rodríguez y varios otros jefes estuvieron presen-

tes, y despidiéndome muy complacido de todos ellos, me retiré con mi pequeña partida á donde estaban acompañados los dragones, bajo el mando del general Rodríguez.

Al amanecer el día siguiente, que fué como á mediados de enero del año 16, llegó una partida nuestra de los lados de Tarija, conduciendo á cuatro soldados nuestros de caballería, que los traían encañados y con grillos, por haberlos tomado cometiendo desórdenes en la dispersión. Como fuese ya hora de regresarme, mandé al teniente García que hiciera ensillar la partida, mas regresó al momento diciéndome—Dice el general Rodríguez que los dragones que hemos traído quedan en el cuerpo porque está muy bajo, que nos marchemos con sólo nuestros dos asistentes y que ya nos alcanzarán cuatro hombres que le va á mandar con un ayudante.

Fué tal la impaciencia que semejante determinación me causó, que le dije á García: ¡Monta con tu ordenanza y vámonos cuanto antes! Como yo me había ya despedido del Sr. general en jefe esa noche porque quería salir bien temprano, monté á caballo con mi ordenanza Gregorio Jaramillo y nos marchamos con García sin despedirme del general Rodríguez; mas á las pocas cuerdas de camino nos alcanzó un ayudante de dragones con los cuatro presos que acababan de sacarles los grillos, traídos por la partida que dije atrás, y los cuales iban mal montados y armados sólo de tercerolas, faltándole á una de ellas el rastrillo y otra sin guardamonte. Iba yo tan quemado con el general Rodríguez por haberme hecho quedar los 16 dragones que yo había reunido, que sin reparar en lo mal que hacía díjele al ayudante—;Diga Vd. al general que he de hacer yo más con estos cuatro hombres desarmados que me manda, que él con todo el regimiento! Y á fe que lo cumplí.

A las dos ó tres horas después de mi marcha, ya logré montar bien á dichos soldados y continué mi camino sin interrupción hasta que llegué á Cinti al tercero día muy temprano, y con cinco hombres más que reuní en el camino. Inmediatamente despaché varias proclamas con algunos naturales del país, para diversos puntos al norte, invitando á nuestros soldados dispersos para que vinieran á hacer parte del nuevo cuerpo de caballería que iba á formar, para hacer la guerra á los españoles, y marché en seguida á situar mi campamento á los ingenios de Culpina, que están como á unas ocho leguas al este.

Dichos ingenios están situados entre dos cerros que corren de norte á sud, y en cuyo intermedio hay una hermosa campiña como

de media legua ó más de ancho, y que se extiende como una legua al sud. Los dichos ingenios están en la falda del cerro del este, sobre el extremo del norte. Situado en ellos con todos los hombres que dejé en Cinti, aparté todos los soldados blancos que había, y empecé á instruirlos con esmero en las maniobras de la caballería; y como muy luego empezaron á llegarme varios dispersos del interior á consecuencia de las proclamas que había circulado, pude ya en los últimos días de enero, tener organizado un pequeño escuadrón de 80 hombres, al que dí la denominación de Húsares de la Muerte.

Como ya en aquella fecha se había la vanguardia enemiga avanzado hasta Santiago de Cotaguita, me fué necesario avanzar una partida de 12 hombres sobre el río de San Juan, en observación de dicha fuerza. Mientras tanto, yo había establecido mi maestranza y mandado componer unos pocos fusiles, y hasta doce tercerolas, que fueron las únicas que conseguí para mi nuevo escuadrón y unos 22 sables. Este solo era mi armamento, y unos 30 fusiles con que tenía armados á más de cuarenta pardos y morenos de infantería; mas, sin embargo, mis 80 húsares se hallaban bien montados y casi todos provistos de buenos cuchillos, gracias al patriótico empeño del coronel Camargo, que me los había facilitado.

El 30 de enero tuve yo aviso muy temprano, de que se nos aproximaba el batallón de Picoaga mandado por el ya brigadier Alvarez, hermano del Sr. D. Ignacio, en núm. de 500 hombres, y con más 150 hombres de caballería. Yo, que ansiaba que llegara el momento de tener un ensayo con los enemigos, felicité á mis soldados por esta noticia y me decidí á esperarlos en medio del campo, asegurando á mis húsares que íbamos á cubrirnos de gloria, pues les decía para animarlos, que era el mismo jefe que en La Quiaca no había podido romperme con 400 infantes y 200 hombres de caballería, no teniendo yo más que 27 hombres, pues me había retirado por el espacio de cuatro leguas rodeado por todos ellos, y salvado dejando mi caballo muerto.

Al siguiente día 31 muy de mañana, ya asomó la columna descendiendo por el cerro del este. Preciso es advertir aquí que al organizar el escuadrón de húsares, había hecho capitán de la 1ª compañía al teniente D. Mariano García, y nombrado capitán de la 2ª á un oficial tarijuno llamado, creo, D. Mariano Mendieta, y que al sargento Ferreira lo había hecho reconocer por alférez de

una de ellas, por la buena comportación que había tenido desde que se me reunió.

Salí en seguida con toda mi fuerza y me formé en el medio del campo, dando frente al cerro del este por donde estaba bajando ya el enemigo. Así que hubo bajado toda la fuerza enemiga, formó el brigadier Alvarez su batallón en columna cerrada y marchó sobre mi fuerza, con su caballería distribuida á derecha é izquierda.

Como estos hechos de armas que voy á referir son unos de los más gloriosos que he tenido en mi vida, y como aun existen algunos individuos de los que tuvieron parte en ellos y fueron testigos presenciales, como el capitán Mendieta, que teniendo en el día una más alta graduación se halla en la ciudad capital de Córdoba, Santos Frías, de capitán en la provincia de San Luis, y Gregorio Jaramillo, en la de Salta; comprenderán mis lectores que es importante detallarlos.

Yo esperé el ataque de tan numerosa fuerza, formado al frente de mis pocos húsares en línea, y mandé avanzar al frente de mi derecha á los 40 infantes con la orden de que al ponerse á tiro la columna y cuando ésta empezara sus fuegos, rompiesen ellos los suyos dispersándose en tiradores y aparentando una precipitada retirada, y con la misma orden avancé por mi izquierda una guerrilla de 16 húsares. Mi intento con esa falsa retirada, que también debía yo secundar volviendo caras por mitades, era provocar á la columna á que perdiera su formación en masa para cargarla. Pero los enemigos, al vernos esperarlos tan resueltamente, nos empezaron á llenar de insultos apurando su marcha, y apenas se pusieron á tiro dispararon una descarga sobre mis infantes. Estos, en vez de hacer el papel que se les había encargado, dispararon sus fusiles sobre la columna y echaron á huir de veras botando sus armas.

Mis 16 húsares de la izquierda llenaron su deber, pues les mandó el oficial volver caras y emprendió su retirada. La caballería de la izquierda enemiga, en lugar de cargar á los infantes que huyeron, corrió á su derecha é incorporada á la de este costado se lanzaron todos sobre mis 16 húsares que acababan de dar vuelta. Yo entonces poniéndome á la cabeza de diez hombres de mi caballería que dejé formada, corrí al encuentro de mi partida y mandándola dar frente al enemigo, acometí á la caballería y la obligué á retroceder. Mas como la columna seguía su marcha sin perder su formación, y ya rompía sus fuegos sobre mi escuadrón, le man-

dé á éste volver caras por mitades y emprendí mi retirada despacio ó al trote. Los fuegos de la columna empezaban ya á herirme algunos hombres, y mis soldados principiaban ya á querer perder su formación, cuando dí la voz—escuadrón, alto: por mitades, vuelvan caras por la derecha.

En el momento de haber ejecutado este cambio, la columna bizo alto, y colocado yo al frente de mi escuadrón dije á mis soldados—;Para que veais el desprecio con que miro á los enemigos voy á atravesar esa columna que tenéis á la vista; seguidme y seréis victoriosos—Y como mis soldados contestaron con un fuerte viva á la Patria, mandé en seguida de frente al trote, marchen. A esta voz la 1ª fila de la columna hincó rodilla en tierra y caló bayoneta rompiendo el fuego las armas. Yo, que iba al frente del centro de mi pequeño escuadrón, dí la voz al galope, y cuando me hube aproximado dí la de á degüello.

Cuando al llegar á la columna volví la vista á mi tropa, y encontré que sólo tres hombres me seguían á tres ó cuatro pasos de distancia, cerré las espuelas á mi caballo y crucé por el centro de ella y sin haber recibido más daño que un fuerte golpe que me dió un soldado con la boca del fusil en la costilla izquierda y el que me quedó grabado por dos ó tres días. Los tres valientes, que también cruzaron la columna por tras de mí fueron los soldados José Santos Frías, puntano, Gregorio Jaramillo, salteño y Juan Manzanares, paraguayo.

Así que hube salvado de la columna, enarbolé en la punta de mi espada una banderita argentina que llevaba á la cintura, y era la señal que había dado para la reunión, y tuve la fortuna de que se me reunieran al momento todos los que habían sido rechazados por los fuegos, á excepci6n de cuatro ó cinco muertos y seis á siete heridos.

Así que el brigadier Alvarez vió mi gente formada, ganó la falda del cerro del poniente, juzgando sin duda que iba yo á ocuparla; mas luego que me vió marchar á la falda de el del naciente, donde había dejado con una buena guardia todos sus equipajes y la banda de música, regresó sobre mí con toda su fuerza; mas no pudo evitar que acuchillásemos algunos hombres de su guardia, y le tomásemos tres ó cuatro clarinetes, los platillos de la música y dos cargas de equipaje. Pero como fué tan rápida la marcha que hizo la columna y estuviese ya sobre nosotros, formé inmediatamente mi fuerza para cargarla en dos direcciones, pues ordené al capitán

García que apartándose un poco á la derecha con la 1ª compañía diese una inversión á la izquierda, y puesto yo entonces al frente de la 2ª, cargamos.

La columna, al ver este movimiento, hizo la misma operación que en la 1ª carga, pues hincó rodilla en tierra la 1ª fila; mas la caballería toda desmontándose de sus caballos, y largándolos ensillados, ganó el centro de la columna. Parecerá esto fabuloso, pero es un hecho que todos lo presenciaron, y que si existe alguno de los jefes ú oficiales españoles que allí estuvieron, no me desmentirá. Tal era el terror que les había yo infundido en los diversos choques que había tenido anteriormente con las tropas realistas! Cuando yo di la voz de á degüello, ya sobre la columna, los soldados de García se largaron por el flanco derecho, y los míos por el izquierdo; pero habiéndolo yo advertido muy encima ya de la columna, juzgué atravesarla como en la 1ª carga, y cerrando las espuelas á mi caballo me lancé á ella.

Al llegar la cabeza de mi caballo á la 1ª fila, conocí en el repentino impulso de él, que había sido herido é iba á caer, y lo llamé con la rienda á la izquierda al tiempo que eayó muerto. El resultado fué, que sin saber cómo, yo salí corriendo con mi espada en la mano, pero oí gritar al jefe—;No lo maten, alto el fuego! Cesa éste al momento y salieron corriendo á tomarme más de veinte hombres con sus fusiles en la mano.

El campo estaba barroso por haber llovido un poco en la noche anterior, y tanto los soldados de la 2ª compañía con que yo había cargado, como los de la 1ª que cargaron con García por el flanco izquierdo de la columna, todos disparaban al sur, llevándose los caballos ensillados del enemigo por delante, sin que sus oficiales pudieran aun contenerlos. Mientras tanto, yo había corrido ya como un desesperado por entre el barro, como unas dos cuabras; y en el acto mismo en que suspendía mi carrera para rendirme de cansado á la porción de hombres que me alcanzaban ya, observo que tres hombres de los nuestros volvían á escape á mi encuentro. Entonces la esperanza de poder aun salvar á la vista de este inesperado auxilio, dióme alas y continué mi carrera como un desesperado, en circunstancias que los enemigos más inmediatos iban ya á tomarme. Había logrado alejarme un poco de éstos, cuando los tres valientes, que no eran otros que los mismos Frías, Jaramillo y Manzanares, que me habían acompañado en la 1ª carga, me echaron al medio ofreciéndome su estribo el 1º.

Como el estribo de éste era en extremo chico, como el que usaban los paisanos, apenas pude introducir la punta de mi bota granadera en él, y al volar el pie derecho para cabalgar en las ancas viéneseme el pie izquierdo abajo del estribo, creo que iban ya á tomarme los enemigos cuando el bravo muchacho puntano me caza por el corbatín con su mano izquierda y ayudado por Jaramillo, que me tomó por el faldón de la casaca, me sentaron á las ancas del 1° y echaron á correr. Como los enemigos que me seguían perdiesen la esperanza de tomarme vivo, hiciéronme todos una descarga, pero sin fruto. Cuando mis tres valientes se pusieron ya fuera del alcance de los tiros enemigos, les mandé parar.

Habiendo sido obedecido, dícame uno de ellos luego que sujetaron sus caballos:—mi comandante, está Vd. herido, y preguntándole yo á dónde era la herida, señálame el pecho; me miro, y encontrando mi casaca bañada en sangre por el pecho me desmonté algo sorprendido y me desabroché la casaca; mas no encontrando herida ninguna, me quedé de los hombres más pensativo y triste, por aquel fatal accidente que me había privado de adquirir la gloria que deseaba en favor de mi parita. Mil soldados y oficiales continuaban su carrera al sur, ya algo distantes; y la consideración de que para reunirme derrotado al ejército, era preciso atravesar á nado el río de San Juan, no sabiendo yo nadar, me reanimó extraordinariamente, y montando sin detenerme en el caballo de Frías díjele—;Monta en ancas de Jaramillo y síganme! Eché á correr con toda la velocidad del caballo, en alcance de los prófugos, y así que calculé que podría ser oído, grité—;Alto! con toda la fuerza de mi voz. Efectivamente, mi voz fué oída y conocida también por mis oficiales, quienes repitiéndola al instante, contuvieron á todos los hombres y volvieron á mi encuentro.

Así que me incorporé á ellos, les increpé ásperamente por haberme abandonado, asegurándoles que si me hubieran seguido, toda la columna hubiera sido acuchillada y estarían sus restos prisioneros en nuestro poder, pues todos habían visto que con sólo los tres valientes que me habían acompañado en la 1ª carga, había cruzado por medio de ella. Díjeles que estaba resuelto á concluir con aquellos miserables enemigos, ó morir antes que presentarme derrotado á nuestro ejército, y como la contestación que me dieron todos fué unánime, de que morirían conmigo ó triunfaríamos, regresé al momento con más de 60 hombres, pues de los restantes,

unos pocos se habían dispersado y los otros habían sido heridos 6 muertos.

Preciso es hablar aquí del distinguido patriota el coronel Carnargo, á quien había olvidado en esta relación, y el cual tenía ya prestados importantes servicios á la patria desde los anteriores contratos de Vilcapugio y Ayohuma. Dicho coronel, con unos pocos indios que tenía reunidos, había presenciado la 1ª y 2ª carga, y después de esta última, había ganado el cerro del oeste que estaba á la parte de Cinti. Alentados ya mis sesenta y tantos hombres, regresé con ellos sobre la columna enemiga, que estaba en descanso y con sus armas en pabellones, en el lugar donde había dejado mi caballo muerto. Como unas diez cuabras antes de llegar á dicho punto, había á la costa del cerro del este un pequeño cercado de piedra con un hermoso alfalar; así que llegué á él hice abrir un portillo y me metí á él con todos los hombres que me acompañaban, los mandé echar pie á tierra y desenfrenar sus caballos para que pastaran un poco mientras proclamaba yo á mis soldados y los reanimaba para una nueva y decisiva carga.

Los enemigos, mientras tanto, no hicieron movimiento alguno y se conservaron tendidos en su descanso, y sin tener más que un solo hombre montado, que seguramente era el brigadier Alvarez. Luego que pastaron un rato mis caballos y que consideré ya reanimados á mis soldados, mandé tocar á caballo con el único corneta que tenía, que si mal no me acuerdo, era un chilindrón que anda hoy por estas calles inválido. Luego que hubieron montado mis hombres, salí fuera del cerco, y habiéndolos formado en batalla y enarbolado mi bandera argentina, marché resueltamente sobre el enemigo. Pero fué tal el terror de que éstos se cubrieron al ver mi temerario arrojó, que sonó al momento la generala, y apenas tomaron sus armas y formaron, cuando toda la columna ganó el cerro del este y se corrió á la altura de enfrente de los ingenios.

Aproximámonos nosotros hasta el mismo lugar donde había tenido lugar la 2ª carga, y como las huellas de la columna estaban estampadas en el barro, vimos mi caballo tendido y muerto sobre las pisadas de la 1ª y 2ª fila y con cinco balazos y tres bayonetazos y que el uno de estos últimos le había atravesado la tabla del pescuezo. Aseguro á mis lectores que se me erizaron todos los pelos de mi cuerpo cuando ví el peligro de que había salvado.

Mis soldados, mientras tanto, pifiaban á los enemigos á gri-

tos provocándolos á que bajaran; mas éstos no contestaron una palabra, ni aun nos hicieron fuego. Como mi tropa estaba sin comer y eran ya más de las doce del día, y tuviese yo precisión de hacer reunir la avanzada que tenía sobre el río de San Juan y también á los naturales de aquel país que se habían ya alentado al ver que con tan pocos hombres había yo impuesto al enemigo, me retiré al cerro del oeste á cuya falda había unos hermosos alfalfares, pero después de haber mandado cortar las cuatro patas á mi hermoso caballo para aprovechar las buenas herraduras que tenía poniéndoselas á otro.

Así que nos retiramos bajaron los enemigos, y habiendo encontrado á mi caballo sin las cuatro patas y sin reflexionar que las había yo llevado para aprovechar las herraduras, dijeron los oficiales á su tropa que era yo brujo, y que por eso no me podían nunca herir, y que por alguna de mis brujerías había llevado las patas de mi caballo. Esto lo digo porque así me lo relataron á los dos días todos los prisioneros que les tomé en la Quebrada al retirarse para Cinti.

Luego que me alojé en los alfalfares se me reunió el coronel Camargo con los pocos indios que tenía, y asegurándome que antes de anoecer ya tendría un crecido núm. de indios de honda que había mandado llamar. Efectivamente, al ponerse ya el sol se nos habían reunido como 300 indios y también mi avanzada. Como los enemigos se habían acuartelado en los ingenios y la noche amenazaba llover, mandé tocar orden para llamar la atención del enemigo luego que cayó la tarde é hice que montara mi tropa á caballo así que se puso el sol, formando también en línea á todos los indios, pues como nos distinguíamos los hombres de ambos campamentos, quería yo engañarlos con un falso ataque para que no durmieran con comodidad en sus cuarteles.

Efectivamente, cuando aun alcanzábamos á distinguir á los hombres del campo enemigo que nos habían visto ya formados, dí las voces de mando para romper por la derecha en columna al frente por compañías y rompí la marcha á toque de corneta. Habíamos avanzado más de medio camino y obscurecido completamente, cuando haciendo alto sin que cesara el toque de marcha, llamé al capitán García y le ordené que tomando cuatro hombres y un cabo de su compañía, continuase con el corneta batiendo marcha hasta muy cerca del enemigo, y según lo que descubriese se

regresara después. García continuó la marcha y yo me regresé á mi campo con toda la fuerza.

Los enemigos, así que sintieron aproximarse el toque de marcha, formaron toda su fuerza y ganaron precipitadamente el cerro, pues dejaron en los alfalfares tres ó cuatro mulas de los cargueros que habían escapado esa mañana ganando el cerro cuando yo los cargué, y á los cuales las recogió García y se regresó.

En el resto de la noche formé yo el proyecto de mantear á la columna al día siguiente en caso bajara para atacarnos, y al efecto preparé al valiente sargento oriental Santiago Bracamonte y otro cuyo nombre no recuerdo en este momento. Estos dos hombres bien montados, debían marchar á la vanguardia de mi línea y por derecha é izquierda llevando asegurados á la cincha de sus caballos cuatro lazos añadidos de á dos é ir con cuchillo en mano, para que cuando yo diese la voz de trote emprender ellos el galope, y cuando diese la de este aire lanzarse ellos á escape por derecha é izquierda de la columna y llevársela por delante.

Mi pensamiento era, que si los enemigos veían el lazo debían tenderse para evitar la manteada, y si no lo veían la violencia misma de los caballos y el lazo debía tumbar la 1^o, y ésta, desordenar á las demás, y como yo iba á la carga sobre el lazo en uno ó en otro caso, los debía acuchillar y pisotear á salvo. El cuchillo que llevaban en la mano debía servirles para cortar los lazos en caso de que el peso ó resistencia de la columna les detuviera los caballos.

Consideraba yo tan fácil esta operación, que no dormí esa noche de contento figurándome que ya la veía realizada al siguiente día: mas así que amaneció me encontré chasqueado porque los enemigos no se atrevieron á bajar del cerro, y la tarde emprendieron su retirada á Cinti por sobre la cima de él, que es bien escabrosa. Púseme yo en movimiento en seguida, tomando la misma dirección por la Quebrada, hasta que nos tomó la noche con los enemigos á la vista, pero á favor de ella me aproveché de los conocimientos del coronel Camargo y lo mandé adelantar con todos sus indios, que llegaban ya á cerca de 400, para que tomara una altura más adelante en la derecha de la Quebrada, á cuyo punto no podían llegar los enemigos sin verse precisados á descender á ésta.

Luego que amaneció el 2 de Febrero, adelanté mi camino, pues los enemigos se habían ya alejado un poco por las alturas. Serían ya como las 10 de la mañana cuando se vieron precisados á descen-

der á la Quebrada, según me lo había asegurado Camargo, pero éste los esparaba ya más adelante en lo más escabroso del cerro de la derecha con sus indios. Como la Quebrada es bien estrecha, tomé yo con mis pocos húsares el cerro de la izquierda, destacando al capitán García con los únicos doce tiradores que tenía, para que adelantándose fuera disparándoles algunos tiros, y seguía yo con los restantes por la falda del mismo cerro, haciéndoles botar algunas piedras á los enemigos. Marchando en este orden, llegan los enemigos al frente de donde estaba colocado Camargo con los indios, y así que se vieron acosados por los pedrones que les derrumbaban desde la altura y por la lluvia de piedras que les tiraban con la honda, empiezan á dispararles descargas por compañías. Los indios se atemorizan y echan á correr, y alentados los españoles con esto, contramarchan sobre ellos haciéndoles fuego.

Mis pocos húsares, que ven la fuga de los indios y la vuelta de los enemigos, desaliéntanse también y echan á correr. Fué tal mi desagrado al ver esta inesperada fuga, que me lancé cerro abajo con unos pocos hombres que estaban á mi lado gritando á mis húsares—¡Seguidme, que ya está cortada su retirada! Los enemigos que vieron este mi movimiento á la Quebrada, cuando por el otro lado huían los indios, atemorízanse y vuelven á continuar su retirada. Con esta operación pude yo contener á los indios, y también á mis soldados que habían vuelto caras; pero me quedé tan desconsolado con este acto de flaqueza, que estuve casi resuelto á retroceder; mas preguntando á Camargo si no le sería fácil ganarles la delantera por la altura de la derecha, y colocarse en la cima de enfrente de un gran despeñadero, por cuya falda tenían que pasar indispensablemente los enemigos en desfilada, y habiéndome contestado que sí, le mandé que marchara inmediatamente y continué yo persiguiéndolos por el cerro de la izquierda.

Hice adelantar á los húsares con todos los oficiales para que les tiraran piedras, y tomando yo á los doce tiradores, bajé con éstos y mis dos ordenanzas y el baqueano á una pequeña quebrada para hacer ocupar por los tiradores un morro por cuyo pie estaban pasando los enemigos en lo más estrecho de la quebrada. Hícelos subir con la orden de escopetearlos desde la altura, cuando á poco rato, viéndose los enemigos hostilizados por estos pocos hombres, destacan sobre ellos cien hombres con el mayor del batallón, y los veo bajar corriendo á donde yo estaba; desesperado yo por esta nueva flaqueza de mis soldados y sin ver á los enemi-

gos que los obligaban á huir, tírome del caballo con mis ordenanzas y el baqueano, terpando á pie me lancé y con espada en mano al encuentro de mis tiradores, pégole una cuchillada á Delgacillo, que venía en la punta y los mandé volver.

Páranse todos asustados y me dicen—¡Se nos han acabado Sr. las municiones, y los enemigos suben ya! Como el lance era importantísimo y no admitía demora, pues asomaban al morro como unos ocho ó diez infantes enemigos, díjeles—No necesitamos municiones para concluir con esta canalla, y tomando dos piedras en la mano (lo mismo hicieron mis ordenanzas y el baqueano), acometo á los enemigos que asomaban disparándoselas por la cara y retroceden: mis tiradores siguen mi ejemplo y nos precipitamos todos disparándoles una lluvia de pedradas. El resto de los enemigos, que iban subiendo por entre los garabatales y ven volver en fuga á los compañeros que habían subido primero vuelven también caras y pónense todos en fuga.

El resto de la columna, que iba en marcha por la Quebrada, al ver volver en fuga precipitada á su mayor con los cien hombres, sorpréndese también y huyen todos de carrera, abandonando todos sus cargueros, juzgando sin duda que toda mi fuerza los perseguía. Fué tan grande mi entusiasmo al ver aquel inesperado triunfo, que sin vacilar me lancé tras de ellos con mis 15 hombres, dejando parte de nuestros vestidos entre las espinas de los garabatales que nos los hacían pedazos.

Ya la derrota del enemigo se hizo general, pues quedaron sus cargas á nuestra retaguardia: los perseguimos á pie y de carrera como unas tres cuadras por la Quebrada hasta que me tendí de cansado y mandé que nos trajeron los caballos que habíamos dejado del otro lado del morro, y mientras tanto bajaron ya los capitanes García y Mendieta con el resto de mis húsares.

Mientras la llegada de mis húsares y de los caballos que habíamos dejado, los enemigos iban sufriendo ya los estragos más espantosos en el desfiladero que estaba inmediato, ocasionado por los grandes peñascos que les disparaban los indios de Camargo de la altura. Conviene hacer aquí una explicación de esta arma formidable que los indios llaman galgas. Entre una multitud de indios, colocan sobre la sima más perpendicular de un cerro un gran peñón de algunos quintales de peso y al pasar los enemigos por la falda en los lugares más estrechos, lo empujan entre 40 ó 50 hasta precipitarlo; y en cada tropicón que da en su violento descenso,

arranca peición de piedras de distinto tamaño y todas ellas se llevan por delante á cuantos hombres pasan por los senderos.

Así fué que cuando alcanzamos á los últimos enemigos que pasaban de carrera por el desfiladero, y con la vista fija en los pedrones que les llovían de la altura, nos quedamos horrorizados al ver el destrozo de hombres y armas que habían en el despeñadero. Hice allí alto tanto porque era ya tarde, cuanto porque era necesario recoger las armas que había entre más de 60 muertos que se encontraron, y ver si habían también algunos vivos que pudieran salvarse. Causaba horror el ver cuerpos divididos y hasta piernas ó brazos arrancados por las piedras, y muchos fusiles destrozados.

Los enemigos, para llegar á Cinti, tenían que pasar antes un río que estaba á nado, que creo es el de la Palca. Muy de madrugada seguimos la marcha después de haber recogido ya muchos fusiles, algunas municiones de las cartucheras de los muertos y varios prisioneros, y habiendo llegado al río cuando hubo ya amanecido encontramos que estaban los enemigos acabándolo de pasar con mucho peligro, y fué tal su precipitación, que se ahogaron varios soldados á nuestra vista.

Muy luego pasamos también nosotros y mandé á vanguardia al sargento Bracamonte persiguiéndolos con una partida. Los enemigos cruzaron el pueblo de Cinti sin detenerse, y tomaron los cerros que conducen al pueblo de Santiago de Cotagayta, donde se hallaba ya el ejército enemigo. El sargento Bracamonte, que los perseguía, había ido gritándoles—dice el comandante Madrid que si no le dejan la silla los ha de perseguir hasta Lima, cuando á las pocas cuadras más allá de Cinti se encuentra con mi silla, freno y jergas, que la habían dejado en el camino bien liada.

Al momento de encontrarla el sargento se volvió con ella por delante y me dice—albricias, mi comandante, que aquí le traigo su montura, que se la han dejado los enemigos sin faltarle más que los estribos de plata, y esto es porque yo les iba gritando que decía Vd. que si no le dejaban la silla los iba á perseguir hasta Lima. Nos echamos todos á reir al considerar que acaso los enemigos, juzgando que por el interés de la silla los perseguía, me la hubiesen dejado, y quién sabe si no se confirmanron en esa idea, porque al poco rato dejamos de perseguirlos, pues teníamos que regresarnos prontamente para Tarija por el río de San Juan, porque el ejército enemigo estaba ya muchas leguas adelante por nuestra derecha. El Sr. D. Juan Manuel Canaveris, que está hoy en esta capital, cono-

ció mucho al valiente sargento Bracamonte, después de pasado el año 18, y me ha contado mil veces que dicho sargento le relataba todos estos hechos y otros que tuve después el año 17 en Bolivia.

Hago esta referencia para mostrar á todos que los hechos que relato son positivos y conocidos de muchos, y no cuentos exagerados, como pretenden algunos mentecatos. Tan cierto es esto, que llamaron la atención de los jefes del ejército español y de los mismos virreyes de Lima, quienes ordenaron á los generales que procuraran tomarme vivo para mandarme de presente á Fernando VII.

Púseme, pues, en retirada por el río de San Juan para Tarija, el día cinco de Febrero, llevando un núm. regular de prisioneros que está designado en mis memorias, y entre los cuales había uno á quien al atravesar la columna de la 1ª carga que dí en Culpina, le había arrollado con las herraduras de mi caballo desde media canilla hasta el empeine (según lo confesó él mismo) todo el pellejo y carnadura, y tenía el pie todo abotagado.

Para pasar un río que baja de los cerros de la derecha á unirse con el de Cinti, y que ambos forman el río de San Juan, tuve que emplear un día entero por lo muy crecido que estaba, y para que yo pudiera pasarlo sin recelo, me regaló un Sr. Vaca un hermoso caballo muy nadador, y el cual sirvió para hacer pasar toda mi fuerza. Un soldado nadador pasaba en él con un lazo prendido á la cincha, y 10 ó más soldados se agarraban del lazo desnudos y así pasaban. Fuéme preciso parar un día más, una jornada antes de llegar al pueblo de San Juan, por haber sido informado por mis bomberos, que los enemigos habían desprendido una división desde Cotagayta para embarazarme el paso del río, y hacerme pedazos. Mandé entonces al capitán Mendieta con 12 húsares de su compañía se adelantara á reconocer hasta San Juan, y dispuse que todos los prisioneros, que pasaban de 20, se adelantaran con una guardia de oficial y pasaran el río con anticipación. Esto fué el día 12 por la mañana.

A la hora de haber marchado Mendieta y también la guardia con los prisioneros, púseme en marcha con todos mis hombres bastante mal montados ya, cuando á poco más de medio camino recibo aviso de Mendieta de haber llegado ya al pueblo de San Juan, por una quebrada que baja de Cotagayta, una columna de más de 400 infantes y cien hombre de caballería. Adelántome solo con el sargento Ayrala y un soldado para reconocerlos yo mismo, dejando

al capitán García para que continuara á la cabeza del escuadrón. Cuando llegué á las inmediaciones de San Juan, encontré á Mendieta con sus doce hombres sobre una lomada montuosa en observación de la caballería enemiga, que se desprendía ya del pueblo en dirección á nosotros.

Así que subía á dicha altura, desde donde se descubría toda la fuerza enemiga, y observé que la caballería, ya muy inmediata, vacilaba en pasar por el pie de la lomada á nuestro reconocimiento, le grité á su comandante, que era un capitán D. Eustaquio González, cordobés, que se les había pasado á los españoles al retirarnos de Potosí después de la batalla de Ayohuma—¡Avanza, miserable, traidor que aquí está La Madrid! El entonces se subió con su fuerza á la falda del cerro de su izquierda desde donde se descubrió el camino por donde debía llegar mi fuerza y como lo vió solitario y que no tenía yo allí más fuerza que los 14 hombres con los dos que me habían acompañado, largóse á escape y se subía ya á la lomada donde yo estaba, cuando mandé bajar mi partida al trote en retirada ocupando yo su retaguardia.

Apenas subió González á la dicha lomada y observó que no tenía yo más hombres que aquellos pocos con que me retiraba yo de galope, cuando me cargó con toda su fuerza. En la retirada que hacíamos á escape, encuéntrome con un ordenanza mío Pazeño, á quien apreciaba mucho por su honradez, y que tiraba mi carguero trayendo en ancas á un tambor de los prisioneros, y el cual se había adelantado por tras de mí cuando marché adelante y me grita—¿Qué hago, Sr., con la carga? ¡Abandónala, bruto; ¿para qué te adelantaste? le contesté pasando de carrera, y el pobre fué tomado juntamente con la carga de petacas; mas, observando yo que la mayor parte de la caballería se había quedado con su comandante González donde me tomaron al ordenanza Domingo con la carga y el tambor, grité alto á mi partida y embestí á los pocos hombres que me seguían y los hice retroceder.

Mandé en el acto un hombre al encuentro del capitán García, con la orden de que se adelantara de galope con 20 húsares de los mejor montados, y mientras tanto, dejando á Mendieta á cargo de la partida, me adelanté yo con sólo el sargento Ayrala por entre el bosque de mi derecha, á observar á los enemigos que habían quedado con mi ordenanza y la carga, y habiendo logrado aproximarme muy despacio y sin ser sentido hasta poder oír las preguntas que le hacía el comandante González á mi ordenanza, hice alto

con el sargento y pudimos escuchar lo siguiente—¿Quién manda la fuerza? dijo González—El ordenanza—El comandante La Madrid. ¿Qué fuerza tiene? ordenanza—más de cien hombres—El tambor lo desmiente y dice—¡Miente, Sr., no son ni 80 hombres! Comandante—¿Cómo están de municiones? Ordenanza—A cuatro paquetes por hombre y una carga á más de repuesto.—Tambor—miente Sr., no tienen los más un cartucho.

Incomodado el comandante con los embustes del ordenanza, dice á sus soldados—amarren á este pícaro y péguenle cuatro balazos. Fué tal el sentimiento que causó el ver que iban á matarme aquel buen soldado, que gritando avancen los húsares de la muerte y no hay que dar cuartel á estos pícaros, me precipité sobre ellos con el sargento haciendo éste sonar sus guardamonte con la azotera de sus riendas. Los enemigos se asustan á este grito inesperado y echan todos á correr largando una de mis petacas que la tenía uno por delante, y dejando al ordenanza y más dos ó tres caballos ensillados. Los perseguí á escape con el sargento por más de dos cuadras, hasta un escampado á cuyo otro extremo habíase pasado el comandante á reunir su fuerza viendo que no asomaban por detrás más que nosotros dos. El caballo que yo montaba, que era muy bueno y lo había tomado esa mañana, había sido muy torpe en la boca y casi me metí entre los enemigos que habían parádose y me disparaban algunos tiros, sin poderlo contener, hasta que al fin pude volverlo y salir á escape perseguido por toda la caballería.

Mi ordenanza Domingo había montado ya y puéstose en salvo en uno de los caballos que dejaron abandonados, cuando á poco andar de carrera, perseguido de muy cerca por el escuadrón enemigo, encuéntrome con el capitán García, que venía de galope con sus 20 húsares en desfilada y unido ya á la partida de Mendieta. Sobre la marcha volví caras y acometimos á todo el escuadrón y lo acuchillamos hasta muy cerca del pueblo de San Juan, donde estaba su infantería, habiéndole dejado muertos más de treinta hombres y habiéndonos provisto de sus armas y municiones y también de algunos caballos ensillados.

Allí hice alto hasta que se me reunió el resto de mi fuerza y cuando yo juzgaba ya en salvo á la guardia, que había adelantado con los prisioneros, observó el oficial que estaba á la costa de la barranca del río sin haberse atrevido á pasarlo, y todo el batallón enemigo esperándonos en la playa, donde estaba el único paso.

Como no había ya más remedio que tirarnos al río desde el barranco, pues los enemigos se nos aproximaban ya, nos precipitamos á él rodeándome yo de cuatro buenos nadadores paraguayos y enterrianos, y haciendo que los prisioneros se echasen también al agua aunque fuese agarrados de la cola de los caballos. Los enemigos mientras tanto nos hacían fuego desde la playa, y aunque lograron rescatar algunos de los prisioneros de Culpina, por la pesadez del oficial que los conducía, siempre salvamos unos pocos y otros se los llevó el río, mas no tuvimos más pérdida que uno ó dos muertos y dos heridos, creo, levemente.

He padecido un descuido en la relación de estos últimos hechos de armas, y como mi feliz memoria me lo recuerda en este momento, quiero dejarlo consignado en estas observaciones. Un excelente eclesiástico, el Dr. D. Manuel Vicente Mena, si mal no me acuerdo, y el cual fué después diputado, me parece, de uno de nuestros primeros congresos, habíaseme reunido no recuerdo si en Cinti antes de los encuentros de Culpina: lo que sí recuerdo es que está designado en mis memorias. Dicho eclesiástico, que había sido nombrado por mí capellán del escuadrón, llegó conmigo á Tarija y el escuadrón se había ya aumentado con algunos jóvenes voluntarios que se me habían presentado, y también con uno que otro disperso de los ejércitos.

El hecho que llegamos nosotros á Tarija creo en la víspera de Carnaval. El pueblo, en obsequio de los triunfos que había yo obtenido sobre los realistas, me invitó al momento para un baile que dispuso darme en el cabildo en la noche siguiente del primer día de Carnaval. Yo había parado con el capellán en la casa del Sr. Ruiloba, uno de los primeros personajes de aquel pueblo, juntamente con el capitán García y no recuerdo si algún otro de mis oficiales. El Sr. Ruiloba, que era casado y tenía varias amables y preciosas hijas, había dispuesto una buena comida para que asistiera á ella con todos mis oficiales en el siguiente día. A las dos de la tarde tuvo lugar la comilona, y como hay la costumbre en aquellos pueblos, de obligar las damas á los convidados á tomar una copita de vino, parece que se habían propuesto todas las señoritas, que eran ocho, el alegrarme; así fué que tuve por precisión que tomar una copa con cada una de ellas, pero como hay también la rigurosa precisión de corresponder del mismo modo á todas y cada una, fué-me preciso hacerlo. Así fué que mientras cada una de ellas había

tomado sólo dos copas, á mí me fué indispensable tomar 16 y sin poderme excusar.

Me acuerdo que al concluir la comida, principiaron las señoritas á echarnos agua de olor, y yo, extremadamente ya abombado, empecé por echarles agua de las botellas que habían en la mesa; y últimamente, según lo supe después, caí como un tronco, pues había perdido enteramente el juicio, y era la 1ª turca que había tomado en mi vida. Probablemente me recogieron y acomodaron no en mi cama, pues no tenía otra que mi montura, después de haberme aplicado quién sabe qué estimulantes para que desaparecieran cuanto antes los vapores del vino. Lo cierto fué que había llegado ya la hora del baile y me esperaban todos en el cabildo para empezarlo, cuando me recuerdo todo abombado; y encontrándome en una gran cama llena de colgaduras y en una especie de dosel que había en un extremo de la sala, y la cual estaba iluminada, no pude atinar cómo estaba allí ni hacer el menor recuerdo de lo que me había pasado.

Pero, cuán grande fué mi asombro y vergüenza, cuando al levantarme para salir de aquella cama me encontré con una de las señoritas, que estaba velándome sentada en el estrado. No supe cómo disculparme con ella, y como me dijese que estaban esperándome ya en el cabildo, me marché al instante, componiéndome un poco el pelo, porque nada tenía que agregar al único vestuario después que me facilitó el dueño de casa esa mañana, una camisa para que me mudara. Cuando atravesé la plaza para llegar al cabildo, me parecía que toda la población se movía en circunferencia, tal era el abombamiento que aún tenía. Luego que entré á la sala del baile y pasados los aplausos con que fuí recibido, me instaron para que rompiera yo el baile, pero me excusé fuertemente por no estar en estado para ello y principió éste con mucho júbilo.

Muy poco tiempo permanecí en él, nada más que por cumplimiento, y me largué luego, encargando á varios amigos y al capellán que me disculparan, pues no podía tenerme de sueño y me parecía que se me daba vuelta la casa.

Como salí á escondidas para que no me detuvieran, atravesé solo la plaza, y entrando con trabajo á la casa del Sr. Ruiloba, cuya familia toda había ido también al baile, fuí y me tiré sobre la carona de uno de mis ordenanzas, que había ido también á mirar el baile, y me quedé dormido al instante. Cuando á las dos de la

mañana se retiró el Dr. Mena con la familia del Sr. Ruiloba, y buscándome fué y me halló dormido sobre la carona, díjome después que se había conmovido y que volviendo á avisar al Sr. Ruiloba regresó con éste, me recordaron y condujeron á la cama que me tenían preparada.

Al siguiente día bien temprano dispúseme á salir continuando mi retirada, pues tuve parte de que una división enemiga se aproximaba ya por las cuevas del noroeste, y tuve la fortuna de salir con varios jóvenes voluntarios que se me presentaron del paisanaje; con éstos y otros más soldados que se me reunieron en la marcha de los dispersos del ejército y unos pocos voluntarios más, yo vine á recalar á Jujuy, donde estaba ya nuestro ejército, con 194 hombres de fuerza en mi escuadrón.

Ami llegada á dicho pueblo supe que el Sr. general Rondeau se hallaba en Salta con alguna fuerza y que debía regresar de un momento á otro con el Sr. director D. Juan Martín Pueyrredón, que habiendo sido nombrado hacía poco por el Soberano Congreso de Tucumán, hacían pocos días había venido á Salta con motivo de las desavenencias del Sr. Güemes con el ejército. Con este conocimiento pedí permiso al jefe que había quedado en lugar del general para pasar á la de Salta, y dejando mi escuadrón púseme en marcha al día siguiente con sólo dos ordenanzas.

A poca distancia antes de legar á Salta me encontré con toda la comitiva del Sr. director y el general en jefe que venían ya para Jujuy, y después de habérmeles presentado á saludarlos les pedí me permitieran llegar al pueblo, asegurándoles que al siguiente día estaría de regreso en Jujuy. Concediéronme el permiso y me marché después de haberles satisfecho á varias preguntas que me hicieron sobre mi campaña y la fuerza que había traído.

Con motivo de la protección que Güemes había empezado á dispensar á todos los desertores de nuestro ejército, eran muchos los que encontré en Salta; y como sabían ya todos ellos del nuevo cuerpo que había formado y los triunfos que con él obtuve, fueron varios de ellos á verme esa tarde y por la noche para que me empeñara con el Sr. Güemes para que les permitiera volver conmigo al ejército, pues que querían pertenecer á mi cuerpo.

Yo, que estaba ya indignado por esa deserción, para plegarse á un caudillo que pretendía dividirnos, pues nunca fuí afecto á esas montoneras, les contestó á todos secamente—;desde que ustedes co-

metieron la falta de desertar de los cuerpos del ejército para venirse aquí, yo no puedo dar el paso que solicitan! Pero si ustedes tienen verdadero deseo de pasar á servir á mi cuerpo, yo los recibiré gustoso, pero para esto es preciso que se vayan como vinieron.

Al siguiente día regresé á Jujuy ya tarde y en esa misma noche se me presentaron tres desertores de los que me habían hablado en Salta; cuando en la mañana del siguiente día se me da la orden de que á las 9 de ella estuviese formado en la plaza con todo el escuadrón de húsares de la Muerte, que creé yo, sino que el Sr. director y el general querían ver á esos valientes y felicitarlos por los triunfos obtenidos y por su buena comportación. Concurrí gustoso con todo él y sin dejar más hombres en el cuartel que al sargento de guardia con sólo el cabo y centinela y dos hombres más, y también tres ó cuatro enfermos.

Preséntome en la plaza muy satisfecho y apenas había formado el cuerpo en batalla dando la espalda al pretil de la iglesia, cuando se me presenta el mayor de plaza con los ayudantes de todos los cuerpos y la orden para entregarles todos los soldados que les pertenecieran, y los que no eran soldados del ejército que eligieran el cuerpo á que quisiesen ir!

¡Puede calcularse cuál sería mi indignación al ver un proceder semejante! ¡Cuando yo esperaba lo que he dicho atrás, encontrarme con que sólo para disolver el cuerpo á presencia de todo el mundo se me había hecho concurrir con él á la plaza, pudiendo haberlo hecho en el cuartel!

Díjele al mayor de plaza—Tenga Vd. la bondad de esperar, pues voy á ver al Sr. general y al supremo director; ambos vivían en una misma casa inmediata. Marché al momento y habiéndole hecho presente al Sr. Rondeau que iba á perder á todos esos soldados disolviendo un cuerpo en el cual estaban todos gustosos, pues se habían presentado bajo la fe de su promesa y obtenido victorias, y que además habían en él muchos paisanos que por sólo servir bajo mis órdenes se me habían presentado, y en fin, que era probable que dejaran de venir todos los desertores que me habían prometido venirse desde Salta, pues que esa noche se me acababan de presentar tres de los dichos, díjome—“¡No importa, está ya dada la orden y quiero que marche Vd. mañana á Tucumán á levantar allí un cuerpo de sus paisanos, lo cual será fácil!” Me despedí disgustado y pasé á la habitación del Sr. director, y como me di-

jesen que estaba muy ocupado y que había dado orden para que no entrara nadie, tuve que volver á dar cumplimiento á la orden.

Cuando yo llegué á la plaza ya los ayudantes habían catequizado á más no poder á los que no pertenecían al ejército para llevárselos á sus cuerpos; mas no habían podido evitar que unos dos ó tres hombres de la 2ª fila se les hubiesen largado gateando por entre la concurrencia é ido á dar aviso á los pocos que habían quedado en el cuartel. Repartiéronse todos los ayudantes de los hombres del escuadrón y yo me retiré con los oficiales después de haber prevenido á los ayudantes de los cuerpos que fuesen al cuartel cuando estuviese yo en él para entregarles los ocho ó diez hombres que habían quedado entre enfermos y de guardia; mas los ayudantes, por ver cuál se llevaba 1º á los que no pertenecían á los cuerpos, mandaron los hombres con los sargentos que habían traído preparados y corrieron á cual llegaba 1º á mi cuartel, pero se encontraron chasqueados porque así que llegaron los soldados que se habían escapado de la formación y les dieron la noticia de la disolución del cuerpo, no había quedado ni el centinela, porque hasta los enfermos habían saltado las paredes y largádose con cuanto tenían.

Cuando yo llegué al cuartel me encontré con sólo mis dos ordenanzas, Santos Frías y el paceño Domingo.

Preciso es advertir que había circulado la noticia esa mañana, según lo supe al anochecer, de que iba yo á ser mandado en una nueva comisión. Pasada la lista de la retreta, mándame llamar el Sr. general en jefe y me dice—“; Es preciso, La Madrid, que vea modo de reunir á todos los hombres que pueda de sus húsares, pues se han ido casi todos de sus cuarteles!” ; Eso lo sabía yo muy bien y por eso se lo previne á V. E. esta mañana—díjele, y me será muy difícil si no imposible el dar con ellos ahora! “No importa, me repuso, tómese Vd. la molestia de dar una vuelta por el pueblo y es probable conseguirá reunir algunos.”

Me despedí prometiéndole hacer la diligencia que me encargaba, y en cierto modo alimenté la esperanza de que me dejaría llevarlos al día siguiente para plantel del nuevo cuerpo á todos los que lograrse reunir, pero me equivoqué. Marché directamente al cuartel para mandar á mis ordenanzas por un lado y salir yo por otro, y apenas llegué á él cuando me encontré con dos de ellos que estaban preguntando á mis ordenanzas si era verdad que volvía yo por los lados de Tarija para que fueran todos á alcanzarme al camino. Aprovechándome de esta circunstancia y sabiendo por las

ordenanzas que ya otros habían estado á hacerles la misma pregunta, los despaché á los cuatro, diciéndoles que mi marcha era para Tucumán y que tenía la esperanza de que me permitiría el general llevará todos los que me presentaran; díjeles que fueran todos por distintos puntos y avisaran á cuantos encontraran para que vinieran á presentármese al cuartel.

Antes de las 11 de la noche, habían ya principiado á venir algunos; el resultado fué que cuando amaneció el día ya tenía yo 80 hombres en mi cuartel. A las 8 de la mañana marché á dar la noticia al general y pedírselos para llevarlos conmigo, pues debía marcharme ese día según me lo había prevenido en el anterior. El general se mostró sordo á mi súplica, y mandó una orden á los jefes de los cuerpos para que mandaran sus ayudantes á mi cuartel, á recibirse de todos los desertores que se me habían presentado, y me ordenó que fuese yo y los entregase á todos: así lo hice, y sin haber conseguido otra gracia que la de que no fueran castigados esos infelices á quienes yo mismo por una orden terminante del general había engañado, asegurándoles que iban á servir bajo mis inmediatas órdenes en un cuerpo separado.

Si una cosa parecida se le hubiese hecho al general Paz, habría increpado fuertemente en sus memorias al general, y elevado su queja ante el Cielo: mientras tanto, yo he sufrido con resignación como verdadero patriota, tanto esa como las innumerables injusticias que se me han hecho hasta el día, y que son bien conocidas de todos.

Después de haber entregado nuevamente á esos hombres para que los perdiera otra vez el ejército, me marché á Tucumán en ese mismo día, con la orden de formar un nuevo cuerpo de voluntarios que debía ser mandado por mí; pero antes de manifestar el corto tiempo en que formé este nuevo escuadrón, y la nueva injusticia que el general quiso hacerme así que llegó á Tucumán, quiero que el pueblo se fije en el marcado interés de Paz en dejar olvidados todos mis hechos de armas. ¿Podía él ignorar que el general Rondeau me había mandado desde Chuquisaca á reconocer al enemigo hacia Sipe Sipe, las victorias que obtuve después en Culpina y el río de San Juan, hallándose él presente en Moraya cuando yo llegué dejando algunos infantes en Cinti, y habiendo sido un testigo de la orden con que me mandó volver el general á dicho pueblo para formar el escuadrón con que obtuve dichos triunfos? Ignoraría también la recompensa que se me dió en Jujuy disolvién-

do el cuerpo así que llegué? Es ciertamente sensible que un jefe de la clase de Paz y que ha prestado importantes servicios al país, hubiese cometido unas faltas tan marcadas. Sigamos, pues no son todavía las últimas.

Así que llegué á Tucumán pasé á la campaña á conquistar hombres jóvenes para mi nuevo escuadrón. No tardé mucho en volver con ciento y un pico corto de hombres jóvenes, y así que llegué al pueblo púseme á disciplinarlos. Mientras tanto ya el supremo director había regresado de Jujuy, y como no tardó en llegar también el general en jefe Rondeau con una parte de las fuerzas del ejército, y dejando el resto de los cuerpos en las Trancas, me ordenó que pasara con mi escuadrón á incorporarme al regimiento de dragones, bajo la inteligencia de que yo sería el comandante de dicho escuadrón.

Fué tal la impaciencia que me causó este nuevo engaño, que pasé después de haber recibido dicha orden del general á casa del director y le dije:—¡No contento mi general con haberme disuelto el escuadrón de húsares de la Muerte que había yo formado en Cinti por su orden así de los varios dispersos que reuní, como de muchos jóvenes voluntarios que se me presentaron y con el cual había obtenido tres gloriosas victorias contra fuerzas muy superiores del ejército español, quiere hoy que el nuevo cuerpo de voluntarios que he levantado también por su orden, para yo mandarlo, pase á formar un escuadrón del regimiento de dragones, y que entonces seré yo su comandante, pero bajo la dependencia del jefe de dicho regimiento! Yo pido, Excmo. Sr., mi absoluta separación del servicio, y que se disponga entonces de los hombres que nuevamente he yo engañado por orden de mi general.

El Sr. director, así que le hube hecho mi exposición púsome la mano sobre el hombro y me dijo—“¡No se retirará Vd., valiente La Madrid, porque desde hoy será Vd. teniente coronel comandante de un cuerpo separado, que se denominará húsares de Tucumán! Me mandó extender el despacho y se me hizo reconocer por tal.

El Sr. general Belgrano no tardó en llegar á Tucumán para recibirse del mando del ejército, y estando la mayor parte de los cuerpos en las Trancas dispuso él ir á recibirse de ellos allí; pero era tal el concepto que tenían formado de él todos los jefes del ejército, así por su rectitud y moralidad como por la más severa disciplina en que había mantenido al ejército durante su mando ante-

rior, que apenas se apercibieron éstos de su marcha á las Trancas, cuando ya hicieron salir precipitadamente del campamento á todas las coronelas y comandantas, como las llama Paz, y á las otras muchas que á su ejemplo llevaban hasta los soldados.

Luego que llegó el general á las Trancas y se recibió del mando del ejército después de haberlo revistado y proclamado, regresó con él á Tucumán y mandó que se alojasen todos los cuerpos dentro de la principiada ciudadela, que está como unas 8 ó 10 cuadras al sud sud-oeste del pueblo. Muy luego principiaron todos los jefes de los cuerpos á levantar tapiales (1) con la tropa para construir sus cuarteles; y el gobernador, que lo era ya D. Bernabé Aráoz, y no cuando la batalla del 24 de Septiembre, como se dijo equivocadamente al principio, pues que entonces lo era el muy patriota ciudadano D. Francisco Ugarte y el cual contribuyó muy poderosamente á la reunión de las milicias, nos facilitó al momento todas las maderas y paja necesaria para techarlos, por medio de las milicias que las conducían en carretas desde la campaña.

Como mi nuevo cuerpo era de hombres todos del país y tenía en él jóvenes inteligentes, tanto para construir los tapiales, como para enmaderar y techar los galpones, fué el más alto cuartel y el mejor teobado. El Sr. general mandó también trabajar una casa á inmediaciones de la ciudadela y se estableció en ella; y fué tal su empeño en moralizar y disciplinar el ejército, que dispuso hubieran ejercicios diarios tarde y mañana por cuerpos, y ejercicios generales dos veces en la semana, dispuso también que concurriesen á su casa todos los jefes en los días festivos á una academia para no sólo uniformar las voces de la moderna táctica, sino también para que cada uno pudiera hacer las observaciones que creyera convenientes; é instituyó además una academia para todos los cadetes del ejército, y la cual fué encomendada si mal no me acuerdo al Sr. Beltres, ingeniero del ejército. Los demás cuerpos de caballería, como dice Paz, pasaron á situarse al convento de los Lales.

A los pocos días de haberse el Sr. Belgrano recibido del mando del ejército, y después de haber tomado un pleno conocimiento de los gloriosos triunfos de Culpina, y de la heroica resolución con

(1) Se construyen estos de tierra, y á fuerza de pizón, entredos largos tablones con sus correspondientes compuertas, y forman unas paredes muy sólidas.

que me salvaron los tres soldados José Santos Frías, Gregorio Jaramillo y Juan Manzanares, dió una orden al ejército por la cual concedía el uso de una cinta celeste en el ojal de la casaca á todos los que se encontraron en aquellos brillantes hechos de armas, con la siguiente inscripción—Culpina: la cual debía ser bordada con letras de oro para el jefe y oficiales, y de plata para la tropa; por la misma orden hizo reconocer también por sargentos de Culpina á esos tres valientes soldados.

En una de las reuniones académicas en casa del Sr. general me acuerdo que le presenté una instrucción bastante prolija y minuciosa que había yo escrito para los oficiales de mi cuerpo, para cuando estuviesen en campaña; en ella expresaba todas las precauciones que debía tomar un oficial colocado al frente del enemigo para no ser sorprendido, así como los medios más seguros de que debía valerse para el sorprender con éxito; y en la cual enseñaba también el verdadero modo de conducirse así con la tropa, como con todos los habitantes de los lugares por donde tuviera que transitar, pues que á éstos era no sólo necesario y justo no ofenderlos, sino que era utilísimo y conveniente ganarlos con su buena comportación y con la afabilidad de su trato, para tenerlos siempre de su parte; pues que este proceder era el que me habían granjeado la estimación de todos en cuantos lugares había yo recorrido y no á mí solo, sino también á mis soldados, porque había cuidado siempre y con el mayor esmero de que jamás se apartaran de mis instrucciones á ese respecto. El general aplaudió este trabajo y dijo á los demás que debían ocuparse de obras semejantes.

Son dignas de notarse las cándidas expresiones de Paz en el folio 287 de sus memorias, pues dice al concluir la segunda línea—“Si la viveza de imaginación y una exquisita sensibilidad, son dones funestos para aquel á quien los ha concedido el Cielo: debo confesar que yo he sufrido más que otro cualquiera por unos trabajos que ni son raros, ni son extraordinarios en la mísera condición humana.” Es decir, que él estaba dotado de esas dos cualidades más que otro alguno; pero es al mismo tiempo lo más raro, que un hombre dotado de tan exquisita sensibilidad, no se sensibilizase al herir sin necesidad, y muchas ocasiones sin justicia, á tantos jefes beneméritos, y aun á muchos oficiales subalternos por no decir á todos; pues á más de lo mucho que ha censurado ya á casi todos los individuos del ejército, dice en el párrafo siguiente hablando del general Belgrano—“por más que me cueste ejercer la censura so-

bre los actos de este gran ciudadano, debo decir en obsequio de la verdad que generalmente se dejaba llevar por este celo más allá de lo regular. Por ejemplo: exigía de los oficiales una especie de disciplina monástica y castigaba con severidad las menores transgresiones. Mandó que desde las diez á once de la noche no pudiesen estar fuera de sus cuarteles, lo que era muy difícil que tuviese entero cumplimiento en un pueblo en que estaban llenos de relaciones, que no podían cultivar durante el día por tenerlo todo ocupado: acostumbraba disfrazarse é introducirse de incógnito en los cuarteles con demasiada frecuencia y llegó á descender á la investigación de actos privados que deben estar fuera del alcance de la autoridad. Pero éstos son muy pequeños defectos en presencia de su gigantesco mérito y sus sublimes virtudes, que sin duda resaltarán más al lado de tan diminutos lunares.”

¿No es todo esto un represinble empeño de criticar hasta suponiendo investigaciones que jamás llegaron á mi conocimiento, sin embargo de haber estado yo presente y no á tres leguas de distancia como él? Verdad es que era tal el empeño del general por la disciplina del ejército y porque los jefes y oficiales fuesen los primeros en dar ejemplo á la tropa de contracción á sus deberes, y sobre todo del más puntual cumplimiento á las órdenes superiores, que algunas veces llegó á sorprender hasta jefes, no digo oficiales, que habían descuidado sus deberes, y los reprendía. Pero, gracias á ese celo incansable del general, el ejército se moralizó como ninguno de cuantos tuvimos, y todo el mundo llenaba después sus deberes con el más extremado cuidado, porque á cada instante juzgaban verse sorprendidos por su general.

Cuando el teniente coronel D. Juan Francisco Borjes, levantó el estandarte de la rebelión en Santiago del Estero deponiendo al teniente gobernador D. Gabino Ibáñez y sublevando las milicias de la provincia para negar la obediencia al gobierno de Tucumán y al Sr. Belgrano, que era el capitán general de las provincias, fué creo á fines del año 16.

Como el capitán entonces de dragones del Perú, D. Lorenzo Lugones, se hallaba en dicha provincia con una partida de su cuerpo, me parece que con el objeto de atender á la frontera contra las depredaciones de los indios Avipones, no le fué difícil á Borjes el comprometerlo en la posición aislada en que se encontraba. El Sr. general Belgrano, así que supo el paso anárquico de Borjes, me mandó salir rápidamente sobre dicho caudillo con sólo mi escua-

drón, y con la orden de perseguir á dicho jefe hasta disipar completamente todas sus fuerzas y pacificar aquella provincia, que era entonces, sólo una tenencia del gobierno de Tucumán.

Marché al momento con sólo ochenta y tantos hombres de mi cuerpo con la rapidez del rayo, y fué después que el general Belgrano recibió mis partes de la gran reunión de fuerzas que había hecho Borjes en Pitambalo, cuando mandó al coronel mayor Bustos con doscientos hombres de su cuerpo, y con un escuadrón de dragones, mas cuando estas fuerzas llegaron á Santiago ya había yo sorprendido el campo de Borjes y dispersálole completamente en Pitambalo. Como muy luego fué aprehendido Borjes por los mismos paisanos suyos á quienes comisioné yo para su persecución, y pasé instantáneamente el parte á mi general, regresó el propio con la orden de éste para que lo fusilara.

La prisión de Borjes no fué á los cuatro ó cinco días de su derrota, como dice Paz, sino al tercero, y aunque es verdad que él fué comisionado por el coronel mayor Bustos para tomarle las declaraciones que dice, yo tenía ya la orden del Sr. general para fusilarlo cuando Paz llegó á verse conmigo, y dicha orden no fué mandada á Bustos sino á mí directamente. También es inexacto que yo hubiese sacado en mi comitiva desde Santiago, al padre dominico que debía prestar los últimos auxilios al desgraciado Borjes, pues á dicho religioso lo mandé llamar así que recibí la orden para fusilar á aquél, y habiéndose denegado á ir por ser de noche ó de madrugada, mandé yo á traerlo al campo donde se ejecutó, porque no era posible que dejase de recibir los últimos auxilios espirituales, sin embargo de que él los resistió al principio; mas al fin él se preparó, hizo su última disposición y murió con admirable entereza.

También consideró exagerado lo que dice Paz respecto al capitán Lugones; "pero el 2º era oficial de mi regimiento y había sido también mi particular amigo, aunque en el tiempo precedente se hubiesen resfriado nuestras relaciones por efecto de esas ideas anárquicas que empezaban á fermentar en su cabeza." Esto último es falso, pues el capitán Lugones fué siempre un oficial de orden y de valor. Puede ser que Paz hubiese hecho con Bustos los empeños que dice para salvar al capitán Lugones, mas por lo que á mí toca no necesitaba yo de sus empeños para interesarme por él con el general, como lo hice, pues era uno de mis mejores amigos; y en prueba de ello lo llevé conmigo muy luego, después que perdió su empleo, cuando en marzo del siguiente año 17 me mandó el

Sr. Belgrano internarme al alto Perú por un flanco del ejército del general La Serna.

La descripción que Paz hace en el párrafo segundo del folio 294 sobre el premio que obtuvo el general Pezuela con el virreinato del Perú, la venida del hábil general La Serna con varios jefes y oficiales de mérito á tomar el mando en jefe del ejército que debía conquistar esta parte de América, y trayendo además nuevos y disciplinados cuerpos de tropas españolas, como el batallón de Jerona, etcétera, es exacta; no así la pasada del teniente coronel D. Tomás Iriarte que sólo la efectuó por ser argentino y porque quería contribuir á la libertad é independencia de su patria, y no por persecuciones que las tuvo, pues ocupaba en el ejército español una posición distinguida á la cabeza de la artillería, y merecía además la estimación y confianza del general La Serna.

Para poner de manifiesto la poca consecuencia que guarda Paz, así en sus elogios como en las depresiones que hace en sus memorias á muchos jefes así de los patriotas como de los españoles, quiero copiar aquí su último párrafo del folio 295 en que dice: "No obstante el mérito de los nuevos jefes españoles, tenían la desventaja de no conocer el país, y sus providencias se resentían de la inexperiencia, aunque en el sentido militar fuesen superiores á sus antecesores. Las republiquetas ó reuniones de indios patriotas en el Perú seguían dándoles en que entender, lo que no impidió sin embargo que las exterminasen sin exceptuar la principal, que mandaba el coronel Warnes, quien fué batido y muerto cerca de Santa Cruz. Este resultado y la arrogancia propia de unos hombres que habían combatido contra los ejércitos franceses, les hizo considerar fácil la conquista de las provincias bajas y llenos de confianza y orgullo avanzaron á Salta."

He copiado dicho párrafo para hacer más patente el mérito de la expedición que yo hice en marzo del año 17 por orden del Sr. general Belgrano hasta Chuquisaca, internándome con sólo 300 hombres por el flanco izquierdo del ejército español, y sin ser sentido por él, hasta dicha capital de Charcas. Ni los mismos españoles dejaron de conocer y admirar el arrojo y perspicacia con que burlando la vigilancia de tan hábiles generales pude internarme no sólo á más de doscientas leguas á retaguardia de su ejército, ó cerca de ellas, sino que obligué á todo él á retroceder sobre mí, dividido en tres fuertes divisiones; y pude al fin después de tres meses de campaña la más penosa volver á reunirme á mi ejército con 46

hombres más de los que había sacado de Tucumán, y todo esto burlando á cada una de dichas tres fuertes divisiones y pasando á pie y mal armado por sobre las barbas de cada uno de ellos. Y sin embargo de todo esto, Paz, que uunca hizo una campaña parecida, dice más adelante al hablar de mi llegada á Tucumán—“Al fin llegaron á Tucumán los mutilados restos de aquella linda división, que si había sufrido reveses, había también adquirido gloria. La opinión hizo justicia al valor del coronel La Madrid, pero no juzgó así de su capacidad, pues se creyó que no había sido acertada la dirección que había dado á sus operaciones, y más que todo se creyó que no había tenido la firmeza y habilidad necesaria para conservar la disciplina tan precisa en una campaña ofensiva y lejana. El general Belgrano no porticipó de ese modo de pensar, pues lo acogió distinguidamente y lo llenó de gracias.”

¡Es preciso advertir, que de todos nuestros ejércitos que habían subido al Perú durante la guerra de nuestra independendencia, y sufrido en él contrastes, ninguno había vuelto á nuestras provincias con la cuarta parte de las fuerzas con que había penetrado en él! Decía además—“que no había tenido yo la firmeza y habilidad necesarias para conservar la disciplina tan precisa en una campaña ofensiva y lejana! Permítaseme decir que es esto el colmo de la impavidez, pues todo Tucumán y aun el ejército mismo lo supo por boca del Sr. Belgrano refiriéndose á las muchas correspondencias que había recibido de todos los lugares por donde yo transité, que pintaban á mis tropas como ángeles, pues tal era le decían la disciplina y la brillante comportación que habían guardado en tan penosa campaña! Básteme decir que al atravesar en mi retirada á pie, por el territorio de la benemérita provincia de Salta desde Orán, y en cuyas circunstancias me hostilizaban algunos comandantes por orden del gobernador Güemes, y que los muchos desertores que había entre los gauchos de nuestro ejército, hicieron mil esfuerzos por seducirme algunos de mis soldados. ¡Jamás pudieron conseguir que me abandonara uno solo! Sin disciplina y sin habilidad, claro es que esa tropa no se habría conducido tan bien sin abandonarme.

No quiero describir yo esa importante campaña que ha sido una de las más difíciles y peligrosas (al mismo tiempo que gloriosa) que se han hecho en la revolución de esta América, por estar ella bien expresada en mis memorias que se hallan en poder del Sr. D. Andrés Lamas; mas, me es necesario desmentir las falsas derro-

tas y sorpresas que Paz dice sufrí, é indicar ligeramente las ventajas que obtuve en ella.

Ufano el general La Serna con haber concluído con las principales montoneras, y también con los buenos jefes y nuevas tropas que le acompañaban, se avanzó hasta Jujuy y adelantó su vanguardia hasta las inmediaciones de Salta á principios del año 17, con un ejército que contaba cerca de cinco mil hombres; y como el Sr. general Belgrano, cuya fuerza no alcanzaba á 3000 hombres, y carecía además de los elementos necesarios para defender aquellas provincias con esperanzas de buen suceso, contra un tan fuerte ejército; propúsememe una tarde en el mes de Febrero, si me animaría yo á internarme hasta Oruro por el despoblado de Atacama. con sólo mi cuerpo de húsares, y llevando además tres compañías de infantería de 50 hombres cada una, con el objeto de sorprender las guarniciones que había dejado el general La Serna en los pueblos de su retaguardia, conmovier á los naturales del país contra el ejército español y últimamente con el de llamar sobre mí á éste, como el único medio de dar tiempo á nuestros pueblos y ejército para poder aumentar éste y proporcionarle los elementos necesarios para una nueva campaña.

Yo, que me complacía por vencer imposibles, y que jamás había presentado obstáculo alguno para servir á mi patria, díjele al momento—“Estoy pronto, mi general, para marchar cuando V. E. lo ordene, y me asiste la esperanza de que llenaré los deseos de V. E. ó moriré con gloria combatiendo por la independencia y libertad de mi patria”! Muy complacido el general de mi resolución, díjome—No esperaba yo menos del acendrado patriotismo de Vd. y de su resolución; vaya Vd. tomando sus medidas preparatorias mientras yo reuno 400 caballos herrados de pies y manos y 600 mulas que deberá Vd. llevar porque hasta las compañías de infantería deben ir montadas en éstas, y los caballos le servirán á Vd. para reserva: quiero también, agregó, que lleve Vd. dos piezas de artillería ligera, cuya arma será de mucho respeto para su división.

Esta última proposición del general no me agradó y le dije—“Mi general, la artillería sólo servirá para entorpecer mis marchas y para comprometerme por no abandonarlas; permítame que la rechace porque no las necesito, y porque me serán perjudiciales para la celeridad de mis marchas por caminos tan ásperos como los que tendré que atravesar.” El general se empeñó fuertemente

en que había de llevarlas y me fué forzoso conformarme contra mi voluntad.

El general tomó inmeditamente sus disposiciones para preparar secretamente todo lo necesario y pidió á los jefes del núm. 2, del 3 y del 9 de infantería, que nombraran cada uno un buen capitán con 50 hombres de su compañía y los correspondientes oficiales, y los tuvieran prontos para la 1ª orden. En la víspera del tres, ó no recuerdo si del 9 de Marzo, dijome—Mañana será infaliblemente la salida, pues todo está ya preparado, menos los caballos y las mulas de reserva, que no han podido todavía reunirse, pero lo alcanzarán en el camino. Llevará Vd. toda su tropa á cuatro paquetes por hombre, y dos mil pesos que he podido conseguir para que pueda Vd. pagar con ellos los espías y chasques que le sea preciso mandar, y dar algún pequeño socorro á su división.

Al siguiente día formamos en la plaza de Tucumán y el general, entre el vestuario que hizo repartir á la división, nos dió para todos un poncho verde de bayeta de pellón, y nos dijo al proclamarnos—“He querido daros esos ponchos para llamaros desde hoy la valiente división del poncho verde, en memoria de que algunas ocasiones me habéis llamado á mí el chupa verde.” Fué muy celebrada esta ocurrencia y partí después de haber proclamado yo á mi tropa, incitándola á llenar los deseos de nuestro general, pues haríamos retroceder al ejército español sobre nosotros en fuerza de los triunfos que obtendríamos sobre las guarniciones de los pueblos de su retaguardia, ó pereceríamos todos con gloria por la libertad é independencia de nuestra patria. Un fuerte y atronador viva á la patria y nuestro general fué el contesto de mi tropa y el pueblo y partí en seguida.

Marché en dirección á las Trancas, y tomando el camino de las cuevas para el Oeste Nord-este, atravesé por los valles de Calchagui con tales precauciones, que no fuí sentido por los enemigos ni aun en la cruzada que hice del camino de postas por los campos del marqués de Yubi hasta Tarija.

Según las instrucciones que yo llevaba de mi general, yo debía marchar á Oruro, como dije atrás, por el despoblado; pero como no me alcanzaron en los valles de Calchagui sino setenta y tantos caballos herrados, que fueron los únicos que pudo mandarme, y no llevaba yo más mulas que las montadas y unas pocas sueltas y eran éstas de las que nos habían servido en la retirada de Sipe Sipe, juzgué que iba á perecer inútilmente en el despo-

blado con toda mi división sin llenar los deseos de mi general. Fué ésta la razón porque varié mi rumbo á Tarija, donde me sería fácil proveerme de las cabalgaduras necesarias. Crucé rápidamente en dicha dirección sorprendiendo á una partida que iba desde Tupiza al ejército enemigo en una de las partes del camino á la madrugada, y la cual no sólo fué tomada, sino que hice llevar también á las dos ó tres personas encargadas del cuidado de la posta para que no dieran noticia de mi pasada.

Yo había dado cuenta á mi general de los poderosos motivos que me habían obligado á apartarme de sus instrucciones variando de rumbo. El resultado fué que al descender yo de las cuevas á los valles de Tarija, creo al principiar el mes de Abril, me alcanzó la respuesta del general á dicho mi parte, y como en ella se quejaba amargamente por haber yo contrariado sus instrucciones y marchado en otra dirección, le respondí sobre la marcha y algo picado. Decíale en mi nota que cuando me dió sus instrucciones, fué contando con que llevaría las cabalgaduras necesarias para la larga y penosa travesía despoblada que tenía que pasar; pero como éstas me habían faltado, y no podía yo llenar sus deseos, sino perderme inútilmente con mi división si seguía la ruta designada, había querido echar sobre mi responsabilidad la nueva dirección de la marcha, seguro de que sabría llenar mejor la comisión que se me había encomendado: decíale también que cuando me había confiado aquella comisión, no debía ceñirme á la fiel observancia de unas instrucciones dadas á tan larga distancia del teatro de los acontecimientos, sin dejar á mi arbitrio la libertad de contrariarlas si el caso lo exigía, pero que si por falta de inteligencia no llenaba yo los deseos que él se había propuesto al mandarme, tendría entonces sobrado derecho para juzgarme en un consejo de guerra.

Confieso que esta respuesta era bastante atrevida, pero esperaba que merecería la indulgencia por medio de mis prontas operaciones, y sobre todo, si él reflexionaba que me había faltado con el más principal de los elementos para mi empresa, el cual eran los caballos y las mulas. Me afecté tanto de la reprobación de mi general, que despaché el propio y me lancé con la velocidad del rayo sobre el pueblo de Tarija, que estaba atrincherado y guardado por el batallón de Jerona, cuyo jefe era el coronel ó teniente coronel D. Mateo Ramírez, y dejando á mi derecha en el valle de la Concepción, un escuadrón que lo mandaba el entonces te-

niente coronel graduado y hoy general don Andrés Santa Cruz, con más 50 infantes.

Me decidí á esta atrevida operación dejando dichas fuerzas á mi retaguardia, por no hacerme sentir de los de la plaza atacándolos antes. Caminé toda esta noche por la falda del cerro y en dirección á Tarija sin haber sido sentido hasta el siguiente día, no recuerdo si el 19 de Abril, en que me presenté como á las dos ó tres de la tarde á la vista de la población por el alto de la Tablada, y llevando cerca de cien personas presas de todos sexos y edades, que había arredado de todos los ranchos por donde crucé para que no dieran noticia de mi marcha.

Así que nos observaron del pueblo, juzgó el jefe Ramírez que fuésemos los gauchos del comandante Oriundo que hacía: sus correrías por la campaña, mandó al momento tocar generala y salió con su batallón diciendo: Vamos á correr á estos gauchos. Yo, que había ya montado mis cañones y descendía del alto de la Tablada al llano del río que corre á orillas del Oeste del pueblo y que observé que los enemigos bajaban ya el río, mandé desplegar al frente en batalla á mi escuadrón y que se avanzaran dispersar en tiradores dos de las compañías de infantería rompiendo sus fuegos sobre los enemigos que los habían principiado ya.

Al notar Ramírez el brillante despliegue de mis húsares, dijo á sus tropas: Estos no son gauchos, y las mandó volver al pueblo. Les hice disparar en el acto algunos cañonazos y me fuí en seguida á la carga para encerrarlos en la plaza, mandando sobre la marcha circular el pueblo con partidas para que no pudiesen mandar aviso alguno, así á las fuerzas que había yo dejado á mi retaguardia, como al general Bivero, que se hallaba en Cinti con una división.

Como cuadró la casualidad de que el señor Santa Cruz, que mandaba las fuerzas que había dejado yo atrás en el valle de la Concepción, hubiese venido al pueblo no sé si esa mañana, hizo éste para la noche varias tentativas para salir á unirse á sus tropas, pero fué en vano. Diversos chasques despacharon también esa noche tanto al general Bivero como al valle de la Concepción, mas todas vinieron á mi poder.

Las fuerzas del valle de la Concepción se habían movido sobre el pueblo, así que sintieron los cañonazos y al siguiente día bien temprano, aparecieron por el campo de la Tablada, por don-

de había yo venido. Salí yo al momento á reconocerlos llevando una escolta de doce húsares mandada por el valiente ex capitán Lugones, que lo llevaba yo en clase de aventurero, y con mi ayudante don Manuel Cuinzo y llevando además al teniente don Victorio Lloronto, también de mi ayudante: al pasar el río, mandé que se me incorporara una guardia de 20 húsares, que estaba situada en la otra banda, é hice que subieran de descubierta un cabo con cuatro hombres.

Empezaba yo á subir al alto de la Tablada, cuando me viene un parte del cabo avisándome que los enemigos estaban ya inmediatos. En el acto mandé á Llorente para que dijera á mi 2º, el mayor de artillería don Antonio Giles, que me mandara alcanzar instantáneamente con el capitán de la 1ª de húsares, don Mariano García y toda su compañía. Llorente partió á escape y yo subí la altura; mas encontrándome con el escuadrón enemigo marchando de frente en batalla, y con sus 50 infantes dispersos en tiradores por delante, no había más remedio que, ó volver la espalda á presencia de mis tropas que me observaban desde las alturas del pueblo y también los enemigos que se habían subido á las torres y tejados de la plaza, ó resolverme á morir ó vencerlos. Sin vacilar un momento, preferí el último, mandé á Cainzo con doce hombres por mi derecha, y á Lugones con ocho por mi izquierda, y puesto yo al frente de los pocos restantes, les mandé á todos echar carabina á la espalda y sable á la mano, y dí en seguida las voces de trote y galope, sufriendo ya los fuegos de los infantes enemigos; pero apenas mandé tocar á degüello, y nos lanzamos todos como unas furias cuando ya los enemigos nos dieron la espalda.

Terrible fué la carnicería, pues les dejamos muertos en el campo más de 60 hombres, y les tomamos 40 prisioneros casi todos heridos de sable. ¡Cuál sería la sorpresa y pavor de los enemigos, que se habían subido á las torres á verme volver corrido y acuchillado al pueblo, cuando advirtieron la fuga de los suyos y me vieron volver con casi el duplo de mis fuerzas, de soldados suyos prisioneros!

Les intimé rendición muy luego, pero después de haber obligado á dos de los prisioneros heridos á que entraran á la plaza á contar á sus jefes y compañeros el estrago que había hecho en más de 130 hombres de que se componía su fuerza, con sólo 22 de

los nuestros, y sin haber perdido más que un negro herrador que me mataron y dos heridos.

Cuando mandé el parlamento á intimar la rendición dentro de cinco minutos y amenazando asaltar la plaza y pasarlos á todos á cuchillo si no se rendían, salió el mismo jefe Ramírez acompañado de mi parlamento y me propuso en persona una capitulación que me presentó escrita; ella era reducida á que saldría con todas sus tropas á rendir las armas y quedar todos prisioneros, pero concediéndoles los honores de la guerra, el uso de su espada y uniforme y que se les respetaran sus equipajes.

Consideré político y justo conceder una gracia que el mismo jefe había venido á pedírmela á mi campo, y se la firmé después de hacerle conocer que no se había engañado en la confianza de venir él mismo á pedirme dicha gracia. Salió en seguida con todo su batallón que tenía más fuerza que la mía, y después que hubo rendido las armas, entré yo con él á la cabeza de la columna y ocupando mis tropas la retaguardia. Mandé acuartelar á los prisioneros, poniéndoles una buena guardia de mis tropas, y otra á los jefes y oficiales que mandé se situaran en una buena casa que se preparó con todo lo necesario, y les previne á todos éstos que cuantas veces quisieran salir á pasear no tenían más que avisar al oficial de guardia para que fueran mis oficiales á acompañarlos.

Al siguiente día despaché á todos los presos que había llevado del camino para que volvieran á sus casas, después de haberlos regalado; pero fueron tales las precauciones que tomé para que los enemigos ignoraran mi entrada á Tarija, que en esa misma tarde llegó el correo de Tupiza con la correspondencia para los jefes y oficiales ya prisioneros, sin que el conductor supiera mi triunfo hasta que se encontró en la administración de correos con el nuevo administrador que yo había nombrado.

Mandóme éste toda la correspondencia de los enemigos, la cual fué abierta por mí, y habiendo encontrado en ella una carta del general Valdez, creo, para el coronel Ramírez, en la cual le decía que casi había caído él en manos de una división que decían haber atravesado Yabi en circunstancias que él iba á pasar á Jujuy ó Salta conduciendo un situado como de cien mil-pesos, pero que con dicha noticia había tenido que retroceder, me parece que de las inmediaciones de Mojo. Le decía que se aseguraba también ser Belgrano con tropas de su ejército el que había pasado; pero le añadía que esto no era posible y que era más probable que fuesen al-

gunos gauchos, sin embargo de lo cual se lo prevenía para que estuviera alerta y no se descuidara.

Luego que me impuse de todas, se las mandé á Ramírez con un ayudante, y al leer la carta del general Valdez dijo delante del ayudante—mire que c. . . . ; á buena hora viene con prevenciones, cuando estoy más seguro que un pájaro en la jaula!

En la misma noche despaché un propio á mi general comunicándole el triunfo obtenido y avisándole que muy luego le remitiría los prisioneros por el Chaco, escoltados por una compañía de 50 milicianos de Tucumán que había llevado conmigo, y encargué al conductor que volara, esforzándose á llegar antes, si le era posible, que el otro que había despachado de la cuesta dos noches antes.

He querido hacer toda esta explicación para que se comprenda el mérito de dicha campaña. Este último propio llegó á Tucumán dos ó tres horas antes ó después que el anterior, con cuyo motivo el general, lejos de ofenderse por mi anterior nota, me contestó satisfactoriamente, pues me decía: Tiene Vd. sobrada razón para decir que un general no debe dar instrucciones tan terminantes á tan larga distancia de los mil acontecimientos que pueden sobrevenir, y desde este momento está Vd. facultado con todo mi poder para obrar como mejor le pareciese. Fué entonces que me mandó el despacho de coronel graduado con la fecha del día de la victoria.

Toda la relación que hace Paz del ataque á Chuquisaca y de los contrastes que dice sufrí, es enteramente falsa y fraguada por él con mis memorias por delante, lo cual lo conozco por muchas de las expresiones de que se vale, porque son algunas de ellas las mismas que constan de mis memorias; y ninguno de los oficiales presos que yo mandé porque me abandonaron en Sopachuy, puede haberle dicho lo que él refiere respecto al ataque de Chuquisaca y al encuentro nocturno de la noche siguiente á la de mi retirada, así como de la sorpresa de Sopachuy, que ocurrió mucho después, y fué antes de amanecer, no sólo porque son inciertos todos sus dichos, sino porque no hubo lugar de conferencia alguna.

Por la breve indicación que pienso hacer de todos los acontecimientos que tuvieron lugar después de mi retirada de Tarija, hasta mi regreso, se conocerá la falsedad de cuanto Paz dice. Felizmente existen varios de los que me acompañaron en esa campaña, y aun de los jefes españoles, y no temo ser desmentido por ningun-

no. En Buenos Aires se hallan hoy dos de los bravos oficiales que hicieron esa campaña: el hoy coronel D. Lorenzo Lugones y don Tomás Obligado, que fué teniente de húsares.

Después del triunfo de Tarija, aumenté las tres compañías de infantería con unos cincuenta y tantos ó sesenta de los prisioneros cuzqueños que quisieron tomar el servicio y despaché en seguida para Tucumán á todos los demás con sus respectivos jefes y oficiales, á cargo del capitán Carrasco.

Los pocos días que pasé en dicha provincia fueron empleados en aumentar mis húsares con unos 60 tarijeños voluntarios y con muy pocos de entre los prisioneros que habían pertenecido antes á nuestro ejército. Saqué un pequeño empréstito para dar una miserable buena cuenta á la división, de doce reales al soldado, catorce á los cabos, dos pesos á los sargentos y diez á los oficiales de todas clases; y por fin, fueron empleados esos pocos días de mi parada en disciplinar la división que había tenido un aumento de ciento y cuarenta hombres, y no duplicándose, como dice Paz.

Como no había yo permitido que siguiera la división desde Tucumán una sola mujer, pues no sirven éstas sino para montar los mejores caballos de los soldados, distraer á éstos, consumirles sus vestuarios y merodear en las marchas cuanto encuentren á mano, separándose de los caminos, dí una fuerte orden á la división prohibiendo que siguiera mujer alguna ni de los prisioneros, porque éstos acostumbraban cargar en los ejércitos cada uno con su querida; mas como podían haber entre ellas algunas mujeres legítimas, dispuse que quedasen éstas á cargo del gobierno y que se les pasara una ración de carne para su mantención y que se les pasara una pequeña pensión á cuenta del haber de sus maridos hasta mi regreso, pues fueron muy pocas. Empecé mi marcha con rapidez en dirección á Potosí, pero con el ánimo de dar el golpe á la ciudad de Charcas, para donde se había ya dirigido su presidente el general Bivero, en los primeros días de Mayo. Dicho mi pensamiento nació del conocimiento que tenía de haber en las cajas de dicha ciudad como de noventa mil pesos pertenecientes al ejército enemigo.

Yo había organizado en Tarija un 2º escuadrón de húsares compuesto de los sesenta tarijeños, los pocos de los prisioneros que saqué y unos cuantos soldados que quité á las dos compañías del primer escuadrón.

Cuando nos acercábamos ya á Potosí aparentando atacar di-

cha plaza, se me desertaron ya de noche dos de los prisioneros que iban en mi infantería; y como la noticia que darían dichos desertores corroboraría la idea que me había propuesto de alarmar á dicha guarnición, conversé inmediatamente desde los altos de Bartolo y tomé el camino que conduce de Potosí á Chuquisaca y anduve por él toda esa noche. Preciso es advertir que yo tenía ya en mi poder varias comunicaciones interceptadas á ambos gobiernos por duplicado, y por las cuales estaba yo impuesto de haber triunfado la opinión de que mi ataque se dirigiría contra Chuquisaca, y por consiguiente habiase convenido ya el gobernador de Potosí en mandar 400 hombres de auxilio cuando llegara el caso. Todas estas interceptaciones habían sido hechas por los diferentes comandantes que había yo nombrado desde Tarija para que levantaran montoneras de indios por las inmediaciones de ambos pueblos y me cubrieran todos los caminos, para interceptar todas las noticias que pudieran dar de mi marcha.

Creo que al siguiente día ya por la tarde del 22 ó 23 de Mayo, salía yo con la cabeza de mi columna de la quebrada de Pilcoma-yo para subir la cuesta de Cachimayo que conduce á las alturas de Chuquisaca, cuando me avisa el capitán D. Lorenzo Lugones (había sido creo ya restituído á su empleo), que iba de descubierta, que un escuadrón enemigo venía descendiendo de dicha altura. En el acto de recibir dicho aviso mandé parar la columna y me adelanté á donde estaba parada mi descubierta.

Como los enemigos que venían bajando hubiesen hecho alto al vernos, me adelanté solo como una cuadra más allá de la descubierta y sacando un pañuelo blanco les hice seña con él gritándoles en alta voz—; Bajen ustedes, que es el auxilio de Potosí! Apenas vieron la seña y oyeron mi voz, cuando ya se largó el comandante López acompañado de cuatro ó cinco oficiales, al gran trote cuesta abajo, y como yo me había aproximado por la derecha del camino hasta bien cerca del pie de la cuesta y me juzgaron seguramente algún sargento, pues estaba yo encapotado y con un gorro de pizón y grandes polainas de cordellate, pasaron dejándome á su izquierda y preguntando—“Dónde está el comandante, quién es el comandante, en dirección á mi descubierta; mas como el oficial que iba el último de todos, equivocándome con un capitán de los que debía venir de Potosí, hubiese corrido á mí y díchome al tiempo de abrazarme—¿Ostrías como estas? y pasado adelante pidiéndome dispensara su equívoco, y preguntándome por el comandante, y

les grité yo de atrás—“Yo soy el comandante, no se sorprendan Vdes., que soy LaMadrid.” Se quedaron fulos todos ellos y temblando.

Como mi descubierta y la cabeza de la columna que estaba inmediata largaron una gran carcajada de risa al ver tan aturridos á dichos hombres, y el escuadrón que seguía bajando hubiese hecho alto y vuelto sus bridas los primeros hombres de él: grité yo ¡silencio! y como fuí obedecido al instante, dí un fuerte viva el Rey que fué repetido por toda mi tropa. Al oír este viva, todos los que habían vuelto sus caballos para retroceder dieron otra vez frente y se pararon.

Entonces, dirigiéndome yo al comandante, díjele—Sígame Vd. y me regresé con él é hice que mandara á su tropa todo lo que le decía con mi pistola en la mano, sin embargo de que al principio pretendió resistirse confesándose prisionero, y queriendo entregarme su sable, y lo cual no le admití. Bajó todo el escuadrón que era de cincuenta hombres y cuando nos miraron y conocieron su engaño, no pudo ya ninguno retroceder porque les había ya tomado una altura con una de mis compañías de infantería.

Me ha sido necesario hacer toda esta exacta relación para que todos comprenden que la que hace Paz fué sacada de mis memorias y sólo variada en partes á su antojo. El pensamiento de tomar cincuenta hombres de mis húsares hacer cambiar sus vestuarios con los prisioneros y entrarme yo á la cabeza de ellos á la plaza llevando al comandante López á mi lado para que contestara esa noche á las guardias, fué una cosa que yo concebí en el acto, y que nadie la supo hasta después, y sobre todo está consignado todo en las memorias á cuya vista escribió él las suyas.

Por otra parte, ese cálculo que Paz hace en el último párrafo del folio 229, después de suponer las diversas opiniones que hubieron para echarse sobre las trincheras al apuntar el día, es todo fraguado por él, porque no hubieron tales dictámenes y porque nadie se imaginó siquiera que la plaza resistiera á la intimación que iba á dirigírsele al amanecer, pues el mismo comandante López así lo aseguraba y aun me propuso bajo su palabra de honor y respondiendo con su vida, que le permitiera yo ir solo al pueblo bajo la seguridad de que así que él hablase con el general Bivero y le dijese que yo era y la fuerza que llevaba, él se me rendiría. Todo esto prueba el menguado intento de Paz de pintarme como un inepto y atribuyéndome faltas que no cometí, pues dice en dicho párrafo—

“Estos dictámenes fueron desechados por elegir el peor de todos. Quizá el coronel La Madrid quiso evitar á la población algunos excesos que podían cometerse tomándola á viva fuerza y calculando la debilidad de sus medios de defensa, se persuadió que el presidente ó gobernador, viendo á su frente un cuerpo de tropas regulares, no rendiría por capitulación.”

Todo esto, repito, es escogitado de mis memorias, pues digo en ellas cuanto aquí queda referido; agregando sólo que confiado en que no encontraría resistencia y sobre todo, en que la vencería fácilmente, según las posiciones que ocupé y la calidad de mis tropas, quiso sólo evitar que habiéndome introducido á la plaza esa noche como pude haberlo hecho, fueran mis soldados á cometer algún exceso á favor de la obscuridad y manchar el crédito de toda la división, que era una de las cosas que más cuidaba.

Confiado en que no hallaría resistencia según todos los datos que tenía, mandé circular toda la circunferencia del pueblo por más de 300 indios que llevaba, distribuyéndolos en pequeñas partidas y dando á cada una de ellas un cabo y dos soldados para que las mandara y cumpliesen mis órdenes; internándome en seguida á las doce de la noche, yo hasta la Recoleta con las dos piezas de artillería y la compañía de 60 tarijeños con más la guardia de prevención de húsares y todo el escuadrón prisionero, y haciendo que las tres compañías de infantería y mis húsares se dirigieran por distintos puntos hasta colocarse á dos cuadras de las trincheras.

Allí debían esperar bajo el mayor silencio y vigilancia á que yo disparara desde la Recoleta dos cañonazos á bala sobre la presidencia y á cuya señal, después de dar todos un fuerte viva á la patria debían avanzarse hasta una cuadra de las trincheras y allí esperar órdenes.

Entramos efectivamente hasta los puntos designados sin haber sido sentidos por nadie. Enfrente de la guardia de la presidencia ó de su puerta que está á media cuadra de la plaza, estaba situada una guardia como de doce hombres rodeando un fogón. Dirigí yo mismo la puntería con una de las piezas á dicha guardia y esperé á que templaran las cajas los enemigos para echar la diana, mientras tanto escuchábamos el pasar de la palabra á cinco centinelas de la plaza, incluso la de la presidencia. Apenas dió el tambor los golpes y empezaban el redoble cuando se dispararon los dos cañonazos y tronaron los vivas por toda la circunferencia de la plaza y se avanzaron mis tres divisiones al punto designado.

Los tambores enemigos callaron y hubo un momento de un silencio sepulcral que fué luego interrumpido por el toque de generala en la circunferencia de la plaza. Calló ésta luego, y como nadie hubiese concurrido á la plaza, se repitió el toque por segunda vez. Pero habiendo cuadrado la casualidad de que mis dos cañonazos eran la misma señal que había en la plaza para que al tiro de ellos concurriera á ella todo el vecindario á tomar las armas, empezaron á concurrir varios vecinos al segundo toque, juzgando que fuera el indio Venancio con su republiqueta, el que invadía la ciudad para saquearla.

Apenas amaneció el día cuando despaché con el ayudante Llorente una intimación por escrito á la plaza para que se rindiera en el término de tantos minutos; mas como los que ocuparon la trinchera eran probablemente paisanos y no estaban al corriente de las formalidades de un parlamento ni del modo de recibirlo, le dispararon algunos tiros al acercarse y tuvo éste que volverse. Mandé inmediatamente el pliego con un cadete del escuadrón prisionero encargándole su regreso con la respuesta; mas ésta volvió muy luego conducida por un cholo, y me decía en ella el presidente que las armas del rey no se rendían mientras tuviesen pólvora y balas, pues no se asustaban por bravatas.

Fué tal la indignación que me causó, que hice volver sobre la marcha al cholo con una nota al presidente, en que le decía—Para que V. S. se persuada de que yo nunca ofrezco lo que no he de cumplir, le prevengo para que se prepare, de que si en el término de cinco minutos no pone la plaza á mi disposición, voy á tomarla por salto y será toda la guarnición pasada á cuchillo. Ordené en seguida á todas las divisiones que al toque á degüello con las cornetas se avanzaran sobre la plaza sin disparar un tiro hasta que estuvieran dueños de las trincheras.

A mi 2° el mayor de artillería, D. Antonio Giles, lo mandé con una de las dos piezas á que se pusiera al frente de la compañía del 2, que mandaba el capitán distinguido Colé, y la otra el capitán Otero, que debía atacar por mi izquierda. Habiendo pasado los cinco minutos de término sin obtener respuesta, descendí yo desde la Recoleta con mis 60 tarijeños divididos por ambas veredas y encabezados los unos por su capitán Mendieta y los otros por el capitán García, que estaba de guardia. Nuestra marcha era á paso de carrera desde que sonó el toque á degüello y yo iba por media calle el 1° y seguido por doce húsares montados que me servían

de escolta. Desde que descendimos de la Recoleta empezaron á dispararnos bala rasa con dos piezas que tenían en la trinchera, y apenas nos hubimos aproximado nos disparaban á metralla.

Seguía yo sin detenerme al gran trote por media calle y mi tropa de á pie por las veredas, y habíamos llegado ya á media cuadra de la trinchera cuando el último cañonazo que nos dispararon á metralla, llévame cuatro ó cinco soldados de los viejos que guiaban á mis reclutas, y éstos empiezan á pararse pegados á las puertas, porque nos hacían fuego de las torres de la plaza, tejados y ventanas y hasta nos botaban agua hirviendo y nos tiran con piedras, tejas y cuanto encontraban. En vano pretendía yo sacar á los reclutas para que avanzando sesenta ó 70 varas se apoderaran de la trinchera que había sido abandonada con el último cañonazo, pues todos se me pegaban de espalda á las puertas como mariposas.

¿Y qué hacían las tres compañías de infantería y los húsares que hallándose á una cuadra de las trincheras debieron atacarlas con ímpetu desde que sonó el paso de ataque, dirán mis lectores? Lo explicaré brevemente: mi 2.^a el mayor Giles, que debía entrar á la plaza por la calle de mi derecha, había abandonado la pieza de artillería en media calle porque se le venció el eje al primer tiro que disparó, y dirigiéndose de carrera por la bocacalle de su izquierda hacia la otra en que yo me hallaba fuertemente empeñado á pocas varas de la trinchera, no penetró á ella, sino que cruzó la bocacalle agazapado con todos los soldados del 2. Advertido esto por mí y que habían dejado el cañón en la otra calle, lancéme á escape con mis doce húsares montados á donde había quedado el cañón, hágolo amarrar á la cincha de los caballos y lo conduzco á la calle de la presidencia.

Como las tres divisiones restantes, que debieron entrar por el oeste, el norte y sur, no atacaron como debieron, según lo que diré después, todos los pocos soldados enemigos que guardaban esas trincheras habían acudido contra mí á la calle de la presidencia, así fué que notando la imposibilidad de mis esfuerzos para hacer que los soldados de la compañía del dos entraran nuevamente conmigo á la calle tuve al fin que retirarme al alto de la Recoleta, haciendo conducir á él todos mis heridos, que fueron veinte y tantos y once muertos. El capitán Segovia, del 9, que era un valiente y que murió en años anteriores siendo ya coronel, prefirió (tal vez por un instante benéfico) así que sonó la señal de ataque, dejar el punto que le estaba encomendado y dirigirse á donde estaba Otero con

la compañía del núm. 3 para atacar con él con doble poder, mas al llegar á dicha calle, cuando se había ya roto el fuego, encuéntrase con que el capitán Otero la había ya abandonado dejando en ella la pieza de artillería que se le había dado; y como los enemigos habían salido ya de la trinchera para apoderarse de ella, Segovia, que llegó á tiempo, los cargó con ímpetu y pudo salvarla, regresándose con ella á donde Otero estaba reuniendo su compañía. No recuerdo cual fué la excusa del mayor Toro, que mandaba los húsares, para no haber cargado.

Todo el ataque de Chuquisaca se redujo á lo dicho, y la pérdida del enemigo en él fué tanta ó mayor que la nuestra, según lo supe después.

Colocado yo nuevamente en el alto de la Recoleta, que domina toda la población, observaba con mi anteojo los semblantes pálidos y al parecer pesarosos de todos los paisanos que habían concurrido á la defensa, sólo porque creyeron que era el indio Venancio el que atacaba, y lo cual, sin que me lo hubiesen asegurado algunos vecinos y aun mujeres que fueron á hurtadillas á verme, yo lo sabía muy bien porque el pueblo de Chuquisaca nos había sido siempre afecto y en particular á mí. Me asistía, pues, la seguridad de que sitiando á la plaza por dos días yo me hacía dueño de ella porque se me pasarían los más de los paisanos que habían tomado las armas y tal vez algunos de los soldados; mas como en el sudeste de Tarabuco situado á 12 leguas, creo, de la ciudad al sudeste, se hallaba el coronel Lahera con 400 infantes y algunos hombres de caballería, y creo que también unos ó dos cañones, y podrían reunirse á dicha fuerza las que se esperaban de Potosí y algunas otras, me decidí á batir á dicho jefe antes de que se verificase dicha reunión, con la que podrían abrumarme.

Como entre los heridos habían cuatro ó cinco de gravedad y me era duro el abandonarlos, mandé preparar otras tantas parihuelas y así que obscureció emprendí la marcha sobre Tarabuco, cargando yo mismo al hombro con mis demás jefes y oficiales á los heridos, y alternándonos después con la tropa. Caminamos hasta tarde de la noche, y habiendo llegado á Yamparaes, que dista seis leguas, como á las 9 de la mañana, me fué preciso parar allí hasta la tarde, para que comiera la tropa. Como el fuerte de Tarabuco está situado 6 leguas más adelante, y al otro lado de la alta cuesta ó abra de carretas, que así le llaman, los enemigos á sus avanzadas colocadas en ella nos habían observado cuando llegamos á Yam-

paraes y juzgádonos que seríamos los indios de la republiqueta del comandante indio Venancio, se habían preparado para sorprendernos en la marcha de esa noche.

Cuando hubo comido la tropa y me dispuse á marchar, el sol se ponía ya. Mandé al teniente de húsares D. Carlos González, con una partida de ocho hombres ó 12, y con 20 indios baqueanos, para que sin detenerse se adelantara á ocupar la abra de las carretas y cubrirme dos sendas más que conducían al reducto, para evitar que pudiesen recibir avisos de Chuquisaca. Dicho oficial, que era un valiente español y que había servido en las anteriores campañas en el ejército de dragones, habíase hecho á un lado en la mitad de la subida de la cuesta, acosado por el frío, y hecho encender un pequeño fuego en un barranco para que no fuera observado por mí que me juzgaba empezando á subir dicha cuesta. Mientras dicho oficial, faltando á las terminantes instrucciones que le había yo dado, se calentaba rodeando el fogón con su partida, 150 infantes enemigos que venían bajando dicha cuesta con el objeto de sorprendernos habían observado el fuego desde la altura, y dejando el camino á su derecha habían venido á salirle por retaguardia, y aunque dicho teniente sintió á los enemigos cuando se le aproximaron y les dió el quien vive, y conoció al contestarle que eran contrarios, porque se le echaron encima, no pudo dirigirme aviso ninguno porque tenía ya el camino cerrado, mas tuvo la feliz ocurrencia de tirarse por un despeñadero con toda su partida, dejando sólo los caballos ensillados y pudo salvar.

Esta ocurrencia, unida á la bulla y lengüeteo de los veinte indios que iban con él, los confirmó más á los enemigos en que era la rebliqueta del indio Venancio la que habían visto llegar á Yamparaes, y como muy luego sintieron ya la subida de mis fuerzas tomaron sus precauciones para esperarme.

Yo llevaba á mi vanguardia precisamente al comandante indio Venancio con cerca de 300 indios con que se me había reunido: como á una cuadra ó poco más de él seguía el mayor Toro del cuerpo de húsares con 50 hombres de éstos, y yo le seguía muy de cerca á la cabeza de las tres compañías de infantería llevando las cargas de los cañones y demás por delante, y cubriendo la retaguardia mis húsares y unos pocos de los milicianos de Tucumán que habían vuelto en mi alcance después que entregaron los prisioneros de Taraja.

Mis cabalgaduras iban ya en muy mal estado, y en los altos

que hacíamos con frecuencia para esperar el aviso de la retaguardia de estar toda la fuerza reunida, se echaban al suelo las mulas de las cargas y habíamos tenido ya que hacer desensillar á más de cuatro soldados para mudar las mulas, que no podían levantarse con la carga.

Nos hallábamos precisamente en uno de dichos descansos pasada la media noche, cuando al tiempo de dar la orden de marcha siento una descarga á mi vanguardia como á unas tres ó cuatro cuadras adelante, y el paso de ataque con un tambor y una corneta en seguida. En el acto, dejando la orden á mi 2° el mayor Giles para que formara la infantería, me precipito con los doce húsares que tenía de escolta á mi lado, sobre la dirección en que se habían oído los fogonazos de la descarga y al encuentro de la caja y corneta que venían tocando ataque.

Como los que sufrieron la descarga fueron los 300 indios, volvieron éstos de carrera y hablando en alta voz en la guichoa, para ganar á las alturas por cuya falda de la derecha íbamos subiendo; y éstos en su vuelta desordenada y en tropel, habíanse llevado por delante á los 50 húsares de Toro y hécholos perder completamente su formación, así fué que cuando yo llegué estaba recién el mayor Toro formándolos y tendría ya reunidos como unos 20 hombres, cuando nos hacen otra descarga casi á quemarropa, y la cual fué contestada por mi infantería casi simultáneamente.

Mandando yo entonces en el acto una orden á mi 2° para que no hicieran fuego por sobre nosotros, me precipité sobre los enemigos sin saber por dónde, con sable en mano y con los pocos hombres que tenía; al mezclarnos con ellos acuchillándolos, pues no les dí tiempo para que cargaran las armas, callan la caja y el corneta y dicen—somos de los nuestros; mis soldados paran sus caballos y agachándose sobre ellos y fijándose en el uniforme dícenme “Son nuestros cazadores, mi coronel”. Yo les replico, son enemigos, y éstos contestan—Sí, Sr., somos de los nuestros.

Con estos dichos, más se ratificaron mis soldados y me decían—“¿Qué no les ve, Sr., los uniformes, si son de los nuestros?”

Podían figurarse cuál sería mi impaciencia cuando estaba yo cierto de que eran enemigos, pues los nuestros quedaban como cuatro cuadras á nuestra retaguardia. Mando á los míos que me sigan y retrocedo; apenas nos habíamos separado un poco cuando ya nos dispararon otra descarga, que fué en el acto contestada por mi infantería. Vuelvo sobre la marcha á acometerlos, y al mez-

claros nuevamente con ellos, principian otra vez mis soldados á repetirme la misma voz de que eran nuestros cazadores, pues habían cesado el fuego porque no tuvieron tiempo para cargar las armas, y repetían lo mismo que eran de los nuestros, pues se habían visto segunda vez acuchillados.

Todo este equívico nacía de que los infantes enemigos que habían tomado servicio en mi infantería en Tarija, llevaban su mismo vestuario, porque no había tenido yo tiempo ni medios para hacerles otro. En este nuevo altercado en que yo decía que eran enemigos y mis húsares que eran de los nuestros, desconócense dos ó tres de éstos que estaban unos atrás y otros adelante de mí, y al tirarse algunas cuchilladas, aciértame á dar una de ellas en la hoja de mi espada que la tenía levantada en la mano, y hácemela saltar de ella sobre los infantes enemigos.

En el momento que me ví desarmado, dóiles un grito, diciendo: ¿Qué esto, síganme Vdes. para desengañarnos, y retrocedo! Mis soldados me siguen, y apenas nos habíamos separado un poco cuando nos hacen fuego nuevamente y vuelve á sonar el ataque; mas esta vez no fué contestado ya el fuego por mis infantes. En semejante confusión, á obscuras y en la pendiente falda de un alto cerro, juzgué prudente retroceder en busca de mis tropas y grito—¿Dónde están mis infantes? No hay una voz que me responda; apuro la marcha repitiendo la misma pregunta, y me contesta una voz, ;no están aquí, Sr!

Casi desesperado yo de rabia al ver aquella inesperada confusión y notar el retroceso de mi 2º con el resto de las fuerzas, digo en alta voz—¿Dónde están mis tucumanos? Como el capitán Carrasco había podido conservarlos reunidos y me esperaba grítame—¡Aquí estamos, mi coronel La Madrid! Vengan mis tucumanos, grítoles, que con ellos solos tengo bastante para acabar con estos miserables y retrocedo sobre la marcha con mi pequeña escolta y los pocos húsares del mayor Toro. Los enemigos, que oyeron mi nombre al preguntar por tucumanos, conocen su engaño, callan los toques de ataque y retroceden.

Los habríamos seguido ya más de cuatro ó seis cuadras, cuando me dice un oficial que iba á mi lado—Mire mi coronel que nos cortan. ¿Qué eso de cortar, dígoles? y me responde—Mire V. S. á la altura de nuestra izquierda. Efectivamente, echo la vista y apercibo las sombras de los muchos hombres que corrían por la cima á nuestra retaguardia.

Después de hecha esta observación, no era ya prudente seguir persiguiendo á los que tenía yo la certeza de que iban en retirada, cuando mi división había retrocedido desordenada probablemente, y mucho menos desde que debí yo considerar que los hombres que corrían por nuestra retaguardia por la cima del cerro, debía ser el resto de todas las fuerzas del reducto. Retrocedí por consiguiente en alcance de mi división con todas las precauciones debidas, cuando á poco andar siento que subían tropas de abajo á mi encuentro á paso de ataque con una banda de tambores. No dejé de sorprenderme al oír dicho toque, juzgando que podían ser los enemigos que me hubiesen tomado ya la retaguardia.

Adelántome con mi escolta y uno de mis ayudantes y casi á un mismo tiempo nos damos el quien vive. Mando hacer alto á los que subían sin contestar el quien vive y les intimo que avancen un hombre para reconocerlo, pero como al dar dichas voces fuese conocido, grítame uno de mis oficiales—"Somos nosotros, Sr. que vamos en su busca", y se adelanta.

Era el mayor Giles, que había podido reunir una parte de la división y volvía en mi encuentro. Pregunto por los cañones y las demás cargas, y me contestan que no habían allí más cargas que una con un par de ruedas, otra con un armón y una tercera no recuerdo si de munición. Ordeno que se pase lista al momento, pues tenía la costumbre de pasarla por números y los hombres contestaban por su apellido. Concluída la lista, se notó que faltaban como la mitad de la fuerza.

Continué bajando la cuesta lleno de desesperación al ver aquella escandalosa dispersión que echaba por tierra todas las glorias que habíamos adquirido, y apenas llegamos al pie de la cuesta como dos horas antes del día, mandé acampar y armar mi tienda, y antes de ponerse á pasar órdenes á todas las autoridades del tránsito, llamo al capitán D. Mariano García, de húsares, y le ordeno que vea entre todos los hombres del cuerpo si hay 50 valientes que se ofrezcan voluntariamente para volver con él en busca de los cañones y demás cargas, pues tenía la certeza de que habían quedado acostadas las mulas en el lugar del descauso cuando sentimos la primera descarga, y que además no me cabía la menor duda de que los enemigos se habían retirado, pues que los había yo perseguido con los tucumanos y los pocos húsares con que los atacé más de seis cuabras adelante de donde tuvimos el primer encuentro.

Despachado García á cumplir dicha orden, púseme á tirar las

órdenes á todos los comandantes que había dejado nombrados por todas las inmediaciones, para que me condujeran presos á cuantos dispersos tomasen retrocediendo. Decíales que había triunfado en un ataque nocturno, pero que á favor de la obscuridad se me habían desbandado algunos hombres. Despachando estaba yo los propios con dichas órdenes, cuando se me presentó el capitán García con los 50 voluntarios que deseaba y le mandé subir la cuesta al instante en busca de los cañones, previniéndole que muy luego mandaría tocar la diana con las cajas y cornetas para que sirviese de punto de reunión á los hombres que se hubiesen desbandado en el difícil camino por donde subieron y tuvieron que bajar.

De los prisioneros del escuadrón, que había tomado al llegar á Chuquisaca, se me había escapado un cadete en la confusión de la retirada 1^a del mayor Giles, y tanto éste como un bombero que que mandaban de Chuquisaca, fueron capturados ya cerca de dicha ciudad por mis partidas de indios. Como á la media hora de haber marchado el capitán García mandé echar la diana y muy luego empezaron á llegar al campamento los más de los hombres que se habían dispersado en la bajada.

El resultado fué que cuando amaneció bien el día ya no me faltaban más que 12 hombres con un buen sargento de mis húsares, y que al salir el sol ya estuvo de regreso el capitán García con los dos cañones y las demás cargas que las encontró tendidas en el mismo lugar del último descanso; trajo además treinta y tantos fusiles que encontró botados en los lugares donde me había batido y la noticia de que quedaban muertos en dicho punto once individuos de los nuestros y entre ellos el valiente capitán Colé del 2 y veinte y uno de los enemigos, casi todos á sable.

Casi al mismo tiempo que el capitán García, me presentaron también los indios al cadete y el bombero que habían tomado, á los cuales los mandé poner inmediatamente en capilla y después que se les hubieron prestado los auxilios necesarios por mi capellán fueron ejecutados á las dos horas y marché en seguida sobre Tarabuco.

Muy luego descubrimos ya á la división enemiga que se retiraba precipitadamente por sobre la cima de la áspera cuesta por cuya falda subía yo. No siéndome posible trepar á ella con toda mi fuerza, la perseguí cuanto pude adelantando una partida de húsares bajo las órdenes del valiente sargento de Tambo Nuevo, Santiago Albarracín, y el cual logró quitar al enemigo dos cargas de mu-

nición, siendo de cañón una de ellas y la otra de fusil; dicha presa fué la más importante, porque carecíamos ya de ellos, pero se les tomaron además dos cornetas de plata, 20 mujeres y diez soldados prisioneros.

Pasé en seguida hasta Tarabuco y encontré que habían abandonado en el reducto algunos quintales de chalonas gordas y saladas, un número crecido de llamas y ovejas y hasta unos pocos animales vacunos. De allí mandé inmediatamente á Yamparaes para que me condujeran al reducto á los cinco heridos que los había dejado encomendados á un cacique ó curaca y los cuales fueron llevados al momento.

Al siguiente día ya me trajeron preso al sargento y los once soldados que lo acompañaban. Quise darles un castigo que les impresionara más que los azotes, y á fe que produjo los mejores resultados. Mandé formar toda la división en filas abiertas, y haciendo que me proporcionara el curaca del lugar 12 polleras ó fundamentos de las chinas, pues así les llaman, y otros tantos usos de hilar y unos ridículos sombreritos de cuero que usan las chinas, los obligué á que se vistieran á presencia de la tropa y pasearan de un extremo á otro de la formación, sufriendo la rechifla de todos sus compañeros. Costó tanto trabajo esta operación, que fué preciso mandarlos vestir á la fuerza, pues me pedían como por favor que los mandara fusilar primero antes que vestirlos de mujer con aquel ridículo traje: la orden se cumplió y fueron después durante toda la campaña, unos de los mejores soldados de la división.

A los pocos días, volví sobre Chuquisaca, y precisamente en el día de Corpus puse sitio á la ciudad, cuadrando la casualidad de presentarse mis partidás escopeteándolos por todas las calles cuando había salido ya la procesión del Santísimo Sacramento bajo de palio. El acompañamiento y la escolta se retiraron al momento, según me lo dijeron después, y tuvo el Sr. Arzobispo que ganar el cabildo con su Divina Majestad hasta que cesó la alarma y pudo volver á la Catedral.

Mil y setecientos á 800 hombres habíanse reunido ya en dicha plaza, y sin embargo no se atrevían á salir á batirme hasta que no llegaran cuatrocientos hombres que esperaban de Potosí. Todo esto no se crea que son suposiciones ó cálculos míos, lo digo porque tuve constancia de ello por las comunicaciones que les intercepté y en las cuales daban cuenta de dicho número de fuerzas que tenían y hasta de dos juntas de guerra que tuvieron sobre el partido

que deberían tomar y en las cuales fué el coronel Lahera el que se mostró más animoso en su parecer, pues opinaba que debían salir con todas las fuerzas á situarse sólo en el cerrito que está á orillas del pueblo con el solo objeto de reconocer mis fuerzas hasta que llegaran las que esperaban.

Dichas fuerzas no se hicieron esperar muchos días, y así que tuve noticias de haber salido de Potosí, levanté el sitio en esa misma noche y me dirigí por sobre los cerros de la parte del este, y dejando el camino á mi derecha, á su encuentro. Como yo tenía una gran reunión de naturales del país colocados en las alturas del Pilcomayo, les ordené que se conservaran reunidos y ocultos en la altura más conveniente del oeste de la quebrada, hasta que diera yo la señal del ataque, bien fuese á los que venían de Potosí, ó bien á los que salieran de Chuquisaca, pues como en esa noche, á poco rato de haber levantado el sitio se me habían desaparecido dos de los soldados prisioneros, era muy probable que al aviso de éstos salieran dichas fuerzas en mi seguimiento, como en efecto lo hicieron en la misma noche.

Preparado yo del modo dicho, esperé desde que amaneció el siguiente día, y con toda mi fuerza oculta en dicha altura del este, á que llegara el momento de entrar las tropas enemigas á la quebrada. Como las tropas de Chuquisaca habían salido en la misma noche que yo, y situándose en una inmediata población, cuyo nombre no recuerdo en este momento, y emprendido de allí su marcha antes de amanecer, llegaron á Cachimayo cuando hubo ya salido el sol; y como yo tenía ya los partes de todos sus movimientos, habíame subido á pie hasta una altura desde donde estaba observando, sin ser visto, la marcha de toda la columna enemiga, que había principiado á entrar ya á la quebrada de Pilcomayo, y preparándome para acometerla así que se hubiese introducido toda; cuando al sargento destinado á observarlos se le ocurre hacer disparar dos tiros sobre los últimos restos de la retaguardia.

En el acto de sentirse los tiros corrió un oficial á escape en alcance del jefe que iba á la cabeza de la columna, y me quedé yo pateando de rabia por semejante ocurrencia que inutilizaba mis designios. Así que recibió el jefe enemigo el parte de dichos tiros á su retaguardia, contramarchó con la columna y tomó la dirección á la cima donde estaba yo con todas mis tropas listas en la opuesta falda.

Yo me hallaba como he dicho ya bastante mal montado, y como con esta nueva dirección de las fuerzas enemigas iba á ser muy

pronto descubierta la escasa fuerza que tenía, no tuve más remedio que mandar se retiraran inmediatamente en dirección á Tarabuco los cañones y demás cargas, con todos mis infantes. Entresaqué de mis húsares cincuenta hombres de los mejor montados y me quedé con ellos para sostener la retirada, mandando que se adelantaran también con mi 2° jefe todos los húsares mal montados.

Cuando los enemigos acabaron de subir á la cima de la cuesta, ya mis cargas con los infantes y hombres mal montados habían descendido y marchaban para el campo de Yamparaes. Fué recién entonces cuando se convencieron del error que había cometido suponiéndome fuerzas que no tenía, que se decidieron á perseguirme.

Muy luego descendieron la cuesta y se dirigieron sobre mí, que los esperaba á larga distancia de mi columna y con sólo cincuenta de mis húsares. La caballería enemiga, en número como de 300 hombres, marchaba á vanguardia de todas sus fuerzas y yo seguía tiroteándome con ella, pero cuantas veces me aproximaba á algún barranco ó quebrada, mandaba hacer alto y daba frente á los enemigos para dar lugar á que ganaran camino mis cargas y hombres de á pie. En el momento en que la caballería enemiga me veía darle frente, toda ella se paraba, y hasta que no practicaban los más prolijos reconocimientos mandando subir hombres á las alturas de los flancos y llegaba su infantería, jamás avanzaron sobre mi débil fuerza una sola vez. Era entonces, después de desengañados de que no tenía emboscada alguna, cuando se lanzaban sobre mí, pero siempre con precaución.

En esta orden los hice perder el resto del día mientras atravesamos la pampa de Yamparaes, que será como de tres leguas, hasta que pasé el río que está al pie de la cuesta que conduce á Tarabuco, y como esta operación la hice al acercarse ya la noche, los enemigos se acamparon en esta banda del río, y yo continué caminando toda esa noche y fui á amanecer en Tarabuco, recogí de allí á mis cinco heridos que estaban ya bastante mejorados y continué la marcha sin detenerme y ya resuelto á dirigirme á la provincia de Tarija, pues en la absoluta escasez de cabalgaduras que tenía, y con las cuatuplicadas fuerzas que me perseguían, no era ya prudente detenerme en ningún otro punto, y mucho más desde que era probable que el general La Serna hubiese ya hecho retroceder algunas fuerzas de Salta.

Adviértase también que según los avisos de los observadores que había yo dejado á retaguardia, los enemigos no me seguían ya,

lo que me persuadía que querían descuidarme para que hiciera mis marchas con lentitud para poderme cortar ellos en Sopachug, por otro camino más breve que tenían á la dederecha, aunque más fragoso por las serranías que tenían que pasar. Yo, que conocía todo esto y sabía que sus tropas andan más que nuestras bestias por esos lugares, me propuse no descansar hasta llegar á Sopachuf y caminé día y noche tres ó cuatro días seguidos sin haber parado sino muy pocas horas en el segundo, á comer unas 40 ovejas que se nos proporcionaron por casualidad.

Era tal el rendimiento de todos nosotros, que nos íbamos cayendo dormidos en la marcha que la noche antes de llegar al lugar por donde temía que fuéramos cortados, hube de despeñarme dormido al bajar una cuesta, y sólo me salvó uno de mis ayudantes cuando había perdido el pie para desbarrancarme, pues me dió la mano y me ayudó á salir del peligro.

En Córdoba existe un valiente oficial santiagueño, D. Rafael Riesco, que era ayudante de húsares, y á quien dormido yo esa noche así que bajamos la dicha cuesta, dí la siguiente orden—Habíamos hecho alto en la quebrada para esperar que bajara toda la fuerza, y mis oficiales con mil precauciones habían hecho un fueguito, en un hoyo, y lo cubrían en círculo tapándolo con sus ponchos para calentarse y que no fuese visto por mí: pues me llegué á él dormido y contesté sin saber qué á la disculpa que me dió uno de ellos, cuando dícame Riesco—“¿Mi coronel, marchamos ó mando echar pie á tierra á la tropa?” A esta pregunta recuérdome y le digo al ayudante—¿Y quién ha mandado montar á los escuadrones?

El ayudante se echó á reir y me dijo—¿Si hace ya como media hora que V. S. me dijo que ordenara á los capitanes que hicieran montar sus compañías? No hubo más remedio que creerle, y le ordené, ya despierto, que previniera á todos los capitanes que íbamos á marchar y que tuvieran el mayor cuidado en que no se quedara algún soldado dormido. ¿Cuál sería mi asombro cuando volvió el ayudante que había á todos dado la orden, menos al capitán Mendieta, pues no estaba ni él ni su compañía! No pude menos que figurarme temerariamente que se había pasado á los enemigos, pues me constaba que había bajado la cuesta con su compañía.

Dí la orden de marcha, todo sobresaltado de semejante ocurrencia, y el día se acercaba ya é íbamos á llegar precisamente al lugar donde se juntaba el camino por donde temía que fuéramos cortados por los enemigos, cuando ya al aclarar el día avisame la

descubierta que se divisaba una fuerza de caballería montada á corta distancia. Mandé en el acto que prepararan todas sus armas, y aun creo que mandé descargar y montar los dos cañones. Estábamos preparados ya como para batirnos, cuando me viene el segundo aviso de la descubierta diciendo, que la fuerza que habían observado era el capitán Mendieta con su compañía. Corro á él á reconvenirlo preguntándole con qué orden se había adelantado, y me contesta—Con la V. S., que me mandó anoche cuando llegamos á la quebrada, que me adelantara hasta este punto y mandara descubrir el camino por donde se temía que vinieran los enemigos, lo cual lo he practicado yo y no hay novedad alguna.

No pude menos que quedarme admirado al ver el poder que tiene la responsabilidad, sobre un militar que se estima en algo, pues dormido hice cuanto podía haber hecho despierto para no ser sorprendido. Pues ese Mendieta existe también hoy en Córdoba, lo mismo que Riesco, y no me desmentirán, como no me desmentirán tampoco los Sres. Obligado y Lugones, que se hallan en ésta.

He querido de intento expresar todos estos hechos que están consignados en mis memorias, y que el general Paz los ha leído sin duda en ellas, para que los militares inteligentes comprendan el poco fundamento con que el general Paz me califica de incapaz, de falta de firmeza y de la habilidad necesaria para conservar la disciplina en una campaña ofensiva y lejana, como lo dice en el 2º párrafo del folio 303. Mientras tanto, no tengo yo noticia, como no la tienen ninguno de mis compatriotas, que el más hábil de nuestros generales haya hecho jamás una campaña semejante.

Después de haber proporcionado un corto descanso á mis tropas en el lugar donde se juntaba el camino que debían traer los enemigos, continué mi marcha hasta Sopachuy, que está como á unas cuatro ó cinco leguas al sur, ya con más pausa, y después de haber mandado adelantar una partida para que me esperara con algunas reses para la división, pues había recibido aviso como á las doce del día por mis bomberos de que los enemigos no se habían movido del lugar en que los dejé en Yamparaes, hasta la media tarde del día anterior en que salió el indio con dicho aviso.

Con este conocimiento y el estado de cansancio en que iba toda la división, sin comer ni dormir, llegamos á Sopachuy como á las 11 de la noche del tanto de Julio, creo, y después de haber colocado mi campamento en la falda sur de una lomada llana en que están los ranchos de Sopachuy, mandado montar los cañones y co-

locado yo mismos las avanzadas al otro lado de la opuesta falda del norte, y dispuesto en fin que carnearan, me recogí á una rama-da que había en la misma cima de la loma á descansar, pues que de dicho punto tenía á la vista tanto mi campamento como las avanzadas; y previne á mi ordenanza al tiempo de tenderme sobre un catre de cuero, que me pusiera un churrasco (1) de la primera res que se desollara, y que me recordara cuando estuviese medio asado.

Yo había mandado desensillar los caballos á la división, así porque venían muchos maltratados, como porque no se les habían quitado los aperos desde que salí de Chuquisaca para encontrar las fuerzas que venían de Potosí, y que los asegurasen los soldados con sus maneadores para que pastaran, porque había pasto en abundancia. Muy pronto me quedé dormido, pero como he tenido siempre la costumbre en campaña, y aun la conservo, de recordarme dos horas ó más antes de amanecer, me recordé reconviniendo á mis soldados por no haberme despertado con el asado; pero éstos me respondieron—¿Si no han desollado una sola res? Asómese Vd. S. y los verá dormido al lado de las reses que han degollado. Me asomé y era efectivo, pues después de degollar las reses y mancomarlas, se habían quedado dormidos al lado de ellas los corneadores,

Hice tocar orden inmediatamente y mandé que ensillaran y que pasando los capitanes una revista general de armas, vestuario, etc., me pasaran inmediatamente un estado para dar cuenta á mi general por un propio, y púseme en seguida á escribir el oficio. Había principiado recién á ponerlo, cuando siento unos tiros en la avanzada que estaba al sur.

Preciso es prevenir que se me pasaba sin expresar, la primera providencia que tomé al despertarme; ésta fué la de mandar inmediatamente á un oficial con dos hombres de húsares y dándoles mis mejores caballos, para que retrocediendo por la derecha del camino que habíamos traído, como unas dos leguas, reconociera bien el campo y me diera parte si apercibía á los enemigos.

Fué después de despachar á dicho oficial, de haber dado la orden para la revista y puéstome á escribir, cuando había pasado ya como una hora á que salió dicho oficial, cuando se sintió los tiros. Mandé enfrenar mi caballo y que enfrenara también el suyo uno de mis ordenanzas, y acomodando ligeramente los papeles en

(1) Un asado sobre las brasas que así le llaman los paisanos.

mi papelera, montamos á caballo y me lancé hacia la descubierta.

Apenas empezamos á descender la lomada empezando ya á querer aclarar el día, cuando ya divisé á mi guardia avanzada que era de infantería, que venía defendiéndose á bayonetazos y ya próxima á empezar á subir la lomada, de como doscientos infantes de la vanguardia enemiga. Como el caso era urgente y no podía yo volver sin perder dicha guardia, di las siguientes voces: avancen mis infantes por la altura de mi derecha, y síganme los húsares á la carga, y me lancé al encuentro de los enemigos con sólo mi ordenanza. Los enemigos se sorprenden á estas voces y retroceden dando tiempo á unos cuantos de la avanzada para que salvaran; mas como vieron que nadie asomaba sobre ellos, dan frente y me disparan una porción de tiros y tengo que volver de carrera á la altura.

Cuando llegué á ella encuéntrome el corneta de órdenes que venía montado del campamento, juntamente con mi ayudante: mándolo á éste á ordenar al mayor Giles, que estaba con los compañías formadas pasando la revista, que viniera inmediatamente á la altura (que no distaba más de una y media cuadra) con la infantería y las dos piezas, y mandando tocar á degüello al corneta, vuelvo sobre los enemigos con él y mi valiente ordenanza el sargento Bracamonte, que había saltado ya también á caballo. Vuelven los enemigos á vacilar y retroceden un poco; pero como todo el resto de su fuerza estaba ya inmediato y no viesan bajar sobre ellas más que cuatro hombres, páranse y me hacen otra descarga y tengo que retroceder nuevamente.

Cuando subí á la altura, encuéntrome con varios oficiales de mis húsares y entre ellos el capitán Lugones y el entonces teniente de mi regimiento D. Tomás Obligado y como unos cuarenta húsares que venía en mi auxilio. Pregúntoles por el mayor y los cañones con la infantería y me dicen que iba en retirada. Ordénoles que ocupen un cerco de piedra y dos ó tres ranchos que había en la altura y me contengan á los doscientos infantes enemigos que subían, mientras yo en persona corro á hacer volver á Giles con los cañones y el resto de la fuerza; y apenas le alcanzo repréndolo agriamente por su retirada, y ordenándole á presencia de toda la división que volviera inmediatamente con toda ella y los cañones, corro á ver si me forzaban el punto que había dejado con tan pocos oficiales y soldados.

Era ya tarde, pues habíamos perdido por la cobardía de mi 2º de concluir con aquellos 200 hombres antes que hubiera lle-

gado del resto de sus fuerzas. Cuando yo llegaba á la altura abandonaban ya en aquel momento el puesto mis pocos oficiales y soldados, pues estaba ya encima toda la fuerza enemiga y mi 2° no parecía con la división. Volvimos todos á su encuentro, y observo mis dos cañones abandonados y toda la división corriendo en dispersión y subiendo ya á la otra altura de una cuesta inmediata.

Diríjome con mis pocos hombres á los cañones y haciéndolos atar á la cincha de los caballos, empiezo á descender con ellos á la quebrada, cuando asoma ya la gran columna enemiga desplegando por compañías en batalla, y disparando sus descargas sobre nosotros. No hubo más remedio que cortar los lazos y dejar los cañones, y atravesando la quebrada, formarme en la altura inmediata, y dar frente á los enemigos con los oficiales y algunos hombres más que habían vuelto de mis húsares.

Estaba yo tan indignado en aquel momento por la cobardía con que me había abandonado mi segundo jefe, llevándose consigo la división, que me paré en dicha altura formando mis pocos hombres, resuelto á perecer con todos ellos si los enemigos venían sobre nosotros: mas éstos, sin embargo de que me vieron esperándolos por muy cerca de una hora, pues me puse á formar una lista de todos los valientes que me habían acompañado, que eran noventa y tantos, á poco más de un tiro de cañón, no osaron pasar adelante, pues así que se apoderaron de los cañones, de mi capellán el padre Serna por no abandonar su carga, y de unos pocos soldados que habían tomado de la avanzada y más del valiente sargento Bracamonte, se regresaron á la altura y acamparon en ella.

Después que los ví acampados y de haber mandado una orden al mayor Giles para que reuniera toda la fuerza y me esperara, me retiré muy despacio á la vista de los enemigos como á las nueve de la mañana. Habríamos andado poco más de una legua, cuando encontramos unas cuatro vacas con cría á la inmediación de una capilla arruinada, que conservaba una cerca que le habría servido de pretil; mandé encerrar en él dichas vacas, y las mandé carnear con cuero, y dispuse que cargaran los soldados toda la carne de ellas y la de sus crías. Cuando continuamos la marcha eran ya cerca de las tres de la tarde, y habiendo llegado ya bien caída la tarde, á una quebrada en que había un arroyo montuoso, y el cual no distaba arriba de tres leguas y media á cuatro de Sopachuy, me acampé en él para que comiera la tropa, pues habían vuelto ya á mi encuentro los más de mis oficiales con más de cincuenta soldados.

Hiciéronse grandes fogatas y comieron todos á satisfacción, porque hacían días que no tomábamos bocado alguno, y mandé después que se acostaran á dormir, pues tenía yo mis descubridores sobre el enemigo. Muy de madrugada mandé tocar la diana con dos ó tres de mis cornetas y nos pusimos luego en marcha. Como la tropa había descansado ya un poco y alimentádose, y también las cabalgaduras, caminé todo el día seguido y fui á llegar á Pomobamba después de las 12 de la noche. Allí supe que antes de las 12 de la noche del día anterior había pasado el mayor Giles con varios oficiales y mucha parte de la tropa en el mayor desorden, y sin detenerse un momento.

Yo me acampé en dicho punto y no continué mi marcha hasta las ocho de la mañana siguiente, después de haber despachado una partida en alcance de mi segundo jefe, y con la orden de prenderlo donde le alcanzara, y esperarme allí con toda la fuerza reunida; dicha orden tuvo su puntual cumplimiento á más de sesenta leguas de Sopachuy, en un lugar denominado La Loma.

Desde allí marcharon presos todos los oficiales que designa Paz, y como tuve noticia al siguiente día de la llegada á Cinti del general La Serna, con una gruesa división de su ejército, y no tenía más camino de salvación que internándome mal montado y sin municiones como iba, por el desierto del Chaco, y expuesto á perecer de necesidad ó á manos de los indios con menos de 200 hombres, pues eran los únicos que había logrado reunir hasta allí, preferí que sucumbiéramos todos como valientes y me dirigí sobre el general en jefe del ejército español, pues me sería fácil poderle engañar, como lo conseguí, y tomarme tiempo para proporcionarme algunos recursos.

Marché resueltamente á los ingenios de Culpina, que distan pocas leguas de Cinti, y fijando allí mi campo avancé dos fuertes partidas sobre las fuerzas enemigas, que estaban situadas en este último punto, y distribuí mis comisionados para que me reunieran en todo el siguiente día cuanto caballo, mula ó burro encontraran, pues había llegado con mucha parte de mi fuerza á pie.

El general enemigo, que me vió ir á situarme tan resueltamente á tan corta distancia de su campo, y apostar sobre él fuertes partidas de observación, no pudo menos que creer que iba yo resuelto á buscarlo y me esperó en su posición; pero como mis comisionados habían llenado del modo posible su comisión, y traídome hasta las tres de la tarde del siguiente día más de cuarenta bestias de toda cla-

se, y estuviese ya informado de que otra división del ejército español se había dirigido por las cuevas á cortarme la marcha á Tarija bajo las órdenes del coronel Carratalá, con el núm. de 800 á 900 hombres, de los que las tres cuartas partes eran infantes, me dispuse antes que hubiese cerrado la noche á marchar sobre dichas fuerzas; y para mejor lograr el dejar engañado al general La Serna, moví mi campo esa misma tarde en dirección á Cinti, pero apenas obscureció varié á mi izquierda y me dirigí rectamente por la cuesta del Obispo, único camino que tenía para Tarija (ó el del Chaco) y en cuyo punto debía yo encontrarme con las fuerzas del coronel Carratalá; pero para esta operación había yo prevenido á mis avanzadas sobre Cinti, que luego que hubiese cerrado bien la noche y dejando varios fogones encendidos, siguiera la ruta que yo tomaba.

Tengo idea de que el hoy general D. Tomás Iriarte, que se hallaba en dicha época con el general La Serna al mando de la artillería, abandonó entonces á dicho general y se dirigió por la vía de Jujuy ó Salta á presentarse al Sr. general Belgrano en Tucumán.

Cuando amaneció el siguiente día y se encontró el Sr. general La Serna sin mis avanzadas á su frente, y supo luego la dirección que había yo tomado, hizo volar avisos al coronel Carratalá previéndole que lo había dejado burlado, y ordenándole terminantemente que apurara sus marchas para esperarme en el camino y que no sucediera con él otro tanto.

Efectivamente, Carratalá había llegado primero que yo al lugar de la junta de los caminos, y no me quedaba ya más camino de salvamento que dirigiéndome resueltamente á buscarlo en la posición que había tomado, hasta muy cerca de un tiro de cañón, pues sólo llegando hasta allí, me habían dicho los baqueanos, que podríamos precipitarnos, cerco abajo por un sendero poco conocido y muy difícil, pero que nos conduciría muy luego al camino, libres ya de riesgo hasta Tarija. Efectivamente, marché sin trepidar sobre la posición que había elegido Carratalá para esperarme ya formado, como lo hizo. En precaución había yo escogido cincuenta de mis mejores soldados dándoles los mejores caballos, y marchaba yo con ellos á la vanguardia, tomadas por de contado todas las disposiciones para que los hombres de mi retaguardia lanzaran con toda la presteza posible al difícil sendero á una seña convenida.

Los que no comprendan hasta qué punto les había impuesto mi arrojo á los jefes españoles de aquel ejército, por los diferentes ataques que les había dado yo ó sostenido á fuerzas infinitamente

superiores, no podrán menos que hacer exageradas estas mis descripciones; mientras tanto, me asiste la confianza de que no será desmentido por ninguno de cuantos existen en Europa de aquel tiempo.

Tan persuadido estaba el Sr. Carratalá de que yo le atacaba, que había tomado ya las mejores posiciones y me esperaba en ellas, cuando advertido por el baqueano hice la seña convenida y se precipitaron mis pocas tropas, quedando yo á retaguardia. Como quedó chasqueada la división enemiga, dispuso su jefe seguirme muy luego por el camino verdadero, mas yo le había ganado ya delantera, y aunque varias ocasiones nos dieron alcance, yo en todas ellas me detenía con mis 50 húsares y contenía á toda su caballería hasta que se reunía el resto de sus fuerzas, y para no cansar más con esta relación, diré por fin que llegué á Tarija y pasé después un par de horas de descanso, á situarme á un lugar denominado Los Toldos, el cual está al sur de dicho pueblo como unas doce ó catorce leguas, pero ya con toda mi fuerza reunida, aunque desnuda, mal montada y peor municionada.

Como los enemigos entraron al pueblo y dicha provincia nos era muy afecta, y en particular á mí, me ví al instante rodeado de algunos comandantes con su correspondiente fuerza de milicias, siendo el principal de ellos y el que tenía más séquito, el comandante Méndez, á quien le llamaban el moto, porque le faltaba creó una mano. Por consiguiente, puse sitio á la plaza, no sólo con dichas fuerzas, sino también con varias gruesas partidas de las mías, y llegué á estrechar tanto á las tropas que ocupaban la plaza, que se vieron precisadas á destechar algunas casas para quemar las maderas en lugar de leña, porque estaban privados de todo.

A los muy pocos días de haberme yo acampado en dicho punto, llegó de Tucumán el Dr. D. Juan Houghom, mandado por el Sr. general Belgrano, para que asistiera á los varios heridos que tenía, y juntamente con él, me vinieron también seis ú ocho cargas de municiones y no recuerdo si mil quinientos pesos con los cuales uniformé toda la división, de mí hasta el último de nuestros soldados, con un calzón de picote de lana blanco y poncho del mismo color, pues estábamos ya todos desnudos y sin más que lo puesto.

Toldos está situado en un campo pedregoso á orillas de un monte que está al pie de las cuevas ó cerros del oeste, y me propuse muy luego trabajar en él cuarteles para la división, y cortar

do las maderas necesarias á sable y segando la paja con los cuchillos, en muy pocos días levanté espaciosos y hermosos galpones, formando con todos ellos una hermosa plaza, y en los cuales se alojó perfectamente toda la división, y trabajé además cómodos cuartos para todos los oficiales á espaldas de cada uno de los frentes de la plaza y un hermoso galpón para mí.

El hábil facultativo Hougham muy pronto me curó á veinte y tantos heridos que tenía. Luego que se concluyeron los trabajos de los cuarteles emprendí el de limpiar perfectamente el campo de las muchas piedras que tenía, para poder tener en él ejercicios diarios, y esto lo conseguí muy luego formando todas las compañías en línea sencilla y ordenándoles que al toque de ataque empezaran á avanzar botando á larga distancia á su frente, cuantas piedras encontraran, y señalándoles un premio á las compañías que más avanzaran. El resultado fué que tomaron con tanto empeño dicho trabajo, que á los tres ó cuatro días tuvimos ya un campo espacioso donde se hacían ejercicios tarde y mañana, pero con tanto empeño, que lucían todas las compañías en las maniobras, en los diferentes ejercicios generales que hacía yo con frecuencia.

Me parece que fué al principiar Septiembre cuando tuve noticia que el general Olañeta con una división de mil quinientos hombres se había dirigido por sobre las cuevas para cerrarme la retirada por el Baritú, que está á los lados de Orán. Adviértase que yo había alarmado ya á los enemigos encerrados en Tarija, con mis proclamas, anunciándoles la llegada del general Bustos con su batallón núm. 2, que realmente había sido mandado de Tucumán por el Sr. general Belgrano en mi auxilio, pero el cual tuvo que retroceder después de haber andado medio camino, porque el gobernador Güemes lo hostilizó fuertemente.

Hecha ya esta advertencia, diré la providencia que tomé así que supe la marcha del general Olañeta. Erame, pues preciso reunir todas mis partidas que circunvalaban el pueblo, con toda prontitud, para retirarme instantáneamente. Tomé doce hombres de mi confianza y marché con ellos acompañado de un ayudante y mi corneta de órdenes, y me dirigí al Valle de la Concepción con el intento de pasar hasta las inmediaciones de Tarija para reunir en una noche todas mis partidas y retirarme.

Así que llegué á la Concepción, que fué cerca de mediodía, no había faltado quien diese cuenta al enemigo de mi llegada; así fué

que al acercarme yo á las barrancas de un río seco y explayado, que hay al sur del pueblo y á poca distancia de él, ya entre dos luces, observé que descendía de la barranca opuesta una columna que mandaban del pueblo para sorprenderme: hice alto entre el bosque de esta banda, y así que hubo bajado la cabeza de la columna de infantería á la playa del río, mandé en alta voz—; Avancen mis húsares á degüello! y haciendo que el corneta tocase dicho toque, me precipité con mi partida y unos cuantos milicianos que había traído del valle sobre los enemigos.

Fué tal el terror de que se sobrecogieron los enemigos, que huyeron á paso de carrera en el más completo desorden, hasta ganar el pueblo, pues había ya obscurecido. Yo los seguí de cerca haciéndoles disparar algunos tiros, y ordenando en alta voz que avanzara rápidamente el batallón núm. 2.

Inmediatamente que la columna ganó el pueblo se mandó que se iluminaran todas las calles de él. Yo hice tocar orden general inmediatamente en la orilla sur del pueblo, y dirigiéndome en seguida por la izquierda al otro extremo, pues ya se me había reunido una de mis partidas, mandé á poco rato repetir el toque de orden sencillo ó no recuerdo si el de atención, para aparentar fuerzas. Ello fué que á las 11 de la noche yo había reunido ya mis partidas sitiadoras y me puse en retirada al momento.

El coronel Carratalá, creyéndome sobre él con todas mis fuerzas y más el batallón núm. 2, había hecho volar avisos duplicados al general Olañeta por sobre las cuestras, llamándolo en su auxilio, pues no iba muy distante, y diciéndole que reforzado yo con un batallón lo atacaba. Olañeta contramarchó al momento y caminando toda la noche, pero habiendo bajado ya la cuesta al aclarar el día y conocido los enemigos con la luz de él su engaño, tuvo Olañeta que retroceder y apurar sus marchas; mas cuando él cayó al Baritú en la mitad de la noche del siguiente día, hacían dos horas que había yo pasado para Orán. Ultimamente llegamos por fin á dicho pueblo sin haber comido hacían ya tres días, y casi enteramente á pie. Allí establecí una maestranza para recomponer el armamento y trabajar algunas lanzas, pues me había seguido emigrado desde Tarija un excelente armero, y con la ayuda de algunos de mis soldados muy pronto reparamos todas las faltas, menos las de caballos, porque según las órdenes del gobernador Güemes, todos los comandantes, lejos de proporcionármelos, me hostilizaban.

Muy pronto, pues no pasarían 25 días de estar en Orán, tuvimos noticia de la aproximación del Sr. general Olañeta y me fué preciso retirarme, mas como carecíamos absolutamente de cabalgaduras, y apenas alcanzaban las pocas que conservábamos, para conducir las cargas de municiones y algunos enfermos que aun tenía, ordené que á la madrugada de no recuerdo ahora qué día, que estuviese formada toda la división en la plaza con las monturas liadas todo el mundo, excepto los enfermos que debían asistir montados. Llegado yo á la plaza desensillé mi caballo y lié mi montura, pasándole dicho caballo á uno de mis húsares que no había acabado de curar su herida, y proclamando á mi tropa y oficiales, mandé que echaran todos sus aperos al hombro, haciendo yo lo mismo con el mío, y emprendimos la marcha.

Cuando el húsar que había montado en mi caballo me vió echar mi apero al hombro, y marchar con él á la cabeza de la columna, mucho trabajo me costó para quitárselo, pues se había asegurado de él llorando á gritos, y pretendía arrancármelo para llevarlo él por delante; mas viendo mi resistencia y que le ordenaba terminantemente que lo dejara, tuvo al fin que retirarse.

Diez leguas anduvimos en ese día hasta las dos de la tarde en que acampamos á la costa de un río cuyo nombre no recuerdo, pero creo que es el de Jujuy. Allí mandé carnear unas 50 reses, y dispuse que charquearan la carne y la pusieran á secar, para que cada soldado y hasta los jefes y oficiales cargaran lo que pudieran, pues teníamos que hacer una larga travesía por un camino despojado y hasta sin senda para andarlo.

No recuerdo si paramos el siguiente día, mas no olvido que quedé yo tan molido con la larga marcha y la pesada carga de toda mi montura y la cama, que consistía en el pellón, jergas y una frazada, que no tenía alientos para moverme. Bastante empeño hicieron mis oficiales al marchar de allí, para que montara yo á caballo, ó diese cuando menos la montura para que la llevara uno de los enfermos, mas no me presté á ello, porque quería animar con mi ejemplo á todo el mundo. Cuando empezamos la marcha me costaron sudores los primeros pasos, pero muy luego fué desatándose el entumecimiento y ya no sentí más dificultades.

Como en algunas partes del camino teníamos que ir cortando con los sables los inmensos cardillares que eran tan altos como los jinetes, para poder andar, y nuestras jornadas nunca bajaron de ocho ó diez leguas, muy pronto empazaron los soldados á botar

los lomillos y quedarse sólo con las jergas y los frenos, y tuve que hacer la vista gorda; no sólo porque eran muchos los hombres que los habían botado ya cuando lo advertí, sino porque era una carga demasiado pesada para obligarlos á conducirla hasta Tucumán, donde podíamos hacerlos á poca costa; y también porque ya me fastidiaba la mía y quería echarla en una carga. Así lo hice y continuamos la marcha forzándola cuanto nos era posible, mientras atravesamos por el territorio de Salta, pues los comandantes sólo nos proporcionaban la carne por orden del gobernador Güemes, pero eran tan flacas las reses, que varias ocasiones no quisieron carnear las tropas, porque no podían pararse de flacas; tal era la hostilidad que nos hacía dicho gobernador, y dichas reses nos las mandaba dar porque no las tomara yo del campo. De este modo nos hostilizó sin que se nos proporcionara un solo caballo ni mula y sin embargo de que marchamos por entre el ganado gordo y las caballadas, no quise yo que se tomara una sola bestia, para que no tuviera pretexto alguno de que acusar á mi división.

En todas las paradas se nos presentaban entre los gauchos muchos de los desertores del ejército, con el objeto de seducir á mis soldados para que se quedaran entre ellos, pero no consiguieron llevarme uno solo. Advertiré aquí un olvido que he padecido al relatar el ataque ó sorpresa de Sopachuy, y el cual consiste en no haber dicho el resultado que tuvo el oficial que mandé á la descubierta del enemigo dos horas antes de amanecer, y en mis mejores caballos. Dicho oficial, cuyo nombre está puesto en mis memorias y hoy no recuerdo, se encontró con los enemigos después de haber andado como legua y media; y en vez de volver á darme el aviso, pasó en fuga por mi flanco, sin ser visto, ni haber hecho disparar siquiera algunos tiros para que nos alarmáramos: dicho oficial fué también preso con los demás que habían fugado; y ese consejo de oficiales generales que Paz dice los absolvió, no fué en el ejército sino en Buenos Aires después de más de un año de prisión, y dando en su sentencia por bastante compurgada su falta con la larga prisión que habían sufrido.

Diré últimamente por conclusión de la más brillante campaña que se ha hecho entre nosotros, que apenas asomamos al río de Tala ó de las Trancas, que es el que divide las jurisdicciones de Salta y Tucumán, cuando ya una numerosa caballada nos esperaba á la vista en la otra banda. Toda la tropa, movida por un instinto unánime, se precipitó de carrera al río, y apenas pasaron á la

otra banda volvieron todos su frente al territorio de la patriótica y benemérita provincia de Salta, y empezaron á echarle mandiciones, sin advertir que no era ella, sino su gobierno el que tanto nos había hostilizado, pues había llegado el caso de que Güemes hizo aproximar algunas fuerzas sobre Orán en nuestra observación, mientras nos retirábamos á pie amenazados por la fuerte división del general Olañeta. Testigos presenciales de cuanto dejo expuesto son los Sres. D. Tomás Obligado, el coronel D. Lorenzo Lugones, residentes en ésta, y D. Rafael Riesco y D. Mariano Mendieta, en la capital de Córdoba, y los cuales no me desmentirán.

Montamos inmediatamente toda la división, que constaba de cuarenta y seis hombres, más que los 300 y pico con que salí de Tucumán; éstos fueron los *mutilados restos de la preciosa división* con que dice Paz regresé.

Al llegar al río de Tucumán, antes de las 12 del 23, ó 24 de Diciembre recibí orden del Sr. general para esperarlo allí, y habiéndose presentado como á las tres horas con toda la plana mayor, la bandera del ejército y todas las bandas de música de los cuerpos, hasta lloró de gusto al encontrar formada tan brillante división, y sin que faltaran de los que habían salido conmigo, más que los 23, ó 30 muertos que había tenido en los diferentes encuentros, y los ocho ó diez prisioneros que me habían tomado en Sopachuy. Todos los cuerpos del ejército nos esperaban formados en cuadro en la Ciudadela, y formada la división en el centro la proclamó el Sr. general elevando su mérito hasta los cuernos de la luna. ¡Estas fueron todas distinciones que este virtuoso general nos dispensó y que tan honda emulación dejaron en el cuitado ánimo del benemérito general Paz!

Para que con pleno conocimiento de cuanto dejo relatado minuciosamente sobre la campaña del año 17, pueda el público juzgar la marcada personalidad del finado general Paz, copio su último párrafo del folio 302, y el 1° del 303, en los cuales dice:

“Después de una marcha violenta de algunos días, en que el coronel creía haber ganado un buen trecho al enemigo, paró en Sopachuy para dar descanso de un par de días de que pensaba poder disponer á sus hombres y caballos. Fallaron estos cálculos y otra vez lo engañaron mis avanzadas, que no sintieron al enemigo que *en pleno día* penetró hasta su campo. El ataque fué tan repentino, que el coronel La Madrid lo supo cuando oyó los primeros tiros y se pronunció la derrota, quedando en poder del enemigo ca-

ñones, parque, equipaje, hasta los papeles del coronel." "No hubo acción, no hubo resistencia: todo fué confusión en medio de la cual cada uno fugó por donde pudo y como pudo. No fué sino á muchas leguas que se reunió algo de la fuerza escapada, con la que el coronel siguió su retirada. Para mayor desgracia, estallaron desavenencias entre los jefes y oficiales (solemne embuste) y hubo de haber una revolución que sólo con trabajo pudo reprimir el jefe. En el parte que dió al general Belgrano acusó de cobardía é incapacidad al coronel Acebey, (1) al mayor D. Antonio Giles, que era el jefe de E. M. de la división; al capitán Otero y cuatro oficiales más, los que fueron conducidos en arresto para ser juzgados en consejo de guerra de oficiales generales. Este los absolvió después de algunos meses que tardó la substanciación de la causa."

Con esto creo excusado repetir otros mil párrafos de embustes contra mí, de que están llenas sus memorias, porque son más conocidos de todos los pocos contemporáneos que existen. Mas es indispensable al seguirlo en su relación de todos los hechos posteriores, dejar de transcribir el siguiente párrafo del mismo folio 303: "El escuadrón de húsares que mandaba el coronel La Madrid se elevó á regimiento (ya lo estaba desde la toma de Tarija) y se le formaron dos escuadrones, se le dieron con preferencia hombres y recursos, pero jamás pudo medrar este cuerpo, porque La Madrid carece de toda capacidad administrativa é ignora (¿quién lo creyera?) en qué consiste la verdadera disciplina. Los cuerpos que ha mandado siempre le fueron personalmente afectos, pero este sentimiento no iba hermanado con el respeto, con el que debe hermanarse. Siempre sus soldados fueron en la apariencia entusiasmados por la causa que defendían, pero sus hechos no correspondían á las esperanzas que hacían formar. El coronel La Madrid imponía muchas veces castigos de extremada severidad, pero no producían el escarmiento que es de desear, porque no era regularmente sostenido ese sentimiento de orden que los dictaba. Finalmente, el coronel y quizá algunos de los que lo acompañaban, hacían prodigios de valor, pero casi siempre eran vencidos."

Permítaseme ahora preguntar: ¿Un hombre tan ignorante y sin capacidad ninguna administrativa, y que ignoraba en qué con-

(1) Este coronel Acebey creo fué un jefe cochabambino que se me había reunido con unos pocos naturales del país que tenía en su república, y el cual fugó también con ella al ejemplo de mi 2^o.

siste la verdadera disciplina, como Paz me pinta, pudo haber hecho esa campaña que no tiene ejemplo en la revolución de Sud América? ¿Cuál es, por otra parte, el cuerpo de nuestros ejércitos que ha guardado más orden que el mío, ni que se haya hecho distinguir por todos los habitantes de los diferentes pueblos por que hemos transitado, por su juiciosa y honrada comportación? ¡Cierto estoy de que no se me citará uno solo, y es por esto precisamente que he merecido y merezco hasta el día, el aprecio y estimación de todos los pueblos, á pesar del desdén con que soy mirado por muchos modernos charlatanes! Por otra parte, ¿quién le dijo á Paz que casi siempre fuí vencido?

¡Puedo decir en alta voz que no ha habido hasta el día ningún enemigo que haya resistido á mis ataques, ni que me haya hecho cejar en ellos! Cuatro únicas pérdidas cuento en mi vida, entre más de ciento y treinta ataques parciales y generales que yo solo he mandado y son—1ª ésta de Sopachuy, 2ª la del Rincón en el año 27 en Tucumán con Quiroga, en la cual, después de vencedor, tuve que abandonar el campo por buscar al coronel Matute, que faltando á mis terminantes instrucciones, se había lanzado acuchillando á la mitad de la fuerza de Quiroga hasta una distancia considerable, y producido por dicha falta la dispersión de mis pocas fuerzas milicianas de mi izquierda, y en cuyo último caso tuve que atravesar solo y herido, por entre las restantes fuerzas de Quiroga con sólo cuatro hombres; 3ª la de la Ciudadela del año 31, y 4ª y última la del Rodeo del Medio en el año 41, mas todos saben que dichas batallas se perdieron después de ganadas, por el criminal abandono que me hicieron los jefes, que son bien conocidos de todos, pues los he designado ya por la prensa, sin que ninguno haya osado desmentirme.

No cuento como pérdida la batalla del Campo del Tala, en el año 26, pues todo el mundo sabe que triunfé allí completamente de dobles fuerzas con que me atacó Quiroga á las 10 de la mañana del 26 de Octubre, y que por empeñarme demasiado en rendir á una columna de 300 infantes que fugaba en masa, y por entre la cual crucé solo por dos ocasiones, fuí dejado por muerto en la tercera carga á causa de haberse inutilizado mi caballo y abandonado los treinta y tantos hombres que me seguían. Tan fué Quiroga completamente derrotado, que habiéndolo alcanzado dicha columna en su fuga y presentándole mis armas y mi vestuario, asegurándole que me habían dejado muerto en dicho campo y

mis pocas tropas abandonándolo por dicha causa, recién á puestas del sol pudo volver á él con los pocos hombres que logró reunir, y lo cual dió tiempo á que el valiente cabo de las milicias de Catamarca, Fermín Núñez, que aun vive y se halla en esta campaña, volviera solo y me sacara de entre los muertos como á las cuatro de la tarde.

Esa fué la única vez que he sido herido en tantos combates por la guerra de nuestra independenciam y por sostener la libertad y las leyes contra todos los caudillos y que así herido gravemente como lo estaba, me hice alzar á caballo para mandar la acción del Rincón, á principios del siguiente año 27. No cuento tampoco la del año 21 contra Ramírez en Coronda, porque después de vencido éste y ya perseguido por mí, se me fugaron los cuerpos que me seguían y me dejaron solo, como lo saben todos. Fué á consecuencia de lo dicho que Ramírez volvió y quedó en posesión del campo. Son éstas las únicas acciones que he perdido después de ganadas, porque así lo quisieron algunos de mis subordinados.

Seguiremos al general Paz en la descripción de sus desmemoriadas memorias, porque así es preciso llamarlas. La descripción que hace de los cuerpos de nuestro ejército y de los jefes que los mandaban á mediados del año 18 es exacta, pero no así la situación en que el coronel mayor D. Juan Bautista Bustos se hallaba en el Fraile Muerto, pues cuando yo marché con mi regimiento de Húsares y llevándolo á Paz con su escuadrón de 80 dragones por la posta, en auxilio del general Bustos, éste se hallaba sitiado en el Fraile Muerto por el gobernador López, de Santa Fe; así fué que me puse en siete días de Tucumán á Córdoba, y habiendo parado allí sólo unos cuatro ó cinco días mientras nos proporcionó caballos el gobierno, continuamos con precipitación la marcha hasta el paso de la Herradura; mas, noticioso el gobernador López de mi aproximación, había levantado el sitio y retirándose para volver con más fuerzas, creo en la víspera del día en que yo llegué á la Herradura.

Según lo que dejo expuesto, es falso que el coronel mayor Bustos se hubiese retirado á la Villa de los Ranchos, que está á 18 leguas al este de Córdoba, pues á los dos ó tres días de mi llegada se trasladó desde el Fraile Muerto á reunírseme á la Herradura.

Todas las casas ó ranchos de las inmediaciones de dicho lugar habían quedado abandonadas, á excepción de la de posta, por el temor de los santafecinos, y dejando en ellas cuanto tenían. Yo

así que llegué y me acampé dentro de un recodo bastante espacioso que forma el río, formé un palenque en semicírculo hacia el naciente, y el cual consistía en buenos y altos estacones bien clavados á corta distancia unos de otros, y con dos largas varas atravesadas horizontalmente una abajo y otra arriba, hasta cerrar el círculo, pero dejando en él tres grandes puertas como para poder entrar y salir en columna, y al cual lo mandé últimamente vestir con los eneros de las reses bien estirados, así para ocultar á nuestros infantes, como para engañar á la tropa con aquella especie de parapeto; mas mi principal objeto era el de tener asegurados mis caballos dentro del mismo campo, así para evitar una disparada como para libertarnos de que pudieran arrebatárnoslos los santafecinos.

De día se pasteaban los caballos á la vista de nuestro campo, y por las tardes, después del ejercicio, iba yo con los tres escuadrones á hacer cortar alfalfa en unos potreros que tenía el Sr. Casas dueño de la posta, como á una legua de nuestro campo, y luego de cortada cada individuo traía su buen carguero al campo y los caballos comían perfectamente bien; por consiguiente, es completamente falso el dicho de Paz de que nuestras caballadas de reserva pastaban en dichos potreros á dos leguas de nuestro campo, y que sin sus avisos y el que dice dió el Sr. Casas, probablemente las hubiéramos perdido.

Todo ese tejido de providencias que dice tomó cuando fué comisionado á la Cruz Alta y los riesgos que corrió por venir á reunirse cuando estaban ya tiroteándose nuestras guerrillas con los enemigos en la mañana del 18 de Febrero, es completamente falso, casi en todas sus partes, pues aunque hubiese sido cierta la comisión que dice le dió el general Bustos, que yo no la recuerdo, creo que ni en mis memorias, que fueron escritas poco después por mandato de mi general, el Sr. Belgrano, Paz se hallaba en el campamento, no digo cuando se presentaron los enemigos á nuestra vista, sino que presencié también el día 16 por la tarde un riguroso castigo que yo apliqué á presencia de toda la división á uno de mis ordenanzas que más estimaba por su honradez, al mismo tiempo que por su arrojo, después de la lista de la tarde.

He dicho y nadie ha de desmentirme, que mi regimiento se distinguía entre los brillantes y disciplinados cuerpos del ejército, por su honradez á prueba y por el buen trato que daban todos los soldados á todos los habitantes de los lugares por donde pasaban, y era yo tan celoso del crédito de mi cuerpo, que tenía dada la orden

de que sería rigurosamente castigado el individuo que tomara un pelo de los paisanos ó de las casas abandonadas.

Como sabíamos ya la aproximación de la fuerte división del gobernador López y deseaba yo imponerme así de su número como de la calidad de sus hombres, armamento y caballadas, llamé en la mañana del 16 á Francisco de la Rosa, que así se llamaba ese mi honrado asistente salteño y le dije—Necisito de tí un servicio, el más importante que sabré pagártelo y que te hará acreedor á la estimación y confianza de nuestro general y á la de todo el mundo; pero tienes para prestarlo que sufrir un riguroso castigo á presencia de toda la división, para que de este modo puedas fugarte esta misma noche de la prisión é irte al encuentro del gobernador López, y presentártelo como pasado. Dirásle que has sido uno de mis más fieles ordenanzas, y que por haber tomado de un rancho abandonado un maneador, te he dado un riguroso castigo, y que para vengarte de mí vas á presentártelo todo desollado, para hacerme conocer por él, y que me castigue como merezco; le dirás también que soy un presumido, pues digo que con doce hombres de los míos me lo he de llevar por delante, pues no ha de jugarse conmigo como se juega con las tropas de Buenos Aires, y en fin, dile cuanto se te antoje, que así te creerá y destinará probablemente á su escolta.

Tú entonces, díjele, procura examinar la fuerza y reconocer su estado y por la noche saltas en el mejor de sus caballos, y echándote al río á nado me traes la noticia antes de que ellos lleguen, para cuyo efecto encontrarás ensillado uno de mis caballos en tal punto. Como los ordenanzas hacían el servicio de pasar los caballos de marcha al frente del campo, cuidé de que le tocara ese día dicho servicio, pues el robo debía hacerlo abriendo una puerta de un rancho que estaba cerrada con candado, pero asegurado éste entre un argollón de hierro y el marco, con un pedazo de lonja de cuero bien atado; tus compañeros te han de reprobar cuando intentes abrir la puerta y probablemente te amenazarán denunciarte, díjele; pero, tú, sin hacer caso de su reconvención, les dirás que vas sólo á ver si encuentras algún maneador para asegurar tu caballo, pretextando que has perdido el tuyo, y cuando me haya venido el parte de este hecho yo te mando traer preso, te hago dar ciento cincuenta azotes bien pegados en las espaldas y te mando rapar á navaja la cabeza

y hasta las cejas, para que este castigo sirva de escarmiento á los demás.

Dicho soldado, que era uno de los más honrados y subordinados y al cual yo distinguía por dichas cualidades, se prestó resignado á sufrir dicho castigo por darme la noticia que deseaba, y marchó á prestar su servicio con los caballos; ejecutó puntualmente cuanto le había prevenido, como á las dos de la tarde, y sacó una coyunda por no haber encontrado maneador entre los varios objetos que habían en la casa; y como no tardó uno de sus compañeros en venir-me á dar parte del hecho, lo mandé traer preso, sufrió el castigo esa tarde y por la noche se escapó de la guardia de prevención en que lo puse preso; montó en el caballo que yo mismo le había colocado en el lugar designado y marchó tirándose al río para no ser sentido por las avanzadas.

Cuando á la hora de 2.^a lista me vino el parte de la guardia de haberse fugado el soldado, mandé inmediatamente poner incomunicado al oficial de guardia, como asimismo al sargento, el cabo de cuarto y hasta el centinela: todos extrañaron la deserción de aquel fiel soldado y no pudieron menos que criticar el cruel castigo que le había aplicado por tan insignificante falta.

Los enemigos mientras tanto se acercaban ya, y el valiente y honrado soldado La Rosa, según me dijo después, se encontró con el gobernador D. Estanislao López el 17 antes de mediodía, y le hizo toda la relación de que iba encargado. El gobernador lo compadeció, le dió algunos pesos y ordenó que fuese incorporado á su escolta. En la continuación de la marcha hasta que acamparon, tuvo él lugar para observar las fuerzas y el estado de sus caballos, etc., y en esa noche del 17 de Febrero saltó en uno de los caballos del general López, y tirándose al río costeó por la costa hasta que presentándose á la vista de nuestro campo por la banda oeste del río, se tiró á él con cabeza descubierta, pues hasta el sombrero que le habían dado lo dejó. Apenas los soldados del regimiento lo descubrieron á dos ó tres cuadras antes de que llegase al río, cuando ya lo conocieron todos y dieron un fuerte viva á la patria, añadiendo en seguida—¡Cómo nos ha tirado nuestro coronel, cuando menos viene del campo enemigo!

Ese bravo y virtuoso soldado se me presentó así que hubo aclarado el 18 y me instruyó de todo lo que deseaba saber. En el acto le regalé doscientos pesos fuertes, lo hice reconocer por sargento del regimiento y lo recomendé cual merecía á la estimación de to-

do él, por la heroica resolución con que se había prestado á sufrir tan riguroso como afrentoso castigo por hacer á la patria y á su coronel tan importante servicio.

A poco rato de haberse él presentado estando presente el entonces comandante D. José María Paz, ya se avistaron los enemigos. Por lo expuesto se conocerá con cuánta impropiedad dice el general en un párrafo del folio 310—“Cuando llegué al paso del río que estaba inmediato á nuestro campamento ya percibí el tiro-teo de las guerrillas que se habían empeñado: aunque el río no estaba muy crecido, se nadaba en algunas partes; así lo pasé y me encontré reunido á la división á que pertenecía. Bustos no quiso tocar el punto, ni yo podía hacerlo sin hacer observaciones punzantes, pero ni él ni nadie dejó de conocer que sin mis avisos, por lo menos hubiera el enemigo tomádonos las caballadas de reserva y acaso sorprendido la división. Toda la mañana se empleó en guerrillas sin resultado y no fué sino á la tarde del 18 de Febrero que el enemigo hizo un esfuerzo decisivo sobre nuestro campo.

Referiré ahora lo que hubo en realidad en toda esa mañana, y cómo se efectuó el ataque de esa tarde, para poner más de manifiesto el empeño de Paz en no decir la verdad, toda vez que ella pudiera favorecerme.

Como yo había tenido en el ejército auxiliar del Perú varias disputas con los oficiales de Buenos Aires, reprobándoles el que una provincia como ésta se dejara avasallar por las montoneras del gobernador López, y asegurándoles muchas ocasiones que si algún día me tocaba el combatir contra éste, me bastaría un escuadrón de mis húsares para escarmentarlo completamente, y esto mismo lo decía á mis soldados para entusiasmarlos, quise ese día probarlos prácticamente, saliendo yo personalmente con un puñado de húsares á perseguir las guerrillas enemigas.

Como el coronel mayor Bustos había dejado á mi discreción la dirección del ataque, ordené á la infantería, así que empezó á aproximarse la circular línea enemiga, que no disparase un solo tiro sin mi orden aun cuando se acercaran. La fuerza total de los enemigos pasaba de 1800 hombres, y después de haber formado su línea en semicírculo desde una á la otra barranca del río, circulando nuestro campo fuera del alcance de nuestros fuegos, adelantaron algunas gruesas guerrillas como para provocarnos á una salida. Fué entonces que tomando yo 25 de mis húsares salí resueltamente sobre una guerrilla de más de cincuenta santafecinos que

se había aproximado, mas ésta volvió caras así que me vió emprender el galope sobre ella.

Al mismo tiempo que dicha guerrilla me daba la espalda ya venía en su auxilio otra igual, lo que observado por mí hice alto y mandé pedir diez húsares más y me fuí sobre ambas, pero tampoco me esperaron, contentándose sólo con dispararme algunos tiros y retirarse. En este orden y con el mismo resultado, se había empleado una parte de la mañana, cuando aburrido de mis inútiles tentativas me replegué al campo para no fatigar inútilmente mis caballos, y diciendo á mis húsares que ya les había mostrado prácticamente de lo que eran capaces los despreciables montoneros que teníamos al frente.

A los infantes del núm. 2 los había mandado colocar sobre el parapeto del centro de los tres portones, y al escuadrón de dragones que mandaba Paz á la izquierda: el primer escuadrón de húsares ocupaba la derecha y el 2º estaba formado al centro en el espacioso campo que había detrás de las carretillas de municiones; pero todos ellos estaban desmontados, y formados con sus caballos de la rienda esperaban sólo la orden para montar y salir, pero debiendo servir de reserva el 2º, que lo mandaba el capitán Mendieta.

Se había pasado ya bastante tiempo en este estado, cuando viendo los enemigos que no se movía una partida nuestra fuera del campo, empezaron á avanzar su línea sobre nuestro campo como á las dos de la tarde, y habiéndola aproximado hasta tiro de fusil y viendo que ningún hombre se movía ni se les disparaba un tiro, hicieron alto repentinamente, y mandando el comandante inglés Campbell, que mandaba su izquierda, echar pie á tierra y manear los caballos á 500 tapes que traían de infantería, los hizo salir al frente medios dispersos en tiradores y rompieron el fuego sobre nuestro campo.

En el acto que observé dicha operación, grité á caballo; y como estaban prevenidos los comandantes para salir de improviso, desplegar los dos escuadrones de derecha é izquierda y cargar, quedando fuera en reserva el 2º de húsares, así lo hicieron con la velocidad del rayo; pero con la diferencia de que el 1º de húsares, que estaba engreído y aprovechándose del descuido del capitán D. Mariano García, que era un valiente, se lanzó á la carga conforme salió, sin esperar á formarse; mas no así el de dragones, que mandaba Paz, el cual lo formó en orden fuera, y marchó con él de frente.

El 2° de húsares, que estaba destinado para quedar afuera en reserva, quiso seguir el ejemplo del 1°, pero lo contuve con presteza y me lancé desesperado en alcance del primero para contenerlo y ordenarlo, pero fué ya tarde; pues cuando le alcancé ya se habaín mezclado sin formación alguna y llevaban acuchillando á los 500 tapes de Cambel; éstos, como vieron írseles encima con sable en mano un escuadrón de cien hombres en desorden, no habían creído que llegarían hasta ellos; así fué que cuando los vieron ya encima, no hubo más remedio que correr á sus caballos y saltar á ellos sin acordarse algunos de quitarles las manecas.

Como fué tan repentino dicho ataque, y simultáneamente puesta en fuga toda la izquierda enemiga, todo el resto de la línea se concentró en disparada al centro, y siguió en fuga precipitada y perseguida por mis tres escuadrones hasta cerca de una legua, en donde empezaron á replegarse sobre la fuerza que habían dejado al cuidado de sus caballadas; pero como el sol iba ya á ponerse, mandé tocar reunión (yo y no Paz, como él dice) y me replegué. Los enemigos entonces, vueltos en sí, se aproximaron nuevamente, así que nos vieron entrar á nuestro campo, con el objeto sin duda de recoger sus cadáveres, mas no se atrevieron á llegar hasta el lugar en que fueron acometidos los tapes: permanecieron allí hasta antes de obscurecer y se retiraron.

Así que amaneció el 19 salimos á reconocer el campo, y encontramos, no sepulturas de sus heridos que degollaron, como dice Paz, sino veinte y tantos cadáveres y entre ellos tres ó cuatro de mis húsares que habiendo traspasado la línea solos, en el primer ímpetu de la carga, fueron sacrificados por los que iban en fuga sin que hubiese tiempo de salvarlos; y me acuerdo que se encontró todo el cráneo de uno de los cadáveres enemigos, distante como dos varas á la derecha del cuerpo, y esto provenía de que al salir yo de Córdoba había mandado afilar á molejón todos los sables de mis húsares, por cuya razón decían Cambel y el gobernador López en su retirada, según me lo dijeron algunos de sus soldados heridos que se me pasaron, que yo era un hereje, pues había mandado afilar contra ordenanza todos los sables de mi tropa. A más de estos cadáveres se encontraron más adelante en la misma dirección en que cargó mi primer escuadrón, muchísimos rastros de los cadáveres que habían echado al río para que no los encontrásemos, y por los cuales se calcularon sus muertos en más de sesenta, pues fueron contados por muchos de nosotros.

Mi pérdida no fué más que la de dichós tres ó cuatro húsares y seis ó siete heridos, todos del primer escuadrón de húsares, que fué el único que operó y escarmentó á los montoneros, pues el escuadrón de dragones de Paz, aunque cargó en el mejor orden, no tuvo la fortuna de que los enemigos *probaran los filos de sus sables*, como él lo dice en el segundo párrafo del folio 312, pues éstos, así que vieron acuchillada y dispersa toda su ala izquierda, no hicieron más que reconcentrarse de carrera sobre el centro y fugar precipitadamente.

La pérdida de los enemigos queda ya expresado que pasó de sesenta muertos y tuvieron además un crecido número de heridos, de los cuales degollaron muchos en su retirada, porque las heridas eran graves y no podían conducirlos en su precipitada fuga, y para colonestar este acto de barbarie, decían á sus tropas, para que no los sacrificásemos nosotros bárbaramente si los dejaban abandonados, era mejor que ellos mismos los despenasen. Esas fueron las mismas sepulturas mal cubiertas que Paz y todos encontramos en la persecución, mas ninguna en el campo del comabte.

Pero lo gracioso es que, habiendo salido Paz bajo mis órdenes y siendo yo en persona el que cargó, persiguió á los enemigos y el que mandó tocar alto cuando los hubimos acuchillado cerca de una legua, diga él al fin de dicho capítulo—"No debí, pue, llevar la carga indefinidamente, y después de andar diez ó doce cuabras en que el enemigo tuvo pérdidas proporcionadas, hice la señal de alto para reunirme y reorganizarme." Creo, pues, excusado copiar lo que dice en el siguiente párrafo, pero no así el segundo, folio 313, en que dice—"El escuadrón de húsares que cargó, pudo hacerlo con más desahogo, porque siendo su movimiento sobre la extrema izquierda del enemigo, no corría el mismo peligro de ser envuelto. Sin embargo, no fué tan feliz, porque aunque arrolló al enemigo, cuando cesó su movimiento ofensivo y quiso replegarse, éste trató de cargarlo á su vez, le hizo perder algunos hombres y lo hubiera deshecho sin el oportuno socorro del escuadrón de reserva."

He copiado dicho párrafo para que se comprenda la falsedad con que expresas los hechos que tuvieron lugar en dicho día, como en los siguientes, pues ya dejo relatado cuanto en él sucedió.

A más de la pérdida que tuvieron los enemigos en ese día entre muertos y heridos, les tomó el primer escuadrón de húsares no recuerdo si seis ó ocho prisioneros de los tapes, todos muy mal heridos, siéndolo uno ó dos de ellos de mucha gravedad, porque no

querían rendirse, y á los cuales los liberté yo mismo de que los matasen mis soldados y tuve después el mayor cuidado en su curación y á fe que fueron después unos de los mejores soldados de mi cuerpo, pues quedaron tan reconocidos á las consideraciones que yo les dispensé hasta que sanaron, que sentaron plaza en él, y me fueron tan fieles que cuando la escandalosa revolución de Arequito fueron esos dos hombres unos de los 12 que no quisieron abandonarme y que me siguieron hasta Tucumán, sin embargo de las promesas y hasta amenazas que les hicieron para que me dejaran.

Al siguiente día 19 se aproximaron los enemigos con todas sus fuerzas como á las 9 ó 10 de la mañana, pues trajeron hasta las que habían dejado el día anterior con sus caballadas. Así que se hubieron aproximado con gran aparato, salí repentinamente con los tres escuadrones sobre ellos, y cuando me vieron marchar decididamente, se alejaron de prisa, mas no queriendo yo seguirlos, pues se había dispuesto que saliera también nuestra infantería para poderlos perseguir con su protección y las dos piezas, mandé hacer alto y me replegué un poco mientras se municionaba suficientemente nuestra infantería; fué entonces que tuvo lugar el incendio de una de las carretillas de munición que dice Paz, y por cierto que los enemigos, que habían vuelto á aproximarse, se tendieron sobre los pesquezos de sus caballos á la primera explosión, juzgando que fuesen cañonazos disparados sobre ellos, mas es del todo falsa la relación que él hace diciendo al fin del primer párrafo del folio 315 y el siguiente—“Según se fueron aproximando, mandé enfrenar, montar y formar cuando el enemigo estuvo á una distancia proporcionada, mandé volver caras á mi pequeño escuadrón, que no tenía entonces más de setenta hombres, para replegarme al campo al mismo paso que traía la línea contraria.”—“En el momento de efectuar el movimiento de volver caras, quedaba naturalmente yo, que lo mandaba, dando la espalda á nuestro campo y mirando al escuadrón que lo ejecutaba: fué entonces que se oyó primero una detonación, inmediatamente otra y otra, al mismo tiempo se veían los fogonazos idénticos á los de la artillería cuando se dispara (1) y á los escuadrones de húsares que huían del campo en el mayor desorden y dispersión. Me persuadí firmemente de que mientras el

(1) Vaya una comparación propia de un hombre de saber! ¿Con que el incendio de dos ó tres cajones de municiones que se prendieron á un tiempo era idéntico á los de la artillería cuando se dispara.

enemigo nos había llamado la atención por el frente, había destacado alguna división por el bosque, que como indiqué, bordeaba el río hasta cerca del campamento, lo cual, cayendo de sorpresa sobre la caballería que quedaba atrás de mí y acaso sobre el mismo campo, la había puesto en derrota. (¡Esto es decir que yo, como tan abandonado é ignorante, estaba dormido!) En tal caso yo quedaba entre dos cuerpos enemigos y enteramente cortado: no había pues que trepidar, pues era preciso abrirse camino con las armas para reunirme á los míos. Mandé poner sable á la mano y ya emprendíamos el movimiento sobre los supuestos enemigos, cuando por medio de mejores observaciones, pudimos convencernos de que no eran enemigos los que causaban el desorden, que procedía de alguna otra causa."

¿Para qué ocuparme de copiar otros muchos desatinos que Paz pone en su pesada y larga descripción, cuando por lo expuesto comprenderá el menos inteligente que no tenía otro objeto que lucir sus previsiones y su heroica resolución, figurando á su antojo lances que no tuvieron lugar? Después de dicha desgracia, que fué ocasionada por un descuido del oficial encargado de repartir las municiones, los enemigos se retiraron y yo me replegué al campo con los tres escuadrones, mas como á las cuatro de la tarde se aproximaron otra vez los enemigos con mayor aparato, y me propuse yo no salir á su encuentro hasta no conocer perfectamente su intento. Después que hubieron aparentado algunas combinaciones, fuéronse aproximando en línea circular como el día anterior, aunque no á tan corta distancia, y allí hicieron alto ya casi á puestas de sol.

Al momento comprendí yo que su intento era amenazar su ataque nocturno para echarnos sobre el campamento algunos potros con cueros á la cola, y seguidos de algunas guerrillas, por si lograban ponerlos en confusión; y me propuse adelantármeles y ponerlos á ellos en fuga, pues me habían ya dado bastantes muestras de que su entusiasmo *no degeneraba en el más ciego fanatismo*, como dice Paz, ni eran capaces de batirse con nosotros con el denuedo con que él los pinta.

Así que obscureció mandé nombrar dos patrullas de ocho húsares con un oficial cada una y otra de infantería. Esta con toda la banda de tambores del batallón, debía salir por el portón de nuestra derecha costeano el río: la 1.^a de húsares debía salir por el de la izquierda llevando un corneta, y yo con la 2.^a por el portón

del centro con las ocho ó diez cornetas que tenía la banda de mi cuerpo: cuando hubiese llegado la hora debía el oficial de infantería, á una señal mía, dar la voz de mando al batallón y romper en columna al frente batiendo marcha con toda la banda; la de húsares de mi izquierda debía dar la voz á un escuadrón y practicar el mismo movimiento marchando ambas de frente por los flancos sobre el campo enemigo.

Así que llegó la hora convenida, rompieron la marcha como estaban prevenidos, y yo dije en seguida en alta voz—Escuadrones, por compañías, romper por la derecha para marchar en columna al frente: marchen. Apenas los enemigos oyeron dichas voces y el toque de las cajas y cornetas que se aproximaban, cuando echaron á correr tan fuertemente, que el retumbe de las pisadas de mil novecientos jinetes se sintió hasta el campamento. Todos echamos á reir y yo seguí batiendo marcha con todas las cornetas y tambores como unas seis ó más cuabras, de donde regresé después de haber hecho adelantar algunos hombres para que siguieran escuchando el tropel de la fuga.

Como se ve por lo expuesto, queda demostrado que la fuga de los enemigos por tan simple ardid fué en la noche del 19 (y Paz lo calla), pero fué ella tan de veras, que luego que se alejaron convergieron á la izquierda y siguieron caminando una parte de la noche en dirección á la Villa de los Ranchos. Por consiguiente, así que amaneció el 20, muy luego fué conocida la ruta que llevaban en su fuga, porque mis descubiertas la descubrieron por las rastrilladas, y tan luego que recibí dichos partes le pedí al coronel mayor Bustos que me diera los buenos caballos que tenía para su batallón, para seguir yo con toda la caballería en su persecución y que él hiciera montar sus infantes en los caballos que le dejaría para seguir á mi retaguardia.

Mas, no sólo se negó Bustos á esta mi pretensión, sino que no pude conseguir, á pesar de mis repetidas instancias, que marcháramos todos hasta el 21, después de la diez de la mañana. Fué en esa marcha que principiamos á encontrar bien pronto muchos cadáveres de sus heridos, que iban dejando mal tapados á inmediaciones del camino, y como en la persecución lenta que les hicimos por causa de no quererme permitir Bustos que me adelantara, lograron extraviarse dos ó tres de los heridos y se me presentaron, fueron ellos quienes nos impusieron de que eran muchos los heri-

dos que llevaban, y que á todos los que no podían seguir su acelerada marcha los iban degollando para que no lo hiciéramos nosotros, según se los decían, sin que bastaran las súplicas de las víctimas para que los dejaran; añadiendo que por dicha causa se había ellos ocultado creyendo encontrar en nosotros la clemencia que no hallaban en los suyos, y que si no fuera la extremada vigilancia en que los llevaban desde que se había escapado el 1°, serían muchos los que se hubieran quedado.

Como en el camino habían empezado ya los enemigos á tomar algunas carretas para acomodar sus heridos nos fué muy fácil el poderlos alcanzar, mas el general Bustos se acampó á poca distancia de ellos en dos paradas que hicieron, hasta que acamparon á inmediaciones de la Villa: mas, no pudiendo yo sufrir el conocido intento de Bustos de dejarlos escapar á pesar de las repetidas instancias que le hacíamos con el mismo Paz, me avancé á decirle en la última de dichas paradas que yo iba á adelantarme solo con la caballería, pues mi general me haría cargos justos si no lo hacía.

Adviértase que teníamos ya avisos de los vecinos de la Villa, que habían tomado las armas para defenderla de unas partidas que intentaron robarla, de que toda la fuerza estaba situada á sus inmediaciones y con la caballada en pastoreo. Díjonos entonces Bustos, á Paz y á mi, pues fuimos juntos á verlo, que mientras había venido el aviso, así de la Villa como de mis descubridores, era probable que ya se hubieran ido los enemigos y que era mejor que mandara yo otros á observarlos y que entonces marcharía yo.

Salimos rabiando con Paz y mandé inmediatamente un oficial con otra partida, quedando dispuestos con los escuadrones para lanzarnos, así que regresara el aviso. No tardó éste sino una hora en volver, diciendo que los enemigos estaban formando precipitadamente toda su fuerza para retirarse. Mandé tocar á caballo y marchamos después de las cuatro de la tarde, mas cuando llegamos hacía ya un rato que iban en retirada. Continuamos, sin embargo la persecución, pero tuvimos que acampar antes de anochecer, para que pastaran un poco los caballos; últimamente cuan llegamos al fuerte del Tío, al anochecer del día siguiente, supimos allí que el gobernador López había mandado adelantar una división esa mañana para recoger todas las carretas que pudiera para acomodar á sus heridos, y que habiendo llegado allí dicho jefe con el resto de sus fuerzas como á las tres de la tarde, habían aco-

modado en dichas carretas y en dos ó tres que llevaban, sobre cincuenta heridos.

Después de haber permanecido en dicho punto no recuerdo si dos ó tres días, regresamos á la Villa á reunirnos con el Sr. Bustos. La descripción que hace Paz en el folio 318—“sobre el valioso desquite que tomó López derrotando en Coronda la división del coronel Ortiguera, que pertenecía al ejército del general Viamonte”, es también tomada de mis memorias, pero variada á su antojo; pues en ellas expreso yo cómo sucedió dicho encuentro casual, en circunstancias que las fuerzas del coronel Ortiguera estaban mudando caballos en un corral, sin conocimiento alguno de que López iba en fuga en dicha dirección, y que no fué, me parece, en Coronda, sino en otro punto cuyo nombre no recuerdo.

Luego, al concluir el folio 320 de la décima entrega, dice—“Cuando después de los desastres del año 20 se volvió á encender la guerra; el Sr. Dorrego, que mandaba las tropas de Buenos Aires, se desprendió de toda la infantería y opuso la sola caballería considerablemente aumentada á los montoneros que combatía. Después de sus primeros sucesos, fué definitivamente batido en el Gamonal y lo mismo le sucedió al general La Madrid, que mandó las fuerzas compuestas de pura caballería, que se opusieron al caudillo Ramírez de Entre Ríos.”. Dicho relato es completamente falso, pues todos saben que no sólo no se desprendió Dorrego de la infantería cívica que llevaba, sino que perdió dicha batalla por el excesivo desorden que había permitido á sus tropas desde que salió de Buenos Aires, muy particularmente en el pueblo de San Nicolás de los Arroyos, por cuya causa me retiré yo disgustado, y á mi ejemplo los Sres. general D. Martín Rodríguez y el comandante entonces de colorados D. Juan Manuel de Rosas, que sirvió bajo mis órdenes. Esta fué y no otra la verdadera causa de dicha derrota, la cual fué anunciada por todos en este pueblo de Buenos Aires desde el momento en que me vieron entrar á él conduciendo los prisioneros de San Nicolás, pues decían públicamente—¿Se ha venido el coronel La Madrid? ¿Pues van á derrotar al Sr. Dorrego! Cuando digo esto porque no temo ser desmentido, porque lo oyó todo el pueblo. Tal era el concepto que este heroico pueblo había formado de mí desde que le liberté recién llegado de mi país, de caer en manos de los Sres. generales López, Alvear y Carreras, que llegaron hasta sus puertas después de haber vencido al general Soler.

El contraste que yo sufrí después en Coronda en el año 21, fué después de haber puesto en completa fuga al caudillo Ramírez, habiéndolo sorprendido por la espalda por medio de una marcha nocturna; dicho contraste fué ocasionado por la cobardía del coronel Fleitas, que habiendo sido dejado por mí con sus 400 hombres para que envolviera el enemigo, cargándolo por el flanco, cuando yo lo hubiese arrollado campo afuera, huyó dicho jefe de los dispersos y ganó por la ceja del monte que hay sobre el Paraná, á espaldas de toda mi línea, que iba ya persiguiendo al enemigo.

El asomo de dichas fuerzas de Fleitas á espaldas de mi línea, hizo concebir á ésta que fuesen fuerzas de Ramírez destinadas á tomarnos por la espala, y fué ésta la causa porque mi línea volvió caras sin yo verlo, pues iba al frente de ella y me había adelantado á defender á los que iban acuchillando algunos de mis soldados, para que no los mataran. Presente está el Sr. coronel D. Domingo Sáenz, que se halló bajo mis órdenes en dicha batalla, que no me desmentirá.

Cuando me gritaron de atrás—Mi general, se retira nuestra gente, y volví la vista, ya toda la tropa de mi izquierda se precipitaba en desorden á los grandes esteros que forman los desagües del río y los pasaban á nado en fuga para San Nicolás, y el resto de las fuerzas se había dirigido á unirse al gobernador López, que se hallaba inmediato con sus fuerzas, y que había faltado á la invitación que le había hecho yo esa noche para que se echara sobre el campo de Ramírez por el frente, cuando con dos cañonazos (que se tiraron) le anunciara haberle tomado ya la espalda para embarazar que se tirara al Paraná.

Con dichas fuerzas, que alcanzaban á más de 600 hombres, fueron el coronel don Domingo Sáenz con sus húsares, y el de igual clase don Domingo Arévalo, con el número 6 de milicia, que estaba á sus órdenes. Viendo yo entonces que no me era posible hacer que volvieran los que se tiraban á los esteros del Paraná, díjeles en alta voz—¡Vayan los cobardes y ahóguense, si quieren, y los que quieran salvarse síganme! y dando vuelta en seguida con uno ó dos de mis ayudantes y unos poquísimos voluntarios provincianos que estaban á mi lado, acometí por entre las tropas enemigas, que volvían azoradas.

El resultado fué que yo salvé y pude reunir en seguida á los dispersos de mi izquierda y que el gobernador López fué apoyado

por una parte considerable de mis fuerzas que se le reunieron en ese mismo día, cargó á Ramírez y lo acabó de batir completamente. Así habla quien tiene la conciencia de decir verdad.

Es con bastante sentimiento que me veo precisado á rebatir los infundados é injustos cargos que el benemérito y ya finado general Paz hace, no sólo á mí, sino á todos y cada uno de los jefes y hasta á muchos de los oficiales y aun soldados del ejército, pues parece, según todas las relaciones, que sólo los que estaban bajo de sus inmediatas órdenes llenaban sus deberes, porque era él el único desde joven que hacía conservar el orden y la disciplina; digo, pues, que con sentimiento, porque he sido desde que le conocí en el año 11, quizá uno de sus más verdaderos amigos, así por simpatía como porque supe apreciar su juiciosa capacidad y los sentimientos patrióticos y de orden que siempre tuvo; mas, no por esto debo dejar de hacer notar la marcadísima falta que comete en sus memorias, y mucho más cuando está al alcance de todos los que las lean, ese marcado é infundado empeño de deprimirme hasta presentarme ante el mundo como el hombre más inepto é ignorante, ya que no puede como un co-barde.

Al hablar de la llegada de nuestro ejército á la Villa de los Ranchos, en Marzo, para describir, según su costumbre, la marcha que emprendió desde dicho punto en Abril, no sólo designando que hasta llevaron algunos jefes varios objetos de comodidad y aun de lujo en más de treinta carretas de bueyes que seguían á nuestro ejército, sino también suponiendo que dicho ejército marchaba siempre en una sola masa y sin tener jamás una vanguardia, lo cual ni es exacto ni merece criticarse cuando íbamos á penetrar en un país que nos era tan desafecto, que no encontramos en él un solo habitante, ni nos dejaban siquiera el agua de los pozos, pues los llenaron á todos de caballos y hasta de perros muertos; por consiguiente, no era prudente avanzar una fuerza á larga distancia por la facilidad que tenían los enemigos de poderla desordenar de noche por medio de su táctica favorita de cargar con una gran fuerza sobre los campamentos, echando á su vanguardia sobre ellos potros con cueros á la cola y manadas de yeguas chúcaras.

Mas, entretanto, es bien de notar que pase por alto un hecho tan escandaloso y marcado, como la revolución primera que in-

tentó Bustos en dicha Villa de los Ranchos, tratando de apoderarse del señor general Belgrano, creo en la noche antes del día designado para la marcha. En dicha noche y ya muy tarde de ella, municionó Bustos su regimiento y con él formado sigilosamente en su cuartel, mandó llamar al señor general en jefe, creo con el pretexto de comunicarle una cosa importante para aprisionarle.

El señor general parece que tuvo aviso del armamento del cuerpo y mandó recordar instantáneamente á todos los jefes principales de los cuerpos y que dejándolos á todos sobre las armas á cargo de sus segundos, corriesen inmediatamente á su casa. Muy pronto fué cumplida dicha orden, y puestos en su presencia todos los señores jefes que dice Paz mandaban los cuerpos del ejército, nos comunicó el escandaloso paso que acababa de dar todo su cuerpo municionado y sobre las armas; hizo presente á todos los fundados antecedentes que tenía sobre una revolución que dicho jefe intentaba hacer en el ejército, y pidió á todos su opinión por antigüedad, sobre el partido ó providencia que debería tomarse.

Todos los señores jefes medio se encogieron de hombros al saber semejante escándalo, y más ó menos fueron todos de opinión que se le intimara sólo que desarmara inmediatamente su cuerpo y recogiendo todas las municiones lo mandara á dormir. Como era yo el coronel menos antiguo de todos los que iban en el ejército, díjome el general cuando hubieron dado los demás su opinión—¿Y qué le parece á Vd., señor don Gregorio? ¿Cuál es la opinión de Vd?

¡La mía, señor general, le repuse, es de que en el momento sea aprisionado el señor Bustos, que se le forme un consejo de guerra instantáneo y sea inmediatamente pasado por las armas, si no quiere V. E. que perdamos pronto el ejército! El general entonces, me acuerdo que dijo á los demás.—Contra la opinión de todos ustedes estoy por seguir la del coronel La Madrid por que la creo la más acertada. Se hicieron en seguida algunas observaciones sobre el riesgo que podría haber en caso de que tuviera cómplices en algunos de los cuerpos, y habiendo permanecido firmes los demás en la primera opinión, se le mandó la intimación, que fué obedecida al momento, pues se sobrecogió Bustos con el armamento en que se pusieron todos los cuerpos.

Se metió á la cama esa misma noche, y por la mañana mandó suplicar encarecidamente al Sr. general que le hiciera el gusto de pasar por su casa, pues se hallaba enfermo en cama, para satisfacerlo sobre el equivocado juicio que se había formado de él. El Sr. Belgrano se prestó y fué á verlo, y en fuerza de los lloros de Bustos y de sus súplicas, consiguió que se le permitiera regresar á curarse á Córdoba, pues que ése había sido su único intento. Ultimamente el Sr. general aparentó que quedaba persuadido y le dió licencia para que regresara á Córdoba en el mismo día y continuamos después la marcha. Ya comprenderán los lectores que un hecho de esa naturaleza no debió Paz olvidarlo, y que cuando no hubiese tenido desde entonces inteligencias con Bustos para dicha revolución, que al fin se efectuó en Arequito al principiarse el siguiente año 20, (1) debió cuando menos, él, que era tan inteligente y decidido por la causa del orden y de la independencia, conocer que las miras de Bustos no eran las de volverse con el ejército á hacer la guerra á los españoles del Alto Perú, sino la de anarquizar ese benemérito ejército y apoyarse en él para agarrar el bastón de Córdoba y desentenderse de la causa pública, como lo hizo á vista y paciencia de todos.

Apenas nos movimos de la Villa de los Ranchos con el ejército, cuando ya principiaron á desertarse los soldados del regimiento núm. 2º, y fué tan en progreso la deserción, que cuando llegamos á la Cruz Alta se había ido ya casi medio batallón ó más.

Muy pronto empezó el señor general á recibir contestaciones del gobernador de Córdoba, que lo era el señor doctor Castro, que fué después camarista de esta capital, avisándole que no le era posible apoderarse de dichos desertores y mandárselos al ejército, porque todos ellos ganaban la casa del general Bustos y él los patrocinaba.

Preciso es no distraerme más en esto y seguir á Paz en su narración. Lo que dice en el principio del folio 324—“Marchábamos casi por un desierto en la provincia de Córdoba, pues era muy raro el habitante que se encontraba”, no es exacto, pues sus habitantes jamás huyeron del ejército, que no dañaba á nadie, y

(1) Yo le hago la justicia de creer que sus intenciones cuando se prestó á la revolución de Arequito fuesen las de volver á combatir á los españoles, más no creo que en penetración se hubiese dejado engañar por un Bustos á quien conocía bien.

hasta por el contrario nos servían y hasta proporcionaban vacas lecheras con cría para que las llevásemos en los cuerpos, como me sucedió á mí en el paso de la Herradura, que me trajo al campamento dos hermosas y mansas vacas lecheras un señor Araya, vecino de dicho punto y el cual tenía no recuerdo qué grado en la milicia, y fué uno de los que más nos había servido cuando el ataque del gobernador López. Casi otro tanto sucedió con los vecinos del Fraile Muerto, Sanjones y el Saladillo, cuyos habitantes, aunque se habían alejado antes por el temor de los santafecinos, volvieron la mayor parte de ellos así que asomó el ejército.

Luego, más adelante, hablando de un parte que dice dió al general desde la Cruz Alta un buen oficial Bardel (francés) y en consecuencia del cual fué él mandado con su escuadrón, que vino Bardel á encontrarlo y le dió cuenta de la conversación que había tenido con una partida de montoneros, que pedía sólo una firma del general para pasarse, etc., etc., dice—“Mientras tanto, un sargento, Bracamonte de apellido, perteneciente al regimiento de húsares, *cuerpo siempre desordenado que mandaba el coronel La Madrid*, (1) se había avanzado por un flanco sin ser visto, y atraído por las engañosas expresiones de los montoneros, atravesó el arroyo por un paso que está más á nuestra derecha. Cuando lo tuvieron en su poder dispararon algunos tiros sobre nuestra partida y desaparecieron á galope, llevándose prisionero, etcétera.” Todo lo dicho respecto al bravo sargento Bracamonte es falso, y sólo por la reprehensible manía de herir la bien merecida reputación de mi cuerpo y mía, ha equivocado la prisión de dicho benemérito sargento, pues la vió designada por mí en mis memorias cuando la sorpresa de Sopachuy, por sólo su arrojó; por consiguiente, él quedó prisionero de los españoles y no fué sino mucho después que volvió escapado á estas provincias.

Es oportuno referir con este motivo el destino que vino á tener la hermosa hoja de mi espada regalada por el señor general San Martín, que me la hicieron saltar de la mano en aquel ataque nocturno al subir la cuesta para Tarabuco. Dicho sargento Braca-

(1) Este inmerecido cargo siempre lo repite aunque fué de los más ordenados. Pues en toda esa campaña no se dió más castigo que el que se resignó á sufrir el virtuoso y patriota soldado La Rosa, por una supuesta falta, para engañar al Gobernador de Santa Fé, don Estanislao López.

monte y los muy pocos soldados que como él fueron prisioneros en Sopachuy, fueron puestos en la cárcel de Chuquisaca: después de haber sufrido algún tiempo de prisión, fueron invitados á tomar servicio en el ejército si querían salir de la prisión.

Bracamonte, que había quedado ya sólo en la cárcel, porque habían tomado servicio los demás, se prestó al fin con el designio de pasarse en la primera ocasión que se le presentara; y como en el día en que lo sacaron de la cárcel cuadró la casualidad de encontrarse en los corredores del cabildo con un soldado de los enemigos que estaba con mi espada en la mano, y apoyando la punta en el suelo, al instante que la vió la conoció, y dijo al sargento de guardia que lo sacaba.—“Esta es la espada que le hicieron saltar de la mano á mi coronel en la noche del ataque al subir la cuesta de Tarabuco.

El sargento, inmediatamente que oyó esto, le dió una onza de oro al soldado por ella y se la tomó: el oficial de guardia lo supo en seguida y se la tomó al sargento por dos onzas, y sabiéndolo por fin el coronel ó comandante del cuerpo, se la tomó al oficial dándole cuatro ó seis onzas por ella. Cuando en el año 26 fueron comisionados con plenos poderes cerca del Sr. general Bolívar, los Sres. Alvear y el Dr. Díaz Vélez, dicha mi espada se hallaba ya en manos de uno de los jefes colombianos en Chuquisaca; y en vano hizo mi padre político los empeños posibles por rescatarla á cualquier precio; nunca pudo conseguirlo.

Para probar el poco fundamento con que Paz pretende á cada paso hacer aparecer como un cuerpo siempre desordenado, el de húsares que yo mandaba, referiré lo que pasó en la jornada inmediata cuando al día siguiente acampó nuestro ejército en la Esquina de Ballesteros, y sobre la cuesta del Carcarañá ó Río III. Como en toda esa costa es muy escasa la leña y todas las casas habían sido abandonadas, muchos soldados de todos los cuerpos del ejército, menos de el de húsares, que no se movían del campo sin mi especial permiso, habíanse dirigido á la casa de la posta y estaban desbaratando una gran ramada para llevar leña á sus campos. Inmediatamente que el Sr. general Belgrano lo advirtió mandó corriendo á uno de sus ayudantes para que hiciera volver á su campo á todos, y averiguara á qué cuerpos pertenecían.

Así que los soldados vieron ir al ayudante de carrera, se precipitaron todos de la ramada, y echaron á correr para el campamen-

to, dejando las ramas y varas que habían tomado, y como al regresar el ayudante, dijo al Sr. general que eran soldados de todos los cuerpos, menos de el de húsares, mandó el Sr. general llamar á todos los jefes y los reconvino, menos á mí.

También es poco exacto cuanto dice Paz al fin del folio 326 y en el 27. “Creo que ésta es ocasión (dice) de decir que entre otros defectos de que adolecía el régimen de nuestra caballería, no era menor el ningún cuidado que se tomaba en la conservación de los caballos y la ignorancia de los medios de obtenerla. Sea por preocupaciones de ciudad, sea por desdén de las costumbres campesinas, sea por falta de enseñanza, sea en fin por la inexperiencia de nuestros generales, jamás se había dado la menor atención á tan importante ramo: así sucedía que se distribuían caballos á un regimiento, se tomaban á discreción, se usaba de ellos sin economía y á los muy pocos días estaba el cuerpo en la completa carencia de que se creía haberlo sacado. Ni los jefes ni los generales se afanaban mucho por esto y sólo se ocupaban de nuevas requisiciones para que tuviesen el mismo resultado.”

Permítaseme clasificar dichas expresiones de una impertinente charla, pues nunca ví en nuestros ejércitos que los jefes tuvieran tan criminal abandono ó tan supina ignorancia. Al menos, por mi parte, puedo asegurar que desde muy joven tuve siempre el mayor cuidado en la conservación de los caballos; y hasta diré que jamás me he quedado á pie con los hombres que he mandado por falta de cuidado, pues sin largar mis caballos á pastoreo, sino muy raras ocasiones, pocos cuerpos ni partidas han conservado mejor sus caballos que los que han estado á mi cargo, pues mi método era siempre conservar los caballos atados con el maneador y asegurado éste en un pequeño hoyo al lado de cada soldado, después de abiertas las filas con caballo adelante. Así conseguía estar siempre pronto para cualquier evento, sin correr el riesgo de las disparadas ni sufrir la demora para tomarlos, pues cuidaba siempre de acampar donde hubiera buen pasto, ó de hacerlo cortar en las marchas cuando había probabilidad de no encontrarlo en las paradas, y esta misma operación la he visto practicar á varios jefes de caballería.

Es ciertamente ridículo, como lo he dicho ya anteriormente, el empeño con que dicho general quiere hacernos aparecer precisamente á los argentinos, que son de los mejores jinetes, pues desde que aprenden á caminar se crían por lo regular sobre el caballo y

io cuidan con el mayor esmero, como unos ignorantes que no conocíamos ni la utilidad ni el empleo de ellos, como lo dice al fin del primer párrafo del folio 327.

Pero lo más gracioso de todo es el solemne embuste, ó no sé si diga sueño, que relata en el siguiente párrafo: “En los días posteriores (dice), ni los montoneros volvieron á presentarse, ni nuestra caballería se separó del grueso del ejército. Habíamos hecho dos marchas más y nos hallábamos en La Candelaria (posta) cuando á las doce de la noche se nos recordó para hacernos saber de orden del general, que el general Viamonte en el Rosario había celebrado con los montoneros un armisticio y suspensión de armas que era extensivo á nosotros. No habría pasado una hora cuando se me dió orden de alistarme en el acto para marchar con mi escuadrón. Este se hallaba de servicio y no tenía disponibles más de cuarenta hombres: lo representé al coronel y no se me dió ni un hombre más. No teníamos atados sino los caballos de marcha y tampoco se me dió tiempo para tomar otros. Mi comisión se reducía á volver al desmochado á socorrer á Da. Remedios Escalada, esposa del general San Martín, que hacía su viaje á Buenos Aires y que según noticias, estaba sitiada en dicha posta por montoneros é indios. Mi comisión era desesperada, á ser cierto el parte que acababa de llegar y era más que probable que ni yo ni ninguno hubiéramos escapado; sin embargo, fué preciso obedecer. He aquí cómo había sucedido.”

Luego, á renglón seguido, con la mayor ligereza y sin miramiento alguno, dice. El coronel San Martín, que estaba en Mendoza, había dispuesto por razones *domésticas que no es del caso explicar*, que su señora marchase á Buenos Aires, á pesar del mal estado del camino, etc.

He dicho que es gracioso el solemne y minucioso embuste que relata y dejo copiado, porque no hizo tal marcha, ni la Sra. del general San Martín estuvo sitiada en los Desmochados, ni aun había llegado á dicho punto, cuando yo con mi cuerpo, y no Paz, fuí el que salía de la Candelaria ó de las Cortaderas y mandado por Sr. general á encontrarla hasta la Cruz Alta y conducirla escoltada hasta el ejército; mas no me fué necesario llegar hasta dicho punto, porque la encontré ya de noche alojada en la posta de la Equina, y desde allí me regresé yo con ella al día siguiente hasta incorporar me al ejército, desde donde el Sr. general le franqueó una

escolta para que la acompañara hasta pasar el Arroyo del Medio.

Por otra parte, tampoco marché de la Candelaria al siguiente día de nuestra llegada con el ejército en que sueña Paz que él marchó, sino después que el Sr. general Belgrano regresó del Rosario habiendo ratificado el tratado; véase, pues, si merece crédito cuanto Paz dice sobre el particular. Es también de notar, que un hombre tan *moderado é inteligente en todo*, se hubiese avanzado hasta formar juicios poco prudentes, por no decir otra cosa, sobre los motivos que el general San Martín pudo tener para haber mandado á su respetable señora á Buenos Aires.

Luego, más adelante, hablando Paz del regreso de nuestro ejército á la Cruz Alta y de la franquicia de las comunicaciones con la capital y las provincias, dice: "Mas, sin embargo, creyó conveniente el general Belgrano destacar un cuerpo de tropa al mando del coronel La Madrid, que se situó en el Saladillo de Ruiz Díaz." Cuando Paz escribía esto, tenía pleno conocimiento del objeto con que el Sr. Belgrano me había mandado, y que no era por cierto á situarme en el Saladillo, pero no sé da por entendido, pues tenía mis memorias á la vista.

Después de estar situado el ejército en la Cruz Alta y de haber empezado á agravarse la enfermedad del Sr. general Belgrano, paseándose conmigo un día dicho general por la costa del río me dijo: "¡Cuánto siento, La Madrid, el no haber tomado el consejo de Vd. en la Villa de los Ranchos para con Bustos! Hoy está patrocinando en Córdoba toda la numerosa desertión que hemos tenido de su cuerpo, y quién sabe lo que nos costará el no haber hecho con él lo que Vd. opinaba."

Mi general, díjele, todavía es tiempo de evitar ese mal muy fácilmente, si V. E. lo quiere, y yo me comprometo á hacerlo. ¿Cómo? díjome el general. Mande V. E. inmediatamente una circular por las postas previniendo en ella que se me espere en todas con 300 caballos, pues me manda á la provincia de Salta para hacer la guerra al ejército español: con esta sola providencia Bustos no se alarmará por mi llegada y como que voy á visitarlo y saber el estado de su salud, lo tomo preso al instante y hago con él lo que V. E. me ordene.

Muy complacido, el general aceptó mi idea y despachó inmediatamente la circular previniendo al gobierno de Córdoba la hiciera pasar inmediatamente y recomendando á las postas de su jurisdicción

dicción el más puntual cumplimiento, y se dió después la orden para que yo me preparara para marchar á Salta.

Este y no otro fué el objeto á que me mandó el general, mas cuando hube llegado á la posta del Saladillo, me alcanzó una orden para detenerme allí, porque había variado ya (ignoro por qué causa) de un pensamiento que pudo habernos salvado: permanecí allí no recuerdo cuántos días y se me mandó regresar. Todo esto lo ha visto Paz escrito en mis memorias al ponerse á escribir las suyas. ¿Cómo es entonces que describe una comisión que no tuvo y relata peligros que no existieron?

Para mostrar la inconsecuencia del general Paz, copio el primer párrafo del folio 331, en que dice—“Cuando considero la especie de confianza que me dispensaba el general Belgrano y busco las causas de ellas, no puedo menos de ocurrir á una idea simpática producida por la conformidad de nuestros principios en cuanto podía ser, atendida la diferencia de nuestras respectivas posiciones, desde muy joven fuí siempre amante del orden y de la regularidad, de la rigurosa equidad y de la severa justicia. Serví gustoso á las órdenes de jefes rectos y si se quiere severos, y nunca estuve contento cuando predominaba la licencia. A las órdenes del general, no sólo había exactitud en el servicio militar, sino que era notada la irregularidad de las costumbres, lo que es muy digno de un jefe cuando ella puede afectar la moral pública. Las propiedades eran sagradas, el respeto á las personas guardado y la subordinación debidamente sostenida: entonces jamás me ocurrió retirarme del ejército y del servicio; pero (1) cuando en el mando del general Rondeau, se relajaron todos los lazos de la disciplina y se entronizó el desorden que antes he descripto, sufrí los más amargos pesares y tuve los más vivos deseos de abandonar una carrera que creía manchada y que en mi opinión nos conducía á no salvar la patria, sino á sumirnos en un abismo.”

¿Un hombre tan amante de la rigurosa equidad y de la severa justicia como él se pinta, cómo es que por una marcada y personal emulación me ataca tan bruscamente sin motivo alguno, me pinta como el hombre más torpe, desordenado y sin ninguna capacidad, y

(1) ¿Y por qué entonces se prestó á revolucionar ese ejército faltando á los severos principios de subordinación y de orden que le habia enseñado dicho general, y aún á las terminantes órdenes sobre el respeto al gobierno supremo y al general que había dejado?

no contento todavía, calla y pasa por alto mis más gloriosos hechos de armas? ¿Cómo es que ataca á todos los jefes contemporáneos tan sin razón, hasta atribuyéndoles faltas que no tenían, y sin reflexionar que algunos de ellos los ha llenado de merecidos elogios poco antes ó después? (¡Qué inconsecuencia!)

Por lo demás que dice en el siguiente párrafo—“Como hasta ese espíritu de orden ha sido motivo de crítica para algunos que me son desafectos, he querido iudicar que siendo él tan arraigado en mí, es un defecto de que no puedo corregirme.” El decir esto hasta es ridículo, porque sólo algunos botarates pudieran haberle criticado esa recomendable cualidad que indudablemente la tuvo, pero se olvidó de ella para prestarse á la escandalosa revolución de Arequito, dando crédito á un hombre como Bustos, á quien él mismo desprecia-ba, como se ve por lo que dice de él en diferentes ocasiones.

Ultimamente, para terminar sus observaciones á la undécima entrega con que concluye Paz el primer tomo de sus memorias, hablando de *ese espíritu de orden que hasta ha sido motivo de crítica para algunos* de sus desafectos, y el que siendo tan arraigado en él *es un defecto de que no ha podido corregirse*; me será permitido copiar su último párrafo del folio 332, con que dan fin á dicho tomo.

“Puede ser (dice) verdad que él me haya hecho menos apto para dirigir esas turbas de que se ha querido que se compongan posteriormente nuestros ejércitos, en cuyo caso no tengo el menor embarazo en confesar mi incapacidad para caudillo, pero permítaseme dudar, si siguiendo un sistema contrario hubiéramos avanzado más, tanto en la ardua empresa de dar á nuestro país una racional libertad, como en las operaciones militares que con este motivo han tenido lugar en toda la extensión de la República. Para convencerme sería preciso señalarme alguno que marchando por diverso camino hubiesen logrado más victorias y llevado más adelante el pabellón de la libertad y civilización. Que se recuerde lo que hizo en el interior el ejército que marchó á mis órdenes el año 1829; (1) que se piense lo que produjo la victoria de Cua-

(1) Y yo agrego. ;Que se recuerde también lo muchísimo bueno que dejó de hacer con ese brillante ejército, por su sola irresolución, y por no seguir los consejos de su torpe rudo amigo el coronel La Madrid que lo rogó hasta el fastidio para que no perdiera la bellísima ocasión que le presentó el triunfo completo de Oncativo, y se lanzara á liber-

guasó (el dejarse quitar su ejército victorioso), que se considere lo que han valido los principios de orden que sembré en la defensa que sostuvo en Montevideo (su triunfo al fin) y se habrá de convenir en que valen algo la disciplina y la organización militar (¿y quién pudo jamás dudarle?) Iría muy lejos en estas reflexiones si me dejase llevar de cuanto me sugieren mi imaginación y mi memoria: acaso tampoco podría conservar la calma que no quiero perder. Basta.”

¿Y quiénes han sido los que pretendieron posteriormente que nuestros ejércitos se compusieron de turbas desordenadas, cuando sin disciplina, sin orden y arrojó al mismo tiempo, no ha podido jamás triunfarse? Yo, al menos, no tengo más noticia que la de un valiente general, que habiendo hecho grandes y distinguidas proezas en los ejércitos por medio de la disciplina y orden de sus tropas, al mismo tiempo que por su extremado arrojó, se equivocó al último y quiso cambiar, y cambió efectivamente, aquel su distinguido hábito por el desordenado de un gaucho bárbaro educado en nuestras pampas. ¡Y á fe que le pesó después y costó bien caro dicho cambio! Testigos de esta verdad lo son nuestros pueblos del Norte, como lo son también, tantos éstos como los del Nord-Oeste, de la ejemplar conducta que guardaron después esos mismos hombres bajo mis órdenes.

No quiero dejar pasar un involuntario olvido sobre este particular y es: que el coronel don Manuel Dorrego, como gobernador interino de Buenos Aires en el fatal año de 1820, fué el primero que por haber pervertido completamente el orden admirable que había yo establecido en el improvisado ejército compuesto de puras milicias, de ciudadanos y peones carreteros, hizo sufrir al comercio como á todo el distinguido pueblo de San Nicolás de los Arroyos el más espantoso saqueo, y fué poco después completamente batido en Pavón por los santafecinos, por dicha causa. Estos son los dos únicos jefes que por haber olvidado por un momento la disciplina y el orden que habían mandado en los ejércitos del Alto y Bajo Perú, ocasionaron inmensos males al

tar á la heroica y desgraciada Buenos Aires. Que se recuerde por último, porque se dejó insurreccionar la provincia de Córdoba después de victorioso, y en fin porqué se dejó bolear por sus paisanos gauchos.

país y perdió uno de ellos la vida después de habérsela quitado él mismo al otro.

Es algo exagerada la descripción que hace Paz en los precedentes que dice infuyeron para la revolución de Arequito, pues exceptuando las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, no sé que en las demás hubiere habido ese derecho en la plebe de quererse sobreponer á la gente principal. Por otra parte, estoy yo persuadido, como creo lo están muchos, de que no hubo ese deseo que Paz dice en la 4^a línea del folio 4 de su segundo tomo, "las provincias celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla." Pues tal sentimiento sólo fermentaba en las cabezas de Quiroga, de Bustos y de Ibarra, mas no en la gente principal de dichas provincias ni aun en las masas.

Lo que sí creo cierto es lo que dice más abajo: "En Buenos Aires mismo fermentaban los partidos internos, que aunque no participasen de las ideas de afuera en un todo, se servían de aquéllas como instrumentos que les facilitasen su acceso al poder: puede creerse que sin los estímulos que recibían del de la capital, los disidentes jamás hubieran logrado un triunfo tan completo." Pero, no así lo que dice en el siguiente párrafo hablando de la enfermedad del Sr. general Belgrano. Sin embargo, de la violencia del mal no quiso separarse del ejército y sufrió en un mal rancho los agudos dolores de que se vió acometido: tan solo se movió cuando lo hizo el ejército para situarse en el Fraile Muerto, que dista 25 leguas de la Cruz Alta, al norte."

Todo esto último es completamente falso, pues el general se fué para Tucumán desde la Cruz Alta, después de jurada la constitución, á causa de su enfermedad; y se fué porque no soñó que ese ejército, que tanto le había costado el moralizarlo y disciplinarlo, pudiese serle revolucionado cuando abrigaba la esperanza de que pronto volvería á incorporársele para llevar adelante la guerra contra el ejército realista; y para cuyo efecto lo proclamó el día de su separación con tanta elocuencia, que le arrancó lágrimas á una parte considerable de él, y las vertió también él mismo; pero le recomendó sobre todo la más perfecta subordinación y disciplina y que no mancillasen jamás la merecida reputación que habían adquirido por su moralidad y buenas costumbres.

Se me pasaba también el decir, que cuando marchábamos sobre el territorio de Santa Fe, había el Sr. general Belgrano remou-

tado mi cuerpo de húsares con 150 soldados infantes escogidos de los cuerpos y que tuve buen cuidado de sacar á todos los que habían quedado de los bravos que me acompañaron en la expedición del año 17. Dicho aumento me fué dado, creo que en el Fraile Muerto, y como los dos escuadrones de húsares estaban algo bajos por algunos enfermos que se habían licenciado y no quise yo distribuir aquéllos en las compañías de éstos, formé de los dos escuadrones el 1° y de los infantes el 2°, dándole á éste solamente los hombres de más que resultaban en aquél para que quedaran iguales en fuerza.

Según lo que dejo expuesto sobre la retirada del general Belgrano, es visto el ningún fundamento con que Paz dice en el 2° párrafo del folio 5—“No contento (el general) con haber retirado el ejército de la frontera veinte y cinco leguas hasta el Fraile Muerto, lo retiró aun treinta y cinco más hasta el Pilar, sobre el río II, á diez leguas de Córdoba, donde se situó definitivamente para esperar el desenlace del armisticio y de las negociaciones, si es que las había, etc., etc.” Yo no puedo tampoco creer que dicha retirada á Tucumán fuese á causa de la enemistad personal que Paz supone tenía con el director supremo Pueyrredón, y si es que la hubo, no llegó jamás á mi noticia.

Esa efervescencia que dice Paz “era cada día más violenta en todos los ángulos de la República y que era imposible precaver de su acción á los ejércitos”, no es sino un bien estudiado pretexto para cohonestar la escandalosa revolución de Arequito, en que tuvo una tan principal parte, sin acordarse de que se pintaba desde muy joven *siempre amante del orden y de la regularidad, de la rigurosa equidad y de la severa justicia*. Aunque es verdad que donde primero se manifestó ese espíritu anárquico y de insurrección fué en Tucumán, no fué él encabezado ni promovido por el pueblo, sino por el capitán D. Abrahán González, que había logrado seducir á varios de los oficiales y mucha parte de la tropa del ejército que habían quedado allí por enfermos; y hasta me atrevo á creer que dicho movimiento fué indicado por los que encabezaron la revolución de Arequito y si Abrahán González promovió la elección popular del coronel de milicias D. Bernabé Aráoz, fué para apoyarse de todo el prestigio de que dicho jefe gozaba en toda la provincia.

Luego, más abajo, dice Paz: “Además el elemento popular, como lo han llamado unos, gaucho ó salvaje, como lo han clasi-

ficado otros, pretendía sobreponerse y no es extraño que el movimiento que lo elevaba hallase simpatías en la masa de la población campesina." Esto es del todo falso, porque nunca hubo en la campaña de Tucumán semejantes pretensiones, y ese ascendiente que siempre tuvo en toda la provincia fué sólo debido á su carácter bondadoso y servidor á todos.

No fué por cierto ese movimiento, como dice Paz en el siguiente párrafo, "la primera chispa que dió principio al incendio que cundió luego por toda la República", pues esa chispa habría sido apagada muy luego, sino es el gran escándalo que dió el ejército en Arequito, y el cual estaba ya preparado desde que se movió él de la Villa de los Ranchos para la campaña de Santa Fe. Por consiguiente, todos los precedentes que dice influyeron para dicha revolución de Arequito han sido estudiados después por él, no sólo con calma, sino con el pleno conocimiento de cuanto sucedió después en todos los pueblos para justificar á su modo la criminal parte que tomó en él.

Luego, más adelante, y en el párrafo inmediato, dice: "En la provincia de Córdoba no era menor y aun puede asegurarse que era más violenta la fermentación de las pasiones políticas que se agitaban. Había todavía una notable diferencia; en Tucumán la parte pensadora de la población había manifestado cierta indiferencia, mientras en Córdoba era la más exaltada. Muchas causas habían concurrido para crear estas fatales disposiciones; causas que no es de este lugar explicar, pues que me llevarían más allá de lo que permite estas memorias; baste decir que yo estuve algunos días en la ciudad por licencia que obtuve en el campamento del Pilar y que tuve ocasión de conocer á fondo el estado de la opinión y los sucesos que se preparaban. Esas mismas ideas se propagaban en los ejércitos y desde entonces no era dudoso el resultado."

Pues no había de ser más violenta la fermentación en la provincia de Córdoba, si el motor principal de la revolución, Bustos, se había quedado en ella desde que erró su primer golpe en la Villa de los Ranchos y había estado patrocinando á vista del gobierno y de todo el pueblo la numerosa deserción que él mismo había promovido en su cuerpo, y que por consiguiente debió haber iniciado á muchos y probablemente al capitán don Abraham González también.

¡Quien esto no lo hubiera conocido es preciso que fuera muy torpe!

Por otra parte, Paz mismo contiesa en el párrafo que acabo de copiar, que estuvo él en Córdoba y que tuvo ocasión de conocer á fondo el estado de la opinión y los sucesos que se preparaban. ¡Y cómo un oficial tan extremadamente *amigo del orden y de la regularidad, de la rigurosa equidad y de la severa justicia*, no se acercó á su general y le advirtió las observaciones que había hecho para que se pusiera en guarda, sin necesidad de nombrar personas? ¡Tengo entendido que una advertencia semejante es propia de todo jefe ú oficial que ame á su patria y deteste las revueltas, por las funestas consecuencias que ellas traen! Sin que por esto pueda cargar con la nota de delator.

¿No recordó el general Paz al escribir esta parte de sus memorias, que retirándome yo disgustado de su ejército por su inacción, el año 31 me puse en marcha desde Córdoba á prevenirle de que en su país trataban de deponerlo del mando del ejército y confiármelo á mí por su sola inacción, y que le aconsejé que saliera por Dios de ella y fuese á buscar á los enemigos, pero sin revelar-le quiénes eran los autores de ese pensamiento? ¿No recordó que á consecuencia de dicho mi aviso se costeó esa misma noche á Córdoba á suplicarme que suspendiera mi marcha á Tucumán, y me encargara del gobierno para que le preparara los recursos necesarios para abrir la campaña, á lo cual accedí y se los proporcioné al tercer día?

¡Así procede el que ama de veras á su patria y no abriga jamás mezquinos sentimientos personales ni de emulación! Yo no he conocido jamás este funesto azote de todos los pueblos, y en particular de los argentinos! Búsquense con imparcialidad y calma las causas de todas nuestras desgracias, y no se hallarán otras que las de la emulación de la mayor parte de todos nuestros pasados mandatarios, y á la cual he llamado yo y llamaré siempre, falta de verdadero patriotismo!

¡El virtuoso general Belgrano no aspiró en su vida á otra cosa, que á la libertad, á la independencia y ventura de su patria y de toda la América del Sur, y al bienestar de todos sus hijos! En vano Paz, en medio de los merecidos elogios que de él hace en sus memorias, pretende zaherirlo cuantas ocasiones puede, atribuyén-

dole faltas que no tenía y pensamientos que jamás abrigó, como lo indica en el folio 9, párrafo 1°, diciendo:

“Contrayéndome al ejército, observaré que á las causas políticas que he indicado podrán agregarse otras que llamaré personales (1). El general Belgrano era un hombre generalmente respetado por sus virtudes y su mérito; mas su excesiva severidad lo hacía hasta cierto punto impopular. Su viaje á Inglaterra había producido un tal cambio en sus gustos, en sus maneras y hasta en sus vestidos, que hacía de los usos europeos quizá demasiada ostentación, hasta el punto de chocar las costumbres nacionales (¡vaya un mentir á su antojo, para ejercitar su manía de criticarlo todo!) Para colmo de desgracia, tuvo la debilidad de querer apoyar su poder en un círculo de ciertos jefes, á cuyo efecto organizó una sociedad secreta á que se proponía dar dirección. Aunque esta no fuese distintamente conocida, no pudo ser engañado el instinto público y designaba sin equivocarse todos los afiliados, abriéndose de este modo un cuerpo inmenso á sospechas injuriosas y temores exagerados. Aunque los elegidos fuesen sujetos de mérito, era imposible que se guardase una perfecta equidad, y sin entrar ahora á averiguar si era con razón ó sin ella, se acusaba al general de ejercer injustas preferencias. Sea que el objeto que se propuso fuese sostenerse en el ejército, cuyo mando por otra parte nadie le disputaba, sea que se quisiese balancear el poder del director ó el del general San Martín, que se extendía de uno al otro lado de los Andes, el hecho es que esa pobre medida no produjo sino males y que contribuyó á vigorizar los gérmenes de disolución que no tenían sino demasiada fuerza.”

Todo cuanto dice Paz en el párrafo que acabo de copiar sobre haber querido el Sr. general Belgrano apoyar su poder en un círculo de *ciertos jefes* y á cuyo efecto *organizó una sociedad secreta á que se proponía dar dirección*, no son sino cálculos gratui-

(1) A ninguno le cuadra mejor que al mismo Paz, pues era el hombre más hinchado y pagado de sí mismo que he conocido; era un hombre de un carácter repelente, muy afecto al chisme y muy presumido de su saber, por cuya razón se indignaba altamente cuando algún compañero le hacía alguna indicación, aunque fuera la más útil é importante, pero á tal extremo que bastaba ella para que él hiciera lo contrario, á excepción de cuando fué á rogarme para que me encargara del gobierno de Córdoba para abrir la campaña en que fué volcado.

tos de él, y los cuales los urdió á su antojo y faltando á la verdad, cuando vió en mis memorias lo que digo sobre dicha sociedad á la cual se me incorporó después de mi regreso de Chuquisaca al concluir el año 17 y con bastante trabajo, porque me resistí fuertemente cuando se me introdujo á la sala donde estaban reunidos los demás socios, sin ningún antecedente que me indicara el objeto del juramento que se me exigía con tanto aparato.

Pero fué tanta mi resistencia por dicha causa, que el general se quedó algo cortado y sólo cuando me aseguró que aquello era sólo con el objeto de sostener la libertad é independencia de nuestra patria, y para cuyo objeto todos los Sres. jefes presentes habían prestado igual juramento, como asimismo muchos otros personajes de importancia de la capital (que después se me indicaron), fué que me decidí á prestarlo: mas es un grosero embuste de Paz las miras que le atribuía al Sr. Belgrano, pues ellas eran las más nobles y patrióticas y sólo tendían á sostener la libertad é independencia, porque jamás pretendió sostenerse en el mando. Por otra parte, nunca llegó á mi conocimiento que se hubiese traslucido en el ejército la existencia de semejante sociedad, ni que se acusase al general de ejercer injustas preferencias. Lo que hay de cierto es que á Paz le chocaría el ver por mis memorias que había yo sido incorporado á dicha sociedad sin que el Sr. Belgrano se hubiese acordado de él, cuando se consideraba el único merecedor de todas las distinciones.

Son quiméricos todos los precedentes que Paz dice influyeron para la revolución de Arequito, pues no fué sino la miserable ambición de Bustos la que la preparó, y ella no se habría realizado, si hubiese habido la energía bastante para castigarlo como merecía en su primer tentativa. ; Bien á nuestro pesar nos ha mostrado la experiencia que todos los grandes crímenes necesitan inmediatos y grandes castigos! Recuérdese si no cuánta sangre de inocentes ha corrido á torrentes entre nosotros, y cuántas fortunas han desaparecido por no haber derramado á tiempo la de dos ó cuatro matados!

Cuando estuvo el ejército acantonado en el Pilar, bajo las órdenes del general Cruz, tuvo éste varios avisos sobre los trabajos de Bustos para revolucionar el ejército y nos reunió secretamente á todos los jefes principales de los cuerpos, por dos ó más ocasiones, para consultar lo que debería hacerse para evitar la revolución,

y en todas ellas fuí yo de dictamen de que se prendiera inmediatamente al coronel mayor Bustos y se le castigara como debía; y aun me le ofrecí yo mismo para hacerlo con mi cuerpo, mas nunca se resolvió á ejecutarlo.

Téngase presente que Paz dice en el primer párrafo del folio 14, hablando de la marcha que emprendió el ejército desde el Pilar á mediados de Diciembre, “que en el Fraile Muerto recibió orden de retroceder con su escuadrón á marchas forzadas hasta incorporarse al general Arenales, que con una pequeña fuerza ocupaba la Villa de los Ranchos.” La orden fué de retroceder é incorporarse á dicho jefe, pero no de volver al ejército. Es, pues, bien extraño que él hubiese regresado en alcance del ejército sin haber llegado á donde estaba el general Arenales, y mucho más extraño desde que dice él mismo en la segunda línea del folio 15, “mas cuál fué mi sorpresa cuando volviendo por aquel desierto camino, no encontré ni ejército, ni comunicaciones, ni noticias, ni órdenes del general, etc.” Y mucho más extraño, repito, después de lo dicho, el que hubiese ido á reunirse al ejército *corriennndo tantos riesgos*, precisamente en la víspera de la revolución. Excusado es que me ocupe de la numerosa y larga relación que hace de su contramarcha al ejército, del estado en que se hallaba el pueblo de Córdoba, del auxilio pedido á Tucumán y en fin de la comisión que mandaron en su alcance.

Revolución de Arequito

Es necesario copiar algo de lo que Paz dice—“Al mismo tiempo que acampaban en Arequito los primeros cuerpos del ejército, era que yo me incorporaba á mi regimiento y que *supe muy rápidamente* que el general D. Juan Bautista Bustos, jefe de E. M. G. interino, se ponía á la cabeza del movimiento que efectivamente debía tener lugar esa noche. Cuando me presenté en el cuartel general para dar cuenta de mi comisión é hice saber al general la deserción de once hombres, me manifestó el más marcado disgusto, pero con la circunstancia de que pareció no quedar satisfecho con mi conducta. (1) ¡Ah! ¡Qué deseos tenía de hablar con más franqueza!

(1) ¿Y cómo habla de quedar satisfecho si se había retirado sin su orden de la comisión á que los destinó para alejarlo de su paisano Bustos el cabeza principal de la revolución? ó como él mismo dice en su nota del folio 16. “Supe despues que el general Cruz que contaba de cierto con que se haría la revolución en Córdoba después de la partida del ejército

Quizá le hubiese dicho algo, no que comprometiese á mis compañeros, pero que le revelase el estado desfavorable del ejército (¿y por qué no lo hizo?) Si es que no lo sabía ó sospechaba. ¿Podría llegar á tanto la ciega confianza del general (1) No lo sé; lo cierto es que yo me retiré de su tienda con el más grande desagrado (pero...)

“De allí me dirigí á la del general jefe de E. M. G., de quien quise saber personalmente qué precedería al movimiento en cuestión (¿y para qué), lo que conseguido, me retiré resuelto á participar y cooperar decididamente (¿qué facilidad para dejarse arrastrar tan ligeramente por un Bustos!) á él y arrostrar todas sus consecuencias. Todos mi amigos particulares estaban comprometidos y me resolví seguir su destino.”

¿No se comprende por todas estas sus expresiones que dejó copiadas y por todo cuanto ha dicho atrás, que hacía tiempo á que estaba él iniciado y al corriente de la ya fraguada revolución, y que tuvo un positivo interés en hallarse presente en la de Arequito?

Luego más abajo dice: “Cuando volví á mi campo me impuse de que los regimientos número 2 y 1° de infantería y toda la caballería estaban complotados, y que aunque se tenían muchas probabilidades de los otros cuerpos, no se había querido invitarlos, etc.” Es completamente falso, en primer lugar porque aunque se llevaron el número 10, los dragones y el cuerpo ó primer escuadrón de húsares, es de mi deber hacer justicia á la tropa de dichos cuerpos diciendo, que no tuvo conocimiento de semejante atentado hasta el siguiente día. Los únicos culpables de ese atentado fueron los oficiales que se dejaron seducir, al menos, por mi cuerpo, yo respondo y lo probaré más adelante con un hecho: los únicos indi-

dijo que se me había mandado regresar persuadido de que la apoyaría ó encabezaría, y aun para este objeto, aunque nada se me hubiese prevenido. ¿No se ve la poca consecuencia que guarda aun en sus más compuestas expresiones para atenuar la principal parte que tuvo en dicha revolución? ¿Creerá nadie que el general Cruz hubiese dicho semejantes expresiones?

(1) ¿Cómo podía llegar, si Vd. mismo ha dicho que sabía la revolución de Córdoba y que lo había mandado para que la encabezara, y no quiso Vd sino venir á hallarse en la del ejército? ¿Son inconcebibles tantas sandeces en un hombre tan advertido como Paz y tan *extremadamente afecto* al orden y la más severa disciplina!

viduos de tropa que pudieron tener conocimiento, son los que componían la parte del número 2, que se fué con Bustos; pero agregar que tenían probabilidades de los otros cuerpos es el colmo de la desfachatez.

Para probar que no tenían la noble mira que Paz dice en el párrafo siguiente “de separarse de la cuestión civil y regresar á las fronteras amenazadas por los enemigos de la independencia”, basta ver lo que hicieron después, cuando conocieron la única ambición de Bustos, que era la de perpetuarse en el gobierno de Córdoba. Si era tanto el empeño de Paz para ir á combatir al enemigo común, ¿por qué no le quitó á Bustos el ejército y se marchó á llenar sus nobles deseos, puesto que todos sus amigos, *que debían ser muchos*, estaban comprometidos?

Es por demás ridículo el empeño con que Paz pretende hacer creer á todos las malas disposiciones del ejército, pues hablando de un cabo Torres de su cuerpo que dice le dijeron que con una partida había dado caza á otra montonera el día anterior á su llegada con buen resultado, dice: “el cabo había sido elogiado en la orden del día, elevado á sargento y colocado á la cabeza de una partida doble. Engolosinado con el suceso del día anterior, se había separado del ejército más de lo regular y había sido su partida completamente acuchillada. Este contraste poco importante había causado una impresión tan desproporcionada á su tamaño, que servía á la vez para probar las malas disposiciones del ejército. Me causó asombro ver los semblantes casi desconcertados por la pérdida de diez ó quince hombres.” ¿Habrá quién crea semejante despropósito?

Luego, al fin del siguiente párrafo, dice: “Llegó la noche y en nada se alteró el servicio y la rutina de costumbre” y esto es completamente falso; precisamente en esa noche se había alterado el servicio, pues mi cuerpo venía haciéndolo por compañías para cubrir el campo por nuestra retaguardia, y se me previno que debía desde esa noche hacer dicho servicio por escuadrones. La cosa era tan sencilla que Paz la ignorase. Se les había impuesto á los oficiales de los cuerpos, que debían sacar robados del ejército, la obligación de prender á sus jefes como lo hicieron los de los regimientos 2 y 10 de infantería y de dragones; pero los de húsares hicieron presente al general Bustos que les era absolutamente imposible el prenderme á mí, pues si tal intentaban, estaban seguros de

que mi tropa se les echaría encima y podría frustrarse la revolución porque alarmaría yo al ejército.

A Bustos y Paz debió hacerles fuerza esa justa reflexión de mis oficiales, y esa fué la causa precisamente porque se me ordenó dar el aviso por escuadrones, porque eran precisamente todos mis húsares los que componían el primer escuadrón por donde debía empezar dicho servicio; así fué que resolvieron que se me dejara dormido á la cabeza del segundo escuadrón que era compuesto de los infantes de los regimientos núm. 2, 3 y 9, que se me habían dado antes y más unos pocos húsares, todos los cuales fueron tan fieles, que no se me separó uno solo, aunque Paz dice lo contrario, y cuidado que no era un piquete, como él dice, sino que pasaban de 160 hombres.

Luego añade—“Sería la mitad de ella (de la noche) cuando mi regimiento se puso á caballo, al mismo tiempo que se arrestaba al coronel de él, D. Cornelio Zelaya, etc. A la misma hora tomaban las armas el regimiento de infantería núm. 2 (una parte de él, pues los restantes se hallaban escoltando las carretas del convoy) y el batallón núm. 10 en el centro de la línea (después de presos sus jefes) y en la izquierda montaba á caballo el *regimiento de húsares* del mando del coronel La Madrid (1). Este jefe no fué arrestado (porque no se atrevieron) y quedó en su campo con un *piquete de ciento ó más hombres* de infantería, provisoriamente destinados á la caballería y armados como tales, porque habiéndose retardado el movimiento por alguna circunstancia, no tuvieron tiempo de *hacerlos ensillar sus caballos.*” (¡Se habrían guardado muy bien de intentar!)

En el párrafo 3º del mismo folio 21 dice otro embuste—“El general Bustos, cuando le pareció tiempo y después de haber hecho uncir los caballos de su carretón y que iba á moverse, se dirigió á la tienda del general Cruz, á quien dijo: *Compañero, levántese, que en el ejército hay un gran movimiento.* Dicho esto salió, sin dejar el carretón, á incorporarse con los revoluciones.” ¿Y de dónde salió Bustos si fué dentro del carretón, cuando de otro modo no pudo salir de hablar al general sin dejarlo? ¿A no ser que hubiese ido á

(1) ¿Pues no había de montar sin recelo alguno si para eso lo habían mandado nombrar de servicio, y mucho más cuando los oficiales les hicieron creer que iban á sorprender á una fuerza montonera?

despertarlo tirando él mismo el carretón! ¡Son cuentos éstos que provocan á risa, ir á despertar al general para avisarle el movimiento y metido en su carretón! Si semejante relación hubiese sido escrita sólo para los chiquillos, pase.

¿Pero, para qué cansar á los lectores copiando á cada paso los largos y exagerados artículos que Paz escribe con el sólo objeto de justificar dicho movimiento? Será mejor, por lo tanto, que yo relate todo lo que sucedió en él, pues hay muchos Sres. que lo presenciaron y que no me desmentirán. Dejo dicho ya que se me había ordenado que desde esa noche hiciera mi cuerpo el servicio por escuadrones para que pudiera separarse de mi vista el 1º, en donde estaban los húsares y toda la oficialidad de dicho cuerpo que había sido ya ganada, para que éstos pudieran mandarse mudar con todo él sin ser sentidos; mas yo, que no he acostumbrado jamás dormirme confiado en la vigilancia de mis subalternos, había encargado esa noche al mayor D. N. López, jefe correntino ó paraguayo, de bastante juicio y provecho, que vigilara sin cesar el campo hasta las 12 de la noche, y que al retirarse me despertara, aunque no hubiera novedad, para estar yo en vela hasta el día.

El mayor cumplió con exactitud el primer encargo, pues se estuvo hasta las doce ó poco más de la noche conversando un rato con los oficiales del escuadrón que estaba de servicio, después que había rondado todo el campo; y por cierto que los oficiales estaban como sobre ascuas con la tal visita, porque se les había pasado ya la hora designada para ir á reunirse con los demás cuerpos que se habían movido ya del ejército. Se retiraba ya el mayor para el campo, cuando echando de menos su pañuelo regresó á donde estaba el escuadrón avanzado á preguntar por él á los oficiales; mas como éstos estaban ya listos para mandar montar el escuadrón, salieron uno ó dos de ellos al encuentro del mayor para saber la causa de su vuelta y como dicho mayor les dijese que iba en busca del pañuelo que se le había quedado olvidado, dijéronle que se fuera no más á recordarme y descansar, que ellos lo recogerían y entregarían por la mañana. Esta y no otra fué la causa del retardo que dice Paz y en nada menos pensaron que en mandar ensillar el 2º escuadrón que no los habría obedecido, porque tenía sus respectivos oficiales y los cuales no estaban iniciados en ese escandaloso movimiento, ni se habrían prestado á él, como no lo estuvo ninguno de los que pertenecían á los bravos regimientos núm. 3 y 9.

Regresando el mayor á mi campo sin que se advirtiera novedad alguna, y habiéndome encontrado dormido, no quiso despertarme porque descansara un poco más, y se fué á su alojamiento. No pasaron dos minutos, según me lo dijo después, cuando habiéndose disparado un tiro probablemente á alguno del escuadrón que marchaba, me despertó el centinela que tenía yo á la puerta de mi carretilla para que me avisara la más pequeña ocurrencia. Mandé al momento que me enfrenaran mi caballo, que estaba ensillado como asimismo los de la guardia; en estas circunstancias se me presentó el teniente coronel Salviñic, que era ayudante del general Cruz, á avisarme de parte de dicho general que el jefe del E. M. G. Bustos acababa de revolucionarse y llevándose consigo el cuerpo de dragones, parte del núm. 2 de infantería y al batallón 10 y á los tres jefes de dichos cuerpos presos, y me ordenaba al mismo tiempo que marchara inmediatamente con mi cuerpo al cuartel general.

Lleno yo de indignación por esta noticia, llamé al mayor López y le reconvine por no haberme recordado, y como éste me contestó que acababa de retirarse de visitar el escuadrón de servicio, y como no hubiese advertido novedad alguna, había querido dejarme descansar un rato más, le ordené que mandara enfrenar el 2º escuadrón mientras iba yo á traer el 1º. Monté en seguida á caballo con mis cuatro húsares y el cabo de guardia, y previniendo á Salviñic que dijera al general que muy pronto me tendría á su lado con mi cuerpo, corrí á donde estaba el primer escuadrón situado. ¡Pero cuán terrible fué mi sorpresa cuando no lo encontré! ¡Corro á donde estaba la caballada de marcha, gritando al sargento Airala que la cuidaba, y nadie me responde! Diríjome de carrera sobre la costa del río III y gritó al teniente Roca, que lo había colocado de avanzada en la banda de dicho río y tampoco me responde!

Regresé á mi campo como un furioso, y habiendo encontrado ya montado el 2º escuadrón, marché con él al cuartel general resuelto á pedirle al Sr. general Cruz, que me permitiera ir con dicho escuadrón á buscar á mis húsares. Lo encontré ya reunido con los coroneles D. Blas Pico del 3, D. José León Domínguez del 9 y D. Manuel Ramírez, de artillería, y no pudiendo conseguir mi deseo, permanecimos en vigilancia hasta que la primera luz del día nos mostró á los revoltosos formados en línea á pocas cuadras á nuestro frente sobre la casa de posta. Mi opinión desde que me reuní al general fué de que debíamos irnos sobre ellos y batirlos caso que

las tropas no se nos vinieran á reunir, viéndonos marchar sobre los jefes sublevados, pero esta mi opinión no fué secundada ni aun por el general y aunque es verad que mandó el general un ayudante así que aclaró, como dice Paz, á saber qué movimiento era aquel y ordenar la vuelta al ejército, no es exacto lo que dice en el siguiente párrafo del folio 22 sobre las caballadas de los cuerpos que quedaron, pues que de éstas sólo se llevaron las de marcha de mi 2º escuadrón.

Con respecto á la boyada también me parece exagerado lo que Paz dice, pues aunque se hubiesen arreado el ganado y una parte de bueyes del convoy y de los que servían también para la artillería, siempre quedaban en el campo atados, los que pudieran necesitarse para uncir en un caso repentino. Si se llevaron ó no todos los bueyes, no lo recuerdo con certeza en este momento, pero de lo que no me cabe duda es de que no hubo tal convenio de entregarles la mitad de la comisaría y el parque. El hecho fué que después que nos devolvieron á los jefes presos, fuí yo de opinión que inmediatamente nos pusiéramos en marcha para Buenos Aires á fin de reunirnos con el Sr. director Rondeau, que se hallaba creo al frente del Rosario y cuya reunión podíamos haberla verificado en dos días marchando al instante y caminando toda esa noche.

Para efectuar dicha marcha, yo me comprometía á llevarme por delante á cuantos montoneros se nos presentaran, con mi 2º escuadrón, los 12 húsares escogidos que conservaba siempre á mi lado y 12 ó 16 más que se les dispararon á los revolucionarios de la formación, luego que amaneció, y corrieron á la vista de ellos á reunírseme así que me vieron aproximarme á su frente; pero para emprender esa marcha exigía como un acto, no sólo de política, sino también de justicia, el que se distribuyera á todos los cuerpos que permanecían fieles todos los efectos del convoy, que pudiera cargar cada individuo, y que á los restantes se les pegara fuego en el acto juntamente con todas las carretas para que nada les sirviera á los revoltosos: practicada dicha operación, debíamos llevar arreada la boyada de todas las carretas para que carneara la tropa en los dos días de marcha; mas esta juiciosa y prudente opinión no fué apoyada, porque uno de los jefes que habían sido presos esa noche antes, tuvo la peregrina ocurrencia de decir que tal acto de distribuir una parte del convoy á la tropa manifestaba debilidad, y como el general carecía de la firmeza que más que nunca era precisa en aque-

llas circunstancias, apoyó dicha desatinada opinión y dispuso que carneara la tropa y que la marcha la emprenderíamos llevando el convoy luego que hubiese comido.

De nada sirvieron las juiciosas reflexiones que hice en oposición á dicha medida, que sólo servía para hacernos perder un tiempo precioso y retardar después nuestra marcha con la conducción de las carretas. Por consiguiente, carnearon los cuerpos y los revolucionarios emprendieron su marcha retrógrada y fueron á acampar á distancia de una legua de nosotros.

Luego que hubimos acabado de comer, emprendimos la marcha ya pasado el mediodía, y tomando yo la vanguardia con mi 2° escuadrón y con los demás húsares que se me habían reunido, muy luego empezaron á presentárenos á vanguardia gruesas partidas de montoneros con el objeto de incomodarnos con sus fuegos, mas eran arrolladas al momento por mis partidas. Habríamos andado como dos leguas, siempre arrollando á cuantas partidas iban engrosando la montonera de vanguardia, cuando vino de carrera un ayudante del general Cruz á ordenarme que contramarchara al instante á nuestra retaguardia con toda mi caballería, para contener á la nuestra sublevada que se nos venía ya encima apurando su marcha. ¡Fué tal la impaciencia que me ocasionó semejante noticia, que contramarché al momento de galope por mi derecha, pero tan ciego de cólera, que con los ojos arrasados en lágrimas, al ver tan infame acción en unos compañeros, iba resuelto á lanzarme sobre todos ellos y acuchillarnos sin misericordia! No bien advirtieron el aire de mi marcha cuando el teniente coronel de dragones y coronel graduado, don Alejandro Heredia (era el que venía á la cabeza de la caballería), adelantó un parlamento al general Cruz, invitándolo á una entrevista con él al intermedio de ambas fuerzas.

Yo despaché al parlamento á que hablara con el general, pero no paré mi marcha hasta que recibí la orden para detenerme. El general se adelantó en seguida, y habiendo hecho lo mismo el teniente coronel Heredia y tenido ambos un rato de conferencia, volvió luego el general y convocó á todos los jefes á junta: en ella nos hizo presente que nuestra posición era delicada y que á trueque de que no se perdiera el ejército, había convenido en entregar los cuerpos que nos quedaban al general Bustos, quien se hacía responsable de la conservación de él, añadiendo que todos los jefes que quisieran continuar en él y bajo sus órdenes, sirviendo á la patria,

serían conservados en sus puestos, y los que no, obtendrían sus pasaportes para retirarse á donde gustasen. Excusado es decir que yo no aprobé semejante convenio; pero como los demás se conformaron, contramarchamos luego, ya caída la tarde, hasta Arequito; pero después que hubieron regresándose los dragones y el primer escuadrón de húsares.

Por lo expuesto se conocerá que no tiene fundamento alguno cuanto dice Paz al fin del folio 22, hablando del momento en que nos daban alcance: "La vacilación fué entonces patente, y el alto que se hizo fué sólo para mandar un jefe, que fué el coronel don Benito Martínez, á preguntar lo que significaba nuestro movimiento. El coronel Heredia le contestó que iba á exigir la parte del convoy que se había prometido y sin la que no volvería: regresó con esta contestación, mas cuando volvió, las circunstancias habían variado y tomaban un aspecto más alarmante. Se había presentado por el frente una partida de la montonera (esto be dicho ya que había tenido lugar desde que rompimos la marcha y dejando de perseguir á dichas montoneras, es que se me hizo regresar para atender á los sublevados que nos amenazaban por retaguardia) y guerrillaba á los exploradores: la audacia de los montoneros anunciaba la proximidad de una fuerza mayor. La única caballería que quedaba al general Cruz, que era el *piquete* (pero la bastante para haberlo anonadado al que tales embustes expresa, y á toda la fuerza que le acompañaba) de infantería montada de que ya hice mención, repentinamente se separó de sus filas y tomó el galope para venir á incorporárenos, al menos en su mayor parte." (1)

No cansaré más á mis lectores copiando los largos y groseros cuentos con que Paz ha venido á manchar su bien merecida reputación, por justificar la más escandalosa de las revoluciones, y por sincerarse de la muy principal parte que tomó en ella y que estoy seguro le pesó después; por consiguiente, relataré verídicamente lo que pasó después, hasta que se nos permitió alejarnos del ejército á

(1) ¡Este es el más grosero embuste, porque ni un sólo hombre de los que tenía entonces me abandonó, y cuidado que no me desmentirán los coroneles D. Blas Pico y D. Cornelio Zelaya, ni ninguno de los demás jefes y oficiales que existen de aquel tiempo! También es falso el gran tiroteo que dice hubo en nuestro campo al amanecer del siguiente día, el cual tuvo lugar á medio día cuando estábamos limpiando las armas como lo diré más adelante.

todos los jefes que faltando á lo pactado se nos conservó por algunos días, custodiados por un escuadrón de dragones bajo las órdenes del sargento mayor de dicho cuerpo, D. Juan José Jiménez.

Al acercarse la noche de ese funesto día y antes de que llegáramos á Arequito mandó el general Cruz que la columna se hiciera á la derecha para dejar el camino libre y vimos con profundo sentimiento desfilarse todo el convoy para el campo de los revolucionarios, cuando esa mañana se había considerado como un acto de debilidad mi pensamiento de repartirlo entre los cuerpos que nos habían permanecido fieles para irnos á reunir con el director y pegando fuego á los demás. Semejante entrega causó tal disgusto, que en esa misma noche se nos fueron al campo revolucionario todos los soldados del núm. 2, que habían quedado como escolta de dicho convoy, y varios otros soldados de los regimientos 3, 9 y artillería.

En el convenio de esa tarde entre el general Cruz y el coronel Heredia, se había estipulado probablemente dicha entrega, y además que al siguiente día se habían de descargar y limpiar las armas para que separándose el general Cruz con todos los jefes que le acompañaba unos á una distancia del camino á la izquierda, al aproximarnos al campo del general Bustos, desfilaron todos los cuerpos al mando del coronel Domínguez, hasta ponerlos á su disposición. No recuerdo en este momento si fué en la posta de la Erqué ó un poco más adelante que paramos para cumplir dicho mandato; lo cierto es que estábamos limpiando las armas, ya cerca de mediodía, cuando apareció repentinamente una gran fuerza de montoneros, aproximándose rápidamente sobre nuestro campo á escopetazos.

En el acto que yo observé este ataque inesperado, y que no dejé de temer fuese de acuerdo con el general Bustos, mandé tocar á caballo á mi escuadrón y dejando las tercerolas y fusiles desarmados y sólo con sable en mano me moví al encuentro de los montoneros. Como el campo de Bustos estaba inmediato, había ya montado á caballo el coronel Heredia con algunos dragones, así que sintió los primeros tiros y como ya al acercarse á nuestro campo me hubiese visto salir al trote al encuentro de los montoneros, me mandó á uno de sus ayudantes de carrera, á decirme que hiciera alto, que ya venía él á contenerlos. Estaba yo tan quemado de rabia, que le mandé decir que no necesitaba de su ayuda para escarmentar á esos miserables, y continué mi marcha ya de

galope, mas me alcanzó en el acto una orden del general Cruz para que me detuviera y tuve que obedecerla.

El coronel Heredia, que ya llegaba en esas circunstancias, mandó pasar su escuadrón á la inmediación del mío y se adelantó á hablar con el jefe enemigo, el cual se retiró muy luego y el coronel Heredia regresó á su campo; por consiguiente, regresé también á acabar de limpiar las armas y nos pusimos todos en marcha como á la una de la tarde. Este fué el único tiroteo que hubo y no el que dice Paz.

Cuando nos acercábamos á la Cruz Alta se nos mandó separar á todos los jefes, como dije ya, á una distancia á la izquierda, pues que el general Bustos tenía su campo como á media legua dos con vítores y aclamaciones por los revolucionarios. y en seguida conducidos por el coronel Domínguez hasta que fueron recibidos con vítores y aclamaciones por los revolucionarios, y en seguida vino un ayudante del general Bustos con la orden al general Cruz para que avanzáramos todos los jefes hasta situarnos en un rancho pequeño con una ramada (1), que estaba situado como á unas 6 cuadras antes del campo de Bustos, donde se nos previno que debíamos alojarnos.

Preciso es de advertir que al estipular la entrega de los cuerpos ó en el acto en que éstos marchaban con el coronel Domínguez, se había prevenido que sólo debía quedar un ordenanza con cada uno de los jefes, y que habiéndolo yo manifestado á los 12 húsares que llevaba siempre á mi lado para cualquier choque repentino que pudiera ofrecerse, que era preciso marcharan también á reunirse al ejército, según lo estipulado, me respondieron a una y todos conmovidos: “¡Permítanos, mi coronel, que nosotros no lo abandonemos, sea cual fuere la suerte que le espere!” Conmovido yo por los nobles sentimientos de esos valientes, se los agradecí entrañablemente y les insté para que se fueran en cumplimiento de la orden recibida, pero como se negaron abiertamente á separarse de mi lado á presencia del ayudante del general Bustos, tuve que comunicar por medio de dicho su ayudante la firme resolución de aquellos soldados fieles, é interesarme al mismo tiempo por que se les concediera la gracia que pedían y la cual fué acordada.

(1) Es un enramado que ponen los paisanos sobre unas varas atravesadas encima de varios altos orcones para hacer sombra.

Como era yo el único jefe que tenía 14 hombres á mi lado, incluso mis dos ordenanzas y además al teniente D. Luis Leiva Pazeño, no quise alojarme en el rancho destinado al general y demás jefes y fuí á situarme á un bajío distante como una cuadra en donde había bastante pasto para mis cabalgaduras: mandé desensillar y que me acomodasen la punta de la tienda de campaña por sobre la tolda de mi carretilla en que llevaba mi corto equipaje y la cama é hice que con unas lanzas introducidas en las presillas de lo tienda me formaran una especie de ramada, y me tendí sobre una manta que hice poner en la sombra que hacía la carreta y la tienda. No pasaron cinco minutos de estar yo acomodado, cuando se me presentaron el teniente coronel Rivarola ó Ibarola, y el sargento mayor Ibarra, ambos del número 3 y tendidos á mi lado, me dijeron: “¿Sabe Vd. que principian á cumplir bien lo pactado esos pícaros, pues nos acaban de poner una guardia para que no podamos salir sin su permiso? Hemos tenido que pedir permiso para venir á verlo.”

Eso es lo que hemos ganado con no haber seguido mi opinión de marcharnos ayer temprano á reunirnos con el Sr. director, pegando fuego á toda la parte del convoy que no pudiera ser repartida entre los fieles soldados que nos quedaron, díjeles; y ocurriéndome en aquel momento salir á una necesidad precisa, me levanto y salgo, cuando un centinela del núm. 2, que me habían puesto sin que lo notara, grítame: ¡Atrás, mi coronel!

Estaba yo tan furioso con todo lo que nos había sucedido, que echándole una furiosa mirada al centinela, continué mi marcha. “¡Atrás, le he dicho, mi coronel!” repite el centinela. Vaya Vd. al a...., fué mi respuesta y continué á mi diligencia, regresando después que la hube concluído, sin que el centinela me hubiese replicado una sola palabra.

Los ya referidos jefes, que me esperaban bajo la sombra de la tienda, se echaron á reír cuando entré, y muy luego se desmontó el coronel Heredia, que era mi íntimo amigo y venía á verme porque me estimaba mucho. Así que se bajó del caballo, entró saludándonos, y tendido á mi lado sobre la manta, como lo estábamos los tres, díjonos: ¿Con que hubieron algunos compañeros que opinaron en la junta de ayer porque se nos atacara? Como me hablaba yo extremadamente irritado, díjele: ¡Yo fuí el único que opiné que debíamos atacarlos en el momento y quitarles los cuerpos

que nos habían llevado con engaños, y pueden ustedes dar gracias á Dios de que mi opinión no fué secundada, pues de lo contrario hasta hoy los estaría corriendo á cuchilladas. (1) ¡Eso estaba por verse! díjome Heredia sonriendo. ¡Y qué eran capaces de hacernos ustedes! le repliqué indignado, á pesar de los repetidos tirones que me daban.

Como Heredia me vió tan irritado, díjome—Me voy, porque no estás tú de humor para hablarte: refréscate, que luego han de venir Bustos y Paz á hablarte, y dándome la mano se marchó, después de haberle yo contestado que los esperaba.

Los dos compañeros que estaban á mi lado se despidieron también para que recibiera solo las visitas anunciadas, pero reconviéndome por el modo con que había hablado á Heredia. Como el sol se ponía ya, mandé bajar mis dos petacas y un par de asientos que llevaba en la carreta para que se sentaran los jefes que esperaba. El 1º que apareció fué el comandante entonces don José José María Paz, y después de habernos saludado, dádonos la mano y tomado asiento, guardé yo silencio para escuchar lo que venía á decirme; mas viendo que el silencio se prolongaba ya, lo interrumpí con una pregunta indiferente, pues habían pasado cerca de dos minutos sin hablarnos. Paz contestó con medias palabras á mi pregunta y se retiró, pretextando que era ya la hora de la lista.

No habrían pasado tres minutos, cuando se presentó el general Bustos, quien al saludarnos y darnos la mano, me dijo—“¿Cómo va, compañero?” Para servir á Vd., compañero, díjele, y le hice que se sentara y me quedé callado, esperando á que él hablara; mas me llevé el mismo chasco que con Paz, pues viendo yo que el silencio se prolongaba demasiado, pedí á un ordenanza que le alcanzara un mate, y le hice otra pregunta indiferente; mas él dió las gracias por el mate que se le ofrecía (no sé si temiendo que le diera alguna droga venenosa); díjome que había tomado bastantes mates, me contestó á la pregunta que le hice y se despidió luego sin haberse atrevido á decirme una palabra. Luego, supe después por Heredia que el objeto de aquellas visitas había sido el recabar de mí que me quedara en el ejército para mandar toda la caballería, pero que habiéndome encontrado tan adusto, no se habían atrevido á proponérmelo.

(1) Ibarrola é Inarra que estaban tendidos á mi lado, me tiraban de la casaca para que no le hablara en esos términos.

Muchos de mis húsares, menos los oficiales, se presentaron á una distancia de mi carreta con el intento de verme, pero el sañudo gesto que yo les mostaraba al mirarlos los hizo retroceder sin que se atreviese ninguno á hablarme, pues sabían ya por algunos de los que estaban á mi lado, cuán indignado estaba yo contra todos ellos por haberse dejado conducir por sus oficiales y abandonádome. Al siguiente día ya se nos mandó á vanguardia del ejército escoltados por el sargento mayor de dragones, D. Juan José Jiménez y un escuadrón de su cuerpo y paramos esa noche en la Cabeza del Tigre ya al cerrar la noche. Adviértase que ya algunos de los oficiales de húsares habían procurado seducir á los soldados que quedaron á mi lado para llevárselos, asegurándoles que el general Bustos me iban á mandar entregar al caudillo Artigas para que me fusilara, mas nada habían podido conseguir, pues aquellos fieles húsares les decían por toda respuesta que ellos jamás me abandonarían, porque se hallaban resueltos á correr la misma suerte que yo, fuese ésta cual fuese.

Serían como las 9 de la noche y me hallaba yo acostado en una cama de cuerdas que tenía formada entre las estacas de la tol-da de mi carreta, cuando me avisó el centinela que tenía á la puerta de ella que penetraba en nuestro campo una partida de hombres armados, de infantería; me incorporé y observé que efectivamente entraban por entre las luces de los fogones del escuadrón que nos custodiaba, como unos 20 hombres, llevando sus fusiles á discreción y apercibí también el bullicio del ejército que pasaba por el camino al lugar del Chañarcillo (donde fué fusilado el virrey Linniers) y figurándome que dichos hombres se hubiesen separado de la columna con el objeto de conversar con los dragones, ó encender algunos cigarros, pues ya la tropa se había relajado en extremo su disciplina, me recosté nuevamente y quedé muy pronto dormido; pero, después de haber prevenido nuevamente al cabo de mi guardia que me despertara al más pequeño alboroto que se notara ó aproximación de alguna partida á mi carreta.

Había amanecido sin novedad para mí, cuando se acercaron á mi carreta algunos ó los más de los compañeros destituídos como yo del mando de sus cuerpos y me gritan: ¡Qué descansado está Vd., sin embargo del atentado que se ha cometido con todos nosotros anoche! ¿Y qué es lo que ha pasado? díjeles, saltando al mismo tiempo de la carreta. ¡Pues qué! ¿no han sido desarmados

los soldados de Vd. por la partida que al mando de un oficial, nos ha recogido anoche todas las armas de nuestros ordenanzas, por orden del general Bustos? ¿Si tal hecho se hubiera intentado practicar conmigo, ó hubiese llegado á mi noticia, díjeles, habría cometido un escándalo, corriendo á balazos al oficial y su partida!

Sonriéronse á esta mi respuesta y díjeles en seguida: pues voy ahora mismo á reconvenir al general por un hecho tan escandaloso, y llamando á mi ordenanza le mandé que pusiera el freno á mi caballo, que dormía todas las noches ensillado. El mayor Jiménez, que se había ya incorporado á nosotros, luego que nos vió reunidos, díjome al ver que me dirigía ya á montar en mi caballo—“Hombre, iremos juntos, porque tengo yo también que ver al general. Muy bien, díjele, y monté sin detenerme, y habiendo él hecho lo mismo, emprendimos el galope, después que dejó dispuesto que marchara á vanguardia toda la comitiva.

Al poco rato encontramos ya á todos los cuerpos formados en columna para marchar, pero descansando á discreción sobre sus armas los de infantería, que estaban á retaguardia. El mayor Jiménez se acercó al núm. 2, para preguntar por el general Bustos, y como le indicaron que estaba sobre la costa del río, nos dirigimos allí y le encontramos acompañado del coronel Heredia y ambos tendidos sobre el pasto y con los caballos de la rienda; se retiró Jiménez, después que nos saludamos y que me desmonté invitado por el general Bustos. “¿Qué hay de nuevo, compañero?” díjome dicho general. ¿He venido á ver á Vd., le repuse, para reclamar la reparación de un atentado que se ha cometido anoche por un oficial con una partida de infantes armados, que fué y quitó las armas á los ordenanzas de todos los jefes, y pueden ustedes dar gracias á Dios que dicho oficial no se atrevió á ir á desarmar á los míos, porque si tal intenta, lo corro á balazos y cuchilladas! “Habría hecho usted muy mal, díjome—; Oh, no! le repliqué, pues no es ese el modo de proceder con unos compañeros! Si tenían ustedes miedo de que con los ordenanzas armados les hiciéramos una contrarrevolución, debieran habernos pasado una orden para que entregásemos las armas que ellos tenían, y no mandarnos desarmar como á unos facinerosos? Tan enfurecido estaba yo, que todo esto le dije.

Bustos entonces, con su calma de costumbre, díjome: “Sí que sabemos muy bien que algunos de los compañeros nos vienen sa-

ando el cuero y á Vd. no se le ha mandado tomar las armas de sus soldados, porque hemos querido considerarlo." ¡Puede ser muy bien que así sea, le repuse y á fe que tienen razón, pero sepan Vdes. que nadie los critica con el descaro que yo! De todos modos, yo agradezco á Vdes. esas consideraciones que han querido tenerse conmigo, y agregando: queden Vdes. con Dios, monté á caballo y seguí mi camino con el mayor Jiménez, que me esperaba á una distancia, sin esperar su respuesta.

Luego que empezamos á andar al trote por la derecha del camino hacia el Saladillo de Ruiz Díaz, alcanzamos á pasar muy inmediatos al flanco derecho de la columna que formaba el regimiento de dragones, y muchos de los soldados de él se conmovieron al verme. El mayor, que lo advirtió, díjome entonces: "¡Estos infelices son los que más se interesan en que tú vengas á mandar toda la caballería, así es preciso que cedas y que te quedes con nosotros!" Mi respuesta fué—¡Yo no me quedo con tan miserables compañeros, que de puro miedo á los santafecinos se han metido á revolucionar y perder el ejército! Cuando á poco andar todo distraído, encuéntrome con todo el primer escuadrón de mis húsares. ¡Verme éstos y largar el llanto á sollozos fué una misma cosa! Me penetró tan profundamente esa demostración de respeto y aprecio, que con los ojos arrasados de lágrimas cerré las espuelas á mi caballo, oblicuando á la derecha y no lo sujeté hasta que alcanzamos á la escolta de nuestra comitiva.

Continuamos la marcha y fuimos á acampar ya al acercarse la noche unas cuadras más allá del Saladillo, sobre la costa del río III y el ejército acampó poco después en las juntas del Saladillo con el mismo río III. Serían las 8 de la noche, cuando el teniente de húsares D. Luis Leiva, que fué el único oficial que había quedado á mi lado, porque se no atrevieron los demás á comunicarle el secreto de la revolución, por miedo de ser descubiertos; se acercó á mí y me dijo—"Mi coronel, todos los sargentos del regimiento y también algunos cabos, acaban de mandarme llamar y me han dicho que toda la tropa del cuerpo está decidida á venir esta noche y sacar á V. S. y demás Sres. jefes y conducirlos á donde V. S. les ordene; que no esperan sino su consentimiento para ejecutarlo, añadiendo que de pura vergüenza no se han atrevido á venir á ver á V. S., pero quedan todos aquí muy cerca, esperando sus órdenes."

Así que me hubo relatado el teniente la relación de los sargentos, díjele: Vaya Vd. y dígales que se manden mudar al instante á su cuerpo, que ya que se dejaron engañar por sus oficiales y me abandonaron cuando más precisaba de ellos, hoy no los necesito ya para nada. Yo no dudaba de que tales fuesen los deseos de todo mi cuerpo, pero como nada avanzaríamos ya con un hecho semejante, y como por otra parte podía muy bien ser que entre dichos sargentos viniese algún Judas mandado por los revolucionarios para sondear nuestras miras, resolví ir á dar parte al mayor Jiménez para que avisara al general que estuviese á la mira de dicho cuerpo, para que no se perdiera, y después de dar tiempo á que los sargentos hubieran vuelto á su cuerpo, me dirigí á buscar al referido mayor, y acercándome á un fogón donde estaban algunos dragones les pregunté dónde le encontraría.

Levantóse uno de ellos y me guió á un algarrobo inmediato y señalándome la cama del mayor, me dijo—Allí está acostado: llego á él y encontrándolo dormido me abrí de piernas, y sentándome sobre él y asegurándole fuertemente las manos, le dije en alta voz—“¡Date á preso, pícaro, que yo te enseñaré á hacer revolución!” El mayor se despertó todo sorprendido, y haciendo inútiles esfuerzos por levantarse, pero sin atinar á responderme. Todos los dragones, que estaban en el fogón inmediato, se echaron á reir al ver la turbación de su jefe, sin saber si mi intimación era de veras...

Luego que lo hube mortificado un poco, me eché á reir, soltándole las manos y levantándome, díjele: lo que dejo referido de la pretensión de los sargentos y le encargué avisara al general Bustos que estuviera á la mira de dicho cuerpo, si no quería perderlo, retirándome en seguida á mi alojamiento. Desde ese instante fué ya ese cuerpo observado muy de cerca y desarmado lo condujeron hasta Córdoba, pero sin haber podido evitar una deserción crecida.

Por todo lo que dejo expresado sobre la revolución de Arequito y cuanto ocurrió después de ella, hasta que se entregaron los restantes cuerpos y todo el tren y convoy del ejército, se conocerá muy bien cuánto exagera Paz su descripción, hasta el extremo de suponer hechos que no tuvieron lugar. Desde el Saladillo se nos mandó á la posta del Paso de la Herradura, en donde permanecimos todos los jefes, no recuerdo si dos días, hasta que nos

llegó la orden para que pudiéramos dirigirnos en libertad al punto que eligiéramos, pero sin proporcionarnos los recursos necesarios para la marcha, y siendo el único, creo, que recibí me parece que 24 pesos, lo cual está expresado en mis memorias.

Acuérdome que al siguiente día de estar nosotros en el Paso de la Herradura, y después que salí yo de bañarme del río, me encontré con el benemérito sargento ú oficial Ayaga, que había sido uno de los que me acompañó y sirvió mucho cuando la acción con el finado general don Estanislao López, en dicho punto, y por cierto que me enterneció bastante el motivo que lo conducía, pues me dijo todo conmovido y en presencia de algunos de nuestros jefes—“¡Mi coronel, en cuanto supe en mi estancia la desgracia que le ha sucedido y el modo cómo son conducidos, he montado á caballo y vengo á suplicarle quiera admitir el presente que le ofrezco de doscientos pesos, que aunque pobre, no me hacen falta, y no quiero que vaya V. S. pasando necesidades en su marcha!” No bien acabó de hacerme este tan noble como patriótico y desinteresado ofrecimiento, cuando con los ojos arrasados en lágrimas me dió un fuerte abrazo, instándome para que lo aceptara!

Afectado yo fuertemente por los nobles sentimientos y por el extremado como desinteresado afecto de ese buen cordobés, le dí las más expresivas gracias y no quise de modo alguno aceptar su generoso ofrecimiento, excusándome con decirle que no lo necesitaba y que, por lo tanto, le regaba los empleara más bien en su familia. Viendo él mi resistencia á admitir el dinero que me ofrecía, díjome—“Espero al menos que no me privará el gusto de proporcionarle algunos caballos para que tiren su carretilla, que voy á traérselos dentro de pocas horas”, y dicho esto se despidió contento por habérselos aceptado; mas, como al poco rato llegó el permiso para que pudiésemos ya marcharnos libremente, no quise yo esperar, á pesar de las instancias de los demás compañeros para que marchásemos todos juntos al amanecer del siguiente día.

Mandé inmediatamente que ensillasen los caballos y me puse en marcha con mi comitiva como á las tres de la tarde. Antes de llegar á la siguiente posta del Paso de Ferreyra, nos encontramos con unos paisanos que conducían una tropa como de 200 ó más caballos para Buenos Aires; y al poco rato de habernos saludado al pasar con sus conductores, volvió el dueño de ellos de galope á decirme que tuviera la bondad de parar un momen-

to, pues estaba haciendo tomar unos caballos para dármelos, y que esperaba que no me negase á admitírselos. Le agradecí afectuosamente y sin conocerlo el presente que me ofrecía y paré á esperarlo. El paisano volvió de carrera y enlazando él mismo ochó diez caballos que escogió, me los entregó y continuó su camino.

Preguntando en seguida á mis soldados si conocían á ese buen paisano, dijéronme que no; pero añadieron dos que se habían quedado á retaguardia cuando nos encontramos en el monte con dicha caballada, que el dueño de ellas les había preguntado quién era yo, y que habiéndole contestado que era el coronel La Madrid, había mandado parar la caballada y vuéltose en mi alcance. Llegué en seguida á la posta y el dueño de ella me recibió perfectamente bien, mandó carnear una ternera gorda, sin que se le pidiera y la entregó á mi tropa, y apenas amaneció ya estuvieron prontos los caballos para mi carretillas y para toda la comitiva; y aunque le manifesté que tenía los bastante para pasar, díjome que era mejor que los llevara arreados para que descansaran, y que nada me costarían los que él me daba hasta la otra posta de Tío Pujio, ni la carne que había proporcionado á mis soldados; y últimamente para no cansar á mis lectores y por pagar al mismo tiempo un tributo de gratitud á todos los maestros de postas y vecinos de todo el tránsito por la benemérita provincia de Córdoba, diré que llegué á dicha ciudad sin haber gastado un solo peso en caballos ni comida, pues los maestros de todas las postas venían á encontrarme á la mitad del camino con tropillas de caballos, y que yo llegué á dicha ciudad con más de setenta buenos caballos arreados de los que me habían sido regalados en el camino.

Igual beneficio recibí en todas las postas del territorio de dicha provincia hasta que sañí de ella; por consiguiente, nada puedo decir con certeza sobre lo que sucedió después de mi separación, si no es el desagrado que manifestó el general Bustos con todos los maestros de postas por el bien marcado agasajo que me habían hecho todos ellos. En Córdoba no me detuve sino un día y continué mi camino hasta Tucumán pero mucho antes de llegar me alcanzaron varios húsares que se le habían desertado al general Bustos y se reunieron á mi comitiva; así fué que llegué á Tucumán con más de 25 hombres.

Lo cierto es que sin la revolución escandalosa del ejército en

Arequito no hubiese habido la espantosa anarquía que tantos males produjo á la provincia de Buenos Aires y aun á las del interior, en casi todo el fatal año 20, porque la presencia de ese ejército bien disciplinado y mejor moralizado, no habría dado lugar á los escandalosos cambios de gobierno que hubieron casi diariamente en esta capital, ni á los excesos de todo género que se cometieron en la provincia todo por dicha causa, ni tampoco á las invasiones vandálicas de Ramírez y del gobernador López después; gracias á que esta última no pudo ocasionar á esta capital de Buenos Aires todos los males que eran consiguientes si López entra en ella, porque lo embaracé yo con mi llegada á ésta el día 8 ó 9 de Junio de dicho año.

Aunque este hecho es demasiado conocido de todo Buenos Aires y su campaña, preciso me es hacerlo conocer de todos por una ligera relación. Luego que llegué á Tucumán con los veinte y tantos húsares que dejo dicho, quise aprovecharme de la misión que en esas circunstancias estaba dando allí el virtuoso eclesiástico Dr. D. Pedro Ignacio Castro y Barros, y dejar á esos beneméritos y fieles soldados perfectamente dispuestos para retirarse á sus trabajos domésticos. Con este objeto me encerré con todos ellos á tomar ejercicios espirituales en el convento de San Francisco y así que concluyeron los despaché á todos ellos á sus casas.

Yo, que tenía positivos deseos de conocer Buenos Aires y de poder ser útil al gobierno que había iniciado la libertad de nuestro país y de visitar al mismo tiempo á mi virtuoso general, el Sr. Belgrano, me decidí muy luego á emprender dicho viaje, á pesar de las repetidas instancias que me hacía el gobernador don Bernabé Aráoz, para que fuese á reunirme al ejército del general San Martín, costeándome él dicho viaje.

Como el único recelo que yo tenía era el de que el gobernador López, de Santa Fe, me embarazara el paso por la batida que le dí en el paso de la Herradura, tuve que demorar mi salida para venirme de incógnito en una tropa de carretas y metido en un carretón; mas esta mi precaución no fué bastante para ocultar mi dicha marcha al conocimiento de los recomendables paisanos de la campaña de Córdoba, quienes por el afecto que ya me profesaban, no habían descuidado en averiguarlo; así fué que apenas pisamos su territorio ya empezaron á venir á buscarme á la tropa con sus obsequios. Como me viese yo descubierto en todo ese territorio, y era consiguiente que lo supieran también en el de Santa Fe, me re-

solví á entrar á Córdoba en la víspera del 25 de Mayo, para tomar desde allí la posta.

Dejé, pues, mi carretón y marché con el dueño de la tropa, que lo era mi amigo y paisano D. Analecto Gramajo, á la ciudad de Córdoba, á donde llegamos al ponerse el sol del día 24 de Mayo. No pasaron tres minutos de habernos bajado en la posta, cuando ya toda la calle y casa de posta estuvo inundada de soldaos que venían á verme de todos los cuerpos. ; Por cierto que me conmovieron con sus públicas demostraciones y por el profundo sentimiento que todos manifestaban por haberse dejado alucinar por falsas promesas en Arequito, porque ninguna les fué cumplida, y tuve que suplicarles se retirasen, para no comprometerme y encerrarme en el interior de la casa!

Muy luego pasé á presentarme al general Bustos, que ya era gobernador de la provincia y el cual me recibió muy bien. Al siguiente día muy temprano fuí con Gramajo á la calle Aneha á presenciar la formación del ejército y el saludo al sol del 25, con mi uniforme de húsares; pero fué tal la conmoción que causó en toda la tropa mi presencia, que estoy cierto me hubiese apoderado de todo el ejército, si le dirijo la palabra, pues lo mismo fué verme atravesar por la vereda del frente desde la izquierda hasta la derecha de todo él, que todos los soldados se hablaban unos á otros al oído á presencia de todos sus oficiales.

Así que concluyó la salva, nos retiramos á nuestro alojamiento y muy luego se llenó éste de oficiales de todos los cuerpos, sin exceptuar los de húsares, y tanto éstos como muchos de los otros, se manifestaban quejosos por haber sido engañados. Yo, poniéndome siempre en guarda, no hice más que aconsejarlos para que tuvieran constancia y para que conservaran la disciplina y el respeto debido á sus jefes.

Al siguiente día tomé la posta para Buenos Aires, acompañado del amigo Gramajo; del teniente número 2, D. Clemente Rico, que pidió licencia para visitar en ésta á su familia, y de dos ordenanzas que me seguían, pero como el correo que regresaba á Buenos Aires hubiese salido una hora antes que yo, llegó también á ésta, tres ó cuatro horas antes, y su primer diligencia había sido avisar al general Belgrano de mi venida. Así fué que inmediatamente había mandado llamar dicho general, según lo supe después, al Sr. Ramos Mejía, que hacía muy pocos días, ó no sé si horas, que ha-

bía sido encargado del gobierno, para darle la noticia é interesarlo para que salieran á recibirme con gran acompañamiento al siguiente día.

El correo había llegado á puestas del sol y yo como á las 9 de la noche y parado en casa del oficial Rico. Muy de mañana estuve á verme mi primo el Dr. D. José Miguel Díaz Vélez y se empeñó en llevarme á parar á su casa al instante. Cedió gustoso á este su ofrecimiento, y después que me hubo presentado á toda su familia, le pedí me llevara á visitar al general Belgrano y después á presentarme al gobierno. Preciso es advertir que á mi pasada por la Villa de Luján encontré allí al general Soler con el ejército con que salía á encontrar á los generales López, Alvear y Carreras, que venían sobre Buenos Aires.

Apenas me vió el general Belgrano entrar á su habitación, cuando se le llenaron los ojos de lágrimas al levantarse de su poltrona y estrecharme fuertemente en sus brazos. Tranquilizado en seguida, estiró su mano atrás y sacando de una gaveta de su escritorio el ligero apunte de mis memorias que le había dado yo á pedimento suyo, un año ó dos antes, me dijo: “Estos apuntes están hechos muy á la ligera, quiero que Vd. se tome el trabajo de recorrer su memoria y detallar más prolijamente todos los acontecimientos, y cuantos encuentros parciales ha tenido Vd. con los enemigos.” Por él supe que debían salir ese día á recibirme: á tanto llegaba el aprecio que ese benemérito general me tenía! De allí pasé á presentarme al gobierno y muy luego me contraje á complacer á mi general, refrescando mi memoria y escribiendo prolijamente todas las campañas y cuantos hechos de armas hubieron en ellas, en los ratos desocupados que tenía; mas esta mi tarea sólo llegué á concluir precisamente en la misma noche en que dicho general había expirado. Esta fué la razón porque me quedé con dichas memorias y porque me fué preciso continuarlas hasta la campaña que hice á Paysandú con el general Rivera (D. Fructuoso) á fines del año 46 y recién llegado de Chile, contra las fuerzas del general Oribe.

Como todos mis hechos de armas en la guerra de nuestra independencia, en el Perú, eran ya conocidos en Buenos Aires, así por las numerosas cartas de muchos individuos del ejército como por el conocimiento que el Sr. general Belgrano había dado á todos, era inmenso el prestigio de que yo gozaba en ésta; pero á tal extremo,

que me avergonzaba cada ocasión que salía á la calle, pues apenas me conocía alguno y me indicaba, cuando ya salían todos de carrera á las puertas para conocerme; así fué que fuí visitado por todo lo principal de Buenos Aires.

Muy pocos días habían pasado de mi llegada, cuando se apareció en ésta el general Soler con una escolta de su ejército, y se hizo proclamar gobernador por las calles, destituyendo al Sr. Ramos Mejía, y regresó luego al ejército. No tardó muchos días en ser batido completamente por las fuerzas del gobernador D. Estanislao López, de Santa Fe, en la Cañada de la Cruz, y por las que venían también con él al mando de los generales Alvear y Carreras y habiendo quedado con ellos por capitulación todo el batallón núm. 7 de pardos y morenos y con su coronel D. Celestino Vidal á la cabeza.

La disparada había sido horrorosa, pues el general Soler vino á desmontarse á un bote á ballenera en que atravesó á la Colonia. Muy poco después llegó el coronel D. Manuel Pagola, acompañado de Horoña, de blandengues; del comadante Vilela, de colorados de las Conchas y del mayor entonces D. Aniceto Vega, que mandaba un piquete de milicias de San Isidro; pero sin más fuerza que la de ciento y un pico largo de tropa de los tres cuerpos.

Como el gobierno había quedado acéfalo y el pánico que había ocasionado en toda la población la derrota y la aproximación de los enemigos, ganó Pagola el frente con toda su tropa y trató de llamar á las armas á todo el mundo para resistir. Al efecto, mandó muy luego echar generala por todas las calles, mas nadie concurría, porque unos ganaban el último rincón de sus casas, y muchos de los militares corrían á presentarse al general Alvear, pues todo el pueblo estaba completamente desmoralizado, así como las tropas y las salas de armas completamente saqueadas por el populacho en los frecuentes tumultos que se habían hecho para cambiar los gobiernos. Este era el estado de Buenos Aires y con los vencedores ya sobre Morón, cuando en la mañana siguiente se habíau agolpado todo el pueblo á la plaza de la Victoria á pedirme al Excmo. Cabildo por general, para defenderse conmigo á su frente.

En cama estaba yo todavía cuando entró á mi cuarto la esposa del Dr. Díaz Vélez, diciéndome—"Levántese, primo, que vienen á buscarlo de parte del Cabildo"—Mandé que entrase el edecán y habiéndome notificado de parte de dicha Excmo. Corpora-

ción que fuera inmediatamente á ella, y contestándole que iría al instante, se despidió y yo empecé á vestirme todo agitado por el compromiso en que adivinaba me iban á meterme, colocándome tal vez á la cabeza de un pueblo tan dividido en esas circunstancias tan espinosas. Mientras tomé un par de mates, y acabado recién de lavarme estaba vistiéndome, ya llegó otro edecán exigiendo mi presencia cuanto antes en el Cabildo. Díjele que con ese solo objeto estaba vistiéndome de prisa y que muy pronto estaría allí y se retiró.

Salí yo muy luego, y cuadra y media antes de llegar á la plaza, por la calle de las Torres, me encontré ya con los dos Alcaldes de 1º y 2º voto, que venían en mi busca, siendo el 1º, el Sr. Dols. Echáronme al medio y con mucho trabajo pudimos llegar á la escalera del Cabildo entre mil vítores y aclamaciones á mí por el inmenso pueblo que llenaba la plaza. Toda la escalera y lo mismo las galerías del Cabildo y basta la misma Sala estaban apiñadas de gente, y siendo mucha parte de ella de lo principal del pueblo; así es que nos costó inmenso trabajo para penetrar á la Sala del Ayuntamiento. Colocado en ella á la derecha del Sr. Dols, díjome: "El pueblo pide á V. S. por su general para defenderse, y desde este momento queda V. S. nombrado tal por este Excmo. Cabildo."

Después de dar yo las más expresivas gracias, tanto al pueblo como al Excmo. Cabildo por la honrosa confianza que en mí depositaban, díjele:

¡Habiendo, Excmo. Sr., en esta capital jefes de mayor graduación y de mejores conocimientos que los míos, podrán éstos resentirse justamente de que se confíe á un jefe joven y extraño como yo semejante cargo! El Sr. coronel D. Manuel Dorrego, que era uno de los primeros en la barra, no bien acabé de hablar cuando dijo en alta voz—"¡Yo seré el primero que tendré á mucho honor el mandar una guerrilla bajo las órdenes del general La Madrid!"—Este dicho fué aplaudido unánimemente por toda la concurrencia y el Cabildo añadió en seguida—"¡El pueblo tiene toda su confianza en Vd. y no la tiene en ninguno de los demás!"—Esta expresión fué aplaudida y confirmada por todos, y no tuve más remedio que someterme y decirle—¡Acepto, Sr., el alto y honroso puesto que se me confía, pero bajo la condición de que hemos de salir á batir al enemigo afuera y no defendernos aden-

tro como cobardes, exponiendo á mil malés á la inocente población!

Fué ésta mi proposición tan generalmente aplaudida, que todos gritaron á una—Sí, señor, todo el pueblo será soldado y le acompañará. Salí en seguida y montando en un hermoso caballo que me tenían preparado en la plaza, marché al bajo del río á proclamar á los peones carreteros, que había en las muchas tropas de carretas de las provincias, para que me siguieran á combatir al ejército montonero. Como 300 hombres de ellos me siguieron, dejando abandonadas sus carretas, y regresando con todos ellos al fuerte se los presenté al coronel Pagola, que se había hecho él mismo comandante general de armas y aprobado después; dicho jefe mandó que se les distribuyera instantáneamente camisetas y chiripás de bayeta, así como camisa y calzoncillos y las poquísimas armas que pudieron proporcionarse, siendo lanzas las más; y en los caballos que habían sido encerrados en los fosos del fuerte hacía dos días, montaron todos, y los mandé al Hospicio, donde se habían mandado situar á los pocos blandengues, colorados de las Conchas y los veinte y tantos milicianos de San Isidro.

Todo esto fué practicado entre las siete y diez de la mañana, del tantos de Junio, y habiendo sido D. Juan Manuel Rosas uno de los más entusiastas que desde que salí del Cabildo, se puso á mi lado para proporcionarme cuanto servicio se me ocurriera. Como mi salida debía efectuarse instantáneamente y el Cabildo, que era el gobernador, me había ordenado que pidiese al comandante de armas Pagola cuanto necesitase y dicho jefe era amigo mío desde la campaña de Sipe Sipe, díjome éste en el fuerte como á las diez de la mañana—“Compañero, Vd. pida cuanto necesite para su salida, en la inteligencia que cuanto Vd. quiera se le proporcionará.” En estas circunstancias, entrando un edecán del Excmo. Cabildo á llamarlo, me agregó, levantándose de su asiento—Siéntese aquí mismo y ponga el oficio pidiendo cuanto necesite, mientras voy á ver que *quieren estos hombres*, y se salió con el edecán ó después que éste.

Tomé asiento y habiéndome alcanzado el Sr. coronel don Marcos Balcarce, que hacía de secretario, ó lo había sido del gobierno, un pliego de papel, pedí en él dos mil pesos para socorrer á los voluntarios, no recuerdo si dos ó más tercios de yerba, algunos rollos de tabaco y unas resmas de papel para racionarlos

y luego que lo hube firmado, lo puse delante del secretario y me levanté. En esto entró de regreso el coronel Pagola todo acalorado y dirigiéndose á mí me dijo—;Compañero, ya Vd. no puede salir hoy, porque es necesario hacer conjunta de jefes! Hoy he ido al Cabildo y me han preguntado esos hombres si sostendré sus deliberaciones y les he dicho que no! Y dirigiéndose en seguida á uno de sus ayudantes, le ordenó que citara inmediatamente y para las dos de la tarde, á todos los jefes para asistir á una junta de guerra á dicha hora.

Me desagradó en extremo semejante lenguaje usado contra la única autoridad del pueblo y estirando la mano por sobre la mesa, recogí el oficio que acababa de poner delante del secretario, lo doble y guardé diciendo:—Puesto que no he de salir ya hoy, recojo este oficio y despidiéndome de todos, pasé á verme con los Sres. del Cabildo. Parece que estaban presentes en el fuerte cuando esto sucedió, los generales Alvarez, Pintos, Irigoyen, don Juan Manuel Rosas y no recuerdo qué otros. Ello fué que cuando yo me hice anunciar al Excmo. Cabildo y me mandó éste introducir y preguntó lo que se me ocurría, estaban todos acalorados, hablando de la inobediencia del comandante de armas, y que entre los cabildantes habían también varios vecinos de los principales y no sé si RR. del pueblo, y que habiéndoles yo manifestado el dicho del coronel Pagola y la orden que se me había dado para suspender mi marcha, iba resuelto á manifestarles que me retiraba á mi casa, desistiendo del nombramiento, porque sólo lo había aceptado por complacer y servir al pueblo y no para mezclarme en ninguna escandalosa insurrección, cuando más que nunca convenía la unión de todos y el respeto á la única autoridad; se levantaron todos á suplicarme que no los abandonara en tan críticas circunstancias y me pidieron encarecidamente que fuera al instante al Hospicio y sacando toda la fuerza que allí ya había reunida, me dirigiera á Santa Lucía, de Barracas, donde encontraría también al general don Martín Rodríguez y al coronel Dorrego, con alguna gente que iban á reunir.

No siendo propio resistir á tan justa como honorífica demanda, díjele que iba á cumplirla en el acto, y despidiéndome, salí echando la voz y proclamando por las calles, que los que quisieran defender los derechos del pueblo y no verse humillados y robados por los montoneros, saliesen conmigo á batirlos. Dirígeme

sin detenerme al Hospicio, y proclamando allí á cerca de quinientos hombres que había entre los tres piquetes del ejército y mis voluntarios provincianos, los mandé montar á caballo y anunciando que iba á salir por Barracas, tomé la calle de las Torres, y así que llegué á la embocadura de la que es hoy el Buen Orden, converjí á la derecha y me dirigí rectamente por la plaza de Monserrat á Barracas; mas cuando hube llegado á la embocadura de dicha calle, ya mi columna constaba de más de mil y tantos hombres muy largos, pues muchísimos de los ciudadanos pulperos y quinteros y, en fin, de todos los gremios, iba engrosándola conforme adelantaba camino y todos ellos armados y montados.

Así que converjí para Monserrat con la columna, gritaron á las armas los cívicos del 2° tercio, creo, que ocupaban las azoteas de dicha calle, no recuerdo si bajo las órdenes del general Zapiola; ello fué que ya se preparaban para hacerme una descarga, considerándonos de las fuerzas invasoras, cuando, adelantándome, me dí á conocer. Entonces el jefe me hizo un saludo desde una de las azoteas en que estaba con su tropa y ofreciéndose á mis órdenes.

Agradecí cordialmente dicho ofrecimiento y continuando la marcha entre mil vítores, llegué á los altos de la Convalecencia ya con cerca de 2000 ó más hombres. El coronel Dorrego, que estaba allí con el general Rodríguez y como 14 ó más hombres entre oficiales y ordenanzas, se adelantó á mi encuentro y me dijo—“Compañero, haga Vd. contramarchar á la columna, que el Cabildo ordena que entremos á la plaza con toda la fuerza.” Yo no dudé que el Excmo. Cabildo así lo hubiese ordenado, mas no queriendo yo ejecutarlo sin poner en conocimiento de los tres jefes de los piquetes del ejército, lo que había ocurrido antes de mi salida y la orden que se me daba para entrar á la plaza, mandé hacer alto á la columna y separándome á un costado de ella, mandé llamar á los únicos jefes: Orona, Vilela y Vega, y les instruí de todo: por la impresión que les causó mi aviso á los dos primeros, conocí que eran íntimos amigos del coronel Pagola, pero después que me hubieron escuchado, al parecer no muy contentos, dijéronme—; Aunque nosotros no tenemos el honor de conocer al señor general, sabemos, sin embargo, que es un jefe de los más patriotas y de orden; lo que el señor general ordene obedeceremos! Díles las gracias y mandándolos á sus puestos, hice con-

tramarchar la columna y me dirigí á la plaza, llevando á mi lado al general don Martín Rodríguez y al coronel Dorrego.

Luego que llegué al extremo norte de la plaza Monserrat, converjí á la derecha para entrar por la calle que es hoy de Santo Domingo, y apenas asomé con la columna á dicha calle, doblando por la casa de Rosas, cuando los centinelas de las piezas de artillería que estaban colocadas á las bocacalles bajo las órdenes del entonces comandante don José María Olaguer Feliú, gritaron á las armas é iban ya con la mecha encendida para dispararlas cuando picando mi caballo les dí un grito anunciándome. Entonces el dicho comandante, dirigiéndome un saludo con su sombrero, me indicó que entrara. Toda la galería del Cabildo y aun la plaza estaban llenas de un inmenso gentío y me recibieron con mil vítores al asomar yo á ella. Correspondí con un saludo al Excmo. Cabildo, que estaba en las galerías, y al resto del pueblo, y mandé converger la columna por la vereda ancha, pues no estaba entonces construída la Recova Nueva; mientras tanto, observé que tiraban desde las galerías del Cabildo varios papeles impresos que juzgué fuesen proclamas. Cuando la cabeza de mi columna hubo dado vuelta por toda la plaza hasta llegar al último arco del Cabildo, mandé dar frente á la izquierda, y sin embargo de que fué preciso formar á cuatro de fondo, la cola de la columna no había acabado de pasar por frente de la casa de Rosas. ¡Tal fué el entusiasmo de que se halló animado este gran pueblo en dicho día, que en tan pocas horas se habían armado, montado y reunido más de dos mil hombres largos!

Apenas hube acabado de dar frente con todos los hombres que pudieron penetrar en la plaza, cuando se acercó á mí el coronel Dorrego con un impreso en la mano y me dijo—“Acabo de ser nombrado por Excmo. Cabildo, gobernador interino de la provincia y es preciso que Vd. me haga reconocer por tal, y que proclame al pueblo recomendándole el debido respeto y obediencia”, alcanzándome al mismo tiempo el nombramiento para que me impusiera de él. Apenas acabé de dar cumplimiento á todo lo mandado, se acercó nuevamente á mí y me ordenó retirarme á la Convalecencia con todas las fuerzas, y que puesto allí entregara á las órdenes del coronel D. Domingo Sáenz á todos los quinteros y la demás gente del pueblo que se me había reunido, dejando los blandengues, colorados de las Conchas y milicias de San Isidro á las de sus respectivos jefes, y quedando yo á la cabeza de los vo-

luntarios provincianos. ¡Preciso me es decir de paso, que todo cuanto voy relatando lo presencié todo Buenos Aires, y que existen muchos Sres. que lo presenciaron que no me desmentirán, sin embargo de que estoy cierto de que esta mi publicación desagradará á más de cuatro, porque pone de manifiesto los importantes servicios que presté entonces á este gran pueblo y el completo olvido que se ha hecho de ellos!

Debo decir también en obsequio de la verdad, que la mayoría del pueblo quedó poco satisfecha de dicho nombramiento, muy particularmente por el retardo que ocasionó á mi salida las nuevas providencias que tomó dicho gobernante desde aquel instante, á pesar de que con mi entrada á la plaza se había ya depuesto al comandante de armas y puéstolo en arresto. Por lo dicho, ya se comprenderá que la primera providencia del jefe que había dicho en la barra del Cabildo esa mañana—“Yo seré el primero que tendré á mucho honor el mandar una guerrilla bajo las órdenes del general La Madrid”, fué la de destituirme del nombramiento de general que había hecho el Cabildo en mi persona, á pedimento del pueblo, pues bajo el pretexto de que el general D. Martín Rodríguez era mi amigo y de que gozaba de gran prestigio en la campaña del Sur, me dijo al siguiente día, que lo había nombrado general en jefe, á cuyo nombramiento yo me conformé, sin haberle manifestado el menor desagrado.

Todo el pueblo murmuraba mientras tanto y manifestaba los más positivos deseos de que yo saliera con él á batir á los enemigos que se habían aproximado ya al Paso Chico, que está á inmediaciones de Barracas al sud-oeste; pero como el Sr. Dorrego no podía contrariar directamente la opinión de todo el pueblo, no hizo más que buscar pretextos para que yo me retirara disgustado y que pudieran con ese motivo entrar fácilmente los invasores; así fué que se empeñó en hacerme salir al siguiente día por Barracas y con sólo mis trescientos y pico de voluntarios provincianos y los piquetes de blandengues, colorados de las Conchas y milicia de San Isidro, para que fuera á reunirme al partido de San Vicente al general en jefe, que se salió solo esa noche con el pretexto de ir á esperarme con fuerzas de la campaña reunidas.

Sin embargo de que al día siguiente ya comprendí el intento del gobernador Dorrego, desde que me avisó que el general Rodríguez había salido esa noche á esperarme en el punto ya dicho, quise dar una prueba más á este pueblo de mis nobles deseos de

servirlo; al efecto me dirigí á la casa del Sr. Agote, apoderado general entoumes de todos los troperos, porque había sido informado que los dueños de las tropas habían metido allí algunos peones para evitar que me siguieran y apenas me presenté en ella cuando ya se me ofrecieron á seguirme como unos 30 ó más de ellos, y regresándome al momento al fuerte con todos y con D. Juan Manuel Rosas, que no se me separaba un momento, se los presenté al Sr. gobernador para que les proporcionara monturas y demás. Todo se les mandó facilitar por el gobierno, y habiendo D. Juan Manuel Rosas proporcionádome una carretilla para conducir las monturas y demás á la Convalecencia ó capilla de Santa Lucía, donde me esperaba la tropa que debía salir conmigo, subí á pedir al gobernador que se recogieran los caballos del pueblo para montar los muchos hombres que tenía de á pie.

En el acto de hacerle semejante pedido díjome á presencia de varios jefes que allí había, y cuyos nombres están puestos en mis memorias. “Ya están dadas las órdenes para que lo esperen á Vd. los jueces de paz con todas las caballadas que Vd. puede necesitar; desde que Vd. pase el puente de Barracas ya encontrará reunida en los patios de las casas toda la caballada.” ¡Sr. gobernador, díjele, las órdenes que se dan muy raras veces se cumplen en circunstancias como las presentes, y con los enemigos á la vista! Si no se me dan los caballos que pido, yo me retiro, porque no quiero sacrificarme inútilmente ni sacrificar á los hombres que me siguen!

Como conoció el Sr. Dorrego que lo había yo comprendido, quiso picar mi amor propio á presencia de todos los jefes que allí estaban y del mismo Rosas, y me dijo—“¡Vamos, yo me pongo á la cabeza de la fuerza y se la saco á Vd. al otro lado de Barracas! ¿Dónde quiere Vd. recibirse de ella? Efectivamente, me picó en extremo con su injuriantes ofrecimiento, mas le contesté exasperado —¡Sr. gobernador, yo no necesito que V. E. ni nadie me saque la fuerza, porque me considero bastante fuerte para salir á la cabeza de ella, pero ha de ser con mi tropa montada! ¡Si no se me dan los caballos que pido, bien puede salir V. E. ó quien guste, pues yo me retiro á mi casa! Conociendo él entonces que no había logrado del todo su intento, me dijo más sosegado—“¿Se contentaría Vd. con que se le den 150 caballos?” Sí, señor, repuse, aunque conociendo que no eran los bastantes, pues los que habían sacado de los fosos del fuerte para montar los 300 voluntarios primeros, estaban la mayor parte cansados de la corrida que habían dado desde

el día de la derrota. Entonces, llamando el gobernador á todos sus ayudantes, les dijo—“¡Corra Vd. á tal y tal cuartel, Vds. á tal y tales otros, y ordenen de mi parte á todos los alcaldes que para las tres de la tarde me pongan precisamente en Santa Lucía de Barracas tantos caballos buenos cada uno!” y dirigiéndose en seguida á mí, añadió—“Ya tiene Vd. pronto los caballos, marche Vd. á esperarlos, que allí encontrará los baqueanos que lo conduzcan.”

Despedíme en seguida y me puse en marcha con Rosas, llevando por delante la carretilla con las monturas y demás, y los treinta y tantos nuevos voluntarios á pie y acompañados de mis ayudantes el teniente coronel D. Jerónimo Helguera, D. J. Antonio Lorente y D. Pedro Rico; cuando llegamos á Santa Lucía, como á las tres de la tarde, estaba toda la calle larga de Barracas llena de un inmenso gentío, que había concurrido del pueblo para presenciar la salida, mas no encontré más que veinte y tantos caballos, que habían mandado los alcaldes y ni un solo baqueano. Para acabarme de convencer de que lo que pretendía el nuevo gobernador era sólo el aburrirme para que abandonara la empresa y pudieran entrar libremente los invasores, ó hacerme sacrificar por ellos si salía á pie y con tan pocos hombres, pues no pasaban de 500 los que llevaba, quise esperar y esperé á que pasara la hora de las tres que había sido la designada á todos los alcaldes de los cuarteles del pueblo para tener allí prontos los 150 caballos.

Adviértase que no tenía ya la menor duda de que ese y no otro era el intento del Sr. Dorrego, y que sólo quería yo hacer que todo el pueblo lo notara. En efecto, pasadas ya con mucho las tres de la tarde y esperándome la división formada sin que pareciera un solo caballo más, pregunté indignado—¿No habrá tampoco un baqueano que me conduzca para buscar á los enemigos? Y como D. Juan Manuel Rosas, que no me abandonaba un momento, me contestó al instante—;No necesita Vd. de baqueanos, porque nadie lo es mejor que yo! Dije yo en seguida: ;Pues marchemos! y llamando á uno de los peones carreteros de á pie lo mandé que subiera á mis ancas! No había acabado éste de montar, cuando ya el comandante Rosas había levantado otro á las suyas y hecho alzar á los demás que quedaban de á pie con varios de sus peones, que tenía preparados.

Púseme en seguida al frente de la división y después de proclamarla, anunciándoles un triunfo seguro mandé romper en columna por cuatro á la derecha y marché hasta pasar el puente de Ba-

rracas á presencia del inmenso gentío y de los muchos espías que indudablemente avisarían al enemigo del estado en que salía la división. Apenas hube yo pasado el puente, cuando el activo D. Juan Manuel Rosas me dijo—;Mande Vd. parar un momento la columna, mientras corro á traerle los caballos que nos faltan, y sin esperar mi respuesta, partió de carrera con el soldado en ancas. Luego que me proporcioné el campo suficiente para que formara toda la división mandé hacer alto, abrir filas y echar pie á tierra ya al ponerse el sol. Muy poco se hizo esperar, pues le había prevenido que quería que todo el mundo me viese marchar antes de obscurecer sobre el Paso Chico, donde estaban todas las fuerzas de los enemigos.

Montados al momento todos los hombres que llevábamos en ancas, rompí la marcha en dirección al Paso Chico antes de que hubiese obscurecido y á la vista de la numerosa concurrencia que aun me observaba, y así que obscureció y perdimos de vista á los mirones, díjele á Rosas—Corte Vd. ahora á la izquierda y diríjanos á San Vicente ó las Cañuelas, donde dicen debe esperarnos el general Rodríguez con las fuerzas de la campaña. Así lo hizo y converjimos á la izquierda, pero no sin haberme dicho antes—;Ríase Vd. de las fuerzas que tenga el general Rodríguez! y de haber yo mandado los buenos descubridores que él me había proporcionado en observación de los enemigos.

Caminamos toda la noche por entre muchos bañados sin permitir que se encendiera un solo cigarro, y cuidando de la más perfecta reunión de toda la columna hasta que fuimos á amanecer á San Vicente, creo, y habiendo hecho dos ó tres altos para descansar un poco los caballos y la tropa. Allí encontramos al Sr. general Rodríguez con tan pocos hombres, que no llegaban á 20. Mientras se mandó carnear para que comiera la tropa, ya empezaron á llegar grupos de hombres de diez, de veinte y de más de todos los puntos de la campaña, preguntando por el general La Madrid, para presentárseme, y cuando yo les decía:—El Sr. general Rodríguez es el general del ejército y se los indicaba, contestábanme muchos á presencia de él mismo—Así será, Sr.; pero nosotros venimos á presentarnos á V. S. y tenía yo que darles las gracias ruborizándome de la franca ingenuidad de aquellos paisanos y los iba destinando á un cuerpo que puse á las órdenes de D. Juan Manuel Rosas, pues el Sr. general Rodríguez me había autorizado para arreglarlos.

No pasaría de hora y media cuando me llegaron ya los avisos de las partidas que había dejado en la noche en observación de los enemigos, avisándome que al amanecer el día se había movido el general Alvear con una fuerte división hacia Barracas, y que habiéndose encontrado con la rastrillada de nuestra marcha y dado aviso al general y gobernador López, se movía ya éste con todas sus fuerzas en nuestro alcance, pero dejando al batallón número 7 en Morón bajo las órdenes de su coronel D. Celestino Vidal. Como mientras comió la tropa habían ya reunido más de trescientos hombres largos de los que llegaban continuamente á presentarse de la campaña, propúsele al Sr. general Rodríguez que mudáramos el campo al monte Chingolo, que está un poco más próximo á Barracas, pues había yo concebido el plan de dejar burlados á los enemigos é ir con la noche á quitarles el batallón que habían dejado en Morón.

Como el Sr. Rodríguez se prestó á esta mi indicación, movimos el campo como á las 11 del día y muy luego lo fijamos en el monte ya dicho; mi primer cuidado fué ordenar á D. Juan Manuel Rosas que me mandara hacer un buen acopio de leña, el que no tardó en estar pronto, pues echó mano hasta de los corrales. Nuestra fuerza iba siempre en aumento con los que se presentaban por instantes y los enemigos se nos aproximaban, según los repetidos partes; mas, como el comandante Rosas me había ya proporcionado los caballos necesarios, le manifesté al general francamente mi pensamiento y era que dejando bien aumentados los fogones luego que anoheciera y unos paisanos que me proporcionaba el comandante Rosas para quedar al cuidado de atizarlos, nos pusiéramos en marcha por la costa hasta pasar el puente de Barracas y de allí dirigirnos por entre las quintas á Morón y apoderarnos del batallón, lo cual no me sería difícil, así porque el coronel Vidal no desdenaría la ocasión que le presentábamos, como por el ascendiente que yo tenía en dicho cuerpo, por haberlo librado á casi todo él de caer prisionero en Sipe Sipe.

El Sr. Rodríguez aprobó mi pensamiento y nos pusimos en marcha así que cerró la noche, pero habiendo llegado á Barracas como á las 11 y media de ella, díjome—“Mejor será que se espere Vd. aquí con toda la fuerza mientras voy yo de un galope á comunicarle su pensamiento á Dorrego, pues Vd. lo conoce que es un loco, y si por algún accidente no logramos el golpe que Vd. se propone, nos puede embromar por no haberle consultado: si él aprueba

su pensamiento, antes de una hora estoy de vuelta y marchamos, y si no lo aprueba me evitaré una mala noche: no necesita de semejante consulta, díjele, pues no la consideraba necesaria, desde que era él el general en jefe y había sido mandado á batir á los enemigos. No importa, me repitió, yo lo conozco á Dorrego tan bien como Vd. y no me resuelvo á marchar sin su consentimiento.

Tuve, pues, que someterme y mandar echar pie á tierra, y el general partió de galope para el pueblo. Había pasado ya una hora y me mordía yo de impaciencia, adivinando que el gobernador no aprobaría mi pensamiento, cuando se me presentó uno de los ayudantes del general Rodríguez con una esquela en que me decía: "Cuando yo llegué á ésta el gobernador había marchado al anochechar con los tercios cívicos, con el objeto de traerse los cazadores de Morón, mas habiendo llegado á la altura del Monte Castro, había desistido y acaba recién de llegar; por consiguiente, apenas le indiqué el pensamiento de Vd. se incomodó y me dijo: "¡Todo el batallón de cazadores está por mí y no hay necesidad de semejante marcha! Escríbale Vd. á La Madrid que sólo mande al comandante Vilela con su piquete de colorados, para que proteja la deserción de dicho cuerpo y que no se mueva él de Barracas!"

Fué tal la impaciencia que me produjo este nuevo embarazo que me ponía el gobernador para privarme de prestar un importante servicio á este patriota como desgraciado pueblo, que echando sobre mí toda la responsabilidad, mandé montar á caballo á más de 800 hombres que tenía ya reunidos y emprendíla al trote por entre los callejones de las quintas hasta salir al camino de San José de Flores y muy inmediato ya á dicha población. Así que llegué á dicho camino me presentaron mis descubridores un soldado del núm. 7 que regresaba de las inmediaciones de Morón con varias cartas del Sr. Dorrego para algunos sargentos y aun oficiales de dicho cuerpo, invitándolos á que se pasaran con todo él al pueblo, según me lo dijo el mismo soldado, y agregando que no le había sido posible penetrar á dicho pueblo y entregar las cartas por la mucha vigilancia en que estaban todas las centinelas, que si yo no daba crédito á su relación, podrían abrir las cartas y me impondría de la verdad de cuanto me decía.

No quise yo hacerlo y le ordené que fuese á entregárselas al Sr. gobernador y darle cuenta del mal éxito de su comisión y continué mi marcha al trote. Entrábamos ya á la población de San José cuando me manda la descubierta un sargento del mismo cuer-

po, que regresaba también con varias cartas y sin haber podido entregarlas, por las mismas causas que el primero y me acuerdo que una de las cartas me dijo que era para el mayor entonces del cuerpo y hoy coronel D. Ramón Rodríguez. Era un negro muy palangana, de los que habían quedado enfermos en ésta y se empeñaba en quererme relatar todos los encargos que le había hecho el Sr. Dorego, mas no queriendo yo escucharlo, lo despaché como al primero con todas sus cartas para que fuera á dar cuenta al gobernador y continué la marcha.

Cuando empezaba ya á alumbrar el día estaba yo á la vista de Morón con mi columna, pero muy mermada ésta, á consecuencia, según se me informó, de que muchos de los nuevos presentados en el día anterior se habían ido quedando en la marcha con el pretexto de componer sus monturas, pero sin volver después á reunirse y aun de los peones voluntarios de las tropas me faltaban también más de 20 hombres.

Apenas hubo aclarado el día con nosotros á tiro de cañón del pueblo, cuando se presentó el mayor D. Ramón Rodríguez en clase de parlamento y con un pañuelo blanco en la punta de su espada, que venía mandado por su coronel D. Celestino Vidal á preguntar qué gente era la que se presentaba. Díjele entonces al mayor, que era ya mi antiguo conocido: Regrese Vd. y dígame á su coronel, que soy yo, y que vengo á sacarlo con todo su cuerpo del compromiso en que se encuentra, pero que salga al instante. Así que regresó Rodríguez no tardó en presentármese solo el coronel, y aplicando su lente para reconocer mi fuerza, me dijo—“¿Cómo te has atrevido á venir con tan poca fuerza?”

Como conocí yo que le asistían temores de que regresara ya la fuerza toda que había ido en mi busca, díjele—Tengo al coronel D. Domingo Sáenz con quinientos hombres al sur de San José de Flores en observación del ejército enemigo, que lo he dejado burlado en el monte Chingolo y además 200 hombres sobre el Paso Chico; no tenga Vd. cuidado y salga ahora mismo con su cuerpo, sin embargo de que esto era supuesto, para inspirarle confianza. Marchóse al momento para salir con él, mas regresó muy luego y me dijo—“He dado ya la orden al mayor Rodríguez para que salga al instante con todo el batallón, pero quiero me proporciones un hombre baqueano para irme yo adelante.” Tendrá Vd. dos por falta de uno, díjele, y proporcionándole al momento dos hombres de confianza, se dirigió con ellos al pueblo. El sol había salido ya y el

mayor no parecía con el batallón; mandé á mi ayudante Llorenti á decirle que saliera en el acto y sin la menor demora y apenas recibió dicha orden mandó echar llamada con toda la banda de cornetas del cuerpo.

Fué tal la impaciencia que me dió al oír dicho toque, pues podía muy bien ser un aviso al enemigo, que lo consideraba ya de regreso, así que conoció su engaño á la madrugada cuando había cargado sobre el campamento de fogones, haciendo descargas sobre éstos, que me volé de rabia, dí orden de que montara á caballo toda mi fuerza y despaché al teniente coronel D. Jerónimo Helguera que corriera á ordenarle al referido mayor, que haciendo callar las cornetas, saliese al instante, pues de lo contrario iba yo á sacarlo á la fuerza; pero agregándole que dicha orden se la diese en alta voz para que lo oyera la tropa. Helguera partió de carrera y yo me moví de frente sobre el pueblo.

Cuando Helguera llegó, estaba ya el batallón formado en la plaza y el mayor dirigiéndole la palabra, pero habiendo sido interrumpida por la orden que le comunicó, según yo se lo había prevenido, contestó que ya salía, mandó echar armas al hombro y rompió su marcha en columna y salió de la población. Así que yo me presenté ante el batallón, lo proclamé y fuí recibido con mil vítores por todo él, despaché á mi otro ayudante Rico con el aviso al Sr. gobernador Dorrego de que iba ya en marcha con todo él y pidiéndole mandara al instante al coronel D. Domingo Sáenz con todo su cuerpo de quinteros y vecinos en mi protección, pues que podía muy bien encontrarme con todo el ejército enemigo, que estaba ya de regreso, y rompí en seguida la marcha en columna y al paso de trote, colocado yo á la cabeza del batallón y cubriendo mi caballería la retaguardia.

El ayudante Rico, no sólo alborotó todo el pueblo con sus vítores avisando que yo venía ya en marcha con todo el batallón de cazadores, sino que entró dándolos hasta el mismo fuerte y aun al presentarse el Sr. Dorrego, mas éste lo recibió con un ¡Miente Vd. y cálese la boca!, según me lo refirió después.

El resultado fué que á pesar del mentís que dió á mi ayudante, él salió al instante con toda su plana mayor hasta San José de Flores, dejando ordenado que los tercios cívicos formaran desde el molino de viento para afuera con el objeto de recibir á los cazadores, como también el de ponerse en guarda, mas sólo despachó al coronel Sáenz con un pequeño escuadrón á mi encuentro; pero fué

ejecutada tan de prisa dicha marcha, que el Sr. gobernador llegó primero que yo á San José, y el coronel Sáenz me encontró al entrar yo de Morón á la calle de aquél. No había llegado yo á enfrentar la iglesia de San José, cuando se me avisó que un gran grupo de gente que acababa de parar enfrente de ella era el Sr. gobernador y su comitiva.

Mandé hacer alto la columna y me adelanté á saludarlo, mas él, sin responder á mi saludo, me dijo con su mano izquierda tendida horizontalmente: “¡Todo el sur se está batiendo, y los paisanos solos están haciendo la guerra á los enemigos!” Y dirigiéndose en seguida á su secretario, el coronel D. Marcos, añadió: ¡Lea Vd. el parte, Balcarce!” Esto equivalía á decirme: ¡Salió Vd. diciendo que iba á batir á los enemigos y les ha hurtado la vuelta para venir á buscar á nuestros cazadores mientras tanto los paisanos solos están haciéndoles la guerra. Pero lo más gracioso fué la lectura del parte que hizo en voz alta el Sr. Balcarce, pues dicho parte era de Pedro que avisaba á Juan que Antonio estaba reuniendo fuerzas para ir á hostilizar á los enemigos, y cuyo parte acababa de serle pasado por uno de los jueces de la campaña.

Espero no se me tilde de minucioso ó tal vez de exagerador, pues estoy cierto de que existen varios Sres. comerciantes, de los que salieron también á recibirnos, que lo presenciaron y no me desmentirán; quiero de intento expresarlo todo para que todo el mundo comprenda hasta qué punto han querido ser injustos conmigo. Apenas acabó de leer el parte el Sr. Balcarce, cuando el Sr. Dorrego me ordenó que fuera á disponer la marcha del modo siguiente—“Vaya Vd., me dijo, y véngase con el batallón para entrar conmigo á la cabeza de la columna, tras del batallón han de seguir los cuerpos cívicos, que están formados desde el hospicio y la caballería de Vd. que marche á la retaguardia.”

Un sinnúmero de Sres. del pueblo y entre ellos D. Ambrosio Lezica, que esperaban á muy pocos pasos á que yo me separara del Sr. gobernador para felicitarme, apenas me aparté de él para ir á dar la orden, cuando llenándome de vítores me rodearon hasta casi sacarme del caballo con sus abrazos, lo cual picó en extremo al Sr. Dorrego, como se verá. Pude desprenderme con trabajo de entre los brazos de tantos Sres., para ir á cumplir la orden que había recibido; pero no bien acabé de darla, cuando un ayudante del Sr. gobernador estuvo á llamarme de su parte. Puesto yo al instante en su presencia, díjome—“Como he dicho á Vd., los caza-

dores entrarán conmigo á la cabeza, tras de los cazadores seguirán los cuerpos cívicos y por detrás de éstos *seguirá V.d. á la cabeza de su caballería.*”

Aseguro á mis lectores que no pude menos que sonreirme todo avergonzado por tan menguado proceder de un valiente, como lo era sin duda el Sr. Dorrego, y despidiéndome, dí vuelta mi caballo, después de haberle contestado—“Se hará lo que V. E. ordena”—Mas esta menguada disposición del Sr. gobernador sólo sirvió para mortificarlo más, pues como todas las calles, azoteas y balcones y aun entre las rejas estaban atestadas de gente y desearan los más conocerme, preguntaban todos al pasar cuál de los que iban al lado del Sr. gobernador era yo, y como les contestaba alguno que venía á retaguardia, guardaban sus vítores y flores para dirigírmelos, como lo hacían en efecto, hasta el extremo de avergonzarme, pues venía yo con un capotón de bayetón todo cubierto de barro y con un gran gorro de pizón.

Así que hubimos penetrado á la plaza de la Victoria, ya caída la tarde se me ordenó fuera á situarme con mi tropa á la Convalecencia y allí pasé la noche. Mi ayudante, D. Juan A. Llorenti me pidió licencia, no recuerdo si en la noche ó al amanecer el siguiente día para venirse al pueblo por un rato; ello fué que habiendo ido á almorzar á un café muy temprano para volverse al campo, se encontró con que estaban leyendo el boletín que había hecho publicar el gobierno sin haberme preguntado siquiera cómo había sacado á los cazadores y como en él se decía que yo y el coronel Sáenz habíamos ido á proteger la deserción del cuerpo de cazadores y los cuales se habían salido todos con sus oficiales porque estaba por el gobierno ó de acuerdo con él; tuvo dicho mi ayudante la franqueza de decir públicamente que todo cuanto decía el boletín era un embuste, porque sólo yo y sin orden alguna del gobierno era el que había venido con la noche después de dejar burlado en el Monte Chingolo al ejército enemigo: pues esta verdad le costó un arresto por el gobierno.

En esa misma mañana me mandó el gobierno una porción de boletines para que se repartieran en la división y los cuales causaron la risa de toda ella. Yo mandé inmediatamente un remitido al Padre Castañeda, desmintiendo cuanto decía el boletín y refiriendo la verdad de todo lo ocurrido y dicho remitido fué publicado en uno de sus muchos periódicos titulado *Doña María Retazos* y el Dorrego tuvo que callar.

Los enemigos, así que se encontraron chasqueados al amanecer, emprendieron su retirada y sin intentar siquiera el acercarse al pueblo. Yo me vine al pueblo esa mañana dejando toda mi fuerza en la Convalecencia, y al salvar una zanja que había á inmediaciones de la quinta de Balcarce, cayó mi caballo y me apretó levemente el pie izquierdo, con cuyo motivo me hicieron tomar pretexto varios Sres. comandantes y vecinos para que me metiera á la cama y dejara que el gobernador saliera sobre los enemigos: así lo hice por complacerlos y también porque estaba ya demasiado picado de ver tanta ruindad con tan marcado perjuicio de este pueblo y de toda su campaña.

Como el pueblo gritaba porque salieran las fuerzas á perseguir á los enemigos, se mandó la orden muy luego al campamento para que se dispusiera la división á salir bajo las órdenes del general D. Martín Rodríguez, y al comunicarla, contestó toda la tropa que no saldría sino iba yo á su frente. Avisado el gobierno por el general, mandó una orden fuerte, ya pasado el mediodía, para que se formara irremisiblemente la división para salir, pues que vendría el gobierno á obligarla. Apenas había dádose la dicha orden, cuando todos los voluntarios provincianos corrieron á tomar sus caballos para mandarse mudar, mas un tucumano bastante racional que había entre ellos, díjoles—Esperen un momento, mientras voy de una carrera á avisarle á nuestro coronel y no hagamos nada sin su conocimiento. Conformáronse y el soldado partió de carera á casa del Dr. Díaz Vélez, donde yo paraba, y en el momento de entrar á mi cuarto díjome en presencia de algunas visitas que tenía—Mi general, si V. S. no va ahora mismo al campamento, todos los voluntarios y la división se mandan mudar, pues los dejo tomando ya sus caballos, porque quieren obligarlos á salir con otro general y todos dicen que no salen con otro, no siendo con V. S.

Sin embargo, de las mil reflexiones de algunos de los Sres. que estaban presentes para que no me levantara con el pie hinchado, como lo tenía en efecto, mandé que me ensillaran al instante mi caballo, me vestí y marché de carrera al campamento y logré contener aquel tumulto y salí esa misma tarde con toda la división, pero aumentada ya por la caballería del coronel D. Domingo Sáenz, y con el general en jefe D. Martín Rodríguez á la cabeza de todas las fuerzas y haciendo yo las veces de su 2°.

Alentados ya los hombres de nuestra campaña, corrieron de todas partes á reunírseos: llevábamos ya cerca de dos mil hombres

y nos hallábamos campo afuera del puente de Márquez, siguiendo las huellas del ejército del general López, cuando el Sr. gobernador Dorrego, para sólo evitar nuestro completo triunfo, se nos incorporó á la cabeza de uno de los tercios cívicos y llevando también al batallón de cazadores, creo, y no recuerdo si algunas piezas de artillería. Lo cierto fué que nos mandó parar para que lo esperáramos, y de un orden admirable que había yo establecido en toda nuestra fuerza, pues no se separaba un solo hombre de la marcha ni del campamento, ni causaban el menor daño al vecindario, pasamos al más espantoso desorden que he presenciado en mi vida, así que el Sr. gobernador se incorporó y tomó el mando de todo el ejército; baste decir que á los cuerpos que bajo mi administración se les daban sólo seis reses y comían bien, se les mandó que carnearan 9 y además de este innecesario consumo de carne con daño del vecindario (pues ni recibo se les daba desde ese día) autorizó dicho gobernador la más completa licencia á todo el ejército, (1) exceptuando sólo mi división.

Apenas emprendimos la marcha al siguiente día, cuando ya principiaron los soldados de la cabeza de la columna á salirse de carrera y á la vista del Sr. gobernador (siendo los primeros los de su misma escolta) á correr avestruces. ¡Y cuidado que ya no volvían á incorporarse al ejército hasta mucho después de anochecer, y todos cargados de carne con cuero, de patos y gallinas que robaban en las casas todas! Así era que al emprender la marcha al siguiente día quedaba botada en el campamento la mayor parte de la carne de todas las reses que habían carneado los cuerpos y á poco andar ya se empezaban á encontrar por derecha ó izquierda del camino, aquí un buey degollado que le habían sacado tan sólo la lengua, allí un novillo que sólo le faltaba la picana y acullá una vaca, que sólo le habían sacado el sobrecostillar. Y no se crea tampoco que esto es cuento, en primer lugar, porque soy el más enemigo de la mentira, y en segundo, porque todos los vecinos de la campaña del norte dirán que es cierto cuanto digo, porque todos lo presenciaron.

(1) Adviértase que yo conservaba el mando inmediato de todos mis provincianos, y de una fuerza como de 800 colorados que los más eran peones del comandante Rosas, y de milicias del sur, y todos ellos puestos bajo sus órdenes estaban inmediatamente puestos bajo las mías, y acampábamos juntos, y sin permitir que un sólo hombre se separara ni de la marcha ni del campamento; ¡y cuidado que no me desmentirá la campaña toda que lo presencié!

Baste decir que tanto en las marchas como en los campamentos, no había más división formada que la mía, porque ningún hombre se separaba de ella sin mi conocimiento. Mil ocasiones le decía yo al comandante D. Juan Manuel Rosas—Es preciso que seamos inflexibles en conservar este orden, en primer lugar porque no es justo que causemos á los habitantes de nuestra campaña más daño aún que los mismos montoneros, y en segundo, porque seremos los únicos que resistiremos á los enemigos si se les antoja caer sobre nosotros en la hora menos pensada; y como él desde un principio apoyó este mi modo de proceder y se mostró siempre tan celoso por el respeto á la propiedad, fué por esto que me mereció desde entonces una particular estimación, hasta que vine á presentármele desde Montevideo para ayudar á defender el país contra el bloqueo de los franceses. ¡Fué entonces que acabé de conocer de cuánto malo era capaz ese funesto hombre!

No recuerdo si en la 1.^a ó en la 2.^a jornada que hicimos con el gobernador, nos pusimos bastante inmediatos al ejército del general López que estaba acampado, me parece que en la Cañada del Durazno, en el intermedio del puente de Márquez y de la Guardia de Luján; ello fué que hubo una gran tormenta esa noche, y que deseando yo aprovecharme de ella para dispersar por medio de una sorpresa á todo el ejército enemigo, me interesé fuertemente con el Sr. Dorrego para que me permitiera ir á ella con toda mi división, mas como dicho Sr. parece que sólo había salido á ponerse á la cabeza del ejército, con el objeto de escoltar á los enemigos para que no los batiéramos con el general Rodríguez, se negó abiertamente, diciendo que sería mejor que marcháramos todos juntos á la madrugada, pero ni aun esto se hizo, porque sólo marchamos tarde y después que ellos se habían movido ya.

Cuando nosotros llegamos á la Villa de Luján como á las dos de la tarde, todo el ejército enemigo estaba detenido en esta banda del río de Areco por su gran creciente, y pudiendo habernos ido sobre él y batídolo, se le antojó al Sr. gobernador el acampar sobre la costa del río de Luján á dicha hora y con un hermoso día. Allí volví á instarle á presencia del general Rodríguez, del comandante Rosas y de otros varios jefes, porque me permitiera ir á atacarlos con sólo mi división y también se opuso. De esas resultas le insté á presencia de todos porque me permitiese retirarme, puesto que no teníamos miras de dar alcance á los enemigos, y que sólo íbamos ocasionando muchos más males que ellos á los habitantes de

nuestra campaña. ¡Pues también se opuso y hasta me instó porque lo acompañara y tuve que ceder!

Al siguiente día no nos movimos de allí hasta que los enemigos no hubieron pasado el río y cuando nosotros llegamos al río de Arrecifes, no recuerdo si á los dos ó tres días y acampamos allí muy temprano, el ejército enemigo había pasado ya creo el día anterior y sólo la división de chilotes al mando del general Carreras había separándose á San Pedro con el objeto de proporcionarse caballos y permaneció en dicho punto hasta el siguiente día; mas como el Sr. gobernador Dorrego acampó el ejército á las 12 del día, sin embargo de tener ya dicha noticia, y mandó largar los caballos, quise yo comprometerlo á presencia de todos los jefes, así fué que estando reunido con los más de ellos en el patio de la casa en que había parado, fui con Rosas y le dije:—¡Me parece, Sr. gobernador, que si perdemos esta oportunidad de apoderarnos del general Carreras y toda su división, sería mepor que nos regresáramos! ¡Si V. E. me permite, yo voy ahora mismo con sólo la división de mi mando, y yo le respondo de que no se me escapará un solo hombre.

El Sr. gobernador se alteró un poco por esta mi petición y me dijo—¡No tenemos necesidad de aventurar un solo hombre, mandando una división y será mucho mejor que marchemos sobre esa fuerza con todo el ejército; por consiguiente, manden Vdes. ensillar y que tomen todos los cuerpos sus caballos de reserva para que marchemos al anochecer!" Todos los jefes marchamos á cumplir lo mandado, mas nos llevamos un buen chasco durmiendo en formación con los caballos de la rienda y los de reserva atados á la cincha ó la cola de los de silla, y sólo nos pusimos en marcha para San Nicolás al siguiente día ya tarde, cuando supimos que el general Carreras había marchádose de San Pedro en dicha dirección, así que amaneció el día.

El general López, con el resto de todo su ejército, se había situado sobre el arroyo de Pavón; así fué que cuando nosotros apurando nuestra marcha por primera vez, llegamos á la vista de San Nicolás, donde se hallaba ya el general Carreras con su división, y nuestras partidas descubridoras empezaron á tirotearse con las del enemigo, mandó el Sr. gobernador que hicieran alto las tres columnas en que estaba dividido nuestro ejército y se adelantó él con su escolta á guerrillar á los enemigos.

Adviértase que yo mandaba la columna de la izquierda, compuesta de mis 300 y más voluntarios provincianos y de la fuerza,

que iba á las órdenes de D. Juan Manuel Rosas, que sería como de 400. Viendo yo que de los enemigos empezaban ya á largarse algunos hombres sueltos por la parte del norte, en dirección á Pavón, donde estaba el gobernador López con el resto de su ejército, mandé marchar de frente mi columna al gran trote y cerré completamente la salida á los enemigos; pero debe advertirse que dicho movimiento lo hice avisándole al general Rodríguez para embarazar la fuga de los Chilotes, mas así que hube cerrado enteramente la salida á los enemigos, me lancé sobre las bocacalles que salen de la plaza para el norte y el oeste arrollando á todas las guerrillas que tenían en ellas y quitándoles un cañón con que me hacían fuego por esta última bocacalle y el cual estaba colocado á poco más de media cuadra de la plaza.

En semejante circunstancia y cuando ya mi tropa estaba á cubierto de los fuegos que hacían desde una azotea de la esquina de la plaza por aquella parte, llega un ayudante del Sr. gobernador Dorrego, de carrera, con la orden de éste para que hiciera alto y no diera un paso adelante, y preguntándome al mismo tiempo que con qué orden me había yo avanzado: díjele entonces al ayudante—“;Diga Vd. al Sr. gobernador que siendo yo un jefe de división y estando autorizado para obrar según las circunstancias, he avanzado sin más orden que la mía, para cerrar la salida á los enemigos! Y agregue Vd., le dije, que ya la plaza está á mi disposición, pues les he quitado el cañón que aquí tenían y está mi tropa á cubierta de sus fuegos, como Vd. lo ve.”

El ayudante díjome entonces—Tengo encargo del Sr. gobernador de prevenir á V. S. que desde el momento en que reciba esta orden haga V. S. alto y no dé un paso adelante sin expresa orden suya. Dígale Vd. que obedezco su orden, díjele; pero no olvide de manifestarle lo que está Vd. presenciando, pues ya ve que está la plaza á mi disposición.

El ayudante volvió de carrera y quedé yo parado y rabiando con el comandante Rosas; mas como yo observé en seguida que así que el ayudante llegó al Sr. gobernador y le instruyó de cuanto le encargué y él presencié, se puso dicho Sr. á la cabeza de la columna de la derecha y se dirigió por la calle del sur, penetrando ya á la población por la que está más próxima al río, y no quedándome ya la menor duda de que su objeto era el de privarme que fuera yo el primero que penetrara en la plaza, no pude menos que precipitarme á ella con mis fuerzas é intimar rendición á las tro-

pas que ocupaban la azotea y las cuales se rindieron; mas como en esos momentos asomaron ya nuestras tropas por el sur y dirigían sus fuegos á los que acababan de someterse y suspender los suyos, atravesé la plaza de carrera á prevenir á los nuestros que no hicieran fuego, porque estaba ya rendida la tropa: cuando les hacía yo esa prevención, sin haber reparado que estaba el Sr. gobernador emponchado entre ellos, grítame éste—; Retírese Vd., que aquí nadie manda sino yo!

Dí vuelta mi caballo y pasé á ponerme en la cabeza de mi división, que estaba formada en el otro extremo de la plaza y en la calle, pero como al mismo tiempo que yo llegaba principiase ya el más espantoso saqueo por las tropas del Sr. Dorrego, que á balazos hacían saltar las cerraduras de todas las puertas, díjele al momento al comandante Rosas—; Póngase Vd. á retaguardia con su división y vamos á formarnos afuera de la población, sin permitir que un solo hombre se nos separe para no mezclarnos en tan espantoso escándalo y poder ser nosotros solos los que resistamos á López si se nos viene encima, como es probable! Y rompiendo la marcha en columna, salimos á formarnos al oeste á unas cuantas cuadras fuera de la población.

Aunque la entrada á la plaza había sido de las diez á las once de la mañana ó las doce, el escopeteo á las puertas, el saqueo y beberaje duró hasta cerca de ponerse el sol, sin embargo de haberle yo mandado decir con el comandante don Juan Manuel Rosas que sacara las tropas del pueblo, no sólo para evitar tamaño escándalo, con tan gran perjuicio de todo aquel pueblo, sino para librarnos de ser acuchillados por los santafecinos, que podrían muy bien aprovecharse de aquel desorden.

Lo cierto fué que á presencia del señor gobernador Dorrego y demás jefes, porque aquél lo toleraba, no quedó una casa que no fuese saqueada, pues sin embargo de que pasadas ya cerca de tres horas ó más, se retiró el señor gobernador como una legua al sur, creo que al arroyo del Tala, con los hombres que quisieron seguirlo, estuvieron llegando al campamento muchos soldados desde el pueblo, hasta después de puesto el sol, unos con barriles de aguardientes arrastrados en un cuero á la cincha de sus caballos y otros cargados de efectos de todas clases.

Yo permanecí con toda mi división formada y pie á tierra, en el punto en que me había situado, y conservando partidas avanzadas en observación de los enemigos hasta las 4 de la tarde;

pero como los enemigos no hicieron movimiento alguno, me retiré á esa hora al campamento, y desesperado de ver los grandes acopios de efectos que tenían todos los soldados de los cuerpos, á excepción sólo de mis voluntarios y los de Rosas, fuí y le dije al señor gobernador que era preciso recoger todos aquellos efectos para devolverlos á sus dueños. El señor Dorrego díjome entonces: —¿Y quién lo hace, cuando no hay un solo soldado que no haya robado? ¡Se equivoca el señor gobernador, díjale, porque en mi división no hay un solo hombre que haya tomado un pañuelo siquiera! Si el señor gobernador me autoriza, yo recojo ahora mismo con mi división todo lo robado! Mas no hizo caso de ese mi ofrecimiento, pues me contestó que eso era imposible, y tuve que retirarme disgustado.

Desde aquel momento concebí la idea de retirarme del ejército y al día siguiente le pedí mi retiro, manifestándole el más profundo sentimiento de tener que servir en un ejército en que se consentían tamaños escándalos y á los cuales no estaba yo acostumbrado. El se denegó fuertemente á concedérmelo, instándome para que le acompañara hasta batir á López, pues me dijo que pensaba marchar sobre él muy pronto; mas viendo yo esta su resistencia y desengañado ya por todo lo que le había visto hacer, me negué fuertemente, hasta que suponiéndome enfermo, le dije terminantemente que no podía acompañarle y que me retiraba.

Como había mandado á todos los jefes, oficiales y tropa prisioneros para Buenos Aires á cargo del comandante Izaoque, que era del cuerpo de Rosas y escoltados por un escuadrón de colorados de su mando, díjome—“¡Muy bien, pero se encargará Vd. entonces de la custodia de todos los prisioneros hasta entregarlos en Buenos Aires, y al efecto llevará una orden para el comandante Izaoque para que los entregue!” Acepté dieha comisión y me puse en marcha muy luego para San Pedro, llevando creo una escolta de mis voluntarios provincianos.

Muy luego llegué á dicho punto y así que fuí informado por el comandante Izaoque de que todos los jefes y oficiales se hallaban confundidos con la tropa prisionera y metidos en un sótano inmundo, mandé que se preparara la mejor pieza del convento para que se trasladaran á ella dichos jefes y oficiales, y fueran tratados con la consideración debida á sus clases, pues habían entre ellos muchos de los que habían servido en la guerra de nuestra independencia, como el general Vedia, el coronel D. Gregorio Pe-

driel y otros, y por cierto que este mi cuidado en que mejoraran de alojamiento los alarmó en extremo, pues creyeron que iba yo con la orden para hacerlos fusilar; mas los desengañé al instante, y me quedaron tan reconocidos que á pesar de la completa libertad en que desde allí los conduje hasta entregarlos en ésta, no me ocasionaron el menor disgusto.

Me acuerdo que se admiraban los maestros de posta ó vecinos del tránsito de que mandara pedirles con anticipación sólo la carne necesaria y los caballos que precisaba para pasar, y de que los obligara yo á que mandaran un postillón conmigo para que les devolviera la caballada del lugar de la jornada, pues estaban acostumbrados, según me lo dijeron muchos, á que no se le devolvieran los caballos que se les pedían de auxilio.

No bien acabé de entregar al Sr. Balcarce, que era el substituto del gobernador Dorrego, todos los prisioneros, cuando ya empezó á susurrarse en todo el pueblo que el Sr. Dorrego iba á ser derrotado por el general López, por sólo haberme yo retirado. Adviértase también que no sé si al segundo ó tercer día de mi llegada á Buenos Aires, vinieron también el general D. Martín Rodríguez y el comandante D. Juan Manuel Rosas, retirados por la misma causa que yo. Lo cierto fué que no pasaron muchos días sin que se cumpliera el fatal pronóstico del pueblo, pues fué derrotado el gobernador Dorrego, creo en el arroyo de Pavón, y así que llegó á Buenos Aires dicha noticia y la de que se retiraba dicho gobernador perseguido por el general López, cuando todas las mañanas amanecían á la puerta de mi casa 30 ó 40 paisanos que venían á ofrecérseme porque consideraban que debía yo salir precisamente en auxilio del Sr. Dorrego (1). El Sr. D. Marcos Balcarce, su substituto, lo sabía todo esto, pero como tenía orden de aquél de no mandarme á mí con el auxilio que pedía, no quería ocuparme; así fué que prefirió poner banderas de enganche, dando una onza de oro á todo el que se presentara para ir al encuentro del Sr. gobernador.

A pesar de ese premio, empezó el gobierno á tocar mil dificultades, en razón de que todos preguntaban al recibir el enganche si iba yo con ellos, y como al principio les dijese que no, muchísimos devolvían la onza y se retiraban, mas advertido el gobierno de

(1) Yo les contestaba que nada se me había dicho por el gobierno pero que tuviesen entendido que yo se los haría saber al momento para que volvieran.

esto, dijo á los encargados del enganche que dijeran que iba yo á alcanzar á la fuerza en el Puente de Márquez, para ir con ella; así pudieron enganchar como cuatrocientos hombres, pero habiendo llegado al punto designado y no pareciendo yo se desbandaron todos y perdió el gobierno otras tantas onzas que les había repartido.

Mientras tanto, se trataba ya de quitar el gobierno al coronel Dorrego y habiéndome llamado á su casa el general Rodríguez con prevención que fuera montado para que diéramos un paseo, salí con él por el puente de Barracas y andando en conversación como una legua al Sur, nos encontramos con el comandante don Juan Manuel Rosas, que nos esperaba (sin yo saberlo) tendido de barriga en el pasto y con su caballo de la rienda, cerca de un lago. Bajámonos y allí supe recién el objeto de haberme llamado el general Rodríguez.

Dicho señor había hablado probablemente á Rosas para que influyera en los departamentos de la campaña para que éstos le dieran su voto, para que se encargara del gobierno en propiedad, mas Rosas le había exigido para trabajar en su favor (según lo dijo en mi presencia) que me llevara á dicha entrevista, en que quedaría acordado su nombramiento para la campaña. Efectivamente allí le exigió á presencia mía al Sr. Rodríguez que si se comprometía á nombrarme á mí de comandante general de la campaña, él le aseguraba que los votos de toda ella serían porque fuera él el gobernador. El Sr. Rodríguez así lo prometió y nos regresamos al pueblo despidiéndonos del comandante Rosas.

Mientras tanto, se habían puesto ya muchas banderas de enganche y bajo la misma promesa de que iría yo, se iban enganchar nuevos hombres, y muchos también de los primeros, y los cuales marcharon al fin con mi amigo el coronel D. Blas Pico en número como de 300 hombres y aunque sufrió alguna deserción en el camino, él fué el designado últimamente para que tomara el mando del ejército y el cual fué entregado en Areco por el Sr. Dorrego.

Pero antes de que esto sucediera, el Sr. Balcarce se había dirigido al comandante D. Juan Manuel Rosas, que estaba en Santa Catalina creo con su división de colorados, ordenándole que marchara con toda ella en auxilio del Sr. Dorrego; mas habiendo dicho comandante contestádole que mientras no fuera yo á ponerme á la cabeza de su división él no marcharía, por no tener los conocimientos necesarios, me llamó al fin el Sr. Balcarce y me ordenó fuese á

ponerme á la cabeza de la dicha división de Rosas, pues que él me pedía.

Yo me presté al momento para emprender dicha marcha, pero le hice presente que habiendo una porción considerable de hombres voluntarios que querían acompañarme, me permitiera reunirlos. El se excusó al principio con que no había armas para armar á dichos hombres, pero como yo me comprometí á armarlos si él me permitía ofrecer un pequeño premio por las armas que se me presentaran asegurándole que podría reunir muchas armas de las que se hallaban en poder del populacho, me autorizó al fin para que ofreciera no recuerdo si tres pesos por cada fusil ó tercerola, dos por cada sable y 12 reales por cada lanza. Ello fué que yo hice publicar instantáneamente una proclama corta, convocando á los que quisieran seguirme para salir al encuentro de los enemigos y ofreciendo el premio designado por las armas que se presentaran y la mandé fijar en las esquinas de las calles más públicas y designando el lugar creo de la ranchería para que se me presentaran.

Al segundo día tuve ya reunidos como 300 ó más hombres y un número bastante considerable de armas que me fueron presentadas y muchas de ellas sin admitirse el premio acordado. ¿Y se creerá que para todos estos hombres no se dió más que un peso para cada uno, y que con él salieron todos gustosos y sin desertárseme uno solo, sin embargo de las muchas onzas que habían malgastado en los enganches anteriores? ¡Verdad es esta que todo Buenos Aires la presencié!

Ultimamente, para no cansar más con esta relación, diré que el Sr. general Rodríguez ya recibido del gobierno, me dejó con el despacho de general ya retirado y en mi poder, para que fuera á tomar el mando del ejército y nombró como dejo dicho á mi amigo el Sr. coronel Pico y que últimamente salió él á campaña después que se retiró el Sr. Dorrego y que habiendo marchado con todas nuestras fuerzas hasta las inmediaciones de San Nicolás, se celebró allí la paz con el gobernador López, después de algunas entrevistas que tuvo dicho gobernador con el comandante Rosas, en las cuales se convino en que se le darían algunos miles de cabezas de ganado y las cuales le fueron entregadas después por Rosas, á quien comisionó el Sr. Gobernador Rodríguez para el efecto: mas es preciso advertir que Rosas le hizo al Gobernador López dicho ofrecimiento de su cuenta, y como dádiva suya, para adquirir con él el ascen-

diente que deseaba, pues así le hizo entender al Sr. Rodríguez y á todos los que figuraban en el ejército.

Con este motivo, después de celebrado el convenio y hecha la paz, Rosas dijo al Sr. gobernador Rodríguez, que era preciso ir ya á cumplir su compromiso y que necesitaba le autorizara para que los hacendados todos los ayudaran con peones y caballos, para la remisión del ganado, lo cual acordado por dicho gobernador, el comandante Rosas completó la entrega de todo el ganado que había ofrecido, pero haciendo que cada hacendado contribuyera no sólo con sus peones y caballos, sino también con una cantidad de cabezas. Así fué que él le presentó á López el obsequio como suyo para que lo distribuyera entre sus soldados santafecinos.

Al retirarnos de esa campaña, el Sr. gobernador Rodríguez intentó tomar á todos los voluntarios provincias que se me habían presentado para hacerlos soldados veteranos, y halagándome con que me daría la mayor parte de ellos para que formara yo un regimiento de húsares del orden; mas yo me opuse fuertemente á semejante medida, pues que me hacía aparecer como un engañador de los paisanos, á quines había prometido que pasado el servicio que iban á prestar, les daría á todos su libertad para que volviesen á su trabajo. ¡Si yo consiento, díjele, en que se lleve á cabo tan injusta medida, mañana no habrá un hombre que me siga cuando la patria necesite de mis servicios! Al Sr. gobernador le hicieron fuerza estas mi juiciosas observaciones y desistió de su proyecto y se licenciaron á todos.

Después de esto tuvo lugar la campaña que hice á Coronda contra Ramírez, me parece que á principios del año 21 y de la cual he hablado ya atrás, contestando á lo que Paz dice al final de su décima entrega; pero la descripción de esa campaña quedó en la reunión que hice de las fuerzas de mi izquierda y el triunfo que el gobernador López obtuvo sobre los restos del ejército de Ramírez, con las fuerzas de su mando y las de mi derecha que se le habían reunido; por consiguiente, debo prevenir que cuando Ramírez fué derrotado en dirección á la Cruz Alta y reunido con el general Carreras pusieron sitio á Bustos en dicho punto, yo fuí quien lo salvó del modo que voy á explicar.

Así que Bustos se vió sitiado por dichas fuerzas aventuró una comunicación á mí pidiéndome le auxiliara con mis fuerzas, y en el acto de recibir yo dicha comunicación le hice un propio al gobernador López, avisándole que iba yo á moverme en su auxilio y

pidiéndole que hiciera él lo mismo por la otra banda del Carcarañá, para evitar que Ramírez y Carreras batieran á Bustos, se apoderaran de toda la provincia de Córdoba y nos pusieron después en conflicto, con el poder que indudablemente adquirirían con dicho triunfo; mas el gobernador López me contestó á San Lorenzo, ó no sé si al Rosario, que no podía emprender semejante marcha por falta de caballos, pero que lo haría siempre que yo consiguiera que el Sr. gobernador D. Martín Rodríguez le mandara las caballadas necesarias.

A tan descabellada proposición, pues mientras tanto habría sucumbido Bustos y sometídose toda la provincia, le contesté en el acto que yo solo me ponía en marcha, haciéndole á él responsable por su negativa y marché en efecto con cerca de 400 hombres que tenía, y así que me vieron aproximar á la Cruz Alta, levantaron el sitio y se retiraron, Ramírez en dirección á la Villa de los Ranchos y Carreras tomando la de Mendoza.

Así que el gobernador López recibió ésta mi última comunicación y vió por ella que yo había marchado ya, púsose también en marcha para la Cruz Alta con sus tropas y despachando para Buenos Aires ó su campaña á los coroneles Suárez y Arévalo y llegó á dicho punto de la Cruz Alta al siguiente día de haber yo llegado y cuando ya los jefes enemigos se habían puesto en retirada. En el mismo día de su llegada acordó con Bustos, que él perseguiría á Ramírez y yo al general Carreras. Bustos quedó convenido en que así se haría y López marchó en esa misma tarde bajo la promesa de que saldría yo al siguiente día muy temprano en alcance de Carreras, mas así que amaneció Bustos se denegó á que yo fuera solo, pretextando que era mejor que marcháramos juntos en dirección al Río IV.

Con semejante pretexto me hizo perder la mayor parte de ese día y al fin marchamos juntos ya caída la tarde. Es preciso advertir que Bustos, á pesar de haber sido yo quien lo salvé de ser batido y de haberlo visitado repetidas veces desde que llegué, jamás me pagó la visita en mi campo porque temía que yo lo aprisionara, y dicho temor nació en él desde el momento de mi llegada, á consecuencia de que todos los oficiales que tenía del ejército pasaron á mi campo á saludarme y aun casi todos los individuos de tropa. Así fué que en toda la marcha que hicimos hasta cerca del Río IV, no sólo no fué una sola vez á mi campo, sino que se manifestó ya abiertamente desconfiado hasta que me pi-

dió por fin que me retirara y tuve que regresarme, quedándose él acampado con sus fuerzas.

No había yo llegado á la Cruz Alta, cuando fuí avisado por unos paisanos de que el general Carreras, así que supo mi regreso, había contramarchado con toda su fuerza sobre Bustos, y como era probable que éste sería batido, por el general disgusto en que estaba toda su tropa, hícele un propio avisándole que sin esperar que él me llamara me había puesto en marcha en su auxilio, así que supe la vuelta de Carreras sobre él. Semejante paso no pudo menos que agradar á Bustos y desarmarlo por el momento de sus injustas prevenciones, pues así que recibió mi aviso se puso en marcha con una pequeña escolta y vino á encontrarme á distancia de tres leguas creo, y me recibió muy afectuosamente, pues yo había apurado mis marchas á fin de no llegar tarde.

Desde allí regresamos juntos hasta su campo, y como el general Carreras contramarchó así que supo mi regreso, y Bustos no quiso ya seguirlo, porque se alarmó nuevamente al ver el contento de toda su fuerza por mi vuelta, tuve que retroceder creo al tercero ó cuarto día y era tal la estimación que había yo y mi tropa merecido de todos los habitantes de la campaña de Santa Fe, por la buena conducta que había hecho guardar á todos para con ellos, que así que pisé dicho territorio, salían los paisanos á pedirme les permitiera llevarse á sus casas para obsequiarlos á tres ó cuatro de mis soldados voluntarios. Yo concedí mucha gracia á los inmemorables santafecinos que me la pidieron, exigiéndoles tan solo que me los presentarían en la parada y así lo cumplieron todos, sin que uno solo me hubiese faltado. Si todos los cuerpos que yo he mandado hubiera sido *siempre desordenados*, como Paz dice, no habría yo merecido las simpatías y el afecto de todos los pueblos por donde he transitado con tropas, precisamente por la buena comportamiento que les hacía guardar para con todos los habitantes y sus propiedades.

Preciso me es suspender aquí la relación de los acontecimientos que tuvieron lugar en Buenos Aires, como el movimiento del 5 de Octubre y la campaña á la Sierra de la Ventana que hizo el gobernador D. Martín Rodríguez y la cual fué frustrada por Rosas á consecuencia de haber hecho sublevar la división de colorados que iba á sus inmediatas órdenes y que se regresara dejándonos plantados al coronel Ortiguera que mandaba en jefe y á mí, casi á la vista de las humaderas que hacía el gobernador Rodríguez en su cam-

po al Este de la Sierra de la Ventana, pues es preciso seguir al general Paz en la continuación de sus memorias.

Hablando el general Paz en el 2º tomo de sus memorias, "del triunfo que obtuvieron los santafecinos en Cepeda, que les abrió las puertas de Buenos Aires", dice en seguida en el primer párrafo del folio 32: "Con sólo la noticia de esta derrota había caído el directorio, dando lugar á la elección del Sr. Sarratea y á los célebres tratados del Pilar, que tuvieron menos duración que la que podían esperar los incrédulos. Los federales se habían retirado, más á consecuencia de lo sucedido, tuvieron que volver. Esta vez ya no lograron hacer prevalecer sus ideas ni su candidato, aunque hubiesen engrosado su partido con la adquisición del general Alvear y una multitud de jefes y oficiales de distinción, que fueron proscritos y que volvieron poco después (1) sin que nadie se acordase de su proscripción. Carrera había logrado sacar los chilenos y muchos que no lo eran de los cuerpos veteranos para formarse una fuerza propia. Sin embargo de su derrota en San Nicolás, conservó en los que escaparon un núcleo de poder que puso en serios cuidados á la república."

Si no hubiera escrito Paz con tanta parcialidad sus memorias, pudo muy bien haber dicho: Esta vez ya no lograron hacer prevalecer sus ideas ni su candidato, porque se los embarazó con su llegada el coronel Aráoz de La Madrid, quien con su presencia y el crédito de que gozaba hizo que se reanimara el espíritu de ese gran pueblo abatido entonces y fué el primero que escarmentó á los invasores victoriosos y restableció el orden. Es una verdad ésta que todo Buenos Aires y su campaña la conocen. Por otra parte, ¿cuáles fueron los serios cuidados en que puso Carreras á la república con el núcleo de poder que había formado con los chilenos y muchos que no lo eran que había sacado de los cuerpos veteranos? Al único que puso en serios cuidados fué á su paisano y compañero Bustos y al cual lo liberté yo de ellos.

No puedo menos que confundirme al ver que un general tan serio como Paz, y de tantos conocimientos como *previsión*, haya sido tan inconsecuente en sus relatos históricos, pues se le ve con frecuencia, no sólo criticar y deprimir á jefes que él mismo ha elogiado por su rectitud y conocimientos, sino que elogia y recomien-

(1) Conducidos prisioneros por mí desde San Nicolás, en su mayor parte.

da á otros que poco antes los ha pintado como unos ignorantes é ineptos con la mayor injusticia y, en fin, se ve pasar por alto hechos de la mayor importancia y relatar otros que no tuvieron lugar.

En el párrafo 2º del folio 32 de su 2º tomo dice: "La nueva victoria que obtuvieron las tropas de Buenos Aires en el Arroyo del Medio contribuyó también á equilibrar la guerra, hasta que la sangrienta derrota del Gamonal vino otra vez á inclinar la balanza en favor de Santa Fe y Entre Ríos, cuyo gobernador, D. Francisco Ramírez, empezaba á ser un personaje de notable importancia, etc." Yo no sé que en el Arroyo del Medio hubiese habido victoria ninguna después de la acción de San Nicolás, ni antes de ella.

Luego, más adelante, en el folio 33, dice: "El coronel Heredia, jefe del E. M. G., instaba á Bustos sin cesar para que lo dejase marchar por lo menos con una parte del ejército á las fronteras de la república, arguyendo que la revolución se había hecho para llevar al ejército contra los españoles y no para venir á meterse en Córdoba. Al fin Bustos, como para librarse de un compañero importuno, le dió los regimientos de dragones y húsares (el esqueleto de éste) y lo dejó partir. Marchando mi regimiento, era natural que yo también lo hiciese y además fuí vivamente solicitado por Heredia, mas no quise hacerlo, porque preveía lo que debía suceder y porque estaba poseído del más grande tedio hacia las cosas de la revolución y publicar mi deseo dominante era retirarme (1). Si había tomado parte en el movimiento de Arequito, tuve las más puras intenciones, que no vinieron á mancharlas ni un sentimiento de ambición, ni otro menos noble: el rumbo que tomaron los negocios me desengañaba penosamente y sólo en la vida privada creía hallar algún descanso."

Para probar las contradicciones en que Paz incurre con frecuencia quiero copiar algo de lo que dice en el 2º párrafo del fo-

(1) ¡Es bien singular que habiendo entrado á la revolución por sólo llevar al ejército á hacer la guerra á los españoles, se hubiese Paz quedado, y mucho más marchando su regimiento y siendo él uno de sus jefes! Esto lo que prueba es que no fueron esas sus miras sino el ver si se acomodaba en el gobierno como lo intentó después mezclándose en la revolución á Bustos, y sobre todo, ¿por qué cuando se retiró, como dice eran sus deseos, volvió después al llamado de Bustos y se mezcló en seguida á los revolucionarios para dar dirección al partido que quería deponerlo, hasta que por su falta de resolución tuvo que abandonar su país y refugiarse á la provincia de Santiago?

lio 34, hablando de los jefes del partido federal que se habían dividido separándose Ramírez y Carreras de López, que se había unido á Buenos Aires: "el partido de oposición á Bustos (dice) no cesaba de maniobrar para evitar la destrucción que lo amenazaba, y estaba expuesto en su desesperación á aprovecharse de cualquier coyuntura sin excluir la que le ofrecían los primeros de estos caudillos. Así lo hubieran hecho otros en su lugar; pero esos hombres á quienes yo comparé con los Girondinos, sintieron escrúpulos de servirse de unos instrumentos tan peligrosos como reprobados y prefirieron sucumbir fieles á sus principios de orden y libertad, á triunfar con el desorden. Si éste es un defecto para hombres de partido, debo confesarme culpado, pues que adolezco de él de un modo superlativo." ¿Y es posible que diga esto quien no tuvo escrúpulo ninguno para asociarse al caudillo Bustos en la revolución de Arequito, abjurando sus decantados principios de orden y de la más severa disciplina y conociéndolo como lo conocía sin duda?

Más adelante, en el folio 36, dice en su tercer párrafo: "Ramírez, luego que atravesó el Paraná con 1000 hombres aproximadamente de buena caballería, tuvo á su frente el ejército de Buenos Aires, compuesto también de sola caballería á las órdenes del coronel D. Gregorio Aráoz de La Madrid, quien aunque tenía doble fuerza (falso, pues no pasaba de 1200) fué completamente batido (1). Restaba aun López, que se aproximaba con sus santafecinos, sobre quienes contaba Ramírez obtener una victoria fácil ¿Cómo podía Ramírez, quedando desorganizado y habiendo perdido muchos hombres, contar con una fácil victoria sobre las fuerzas santafecinas, cuando se les habían reunido la mitad ó más de las mías?) pero se engañó. Este fué uno de aquellos sucesos casuales que dan la victoria al que menos lo merece. Quizá la suma confianza del jefe entrerriano fué la causa principal de su derrota, etc." Todo cuanto dice en dicho párrafo es inexacto y compuesto á su antojo por lo que vió escrito en mis memorias sobre el particular, pues todas las suyas se puso á escribirlas con las mías á la vista, y quitan-

(1) Ya dejo dicho atrás que lejos de ser yo batido, puse en fuga á Ramírez con todas sus fuerzas y habiéndole tomado hasta su carretilla y equipaje que tenía á retaguardia de su línea; y que si mi tropa se desordenó y puso en fuga después de victoriosa fué á causa de la disparada del coronel Fleitas, en vez de acuchillar y envolver á los prófugos de Ramírez.

do y poniendo cuanto le convenía, como lo conocí al escribir en mi 1.^a entrega y lo confiesa ya él á las claras en todas las últimas de sus memorias. Y como él conocía bien que no hablaba verdad en todo lo que contradice, fué esa la causa porque no se atrevió á desmentirme, como lo aseguró al público de Montevideo en el “Comercio del Plata”, cuando yo rectificué lo que decía el Sr. Sarmiento en su obra de Facundo respecto á las batallas de la Tablada y Oncativo y también á la de la Ciudadela, y por eso prefirió ponerse recién á escribir y dejar estampados todos sus embustes para que se publicasen después de sus días, para no sufrir la vergüenza de ser desmentido á pesar de haberse comprometido á contestar muy pronto y hacer conocer mis embustes.

Pero la Providencia, que es justa, ha querido que yo sobreviviera á dichas publicaciones, y como cuanto digo en mis memorias es la verdad, no temo el repetirlo, porque no seré desmentido.

Luego, más adelante, al fin del folio 37, dice: “Sería muy prolijo y hasta fuera de propósito ocuparme de los defectos de que adolecía el gobierno de Bustos, etc.” Y yo agrego que sería mucho más fuera de propósito desde que conociéndolo como lo conocía, y mucho más desde el día de la acción del Paso de la Herradura, (como me lo dijo á mí muchas veces) se le plegó para la revolución de Arequito.

No dejan de ser graciosas, por no decir ridículas, las suposiciones de Paz sobre el modo de pensar del general San Martín respecto á él; *ya por haber sido estudiante, ya por ser cordobés ó ya en fin porque habiéndose hallado en Arequito lo supusiera avezado en la carrera de las revoluciones*, como lo dice tan cándidamente al concluir el primer párrafo del folio 42; otro tanto digo de su resistencia al oficial Bravo para que los oficiales del ejército no lo depusieran á Bustos para colocarlo á él á la cabeza del ejército y mucho más cuando el general San Martín pedía á Bustos su cooperación sobre el ejército del Alto Perú y cuando por sólo llevar dicho ejército á hacer la guerra á los españoles había tomado parte en la revolución de Arequito, según él mismo lo repite con frecuencia. ¡Cuánto mejor le habría estado confesar que se engañó entonces y que por su falta de resolución no se atrevió á quitar el ejército á Bustos!

Todo lo dicho no tiene otro objeto que llamar sobre sí la atención de todos, como lo da á entender bien claramente en el último párrafo del mismo folio 42 y en todo el 43 y en sus dos notas pues-

tas en ambos. Luego, á la conclusión del primer párrafo del folio 45, hablando de la derrota que sufrió Bustos por Carreras en Chajá, dice: "Los dispersos dijeron ó no dijeron algo contra las disposiciones del general y se acordaron de mí, protestando que si yo los hubiera mandado no hubiesen sufrido la derrota: lo cierto es que éste fué el motivo que se alegó para mi destierro, como lo supe años después por un parte y nota original dirigidos desde Córdoba que llegó á mi poder: en ella se decía á Bustos, después de avisarle lo que propalaban los dispersos, y siendo yo de un genio aspirante, debían tomarse precauciones: el derrotado general, al acompañar este parte á su gobernador delegado Vedoya, le prevenía que tomase las medidas correspondientes, pero sin indicarlas." Vedoya resolvió mi extrañamiento."

Ultimamente, ¿para qué copiar todas las sandeces con que explica su destierro por el gobernador delegado Vedoya; el miedo porque se regresó el oficial que lo conducía hasta fuera del territorio de la provincia, aparentando su consideración, la partida con que el Sr. D. Faustino Allende lo fué á buscar sin otro objeto que el de ponerlo en libertad, la facilidad con que desistió de pasar á reunirse al ejército Libertador del Perú y la presteza con que se avino á ir á mandar y dirigir á los revolucionarios, etc? Es tan insignificante toda esa relación y la que sigue hasta que *tomó la resolución de ir á buscar (en Santiago ó Tucumán, donde tenía amigos y estaban sus antiguos compañeros) con ansia, una pequeña fuerza de línea que le sirviera de base para regularizar aquella montonera, que sólo muestra á las claras que lo que apetecía era regresar á deponer á Bustos y ocupar su lugar, como lo da á entender claramente en las dos últimas líneas del folio 48 y en las tres primeras del 49, que dejo subrayadas.*

Y para que todo el mundo comprenda sus contradicciones respecto á las nobles miras que dice lo decidieron á tomar parte en la revolución de Arequito, copio lo que dice á renglón seguido: "Con este fin, resolví trasladarme á Santiago del Estero, para lo que pude facilitarme los medios y logré después de mil peligros. Cuando llegué á la capital de la provincia, se celebraban las fiestas por la paz que se había ajustado con el gobierno de Tucumán, razón por la cual se habían marchado las tropas con que yo contaba para Salta. Esto me contrariaba inmensamente, pero al mismo tiempo sucedía la crisis en Córdoba, que hacía inútil la proyectada medida, etc."

Ahora pregunto yo: ¿Y por qué, ya que vió desvanecidas sus ambiciosas miras sobre Córdoba, no pasó á la provincia de Salta á unirse á su amigo Heredia para llevar la guerra á los españoles, *que eran todos sus deseos?*” ¡Contesten los defensores de ese hábil general á la europea, que jamás perdió una batalla con los tres únicos ejércitos que ha mandado en su vida, con todos los elementos necesarios y contra caudillos ignorantes, pero que sin embargo perdió los tres ejércitos después de vencedor, por sólo su inacción!

Preciso es copiar aquí otra de las falsas relaciones de Paz hablando de Bustos y tratando de pasar por alto todos los hechos que me honran. En el 2º párrafo del folio 50 dice: “Deseando éste (Bustos) ponerse en contacto con las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fe, se había situado en la Cruz Alta, donde fué atacado por Carreras y Ramírez, ya reunidos. Como Bustos ocupase varias casas inmediatas que como habrán visto los que hayan transitado por esos lugares, tienen todas un cerco de tuna ó penca que llaman *fuerte*, y que es precaución necesaria contra los indios, se puede decir que estaba fortificado: además había añadido algunas ligeras obras que guarnecían también con su infantería. Para atacarlos faltaban á sus contrarios medios adecuados, pues no tenían artillería ni infantería y tuvieron que desmontar caballería para formar las columnas de ataque. Naturalmente fueron rechazados en todas partes y Bustos proclamó su gran victoria.”

Pues todo lo dicho es un embuste fraguado por él, por la relación que yo hago en mis memorias hablando de dicho acontecimiento, pues Bustos no se aproximó allí para ponerse en contacto con nosotros, como dice Paz, sin saberlo, sino que huyendo tal vez de Carreras ó de Ramírez, que fugaba en esa dirección después que batido por López, procuró guarecerse en dicho punto. Lo cierto es lo que dejo ya dicho, que viéndose estrechado por ambos jefes, me pidió que lo favoreciera y que cuando yo llegué á la vista de la Cruz Alta con mis fuerzas, ya lo tenían á Bustos extremadamente estrechado y principiaban hasta á voltear las tunas con los sables, y que con motivo de mi aproximación levantaron el sitio y se retiraron dividiéndose, como he dicho, Ramírez tomando el camino á la Villa de los Ranchos por el Fraile Muerto y Carreras en dirección á Mendoza; esta es la verdad que Paz ha visto escrita en mis memorias, pues Bustos no proclamó tal victoria, como Paz dice, sino cuando yo les obligué á levantar el sitio á sus enemigos con mi pronta aparición.

Por ser un acto de justicia, diré cuatro palabras sobre la exagerada relación que Paz hace de D. Bernabé Aráoz en los dos últimos párrafos del folio 63 y parte del 64. D. Bernabé no era como Paz lo pinta, pues á más de poseer una buena fortuna y de gozar de un crédito reconocido en todas partes por su probidad y honradez, era de un trato afable y generalmente estimado de todos sus paisanos y aun de los extraños. Díganlo cuantos le conocieron aun en este comercio pocos años antes.

Lleno al fin Paz de desengaños y cansado del ocio fuera de su país, como él mismo lo dice en el primer párrafo del folio 65, "se prestó con tanto más gusto, por cuanto estaba aburrido del ocio", á la invitación que le hizo desde San Juan el comandante D. José María Pérez de Ordinina á tomar parte en una expedición que por indicación del general San Martín debía formarse en las provincias bajas para llamar la atención del enemigo por el Sur, etc." ¡Cuánto mejor le habría estado marcharse desde el principio con Heredia y llevar solos la guerra antes que ser invitados! Entonces sí que habría tenido derecho á que se le creyera que con aquel sólo objeto se había prestado á la escandalosa revolución de Arequito!

Luego, más abajo, añade en el último párrafo del mismo folio: "El proyecto de expedición al Perú, acogido por unos gobiernos con poco interés y por otros con una glacial indiferencia, aun puede decirse que halló positiva oposición en el principal de todos, que era el de Buenos Aires. No sólo negó toda clase de auxilios, sino que hubo de entorpecer una remesa de vestuarios que por cuenta particular hizo construir don Ambrosio Lezica: la policía fué á informarse muy seriamente con qué fin se hacía aquel vestuario militar y si no impidió su remisión, hizo ver muy á las claras que no aprobaba su objeto y destinación, etc., etc."

Yo me hallaba entonces en Buenos Aires y no tengo noticia de que el gobierno se hubiese opuesto á tal proyecto, y tan lo creo falso, que poco después me mandó el gobierno del Sr. Las Heras á Salta, para que expedionáramos con el General Arenales.

Si lo que Paz dice más adelante con respecto á la misión del Sr. General de Las Heras no es exacto, dicho general podrá contestar, pues yo lo ignoro; esto es, ignoro el arte de adivinar los secretos ajenos ó de los empleados públicos, que Paz *poseía en grado superlativo*; por consiguiente, no puedo saber si *el Sr. de Las Heras dió demasiada importancia á las mentidas promesas*

del Sr. Espartero ó si se dejó engañar ó conducir como un niño.

Paréceme necesario hacer aquí una ligera relación de esa expedición del Sr. Arenales, que sólo pdo realizarse hasta Nazareno, porque el general Sucre se había anticipado á batir al general Alaneta, y como el general Arenales supo probablemente esta noticia al llegar á Nazareno, había dejado allí sus fuerzas á cargo del entonces comandante D. José María Paz, y pasado aquel á verse con el general Sucre; así fué que cuando yo llegué á Nazareno creo en los primeros días de Abril del año 25 ó no recuerdo si poco después, sólo encontré á Paz en dicho punto á cargo de las fuerzas y tuve la desgracia de caer gravemente enfermo esa misma noche de una terrible puntada de costado que son allí muy peligrosas. Yo estuve muy malísimo y contra el parecer del médico del ejército, víneme á mejorar después de algunos días de cuidados, á fuerza de vomitivos y purgas de Lerroá.

Muy pocos días hacía que había yo llegado allí y tuve que retirarme así enfermo como estaba, juntamente con la división.— Poco tiempo después de haber regresado á Salta y cuando ya me hallaba enteramente bueno, recibí del gobierno nacional la comisión para conducir el contingente de tropas que debían entregarme los gobernadores de las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca, para el ejército que debía llevar la guerra al Brasil, con este motivo me adelanté á Tucumán para activar la reunión del de dicha provincia y la de Catamarca, mientras el Sr. Arenales disponía el suyo y me lo remitía á Tucumán. Llegado yo á esta provincia, se denegó su gobernador, que lo era D. Javier López, á facilitármelo, pretextando mil dificultades. Mas como yo tenía el más positivo interés en ir á tomar una parte en la guerra contra el Brasil, llevando un brillante cuerpo de voluntarios de mis decididos paisanos, propúsele al gobernador López que me permitiera publicar una proclama llamando á los que voluntariamente quisieran seguirme para que no se viera él comprometido á elegir hombres contra su voluntad; pero, como él sabía que no sólo eran muchos los paisanos que me seguirían, sino que no le quedaría uno sólo de los soldados que habían sido del ejército, y él tenía en su escolta, tampoco quiso permitírmelo.

Aficionado yo entonces por esta su negativa, resolví irme á Catamarca con sólo unos dos ordenanzas, para activar la pronta reunión de aquel contingente y facilitarle á su gobernador el Sr. Gutiérrez los recursos necesarios, para lo cual contaba con

los fondos que el gobierno había puesto á mi disposición. Cuando salí yo para Catamarca ya el disgusto que había en Tucumán contra el gobernador López era muy general y se esperaba por momentos una revolución encabezada por todos los jefes y oficiales que sirvieron al gobernador D. Bernabé Araoz, á quien López había fusilado, y los cuales se hallaban emigrados en Catamarca y Santiago del Estero y protegidos por los gobernadores de ambos países.

Llegado yo á Catamarca y después de haber acordado con el gobernador Gutiérrez la más pronta remisión del contingente á Tucumán para conducirlo á Buenos Aires juntamente con el que esperaba de Salta, había dispuesto ya mi regreso á Tucumán, cuando mi primo el Dr. D. Agustín Colombes, que estaba allí y era cura no recuerdo si de la Piedra Blanca, me dice en reserva: todos los jefes de Tucumán, que están aquí emigrados, van muy pronto á deponer á López protegidos por el Sr. Gutiérrez y de acuerdo con los que están en Santiago y á quienes protege Ibarra.

Con este conocimiento, y deseando yo evitar la mucha sangre que iba á correr por las vengas de dichos emigrados contra López y todos sus partidarios, juzgué prudente ver al gobernador Gutiérrez y suplicarle que suspendiera el envío de todos los jefes emigrados y comprometiéndome yo solo á separar á López del gobierno, para evitar las mil desgracias que sucederían en Tucumán si aquéllos iban.

El gobernador Gutiérrez se convino y sólo le exigí que dispusiera que un oficial de toda su confianza y ocho hombres de la misma se me presentaran como voluntarios al siguiente día cuando yo fijase una proclama llamando á los que quisieran seguirme á la guerra contra el Brasil.

Así se hizo y habiéndoseme presentado al siguiente día el entonces teniente Bildosa y hoy coronel con más los 8 hombres acordados, me puse en marcha para Tucumán por la posta, y habiendo llegado á Monteros y parado en casa de un hermano del gobernador López, que es el que debía proporcionarme los 13 caballos para pasar al día siguiente bien temprano, probablemente desconfió éste ó le avisó á su hermano por órdenes que tal vez tenía: el resultado fué que bien temprano se me dieron los caballos, pero bastante malos. Cuando me acercaba ya á Tucumán, como á las doce del día, alcancé á divisar al gobernador López, que venía del pueblo para la campaña con una escolta de un cabo y cuatro hom-

bres, pero que se apartaba á la derecha, dejando el camino á su izquierda.

Yo hice el que no lo conocía y seguía mi camino á la cabeza de mi pequeña partida para ver si él se me acercaba para hablarme, mas viendo que iba ya á parar sin darse por entendido, mandé hacer alto á la partida y corrí solo á saludarlo.

Sin embargo de que iba yo resuelto á separarlo del gobierno, no había pensado hacerle mal ninguno, pues mi objeto no era otro que el de evitar las venganzas que iban á ejercer los comandantes emigrados, que debían voltearlo y facilitarme el contingente de voluntarios con que yo deseaba ir á lucir en la guerra contra el Imperio. Apenas me vió acercarme á él solo, cuando se paró, mas no pudo disimular su turbación cuando le di la mano al saludarlo. Díjole que traía un oficial y ocho soldados voluntarios de Catamarca para acompañarme á la guerra, pero que me era muy sensible el no poder llevar los muchos de mis paisanos que deseaban seguirme.

El me contestó á mi saludo con cierta indiferencia, pero sin poder ocultar un cierto temblor de la mano que me dió y continuó su marcha al Sur. Si yo hubiese querido agarrarlo, nada me habría sido más fácil que ordenar al cabo de su escolta que lo amarrara, pues todos los soldados de su escolta estaban por seguirme, como se verá después; mas en el caso de tomarlo, me habría sido muy difícil resistir al clamor de todos los cívicos y mucha parte del pueblo para que se los entregara para sacrificarlo, como había hecho él con D. Bernabé Araoz, que había sido su protector ó segundo padre, pues se lo había pedido desde joven al padre de López, que era su compadre, para educarlo, enseñarlo y hacerlo gente, como al fin lo había conseguido, teniéndolo en su tienda y mandándolo últimamente en años anteriores á Buenos Aires, con recomendaciones para que llevara un negocio de efectos á Tucumán y hasta lo había hecho coronel de milicias cuando la última guerra con los santiagueños y las fuerzas de Salta que lo atacaron en Tucumán y á las cuales venció con Abrahán González á la cabeza de sus fuerzas, pero no sólo fué tan ingrato López para sacrificar á su benefactor, por quitarle el gobierno, sino que mandó también fusilar al hermano del gobernador, D. Pedro Araoz y otros.

He querido hacer esta ligera relación para que se conozca la sanidad de mis intenciones. López pasó para la campaña y yo entré al pueblo y devolví los caballos que me había facilitado el

hermano y á las dos de la tarde con seis ó siete caballos que se me proporcionaron casi accidentalmente ó sin que nadie se apercebiera, los mandé ensillar á puerta cerrada dentro de mi casa y luego que hube dispuesto que el teniente Bildosa con dos hombres y llevando otros dos en ancas debía dirigirse de carrera á prender al secretario de López, y el sargento Corbera con otros dos á mi tío D. Diego Araoz, padre político de López y en quien había dejado delegado el gobierno, mandé abrir la puerta y salimos todos á escape, aquéllos á cumplir su comisión y yo con sólo dos hombres me dirigí de carrera á la guardia principal del cabildo, que era de cívicos.

Cuando la guardia me vió desembocar á la esquina de la plaza por la calle de la Matriz y dirigirme de carrera á donde ella estaba, gritó el centinela á las armas. Así que llegué al frente de dicha guardia, que salía en tropel á formarse bajo el cabildo, sujeté mi caballo y les dije: ¿Estáis conmigo, mis valientes cívicos? Sí, señor, y viva la patria y nuestro coronel, contestaron todos.

Entonces, sin detención, díjeles: Mantenerse firmes mientras corro al cuartel, y partí á escape. El cuartel de la escolta de López estaba en la maestranza á una cuadra de la esquina al poniente, y los soldados de guardia estaban comiendo precisamente en el zaguán, cuando picando mi caballo me entré al patio, diciéndoles: A la plaza conmigo, los valientes cazadores del 10. Viva la patria y mi coronel, me contestaron y corrieron todos los soldados á tomar sus armas y salieron conmigo.

Luego que llegué con ellos á la plaza, mandé tocar la campana del cabildo convocando al pueblo, y ya encontré á mi tío el gobernador delegado y al secretario, acompañados del teniente y el sargento que había mandado por ellos. Muy pronto estuvieron reunidos en el cabildo y en la plaza una porción considerable de ciudadanos y los más de los RR. del pueblo. Fué entonces que subiendo yo al cabildo y haciendo que se reunieran en la Sala principal todos los RR. y los ciudadanos más notables, les instruí de la comisión que tenía del gobierno nacional para conducir el contingente que debían darme los gobernadores de las provincias para la guerra contra el Brasil, de la negativa del gobernador López aun para permitirme que llevara los que voluntariamente quisieran seguirme. Les instruí también de la expedición que iba á venir de los emigrados en Catamarca auxiliados por su gobierno, como asimismo de los de Santiago para derrocar á López y ejercer toda

clase de venganzas. Díjeles, por fin, que deseoso de evitar esos males á la provincia, le había pedido al gobernador de Catamarca, que no dejara partir á los emigrados y sólo me proporcionara como voluntarios el oficial y los ocho hombres de su confianza que eran los que me acompañaban y que con ellos solos me comprometía á realizar el cambio del gobierno, sin que hubiesen desgracias.

Por último, Señores, díjeles, todos vosotros, estáis instruídos del general descontento de toda la provincia contra su forzado gobernante y sabéis bien la espantosa revolución que está preparada contra él, y que puede serle bien cara á toda la provincia. Ahora, con pleno conocimiento, resolved libremente lo que consideréis justo y conveniente, bajo la segura inteligencia de que seré yo el primero en respetar vuestro mandato, aun cuando reprobáseis el paso que acabo de dar por sólo evitar las desgracias que vosotros conocéis mejor que yo.

Dicho esto, me retiré haciendo una reverencia y bajando á la plaza monté á caballo con toda mi partida hasta saber la resolución de la Sala, pero resuelto á desterrarme yo mismo para Bolivia con toda ella si la Sala reprobaba el paso que había dado.

Los Representantes y todo el vecindario conocían bien la verdad de cuanto les había yo dicho y tratando de nombrar un gobernador provisional resultó electo el médico y cirujano que había sido del ejército, Dr. D. Manuel Berdia, que se hallaba presente; pero, resistiéndose éste redondamente, se procedió á nueva elección y obtuvo la mayoría el comerciante D. José Manuel Silva, y como éste se excusó también de un modo terminante, acordaron todos elegirme á mí y me mandaron llamar para que prestase el juramento de costumbre y me recibiera del gobierno. Yo entonces les dije que no aceptaría tal cargo ni prestaría el juramento mientras la Sala no avisara al gobernador López su destitución y le ordenara terminantemente que se abstuviera de comprometer fuerzas para resistir.

Así se hizo y se mandó la comunicación á López, y yo presé en seguida el juramento y me recibí del gobierno. Comisioné inmediatamente á mi primo D. José Ignacio Helguera, que era coronel de milicias de la Ramada y Burro Yaco, para que marchara inmediatamente á traer los hombres que pudiera reunir, y otro tanto hice con el comandante D. José Ignacio Villafañe, de la

Yerba-Buena, que hoy se halla en un pueblo de campaña de este Estado.

Al siguiente día, muy temprano, y aun creo que esa misma noche, ya estuvieron ambos jefes de regreso como con 170 hombres: de entre ellos saqué no recuerdo si diez ó doce de los que habían sido soldados de mi cuerpo de húsares de Tucumán. Creo que no serían las 9 de la mañana cuando ya tuve avisos de que se aproximaba López con más de 600 ó 700 milicianos de los departamentos del Sur y salí yo á esperarlo al campo de la Ciudadela con ciento y un pico muy corto de cívicos mal armados, pues no habían los fusiles bastante porque López los tenía escondidos, y con mis ciento setenta de caballería, que coloqué á la izquierda bajo las órdenes del coronel Helguera. A los pocos morenos del número 10, que me habían seguido, les recogí los fusiles para armar á los cívicos, y dispuse que se colocasen aquéllos á retaguardia, porque temía que á pesar de haberse decidido, flaqueasen al ver las superiores fuerzas de López y pudiesen serme infieles.

La infantería la coloqué al centro y ocupé yo la derecha con sólo los diez hombres que había traído de Catamarca y los diez ó doce húsares que había escogido de entre la milicia.

La Sala se había ya reunido para hacer á López una nueva intimación para que se retirara y licenciara las tropas, y dicha intimación me fué presentada por el Sr. D. Agustín Molina, que era el secretario de la Sala y después fué Obispo de Tucumán, para que le firmara el pasaporte para ir á presentarla á López, que venía ya de frente en batalla sobre mi pequeña fuerza.

Cuando le firmé el pasaporte sobre las pistoleras de mi caballo y montado ya, las guerrillas de López empezaban ya á disparar sus tercerolas sobre nosotros, y al partir el Dr. Molina me voltearon de mi lado á un corneta que tenía. Yo me hallaba un poco avanzado al frente con mi pequeña partida y había dado orden á mi diminuta línea de que no disparase un sólo tiro sobre mis paisanos, que me atacaban, pues quería yo sólo salirles al encuentro para evitar mayores desgracias. Cuando el Dr. Molina se encontró con López á nuestra vista y lo mando en seguida á su retaguardia, ya yo iba de frente con mis veinte y tantos hombres, dejando mi pequeña línea quieta, y como al mandar López al galope lo conocí yo, pues venía al frente de su ala izquierda. Cerré las espuelas á mi caballo y me precipité á su encuentro, gritándole en alta voz: ¡Ahora

conocerás, grandísimo p...., quién es La Madrid, supuesto que tienes el atrevimiento de venir á buscarme!

Apenas oyó mi voz y me vió dirigirme á él con espada en mano, cuando ya sujetó su caballo y volvió caras, siguiendo toda su línea su ejemplo. Yo me precipité por entre todos en su alcance, sin cuidarme de los muchos de sus soldados que dejaba atrás, pues iba yo muy bien montado; mas como López era más jinete que yo, cerraba las espuelas á su caballo por entre los vizcacherales y tendido sobre el pescuezo de su caballo para huir mis cortes, y me dejaba atrás, pues tenía yo que abrir el mío á derecha é izquierda para no rodar.

Cuando yo hice dar vuelta á la línea de López ó ella dió vuelta por no hacer armas contra mí, mi primo el coronel Helguera se había lanzado con su poca caballería á perseguirlo, pero luego que yo lo advertí, cuando iba ya desbandada la línea de López y lo había yo perseguido á éste más de media legua, sujeté mi caballo y grité alto con toda la fuerza de mi voz para evitar que mataran ó hiriesen á los que huían y dejé á López se escapara tomando para la banda del río, por el campo de los Aguirres y regresé al punto en que había dejado á los cívicos, y desmontándome allí mismo pasé el parte al gobierno nacional, instruyéndole de todos los poderosos motivos que me habían obligado á dar aquellos pasos por sólo evitar á mi pueblo las desgracias que indudablemente habría sufrido por las venganzas de los emigrados y más que todo por poder llevar un lucido cuerpo de voluntarios voluntarios para la guerra en que el país estaba empeñado; que en esta virtud, decíale, no dudase de que muy pronto me pondría en marcha con los contingentes.

Despaclado el propio, monté á caballo y me encaminé al pueblo con toda la fuerza en el mayor silencio, y sin permitir se diese un solo viva, pues me había mortificado en extremo el ver las pocas víctimas que se habían sacrificado en la fuga, y no quise mandar á tomar al gobernador López, que acababan de avisarme había llegado con su caballo cansado y acompañado de sólo tres ó cuatro hombres, á una casa conocida de la banda del río y se me ofrecían á irlo á traer preso, pues lo consideraba ya demasiado escarmentado y lo juzgaba incapaz de volver á perturbar el orden en una provincia cuyos habitantes le acababan de dar tan visibles pruebas de su descontento.

El gobierno nacional, lejos de dar crédito á la verdad de cuanto yo le decía, me hizo la injusticia de considerarme un caudillo rebel-

de y que aspiraba á encabezar la oposición de las provincias, y no contento con la que ya le hacían los verdaderos caudillos Quiroga, Bustos é Ibarra, les impartió órdenes á éstos para que me atacaran; dichos caudillos, que al principio se habían alarmado con el cambio de gobierno que hice en Tucumán, juzgando que yo lo había efectuado por orden de dicho gobierno, se alegraron entonces con la orden que recibieron y se dirigieron todos á mí pidiéndome que fuese yo el que encabezara la oposición de todas las provincias, avisándome la orden que habían recibido para atacarme.

¡Aseguro á mis lectores que me ofendí en extremo al leer dichas comunicaciones, viendo que mi gobierno autorizaba á semejantes caudillos, que eran los principales opositores á la constitución de la República, para que atacaran precisamente al más decidido amigo del gobierno y de la constitución de su patria, y al único precisamente que en esas circunstancias podía enfrenar á dichos caudillos y hacer que la constitución fuese aceptada por todas las provincias!

Como por dichas notas de los caudillos conocí yo que no contando con el apoyo del gobierno nacional, no podía rechazar abiertamente sus proposiciones sin antes organizar la provincia de Tucumán y unirla, para contar con toda ella para resistirlos, me ví precisado á halagarlos con promesas, mientras conseguía mi objeto, y así lo hice.

Inmediatamente de llegar á mi conocimiento las injustas sospechas del gobierno nacional contra mí, y de la orden que había dado á los expresados caudillos para que me atacaran, le dirigí una nota quejándome del agravio que me había inferido suponiéndome capaz de contrariar sus disposiciones, y asegurándole que el único medio de contener á los caudillos Quiroga, Bustos é Ibarra, que eran sus verdaderos enemigos y los más constantes opositores á la constitución del país, era el de crear una respetable fuerza en la provincia de Tucumán para enfrenarlos; pero, como yo conocía las injustas sospechas que contra mí tenía, me guardaría muy bien de pedirle que me autorizara para ello; pero que tuviese entendido que si esto no se hacía jamás, podría contar con la obediencia de las provincias.

A esta nota me contestó el Sr. ministro de gobierno, Dr. D. Julián Segundo de Agüero, diciendo en substancia: Que el crear esas fuerzas en Tucumán sería una verdadera alarma para los gobernadores ó caudillos de las provincias, y que siendo la provincia

de Salta limítrofe á un país extraño, había considerado el gobierno más propio levantar en ella pie de ejército, y para cuyo efecto remitía á su gobernador el general Arenales, 2000 fusiles y 1500 sables, y que esperaba que yo cuidaría de que no se pusiese el menor embarazo á la tropa que conducía dicho armamento. Es un hecho indudable que yo recibí dicha comunicación del Sr. ministro Agüero, sin embargo de que un personaje de alta categoría borró esto de mis memorias en Montevideo, diciendo que en ese tiempo no estaba el Sr. Agüero en el ministerio. La nota era creo de mediados de Agosto ó no sé si de Septiembre del año 26.

Hecha esta advertencia para que se comprenda que procedí como un verdadero patriota, no sólo con circunspección y acierto, sino con un pleno conocimiento de las miras de esas caudillos, continuaré la relación de todo lo ocurrido, después del triunfo contra el ex gobernador López.

Mi primer cuidado fué consolidar la opinión de toda la provincia; ocupar indistintamente á los hombres, aunque hubiesen servido á López y sin perseguir ni molestar á ninguno. Establecí una junta ó sociedad de todas las personas más notables y las cuales debían reunirse en mi casa una ó dos ocasiones en la semana para aconsejar al gobierno todas las medidas que consideraban útiles al adelanto y progreso de la provincia; y además para que pudiesen criticar libremente todas mis disposiciones, en lugar de ir á los cafés ó círculos, las cuales podían tal vez ser injustas y sólo servirían para desconceptuar al gobierno; mientras que hecha esa crítica en mi presencia, yo me houraría en retroceder siempre que se me convenciera de haber obrado mal, pues que mis deseos no eran otros que los de obrar el bien con la más estrecha unión y acuerdo de toda la provincia, para lo que quería que me ayudaran con sus luces todas las notabilidades de ella.

Algún trabajo me costó al principio, pero muy luego me ví rodeado de la estimación y confianza de todos, y una de mis primeras disposiciones fué la de mandar un contingente de hombres bajo las órdenes de mi primo el coronel Helguera á Buenos Aires, cuyo número está puesto creo en mis memorias y hoy no lo recuerdo. Poco después de contar yo con la reunión y arreglo de toda la provincia, mandé á un minero inteligente, á practicar un reconocimiento en el rico Cerro Bayo, que está al poniente del pueblo y se descubrieron en él seis ó siete vetas ricas de plata muy interesantes, según los ensayos que hizo de los metales que

había traído y mucho más rica que las mejores que se habían descubierto en el Potosí.

Como había transcurrido ya algún tiempo sin dar yo cumplimiento al pedido de los caudillos de desconocer las autoridades nacionales, habían entrado ya en desconfianzas y dirigiéndose los tres: Quiroga, Bustos é Ibarra, al Gobernador Gutiérrez, de Catamarca, pidiéndole que negase la obediencia el primero, al Gobierno Nacional; mas dicho Gobernador, así que recibió las comunicaciones de los caudillos, me las remitió á mí, consultándome lo que debería hacer, y agregándome en su nota, que sólo haría lo que yo le ordenara.

Como al recibir yo dichas comunicaciones ya había yo reconocido el 1º á las autoridades nacionales, el día anterior le contesté al momento á Gutiérrez que siguiera mi ejemplo sin demorar y los echase á pasear á los tres caudillos. Así lo hizo y yo al dar cuenta al gobierno, que había reconocido toda mi provincia por una acta solemne de la representación, le adjunté la consulta de Gutiérrez y también la orden que yo le había mandado. Fué á consecuencia de haber hecho Gutiérrez lo que yo le ordené, que mandó Quiroga una expedición sobre Catamarca, compuesta de fuerzas de las tres provincias: Córdoba, Santiago y La Rioja, y la cual, después al Gobernador Gutiérrez; mas habiendo éste escapado para Tucumán con alguna gente, le auxilié inmediatamente con 300 hombres y regresó y batió á los invasores.

Fué á consecuencia de esto que Quiroga se movió con todas sus fuerzas sobre Tucumán, y esta invasión paralizó el trabajo que se iba á emprender con empeño, en las minas descubiertas, pues me fué necesario salir instantáneamente al encuentro de Quiroga. Sensible es que con tal motivo y el de los desgraciados acontecimientos posteriores y sobre todo con la muerte del minero descubridor de esas ricas vetas, no hayan dado hoy con ellas los muchos que en el día se ocupan en esos trabajos, pero estoy seguro de que si yo llego á pisar ese mi país, me será muy fácil dar con las vetas.

No considero necesario referir toda la historia de la acción del campo del Tala con Quiroga, pues todo el mundo sabe que después de haberle vencido completamente en 26 ó 27 de Octubre del año 26, quedó perdido dicho triunfo por sólo mi temerario empeño de perseguir y hacer que se me rindiera una columna de 300 infantes de Quiroga que fugaba en masa, después que toda mi caba-

llería iba en persecución de la de la enemiga, pues empeñado yo en seguir y rendir á dicha columna con sólo treinta y tantos ó cuarenta milicianos de caballería, y ciento y pico de mis cívicos de infantería que me seguían á corta distancia, vine á quedar por muerto, después de haber atravesado sólo por dos ocasiones por entre dicha columna, á causa de haberme volteado el caballo en una descarga que me hizo en la tercera vez que la embestía. Esta fué la causa porque mis pocos cívicos, considerándome muerto á su vista, retrocedieron.

Cuando mi caballería regresaba victoriosa, después de haber perseguido una larga distancia á la de Quiroga, y se encontró con el campo abandonado y con la noticia de mi muerte, se desalentó también y se puso en retirada, y esto provenía de no haber querido yo llevar de Tucumán á varios jefes y oficiales buenos que había de los que habían pertenecido al ejército, por no comprometerlos con el Gobierno Nacional, que me miraba como á enemigo.

No creo que estará demás referir un hecho bien marcado que pone de manifiesto mi extremada delicadeza, y también cuanto perdió el Gobierno y el país, por no haber dado crédito á los nobles y patrióticos ofrecimientos de un jefe que en toda su larga carrea no había dado jamás motivo para que se dudara de su patriotismo y de su profundo respeto á las legítimas autoridades de su patria.

El día en que salí de Tucumán con sólo cuatrocientos y pico de hombres y despidiendo desagradados á más de 1500 milicianos que se me ofrecían, por falta de armas, pasaba por la plaza de Tucumán la tropa que conducía el armamento para Salta, para que el general Arenales levantara un pie de ejército para contenerme á mí, que me consideraba con miras ambiciosas. Pues sépase que no me atreví á tomar más que 40 fusiles y otros tantos sables y dí cuenta por un propio al Sr. Arenales, avisándole que á causa de la repentina invasión de Quiroga, y de la absoluta carencia de armas, me había visto precisado á tomar aquellas pocas, pero que las devolvería así que regresara. Luego, en el día de la batalla del Tala y en los momentos en que mi caballería cargaba sobre la de Quiroga y se la llevaba por delante, llégame la contestación del Gobierno Nacional á la nota en que le había yo adjuntado la comunicación del Gobernador Gutiérrez y dándole cuenta del reconocimiento que había hecho la provincia; en ella me decía que quedaba convencido de la nobleza de mis intenciones, me nombra-

ba coronel del regimiento de caballería núm. 15, que debía formar en Tucumán y me autorizaba para invertir en su formación tantos mil pesos mensuales, que debían proporcionarme los comerciantes Frías.

Ahora bien, ¿si el gobierno no me hubiese hecho el disfavor de desconfiar de mí, ó si un poco más antes me hubiese remitido semejante autorización, no habría podido yo salir á buscar á Quiroga con dos mil hombres bien armados cuando menos, y llevando á todos los buenos jefes y oficiales que había en la provincia y habría concluído con Quiroga y con todos los caudillos del interior? ¿Habría triunfado aquí la oposición encabezada por el coronel Dorrego en el Congreso, ni tenido que renunciar el Sr. Rivadavia? ¿Habrían tenido lugar todas las desgracias que sufrieron las provincias del interior, ni las que sufrió Buenos Aires por la funesta revolución del 1º de Diciembre del año 28? ¡Creo que no habrá uno solo que no conozca que todos estos males se habrían evitado! Mas, por una faltalidad, casi todos nuestros gobernantes han tenido la *desgracia* de desconfiar siempre de los hombres de bien, y de los mejores patriotas, y por haberse siempre confiado precisamente de muchos de los que más debían guardarse, han sido casi siempre desgraciados.

Pero lo más extraño es que, después de aleccionados por tan dolorosa como dilatada experiencia, hayamos incurrido en las mismas faltas, precisamente después de la caída del más bárbaro de los tiranos, como nos sucedió en el fin del año 52 y aun poco después.

Por lo dicho se comprenderá que he tenido y tendré siempre el demasiado patriotismo, para no excusarme jamás á prestar mis servicios á todos los gobiernos de mi patria, siempre que me los han exigido, sin embargo de tan dolorosa experiencia. Dígalo, si no, la campaña que hice sobre Santiago del Estero y Córdoba, á pesar de mis gravísimas heridas del año 27, pues apenas recibí la orden verbal del Sr. presidente Rivadavia mandada por conducto de un señor diputado al congreso nacional, D. Miguel Díaz de la Peña, cuando haciéndome meter en un birloche, porque no tenía acción para poder montar á caballo, me puse en campaña. Y si esa expedición en que con menos de 500 hombres batí al caudillo Ibarra y le obligué á abandonar su gobierno y asilarse en la de Córdoba, no tuvo el completo resultado que era de esperar echando abajo á Bustos, fué tan solo porque el Sr. presidente, por no dar la cara de

frente, faltó á las promesas que me había mandado hacer de que el valiente coronel Rauch, que quedaba pronto con una división para echarse sobre Bustos y obrar de acuerdo conmigo apenas ocupase yo Santiago.

¡Cuando Ibarra llegó prófugo y volando á Córdoba, y cuya noticia se supo al instante en Buenos Aires, quiso dejar sólo á mi cuidado la empresa de echar abajo también á Bustos, porque no se dijese que él usaba de la fuerza contra los pueblos ó sus caudillos! No tuvo ese grande hombre el coraje bastante para obrar abiertamente de frente y mandó suspender la marcha á Rauch. ¡Si de La Madrid sale bien, dijo, *le daremos las gracias*, mas si sale mal, diremos que ha obrado de su cuenta y sin órdenes del Gobierno! Esa y no otra fué la causa porque tuve que retroceder de las inmediaciones de la jurisdicción de Córdoba, porque Quiroga y Bustos preparaban ya el ataque que dirigió el 1º sobre Tucumán y al cual auxilió también Ibarra, uniéndosele en persona con una respetable fuerza después de haber pasado yo por Santiago! Así fué que á los ocho días de haber yo regresado á Tucumán con una nueva herida de resultas de una operación que me hizo el facultativo Dr. Levis en esa campaña, y pocos días antes, para extraerme un pedazo de hueso de una de las costillas que me rompieron en el Tala cuando me dejaron por muerto con quince heridas, ya se me presentaron Quiroga ó Ibarra con cerca de dos mil hombres en el campo del Riocón el tantos de Junio y á menos de dos leguas de la ciudad de Tucumán.

Yo, que había llevado de Santiago seis hermosos cañones de los pertenecientes al ejército del general Belgrano, que Ibarra se los había llevado robado y los conservaba desmontados y clavados, en esos 8 días los hice montar y abrir los oídos y salí con ellos á dar la batalla, haciéndome alzar á caballo, por serme imposible montar solo, pues á más de tener caído el brazo izquierdo de resultas de un sablazo en el lagarto, conservaba abiertas las dos heridas de la espalda y el costado.

Pues en ese estado mandé cargar á los 180 colombianos con su coronel Matute, sobre toda la izquierda enemiga, que era compuesta de santiagueños y cordobeses, bajo el mando de Ibarra. Moverse Matute á la carga y poner en fuga á toda la numerosa fuerza de Ibarra fué obra de un momento, y por sólo haber traspasado dicho coronel la terminante orden que le dí, de no empeñarse en perseguir prófugos que no debían volver más al combate, se envolvió

mi izquierda compuesta de trescientos milicianos y ciento y pico de hombres voluntarios que tenía ya el primer escuadrón del regimiento núm. 15 y esto en circunstancias que la caballería de Quiroga buscaba ya por donde zafar al monte que hay entre el Rincón y los Aguirres.

Con esta inesperada confusión y fuga de toda mi izquierda, me envolvieron también á la reserva y quedé yo solo con mis ayudantes y cuatro ó seis hombres de caballería que conservaba á mi lado, y más mis ciento y pico de valientes cívicos, que formados en línea hacían fuego con las 8 piezas. En tal conflicto, y en la imposibilidad de ir yo á contener á mis milicianos que huían, juzgué más prudente y seguro abrirme paso por entre los soldados de Quiroga y seguir á buscar al cuerpo de colombianos que iba victorioso acuchillando á los santiagueños. Cargué sin vacilar con mis ocho ó nueve hombres y me abrí paso por el Rincón, dejando orden á mis cívicos que se sostuviesen á todo trance. Cuando Matute había perseguido hasta una larga distancia á Ibarra, lanceándole sus hombres, no fué posible reunirmele y doblé á la derecha para la Yerba Buena, á disponer la reunión de las milicias que habían fugado en esa dirección.

Los valientes cívicos se habían sostenido casi hasta ponerse el sol, sin embargo de haber perdido ya más de la mitad de su fuerza, y sólo cuando no quedaban ya más que 50 hombres y muchos de ellos heridos y se les habían acabado las municiones, recién entonces se rindieron, y fué después de esto que regresó Matute victorioso con sus colombianos, y entraba al campo dando vivas, juzgándome dueño de la victoria después de puesto el sol, cuando recibéndolo á balazos las fuerzas de Quiroga, tuvo que retroceder por los Lules hasta haberseme reunido esa misma noche en los montes de la Yerba Buena como á legua y cuadras del pueblo.

Sin embargo de que toda esa noche la pasé en su mayor parte sobre el caballo, en procura de reunir algunas milicias y sumamente incomodado por mis heridas, me presenté al siguiente día al frente de Quiroga, como á las 8 de la mañana, con una fuerza como de 500 hombres, en el campo más allá de la Ciudadela.

Quiroga, que tenía sólo como unos 800 hombres escasos, y se mantenía formado desde que me avistó, apoyando su línea en el monte de los Aguirres, mandó formar al frente de ella á mis cincuenta cívicos prisioneros con los pocos oficiales que les habían quedado, y todos éstos hincados de rodillas, mandó que se les apro-

ximara una parte de sus fuerzas con las armas cargadas, y después de haberles ordenado que se echasen los fusiles á la cara como para fusilar á mis prisioneros á la voz de fuego, le ordenó á un ayudante de mis cívicos criado del Dr. Molina, que se levantara.

Puesto en pie ese infeliz y sin más ropa en el cuerpo que un pedazo de trapo que sólo le cubría las partes, le dijo: “¡Ya vez cómo quedan todos tus compañeros; marcha á decir á tu gobernador que, si da un solo paso sobre mí después que hayas llegado, le fusilo en el acto á todos tus compañeros!” El honrado y valiente ayudante marchó de prisa á mi encuentro y apenas me descubrió, corrió á mí llorando y después de comunicarme cuanto le había dicho Quiroga, añadió: ¡Por Dios, mi gobernador, mande parar su gente y no dé un paso adelante, porque ese hombre va á matar á todos sus valientes cívicos y mis compañeros!

Mandé hacer alto á mi línea y me quedé como petrificado al considerar que ese verdugo era capaz de asesinarme á todos esos valientes. Mas pedí papel y tintero y haciéndose bajar del caballo, le puse el siguiente oficio: ¡De un asesino y cobarde como V. S. nada otra cosa debo esperar que el cumplimiento de su bárbara promesa! Pero tenga V. S. entendido que si atentase contra la vida de uno solo de esos valientes, yo le fusilaré á todos cuantos jefes, oficiales y tropa tengo prisioneros de las fuerzas derrotadas de Ibarra—Gregorio Araoz de La Madrid. (1)

Concluído dicho oficio, se lo entregué al ayudante y le dije, después de hacerle dar una muda de ropa: Regresa á entregar este oficio á ese monstruo y nada temas por tí ni por tus compañeros. Así que regresó el ayudante creo que mandé echar pie á tierra á mi tropa y después de haber permanecido un rato mandé montar á caballo y me retiré, porque me sentía en extremo debilitado y porque ya uno de los oficiales de Matute me había dicho esa mañana que no me fiara de su jefe, pues que se había expresado de un modo alarmante contra mí delante de algunos oficiales, pero que estuviese seguro de que los oficiales no le consentirían que atentase contra mí. El que me dió este aviso fué un valiente y bizarro capitán negro y fué el mismo que á los dos días después puso en mi conocimiento la propuesta que había hecho Matute á todos sus oficiales, la cual era reducida á tomarme preso y entregarme al

(1) Esto le decía sin tener un sólo prisionero en mi poder, pero seguro de que él debía creer que tenía muchos.

caudillo Quiroga, pero me aseguró que todos los oficiales le habían dicho francamente que jamás consentirían que se hiciera conmigo tal infamia.

Con este segundo aviso y tan mortificado como iba yo por la gravedad de mis heridas, resolví evadirme con una pequeñísima escolta de hombres de mi confianza, bajo el pretexto de adelantarme para preparar la carne y caballos para la división, y el valiente y honrado coronel D. Ignacio Murga, tucumano, tuvo la heroica resolución de seguir después en mi guarda con una parte de la fuerza á sus órdenes, hasta que considerándome ya en salvo, regresó de los Valles de Calchaquí al Oeste de Salta.

He querido hacer toda esta relación por poner en conocimiento del público, tanto el brillante comportamiento de todos los oficiales colombianos, como la noble y generosa acción del distinguido coronel Murga, y para que se comprenda cuánta fué mi decisión por el triunfo de la causa nacional.

Preciso es ya seguir á Paz en la inexacta descripción de sus memorias.

Lo que dice Paz en el último párrafo del folio 67 de su 2º tomo hablando del gobierno del general Las Heras. “La preferencia que dió á éste (al Sr. D. Manuel García) en sus consejos el nuevo gobierno separándose de su pariente el presbítero Dr. D. Segundo de Agüero que pretendía ser su director privado, contribuyó eficazmente á preparar su caída cuando se instaló la presidencia cerca de dos años después.” Lo creo esto tan inexacto como muchas cosas de que habla sin conocimiento alguno, nada más por esa manía de criticar á todo el mundo, pues hallándose Paz entonces desterrado en Salta á consecuencia de no haber podido derrocar á su paisano Bustos, no para llevar el ejército al Alto Perú contra los españoles, sino para colocarse en el gobierno de Córdoba, como lo había ya intentado una sola vez; no sé cómo pudo el saber esos secretos que no llegaron á mi conocimiento hallándome yo en Buenos Aires. Ni pudo tampoco haber contribuido eso á la caída del Sr. de Las Heras, aun siendo cierta aquella suposición, porque ella resultó de la elección de un presidente que hizo el congreso del año 26 en el Sr. Rivadavia, y aun tengo entendido, si no me engaño, que éste quiso nombrar al Sr. de Las Heras general en jefe del ejército que debía llevar la guerra al Brasil y que dicho general no admitió.

Según lo que ya dejo expresado atrás se conocerá también que

ese contingente de tropas con que dice Paz: "salió de Salta el 2 de Diciembre del mismo año 25", debió serme remitido á mí por el gobierno de Salta á Tucumán, para conducirlo con los demas de las provincias, pues era yo el encargado por el gobierno para ello. Estoy, pues, persuadido y con razón, de que Paz se interesó con el Sr. Arenales para que lo mandara á él directamente á Buenos Aires por no ir bajo mis órdenes, y mucho más cuando acababa de ser graduado coronel por dicho señor gobernador, sin otro mérito que el de cierta afección personal, pues ningún servicio importante había prestado él á la patria hasta entonces, á no ser que tal quería llamársele á la principal parte que tomó en la revolución de Arequito. Porque en esa fecha no había yo ni aun soñado el deponer al gobernador D. Javier López.

Lo que no dejo de extrañar es, que diciendo Paz en el último párrafo del folio 68: "Ya es tiempo que concluya esta parte mi memoria para dar lugar á la que debe abrazar el período de la guerra brasileña. Ella merece una consideración especial y una narración separada, etc." Se hayan encontrado los editoriales con que los tales manuscritos autógrafos del finado general los había dejado éste (tal vez en cambio de mis memorias) y no pudiendo conseguirlos á pesar de sus repetidos reclamos, como lo dicen en su nota, se hayan visto en la necesidad de suplir esa falta publicando la lucida memoria biográfica del expresado general escrita de memoria por el distinguido y hábil escritor D. D. F. Sarmiento en Alta Mar, y como por distracción en el año 45 ó 46, y que este mismo dice que ignora cómo se encontraron en los papeles del general cuando estaba persuadido de que estaba entre los suyos en Chile.

Parece más probable que ese benemérito y desgraciado general, al acercarse sus últimos momentos, hubiera querido ocultar esos sus apuntes y prefirió dejar para que se publicara la lucida memoria biográfica del Sr. Sarmiento, pues consideraría más ventajoso el que un hábil escritor como el Sr. Sarmiento hiciera de él en dicha campaña un tan lucido como exagerado elogio. Cuando digo exagerado, debe entenderse que es porque tengo conocimiento por varios de losjefes que se hallaron en esa campaña del Brasil, que no "fué tan espléndida su conducta en la batalla de Ituzaingó y tan eficazmente concurrió á asegurar el resultado incompleto de aquella victoria, que fué elevado inmediatamente al rango de general de división", lo cual no es exacto. En la carga que dió el general Paz en esa batalla fué rechazado y se vió obligado á retirar-

se á una larga distancia, y el que se llevó por delante á los enemigos y les puso fuera de combate una porción considerable de sus fuerzas, fué el valiente y distinguido coronel entonces D. Juan Lavalle, y que á consecuencia de aquel reohazo que sufrió Paz, fué suspendido por el general Alvear en su empleo. El Sr. Alvear los propuso después de la batalla para generales de división, á los coroneles Lavalle y Paz y sólo fueron reconocidos en dicho carácter cuando fueron de Buenos Aires los despachos del gobierno, á consecuencia de las propuestas del general en jefe, y no fué elevado inmediatamente, como dice Sarmiento, á dicho rango, porque no tenía el general facultad, como lo dijo él mismo en la orden.

También creo algo exagerado lo que dice el Sr. Sarmiento, hablando del plan infalible que había concebido el general Paz (cuando quedó á la cabeza del ejército) para destruir el brasilero, en el principio del folio 71. "Si el general Paz, en despecho de todas estas dificultades habían logrado organizar un plan de operaciones *infalible* en sus resultados, es cosa que no podremos asegurar puesto que no fué sometido al crisol de la experiencia. Pero sus campañas posteriores y sus victorias sobre ejércitos casi siempre de doble fuerza, hacen presumir que entonces había arribado á la victoria por el mismo camino que después ha sabido obtenerla siempre."

Me permitirá el Sr. Sarmiento que no esté yo conforme con este su parecer, en primer lugar porque esos cuerpos numerosos con nombre de ejércitos que venció después Paz, no podían nunca compararse con ese verdadero ejército brasileño, que se hallaba mandado por jefes y oficiales hábiles y que no carecía de ninguno de los elementos que son necesarios para la guerra. Las inmensas turbas que batió Paz en San Roque, en la Tablada, en Oncativo, y aun contando también la de Caaguazú, no merecían el nombre de ejércitos; no estaban mandadas por ningún hábil ni aun mediocre general, á excepción sólo de la 1ª, que tenía á la cabeza al general Bustos con una parte bien desmoralizada ya del virtuoso ejército del Perú y un buen tren de artillería; mas esa batalla, ni las dos que le siguieron después, no las ganó Paz sino por la dirección de su jefe de estado mayor y por la eficaz cooperación de los acreditados jefes, oficiales y soldados que le acompañaron, y aun después de todos sus triunfos, vino á perder ese ejército y después el de Caaguazú por su incapacidad, ó más propiamente, por su paramiento é indecisión para haber obrado en tiempo oportuno, y obteni-

do todas las ventajas que dan las victorias á los que saben aprovecharse instantáneamente de ellas y no quedarse embriagados con sus triunfos, como se quedó él hasta que perdió ambos ejércitos y se perdió por fin él mismo.

Créaseme que me es muy doloroso el tener que decir estas verdades contra un compañero á quien aprecié sinceramente y que prestó importantes servicios á nuestro país. ¿Pero cómo dejar de decir algunas verdades sobre algunos hechos fabulosos que no sólo el mismo se los atribuye, sino que aun los dan por ciertos algunos escritores por no haber sido bien informados cuando ese mismo general está mostrando en todas sus exageradas memorias una prevención tan marcada contra mí como injusta, ya faltando á la verdad de los hechos que relata, ya ocultando otros muchos que me hacen alto honor? ¿Sería justo que yo dejase pasar inapercibidos para la posteridad algunos siquiera, ya que no todos, de los diferentes y gloriosos hechos de armas que he tenido desde mi juventud, combatiendo con heroica decisión como desprendimiento, ya contra los enemigos de la independencia y libertad de mi patria, ya en fin contra todos los caudillos que han procurado envilecerla para dominarla á su bárbaro capricho; y mucho más desde que parece que con este intento se me arrancaron las verídicas memorias que tenía escritas desde mi juventud por orden del virtuoso y benemérito general D. Manuel Belgrano, puesto que ellas fueron á parar á las manos del general Paz? ¿O se creyó que mi memoria sería tan débil que no recordase lo que tantas ocasiones había escrito!

Si yo he mostrado algún interés en que esos mis hechos de armas no queden olvidados ni desfigurados por la emulación de algunos, ha sido sólo porque ellos son la única y exclusiva herencia que puedo dejar á mis hijos; esto es, el aprecio y consideración de mis compatriotas si los consideran de algún valor, puesto que toda mi vida la he consagrado al servicio exclusivo de mi patria, y jamás he abusado, como lo han hecho otros muchos, de los elevados puestos que he ocupado para gastar boato á costa ajena! Espero pues que en atención á lo dicho se tendrá alguna indulgencia con lo que escribo, pues no relato sino los hechos más importantes.

Lo que dice el Sr. Sarmiento en la continuación de su memoria biográfica hablando de la revolución del ejército contra el gobierno del Sr. Dorrego al fin del folio 76 en la entrega 15: "Dorrego, habiendo fugado á la campaña donde estaban Rosas y los caudillos, etc., y en Navarro esperó la división del ejército que ha-

bía salido de Buenos Aires en su persecución" no es exacto, porque no lo esperó al general Lavalle, sino que éste le salió al encuentro cuando Dorrego fugaba para el norte desde la Laguna de Casca-llares con todas sus fuerzas para buscar la reunión con el goberna-dor López de Santa Fe. Yo, que había sido invitado por el gene-ral Lavalle para que le acompañara en la víspera de su salida de Buenos Aires y que por consiguiente marchaba con él, le había pedido el día antes de la batalla de Navarro que me permitiera ir al campo de Dorrego y Rosas, porque tenía esperanzas de persua-dirlos á que no hicieran correr sangre inútilmente y procurasen entenderse con el general. Con este motivo me mandó el general Lavalle con una carta ó nota para ambos y en calidad de parla-mentario, y en la cual les ofrecía garantías para sus personas; mas al tiempo de marcharme yo esa mañana, me parece que de San Vicente ó sus inmediaciones, le indiqué al general que cruzara por la noche con todas sus fuerzas á Navarro, con el objeto de inter-ponerse entre las fuerzas de los Húsares de Rauch, que estaban al norte y obedecían á Dorrego bajo las órdenes de Pacheco y las del gobernador Dorrego y Rosas, para evitar que pudieran reu-nirse en caso que no convinieran de buena fe en la propuesta que yo iba á hacerles; por consiguiente, el general encontró razona-ble mi indicación y me aseguró que así lo haría, para que pudiera yo buscarlo por la noche en esa dirección.

Marché, pues, y ocasioné una gran sorpresa con mi aparición en la Guardia y pueblo de Lobos, ya caída la tarde; pero habiéndoles yo dado tiempo para que se aquietaran y conocieran que mi ida era sólo con dos ó tres coraceros y un corneta, como le mandé decir con un cabo que salió á reconocerme con una partida, me mandaron decir que hiciera alto hasta que saliera Rosas á verme. Llegado que fué Rosas muy luego y después de haberme abraza-do y manifestádome que no podía yo pasar á verme con el gober-nador, le entregué el oficio que llevaba, y como trepidase en abrir-lo, porque iba rotulado al gobernador, díjele yo: ábralo, compadre, que la comisión que traigo es para ambos y solicitada por mí con el solo objeto de evitar un infructuoso derramamiento de sangre por partes de ustedes.

Abrió el oficio y poniéndose furioso al leer las garantías que les ofrecía, díjome—;Garantías!... Cuando él es el que debe pe-dirlas, pues que se ha sublevado contra el gobierno legítimo! Y luego agregó: Compadre, lo único que siento es el verlo á Vd.

metido con esos hombres, si yo lo tuviera á Vd. á mi lado, se me daría un pito de todos ellos!

Yo lo interrumpí al momento, diciendo: ¡Compadre, desde que Vd. me conoce, bien debe excusar el hablarme en ese sentido, pues sabe bien que no traicionaré por el oro del mundo la confianza del hombre que me envía! No perdamos tiempo, le agregué, porque las fuerzas están ya encima, yo he venido á hacer á Vdes. una propuesta, y es que nombren Vdes. tantos comisionados por parte de la campaña cuantos se nombrarán por parte del pueblo, el cual está todo por el general, que se reúnan estos comisionados en el punto que señalaré y ambas fuerzas, que deberán suspender sus operaciones, estarán á lo que dicha comisión acordase. Rosas abrió el ojo y me dijo: Convenido, pero que retroceda el general Lavalle sobre Buenos Aires con todas sus fuerzas y que salgan los comisionados del pueblo al lugar de la campaña que se designará á reunirse con los que nosotros nombraremos por parte de ésta. No crea Vd., compadre, díjele, que el general retroceda un paso; él hará alto en el lugar en que yo le encontraré, que no debe estar distante; los que deben retroceder son Vdes. y situarse al otro lado del Salado, hasta esperar el acuerdo de los comisionados.

Esta mi indicación lo impresionó visiblemente á Rosas y me dijo: "Muy bien; se hará como Vd. lo indica, y agregando: tenga Vd. la bondad de esperarme un momento mientras voy á avisarle al gobernador y mandarle un baqueano para que lo conduzca, pues ya se acerca la noche, montó en su caballo y partió al galope, y después de haberme hecho esperar un cuarto de hora largo, llegó por fin el baqueano cuando ya obscurecía amenazando lluvia y asegurándome que iban á ponerse en marcha para el punto acordado.

Pusímonos en marcha con el baqueano en dirección al pueblo de Lobos, que distaría cerca de media legua, ya habiendo obscurecido completamente. Habíamos andado ya más de una hora y no llegábamos á la población, ni descubríamos ningún fuego de las estancias inmediatas y le dije al baqueano: Parece que Vd. ha cumplido demasiado bien su encargo de extraviarme, y el pillo del gaucho se apeó del caballo, hizo la ceremonia de cortar varios pastos y olerlos y me dijo en seguida: "¡Dispéñseme, mi coronel, que me he perdido con la obscuridad de la noche!" Dió en seguida algunas embestidas á caballo á derecha é izquierda y me guió al fin para diverso rumbo, hasta que después de un dilatado tiempo des-

cubrí un fuego á la distancia y le mandé que nos dirigiera á él y llegamos al fin á las doce de la noche á una estancia que al instante conocí, pues no distaba más que diez ó doce cuadras de Lobos al naciente.

Desde allí despaché al baqueano, diciéndole que no necesitaba ya de él, y á poco de haberse marchado monté á caballo y nos dirigimos como para San Vicente, pero apenas me hube alejado de la casa corté al norte á buscar la rastrillada de la división del general Lavalle y habiéndola encontrado ya cerca del día echamos á correr en su alcance hasta que descubrimos la columna ya con el sol de fuera.

El gobernador Dorrego y mi compadre Rosas habían hecho lo que yo me figuré desde el principio; habíanse puesto en marcha rápida para el norte y acampado al aclarar el día en Navarro. Se hallaban enlazando reses para carnear cuando apareció la cabeza de la columna del general Lavalle á su vista. Me encontraba yo en esas circunstancias instruyendo al general de todo lo ocurrido con Rosas, á un costado del centro de la columna, cuando le vino el aviso de estar allí los enemigos, y cortándome la conversación, me dijo: "Corra Vd., coronel, á ponerse á la cabeza del primer escalón." Así lo hice, partiendo á escape; pero descubrí muy luego que una gran columna de gauchos é indios corrían para nuestra retaguardia por el flanco izquierdo de nuestra columna. cuando llegué á la cabeza de ésta, que iba formada por escuadrones, ya me encontré con la línea de la infantería de Dorrego formada á nuestro frente con varias piezas de artillería y una buena fuerza de caballería para sostenerla.

Nuestra posición era crítica y creo que cualquiera otro habría vacilado, por cuanto no se me había dado más orden que la de correr á ponerme á la cabeza del primer escalón, y sin prever que me encontraría ya al alcance de los fuegos de la respetable línea enemiga. Hacer alto y mandarle preguntar al general lo que haría, no sólo era indigno de mí, sino que podría habernos sido funesto, pues viéndonos parados á su frente, podían haber disparado algunas balas de cañón ó granadas y desordenado nuestra columna. Por consiguiente, no hice más que ponerme al frente del escalón, que sería compuesto como de unos 50 ó 60 hombres del 3 de coraceros, que iba mandado por el teniente coronel D. Sixto Quesada y cuya primera mitad la mandaba el teniente 1º entonces don Julián Cubiedes (coronel hoy), mandar enristrar lanzas y cargar

sobre las piezas y la línea, que nos recibieron con un vivo fuego, y me acuerdo que Cabiedes perdió su caballo al llegar ya á las piezas, pero que le facilitó el suyo instantáneamente un valiente coracero. Pero fué tan impetuosa dicha carga, que los artilleros y aun muchos de los infantes quedaron lanceados sobre dichas piezas, y como mi hermoso caballo se desbocó al llegar á ellas al frente de mi escalón, me hizo salvar por encima de ellas y sólo pude contenerlo con la ayuda de un robusto coracero que le tomó por la rienda izquierda, á más de dos cuabras á retaguardia de los cañones, que habían quedado abandonados, porque toda la línea iba acuchillada en distintas direcciones, por haber el resto de nuestros escalones cargado sucesiva y simultáneamente á la columna que se dirigía á nuestra retaguardia.

Cuando logré parar mi caballo, eran tan distintas las direcciones de los polvos de los que fugaban, que el coracero llegó á dudar del éxito de nuestra carga, y si mal no me acuerdo, llevaba yo á mi lado en clase de ayudante á D. Hilario Ascasubi. Yo le contesté al coracero que era imposible que hubiéramos perdido, pues los cañones enemigos estaban abandonados á nuestra retaguardia, y me dirigí con él y Ascasubi al encuentro de una partida que venía á nuestro frente y que era de mis coraceros, que regresaba conduciendo algunos prisioneros y también fusiles. Seguí adelante y muy pronto regresé con la mayor parte del escalón reunido, hice recoger los fusiles que se encontraron cerca de los cañones y juntamente con éstos, volví en busca del general Lavalle, á quien encontré desmontado juntamente con el general D. Martín Rodríguez y los coroneles Olavarría, Vega y no recuerdo qué otros. Allí fué donde el general Lavalle, al bajarme y saludarlo, dándole parte de cuanto había quitado al enemigo, me contestó con alguna sequedad: "Vd., coronel, no piensa más que en cargar á los enemigos, sin acordarse que tiene tropa que hacer desplegar, pues ha cargado en columna con el escalón."

Como yo había sido instruído después de mi triunfo, de que los escalones iban formados en dos mitades por ir formada la columna sobre las dos del centro, díjele—; Si el Sr. general, al mandarme, me hubiese advertido el orden en que iban formados los escalones, tendría derecho sin duda para reconvenirme! Fué también entonces que habiéndolos encontrado, tratando del inmediato regreso al norte contra el gobernador López, con toda nuestra división de caballería, díjeles: "Me parece, Sr., que lejos de

regresarnos, debería V. E. ir á establecer su cuartel general en los Cerrillos, estancia de Rosas, para evitar la reunión que se efectuará allí indudablemente si nos retiramos, porque en tal caso reunirá toda la campaña." Así que acabé de hablar, dijo el general Rodríguez: Soy de la misma opinión que La Madrid.

Apenas dicho general pronunció esas palabras, cuando el Sr. de Lavalle contestó secamente: "¡Qué amigos de dar consejo habían sido estos hombres! Yo no necesito consejo de nadie." Nos dejó sorprendido y muy luego mandó montar á caballo y retrocedimos hasta la estancia del Sr. Almeyra, para seguir de allí al norte; pero como en esa noche ó no recuerdo si al siguiente día, ya tuvo noticia el general de la prisión del Sr. gobernador Dorrego por el teniente coronel Escribano y el mayor entonces de húsares D. Manuel de Acha, resolvió esperar allí á dicho gobernador, y después de haberlo fusilado, según todos lo saben, continuamos nuestra marcha al norte para regresar muy luego, y sin resultado alguno, sobre la gran reunión de gauchos é indios que había yo indicado que tendría lugar, como lo tuvo en efecto. Parecidos á éste fueron los consejos que dí después tanto á dicho general como al mismo Paz, y he querido expresarlo para que el público juzgue si ellos fueron desatinados como éste los clasifica, ó si muestran que tenía yo más experiencia y mejor conocimiento de los hombres de nuestro país!

¡De haber despreciado esa tan juiciosa indicación, que yo le hioe, como asimismo la de que no lleváramos la guerra á los caudillos de las provincias, sin dejar antes perfectamente libre y segura la de Buenos Aires, resultaron los males que tuvimos que llorar después por tantos años, y el mismo Paz no habría perdido con su prisión las glorias adquiridas en Córdoba, si hubiera seguido mis amistosos y acertados consejos después de sus victorias!

Campaña de Córdoba

Preciso me será advertir que cuando la revolución que hizo el general Lavalle el 1º de Diciembre del año 28 con los cuerpos del ejército al Sr. gobernador Dorrego, hacía recién ocho meses que había yo regresado á Buenos Aires, desde que fui mandado el año 25 á las provincias y que no hacían dos que había recién cerrado una de las muchas heridas que recibí en el campo del Tala el año 26 y que empezaba recién á convalecer, á pesar de la ninguna esperanza que tenían los médicos de que viviera; y que si es cierto que "no gozaba de las buenas gracias del general Lavalle", como

dice Paz, no sé qué pudo haber hecho mi suegro el Dr. Díaz Vélez, su ministro general, para vencer tan desfavorable disposición, puesto que ni él ni mi familia tenían el más mínimo interés en que yo continuara en la carrera de las armas, y mucho menos con dicha desfavorable disposición; si la hubo, no podía nacer de otra que del crédito que había yo adquirido durante la guerra de nuestra independencía en el alto Perú.

Por lo dicho se conocerá que no estaba yo en estado de tomar parte en dicha revolución y que atendidos mis constantes principios de orden y respeto á las legítimas autoridades de mi patria, no lo habría tampoco tomado, aun hallándome bueno. Por consiguiente, es inexacto lo que dice Paz en su tercer párrafo del folio 78: "El coronel La Madrid no tomó parte, acaso porque no se lo dieron, en el movimiento del 1º de Diciembre, y sea por esta razón, sea porque conservaba un resto de afición á sus compadres Dorrego y Rosas, sea en fin, por sus ningunas relaciones con los jefes de dicha revolución, la miraba con despego y hasta con cierta antipatía. El mismo nos lo dice con su inimitable candor; (1) cuando refiriendo la conversación que tuvo con su suegro, expresa terminantemente que sólo por no quedar *anulado y arrumbado*, se prestó á la invitación del general Lavalle. Quería, por lo menos, ver primero más claro, pero las circunstancias no se lo permitieron y tuvo que comprometerse, por eso es que de cuando en cuando se arrepiente y exhala un doloroso gemido."

Repito que todo cuanto Paz dice á este respecto es supuesto á su antojo, sin embargo de que escribía con mis memorias, por delante; pues, aunque es verdad que me presté á la invitación sin embargo de no haber aprobado el movimiento, fué porque después de practicado y de haber merecido la sanción de todo lo principal del pueblo, era de mi deber no negarme al llamamiento del nuevo gobernador nombrado por el pueblo, cuya opinión había contrariado abiertamente el Sr. Dorrego, y que por sostenerla contra la opinión de todos los caudillos, me había yo sacrificado en el Tala. Todo esto lo vió Paz escrito en mis memorias, y sólo revela adulterando á su antojo lo que pudiera convenir á sus mezquinas y ridículas miras.

Luego, á renglón seguido, dice en el primer párrafo del folio

(1) Con su inimitable franqueza: debió decir, pues yo no soy hombre que oculto jamás la verdad ni que pretendo dorar á mi antojo como él, ni aún lo que pudiera perjudicarme.

79: "Puesto ya en campaña, no se nos muestra en sus memorias como un jefe *emprendedor y valiente hasta la temeridad*, que abogaba siempre por las operaciones atrevidas, y por llevar la ofensiva á todo trance. Muy al contrario, se retrata un hombre en extremo prudente, conciliador, calmoso, moderado, lleno de horror al derramamiento de sangre humana." (¿Y cuándo no he sido lo mismo aun en la guerra de nuestra independencia?) "Al comparar al Sr. La Madrid de la provincia de Buenos Aires, á las órdenes del general Lavalle, con el Madrid del interior á las mías (sólo por mi desgracia y por mi verdadero patriotismo) parecen dos hombres distintos, sin más punto de contacto que su incorregible manía de aconsejar y preverlo todo." (1)

Yo conocía el ascendiente que Rosas tenía en la campaña entonces y que retirándonos para el norte del mismo campo de batalla y pocas horas después de ganada la acción, y sin perseguir y acabar de disolver á todos los dispersos, le sería muy fácil á Rosas hacerles entender á las milicias y á los mismos indios, que esa retirada era porque los caudillos del norte, sus aliados, se aproximaban ya para castigar á los jefes sublevados, y que todos se prestarían á creer un embuste con todos los visos de la verdad, como se lo dije para justificar mi opinión, mas el general que despreciaba á Rosas, contestó que no era capaz de nada y que era mejor dejar que se reunieran para volver después á lancearlos, á lo cual yo le agregué: ¡Aunque tenga V. E. la seguridad de vencerlos, yo creo que es prudente y humano el evitarlo, porque al fin son sus paisanos! Pero nada de esto valió, como no valieron para Paz otros muchos y parecidos, que le dí en esa campaña desde el segundo ó tercer día de nuestra salida para Córdoba de San Nicolás! Y por no confesar su error, me clasifica de incorregible maniático!

Si como dice en el siguiente párrafo: "Poco puedo decir con respecto á esa crítica minuciosa que hace del general Lavalle porque no he presenciado los hechos", ¿cómo se atreve á decir á renglón seguido "que se cree bastante instruído para asegurar que mi crítica es demasiado severa"? ¡Que, porque confiesa que es

(1) Pero mantá previsora hija de mi recto juicio y mayor experiencia' y del mejor conocimiento que tenía de nuestros paisanos; y por cierto que por haber despreciado esos mis prudentes consejos les costó muy caro á ambos generales su dicho desprecio, y sobre todo al país entero. Rosas y Quiroga no habrían triunfado.

verdad que dicho general llevaba siempre consigo una aguja de marear, se cree con derecho á desmentirme, lo que yo mismo digo que ví, no una, sino repetidas ocasiones y cuando contramarchamos al Sur por los campos desde la Guardia de Luján, que los baqueanos le decían: por acá, mi general, y él contestaba, alumbrando su aguja con el cigarro: ¡Guíe Vd. por este otro lado! Y por último, que esto mismo me lo contó el oficial Padrón, que lo acompañó á la provincia de Santa Fe contra López, pues era uno de los mejores baqueanos? Agregándome dicho oficial que esa había sido la causa de no haber podido dar con López y de haber perdido los miles de caballadas que llevó por causa del mismo! Todo esto me consta, porque siendo el padre de dicho oficial Padrón uno de mis amigos desde que llegué á Buenos Aires, porque tenía su casa enfrente de la del Dr. Díaz Vélez y de quien era íntimo amigo, me lo había recomendado á su dicho hijo. Por consiguiente, dicho oficial, que era el mejor de los baqueanos de esos campos y que iba siempre al lado del general, no tenía por qué engañarme.

Considero otro embuste de Paz, para darse más importancia de la que tenía, lo que dice en el último párrafo del mismo folio 79: “Luego que se trató de mi expedición al interior, el Dr. Díaz Vélez me habló de que emplease en ella á su hijo político, que no tenía destino en el ejército de Buenos Aires. Consentí en ello y acordamos que formase un cuerpo poniendo bandera de recluta y ofreciendo un buen enganche. Ofrecía reunir el coronel muchos hombres, principalmente provincianos de las tropas de carretas y demás que viajaban á la capital de la República. Agregando al aliciente de un buen enganche su proverbial popularidad, nos pareció ésta una operación infalible, que debía darnos un buen cuerpo de caballería.” Todo esto es falsísimo, pues no sólo no le habló el Dr. Díaz Vélez, sino que el general Lavalle, desde que me pidió que lo siguiera en la tarde antes de salir á su campaña de Navarro, ya me dijo que me necesitaba también para mandarme al interior con el general Paz, que no había llegado aún de Montevideo, y lo ya tenía la orden del general Lavalle para buscar voluntarios, desde antes de haber llegado á Buenos Aires, después de nuestro regreso desde el Tandil y si no formé un respetable cuerpo de todos ó la mayor parte de cuantos soldados provincianos licenció el general antes de haber llegado á Dolores, fué porque dicho general no quiso permitirme que yo los hablara cuando se licenciaron.

También es completamente falso lo que dice en el siguiente párrafo: “Nos engañamos cumplidamente, pues si no pasaron de 20, no llegaron los hombres que reunió por ese medio. Para completar sus 80 voluntarios, fué preciso darle presidiarios de no mucho delito y prisioneros de las Palmitas, etc.” Los hombres que saqué de la cárcel ni eran presidiarios, ni pasaron de cuatro ó cinco, pues fueron de los detenidos en la cárcel por faltas leves y que se habían interesado conmigo por segunda mano para que los pidiera, y aunque es verdad que me interesé por unos pocos de los prisioneros de las Palmitas, que me eran conocidos, éstos no pasaron de diez, si es que llegaron á ese número, y el general Paz no estaba ya en Buenos Aires cuando yo salí con ellos. ¿Y es posible que un hombre como Paz, sin estar animado por una risible emulación, poco digna de su clase, muestre tan marcado empeño en herirme con tan despreciables embustes? y hasta decir en el siguiente párrafo y en una falsa nota: “La plebe con quien se roza por demás el general Madrid, le profesa afecto, pero no ese sentimiento de estimación y respeto que atrae y subyuga al mismo tiempo, que sólo puede inspirar un gran carácter. El populacho lo quiere, ó quiere al general Madrid de un modo algo parecido al que se quiere á un niño gastador desbarajustado, á quien á veces se tiene cierta compasión por el mal empleo que hace de sus recursos, sin que por eso los destine á su propia conveniencia. Solía muy frecuentemente emplear su dinero en dulces, panales y caramelos que partía fraternalmente con sus soldados, etc.”

Todo esto, lo repito, es un solemne embuste poco digno de un hombre de su clase, y que es difícil se le crea; lo mismo que el de “la gran bandeja de panales con que dice estaba sentado á la puerta de mi sala para ofrecerlos á todos los soldados que pasaban, cuando fué una mañana á visitarme al principiar el año 26.” Cuando todo esto fuera cierto, que no lo es, ¿para qué otra cosa puede servir en una historia, que para mostrar á todos sus ridículos celos, por no decir envidia, de la afección general que yo merecía hasta de sus mismos paisanos, como lo notó él mismo en repetidas ocasiones? ¿Si él hubiese creído ser cierto lo que escribe á ese respecto, me habría pedido en su mismo país, como me pidió al acercarse Quiroga para la batalla de Oncativo, que saliera yo con la música á entusiasmar á los cívicos para que tomaran las armas? ¿Era él acaso tan franco ó estaba tan sobrado de recursos para darme dinero, cuando no lo tenía ni para proporcionar siquiera un pequeño

socorro á su tropa para sus vicios? ¿Con qué dinero iba yo á proporcionar dulces y caramelos á sus valientes paisanos los cívicos para que me siguieran como lo hicieron siempre y como creo lo harían aun hoy mismo, á pesar de mis años, toda vez que la patria necesitara de mis servicios y los llamara?

Repito que es sobre manera ridículo que un hombre como Paz haya escrito semejantes cosas, que sólo sirven para mostrar á todos su marcada emulación. Luego, hablando de su ida á San Nicolás, dice al principiar el folio 81: "Allí nos reunimos con el general Lavalle, que se preparaba á abrir su campaña sobre Santa Fe."

"Este, desprendiéndose del coronel Rauch con el regimiento de húsares, además del número 4 y dos escuadrones de coraceros á las órdenes de los dos Medinas, sin contar con la fuerza de Estomba, etc." Mas no dice lo que vió escrito en mis memorias á ese respecto y que él lo sabía tan bien como yo; esto esto, que Estombar había quedado en Dolores al sur cuando regresamos de la campaña, y que el día que Lavalle salía para San Nicolás con los cuerpos de coraceros y Rauch, pues había quedado en Buenos Aires cuando Paz marchó poco días antes, le había dicho á dicho general Lavalle: ¿Por qué no suspende, mi general, su marcha por unos días y manda al coronel Vega ú Olavarría, con su cuerpo, á perseguir y aniquilar toda la fuerza de gauchos é indios que están sitiando á la fuerza que dejó en la Guardia del Monte? Mire V. E. que si se marcha con todas sus fuerzas sobre Santa Fe, ha de tener que desmembrarlas cuando esté ya cerca y tal vez será ya tarde, porque se habrá perdido toda la fuerza que hoy está situada allí y se habrá sublevado toda la campaña, que pueda abandonada por V. E.

El general hizo mofa de esta mi indicación y me dijo: Ahí queda Estombar para concluir con esos indios y gauchos, y se marchó esa misma tarde, quedando yo con la orden de marchar al siguiente día con mis voluntarios y conduciendo las galeras de municiones. Así lo hice y llegué primero á San Nicolás que el general y gobernador. Fué allí y en el mismo día de la llegada del general Lavalle que se recibió la noticia de la toma de la Guardia del Monte, y de haber sido sacrificada toda la tropa que la guardaba incluso su comandante el capitán Malabia, de artillería, y fué á consecuencia de eso que el general mandó con Rauch las fuerzas que dice Paz, desmembrando las que llevaba para atacar al gobernador López y esa misma noche siguió el general Lavalle para

Santa Fe con el resto de sus fuerzas y quedando nosotros con Paz en San Nicolás para marchar á Córdoba, así que nos llegase una caballada que esperábamos, sin embargo de haberlo yo dicho á éste, así que supe la noticia del Monte, que era mejor que el mismo general Lavalle regresara con todas sus fuerzas, pues que no era prudente el ir á establecer el orden en las provincias dejando abandonada á la de Buenos Aires, á merced de la gran sublevación de toda la campaña.

Como éstos, son todos los consejos que dí á ambos generales, no una, sino repetidas ocasiones, y que Paz los califica de impertinente manía. El público podrá juzgar si era ó no justas mis dichas prevenciones.

Luego, en el segundo párrafo del mismo folio 81, dice Paz lo que no diría ciertamente si yo hubiese ocupado entonces el lugar del general Lavalle, á quien estoy cierto, sin embargo, que no dejará de morderlo más adelante, aunque no con tanta rabia como á mí: "Si dejo de hacer algo en el sentido de asegurar más la tranquilidad interior, no entra en el objeto que me propongo; (porque no era yo) mas no dejaré de decir que la derrota y muerte de Rauch y la demencia de Estombar eran sucesos que estaban fuera de la previsión del general Lavalle y cuya responsabilidad no se le puede cargar. Sin ellos las cosas hubiera tomado otro curso y no lo veríamos al general Madrid entonando el canto de triunfo por los desaciertos del que era su jefe."

¿Puede verse un desatinar semejante? ¿Quién otro debía responder de la tranquilidad de una provincia cuyo orden de cosas acababa de trastornar el general, aunque con el noble objeto de mejorarlo, y mucho más desde que un *maniático como yo* (pero de más experiencia y previsión) le había hecho tan acertadas prevenciones? No es el jefe de un ejército, ó el gobernador de una provincia, el que debe prever todos los acontecimientos que necesariamente deben venir sobre un pueblo conmovido, y que se le deja casi abandonado? ¿Y es "entonar el canto de triunfo" el lamentar como yo lamento en mis memorias, como verdadero patriota, esos tan marcados desaciertos que tantos males han causado al país entero? ¿Ojalá que no los hubieran cometido! Yo entonces habría tenido el alto honor de encomiarlos sin darme por entendido de mis indicaciones, porque á Dios gracias no he adolecido jamás de esa innoble emulación que tantos males nos ha causado y causará todavía!!!

Yo no confieso, como dice Paz á renglón seguido, “que había más que sobradas fuerzas para ir sobre López, ni pude creer tampoco que las que habían quedado con Estombar en Dolores, así como las que volvieron con Rauch y los Medinas, eran los bastantes para dominar á toda la campaña sublevada ya, y también á los indios, y la prueba de que no las consideraba bastante se la dí al general cuando me atreví á aconsejarle que no marchara sobre Santa Fe sin acabar antes con las fuerzas que sitiaban la Guardia del Monte, pues le dije terminantemente cuando me contestó: “Ahí queda Estombar, que dará cuenta de ellos.”—¿Y cree V. E. que no se ha movido más gauchaje ni indiada que la que sitia el Monte? Al frente de Estombar habrán también otras fuerzas, porque Rosas ha de haber movido toda la indiada, no lo dude V. E., y si dejando la campaña en el estado que la deja, marcha V. E. sobre López, ha de tener que desmembrar sus fuerzas cuando esté ya encima de él para mandarlas atrás, y será tal vez ya tarde! Y ese retroceso de fuerzas que tendría que ordenarlo sin duda, dará doble ánimo á las fuerzas de López, al ver que tienen ya quienes los ayuden á sus espaldas de V. E. y no dejará de causar también una mala impresión en sus tropas! ¡Todo esto le dije á Lavalle; Paz lo ha visto escrito y calla porque no le convenía decirlo!

¡Si él no hubiese estado tan mortal como injustamente prevenido contra mí, me habría hecho la justicia de confesar que mis previsiones eran acertadas y juiciosas, como lo creo lo conocerán cuantos lean esta mi verídica exposición!

¡Sensible me es el tener que extenderme en explicaciones de hechos que me son personales, y que por lo mismo, tal vez fastidien á algunos! ¿Pero qué hacer para poner al público al corriente de los verdaderos hechos de nuestra revolución, y desvanecer las inmerecidas calumnias que Paz me hace á cada paso en sus poco verídicas memorias, sin otro objeto que el de manchar mi bien adquirida reputación? Me atrevo, pues, por lo dicho, á solicitar la indulgencia de mis lectores á ese respecto, seguro de que no seré desmentido en lo que relato.

Pero, lo que más hay que admirar es lo que dice en el último párrafo del mismo folio, si se atiende á que lo decía ó escribía teniendo mis memorias por delante: “Me causa risa, dice, oír decir al general Madrid que él batió á López en la Herradura con 300 hombres, sin que entrasen todos en acción. En otra parte he detallado este combate: (y yo también con más propiedad que él)

ahora sólo diré que el general Madrid abusa de las palabras. López no fué propiamente batido, etc. etc." Y luego á la vuelta, añade entre otras cosas por el mismo estilo. "No es esta la única vez que se atribuye *muy modestamente* la gloria de una batalla en que sólo desempeñó un rol subalterno: en varias partes de sus memorias dice pura y simplemente que *él derrotó á Quiroga en Oncativo y la Tablada*, con lo que cualesquiera que no conozca esos sucesos creería que él era general en jefe, etc."

Sólo al general Paz podía ocurrírsele un delirio semejante, porque no sólo he dicho terminantemente que Bustos, que era el jefe de nuestras fuerzas en la Herradura, había dejado á mi dirección el ataque, y que sólo tomaron en él una parte activa los 80 húsares de mi primer escuadrón, sino que no he dicho en ninguna parte de mis memorias nada de lo que él arbitrariamente supone, ni al hablar de la acción de la Herradura, ni de las batallas de la Tablada y Oncativo, y en las cuales sin embargo de ser él el general en jefe, sólo jugó en ellas el subalterno rol de hacer lo que su *ignorante y lerdo* jefe de E. M. Deheza le indicaba, como lo verán en el curso de estas mis observaciones.

Otro tanto digo de la suposición que Paz, nada más que por criticarme en todo, hace en seguida de que el general Lavalle no me dejó presenciar el licenciamiento de los soldados provincianos que habían cumplido su término, por condescender con sus jefes, que querían ver si los enganchaban primero, porque no hubo tal pretensión, y lejos de temer el general que me seguirían muchos, debió haberse alegrado por cuanto se habrían quedado los más, cuando no todos, en mi cuerpo. Mas, es preciso advertir que todo eso lo decía Paz sin el menor conocimiento y sólo por su imperdonable manía de criticarme en todo, pues ni hubieron tales enganchados en los cuerpos, pues yo que estuve presente no lo supe, ni tampoco me permitió que los hablara después, pues sólo fué en Buenos Aires donde se me permitió poner la bandera de enganche cuando ya todos se habían mandado mudar ó dirigiéndose á diversos puntos de la campaña á trabajar.

Deliraba tanto en sus memorias el general Paz, que sería nunca acabar si fuera yo á copiar todos los párrafos en que me muerde, sin reflexionar sobre el ridículo en que él mismo se pone; mas hay algunos que es indispensable hacerlos notar. Dice en el primer párrafo del folio 83: "Me permitiré ahora una ligera reflexión que mostrará la inconsecuencia con que generalmente se

conduce el general Madrid. Si es cierto que se interesaba tanto en la defensa de la provincia de Buenos Aires, si censura al general Lavalle por haberse desprendido de una parte de sus fuerzas, (1) ¿cómo es que reprueba que quisiese con preferencia aumentar los cuerpos que lo acompañaban? ¿Cómo es que se queja por no haberle permitido con perjuicio de éstos aumentar el suyo, que era destinado al interior?"

¿No comprenden todos que es una verdadera necedad en Paz el haber pretendido formarme un cargo y querer mostrar mi inconsecuencia, precisamente por lo que debía él elogiarme, si hubiese sido imparcial? ¿No comprendió ese jefe, al escribir semejante desatino, que era precisamente porque yo me interesaba más que él en la defensa de la provincia de Buenos Aires, que reprobaba un hecho semejante? Todos comprenderán (menos él, por lo que dice) que esos hombres valientes y bien disciplinados que el general Lavalle licenció por cumplidos, iban á perderse para el ejército (como se perdieron) y que habiéndome dejado hablarlos después de licenciarlos, podíamos habernos servido de ellos con ventaja en el interior, y que en tal caso podía dicho general haber hecho quedar consigo uno de los cuerpos que pensaba mandar con Paz, según lo dejo expresado en mi obra.

Luego, á renglón seguido, y probablemente sin advertir que no estaba en su juicio cuando tal desatino iba á escribir, dice: "¿Comprende y se ha hecho cargo de todo esto el general Madrid? Si lo primero, no queda en buen punto de vista, de sinceridad y buena fe; si lo segundo, es una falta de inteligencia que no sé qué nombre asignarle..." ¿Y qué nombre podré yo asignarle á la *privilegiada inteligencia* que tal disparate estampó en sus memorias, nada más que por su imperdonable manía de quererme hacer aparecer ante la posteridad como el hombre más rudo, inconsecuente y sin capacidad alguna? El público lo juzgará.

Todo cuanto Paz dice en los siguientes párrafos sobre que "el general Lavalle, cuando marchó sobre López de San-

(1) No es mi censura porque se desprendió de una parte de sus fuerzas, como lo dice Paz soñando despierto, sino por no haber vuelto él mismo con todas ellas y aún con las que el mismo Paz llevaba, y es por cierto bien extraño que me llame inconsecuente porque digo en mis memorias que se perdieron esos soldados por no haberme permitido el general hablarlos, porque en tal caso pudo él haber hecho quedar uno de los cuerpos que marcharon con Paz y se aumentaba su fuerza.

ta le ignoraba absolutamente el desastre de Rauch, que no creyó, por consiguiente, aventurar la suerte de Buenos Aires, que por otra parte á nadie se le ocultaba que las montoneras de Buenos Aires eran promovidas por López y Rosas, que se le había reunido. Si el general Lavalle no hizo el uso conveniente de los arbitrios de la política, etc., etc." No es sino un verdadero *delirio suyo, un sueño de él estando despierto*; pues sabía dicho general, como el mismo Paz, el trágico fin que había tenido la guarnición que quedó sitiada en la Guardia del Monte, y habiendo con ese motivo mandado á Rauch en la tarde misma de la noche en que el general partió de San Nicolás sobre López, nadie dudará de que no era extraño que *ignorase absolutamente* el desas de dicho coronel, porque no había tenido lugar aún.

Lo que no dejarán de extrañar los jefes y oficiales que existen de los que nos acompañaron en dichas campañas es, lo que Paz dice en los dos primeros párrafos del folio 84: "Cinco ó seis días después de haber emprendido su movimiento el general Lavalle, hice yo el mío, etc. Habíamos convenido en que el día 3 de Abril nos reuniríamos en los Desmochados y fuimos exactos á las cita. (1) Allí fué que el general Lavalle supo la derrota y muerte de Rauch y la conflagración de la campaña. Allí fué que hicimos nuestros últimos (desatinados digo yo) acuerdos y nos despedimos el mismo día al anochecer", (antes de las tres de la tarde.)" En el 2º agrega: "Todo cuanto dice el general Madrid del hombre conductor de la noticia del desastre Rauch, que se la confió en reserva, y todo lo que se refiere que se siguió, es enteramente inexacto, es un delirio, es un sueño de un hombre despierto. Tengo la más íntima convicción (mentira) que nada supo el general Madrid hasta que lo supieron los demás del ejército, que fué dos meses después. Era un secreto que me convenía guardar y que lo guardé, en efecto." (Hasta conmigo, sin embargo de que yo lo supe minutos antes que él). "Lo cierto es, continúa, que evocando sus recuerdos el general Madrid al tiempo de escribir sus memorias se le han presentado ideas confusas y sobre ellas ha compuesto su indigesta relación. Esta vez, como siempre, deja percibir el deseo que lo domina de aparecer previéndolo todo y aconsejando lo mejor."

(1) Dudo mucho de semejante convenio, pues si lo hubiese habido no se habría alarmado tanto Paz en esa madrugada cuando su vanguardia descubrió las fuerzas del general Lavalle que se acercaban por la otra banda del río, como se verá.

He querido copiar todo este párrafo, para que todos comprendan al leer las verdades que voy á decir sin temor de ser desmentido por ninguno de los testigos presenciales que aun existen aquí mismo, hasta dónde llegaba la desfachatez de ese general por sólo hacerme aparecer como un falsario impostor, más lerdo que él y sin previsión alguna.

Creo haber dicho ya atrás todo cuanto indiqué al general Lavalle antes de salir de Buenos Aires, y en consecuencia, de qué acontecimiento hizo regresar al coronel Rauch, y si mal no me acuerdo, aun he citado ya el hecho de haberme comunicado á mí primero la noticia del desastre de la división de Rauch y la muerte de este jefe, el conductor del pliego que le mandaba á Paz el ministro general Díaz Vélez, mi padre político, por especial encargo de éste; y sólo á la desacordada imaginación de Paz pudo ocurrírsele el querer persuadir á todos que mi referido padre político hubiese dejado de hacer semejante encargo al conductor de tan funesta noticia; y sobre todo es muy singular el descaro con que me desmiente, ó más propiamente dicho, con que desmiente lo que yo decía en mis memorias que él tenía por delante, y á cuya vista fraguó él su indigesta relación, sin advertir siquiera el ridículo en que se pondría su nombre ante todos los que le sobrevivieran de los que fueron testigos presenciales de la verdad de todos esos hechos, que él desfigura tan impávidamente, y que no me desmentirán á mí, por cierto.

Por todas estas consideraciones, me parece más propio el relatar yo ligeramente lo que pasó en esa marcha y que Paz niega tan descaradamente y mucho más desde que me asiste la seguridad de que no seré desmentido. Parados y desmontados estábamos con toda la división y con los caballos desenfrenados, pero en formación y con filas abiertas, más allá del arroyo de Pavón, cuando me avisó uno de mis voluntarios que tenía de imaginaria como á las 12 de la noche del 2 de Abril, que un chasque que venía de Buenos Aires solicitaba hablarme, y habiéndole ordenado que pasara inmediatamente á mi presencia, se me presentó, y llamándome aparte me enseñó el pliego que traía el ministro Díaz Vélez para el General, y me comunicó la desgracia del coronel Rauch y la derrota de toda su división, añadiéndome que lo hacía por orden expresa del Sr. ministro.

Yo entonces, encargándole la reserva, lo llevé conmigo hasta avistar la carpa ó el atajadizo para el sereno que le habían puesto

al general sus ordenanzas, y compuesto de una frazada colocada sobre una lanza asegurada horizontalmente sobre dos enterradas perpendicularmente sobre los regatones. Puesto allí dijele al chasque, allí está el general marche Vd. á entregar el oficio, quedándome yo en observación hasta que lo ví llegar, y al instante que ví encender un fósforo bajo la frazada regresé á mi campo.

Apenas el general se impuso del oficio, llamó á sus ayudantes y los mandó á ordenar á todos los jefes que mandaran enfrenar los caballos y formasen para marchar. Todo se hizo al momento, y cuando yo esperaba que regresáramos inmediatamente me sorprendí al ver que seguimos la marcha adelante: á la madrugada avisó la vanguardia que sus descubiertas habían avistado una gran fuerza de caballería que se acercaba por la banda del norte al río de los Desmochados, con cuyo motivo mandó el general que se prepararan todos los cuerpos por si fuesen tropas enemigas, mas como aclarase ya el día, al instante conocieron que eran las tropas del general Lavalle, así fué que acampamos casi á un mismo tiempo, aquél en esta banda y nosotros en la otra del río, de siete á ocho de la mañana, y mientras los dos generales consultaban lo que deberían hacer, se dispuso que carneasen los cuerpos.

Muy luego estuvieron en mi campo á verme, los coroneles Olavarría, Vega y Quesada, que iban con Lavalle, y á los cuales no quise revelarles el secreto de la derrota de Rauch y su muerte; sin embargo de que ellos recordaron el acierto con que yo había indicado al general al salir de Buenos Aires que no se moviera sin antes dejar asegurada la campaña, porque tendría que desmembrar sus fuerzas.

Yo había convidado á dichos jefes á almorzar conmigo, y como tocaron orden general en su campo después que hubimos concluído, se marcharon á sus cuerpos. En seguida se repitió el mismo toque en el nuestro y era para que se dispusieran todos los cuerpos para marchar así que hubiesen acabado de comer, por lo que juzgué que regresáramos todos juntos para sofocar la conmoción general de toda la campaña.

Luego que concluyeron de comer los cuerpos de ambas divisiones y ví que el general Lavalle se puso en marcha para Buenos Aires y que nosotros nos movimos á los pocos minutos para Córdoba, me adelanté en alcance del general Paz y le dije: ¿Y qué significa, compañero, esta separación después de lo que ha sucedido? El general entonces, poniéndose muy serio, me dijo: “¿Y por qué

me hace Vd. esta pregunta, qué es lo que ha sucedido?" ;La división de Rauch ha sido completamente batida y su jefe muerto! le contesté: "¿Y cómo lo sabe Vd?, díjome.—Porque el chasque que le trajo á Vd. la noticia anoche me la comunicó á mí antes de entregar á Vd. el pliego y yo le encargué que no lo dijera á nadie: fué mi respuesta y le agregué en seguida: Soy de opinión que debemos regresar todos juntos y no pensar en marchar contra los caudillos, sin antes dejar enteramente libre á la provincia de Buenos Aires, y si esto no les parece á Vds. bien, deberíamos dirigirnos todos á Córdoba y así libertaríamos más pronto á las provincias y regresaríamos más fuertes á libertar á Buenos Aires, aunque yo juzgo mejor lo primero; las fuerzas que lleva el general Lavalle nada saben, y será grande su sorpresa cuando al pisar aquel territorio se encuentren con toda la campaña sublevada: por otra parte, le agregué, nuestras tropas no tardarán mucho en saberlo y no dejarán de desalentarse, tanto éstas como aquéllas.

Al general Paz le hicieron fuerza estas juiciosas y prudentes reflexiones y mandando hacer alto á nuestra columna, se regresó de galope con sus ayudantes en alcance del general Lavalle, y apenas le alcanzó vimos parar la fuerza de éste, y después de un corto rato de conferencia, siguió Lavalle para Buenos Aires, y Paz, al regresar, me dijo: "No he podido persuadirlo ni á lo uno ni á lo otro, pues dice que con sus fuerzas tiene bastante y que en ningún caso abandonaría á Buenos Aires."

¡Muy pronto tendrá que arrepentirse, díjele, y continuamos nuestra marcha! ;El alto que hicimos y la vuelta de Paz en alcance del general Lavalle, toda nuestra división lo presencié y no me desmentirá el general Deheza, ni ninguno de los jefes y oficiales que aun existen de dicha división!

Me he tomado el trabajo de repetir de memoria todo lo que decía en mis memorias que Paz las tuvo presentes. (¡Quiera el Cielo que las hubiese devuelto al que se las facilitó!) para que todos los que lean sus memorias póstumas y estas mis observaciones, puedan juzgar cuál de los dos soñaba despierto, si el que dice la verdad pura de cuanto ocurrió en esas campañas, ó el que niega descaradamente lo que presenciaron muchos jefes y oficiales que viven aun y que no me desmentirán!

Después de los repetidos disparates que dice Paz en el folio 85, párrafos 1º y 2º dice en el tercero: "Ocurre aquí una singular contradicción con lo que han dicho otros no menos equivo-

cados que el Sr. Madrid, que pondrían en conflicto al futuro historiador de nuestras guerras civiles. Han asegurado que yo marché al interior, no sólo contra los deseos del general Lavalle, sino contraviniendo expresamente sus órdenes. Unos y otros se han separado de la verdad, etc.”

¡No, alma ilustre! Yo, que no te calumnié nunca en vida, y que menos lo haré después de muerto, supe contradecir esos injustos cargos que se te hacían, bajo mi firma, y sin embargo de que sabía ya que tú me calumniabas hasta lo infinito...

Mas, cegado ese general por su mortal emulación contra mí, todavía dice con el mayor descaro: “y como tras mis pasos (á Córdoba) quedó enteramente cerrada la comunicación, *se ignoró durante tres meses* este descalabro, lo que me valió infinito para mis primeras operaciones.

Es inexacto que no se supiese en nuestra división ó el ejército de Paz el descalabro de toda la división de Rauch y la muerte de dicho jefe hasta los tres meses, como él lo dice, pues fueron varios los jefes y aun oficiales que lo supieron antes de que llegásemos á Córdoba, y sin que yo les hubiese dicho una sola palabra.

Lo que yo extraño es que nada diga ni se dé siquiera por entendido de la relación que hago en mis memorias, de lo que nos sucedía con los paisanos cordobeses de la campaña desde que pisamos el territorio al llegar á la Cruz Alta, y era lo siguiente: Como en la campaña que hicimos hasta la Herradura á principio del año 18, no sólo lo vieron sus paisanos sirviendo bajo mis órdenes en la clase de comandante de un escuadrón de dragones, siendo yo coronel, sino que era yo mucho más conocido que él por todos sus paisanos en la campaña, se habían figurado todos que yo era el general en jefe del ejército. Así era que todos los que querían comunicarnos algunas noticias de Bustos, me buscaban á mí para dár-mela, como en varias ocasiones que llegaron á encontrarme conversando con él en la marcha, me llamaban aparte para instruirme de lo que querían y podía sernos ventajoso. Yo, como era natural, les decía: el Sr. general Paz es el general en jefe del ejército y es á él á quien deben Vdes. comunicarle; mas los pobres paisanos me contestaban en su presencia: “Así será, señor; pero yo ó nosotros queremos comunicarle á Vd. porque le tenemos más confianza.”

En todas las ocasiones que esto sucedía, no podía yo menos que avergonzarme; al tener que separarme con ellos para escuchar su relación y transmitírsela al general, porque se ponía encen-

dido y no podía disimular el desagrado que le ocasionaban. Todo esto lo vió él escrito en mis memorias, pero no creyó prudente sin duda el decir que *por dos ocasiones había yo soñado despierto...*

Con respecto á la continuación de su marcha con el ejército hasta San Roque, nada tengo que observar, y sólo sí desde el punto donde dice, hablando del coronel Deheza, su segundo, en el 2º párrafo del folio 102: "Así fué que en los momentos en que se acumulaban comprobantes de la infidelidad de Bustos, me maravillaba de ver en mi jefe de Estado Mayor, tan pocas disposiciones para secundarme si teníamos que llegar á las manos, etc., etc.", porque no llegó á mi conocimiento las tales declaraciones que Paz dice él hizo con respecto al gobierno, ni tampoco que Bustos le hubiese escrito esa carta tratando de alarmarlo contra algunos de sus jefes, como lo repite en el primer párrafo del folio 104; por consiguiente, es el Sr. Deheza quien debe rebatir esos cargos, que no dejan de parecerme infundados desde que veo que en el párrafo que sigue ya descubre sus miras de atacarlo sin misericordia y con la mayor injusticia, sin embargo de que era su amigo y paisano, pues le atribuye faltas y defectos que no tenía, sólo para mostrar á todos su inconsecuencia á renglón seguido, como se verá en el párrafo que voy á copiar:

"El coronel Deheza tendría cerca de 40 años de edad, era natural de Córdoba, pertenece á una familia decente y cuenta una numerosa parentela. Era de pocos alcances y ninguna instrucción. No tenía mucha delicadeza, etc. Es *absolutamente incapaz* de organizar un batallón (1) ni de educarlo según los principios de la disciplina, tan importante para el éxito de las operaciones marciales. Era aún *menos apto* para el empleo de jefe de Estado Mayor que ejercía (¡solemne embuste!) y sin embargo lo había traído y lo conservaba en él por razones particulares (éstas eran las de no convenirle el haberme nombrado á mí, que era el coronel más antiguo de todo el ejército suyo y de Lavalle) que no es del caso detallar, por consideraciones políticas y por otras cualidades militares que lo recomiendan en sumo grado. Era valiente y aun bizarro en el conflicto de una batalla; en tales ocasiones ha prestado servicios distinguidos, y yo le he debido avisos importantes, mejor diré inspiraciones de genio que me han sido muy útiles y

(1) Adviértase que como militar sabía diez veces más que Paz como lo declara por su inconsecuencia al concluir el párrafo.

que me complazco en recordar, etc." Luego, á la conclusión, después de nuevos y gratuitos defectos inciertos que le atribuye, sale haciendo una confesión que sólo sirve para hacer conocer su poco juicio ó que su razón estaba trastornada, pues dice: "Conocía bien el arma de infantería y no tenía igual en el ejército (incluyéndose él mismo) para conducir en la pelea un reducido número de batallones, etc."

En prueba, pues, de lo que acabo de decir, no hizo Paz en esas batallas que tuvieron lugar en Córdoba, otra cosa que lo que su jefe de Estado Mayor le decía; y es bien extraño que para hacer al fin esa confesión que tanto favorece á su dicho jefe de Estado Mayor, se hubiese puesto á denigrarlo desde el principio de su largo párrafo con las inmerecidas y poco comedidas faltas que le atribuye.

Como habrán ya comprendido los lectores, Paz se puso á escribir sus memorias después de tener las mías por delante, y de haberlas examinado detenidamente; de modo que por la prolija y verídica relación que yo hacía de todos los hechos de armas que han tenido lugar durante la guerra de nuestra independencia desde el año 11, en que me incorporé en Jujuy á los restos de nuestro ejército derrotado en el Desaguadero, y de los posteriores en la guerra civil, se puso él á recorrer su memoria mala, y cambiando todos los hechos según le convenía á sus intereses, y agregando muchas otras cosas que yo no expresaba en ellas, encontró la oportunidad de ejercitar con detención su mordaz crítica, no sólo contra todos los jefes, sino también contra sus compañeros y amigos.

Después de lo dicho creo comprenderán todos que es mucho más breve y conveniente el relatar yo ligeramente los principales hechos que él copiarlos, para refutarlos después, puesto que el general Paz los desfigura.

Cuando nos presentamos en la playa del río de San Roque el 22 de Abril y al frente de la fuerte posición que ocupaba Bustos con sus ocho piezas de á 4 y un obús, se me mandó que me colocara yo á la izquierda y formado en columna con mis 90 voluntarios y bajo los fuegos de las baterías que estaban á mi frente; y como observé que el general Paz había pasado ya el río más arriba por nuestra derecha, y que se encaminaba con el batallón número 2 y el 2 de caballería por la falda del cerro que tenía Bustos á su espalda, á envolver y flanquear su línea por detrás de las chacras de su izquierda y que mientras estaba yo sirviendo de blanco á los tiros de los cañones enemigos, podían algunas granadas desorde-

narme mi pequeña columna de reclutas, juzgué conveniente lanzarme con ella por el puente que tenía á mi frente, sobre las baterías que estaban colocadas á la derecha de Bustos y marchando á la cabeza de ella al trote, pasé al gran galope por el puente bajo la metralla enemiga, pero fué tan rápida mi carga, que los artilleros y aun su mismo comandante quedaron lanceados al lado de sus cañones, y fué sólo entonces que asomaron las fuerzas de caballería del general Paz, después de haber arrollado á las fuerzas que tenía Bustos á su izquierda y entrando también por el callejón del frente en esas circunstancias el jefe de Estado Mayor, Deheza, con el batallón 5º y sus 4 piezas de artillería, antes que Paz.

Se dirá que yo me precipité á cargar sin orden, y yo no lo niego; pero esto fué porque se me había dejado sirviendo de blanco y se habían marchado ya las demás fuerzas sin darme orden alguna, y como tenía yo tan entusiasmados á mis voluntarios, quise ser el primero de apoderarme de las baterías y lo conseguí, perdiendo muy pocos hombres, y cuyo número no recuerdo ahora, pero debe estar puesto en mis memorias. Así fué el ataque de San Roque y en el cual obtuvimos todas las ventajas que dice Paz. Acuérdome en este momento de un incidente que está puesto en mis memorias y que fué el que me hizo precipitar el ataque sin orden para ello, pues que temí que otros iguales me desordenaran mi columna y representar un papel ridículo en ese ataque, porque me habían colocado acaso... imprudentemente para que sirviera de blanco á la artillería enemiga.

He aquí lo ocurrido. Una de las primeras granadas que me dirigieron vino precisamente á parar como á 50 ó 60 varas á la derecha de mi pequeña columna y casi á su centro, y dando la casualidad de hallarse dos ó tres vacas lecheras precisamente en el sitio donde la bomba hizo su explosión, á una de ellas la levantó varas, y como muchos de mis voluntarios que estaban á mi espalda preguntaron asombrado al ver volar la vaca juntamente con la explosión: "¿Qué será eso?" díjeles yo: ¡Es un gran cohete, eso no vale nada! Y como los inmediatos disparos con la puntería más elevada pasaron por sobre nosotros, díjeles en seguida: ¡Seguidme, valientes voluntarios, á quitarles esas piezas, que muy pronto estarán en nuestro poder! ¡De frente, al trote, marchen! Antes de los cinco minutos había cumplídoles mi oferta con bien poca pérdida.

Por fin, en los detalles que da Paz con bastante minuciosidad

sobre esa batalla es la primera vez que dice la verdad, aunque á medias, hablando de mí; pues dice en el primer párrafo del folio 113: "Mientras todo esto, la esposa, hija y yerno del general Bustos se hallaban en San Antonio, hacienda de la familia del último, á dos ó tres leguas de distancia de San Roque. Hasta allí llegó el coronel Madrid persiguiendo á los dispersos; pero fueron respetadas las personas y las propiedades con una escrupulosidad suma." Mas no quiso decir lo demás que vió escrito á ese respecto.

Espero se me dispensará decir cuatro palabras á este respecto. ¿Es creíble que unos reclutas voluntarios (y muchos de ellos *presidarios*, como dice Paz) y á quienes no había yo tenido más tiempo para medio educarlos que en las marchas, pues no descuidé un sólo día guardasen tal conducta en un día de batalla y nada menos que en la casa y para con los intereses de la señora del general enemigo, y que todos los cuerpos veteranos que yo he mandado fuesen *siempre desordenados*, como lo ha dicho atrás? Hecha ya esta pequeña advertencia sólo añadiré, que cuando regresé de allí, después de haber dado toda clase de seguridades á la Sra. de Bustos, ya había repuesto los soldados que perdí al cargar sobre las baterías y apoderarme de ellas, con muchos voluntarios que se me habían ofrecido de entre los muchos que tomé y otros que se me presentaron de los soldados de Bustos.

Siguiendo la minuciosa relación que Paz hace de cuanto ocurrió después de la batalla de San Roque, no dejo de extrañar, como les sucederá también á los lectores, lo que dice en el primer párrafo del folio 119: "Estas memorias, que hasta ahora han sido redactadas en forma de diario, no llevarán en adelante este carácter porque me sería imposible recordar las fechas (1) y porque carecerían de interés, etc."

No deja de ser extraño que el general Paz no haga mención alguna de mí desde la batalla de San Roque, cuando por orden suya permanecí con mis voluntarios al otro lado de la Sierra de Córdoba, en observación de Quiroga y Bustos, hasta que llegué casi siempre al frente de ambos, á incorporármele, creo el 17 de Junio

(1) ¿Pues no había de serle aún cuando hubiera cuidado de llevar esos apuntes, que no los llevó, si él mismo ha confesado que perdió todos sus papeles cuando su prisión? Y para más notar su inconsecuencia, debo decir: que cuando lo bolearon no le tomaron papeles ningunos, porque no los cargaba él: cuanto escribe lo debe al recuerdo que le dieron mis memorias.

ya al obscurecer; digo que casi al frente del ejército contrario porque así había marchado desde que Quiroga se aproximó por el otro lado de la Sierra al frente creó de la Serrezuela, y aun tuve algunas guerrillas no sé si en las Aguaditas ó Punta del Agua, cuyo nombre no recuerdo en este momento, pero está escrito en mis memorias, y no después de años de haber pasado los hechos que reflejé en ellas, sino inmediatamente; pero no así Paz, que se puso á escribir sus memorias el año 48 ó 49 y con las mías á la vista; pero lo más extraño es, que á su edad en dicha fecha y con la larga experiencia adquirida en más de 35 años de poco interrumpidas campañas y en las que adquirió prácticamente todos los conocimientos militares que no tenía cuando la guerra de nuestra independencia, se hubiese propuesto ese jefe hacer una crítica tan desapiada como injusta, no sólo á todos los primeros jefes de nuestra revolución gloriosa desde el año 10 adelante, sino también hasta á sus mismos compañeros subalternos como él entonces; metiéndose á emitir después de pasados tantos años un juicio que entonces no tenía sobre los hechos ó acciones de cada uno de ellos, tanto durante la guerra de nuestra independencia como sobre los que sobrevinieron en nuestras malditas guerras civiles.

Como no había estado yo presente cuando se incorporó al ejército el gobernador de Tucumán, coronel D. Javier López con su contingente, fué en esa noche del 17 en que yo llegué al obscurecer, como dejo dicho, que pasando á visitar á López así que hué acampado mi cuerpo, ocurrió una cosa bien singular, que está también escrita en mis memorias y que Paz no ha querido hacer mención.

Desde que supe yo la llegada de López á Córdoba, había concebido la idea de pedir al Sr. general Paz, pero con el previo conocimiento de aquél, que me permitiera incorporarme con mis voluntarios á la división tucumana y obrar en ellas bajo las órdenes de López hasta que hubiese pasado la acción. Mi objeto era el más noble y político al mismo tiempo, pues no sólo quería mostrar á López que no tenía para con él la menor prevención ni resentimiento por los sucesos del fin del año 25, desde que lo veía sosteniendo la causa de la libertad, sino también con el de estimular con mi presencia á todos mis paisanos para que se condujeran con brillantez en la próxima batalla, dándoles yo el ejemplo.

Con este motivo, pues, pasé, como dejo dicho, á buscar el campo de López, y habiéndose llegado por casualidad á caballo á pre-

guntar á unos soldados que rodeaban un fogón, dónde estaba la tienda del gobernador López, y de habérmela indicado uno de ellos y pasado yo de largo, había ya sido conocido por otro, pues que oí decirles á los demás: ¿Pero qué, no han conocido á ese hombre que ha preguntado por la tienda del gobernador? ¡Si es nuestro coronel Madrid! Yo continué hasta llegar á la tienda habiendo oído el rumor que se armó entre los soldados que quedaban á mi retaguardia.

Habiendo llegado á la gran carpa de López y preguntado por él á uno de los ayudantes que estaba á la puerta y contestádome éste que el gobernador se hallaba en la tienda del general Paz, pero que pronto regresaría é invitádome á que me bajara, pues me conoció al instante, así lo hice. ¿Y se creerá que era tal el tono que López se daba, que uno de sus ayudantes no se atrevió á invitarme á pasar á tomar asiento en la iluminada mansión de su gobernador, sin que él lo hubiese dispuesto? Pues así sucedió, aunque por muy pocos momentos, pues habiendo aparecido el gobernador no sé si porque le hubiesen avisado, me invitó á pasar á sentarme, después de haberlo yo recibido con un fuerte abrazo.

A la noticia que dieron los del fogón, de ser yo el que había pasado para la tienda del gobernador, ya se aglomeró una porción considerable de soldados tucumanos alrededor de la tienda, y como se sentía ya el murmullo de sus preguntas, llamó López á uno de sus ayudantes que estaban á la puerta y le dijo con sequedad: ¡Vaya Vd. y diga á esos hombres que si no saben ver gente, que se retiren ahora mismo á su campo! No bien hubo comunicádoles dicha orden en voz alta el ayudante, cuando todos desaparecieron en silencio.

En seguida de esto díjele á López el objeto de mi visita, á más de saludarlo; y le supliqué me hiciera el gusto de consentir que yo le pidiera permiso á mi general Paz para incorporarme con mis voluntarios á su división, y puesto bajo sus órdenes tener la honra de combatir juntamente con mis paisanos al verdugo que tantos males nos había causado. ¡El se negó sin ninguna ceremonia y me dijo terminantemente que de ninguna manera lo consentiría; y tuve que retirarme bastante desagradado de su necesidad! Luego que llegué á mi campo después de haber pasado á saludar al general Paz y referídole lo ocurrido con López, me ví muy pronto rodeado de una porción de soldados de los tucumanos que fueron

furtivamente á saludarme, pero así que sintieron temblar las cajas y cornetas para tocar á lista, se largaron de carrera á su campo.

Haré de paso una advertencia ya que Paz manifiesta una idea que nunca tuvo, en el primer párrafo del folio 126, pues dice: "En la dificultad que ofrecía de pronto este sistema de aislamiento, era el entretenimiento de las tropas y más de los oficiales y jefes del ejército y el proporcionar los recursos precisos para su mantenimiento y decencia: mas á esto me proponía ocurrir de dos modos: 1º, licenciar alguna tropa y formar con el resto dos cantones ó colonias militares en las fronteras del Sud y del Chaco, las que al paso que resguardaban la provincia de Córdoba y aun la de Santa Fe y San Luis de las incursiones de los bárbaros, facilitaban avanzar la línea de fronteras y la adquisición de terrenos en que esos mismos y jefes y oficiales pudiesen plantear establecimientos de campo que les sirviese de una especie de reforma; 2º, negociar con el gobierno de Buenos Aires, etc."

Cuando he dicho que nunca tuvo Paz la idea que dejo transcrita, sobre establecimientos de colonias militares, es porque habiéndole yo propuesto, después de las dos batallas de la Tablada, el establecer una sobre el Chaco entre el Fuerte del Tío y la provincia de Santa Fe, cuando perseguí á Guevara hasta la Mar Chiquita, con el objeto de asegurar esa parte de la frontera contra las incursiones de los bárbaros y las repetidas que hacían los mismos santafecinos asociados con aquéllas, no lo quiso, y cuidando que cuando yo hice esa propuesta contaba con los medios de poderla realizar, como contaba también cuando repetí igual propuesta al Sr. Gobernador D. Martín Rodríguez en el año 22 para establecerlas en la frontera del Sud y aun al actual gobierno de Buenos Aires después del sitio que sufrió esta capital, pero con la desgracia de haber sido igualmente despreciados, no sin los graves perjuicios que el país ha experimentado después. Paz, al escribir sus memorias, vió escrito en las mías aquel pensamiento, que él y el Sr. Rodríguez no quisieron que yo lo realizara; pero como su principal defecto era el de pretender apropiarse toda idea ó hecho ajeno que le parecía útil, quiso dejarlo consignado en sus memorias, juzgando *tal vez* que las mías no verían ya la luz pública, desde que habían caído en sus manos: mas, aunque esto llegase á suceder (que no lo puedo creer todavía) y se privase á la posteridad del conocimiento de otros mil hechos pequeños de armas, pero gloriosos, que he tenido en la guerra de nuestra inde-

pendencia, no sucederá así con los principales y es por esto que me empeño en relatarlos ligeramente.

Ya es tiempo de seguir á Paz en la exagerada descripción que hace de su campaña á Córdoba, al acercarse al lugar del Salto, sobre el río III, donde lo dejó burlado Quiroga con los fogones encendidos y largándose por un flanco á su retaguardia fué á apoderarse de la ciudad de Córdoba. Según dejo dicho atrás, quedamos en la noche de mi incorporación al ejército el 17, creo de Junio, y aunque es verdad que las fuerzas de que se compuso la 1ª división que Paz puso á mis órdenes “y al mismo tiempo de vanguardia”, como lo dice en el segundo párrafo del folio 131, se componía de todas las fuerzas que él indica, también lo es que le hice presente que dichas fuerzas de milicias eran mejor que las dividiera entre el cuerpo de coraceros y mi escuadrón, porque todas ellas reunidas bajo mis solas órdenes, no servirían sino para comprometerme y desalentar á mi pequeño escuadrón, que lo tenía bien entusiasmado, y habiéndome contestado él que quería que obrasen bajo mis órdenes todas las milicias, porque yo por mi genio era el más á propósito para conducir las, le repuse: Está muy bien, pero convendrá Vd. en que es mejor que incorporando, aunque sea una pequeña parte de ellas al número 2 de coraceros, me diese Vd. al teniente coronel Pringles con 50 de éstos, para que, echando á los milicianos al medio entre los dos, podamos conducirlos mejor á la pelea.

El general, que no dejaba de conocer la justicia de mi demanda, por cuanto no podíamos contar con seguridad con muchos de los milicianos para combatir contra su ex gobernador Bustos, díjome que así lo haría llegado el caso y lo cual no se verificó nunca. Pero es completamente inexacto y hasta en extremo injurioso á mi persona cuanto dice en el primer párrafo del folio 135, después de habernos cansado con la minuciosa relación que hace, hasta aparentando miras y pensamientos que no se le ocurrieron: “Contrariado (dice) por tantas dificultades, y más que todo por la falta de una buena vanguardia que me aclarase bien el camino (1) que á cada paso podía estar ocupado por el enemigo, me tomó el 19 en las

(1) ¡Esto es el colmo de la impavidez! ¡Decir que yo no podía aclarar bien el camino, cuando más de una vez me criticaba por mi costumbre de exponerme demasiado por conocer de cerca todos los movimientos del enemigo para no ser jamás sorprendido, como no lo fui nunca!

inmediaciones de Soconcho, que dista 4 ó 5 leguas del Salto: resolví pasar allí el día, dejando para el siguiente la misma operación, etc., etc." Y hasta tiene la candidez de decir más abajo: "el enemigo permanecía quieto en el Salto, y hubiera ignorado nuestro movimiento sin el oportuno aviso de unos dos paisanos de la posta de Impira, etc." ¿No es ridículo el haber soñado siquiera, que Quiroga ignorase sus movimientos, teniéndolo á Bustos consigo, cuando éste contaba entonces con la mayoría de toda la campaña como el mismo Paz lo da á entender, no digo el estamparlo en sus memorias?

El hecho fué que yo quise irme esa noche sobre el campo de Quiroga con sólo mi escuadrón, y ponerlo de sorpresa en confusión, y que Paz no quiso; y si él no se hubiese opuesto, era muy natural que yo hubiese descubierto su movimiento y que hubiéramos tenido tiempo para habérselo adelantado, cuando no con todo el ejército, con una parte al menos, y evitado que se apoderase de Córdoba; mas esto no sucedió por Paz, y sólo supo la marcha de Quiroga al siguiente día cuando yo se lo avisé; y para que todos acaben de comprender la risible emulación que me tenía, dice todavía á la vuelta: "El primer parte que tuve del jefe de vanguardia fué que no se notaba en la banda opuesta indicio alguno de enemigos; posteriormente y con muy corto intervalo, me anunció que el enemigo permanecía oculto entre las lomas del frente, hasta que llegando yo personalmente á la ribera, me cercioré de que nada había que indicase la presencia de los enemigos y de que el 2º parte era enteramente infundado: sin embargo, como podía haber en esto una estratagema y el terreno del otro lado presentase las mejores comodidades para una emboscada, fué preciso atenerse á un reconocimiento más prolijo: á mi vista vadeó el río una partida sin obstáculo alguno y recorriendo todas las inmediaciones nada halló sino los vestigios de un campo militar que había sido levantado con precipitación. Yo mismo pasé el río en persona y me cercioré de su retirada, pero no era fácil atinar con la dirección que había tomado, etc."

¿Habrá alguno, pregunto, que pueda dar crédito á esa minuciosa como estudiada y desvergonzada relación, que un Paz, que no había tenido en toda la guerra de nuestra independencia, ni aun la más pequeña escaramuza con los soldados del ejército español, se atreve á hacer precisamente para deprimir y poner en ridículo nada menos que al coronel de La Madrid, que desde joven y subal-

terno se había hecho temer y respetar por todos los jefes y oficiales del ejército contrario, por el extremado arrojo con que se les presentaba en todas partes con un puñado de hombres, y obteniendo siempre gloriosas ventajas contra fuerzas muy superiores?

¡Aseguro á mis lectores que no he podido conservar mi habitual calma al leer esa depravada como embustera relación que Paz hizo en sus memorias, con sólo el intento de hacerme aparecer ante la posteridad como un imbécil que no conocía mis deberes, y que fué necesario que *él en persona* hubiese ido á enseñarme precisamente lo que yo sabía mejor que él, esto es, hacer personalmente los reconocimientos sobre las fuerzas enemigas y sin que ningún riesgo me lo hubiese embarazado jamás, para no dar partes falsos á mis jefes! Por otra parte, sólo á Paz pudo ocurrírsele el decir: “pero no era fácil atinar con la dirección que había tomado”, porque semejantes expresiones sólo sirven para mostrar la escasez de sus conocimientos en esa línea. La rastrillada que deja un ejército al moverse sólo á un ciego, como Paz lo estaría al escribirlo, pudo no indicarle la dirección que llevaba, pero no mí, que se lo había hecho conocer ya y sin necesidad de que él fuera.

Mucha parte de lo que Paz dice en la 17 entrega hasta el penúltimo párrafo del folio 142, es inexacto; muy particularmente sobre que no tenía él conocimiento de que la plaza estaba ocupada por la infantería de Quiroga cuando se presentó en los altos del Pucará, á pocas cuadras del pueblo, porque todo el ejército sabía ya que el pueblo estaba ocupado por la infantería enemiga; también es inexacto que los del pueblo hubieran ignorado por más de 24 horas que era el ejército de Quiroga el que lo sitiaba y atacaba, y es precisamente por esto que tuve yo el mayor disgusto en esa fatal noche del 21, al ver la vacilación de Paz al bajar con el ejército por el barranco del Pucará hasta muy cerca ya de los corrales que están á muy pocas cuadras al Este de la plaza, pues desde allí contramarchó para los altos, y volvió á bajar y subir por segunda vez (1) hasta que al fin se decidió ya bien cerca del día, y sin que

(1) Con tantas bajadas y subidas habíamos formado diré un rosquete, con la vanguardia del ejército dentro del ancho camino del barranco y temía yo por momentos que conociendo el enemigo la vacilación de nuestro general nos echara cien infantes por arriba de las barrancas y nos pusiera en confusión, hasta que al fin se decidió á bajar definitivamente y costeano el río lo pasamos donde él dice y subimos por las alturas de la banda del norte.

nuestros imbéciles enemigos nos hubiesen sentido ó querido incomodar.

Será mejor reir que ocuparse de lo que Paz dice en el segundo párrafo del folio 143 “sobre lo insignificante y bajo de los pareceres de todos los jefes principales del ejército cuando los llamó á junta en la mañana del 22.” Lo mismo digo sobre lo que dice más abajo: “dos partidos se presentaban que tomar: 1º, atacar la plaza; 2º, buscar la fuerza enemiga que se hallaba en la Tablada, etc.” Sólo á él pudo habersele ocurrido la duda de si atacaría primero á los infantes de la plaza que á toda la numerosa caballería que estaba á la vista y con su infernal caudillo al frente.

Pero es aun más risible lo que dice en el último párrafo del mismo folio: “En tan graves dudas, me pareció lo más conveniente subir costeando el río, etc.” “y aproximándose al campo de la Tablada, y al pueblo hasta enfrentarlo. Entonces me detuve para hacer demostraciones de ataque sobre él, con lo que conseguía que la fuerza enemiga de fuera no se alejase, etc., etc.” Cuando he dicho que es esto lo más risible, por que ni hubo tal demostración de ataque, ni ninguno que conozca esa posición puede creer que lo intentara, á nó ser con el pensamiento, desde la otra banda del río y con el ejército de Quiroga á la vista.

Batalla de la Tablada

Para no extenderme copiando todas las necedades que Paz escribe para indicar que mandó abrir tres grandes puertas en el cerco de D. Pedro Juan González, y lo cual es inexacto, me contraeré á desmentir lo que afirma en seguida á la mitad del primer párrafo, pues dice: “Uno de los principales jefes (el coronel Madrid) puso alguna dificultad en la operación de romper el cerco, pareciéndole sin duda peligroso encerrarse de aquel modo en el cercado, pero le hablé con firmeza y obedeció.”

Es enteramente incierto todo lo que Paz dice á este respecto, pues no sólo no se abrió tal puerta para entrar al potrero ni hubo tal resistencia, sino que la gran puerta que yo en persona abrí con mis soldados fué para salir del potrero sobre todo el ejército de Quiroga, que estaba ya formado en el campo de la Tablada y sólo nos dividía la cerca de ramas y por la cual, después que la hube abierto á instancias mías, se me mandó por el general que saliera con toda mi división y que la formara en escalones á nuestra derecha, y no bien la hube acabado de formar, cuando ya recibí la orden de cargar sobre la izquierda enemiga, que estaba al mando del

fraile general Aldao y quedando todavía dentro del potrero las restantes columnas del ejército.

Yo, que tenía á mis voluntarios perfectamente entusiasmados, y que los había aumentado hasta noventa y tantas plazas, había formado con ellos el último escalón para poder contener con él á los demás en caso se me desordenara alguno. Marché de frente en dicho orden á los aires de trote y galope, y en perfecta formación al encuentro de Aldao, que se me venía ya á la carga; pero apenas dí la voz á degüello, ya casi al encontrarnos con los enemigos, cuando los primeros escalones de milicias dieron vuelta y se pusieron en fuga, llevándose por delante á los demás.

Cuando observé la fuga, grité á mis voluntarios: ¡Con vosotros solos tengo bastante para concluir con estos miserables; seguidme y seremos victoriosos! Precipitándome en seguida y por delante de ellos sobre la numerosa y doble línea que venía á mi frente, pues mi formación era en ala, para sólo aumentar el frente. Así que mientras una parte de la izquierda de Aldao acuchillaba á las milicias de mi derecha, hacia mi retaguardia, yo con mis voluntarios había hecho retroceder y acuchillaba á toda la izquierda enemiga ó al resto de ella. Mas, como las fuerzas de Quiroga y Bustos eran numerosísimas, se presentó un cuerpo ante los que huían y tuve que hacer alto para reunir mi escuadrón, que había perdido ya algunos hombres en la carga y mandar pedir al general que me auxiliara con un escuadrón al mando del comandante Pringles.

Algunos oficiales y ciudadanos cordobeses de las milicias que habían vuelto caras habían logrado reunir unos pocos hombres y se me reunieron, y como detenidos ya los enemigos que habían fugado ante mí por el nuevo cuerpo que se les presentó, se me venían ya encima y sin que pareciera el auxilio que había yo pedido al general, me fui nuevamente á la carga y los acuchillé y arrollé por 2ª vez á todos cuantos venían á mi frente, hasta que otro nuevo cuerpo enemigo se presentó á contenerlos y tuve que replegarme por 2ª vez á reunir y organizar mi ya mermada fuerza.

Preciso es decir aquí que los enemigos que en la primera carga habían perseguido á mis milicias que huyeron, se habían introducido por tras de ellas hasta adentro del mismo potrero en que habían quedado las demás columnas de nuestro ejército, y hasta enlazado algunos de nuestros cañones; y que fué entonces cuando el jefe de E. M., el coronel Deheza, les mandó hacer una descarga

con la infantería y los rechazó, haciéndoles abandonar los cañones y los lazos con ya que se los llevaban. Seguirá ahora la relación de mis cargas. Rehaciéndome estaba después de la 2ª, que acababa de dar con el mejor éxito, á las fuerzas de Aldao, cuando recién apareció el valiente teniente coronel Pringles con 50 coraceros con que lo mandaba el general en mi protección, cuando los enemigos, después de rehechos, se movían tercera vez sobre mí. Yo había colocado á Pringles á mi izquierda y ya nos movíamos de frente al encuentro del enemigo, cuando el general Paz se nos presentó por nuestra izquierda con el valiente batallón 5º y me mandó suspender la carga, pues ya el resto de la línea enemiga, cuya derecha había sido ya arrollada, se retiraba toda hacia el norte, y fué después de haberme hecho suspender esa 3ª carga que iba á dar juntamente con Pringles, cuando continuamos con el general la persecución del enemigo.

Mas, no contento ese general con la embustera relación que deja expuesta, con el sólo objeto de hacerme aparecer como un ignorante (cuando menos), que no conocía los deberes de un jefe de vanguardia, todavía agrega en su ridícula nota. "Es un grave defecto en un jefe, tener un carácter suspicaz y caviloso. Si se le emplea en una comisión que á su juicio envuelva peligros, luego se persuade de que se le quiere exponer intencionalmente y acaso sacrificar, como lo deja entrever muchas veces el coronel Madrid en el curso de sus memorias, etcétera." El verdadero caviloso era él, pues porque vió en mis memorias que algunas ocasiones al hablar de la mala correspondencia que he merecido, á pesar de mis innumerables servicios, por algunos de mis jefes y por todos nuestros gobernantes; decía y aun lo puedo repetir, que sólo en los casos de un gran peligro se acordaban de mí, y sin embargo, era una verdad; pero, por su inconsecuencia no advertió ese general que muy rara vez llegaban esos casos, porque eran los que yo con un preferente interés esperaba para ofrecérmeles, como tuvo mil ocasiones de conocerlo él mismo, y como lo vió escrito además.

Yo confieso que si es un defecto (como me lo han dicho muchos) el ofrecerse para servir á la patria cuando un oficial ó jefe no es llamado á prestar dichos servicios, yo he padecido y padeceré siempre de él, toda vez que el país se ha visto en peligro ó que llegase á verse por la inmoble ambición de algún mal-

vado, y que cuanto más grande haya sido ó fuere el peligro que yo tuviera que correr por dichas causas, tanto mayor ha sido y será mi interés por acometerlo en favor de mis compatriotas ó de la felicidad y ventura de mi patria!

Téngase presente que Paz ha dicho, aunque falsamente, que mandó abrir tres grandes puertas *en la parte Oriental* del cerco del potrero de D. Pedro Juan González, para que penetrasen en él las tres columnas de su ejército; y que Quiroga con toda su numerosa caballería nos esperaba formado en el campo de la Tablada, que está al Occidente de dicho potrero, y se extiende de Sud á Norte, desde encima de las barrancas por donde se descende al río que quedaba á nuestra izquierda.

Véase ahora cómo él mismo comprueba la verdad de lo que dejo yo dicho sobre esas grandes puertas, que él dice me ordenó abrir para entrar por el Oriente, nada más que para calumniarme; pues dice en el primer párrafo del folio 146: “Nuestras columnas luego que desembocaron en el llano por las *tres antedichas aberturas* apenas tuvieron tiempo de desplegar, etc.” Con esto solo, queda probado por él mismo, que no se abrieron tales puertas para penetrar en el dicho potrero, por el Oriente, y que es verdad lo que yo digo á ese respecto.

Seguiré, ahora que dejo ya explicado el modo cómo sostuve y rechacé el tremendo ataque de toda la izquierda enemiga, con sólo mis voluntarios en la primera carga, y con unos muy pocos hombres que se me reunieron de las milicias que fugaron en la segunda hasta que el fin llegó el comandante Pringles con sus 50 coraceros, después que en dos tremendas cargas me había yo solo llevado por delante á las cuatuplicadas fuerzas que me atacaban, y veamos lo que dice el *imparcial* Paz, que tuvo por delante la descripción que dejo hecha en mis memorias, en el tercer párrafo del folio 146.

“El movimiento del enemigo, para prolongar su izquierda, fué practicado en columnas por mitades al gran galope, la que dando un cuarto de conversión á la derecha formaron en batalla sin disminuir su velocidad: con la misma se lanzó el enemigo á la carga sobre la división del coronel Madrid, que apenas pudo dar una media conversión (solemne embuste, pues desde que salí por el portón ó abertura de la cerca había formado mis fuerzas en escalones y así marché en su encuentro) para no ser completamente flanqueado. En esta situación se adelantó á recibir al enemigo, que ya tenía encima, y se trabó un tremendo y bien sostenido choque

por ambas partes. Mas la desigualdad del número triunfó por un momento, y mi derecha después de extraordinarios esfuerzos, fué completamente arrollada: (¡nunca fuí arrollado ni por esas miserables fuerzas, ni por otras mejores en las innumerables cargas que he dado en mi vida!) finalmente casi envuelta, etc. etc.”

¡Es inexacto también lo que dice en el siguiente párrafo, que mandó adelantar la reserva para sostenerme, y si acaso la mandó, ella jamás se presentó á mi vista! Es igualmente falso lo que agrega en el siguiente párrafo: “El coronel Pedernera, dice, habiéndose adelantado convenientemente sobre el flanco enemigo, lanzó al comandante Pringles con un escuadrón del 2 de caballería y esta carga tan oportuna como brillante (1) sostenida por el resto de la reserva *restableció, no sólo el combate, sino que hizo inclinar la victoria de nuestro lado.* Después de choques encarnizados y de cargas vigorosas y recíprocas que se sucedieron (no hubo una sola después de las que yo solo dí con mis voluntarios) con la rapidez del relámpago, el enemigo fué arrollado, pero no vencido del todo, etc.”

Todo cuanto dice en seguida sobre los esfuerzos sobrehumanos que hacía Quiroga para reorganizar y traer otra vez al combate á sus tropas, es completamente falso y sólo con el objeto de dar importancia á su previsión, pues se dedicó á él, dice, “dejando lo demás, que ni con mucho tenía igual importancia, al coronel Deheza y otros jefes.” Lo que hubo de cierto fué, que perseguimos á Quiroga con las fuerzas del 5º, mis voluntarios ya enteramente mermados con el desigual y tremendo combate, pues sólo me quedaban cincuenta y tantos buenos; y con el escuadrón del valiente comandante Pringles hasta que al cerrar ya la oración regresamos y nos acampamos con el resto de nuestras fuerzas, sin que hubiesen tenido lugar esas infinitas “maniobras y amagos por escalones, ya por la derecha, ya por la izquierda, etc.”

Sobre la dilatada y bien compuesta descripción que él hace sobre nuestro centro ó izquierda, nada otra cosa puedo decir, porque no ví, sino que todos llenaron su deber con bizarría, por lo que

(1) ¡Tan embustera como digo yo, pues por lo que dejo ya expuesto no tuvo lugar semejante carga, pues yo sólo me había sostenido y llevado por delante á cuantos me atacaron hasta que llegó Pringles, y momentos después el mismo Paz, que no permitió diese yo con aquel valiente la tercera carga! Y cuidado que nadie puede dementirme, como lo están desmintiendo á él á cada paso.

oí hablar á cuantos tuvieron parte en esos choques; pero sí diré que el ímpetu de las mejores tropas de Quiroga no se quebró ante nuestros valientes coraceros, sino ante el puñado de mis entusiasmados voluntarios, y que no hubo tal renovación de la pelea por parte de Pringles y Pedernera en el terreno que había yo combatido; porque si hubiese sido necesario, no dudo que lo habrían hecho con la bizarría con que siempre se desempeñaron esos valientes jefes.

Diré últimamente para abreviar, que Quiroga, después que dejamos de perseguirlo, y sin que Paz ni ninguno de nosotros lo supiese, contramarchó por la izquierda con las tropas que pudo reunir y entrando al pueblo de Córdoba, sacó toda su infantería y las piezas de artillería que tenía la plaza y se regresó á buscarnos después de muy pasada la media noche, y que el general Paz, sin haber procurado adquirir conocimiento alguno de la dirección que dicho caudillo había tomado, ó del punto en que se encontraba, se movió con todas nuestras fuerzas sobre Córdoba y contrariando creo el prudente parecer de su jefe de E. M., antes con mucho de que hubiese aclarado; y adviértase que esta relación la hago pasando por alto y mirando con el desprecio que se merecen las charlatanas indirectas que ese menguado general me dirige al fin de su largo párrafo del folio 152. Había yo recibido la orden de seguir la marcha del ejército con mi pequeñísimo escuadrón por delante del gobernador D. Javier López, que debía ocupar la retaguardia con sus tucumanos, y me hallaba precisamente conversando con el coronel Deheza, jefe de E. M., sobre la irregularidad de la marcha sobre el pueblo, sin antes saber el paradero de Quiroga.

En tales circunstancias, viendo yo moverse á López con sus fuerzas, antes que hubiese marchado yo con mi escuadrón, dije indignado entre mí: ¡Anda, miserable, que yo ocuparé tu lugar en la retaguardia! ¿Y se creerá que esta ocurrencia mía de quedarme á cubrir la retaguardia sin otro antecedente que la imprudencia de López en haberse movido antes que yo lo hiciera, nos libertó de ser batidos y acuchillados en detal por Quiroga? Pues nada más cierto, como se comprenderá por lo que voy á relatar.

Desagradado yo por el movimiento de López antes de que yo efectuara el mío, y después de concluída mi conversación con el jefe de E. M., ocupé la retaguardia de la división de López, y como marchábamos precisamente por sobre el campo de batalla y dejando la gran cerca del potrero de D. Pedro Juan González, muy in-

mediata al costado izquierdo de toda nuestra columna, se había desviado uno de los oficiales tucumanos, un poco á la derecha para ver algunos cadáveres que se descubrían á la luz de las pajas que aun ardían de resultas del incendio que habían producido los tacos de nuestros cañones en las pastos secos de que estaba cubierto el campo; cuando ocupado de dichos reconocimientos, descubre á su frente y sobre la barranca del río y á la derecha de nuestra columna, la línea de infantería de Quiroga, ya empezando á aclarar el día 23.

Nada era más natural que el que dicho oficial hubiese corrido en alcance de su Gobernador para darle la noticia, más por un motivo que no es fácil explicar, el oficial se dirigió de carrera á mi encuentro y me dijo: Vea, mi coronel, dónde está formada la infantería de Quiroga, y me la indica con el dedo. Cerciorado yo de lo que me decía, dije á mi ayudante don N. Lemus, mendocino, y que vive aun: Corra Vd. en alcance del general en jefe, y dígame que toda la infantería de Quiroga se nos viene encima desde los altos del río por nuestra derecha, que haga contramarchar por la izquierda á nuestra infantería. El ayudante partió á escape en alcance de nuestro general, mas no había corrido veinte varas, cuando ya nos dispararon dos cañonazos y dieron un fuerte viva á la patria en seguida.

Fué tal la sorpresa que recibieron todas las fuerzas de Tucumán con los tiros y la gritería, que se precipitaron todas por sobre la cerca al potrero que lo tenían á la izquierda, pero en el mayor desorden. Yo, que lo advertí, grité á mis voluntarios: Escuadrón por retaguardia de la cabeza sobre la derecha en batalla, y dejando al mayor don Luis Leyva, que aun existe en la ciudad de la Paz, á la cabeza de ellos, me precipité al potrero proclamando á todos mis paisanos y conjurándolos por la patria á que no perdieran la gloria que habían adquirido en el día anterior; pero fué tan oportuna mi presencia, que tuve la fortuna de contenerlos y hacer que contramarcharan al camino y descendieran á trote largo el gran barranco que hay para bajar al río, y siguiéndolos yo con mis voluntarios y sufriendo ya los primeros fusilazos que me empezaban á disparar los infantes enemigos que habían corridose á su derecha por sobre las barrancas del río.

Cuando iba yo á salir del del barranco á la playa del río, me encontré con el comandante Arengrei, de artillería, al lado de algunas de nuestras piezas que las habían dejado abandonadas los

soldados que las tiraban, cortando los correaes, al alboroto de los cañonazos y de los tiros de fusil de los enemigos, y el cual me dijo: "Proporcióneme, coronel, unos hombres para salvar estas piezas que han abandonado los que las tiraban", mas como los infantes enemigos me empezaban ya á fusilar desde arriba del barranco, díjelo al comandante: ¡Clave Vd. esas piezas y abandónelas, pues no hay ya tiempo para detenernos, y pasé de carrera converjiendo á la izquierda con mis voluntarios, y procuré adelantarme á los demás cuerpos salvando los cercos y zanjas de los alfalfares para contramarchar por la altura sobre los enemigos, y por adentro del potrero de D. Pedro Juan González, de donde había sacado poco antes á los tucumanos que se habían desbandado!

Luego que logré salir arriba, habiéndoles ganado la delantera á nuestros coraceros, desplegué mi pequeño escuadrón y marché de frente al trote. Prevendré antes lo que se pasaba ya: Al empezar á subir del bajo á la altura por entre los cercos de los alfalfares, ya sentí las primeras descargas de nuestros infantes, que habiendo contramarchado con el jefe de E. M., coronel Deheza, se había encontrado ya con los infantes de Quiroga y se los llevaba ya por delante después de hecha la 1ª descarga.

Seguiré ahora mi relación, que no será desmentida ni por el general Deheza, ni tampoco por el actual jefe de la Inspección general, coronel D. Julián Martínez, que era entonces no recuerdo si capitán de artillería. Marchaba yo al trote con mis voluntarios, como dejé dicho antes y acababa de dar la voz al galope, cuando me grita el general Paz desde la retaguardia de mi derecha: "¡Haga alto, coronel Madrid!" Mas como á este mismo tiempo ya alcancé á descubrir al jefe de E. M. que se los llevaba arreados cuesta abajo y á la bayoneta, á todos los primeros infantes de Quiroga que había encontrado, y á su feroz caudillo haciendo esfuerzos más adelante por hacer que sus soldados que huían ya se contuvieran, tras del alto que me gritó el general Paz, grité yo á mis voluntarios: ¡A degüello! y me precipité con ellos sobre Quiroga y sus soldados que procuraba contener.

Quiroga corrió como un desesperado y por detrás de él todos los que escapaban de nuestras lanzas y de las bayonetas de nuestros infantes que mandaba el coronel Deheza, á quien me le había yo adelantado por su derecha. El bravo comandante Pringles, que con una parte de los coraceros había procurado seguirme de prisa, así que me vió adelantármeles por entre los cercos para subir al alto,

y que seguía también mi movimiento cuando se presentó el general Paz y me gritó que hiciera yo alto, y que había parádose á la voz del general. Suiguió muy luego en mi alcance, supongo que mandado por el general. El resultado fué que desde que yo acometí á Quiroga cuando hacía esfuerzos por contener á sus infantes, que huían perseguidos por el jefe de E. M. y nuestros infantes, ya la derrota se hizo general y quedó el campo sembrado de cadáveres, de heridos y dispersos. Yo y Pringles, que me seguía por mi derecha, aunque un poco á retaguardia, perseguimos á Quiroga con gran tezon, hasta las faldas de los Cerros que hay al poniente de Córdoba, pero fué tan tenaz mi empeño en seguir á Quiroga, que logré tomarle dos de sus mejores caballos, que dejó cansados en su fuga: aquel afamado mozo, que les había hecho creer á sus soldados que era brujo, y que le avisaba quiénes eran los que iban á disparar el día de una batalla, y bajo cuya bárbara suposición había él mismo lanzádose á algunos de sus soldados al entrar en algunas de sus batallas anteriores, y el famoso bayo overo, que era el mejor parejero que tenía para correr una larga distancia.

Quiero hacer aquí una advertencia para que todos comprendan las inconsecuencias de ese general Paz y su ridículo empeño en morder á todo el mundo, y muy particularmente á su jefe de Estado Mayor y á mí en esa campaña. Téngase presente que Paz dijo en el párrafo 1º del folio 147, hablando de Quiroga sobre el combate del día anterior: "Después de choques encarnizados y de cargas vigorosas, etc., el enemigo fué arrollado, pero no vencido del todo: cedió terreno, se replegó en confusión sobre sus últimas reservas, pero sin huir decididamente, etc." Véase ahora cómo él mismo se desmiente en el primer párrafo del folio 154 al hacer la relación de la reunión del ejército en esa noche para hablar de su marcha sobre la infantería que había quedado en la plaza, pues dice: La caballería enemiga había sido *batida y dispersa en todas direcciones*, etc." Todo esto, por supuesto, después de haber atacado sin piedad á su jefe de Estado Mayor sobre el no cumplimiento de las repetidísimas órdenes que él dice le mandó para que lo reforzara cuando perseguíamos á Quiroga, y de lo cual no tengo el menor conocimiento.

Seguiré refiriendo ahora todo lo que ocurrió después de la segunda derrota que sufrió Quiroga el 23 y en la cual perdió un crecidísimo número de hombres, muertos y prisioneros: mas me es preciso decir antes, que aunque es verdad casi todo lo que Paz rela-

ta sobre la marcha que emprendimos sobre la plaza mucho antes de haber aclarado el día 23, no lo es que López cerraba la marcha con el cuerpo tucumano, según lo dejo ya demostrado, ni lo es tampoco lo que dice en la última línea del folio 156 y cuyo párrafo concluye en la siguiente página: "El enemigo, contra lo que se temía, hizo alto en la cresta de la altura, después de haber dispersado y puesto en desorden nuestra retaguardia, etc."

Cuando digo que no es verdad que Quiroga hizo alto en la cresta de la altura, es porque probablemente perdió el camino al sacar su infantería del pueblo y fué á pasar el río como unas tres ó cuatro cuadras más arriba del barranco por donde estaba bajando nuestro ejército, y como fué observado por mí mediante el aviso que me dió el oficial tucumano, precisamente cuando acababa de subir al barranco y formar su línea, que fué cuando nos disparó los dos cañonazos y el oyó mi voz y vió que mandaba dar frente á él á esos voluntarios que lo habían escarmentado el día anterior, y que instantáneamente contuve á los tucumanos y los saqué del potrero, sólo tuvo un momento de vacilación, juzgando quizá que iba yo á cargarlo (1), mas siguió luego que vió descender de galope á nuestra columna por el barranco y fué por eso que aun me dispararon bastantes tiros de fusil desde arriba de él, los primeros infantes que llegaron á ocuparlo cuando Arengrei me pedía hombres para salvar los cañones.

¡Pero Paz, que todo esto lo vió escrito en mis memorias, y que además debió saberlo, porque se lo contaron los pocos valientes de sus paisanos que se me habían reunido después de la fuga de todas las milicias, cuando la primera carga del día anterior, calla la boca y no hace siquiera mención de un hecho que libró indudablemente á los demás cuerpos que regresaban á consecuen-

(1) No se crea al oír esta relación que Quiroga no debiese conocer mi voz, pues que el día anterior en cuantas ocasiones me llevé por delante á su caballería, me cansé de gritarles.—Digan ustedes á ese saltador de Quiroga que aquí está Madrid, que me salga al encuentro si es gente! y sépase que todos mis voluntarios y algunos de los valientes cordobeses que se me reunieron después de la primera carga, me lo oyeron; y uno de ellos el valiente comandante de los Anejos y concañado del general don José León Ocampo, hermano de la señora esposa de mi amigo don Julián Paz su hermano, el cual murió como un héroe en Oncativo bajo mis órdenes, y también don Julián Martínez.

cia de mi aviso, de haber sido envueltos por los tucumanos! Y para más probar la mordacidad de ese menguado general, tiene la impavidez de decir en el párrafo 2º del folio 159 y el que le sigue: "Quiroga, al fin despachado, huyó, etc. Yo, siguiendo sus movimientos, fuí á encontrarme con el coronel Madrid á dos leguas del campo de batalla, etc."

Todo lo poco que dejo copiado, lo dice en el primer párrafo, y luego agrega en el que le sigue: "El coronel Madrid recibió la orden de reunir las partidas nuestras que se empleaban en la persecución, (¿qué partidas, cuando sólo yo con mis pocos voluntarios y Pringles con unos pocos coraceros éramos los que habíamos perseguido sin tregua, y muy especialmente yo, hasta que le tomé sus dos mejores caballos que dejó cansados?) organizarlas y esperar cien infantes y cien granaderos á caballo de la división tucumana que él mismo indicó, y con toda esta fuerza continuar la persecución; debía seguir todo ese día y hasta la mañana siguiente esperar órdenes nuevas, etc." Y más abajo dice: "Para abreviar, diré que el coronel Madrid nada hizo (*¿seguramente por miedo de alcanzar al bandido!*) y que en la tarde del mismo día me sorprendí extrañamente cuando lo ví de regreso, escudándose de no haber continuado por la falta de caballos y otros frívolos pretextos. La falta de este jefe fué enorme y contribuyó á que Quiroga hiciese tranquilamente su retirada. Para comprender mejor, (¿qué!) él me obligó á darle órdenes condicionales, debe tenerse presente que la montonera de los ríos I y II erecía extraordinariamente y que todo inducía á creer que era apoyada por la provincia de Santa Fe: era, pues, probable que tuviésemos que combatir esos nuevos enemigos y muy pronto, etc. etc."

Agregaré yo ahora, que él, conociendo todos estos peligros que le amenazaban, y siendo yo su paño de lágrimas para sacarlo de semejantes apuros contra esas montoneras encabezadas por su famoso paisano Guevara y apoyadas por su temible enemigo, el Gobernador López de Santa Fe, quiso despacharme instantáneamente contra ellos y así lo hizo, aumentándome tan sólo una partida de los bravos infantes del batallón 5º y mandados creo por el bizarro oficial D. César Díaz, general hoy; pero ni siquiera por esa consideración quiso dejar de calumniarme, como lo hizo, en esos párrafos que dejo copiados.

Puesto yo en marcha con dicho objeto desde Santo Domingo (estancia) el día 25 ó 26, y no recuerdo si llevando alguna otra

pequeña fuerza de caballería, perseguí con tenacidad á Guevara y algunas fuerzas de Bustos y marchando ya él á su cabeza hasta la Mar Chiquita, que está al Este del fuerte del Tío y lindando con el territorio de Santa Fe, y después de esto permanecí por orden del general (que me la dió al regresarse para Córdoba) en el Fuerte del Tío por más de un mes, y fué entonces que le hice la propuesta de establecerme en esa frontera y en el lugar que él me designara con una colonia de hombres voluntarios de las provincias de Santiago y Tucumán, y los cuales me era muy fácil conseguir; mas él se desentendió de ese mi importante ofrecimiento y cuya idea la publica como pensamiento suyo.

Pero, para probar hasta la evidencia la pequeñez de ese general tan afamado y hasta dónde llegaba su ridícula y mortal emulación contra mí, quiero dejar consignado un hecho bien ridículo y que me dejó en extremo avergonzado.

Después de haber yo permanecido en el fuerte del Tío por mucho más de un mes y de haberles hecho cortar con mis voluntarios algunos miles de adobes para que levantaran la Iglesia, que estaba arruinada, y de haber puesto una buena huerta con toda clase de verduras y hasta un alfalar, mandó el general Paz al comandante Albarracín, de coraceros, á relevarme y después de haber cedido á dicho jefe cuanto había sembrado, me retiré á Córdoba; mas habiendo dado la casualidad de llegar después de las 9 de la noche y precisamente en los momentos en que el general y todos los jefes y oficiales se hallaban en un gran baile con que el comercio obsequiaba al ejército por los triunfos de la Tablada, había sido yo conducido con toda mi tropa por orden del general á un cuartel ó casa que está al extremo sur de la calle Ancha.

Luego que se hubo acomodado mi tropa, me preparaba yo para tenderme á descansar, cuando se me presentan tres ó cuatro señores comerciantes y en traje de baile, con el empeño de conducirme á la casa en que se obsequiaba al ejército con ese gran baile. En vano fué excusarme con que no estaba en traje de poder asistir y que además estaba barbado y en extremo rendido. No hubo excusa que me valiera, pues se me obligó á que sólo me lavara y mudara la ropa que tenía puesta.

Muy pronto nos pusimos en marcha, y apenas se anunció mi llegada á la puerta del baile, que era un hermoso patio lujosamente adornado, cuando toda la concurrencia de señoras y caballeros se pusieron de pie y me recibieron con mil vítores y aplausos,

hasta que me hicieron sentar en la 1ª línea de los asientos de las señoras. ¡Pero cuál fué mi sorpresa cuando apenas me había sentado, cuando se me presentó por delante y en pie una señorita vestida de ninfa y me saludó con la oda destinada á mí, para el día en que fué recibido en triunfo el ejército después de ambas victorias! Yo la escuché puesto de pie y en extremo avergonzado, mas como no me dieron tiempo para que contestara así que la ninfa concluyó, porque tras los vítores y palmoteo gritaron ¡contradanza! Pregunté por el general, para ir á saludarlo, y habiéndome asegurado que en aquel momento acababa de entrarse á una de las piezas que estaban preparadas con lujosos ramilletes, pasé inmediatamente á ella.

¡Pero se creerá que ofendido el general por los aplausos con que me había honrado todo lo principal de su pueblo, se había salido del baile por una puerta falsa y no volvió á él! Aseguro que quedé tan avergonzado cuando me confirmé de que el general se había mandado mudar, que me retiré muy luego á mi cuartel! Es éste un hecho que muestra la poca cordura del general y cuán susceptible era de encelarse toda vez que las consideraciones de sus compatriotas no fuesen dirigidas sino á él solamente. Yo espero que los lectores, teniendo en consideración el marcado y hasta ridículo empeño con que Paz procura atacarme tan descaradamente y sin razón, en cuantas ocasiones puede, me dispensarán la verídica relación que acabo de hacer para mostrar la marcada cuanto injusta prevención que este general me tenía, nada más que porque había tenido yo la felicidad de exponerme mil veces más que él por la libertad é independencia de mi patria y sin ninguna aspiración personal.

Según se verá después, el general tenía la pretensión de colocar en los Gobiernos de todas las provincias á cada uno de los jefes de su ejército, y como era yo el que menos interés le merecía, sin embargo de creerme el más condescendiente á prestarme á cuanto él quisiera, supe después de la batalla de Oncativo que cuando vinieron á felicitarlo, por los triunfos de la Tablada, las dos diputaciones de Tucumán y Catamarca, ambas habían traído el encargo de pedirme al general para nombrarme su Gobernador, pero que él se había denegado á ambas solicitudes con varios pretextos. ¡Cuando esto lo digo es porque tengo certidumbre de que así sucedió! Y esto había sucedido precisamente antes de que yo hubiese regresado á Córdoba desde el fuerte del Tío,

porque me acuerdo que una noche, estando yo con mis oficiales, y creo también con el hoy general don César Díaz, me anunciaron que el cabo Fermín Núñez, de Catamarca, que era el que me había sacado del campo del Tala cuando quedé por muerto el año 26, quería verme.

Aunque yo no tuve antes el gusto de conocer á ese valiente y distinguido cabo, salí corriendo á introducirlo, pues conocía su nombre; y después de haberlo estrechado en mis brazos á presencia de todos mis oficiales, le exigí me contara cómo había venido y el modo cómo me había salvado, y fué por él que supe haber venido con los diputados de su país, por tener el gusto de verme y me refirió también menudamente los trabajos que le había costado el salvarme y los cuales están ya consignados en otros escritos que he publicado. Yo lo regalé cuanto pude y me permitían mis bien escasos recursos y aun creo lo hice quedar á mi lado.

Sobre lo que refiere Paz al fin del folio 168 sobre el fusilamiento de los asesinos del oficial Tejedor, y de cuyo hecho culpa al coronel Deheza, nada puedo decir, porque no lo presencié, pues mi regreso de perseguir á Quiroga fué después de muy caída ya la tarde, mas no extrañaré que sea exagerado, porque es bien marcada la prevención que contra dicho jefe muestra desde antes de la batalla de San Roque.

Me causa más bien risa el leer lo que dice Paz al concluir el 2º párrafo del folio 169, hablando de su salida de Córdoba á acamparse sobre los altos de la otra parte del río: "Allí fué donde se me incorporó el coronel Madrid, que tan indebidamente había dejado de perseguir los restos fugitivos del enemigo." ¿Y con qué caballos ni con que orden iba yo á seguir sin término á Quiroga, que volaba con unos pocos hombres, y dejando cansados sus mejores caballos, pues lo había perseguido más de cuatro leguas? ¿Qué! porque á él se le antojó decir que me impartió órdenes, que no recibí para perseguirlo, estaba yo obligado á seguir indefinidamente y á pie una persecución ya sin esperanzas; y cuando tenía la certidumbre de que haría yo falta para perseguir las montoneras de Guevara y al mismo Bustos, que había tomado esa dirección.! ¿Y no contento con haber supuesto que me había dado instrucciones ú órdenes, se atreve todavía á decir que *indebidamente* había dejado de perseguir los restos fugitivos.

Sería nunca acabar si yo me pusiera á rebatir uno por uno

todo ese largo tejido de precauciones que él dice tomó en esa su salida al Norte y el repentino cambio de dirección que dió á su marcha sobre el Este. (Después de los partes que yo le había dirigido). Mas me es indispensable el llamar la atención sobre algunas de sus apasionadas producciones. Al concluir el último párrafo del folio 174 dice: "Al mismo tiempo despaché á recorrer los departamentos de la sierra una división poco numerosa á cargo del coronel don Pascual Pringles" y en su nota agrega que "la misma tarde de la acción de la Tablada y sobre el campo de batalla lo saludé dándole el dictado de coronel."

Sin que de modo alguno pretenda yo rebajar el alto mérito y había contraído y á ese valiente en diversos combates anteriores, y desde la guerra de nuestra independencia, no es posible dejar de hacer notar que en esa batalla, en cuyo campo el general lo premió, había yo hecho infinitamente más que ese valiente, y para más demostrarlo agregaré que yo desmentí en un periódico que redactaba entonces el señor Vedoya, el parte que publicó el general sobre esa batalla en la parte que á mí tocaba, y que dicho general tuvo que callar la boca.

Sigámosle en su estudiada é inexacta relación sobre esa campaña, y se le verá atribuirse hasta la dirección que yo dí á mi fuerza con que batí y desbandé al caudillo Guevara y lo perseguí hasta arrojarlo sobre el territorio de Santa Fe, como lo he dicho ya; véase si no lo que dice en el último párrafo del folio 176, y aunque es la primera vez que al hablar de una operación mía dice la verdad, sobre el modo cómo la ejecuté (porque esto lo escribiría *muy de madrugada*) pues dice: "El general Bustos, con su E. M., se había retirado al Sauce, provincia de Santa Fe, y sólo Guevara sostenía la campaña. En la noche del 9 de Julio (1) despaché al coronel Madrid con una división fraccionada en *tres fuertes partidas que marchando por tres diferentes caminos fuesen á caer simultáneamente* sobre aquel caudillo. ¿Quién, al leer esto no creerá que yo lleve esas precisas prevenciones? En la mañana siguiente se logró cumplidamente el objeto (naturalmente porque él me había enseñado lo que estaba yo causado de saberlo mejor que él.) Llegando á sorprenderlo, con la particularidad, que habiendo sentido una de las partidas y queriendo desviarse ella, fué á caer

(1) Del 9 de Julio al 26 de Junio en que yo marché hay alguna diferencia.

en las otras que lo batieron y acuchillaron, etc.” Pero debe advertirse que eso lo supo el general por el parte que yo le pasé, y que sólo por su incorregible manía de hacerme aparecer como un atropellador ignorante y rudo, quiere él atribuirse hasta la dirección de la *única operación* en que, según él lo confiesa, llené cumplidamente *sus instrucciones*.

Copiaré la curiosa relación que hace Paz en el último párrafo del folio 177, pues, por la marcada repetición de tanto. Allí, parte que ha querido llamar sobre él la atención de todos: “Mi cuartel general estaba situado á dos leguas al Este del Tío en un lugar muy pastoso llamado la Isla. Allí fué que tuve la satisfacción de ver concluída la resistencia armada de aquellos departamentos (gracias á su *inepto* émulo). Allí que recibí la solemne diputación que enviaba el Gobierno de Santa Fe. De allí que partieron mis comisionados para la misma provincia y la de Buenos Aires. Allí donde prestaron sumisión al Gobierno *tantos* que se negaban á hacerlo. Pues allí mismo fué donde antes de cumplirse dos años fuí traído prisionero (1) y en una situación bien diferente. Advirtiendo que fuí hecho prisionero por esos mismos que había vencido y perdonado: ¿y por qué se dejó tomar, pudiendo haberlo evitado?) por aquellos mismos cuyo país merecía todos mis desvelos. Estaban engañados; ellos lo conocerán y deplorarán sus errores.” ; Quien tuvo que deplorarlos fué él mismo, pues se dejó tomar por esos pocos miserables solamente porque quiso, pues cuando vió que á su vista y á pocas cuadras adelante le lanceaban á su ayudante Arana, no quiso volver tres cuadras por el mismo camino á donde le esperaba su ejército parado, sino que huyó solo por el costado derecho y se dejó bolear casi al centro de donde estaba parada su columna y á menos de doscientas varas de su costado! Un pequeño monte ó arbusto que había de por medio privaba á la columna el ver que era á su general á quien

(1) Solamente por su aturdimiento, por la irresolución en que había permanecido por tanto tiempo dejando que le fueran insurreccionando por todas partes la provincia, y sobre todo por no haber querido antes seguir mis consejos y los de tantos otros compañeros que se los manifestaron por mi conducto, pocos días antes, como lo espresé en la contestación que dí al memorandum del señor don Mariano Fraguero en el periódico *La Epoca*, y de cuyas resultas me retiré disgustado del ejército y fué él á rogarme que me quedara y delegó en mí el Gobierno.

corría la partida enemiga, pues se figuraba que eran los hombres de nuestra vanguardia que corrían á algún montonero!

Quiero dejar aquí consignado un hecho que mostrará á mis compatriotas y al mundo todo, no sólo la nobleza de mi proceder para con el Gobernador de Tucumán, coronel don Javier López, é más de lo que había hecho por él antes y después de la primera acción de la Tablada, sino al mismo tiempo la negra ingratitud con que ese jefe me correspondió cuando la batalla de la Cindadela de Tucumán en el año 31.

Al despacharlo el general Paz con todas sus fuerzas, cuando hubo terminado esa campaña de la Tablada, y hallándome yo ya de regreso del Tío en la ciudad de Córdoba, salimos con el general Paz y otros varios jefes del ejército acompañándolo hasta una regular distancia y cuando el general Paz y demás jefes se hubieron despedido de López y de su columna, le pedí yo permiso á mi general para quedarme á hacerlo yo personalmente. Se había regresado ya el general y su comitiva, cuando pidiendo la venia á López hablé á mis paisanos y encomié á su gobernador cuanto pude por el importante servicio que había prestado con todos ellos á la causa; les exigí como verdadero amigo suyo y como una prueba del afecto que me profesaban, que fuesen siempre fieles y obedientes á su gobierno, y después de haber sido contestado por toda la columna, con las más visibles muestras de aprobación, me despedí de él dándole un fuerte abrazo. Todo esto lo hice con la más sana intención, para borrar de su imaginación hasta la más pequeña sombra de resentimiento por la necesidad en que me había visto de separarlo del gobierno el año 26, y cuyo acto le había proporcionado á él la honrosa satisfacción de hallarse en la batalla de Ituzaingó, sirviendo de ayudante de campo al general Alvear.

Por lo dicho se vendrá en conocimiento de la falsedad con que Paz dice al terminar el párrafo que, empezando á la vuelta, acaba en el folio 180: "Pero, volvamos al fuerte del Tío, ó sus inmediaciones, donde quedó el ejército cuando se separó de la división tucumana."

Sobre los fuertes cargos que Paz arroja sobre la conducta de sus comisionados cerca de los gobiernos de Santa Fe y Buenos Aires, el Dr. D. José María Vedoya y D. José Joaquín de la Torre, nada puedo decir porque no tuve ni era regular que lo tuviera, conocimiento alguno sobre la clase de instrucciones que llevaron;

mas atendiendo á los vastos conocimientos del primero y á su probidad y patriotismo, no dejo de temer que haya algo de exagerado.

Por lo que deja dicho Paz en el último párrafo del folio 180, él “ignoraba complemente los sucesos de Buenos Aires cuando mandó sus comisionados”, y esto no es exacto, porque no sólo tuvimos conocimiento del suceso del Puente de Márquez y aun después hasta del último convenio que celebró Lavalle con Rosas, y mediante el cual terminó allí la guerra, por uno que otro comerciante de las provincias que regresaron de Buenos Aires, sino que hasta se le presentaron á Paz algunos oficiales y aun creo que jefes de los que escaparon del ejército del general Lavalle, y últimamente, para probar él mismo sus contradicciones frecuentes, dice al fin del penúltimo párrafo del folio 185: “Pero lo que acabó de colmar el disgusto y aversión á López y su círculo fué lo siguiente”:

“Los tratados que habían puesto fin á la lucha en Buenos Aires se habían hecho sin su participaci6n; tampoco se le habían mandado á su aprobaci6n, como general en jefe, ni aun se le había pasado un simple aviso de lo sucedido. Este manejo misterioso lo tenía sumamente indispuesto con el partido vencedor, de modo que la comisi6n llegó en las circunstancias más oportuna para ser perfectamente acogida, pero Vedoya ni supo, ni quiso sacar las ventajas que le ofrecía tan brillante ocasi6n, etc.”

Siguiendo después Paz su relaci6n sobre la vuelta á Córdoba con el ejército en los últimos días de Julio, y dejándome en el Tío con sólo mi pequeño cuerpo, dice al fin de la descripci6n que hace en el párrafo del folio 187 de las fiestas y demostraciones con que fué recibido por la capital: “Signieron después las fiestas, y aun se hubieran prolongado á no haberlo repugnado, porque veía que no era tiempo de entregarnos al descanso, ni á una inmoderada alegría, sin embargo de lo fatigado que estaba mi disminuído ejército.”

He querido dejar esto copiado para que se compare con lo que á este respecto dije atrás sobre el recibimiento que se me hizo en el gran baile que daba el comercio siguiendo todavía las festividades por nuestros triunfos, *cerca de dos meses después*, cuando regresé yo del Tío y se ofendió Paz por las demostraciones con que fué recibido.

No ha dejado de sorprenderme la larga relaci6n que Paz hace al concluir el folio 188 sobre las montoneras de la sierra de

Córdoba, á donde dice le fué preciso mandar “al coronel Pedernera que saliese con una división compuesta de su regimiento y de un piquete (medio batallón del núm. 2) de infantería á obrar en la sierra en diversa dirección de la que ocupaba Pringles: lo verificó y muy luego partí á visitar personalmente dichos lugares: cuando llegué, advertí que nada se había hecho para pacificarlos y atraer la población, etc., etc.” Pinta después el estado de aislamiento en que se encontraba Pedernera sin embargo de ocupar uno de los más poblados departamentos, y en fin, todas las disposiciones que tomó él personalmente “hasta que logró atraer algunos individuos más ó menos influyentes, etc.” En seguida, en el párrafo 1º del folio 190, dice:

“Me he detenido acaso demasiado en detallar los sucesos de esta enfadosa expedición, para indicar de una vez los medios de que me valí en otras semejantes ocasiones que se presentaron con frecuencia. (¡Desde luego que son bien ingeniosos y que deben tomarse por modelo para no hacer nada de provecho todos los que ha relatado!) Feliz si todos los jefes que debían secundarme en citar *difíciles* tareas se hubiesen penetrado de cuánta habilidad y firmeza necesitaban emplear para vencer la obstinación de un populacho encaprichado, etc.”

¿Puede verse una sandez semejante, y que se atreva á recomendar como una cosa maravillosa los insignificantes pasos que dió para atraer á dos hombres de los paisanos que por engaño se habían separado de él y pretendían obrar en favor de sus enemigos? Pero no es esto aun lo más extraño, sino que después de decir el general en el párrafo siguiente: “Antes de completar quince días en la sierra tuve que regresar á Córdoba, donde me llamaban asuntos de la *mayor gravedad*, etc., etc. Aparezca la pomposa y larga nota del señor Sarmiento, en que después de los mil elogios que le prodiga y de la grande importancia que da á la insurrección de tres ó cuatro miserables montoneras de la sierra de Córdoba, pues no fué otra cosa esa decantada insurrección de toda ella, salga diciendo en el largo párrafo del folio 193, después de cuanto ha dicho Paz y dejo copiado.

“El general Paz, punto menos que á la vista de Quiroga, abrió sobre la sierra una campaña de quince días, que trajo por resultado disolver las montoneras reunidas, cruzarla en todas direcciones *con su ejército* y privar á Quiroga, no sólo del auxilio que de las montoneras que se había prometido, sino también de

la división que había desprendido por el Norte, que no pudo penetrar en el territorio de Córdoba, ni irse á reunir al ejército principal, de que quedaba separada por enormes é intransitables distancias. Los jefes que han servido á las órdenes de Paz, creen que aquella batida de la sierra de Córdoba, á la víspera de una batalla decisiva (esto es absolutamente falso), es la operación más osada, más estratégica y más complicada que se haya ejecutado hasta hoy en las guerras americanas, tan sencillas por lo general en su plan y detalles. (1) Hemos observado al principio cuán difícil es en aquellas extensiones, casi vírgenes, subordinar las marchas de diversas divisiones á un plan único, á fin de auxiliarse y reconcentrar sus fuerzas en una hora y en un punto dado, por la falta de mapas que determinen las distancias, etc." Y más adelante dice: "El general Paz, empero, no se dejó arredrar por este cúmulo de dificultades y haciéndose informar personalmente por los prácticos de la sierra, pudo trazarse un plan de operaciones á la europea, en el que como en las campañas de Napoleón en Italia, una división debía hallarse tal día y á tal hora en tal punto, etc., etc."

¿No es esto el colmo del encomio por una operación tan insignificante como la que hizo Paz, y no al frente de Quiroga, ni en la víspera de una batalla, sino muchísimos días antes y contra unas partidas tan insignificantes como lo eran esas pequeñísimas montoneras de la Sierra, y cuya falsa aserción va á verse por lo que el mismo Paz va á decir más adelante y por el desmentido que voy yo á darle?

Yo respeto mucho los vastos conocimientos del Sr. Sarmiento, mas no puedo menos que decir que debió haberse informado mejor antes que hacer tan pomposos elogios por esa insignificante operación. Diez mil veces los merece mayores la atrevida expedición que yo hice sobre los pueblos de Cuyo el año 41, con sólo mil y pico de hombres, atravesando elevadas y escabrosas cuestas ó serranías, con cañones y carretas, y parándome por entre medio de dos fuertes ejércitos de más de ocho mil hombres, como los que

(1) Ciertamente que no soy yo uno de esos jefes que tal disparate hayan dicho, ni aun me atrevo á creer que lo haya dicho ninguno de los jefes que yo conozco por más apasionado que fuese del general! Es también falso que con esa operación hubiese privado á Quiroga de la división que había desprendido por el norte y que ésta no hubiese pisado el territorio de Córdoba.

mandaban Oribe y el fraile general Aldao, y ningún escritor se ha ocupado hasta hoy de semejante campaña, siendo la más atrevida que se ha hecho en Sud América.

Es igualmente asombroso que habiendo dicho Paz que pasó personalmente á visitar los departamentos de la Sierra, asegure el Sr. Sarmiento en su larga nota que: "Conforme á este plan, el ejército, subdividido en 15 divisiones, que debían obrar sobre una extensión de cincuenta leguas, desapareció de las inmediaciones de Córdoba, y cada jefe se internó en la Sierra por el boquete, camino ó quebrada que se le había designado, etc." cuando no hubieron tales divisiones ni marchó tampoco todo el ejército.

Veamos ahora lo que dice Paz después de su larga relación sobre la revolución de Mendoza y el gobierno del general Alvarado, en el primer párrafo del folio 202 de la 19 entrega de sus memorias: "En un mismo día con diferencia de unas ó dos horas supe que la división de línea que estaba en la Sierra á las órdenes de Pedernera, se había sublevado capitaneada por ese mismo Velazco de quien hablé poco antes, habiendo sido preso Pedernera y el mayor Chenaut (éste era el jefe de las fuerzas del núm. 2 de infantería que estaban con Pedernera) y de que en el Tío había aparecido una montonera acaudillada por el mayor Lugne (esta es una solemne mentira, y tanto más reprehensible cuando la estampaba con mis memorias por delante, como se verá por la relación que hace en seguida y que es la misma que él vió escrita en ellas), (D. Ramón) yerno del coronel D. Nazario Sosa, que se hallaba en Santa Fe. El plantel, el jefe y los oficiales de la reunión provenían de dicha provincia, donde habían sido provistos de armas y municiones." Y después de seguir haciendo una descripción á su antojo sobre dicha revolución y las medidas que tomó hasta la contrarrevolución de los sargentos y su regreso á Córdoba, añade un nuevo embuste, porque lo que va á decir tuvo lugar dos días antes de saberse la revolución de la Sierra.

Esto es: "las que adopté para sofocar la montonera del Tío (dice) fueron de distinto género: hice marchar en el acto al coronel Madrid con su cuerpo, quien al mismo tiempo que estorbó que la insurrección tomase cuerpo hizo retirar las fuerzas agresoras al territorio de Santa Fe, etc. etc."

Compárese ahora esa relación apasionada con lo que voy á decir, que es lo positivo y no he de ser desmentido por ninguno de los que existen aquí, siendo uno de ellos el hoy teniente coronel

D. Francisco Carboné, que fué uno de los que me acompañaron, si mal no me acuerdo, en esa mi marcha contra los montoneros que habían invadido al fuerte del Tío y apoderándose de su comandante y la poca fuerza que tenía.

Este hecho que voy á relatar tuvo efecto, si mal no me acuerdo, después de haber yo regresado del otro lado de la sierra con mi cuerpo de recorrer esos departamentos, y aun de haber tenido algunas guerrillas contra las fuerzas de Quiroga, cuando se movió de la Rioja ó de los Llanos en dirección á la provincia de San Luis para esperar la reunión de las fuerzas de San Juan y Mendoza, como creo debe estar expresado en mis memorias, y que por una rareza incomprensible, no recuerdo en este momento para expresar los varios hechos de armas que tuve en esa corrida, y sólo me acuerdo que aumenté en ella mi cuerpo con algunos pocos voluntarios que se me presentaron en la sierra y siendo uno de ellos el hijo de un comandante ó juez, no recuerdo si de Nono ó Pacho y el cual me salió un excelente soldado y que me acompañó de asistente por mucho tiempo.

Ello fué que de resultas de haber yo regresado á Córdoba de esas correrías, había sido convidado á comer para el día siguiente á casa del señor Marol, comerciante avencidado en la plaza de Córdoba y que tiene ó tuvo aquí hace poco un hijo encargado de una mercería en la calle de la Victoria y muy cerca de la plaza.

Precisamente el día anterior á dicho convite le había yo pasado una carta al Sr. general Paz, la más amistosa, manifestándole los peligros á que se exponía por la inacción en que permanecía con el ejército, dando lugar á que los gobiernos de Santa Fe y Buenos Aires le fueran insurreccionando parcial y simultáneamente algunos puntos de la provincia; y me acuerdo en este momento que le decía en dicha carta: "Mire Vd., mi general y amigo, que yo conozco mejor que Vd. el carácter de sus paisanos de la campaña; no vaya por Dios á descuidarse, por más buenas que sean las relaciones en que esté con Vd. el nuevo gobierno de Buenos Aires, por lo que "potes contigere", porque ha de ser el primero en declarararle la guerra cuando lo vea en peligro", y entre otras varias juiciosas reflexiones que le hacía y se verán si el Sr. Lamas llegase á publicar mis memorias, le decía: "Si la falta de recursos para abrir la campaña es lo que lo detiene, delege Vd. el gobierno en mí por 24 horas, saliéndose como á recorrer algún departamento, que yo le proporcionaré en ese corto tiempo los cien mil pesos que le

he oído decir á Vd. que son necesarios para salvar la patria, pues me los darán indudablemente los capitalistas que en su mayor parte nos son poco afectos. Deje Vd. que caiga sobre mí la odiosidad de esos pocos, que mañana me bendecirán ellos mismos, pues serán pagados después por Vd. cuando haya libertado á los pueblos de sus caudillos: pero el general, en vez de agradecer el sacrificio á que me prestaba por sólo ayudarlo, y de ver que á ello no me movía sino el más noble deseo y sobre todo la amistad que yo le profesaba, me mandó llamar á la oración á su casa.

Seguramente el general había confiado esta mi carta á su ministro de gobierno y hacienda, el Sr. D. José María Fragueiro, pues me esperaba sólo con él. Saludé al Sr. general y gobernador al presentarme, y él me dijo en presencia de dicho ministro, las coléricas y poco comedidas palabras que siguen: "¡Vd., Sr. coronel, es muy exaltado en su patriotismo y es preciso contenerlo!" Yo le contesté con mi serenidad acostumbrada: ¿Y por qué, señor general? A lo cual repuso con ácaloramamiento: "¡Por esta carta que me ha pasado Vd., alcanzándomela al mismo tiempo que agregó: ¿Se ha pensado Vd. que si yo considerase necesario nada de lo que Vd. me dice en ella, yo necesitaría de la ayuda de Vd. ni de nadie? ¡Yo solo lo haría, pues me sobra resolución para ello!"

¡Se ha equivocado Vd., Sr. general! díjele con sangre fría. Yo no he querido decir á Vd., ni mi carta le da margen para entenderlo, que á Vd. le falte resolución! Lo que yo he dicho á Vd. repetidas ocasiones antes de ahora y lo repito, es que Vd. es hijo de este país y está muy relacionado en él, y que cuando llegue el momento de tocar la bolsa de los capitalistas, todos ellos vendrán á Vd. con ruegos y su ministro el primero, pues es uno de ellos; y que por consiguiente, querrá Vd. ser deferente con ellos y se perderá la patria y con ella todos nosotros! Yo soy extraño á todas esas relaciones y mi interés es sólo el de salvar el país y á esos mismos mequinos que nos hostilizan negándonos su ayuda. Pero, puesto que el Sr. general considera inútil todo lo que contiene esta carta, haga de cuenta que nada le he dicho; y haciéndole diez mil pedazos, la arrojé al suelo á su presencia y me retiré saludándolos secamente, ya cerca de oraciones ó después que había obscurecido; pero tenía una copia de ella en mi poder.

Al siguiente día, estando sentados á la mesa y tomando la sopa en casa del Sr. Marol, como á las dos de la tarde, entró corriendo un edecán del general (y creo que fué el teniente coronel

Rodríguez, Boliviano) á llamarme con urgencia de parte del general; marché al momento y así que me le presenté, me dijo: "Compañero, hemos perdido el fuerte del Tío, pues una partida de santafecinos mandada por el comandante Castillo, de los de Bustos, ha sorprendido y tomado prisionero al comandante Basavilbaso con toda su fuerza, y yo quiero que salga Vd. ahora mismo sobre ellos con su cuerpo." Antes de una hora estaré pronto con todo él, le dije; pero es preciso que se declaren artículo de guerra los caballos y se recojan en el acto todos los pesebreros; hecho esto, yo le prometo que antes de 24 horas he concluído con todos los invasores y le respondo con mi vida si se me escapan. Muy bien, me dijo el general, se van á declarar artículo de guerra los caballos y recogerse ahora mismo; vaya Vd. á disponer su cuerpo.

¿Y qué me dice Vd. ahora, general, de la carta que le pasé ayer y rompí anoche? Dirá Vd. que soy brujo y que adivino las cosas, pues ya ve Vd. que principian á cumplirse mis anuncios.-- Vaya pronto, compañero y prepare su cuerpo para salir, fué lo que me dijo, mandando la orden en el acto á la policía para que se recogieran sin excepción todos los caballos pesebreros. Me marché corriendo al cuartel y mandé tocar llamada por todas las calles. A las tres de la tarde estaban todos mis voluntarios formados y esperando tan sólo los caballos, que estaban ya reunidos en el corralón de la policía en número de más de 400.

Habían empezado á lloverme los empeños de los dueños de los caballos para que se los devolviera, porque les habían dicho en la policía que eran para que yo saliese á campaña; á todos los despaché diciendo: Primero está la patria que sus caballos, dentro de dos ó tres días les serán devueltos. Mas viendo todos mi resistencia, se fueron á ver al general y gobernador, y éste tuvo la debilidad de mandárselos devolver después que por su orden se habían atropellado las casas y recogido todos los pesebreros; mandando buscar mancarrones inservibles por los alrededores del pueblo y los cuales no se pudieron reunir hasta las diez de la noche, esperando yo mientras tanto con mi cuerpo formado en el cuartel.

Luego que hubimos ensillado, pasé á ver al general para recibir sus últimas órdenes y me quejé por haber mandado contrariar su orden con grave perjuicio de la causa. Entonces me dijo el general que me iba á dar dinero para que comprara los que necesitara en el camino, y que al efecto, iba ya á despachar

un propio al comandante de la Villa de los Ranchos para que proporcionara del vecindario todos los caballos posibles, pues que yo llevaba dinero para pagarlos á como me pidieran. El peor desatino que puede Vd. hacer, general, le dije, es mandar semejante aviso, pues sólo servirá para que ponga en conocimiento de los invasores mi marcha, y nada habremos adelantado. Mas, el general se empeñó diciéndome que no había derecho para desconfiar del comandante, y despachando el propio contra mi voluntad y mandándome entregar el dinero (cuya cantidad no recuerdo), tuve que marchar.

Diez y ocho leguas me parece que son las que hay de Córdoba á la Villa de los Ranchos, y sin embargo de haber caminado toda esa noche y la mayor parte del siguiente día, tuve que hacer noche como á dos leguas de la Villa, porque los caballos estaban enteramente cansados. A la mitad de la noche se me presentó en el campo, ó un poco antes, un esclavo del comandante, que saltando las paredes de su casa, venía á prevenirme que su amo había mandado ocultar unos ochenta caballos buenos de él y sus hermanos hacia el monte de José Nudo, que es á los lados de Santa Fe, así que recibió el propio que le hizo el general, y que habiendo esa tarde llegado el comandante Castillo y acampándose de la otra banda del río II con toda su montonera, y mandándolo á llamar á su amo, éste le había contestado por escrito que no podía ir, porque me estaba esperando por momentos con todo mi cuerpo y que con este aviso había levantado su campo y mandándose mudar para la parte de Santa Fe. Si es cierto todo lo que me dices, díjele, te haré dar tu libertad y si quieres servirás á tu patria conmigo, pero cuidado con que me engañes, porque llevarás quinientos azotes. ¡Qué esperanzas, señor, que lo engañe! díjome.

En el acto mandé á un oficial con una partida en busca de los caballos, y haciéndole dar los mejores de los que llevábamos; y al esclavo le ordené que se regresara á su casa para que no se le extrañara.

Así que amaneció el siguiente día nos pusimos en marcha, y pasando por la orilla de la Villa, pasé á situarme en la banda opuesta del río y habiendo ido á verme inmediatamente el comandante, díjele: A causa de los malos caballos, no me ha sido posible llegar antes, supongo que ya habrá Vd. recibido ayer temprano el aviso que le mandó el señor Gobernador de que traigo

dinero, para pagar los caballos que necesite al precio que me pidan y que ya me tendrá algunos prontos; más de esto sé que sólo Vd. y sus hermanos son los que tienen más número de caballos gordos y es preciso me los proporcionen, ya sea vendidos, ó ya prestado por dos ó tres días y con la obligación de abonarles los que llegasen á estropearse.

El comandante me repuso que me habían engañado, pues ni él ni sus hermanos tenían un solo caballo bueno, como no los tenían ninguno de los vecinos por la gran seca que había. Mire Vd. que sé de un modo positivo, díjele que los tienen Vds. buenos, y que le puede costar muy caro el ocultarlos para un servicio tan importante. Lo han engañado á V. S., me repuso, y puede hacer lo que guste, siempre que los encuentre.

Como al hacer yo esa declaración al comandante, ya tenía en mi poder el aviso del oficial que venía en marcha con los ochenta caballos gordos y además el que le había dado al comandante Castillo para que se fuera, díjele después de su negativa que quería mandar alcanzar al comandante Castillo con una carta por si podía atraerlo y hacer que abandonara á los santafecinos; que en esta virtud quería que me proporcionara un hombre de confianza para mandarlo. El entonces díjome: Escriba V. S. la carta y démela, que yo la remitiré ahora mismo.

Como tenía yo la carta escrita desde que su criado me dió el aviso, se la entregué y él se marchó á la Villa para despacharla. La carta era reducido á pedir á Castillo que se regresara á su país con toda confianza á cuidar de sus intereses y de su familia, y no sirviera por más tiempo á los enemigos de su pueblo.

Habían pasado poco más de dos horas y me hallaba yo rodeado en mi campo de todos los oficiales de milicias de la Villa, que habían venido á saludarme, y también de los míos, entre los que se contaba el oficial Carboné, cuando llegó á media rienda un propio de Córdoba y cayó su caballo muerto al bajarse, conduciendo un pliego muy urgente del general: ábrolo y leo lo siguiente: Compañero (no se extrañe esta expresión, porque así nos tratábamos siempre), es imposible que Vd. pueda figurarse lo que nos ha sucedido: la división de la sierra que estaba al mando de Pedernera, se nos ha sublevado, dicho jefe se halla preso por ella y tenemos la mitad del ejército de enemigo, marchando á reunirse á Quiroga, que nos invade. Al leer yo las primeras expresiones de tan *placentera* carta, dí un fuerte viva á la patria que hizo

saltársele los ojos de curiosidad á todos los presentes, y que me preguntaran con ansiedad lo que había: conténtense Vds. con saber que son noticias de la más alta importancia, díjeles y seguí leyendo con cara alegre y el corazón envenenado de rabia, al ver realizados los anuncios que le había hecho al general en la carta que despreció.

Concluída la lectura, llamé aparte á uno de mis ayudantes y le ordené que tomara preso inmediatamente al comandante de la Villa y lo pusiera incomunicado. Tomé dicha providencia porque hice instantáneamente la siguiente reflexió: si este comandante, sin el menor conocimiento de este escandaloso hecho y encontrándonos vencedores, nos acaba de jugar esta partida de ocultarnos sus caballos y dar aviso al enemigo, ¿qué harán él y los demás cuando dentro de tres ó cuatro horas tendrán ya noticia de esa escandalosa sublevación? ¿Es hoy más que nunca necesario un ejemplar para aterrar á los demás y libertarnos de sus infidencias! Esta fué la razón que tuve para nombrar en seguida un consejo de guerra compuesto de los capitanes del cuerpo y el de un piquete que llevaba de infantería, creo que á las órdenes del oficial Carbone, para que lo juzgaran á las dos de la tarde por el crimen de haberse negado á venderme sus caballos ó facilitarlos para el servicio de la patria, por haberlos mandado á donde pudieran servir á nuestros enemigos y por haber dado cuenta á Castillo de mi llegada.

Estando ya reunido el consejo, llegó de regreso el miliciano que el comandante había despachado en alcance de Castillo con mi carta, y como se encontrase con la noticia de estar incomunicado su comandante, se vino á mí y me dijo: Aquí traigo, Sr, las cartas que me dió mi comandante para el comandante Castillo, ó del Castillo, que éste era su apellido, pues me ha sido imposible alcanzarlo porque va muy lejos ya y de carrera.

Como yo no había dado al comandante más que una carta, abrí la otra y encontré que era del comandante preso, disculpándose con Castillo por no haber ido á su llamado en la tarde anterior, por no hacérseme sospechoso, pues que me esperaba por momentos. Así que me impuse de ella la pasé al consejo para que se considerase también esa nueva falta.

El consejo lo condenó á muerte, yo aprobé la sentencia, lo mandé poner en capilla y dispuse que se le proporcionaran los auxilios espirituales y demás, y á las 5 de la tarde fué ejecutado; una

hora después estábamos ya en marcha para el Tío y con los 80 caballos gordos en nuestro poder. A la madrugada llegué al fuerte del Tío y mandé poner preso en el acto al comandante del Garabato (otro fuerte más afuera) por haber dado los 50 milicianos que tenía para su custodia al comandante Castillo y con cuya fuerza sorprendió éste al comandante Basavilbaso.

En seguida lo mandé poner en capilla y á las 12 del día fué fusilado, no sólo por no haberse defendido en su puesto contra los invasores y dado parte al jefe principal, para lo cual su fuerza era más que suficiente, sino también por habérsela proporcionado toda ella á los enemigos para que con este apoyo sorprendiera y apresaran á su jefe y se apoderasen del fuerte principal. En seguida mandé una orden por escrito á ese comandante isleño del curato de Santa Rosa, de quien tanto habla Paz en sus memorias, porque era el más partidario de Bustos, previniéndole que para las 12 del siguiente día lo esperaba en el fuerte del Tío con 150 hombres de su cuerpo, para pasarles una revista y excitarlos á que estuvieran siempre prontos á defender su país toda vez que el gobierno necesitase de ellos. Adviértase que á dicho comandante, que según queda expresado, era el más partidario del ex gobernador Bustos, no había podido ningún jefe hacer que concurriera con sus fuerzas en cuantas ocasiones le habían llamado: pues este comandante estuvo dos horas antes de la que le había preñjado en el Tío, y no sólo con los 150 hombres que se le habían pedido, sino con más de 200. ¡Lo que vale un justo escarmiento á tiempo!

Yo había esperado la reunión de ese cuerpo y la de otro más que llamé de las milicias, con dos cargas de vino del país que había comprado y unas cuantas reses gordas con cuero, para obsequiarlos por su pronta concurrencia. Luego que hubieron comido y bebido, los proclamé á todos y les dije: Desconfiad, mis amigos, de los hombres que os han dicho que yo os llamaba para hacerlos soldados á la fuerza. ¡Para batir á los miserables caudillos, nuestros enemigos y de la patria, me basta este puñado de voluntarios que me acompaña, pues yo no admito jamás á mi lado á hombres forzados que me abandonarían en el peligro, y sólo si á los valientes que voluntariamente quisieran sacrificarse conmigo por la libertad de su patria! En virtud, pues, de lo dicho, pueden ya retirarse á sus casas todos los cobardes, que prefieran dejarse arrebatar sus fortunas, sus mujeres y sus hijos ó hermanas, por esa chusma de vándalos montoneros, antes que armarse para defenderlas!

Cuarenta y tantos jóvenes picaron sus caballos y salieron al frente, diciendo: ¡Nosotros no somos cobardes, mi coronel, y queremos seguirlo voluntariamente para defender nuestra patria! Había conseguido ya mi objeto; los regalé á todos esos valientes á presencia de los cuerpos, y despaché el resto á sus casas prometiéndome que estarían todos prontos á mi llamado, toda vez que la provincia fuese invadida.

Me había ya venido el aviso del general, de la contrarrevolución que les hicieron los sargentos, á todos los oficiales que se habían sublevado en la Sierra con el regimiento de coraceros y parte del 2 de infantería, y que los traían ya presos á Córdoba á la mayor parte de éstos. El general los hizo oficiales y les dió otras recompensas á todos esos valientes por su laudable conducta, y yo regresé á los pocos días á Córdoba, después de dejar tranquilo el departamento del Tío, y provistas las dos comandancias que habían vacado hasta que la aprobara el gobernador y general.

Compárese esta relación verídica, y no supuesta, con todo lo que dice el general Paz á ese respecto al principio de la entrega 19 de sus memorias y también con todo lo que agrega el Sr. Sarmiento en su larga nota, y se verá de qué lado está la verdad, pues fué mucho después, que apareció recién Quiroga, como se verá por la corta relación que haré á su tiempo.

Es bien extraño lo que Paz dice al fin del folio 204: "El coronel Madrid regresó dejando en el Tío una corta guarnición, pero quedando aquella frontera muy lejos de quedar curada de sus políticas dolencias: muy luego veremos reaparecer el desorden." Y todavía más extraño lo que agrega en su nota con respecto "*al malísimo efecto que habían producido en nuestra campaña y en la de Santa Fe las sobredichas ejecuciones*", que yo hice á esos dos comandantes. ¿Y por qué no recuerda *el muy agradable sin duda* que hicieron en todos nuestros pueblos las muy repetidas, como injustas y bárbaras, que todos ellos ejecutaron en cada uno de éstos? ¿Con que los del comandante Luque de los Ranchos y de Ramírez del Garabato eran más debilidad que traición?

¡Estoy seguro de que no habría Paz dicho otro tanto si el jefe que los mandó ejecutar hubiera sido uno de sus favoritos, ú otro cualesquiera contra quien no hubiese tenido él esa mezquina y ridícula emulación que conmigo! ¿Cuál era el temor que pudo haberle inspirado á Luque una partida de veinte y tantos hombres, cuando más, que fueron los que acompañaron desde Santa Fe al

comandante del Castillo, cuando por el aviso imprudente del general se le prevenía que marchaba yo en el acto con mi cuerpo y llevando dinero para pagar los caballos que necesitara á como me pidieran, para haber mandado ocultar los suyos en vez de facilitármelos á un lugar inmediato al territorio que ocupaban nuestros enemigos y que por consiguiente debían servirse de ellos sin pagárselos? ¿Por qué cuando lo mandó llamar dicho comandante Castillo se excusó diciéndole que no podía ir porque estaba esperándome por momentos con todo mi cuerpo, que fué decirle, mandate mudar porque viene en tu busca? Si es por Ramírez, ya he dicho que la fuerza que él tenía era más que suficiente para haber batido á Castillo y que en vez de hacerlo se la franqueó toda para que con ella sorprendiera á su jefe principal y se apoderara del fuerte y demás puntos que guardaba.

Fué tiempo después de ese mi regreso, cuando Quiroga se aproximó á Oncativo, con el fuerte ejército con que había aumentado el suyo, con las fuerzas que sacó de Mendoza, San Juan, San Luis y Catamarca; y que hallándose el general Paz apurado por la falta de recursos y por las continuas conmociones en la Sierra, y recibido ya al obscurecer el parte de dicha aproximación, días antes de la batalla de Oncativo, que me mandó llamar en el acto, y me dijo: "Compañero, Vd. que tiene un genio bastante popular, salga ahora mismo con la música por las calles y entusiasme al pueblo dándole esta noticia, para que se prepare para ayudarnos.

En el acto reuní las músicas de los cuerpos y salí por las calles, improvisando canciones entusiastas, que cantándose por todas ellas, muy pronto me ví seguido por todos los valientes y decididos cívicos de Córdoba y por un inmenso gentío de ambos sexos y que las llenaba todas, dando entusiastas vivas á la patria por la aproximación del enemigo, pues nos proporcionaba, les decía yo, la ocasión de anonadarlo. (1) Fué entonces que le propuse al siguiente día un nuevo y poderoso medio para que se hiciera de los recursos que necesitaba, puesto que había despreciado el de delegar el go-

(1) Y por cierto que esa reunión no fué debida á los dulces, caramelos y panales que yo les repartiera, como dice Paz; sino al afecto que me profesaban, y á la confianza que ya tenían que no los abandonaría jamás en el peligro; y sobre todo, porque supe yo siempre ganar el afecto de los soldados, por el buen trato que les daba, pero sin permitirles jamás la licencia, y porque cuidaba mas de su comodidad que de la mía. Este ha sido mi modo de conducirme en campaña.

bierno por 24 horas para que yo se los proporcionara, y tuve la fortuna de que lo aceptara con entusiasmo, y era el siguiente:

Dé Vd. una orden, díjele, mandando á los cuerpos todos que pongan á mi disposición los hombres que les pida, pues que iba á salir con el mío al encuentro de Quiroga; y como estaba declarado el pueblo en asamblea, iba yo á pedir á los treinta y tantos capitalistas que nos eran desafectos en su mayor parte, para llevarlos á pie de infantes; con esta sola operación, díjele al general, va á tener Vd. los recursos que necesita y ofrecidos voluntariamente por ellos mismos, antes de que hayan salido á las alturas de la barranca, pues voy en la plaza á armarlos de fusil y hacerlos marchar á pie á la cabeza de mi cuerpo.

Como todos ellos conocen mi arrojó, díjele, van á creer que los llevo para hacerlos matar, en lo que no se equivocarán los que anden mezquinos, y esto sólo bastará para que sean generosos en sus ofertas, para evadirse de tan penoso como inminente riesgo. El general aplaudió muchísimo mi pensamiento y me dijo: "Voy á mandar poner la orden ahora mismo, vaya Vd. á prepararse: mas tuvo la debilidad de confiar mi idea al Sr. Fraguero, su ministro, y mandarle que pusiera la orden, en vez de haberla puesto él mismo sin darle conocimiento.

El resultado de semejante imprudencia creo excusado decirlo: el ministro se fingió enfermo para no firmar la orden, é hizo desistir al general de darla, y quedó sin efecto. He querido dejar consignada esta relación, que vió el general Paz escrita en mis memorias, para que todos comprendan que no era yo tan lerdo como él me supone en las tuyas (pero teniendo siempre el cuidado de callar cuanto no le convenía que se supiera) y para que se comprenda también cuál fué la verdadera causa que movió, no diré al pueblo de Córdoba, pero sí al hermano del ministro, que me inculpa en su memorándum, á desnudarme de la delegación del gobierno que había hecho en mi persona el general propietario, antes de su prisión, y ser él mismo el nombrado para sucederme, cuando nunca más que entonces convenía que estuviera el poder reconcentrado en una sola mano, y en poder de un jefe en quien el pueblo tenía la seguridad de que no le traicionaría por todo el oro del mundo, ni sería capaz de abandonarle ni de abusar por un instante de su confianza, por más que el Sr. Fraguero dijese lo contrario.

Seguiremos ahora á Paz en la continuación de sus memorias, y pasando por alto sobre la larga y meditada descripción que hace

sobre la conducta de sus comisionados y las de los gobiernos de Buenos Aires y Santa Fe, así como sobre el general Alvarado cuando fué encargado del gobierno de Mendoza; y en fin, sobre la comportación de todos sus paisanos en quienes tuvo que delegar el gobierno y hasta sobre sus ministros, para morderlos á todos; pero *con excepción sólo del Sr. Fragueiro*, que es el único á quien respetaba, ó mejor dicho, es el único á quien ese general ha respetado, y al recomendable comandante Pauero.

A la mitad del último párrafo del folio 201 y primero de la 19 entrega y hablando de la mala voluntad de los gobiernos litorales, dice: "Tenían una idea equivocada del poder del gobierno y creían por este medio distraer su atención, debilitarlo, y hacer un juego favorable al general Quiroga, que como se há dicho, reorganizaba á toda prisa su ejército para una segunda campaña, etc." He ahí demostrado por el mismo general Paz el ningún fundamento con que el Sr. Sarmiento puso su larga y pomposa nota al concluir el último párrafo del folio 191 de la 18 entrega, para encomiar hasta las nubes el paseo que hizo el general á la Sierra para visitar algunos puntos de ella y en particular á la división que estaba al mando del coronel Pedernera, y suponiendo que "*aquella batida de la Sierra de Córdoba fué á la víspera de una batalla decisiva*". No, ha dejado de causarme risa el ver á la continuación del mismo párrafo, en el siguiente folio, el minucioso empeño con que Paz refiere lo que dice le dijo el comandante Campero respecto al adivino caballo moro de Quiroga, cuando ya lo había dejado perdido en su fuga después de la 2ª batalla de la Tablada cuando lo perseguía, como he dicho atrás.

Creo oportuno rectificar aquí un error que he padecido poco ha al expresar en qué circunstancias recibí en el río II y sobre la Villa de los Ranchos, el aviso que me mandaba el general de la sublevación de la división del coronel Pedernera en la Sierra, cuando cité por testigo al hoy teniente coronel Carboné, diciendo que fué conmigo un oficial Carboné, mas no había sido éste, sino otro que fusiló aquí Rosas después, lo cual lo he sabido hoy precisamente, habiéndome encontrado con el teniente coronel Carboné, pues me aseguró que él no se halló en esa campaña porque se retiró de Córdoba para ésta después de la fuga de Paz para Santiago del Estero y que el que marchó con nosotros á Córdoba el año 29 fué el otro, que cree era oriental.

Hecha ya esta advertencia, sigamos á Paz en su tan salteada

relación, pues tan presto avanza como retrocede en la descripción que hace de los hechos que tuvieron lugar en esa campaña; y es risible el grande aparato con que ese general describe aun los más insignificantes hechos de las débiles y despreciables montoneras de la Sierra, con sólo el objeto de dar la más alta importancia á todas sus providencias y cuantos pasos dió, pero pintándolos á su antojo, 17 ó 18 años después que tuvieron lugar esas operaciones, y calculando despacio el modo mejor para describirlos, después de tener un pleno conocimiento de cuanto ocurrió.

Véase, si no, lo que dice en el 2º párrafo del folio 206 hablando del envío que hizo á la Sierra del coronel Plaza con una pequeña división para reemplazar al coronel Pedernera, pues después de ponderar el *gran vuelo* que había tomado la insurrección y que era necesario emplear mayores medios para contenerla, etc., etc., dice: “Debe tenerse presente que ellos no eran sino la vanguardia del general Quiroga, y que podían de un día á otro ser apoyados por gruesas divisiones, ó por todo su ejército, etc.” Y más adelante dice: “Por otra parte, internándose demasiado en la dirección del oeste, dejaba á Córdoba descubierta por el camino de posta de Mendoza y San Luis (¿y porqué no agregó que más descubierta la dejaba por su espalda, pues su vecino el gobernador López y el mismo Bustos, que estaba en Santa Fe, no dejarían de aprovecharse de su alejamiento; el que por otra parte, aunque hubiera sido con todas sus fuerzas ningún riesgo corría de que Quiroga la invadiera por el camino de posta de Mendoza y San Luis, pues se acercaba con sus fuerzas y no podían ocultárseles los movimientos de su enemigo más poderoso? Todo eso no es más que palabreo para dar una importancia que no tenía á esa su decantada expedición) el que no debía perder de vista, como lo justificó luego el suceso, pues fué el mismo por donde muy poco después fué invadida segunda vez la provincia, etc.” (1)

Luego pasa á recomendar (con sobrada justicia) á su benemé-

(1) Por otra parte cómo podía Paz dudar de que por ese camino lo invadiría Quiroga desde que éste se había movido ya de los Llanos en dirección á esos pueblos de Cuyo, y cuando de ellos iba á sacar todas las fuerzas posible y sobre todo sus más poderosos y necesarios recursos? ¿O pretende hacer creer que podría contramarchar por la otra banda para venirlo á atacar por la Sierra estropeando sus sobervias caballadas y buscando dificultades para el paso de su artillería.

rito ejército, que sin embargo de las mil privaciones que se le hizo sufrir y á la vista del desorden con que le brindaban nuestro corrompidos enemigos, supo mantenerse fiel hasta el último. Esta era precisamente la razón que yo tenía para instar al general Paz para que saliera de su inacción, después de cada uno de sus triunfos y sacara todas las ventajas que le ofrecía la brillante conducta y comportación de ese valiente y virtuoso ejército, y no lo expusiera por su irresolución y mezquindad á que pudiera, tal vez cansado por dichas causas, prestarse á la seducción con que se le brindaba.

Luego, más adelante y en la mitad del párrafo del folio 208, dice: "Fué, pues, preciso ocurrir á arbitrios extraordinarios y después de *mil deliberaciones* las más prolijas, no se halló otro que el de los empréstitos forzosos. Medio ruinoso á la verdad, reprobado y mucho más terrible cuando para hacerlos efectivos es preciso echar mano de la violencia. No obstante, la más imperiosa necesidad me obligó á adoptarlo, etc." ¡Pero esto sólo á mis instancias y encargándome á mí de esa odiosa comisión, á cuya ejecución él no se atrevió jamás; pero que yo acepté gustoso, aunque tarde, por sólo mi patriotismo, y por sacarlo á él airoso del compromiso que había contraído ya con todos los pueblos del interior!

Siguiendo luego su ponderada descripción sobre "*la multitud de partidas* más ó menos fuertes que obraban diseminadas en una gran extensión de territorio y los *innumerables choques con los enemigos*, etc., dice más abajo: No hablaré sino de los más notables para evitar una molesta difusión, y porque tampoco me sería posible hacerlo de otro modo: con esta ocasión debo advertir que escribo diez años después de los sucesos (18 ha debido decir) que han pasado por mí vicisitudes extraordinarias que parece un milagro la conservación de mi existencia y que no tengo á la vista un solo papel, ni documento de aquella época, etc., etc." (1)

Por la descripción que Paz hace de su última expedición á la Sierra, cuando Quiroga aun no se había movido de los Llanos de la Rioja para la provincia de San Luis, se vendrá en pleno conoci-

(1) Van ya dos ocasiones que repite este embuste, y creo que es sólo porque su mala memoria, ó su torpeza, no le sugirió la idea de haber ocultado en la narración de toda su historia, que lo hacia con mis frescas memorias á su vista, y quitando y poniendo todo lo que á él le convenia, como lo habrán notado ya todos sus lectores, en las diferentes ocasiones que se refiere á lo que yo digo en ellas para criticarme.

miento de la impropiedad con que el Sr. Sarmiento ha puesto su larga y pomposa nota en el folio 191 de la 18 entrega; no sólo suponiendo maniobras con todo el ejército y por 15 divisiones que penetraron á ella por el *boquete, camino ó quebrada que se le había designado*; sino asegurando también que regresó el general con todas esas la víspera de la aparición de Quiroga en Oncativo, y después de 30 combates, que no tuvieron lugar.

Véase si no lo que dice el general casi al concluir el primer párrafo del folio 212: “En consecuencia de este plan, el coronel Echeverría con una división, casi despuntando el extremo sud de la Sierra, tocó en la provincia de San Luis, y dando conversión sobre la derecha flanqueó las reuniones enemigas que bordeaban su pendiente occidental. El coronel Madrid con otra (mis voluntarios) atravesó la misma con su división enfrente de San Javier: otra división á mis inmediatas órdenes (y ésta era la mayor) hizo lo mismo en dirección á Nono: una cuarta, aunque más pequeña división, á las órdenes del mayor Luna (ésta sólo era una pequeña partida, como el mismo Paz lo explica después en el folio 214 y el siguiente, pues no alcanzaba á 50 hombres), atravesó la Sierra más á mi derecha, y finalmente el coronel Plaza, con la última, hizo otro tanto para caer sobre Pocho, ((1) donde por un movimiento contrario al del coronel Echeverría, se aproximó lo conveniente á las divisiones del centro.”

Todo cuanto dice en todos los siguientes párrafos hasta casi concluir el folio 219, es exagerado en su mayor parte, y con el exclusivo objeto de mostrar sus previsiones y la singular habilidad con que ejecutó esa su *grande y arriesgada expedición*; pero lo que causa risa es el admirable efecto que dice causó su invención, de unas de las letras del alfabeto para designar en sus partes los lugares que ocupaba y los que eran el teatro de los parciales encuentros, pues dice al fin, hablando del efecto que causó entre los enemigos:

(1) Esta división de Plaza no era más fuerte que la mía que no pasaba de ciento y pico de hombres, por lo que se vendrá en conocimiento que sólo les daba Paz el nombre de divisiones para sólo aparentar, porque sólo la que él llevaba podía merecer ese nombre, y adviértase de paso que ninguna de las cuatro restantes consiguió avanzarse, ni obtener más ventajas que yo, y sin embargo Paz nada dice de mí; pero en cambio el Sr. Sarmiento dice que fueron 15 divisiones, y probablemente compuestas de todo el ejército, más si él hubiese estado presente no habría incurrido en estas faltas.

“por el contrario, los amigos de la causa se exaltaron hasta el extremo de formar en su fantasía castillos aéreos: había hombre que me suponía ya trepando los Andes, con otras mil sandeces de este género.” (Así serían los entes que tal se figuraban.)

Luego, en el párrafo siguiente del folio 220, para mostrar más claramente el equívoco de Sarmiento, dice así á su conclusión: “Estos movimientos prepararon la acción célebre de Oncativo ó Laguna Larga, para la que me dispuse retirando á toda prisa las fuerzas que había dejado en la sierra, la que no se movió sin embargo de la ausencia de aquéllas por causa del terror que les había impuesto nuestra anterior campaña.” Y luego agrega en el siguiente párrafo: “Mas, antes de ocuparme de esta batalla y de algunos incidentes que la precedieron, preciso es ocuparme algo de la política, debiendo para ello tomar las cosas desde más atrás, etc., etc.” Y como no pienso yo seguirlo en esos sus retrocesos y avances fastidiosos, que hace á cada paso para explicar á su antojo, mil pequenezes casi insignificantes para la historia, porque sería causar inútilmente á los lectores, pasaré á hablar de los hechos más principales.

Creo, pues, no deber dejar pasar desapercibido lo que dice Paz en el último párrafo del folio 223, en que hablando de la mezquindad del gobierno de Buenos Aires, hace una confesión inadvertida tal vez, y que en cierto modo puede servir para justificar los rumores que corrieron de que él contra las expresas órdenes del general Lavalle, había precipitado su marcha sobre Córdoba, después de la conferencia larga que tuvo con dicho general cuando yo le hice aquellas juiciosas reflexiones á consecuencia de la derrota del coronel Rauch y su muerte, para que regresáramos con todas las fuerzas hasta dejar pacificada y segura la campaña de Buenos Aires, pues dice Paz en dicho párrafo: “Parece que no hubo otro objeto que desprenderse de mí y de los provincianos que me acompañaban. Muchos juzgaban que en el estado de Paz, tantos militares llenos de méritos, servicios y derechos á los premios nacionales, eran una verdadera carga para la provincia de Buenos Aires que harto tenía que hacer en recompensar á sus hijos. *Si alguna vez se me quería retener* era cuando el peligro asomaba su hórrida cabeza, *es decir*, cuando la revolución bamboleaba, etc.”

¿No es esto una confesión tácita de que es cierto lo que he oído decir á un coronel de este país, asegurando, como otros varios que se lo oyeron decir al mismo Lavalle: “que en esa reunión con Paz habían arreglado hasta los relojes, y convenido en que este último

así que López saliera de sus montes para seguir á Lavalle, regresara él por su retaguardia para evitarle su fuga cuando Lavalle lo acometiera contramarchando sobre él? ¿Dejo á la consideración de otros que hubiesen sido más curiosos que yo, la definición lógica de esa imprudente confesión que hace el general Paz!

En fin, á la conclusión de la entrega 19 de sus memorias y después de repetir tantas pequeñeces y de criticar á todos sus paisanos, en quienes tuvo que delegar el gobierno por diversas ocasiones, vuelve á recitar la historieta del adivino caballo moro, que no existía ya en poder de Quiroga, y por fin, concluye dicha entrega con otras mil sandeces por ese estilo, que hacían que el paisanaje lo tuviera á dicho caudillo por un ser privilegiado é invencible hasta en el amor, y para hacer más palpable su necedad, sale refiriendo con candidez la disculpa que le dió el comandante Isleño por la deserción de casi todo su escuadrón (1) dice: "Cuando le pregunté la causa de un proceder tan extraño, lo atribuyó á miedo de los milicianos á las tropas de Quiroga. Habiéndole dicho que de qué provenía ese miedo, siendo así que los cordobeses tenían dos brazos y un corazón como los riojanos, balbuceó algunas expresiones cuya explicación quería absolutamente saber. Me contestó que habían hecho concebir á los paisanos que Quiroga traía entre sus tropas *cuatrocientos capiángos*, lo que no podía menos que hacer temblar á aquéllos. (¡Y él se lo creó, por de contado!) Nuevo asombro por mi parte, nuevo embarazo por la suya; otra vez exigencia por la mía y finalmente la explicación que le pedía. Los *capiángos*, según él, ó según lo entendían los milicianos, eran unos hombres que tenían la sobrehumana facultad de convertirse cuando lo querían en ferocísimos tigres, y ya ve Vd., añadía el candoroso comandante (el verdadero candoroso era él, que no sólo lo creyó, sino que tiene la necedad de referirlo, supongo que *con el laudable fin* de mostrar que sus paisanos eran unos hombres enteramente ignorantes y estúpidos) que 400 fieras lanzadas de noche á un campamento, etc."

¡Cuánta mofa habría hecho de mí ese general y doctor tan entendido, si hubiera encontrado escrito en mis memorias un desatino

(1) Ya se advertirá por lo que dejé dicho atrás de este comandante, que era el más partidario de Bustos, y que por consiguiente era él mismo el que había hecho desertar á sus hombres y no el miedo al inverosímil cuento de los 400 capiángos; pero Paz lo creyó, le admitió esa necia disculpa y la refiere con el mayor candor.

semejante! ¿Para qué ocuparme de las otras mil sandeces, como el cuento del comandante de milicias Güemes Campero, sobre la indisposición del caballo moro, que no se dejó montar por Quiroga el día de la acción de la Tablada? (1) Otro tanto digo de esa descripción necia y causada que hace sobre el prestigio de Quiroga y lo que habría sido capaz de hacer en los pueblos, si él triunfa en la Tablada. Ultimamente, para no cansar á los lectores con la copia de los mil párrafos de las memorias de Paz para hacer conocer sus errores, creo mejor referir con la brevedad que me sea posible los hechos que tuvieron lugar en toda esa campaña, hasta que bolearon al general Paz y lo tomaron prisionero; así podrán compararse sus inexactitudes con las verdades que yo relataré, sin temor de ser desmentido.

Empezaré por el regreso de los comisionados de Paz, que fueron D. Eduardo Bulnes y el comandante D. Wenceslao Paunero, desde el Salto del Río III, que fué donde se encontraron con Quiroga. Por de contado que éste no accedió á las pretensiones de Paz, y al despachar á los comisionados, les dijo: "Digan ustedes al coronel Madrid que se haga conocer mañana en la batalla, pues que lo he de perseguir hasta los infiernos para rescatar la bandera que me quitó en el campo del Tala el año 26." Esta relación me la hizo el comandante Paunero en presencia del general Paz, ya muy caída la tarde del 24 de Febrero, que fué cuando llegaron al ejército.

Batalla de Oncativo

Al principio relata Paz con exactitud tanto la ventajosa posición que ocupaba Quiroga, como los movimientos que él hizo para hacérsela variar atacando su izquierda. Con la variación que Paz hizo con su ejército en tres columnas paralelas á la vista de Quiroga, hasta presentarnos por el frente de su ala izquierda, tuvo dicho caudillo que variar la posición de su línea y colocar toda su numerosa caballería á su izquierda. En tales circunstancias y teniendo yo formada ya en escalones toda la columna de la derecha que mandaba y la cual era compuesta de sólo caballería por orden de Paz, recibí la orden de acometer á toda la caballería enemiga. En

(1) Esto lo puso seguramente para desmentirme sin atreverse á decirlo, pues que vió escrito en mis memorias que me habla yo apoderado de él cuando la disparada de Quiroga y también de su bayo overo.

esta vez como en la Tablada, ocupaba yo el último escalón con mis voluntarios que se habían aumentado ya á más de 150 hombres. Todos mis escalones cargaron con la mayor bizarría á toda la caballería de Quiroga, que nos venía al encuentro y la hicieron retroceder en desorden; mas como uno de los escalones de vanguardia, que eran compuestos de puras milicias, se hubiese desordenado á la aparición de un nuevo cuerpo de la reserva enemiga, me fué preciso hacer alto para ordenarlo al mismo tiempo que los enemigos se rehacían por su parte, lo que advertido por mí mandé un ayudante á pedir al general que me mandara al coronel Pringles con un escuadrón para reforzarme: habíamos ordenado mutuamente nuestros cuerpos y los enemigos se nos venían ya, cuando les di otra impetuosa carga y me los llevé por delante, sin que hubiese parecido el auxilio que había pedido al general; y habiéndoseme desordenado el escuadrón del valiente comandante D. José León Ocampo á causa de haber muerto este bizarro jefe en dicha carga, me fué preciso hacer alto y retroceder como dos cuadras para ordenar nuevamente los escalones.

Me hallaba ocupado en esta operación y acabando ya de formarlos, cuando ví pasar por mi izquierda al valiente coronel Pringles con sólo cincuenta coraceros al encuentro de la caballería enemiga, que se movía ya sobre nosotros. Cuando á muy poco andar se encontró Pringles con los enemigos y pararon ambas fuerzas casi tocándose con sus lanzas, ya iba yo en marcha con todas mis fuerzas ordenadas; así, fué, que habiendo disparado sus tercerolas los numerosos enemigos sobre los 50 coraceros de Pringles, y obligádolos á volver cara precisamente en circunstancias en que yo llegaba ya por su derecha y los acometía, no hizo más dicho valiente jefe que contramarchar con sus coraceros y seguirme á la carga, hasta que desbandamos completamente á toda la caballería de Quiroga. Sólo fué entonces y en circunstancias en que este caudillo hacía esfuerzos por reunir su caballería al otro lado de la Laguna de Oncativo, cuando me alcanzó el general Paz, y me mandó que cesase de perseguirlo.

Con motivo de dicha parada, pudo Quiroga ordenar más de cuatrocientos hombres de caballería y aun fusilar á nuestra vista á dos ó tres individuos para imponer á los demás. Mientras Quiroga organizaba sus hombres, el general Paz había mandado al comandante Martínez, su paisano, que se avanzara con algunas guerrillas de milicia para incomodar á Quiroga, pero las partidas

de éste las rechazaban. Viendo yo esto, insté al general por que me permitiera avanzarme personalmente con una partida de diez ó doce de mis voluntarios de mayor confianza, y que los tenía perfectamente montados en buenos caballos míos, para llevarme por delante á todas las guerrillas de Quiroga.

Después de mil negativas de Paz á esta mi solicitud, al fin me permitió que marchara, pero recomendándome mucho que no fuera á comprometerme, en circunstancias en que ya Quiroga se ponía en retirada al frente de su caballería formada en línea. Yo le prometí al general no comprometerme y marché de frente con mi pequeña partida, pero apenas me alejé un poco del general, que quedó parado con una parte de la reserva, mis voluntarios y el resto de las milicias que yo mandaba, cuando ya me lancé á la carga sobre la línea de Quiroga, que se retiraba, lo que observado por mis voluntarios que quedaban y también por los coraceros, picaron las espuelas á sus caballos algunos soldados de ambos cuerpos que se hallaban bien montados y entre ellos un teniente ó ayudante salteño de coraceros y se me incorporaron muy luego; de modo que entre todos llevaba ya como unos 40 hombres, y puesto yo al frente de todos ellos les gritaba á los enemigos que huían á gran galope: ; Díganle á Quiroga que si es gente se pare, que aquí va el coronel Madrid á devolverle la bandera que le quitó en el campo del Tala!

En este orden lo perseguí á todo escape por más de tres leguas y sin que el general Paz hubiese mandado un solo hombre para reforzarme y mis soldados iban lanceando á cuantos hombres se atrasaban de Quiroga por habérseles cansado sus caballos. En tales circunstancias, y habiéndose parado tres soldados de la escolta de Quiroga por habérseles cansado sus caballos, cuando íbamos ya á menos de una cuadra de la línea enemiga y visto yo partir sobre ellos para lancearlos á tres ó cuatro de los míos, me dirigí á ellos para embarazar que los mataran y pedirles me enseñaran cuál era Quiroga; pero, habiéndome señalado dichos tres hombres un pequeño grupo que corría hacia el naciente y á cuatro ó cinco cuabras de distancia y díchome allí va, Sr., les pregunté todavía cuál es el pelo del caballo que monta, y habiéndome contestado que era un castaño overo, no hice más que cerrar las espuelas á mi caballo en su alcance y dar un fuerte grito á mis soldados para que me siguieran los que tuvieran buenos caballos.

Al dicho de esos tres hombres yo no dudé que conociendo Quiroga que mi obstinada persecución era sólo por alcanzarlo, hubiese

dejado fugar su fuerza en dirección al sud y apartándose él con aquella pequeña partida en dirección al territorio de Santa Fe, así fué que me empeñé tenazmente en alcanzarle. Luego que partí en esa dirección, volví la vista para ver quiénes me seguían, y encontrando que sólo cuatro soldados y el oficial salteño de coraceros (cuyo nombre no recuerdo ahora) eran los que me seguían, me lancé á todo escape con ellos, y habiéndosele cansado el caballo á uno de los soldados de la partida y contestándome á mi pregunta que Quiroga no iba allí, grité á mis cuatro hombres: Lancéenlo, y corrí al alcance de los otros. A poco andar se paró otro con el caballo cansado y habiéndome contestado como el anterior, que allí no iba Quiroga y querido matarlo mis soldados, me compadecí de él y lo defendí y me paré á dar un poco de descanso á mis caballos, pues habíamos corrido ya más de un cuarto de legua á todo escape.

Apenas hubieron respirado un poco los caballos, volví en dirección al Sud Oeste en alcance del resto de mis pocos hombres, que habían continuado la persecución de la caballería enemiga, mientras yo engañado por los tres hombres de la escolta de Quiroga había separádome en su persecución. Cuando me incorporé á ellos, que fué ya caída la tarde, me encontré con la noticia de haber un ordenanza mío, cordobés, (1) conocido al Fraile Aldao y atropellándolo en el momento que me separaba para perseguir á Quiroga, y como al dicho del ordenanza, todos los demás de mis soldados habían acudido al despojar al Fraile de cuanto llevaba, Quiroga, que iba junto con él y con su caballo cansado, tuvo tiempo de escarpar sin que nadie lo advirtiera. Así fué que sólo por mi empeño en perseguir á ese tigre de los Llanos pudo lograr escaparse de caer en mis manos, y el Fraile salvar su vida para dañar más bárbaramente á los pueblos de Cuyo, pues si no me separo yo por el dicho de aquellos tres hombres en busca de Quiroga, lo hu-

(1) Este era un pardo joven y cuyo nombre está puesto en mis memorias, que habiendo sido prisionero por el Fraile un poco tiempo atras, se nos habia pasado hacían pocos días y tomado plaza en mi cuerpo; así fué que cuando lo conoció se lanzó á él gritando aqui está el Fraile; y como éste se hubiese querido agachar á la izquierda para salvar de una lanzada que le tiró mi ordenanza, y dándosele vuelta la montura y caído al suelo porque la cincha iba floja, lo tomaron sin haberse fijado en el otro que pudo safar, y dándole seis onzas á uno de sus soldados que iba bien montado y cambiado de caballo, logró escaparse. Muy luego mataron los míos al soldado y le quitaron las seis onzas: todo esto me lo contó cuando regresé de perseguir engañado á Quiroga.

biese hecho fusilar en el acto á aquél, pero después que me hubiera hecho conocer á Quiroga, á quien no hubiera permitido que se le matara, porque tenía la mira de conservarlo, si me permitía el general, para que sufriera la pena del talión, por las diferentes personas á quienes tanto había martirizado en los pueblos.

Aunque estoy persuadido de que tal pensamiento se clasificará por algunos de cruel y bárbaro, debo advertir que una larga y dolorosa experiencia me ha enseñado, que con los grandes criminales deben ejecutarse los más grandes y terribles castigos, para escarmiento de los caudillos que tantos males nos han causado, y causarán todavía, por no haberse hecho una cosa parecida. Cuando me hube incorporado á los 40 hombres con que había perseguido á Quiroga tan larga distancia, me encontré ya con el general Paz que habiéndose adelantado y alcanzado á mis hombres, después de mi separación y después también de que éstos tenían ya prisionero al fraile, los había hecho suspender la persecución y se regresaba con ellos, y mandado al coronel Echeverría que continuase persiguiéndolos. El Fraile, por de contado, no estaba ya allí, pues lo había mandado el general á Oncativo, donde había quedado el ejército después que se había rendido toda la infantería.

Todo lo que dice Paz en el último párrafo del folio 246, á excepción sólo de: “La izquierda enemiga fué, pues, la que sufrió por el movimiento todo el empuje de nuestra caballería, la que fué muy valerosamente recibida”, es inexacto, porque ni fuí jamás rechazado, ni cargó Echeverría por el flanco, ni tampoco la reserva tuvo parte alguna en mi ataque, á excepción de Pringles con sus 50 Coraceros, que pertenecían á ella; y cuidado que desafío á que se me desmienta la relación que dejo hecha. El general Paz sólo me alcanzó con la reserva después que en la tercera carga con Pringles me llevé por delante á toda la caballería de Quiroga, para hacerme cesar de perseguirla, como lo dejo ya dicho, y quedándose él allí sobre la Laguna Larga y á la parte sud de ella con toda la reserva, con mis voluntarios y demás caballería que yo mandaba, y también con el Comandante Echeverría, fué que yo me lancé á perseguir á Quiroga con sólo los 40 hombres que dejo dicho. Es bien singular la mortal emulación de ese general para no sólo no expresar en sus memorias ninguna de las diferentes brillantes acciones que yo tuve en esa campaña, sino también para hacerme aparecer en todas ellas como rechazado y adjudicar á otros toda la gloria que yo sólo adquirí en ellas.

Es bien curiosa y ajena de verdad, la relación que hace Paz en el primer párrafo del folio 247, en que dice: "Nuestra columna del centro se movió casi simultáneamente, etc., hasta que logró cortar la línea, quedando de este modo separada toda la caballería de Quiroga, que desde luego se puso en retirada."

En primer lugar, no se movió esta columna casi simultáneamente á mi carga, sino que fué después que yo acabé de arrollar completamente con Pringles en mi tercera carga á Quiroga con toda su caballería, y cuando Paz, á consecuencia de dicha mi carga, se adelantó hasta que me alcanzó al otro lado de la laguna y me mandó hacer alto.

Sobre todo cuanto dice en el siguiente y largo párrafo, respecto á las repetidas órdenes que pasó al coronel Puch, para que se le reuniera (por supuesto después que yo puse en fuga á Quiroga con toda su caballería) corriéndose un poco sobre su derecha por haber desobedecido la 1ª, nada puedo decir porque no estaba yo allí, ni aun lo supe después sin embargo de serme algo difícil el creerlo.

Pero nada hay más extraño que toda la larga y estudiada relación que ese general hace en los párrafos siguientes hasta llegar al lugar en que mis soldados le presentaron al Fraile Aldao prisionero, pues en ella pinta ciudadosamente todas las disposiciones que un hábil general podía haber tomado si hubiese sido cierto que Quiroga después de haberse ocultado en un bajío (no hay ninguno en ese campo) hacía esfuerzos por volver con 800 ó mil hombres que tenía reunidos, y lo cual es falso, como lo es también el admirable orden en que dice seguía él la persecución con diferentes escuadrones protegidos por sus correspondientes reservas. Todo esto no es más que una pintura ridícula suya para darse importancia, y estoy cierto de que se reirán de ella todos los que existen de aquel tiempo y se hallaron en esa persecución, pues que el general, con la fuerza con que siguió por detrás de mí y á muy larga distancia y sin que lo apercibiéramos, sólo alcanzó á mis pocos hombres y ya con el Fraile prisionero, un rato después de haberme yo separado á mi izquierda en busca de Quiroga, como lo dejo dicho, y véase si aun á pesar de esto dice una sola palabra de mí.

Cuando yo me reuní al general después que me aparté engañado para perseguir á Quiroga, ya dejo dicho que regresaba él en retirada para el ejército, y habiendo mandado á Echeverría para que continuara la persecución de Quiroga; y fué en esa marcha

que yo me empuñé fuertemente con el general por que me permitiera volver en persecución de Quiroga con mis voluntarios y una parte del batallón 5º, mas él se excusó diciéndome que iba á mandar al coronel Pedernera con dicho objeto, pues que á mí me necesitaba para darme otro destino, y el cual lo supe al siguiente día, pues me mandó hasta la Rioja en persecución del general Villafañe, que lo encontró la noticia de la derrota de Quiroga de este lado ya de la Sierra y al noroeste de Córdoba.

Es bien graciosa y hasta cierto punto torpe, la pregunta que Paz hace á la mitad del folio 251: "Debía yo renunciar á los frutos de la victoria, dejarles tiempo á rehacerse (¿quienes y cómo se habían de rehacer después de la las tres grandes batallas perdidas, y sobre todo después que los dos más terribles caudillos, el 2º estaba prisionero en nuestro poder y el 1º había fugado para Buenos Aires, abandonando ambos sus equipajes, sus papeles, y hasta sus queridas, que con toda impavidez las habían traído consigo?) para que volvieran otra vez sobre nosotros?"

¿Y en cuál de los pueblos del interior, preguntaré yo ahora y con más razón que Paz, se encontraba ningún hombre tan osado y del prestigio de esos dos bandidos, para que se atreviera á conducir nuevamente á la pelea á todas esas masas aterradas ya, y que sólo deseaban el descanso de que tanto tiempo se habían visto privados por aquellos dos grandes malvados? ¿No habría sido más prudente y conveniente al mismo tiempo, el haber aproximado sus fuerzas sobre los dos otros caudillos, López y Rosas, quienes aterrados con el trágico fin de Quiroga y Aldao, no dudo que se habrían prestado cuando menos á entrar por los arreglos que Paz les hubiera propuesto? ¿La nulidad é insignificancia de Ibarra, todo el mundo la conocía, y por consiguiente, no podía inspirarle el menor recelo! Tampoco deja de ser una risible ocurrencia, la de decir en el siguiente párrafo, hablando de las varias divisiones que destacó á las provincias: "Si para darles más fuerza moral las denomina vanguardias, era un arbitrio legal que no pasaba de un ardid militar permitido y usado para engañar al enemigo. (Que no servía ni para engañar á los más torpes, digo yo). ¿Era preciso que fueran algo peor que torpes los que creyeran que el diminuto ejército de Paz mandara cinco vanguardias en distintas direcciones!"

Por otra parte, no deja de ser bien ridícula la cita que Paz hace más adelante de lo que yo digo en mis memorias sobre los movimientos anárquicos en que encontré dividida á la provincia

de San Juan, cuando marchaba yo de la Rioja para auxiliar al gobernador de Mendoza, Videla Castillo, contra la invasión de que estaba amenazado por los indios. ¿Y por qué, ya que cita eso de mis memorias, no se atrevió á decir algo sobre todo lo que dejo relatado de la batalla de Oncativo, que también lo vió escrito de igual modo en ellas? Los lectores sabrán juzgarlo.

¿Con que por ser yo un jefe experimentado y de algún prestigio en los pueblos, me mandó Paz nada menos que á la provincia de la Rioja, que era la que más cruda guerra nos había hecho desde años atrás, y persiguiendo al caudillo Villafañe, que llevaba más de mil hombres; y sin llevar yo más que trescientos y pico, logré subordinarla y ganar completamente la voluntad y el afecto de todos sus habitantes? ¿Es bien extraño ciertamente, que esa ocasión me encontrase con la capacidad bastante para una empresa semejante, cuando en todas sus memorias muestra tanto empeño en hacerme aparecer tan sólo como un atropellador desordenado y sin la menor capacidad ni aun conocimiento alguno gubernativo!

Como yo no he inventado hecho ninguno en todas mis memorias, para deprimir á Paz ni á otro alguno, porque no he tenido ni tendré jamás esa costumbre, excuso contestar á todas las sandeces que él dice á ese respecto. Mas no puedo prescindir de copiar el último párrafo de Paz en el folio 253, para que todos los lectores acaben de conocer la extrema pequeñez de ese jefe, que ha muerto en la opinión de un varón recto y santo, y á quien se le tenía por una de las primeras capacidades militares de la república! Dice hablando de los párrafos que cita de mis memorias, sobre la crítica que yo hacía en ellas de haber mandado jefes á cada una de las provincias, bajo la creencia tal vez de que podrían ser estos elegidos por ellas para que las gobernarán; pero sin atribuirle de ninguna manera que esas fuesen sus miras, y mucho menos las instrucciones que llevarán, porque si tal cosa hubiese hecho, yo me le habría negado desde el principio, porque he sido y seré el más apasionado defensor de la verdadera libertad de los pueblos.

He aquí el párrafo: "Si hubo conexión, la culpa es suya, pues que no lo mandé á que se hiciera elegir gobernador, y mucho menos le ordené que aceptase. Si hubo algo de lo último, mejor era *Sr. general Madrid*, que Vd. nos lo dijese francamente y dejase de empalagar al que tenga la paciencia de leer sus memorias, con la fastidiosa relación de tantas aclamaciones, de tantos cariños y abra-

zos, de tantas niñerías y ridículas ineptias" (1). ¡Es por demás ridículo y hasta infamante, que ese hipócrita general, que según lo he oído á muchos jefes no se condujo con la pureza que yo, cuando estubo en Corrientes, se atreva á decir más adelante y con el tono de pifia: "los entierros de dinero de Quiroga (tapados) que le llamaron eficazmente su atención. Dígalo el papelillo aquel confidencial que escribió al mayor Carballo, etc." ¡Cierto estoy de que ese hipócrita y mordaz general, no habría dado el noble destino que yo dí á ese dinero, como lo conoció y confesó el mismo Quiroga en una carta dirigida á mí y que ha visto la luz pública en el periódico *La Crónica* del 8 de Junio de 1854, pues la hice publicar, y se publicó también la contestación que yo le dí, en el mismo diario, pero del 21 de dicho mes y año, y sobre todo, lo tenía puesto en mis memorias, que quién sabe si él las inutilizó después de haberse servido de ellas para componer las suyas á su antojo, y que no quedara para la historia, más noticia de mis servicios que el manchado nombre que tan pérfidamente me dejó legado en las suyas!

Me es bien sensible por cierto, y á fe que debe creérseme, que con la imprudente publicación que ha hecho su apreciable hijo (á quien por mil títulos aprecio y compadezco) sin haber antes consultádolo con algunos amigos verdaderos de su finado Sr. padre, haya arrojado un gran tizne sobre la gran reputación con que bajó él á la tumba. Cierto estoy de que cualesquiera de ellos y yo el primero tal vez, le hubieran aconsejado que borrara todas

(1) ¡Qué más ineptias *Sr. perfecto general*, ó el más perfecto Quijote, que las suyas! ¿No es una verdadera necesidad que ese tan aplaudido general tanto por su *privilegiada* capacidad como por su previsión, se muestre tan enfadado porque yo decía en mis memorias una verdad que toda La Rioja la sabe, con respecto á la elección de gobernador que hizo su H. S. por aclamación general en mi persona; yo me resistí fuertemente á aceptar dicho nombramiento, no porque despreciara á los riojanos, pues los quise y quiero aún, tal vez con preferencia, por la honradez y decisión con que se prestaron á trabajar por la buena causa, y porque me instaban para que no los abandonara pues que tenían y con razón, el volver á ser la preza de algún otro verdugo, ó quizá del mismo de que los habíamos librado? Aún decía más, y era la verdad: que sólo me decidí á prestar el juramento y recibirme del gobierno, con la espresa condición de que sólo lo ejercería hasta que desaparecieran en la provincia los temores á Quiroga, y en prueba de ello renuncié el gobierno así que marché de los Llanos por la precipitada llamada que me hizo Paz cuando sorprendieron á Pedernera en el Fraile Muerto los santafecinos.

esas inmerecidas inculpaciones hechas á tantos beneméritos como respetables jefes! Espero que con tal motivo tenga la indulgencia de creer, que me es bien sensible el haberme expresado alguna vez de un modo poco conforme á mi moderado carácter, en estas mis observaciones, contra un hombre que no existe ya! ¿Pero, cómo es posible que aun el más paciente, deje de exaltarse más ó menos, alguna vez, cuando ve que se le hiere en lo más sagrado de su honor y sin merecerlo? ¿Acaso ese general ha respetado tan poco ni las cenizas de varios ilustres personajes, contra los cuales dejó consignadas tan inmerecidas inculpaciones, y desvirtuando por ese solo medio aun el mérito de toda su obra? Por otra parte, ¿quién ha dicho al general Paz que de nada de lo que yo digo en mis memorias pudiese deducir, que yo hiciera ascos al gobierno de la Rioja, cuando tenía la mayor satisfacción en verme rodeado del respeto y aun de todo el cariño y decisión de ese honrado pueblo, que por causa sólo de su feroz caudillo había sido hasta entonces nuestro más fuerte enemigo?

Pero ese presumido, desconfiado, irresoluto y moxlaz general por carácter, así lo dice expresamente en el corto párrafo 1º del folio 254. Y por último, y como para no dejar á nadie la menor sombra de duda acerca de la mortal emulación que contra mí tenía y sin fijar siquiera su consideración en el ridículo papel que iba á representar, agrega un enjambre de diferentes torpes calumnias en los varios párrafos que siguen y sin desperdiciar á más de sus falsas suposiciones aun el más pequeño desliz de mi pluma, para morderme. Véase si no, lo que dice en el último párrafo del mismo folio: "La misión del general Madrid á la Rioja era honrosa á todas luces (1) y nadie la miró bajo otro aspecto (ni yo mismo); mas lo que se la hacía mirar con tedio (mentira) era la distancia que se ponía de su muy querido pueblo (Tucumán) en el cual

(1) Pero era la más espuesta, y la que necesitaba haber llevado la mayor fuerza física posible, pero que él sin embargo de que procura hacerme aparecer como el más inepto de todos, tenía la convicción de que con el diminuto número de hombres con que me mandó sabría yo llenar hasta sus más ocultos deseos; y permitaseme decir con este motivo lo que me olvidaba ya: esto es: que llevé conmigo al valiente y desgraciado después, teniente coronel Melián quien se empeñó conmigo para que no lo fusilara y se encargó de su custodia, hasta que ese mismo bandido fué la causa de que asesinaran después á su libertador.

podría hacer alguna intentona como la de marras, aunque fuese preciso entrar á la Sala de RR. con espada en mano. Entonces hubiera hallado ocasión de dar ensanche á sus odios personales (jamás los he tenido con nadie, á excepción tan sólo de Rosas y Benavidez y esto por sólo la bárbara muerte que dió este último á mi querido hijo Ciriaco, ahijado del primero, por expresa orden suya) respecto de López, cuya influencia predominaba en su amado pueblo." (1)

Qué otra idea que la de su pequeñez puede formarse, de la ridícula observación que hace, (como poco después lo de sus falsos temores de que ¡pudiera yo *escurrirme* para hacer de las mías!) ¿Acaso yo me escurri alguna vez en mi vida, ni me mezclé indignamente con él en Arequito, en ninguna revolución, con el despreciable intento de ir á hacerme el gobernador de un pueblo? ¿No ha visto Paz que en todas las veces que por mi desgracia he estado de gobernador en varios pueblos, incluso el suyo mismo, no he hecho más que sacrificarme en todas ellas por su libertad, y salir de todos ellos con mis manos bien limpias y sin que nadie sino él se haya atrevido á mordirme, porque no he dado lugar para ello ni lo daré en mi vida?) En el 4º párrafo del mismo folio en que dice: "Es digno de notarse que tiempo después, cuando el general Madrid podría considerarse en una posición más elevada, ha hecho varias expediciones á la Rioja desde Tucumán con motivos menos graves y hasta una vez con el fin de traer algunos odres de vino, sin que haya creído que por ello sufría su alta categoría." Es preciso que se sepa que esto lo dice Paz, por una verdad que vió escrita en mis memorias á ese respecto, y es (como llegará el caso de explicarlo mejor) que el general Alvarado, después que yo entregué el mando del ejército y me puse bajo sus órdenes, me mandó con dicho objeto á la Rioja, para que con el producto de dichas cargas, que debería sacarlas de las bodegas de los enemigos, poder proporcionar algún auxilio al ejército, porque López lo tuvo muchos días has-

(1) Esta páfida suposición de Paz, no sólo la había yo desmentido ya, antes y después de las acciones de la Tablada, por todo lo que hice y queda ya expresado, sino que ratifiqué ampliamente cuando me retiré á Tucumán con todo el ejército, después de haberse hecho bolear Paz, y siendo yo su general en jefe, pues me puse con todo el ejército bajo las órdenes del gobernador Alvarado, para sólo enseñarles á ese López y otros, que no abrigaba yo aspiración ninguna innoble, ni me asistía tampoco el menor resentimiento.

la sin comer en el más patriota de los pueblos; y que yo, como que fuí y seré diez veces más patriota y menos vano que él que me critica, me presté gustoso á trueque de que no se disolviera nuestro ejército por la tan extraña hostilidad que López le hacía, y por cuya misma causa había ya obtenido yo mi pasaporte del general Alvarado para retirarme á Bolivia. La otra vez que marché á la Rioja y que es á la que ese necio general alude, fué la en que marché á dicha provincia el año 40, cuando el pronunciamiento de los pueblos del norte contra Rosas, y debe advertirse que ese motivo no era menos grave, como él lo dice.

Otra de las muchas y más verdaderas sandeces de Paz, es aquella repetición que hace el 2º párrafo del folio 255: ("Salvo alguna evasión como la de presentarse con la espada desnuda en el santuario de las leyes,") aludiendo al modo como digo en mis memorias, que me presenté ante la reunión popular así de los RR. del pueblo como de los primeros ciudadanos de él, el día en que llegado de Catamarca á últimos días del año 26, tomé la resolución de separar del gobierno á López, por las razones que he hado ya. Pero esa mi actitud en un momento de conflicto en que no contaba para defenderme, más que con mi espada, y con los pocos hombres que se me habían reunido de la guardia cívica, puede merecer alguna censura, ella fué bien borrada, pues que en el momento de haber saludado con ella á los RR. y demás SS. de la reunión y dándoles cuenta de las poderosas razones que á mi juicio me habían decidido á dar aquel paso, y pedídoles que tomaran la resolución que más creyeran convenir con la más amplia libertad, y bajo la firme inteligencia de que sería yo el primero en respetarla, la envainé, bajé del Cabildo y montado á caballo con los 12 únicos hombres que tenía, ó que había traído de Catamarca, esperé su resolución para obedecerla, como lo hice, y lo cual Paz no expresa.

Como no es Paz quien pudiera juzgar los actos de mi vida pública, sino la posteridad, ella juzgará si volví la espalda con razón ó sin ella á mis compromisos con Rosas, cuando el pronunciamiento de Tucumán en el año 40; ó si era más *decente y propio enriquecerme haciendo lo que Rosas quería*, esto es, que yo *oprimiera á las provincias del norte, coartándoles completamente su libertad*, ó ponerme del lado de ellas, como lo hice y volver la espalda al verdugo de mi patria y despreciando las riquezas que él me ofrecía.

¿Acaso yo ni nadie le había dicho á Paz que él se había abrogado en Córdoba la facultad bárbara de Rosas, de aprobar ó repro-

bar los nombramientos que hicieran las demás provincias de sus Gobernadores respectivos, para que salga diciendo en el tercer párrafo del folio 256: "Cuando el general Madrid aceptó el gobierno de la Rioja no mereció mi desaprobación" y luego, más abajo, que cuando expedicióné á San Juan para ir en auxilio de la provincia de Mendoza en nada conté con su consentimiento? Todo esto no es más que perder tiempo en procurar satisfacer cargos que no se le han hecho, ni era posible que se le hicieran; como no era tampoco que yo me rebajara á pedirle el permiso para auxiliar á un gobierno que mientras tanto podía ser destituido, esto es, aun cuando hubiera sido preciso é indispensable semejante permiso.

Yo no recuerdo hoy en qué parte de mis memorias hubiese dicho Paz lo que asegura en el tercer párrafo del folio 260: "Es una torpe inexactitud lo que dice el general Madrid que los pueblos del interior deseaban que se sacase la capital de Buenos Aires, etc." Pero, si lo dije, no era una torpe calumnia, pues efectivamente lo desearon más de una vez, por sólo alejar el Congreso y el Gobierno de las predominantes influencias de Buenos Aires, muy particularmente en esos tiempos. Por de contado que yo no participé nunca de esas ideas.

Por lo demás, todo cuanto dice Paz respecto al movimiento popular del 10. de Diciembre, "que si fué presidido por el general Lavalle, fué sirviendo de instrumento á un gran partido político que lo impulsó á derrocar la administración del Sr. Dorrego, etc." Yo estoy completamente de acuerdo porque así fué, y yo lo supe de antemano y presencié después la numerosa reunión de San Roque y la aprobación de todo Buenos Aires. Otro tanto digo respecto á cuanto dice en todo el folio 262 respecto al modo de pensar de la generalidad de la parte principal de todos los otros pueblos, y de la comportación del ejército, porque es la verdad.

¡Ojalá que con igual sinceridad hubiese escrito todas sus memorias, en las que hay efectivamente muchas cosas buenas; entonces lejos de verse precisados muchos de sus compatriotas y amigos á desmentirle sólo habrían conservado en su memoria ese justo respeto á que se había hecho acreedor por sus importantes servicios y que le acompañó hasta la tumba!

¡Siento no poder decir otro tanto con respecto á la punzante como embustera crítica que de mí hace en la nota del folio siguiente, pues aunque es verdad que fusilé no recuerdo si á uno ó dos de los malvados soldados de Quiroga, no fué sin que lo

tuvieran sobradamente merecido por sus hechos, ni sin haberles administrado antes todos los auxilios espirituales, ni creo que ese hecho dejase de estar consignado en esas memorias que tanta envidia le causaron, que no paró hasta haberlas hecho arrancar de mi poder por segunda mano, para servirse de ellas, y para haberlas tal vez inutilizado después. ¡Quiera el cielo que yo me equivoque en esta parte para pedirle desde ahora que me perdone este juicio!

Entretanto, no deja de ser chocarrero y en extremo ridículo aquello que dice en la nota sobre “que llevo escritas cerca de mil páginas de á pliego empleando muchas de ellas en frivolidades pueriles, etc.” y “bastantes pruebas nos da el Sr. Madrid de que con un corazón *sumamente humano*, es muy capaz de mandar matar prisioneros rendidos, como cuenta candorosamente que lo hizo en Oncativo, y aun otras cosas más.” ¿Qué otro objeto que el de satisfacer su marcada mordacidad, y la grande emulación que me tenía, puede deducirse de tan necias recitaciones? Si yo lo hubiera alguna vez calumniado en mis memorias ó dirigidole el menor ataque personal, ¿no es claro que me lo habría echado en cara desde el principio y con todo el veneno que contra mí guardaba hipócritamente en su corazón?

Esa revelación ó cuento candoroso mío que dice Paz que hago en mis memorias, de los dos hombres que mandé lancear en el arrebato de mi empeño en agarrar á Quiroga cuando le perseguí en Oncativo, todo lo que prueba es mi sinceridad, y mi fuerte oposición á la mentira, pues aunque yo conocí muy luego lo mal que había procedido respecto á esos dos infelices á quienes en el furor de mi empeño en alcanzar á Quiroga, les había hecho quitar la vida, y me pesó infinito muy luego; no quise dejar de expresarlo sin embargo, por sólo no faltar á la verdad de cuanto relataba. ¡Cuántas veces Paz dora hipócritamente y aun emplea toda su sagacidad para justificar algunas de sus malas acciones, sin embargo de reprobárselas él mismo!

Pero, me he distraído en seguirlo en sus minuciosas relaciones y es preciso ocuparme ligeramente de lo que pasó en mi marcha á la Rioja y de cuanto ocurrió de más notable desde que fuí electo gobernador por dicha provincia hasta que regresé precipitadamente por llamado de Paz, á principios del año 31.

Villafañe, á quien yo perseguía, siguió su fuga no recuerdo si para Guandacol, habiéndosele desbandado sus fuerzas. La provincia de Catamarca, á consecuencia de nuestro triunfo en Oncativo,

eligió para su gobernador al mayorazgo D. Miguel Díaz de la Peña, tucumano, pero que se hallaba creio en su rico mayorazgo de Guazán, y el cual era primo mío.

Yo llegué á la Rioja después de haber anticipado un aviso desde los Llanos, para que reunida la representación de la provincia eligiera libremente su gobernador, y previniendo al mismo tiempo que yo no entraría á la ciudad antes que su gobernador libremente electo, me lo ordenara; pues que sólo entonces pasaría con toda mi fuerza para prestarle toda la protección que necesitara. El resultado fué el ser yo electo por aclamación, y que á pesar de mis repetidas resistencias, tuve que aceptar el nombramiento, pero bajo la expresa condición que ya dejé indicada. No es posible tener hoy en la memoria todas las cosas que ocurrieron después de pasados tantos años, y aun cuando las tuviera no sería del caso relatarlas, y por lo tanto, sólo referiré los hechos ó acontecimientos más notables, y esto ligeramente, para que se comparen con lo que Paz dirá probablemente, pues que tenía mis memorias por delante, y no dejará de ejercitar su incorregible manía de cambiar todo á su antojo para morderme cuanto pueda, como acaba de verse por sólo la lacónica y ridícula cita que hace en su nota, de cuanto yo decía en ellas respecto á la batalla y persecución que yo solo hice á Quiroga, y no él, como impávidamente lo refiere; mas, nótese que se guarda muy estudiadamente, no sólo de desmentir nada de cuanto he dicho, pero hasta de nombrarme para nada después del embuste de que fuí arrollado al principio de la carga, y de que su reserva fué la que no sólo *restableció el combate, sino que triunfó completamente de toda la caballería de Quiroga, etc.*

Persuadido de que con esta observación que acabo de hacer quedarán todos convencidos de la hipocresía con que Paz desfigura ó calla todos los hechos gloriosos que me pertenecen en ésa su campaña, paso á referir todo lo principal que sucedió durante mi gobierno en la Rioja. Así que hube aceptado el gobierno, mi primer cuidado fué inspirar á todos sus habitantes toda la confianza que pudieran desear y tratar de reparar en lo posible los perjuicios que Quiroga les había causado con sus bárbaras medidas. Ordené en primer lugar la reunión de todas las haciendas vacunas y caballadas de Quiroga y que todos los demás propietarios pudiesen apartar libremente todo lo que encontrasen pertenecerles por sus marcas ó señales, todo lo cual les era prohibido antes por su feroz

caudillo: ofrecí también premios á los que descubrieran el paradero de todos los sellos y demás principales útiles de la casa de moneda que habían sido extraídos por expresa orden del Tigre de los Llanos. Ambos mandatos tuvieron el más debido cumplimiento, y muy luego se puso en ejercicio la casa de moneda, pero con la expresa orden de que tanto el oro como la plata que se sellara, debía ser de la más alta ley posible y así se cumplió, pero con la particularidad de que sólo en el tiempo que yo mandé esa provincia se les dió á dichas monedas la mejor ley.

Todos los empleados que había tenido antes la provincia continuaron en sus puestos, y sólo coloqué en la moneda como su presidente, me parece que al coronel graduado Plaza, que había ido conmigo desde Córdoba, de modo que sólo este jefe y el presbítero Dr. Caballero, ó Cardoso, pareceme que cordobés, á quien nombré ministro de gobierno por sus conocimientos y probidad, fueron los únicos empleados que yo elegí.

En los primeros días de mi gobierno fué que me trajeron preso al célebre madriño de Quiroga, Brizuela, pues éste era el nombre que dicho caudillo le daba, porque era el querido de los riojanos y el único á quien seguían los Llanistas sin dificultad, porque era un hombre bonazo que se daba con todos ellos, los servía y bebía también con todos; y á más de éste, no recuerdo si uno ó dos de los malvados de Quiroga, que mandé fusilar. Preciso me es advertir que el 1º que por mi opinión debió ser fusilado era ese Brizuela, por ser el más peligroso de todos por el verdadero prestigio que tenía entre todos los Llanistas, y porque era en cuerpo y alma todo de Quiroga, más el valiente y recomendable comandante Melián, á quien tanto yo apreciaba y distinguía, se empeñó fuertemente por salvarlo y tenerlo á su lado, pero respetándolo y cuidándolo como á un verdadero padre suyo, pues así le llamaba; pero fué tal la mala estrella de ese valiente mozo, que hasta me ofreció responderme con su vida por ese ente, que no tenía más placer que estar todo el día y la noche con el vaso de aguardiente en la mano.

No tardó mucho en verse amenazado el gobernador Videla Castillo, de Mendoza, por los hermanos del fraile general Aldao y los indios, y habiéndome dicho gobernador pedido les auxiliara, no trepidé en lanzarme inmediatamente en su protección con cerca de 500 hombres entre Llanistas y mis voluntarios, y dejando delegado el gobierno al coronel Plaza. Claro es que para esta importante operación, no tenía yo necesidad de pedir permiso al gober-

nador de Córdoba por sólo haber sido el general del ejército, ni aun de consultarle.

Algunas horas antes de llegar á San Juan, ya tuve noticia del movimiento que se había efectuado allí, por una parte crecida del pueblo; y mediante el cual habían hecho descender del gobierno al Sr. Aguilar y disuelto la H. S. de R. La parte del pueblo que ejecutó este movimiento, contaba por de contado con la deferencia del comandante Albarracín, jefe del escuadrón de coraceros.

Cuando llegué yo con mi columna á avistar el río de San Juan, ya me encontró una crecida parte de lo principal del partido caído ó que estaba por el gobernador depuesto, y la cual se empeñó en que parara con la división sobre el río, para obsequiarnos á todos con una abundante y lujosa comida; esto sucedía como á las 12 del día tantos (que no recuerdo ahora) y me fué preciso condescender. Era un inmenso gentío de todas clases el que nos rodeaba, y todo él perteneciente á la mitad del bando en que estaba el pueblo dividido. Concluída la comida, me puse en marcha con la división, y á poco andar ya me encontró el nuevo gobierno y todo lo principal del pueblo que estaba por él, y se empeñó fuertemente en conducirme á la casa de su gobierno, que estaba en la plaza, después de haberme asegurado que estaban ya preparados los cuarteles para toda la división; así es que me fué necesario condescender también con éstos. Todas las calles y balcones del pueblo entero estaban lujosamente adornadas de banderas y ricas colgaduras: dos comisionados se encargaron de conducir toda la tropa á dos buenos cuarteles y el gobernador y demás comitiva se dirigieron conmigo á la plaza, en donde se había reunido un inmenso gentío de todas las clases y perteneciente á ambos partidos.

No bien fuí introducido al hermoso salón de la casa donde estaba el gobierno, cuando todo él fué invadido por todo lo principal del pueblo, para tener el gusto de conocerme y abrazarme; (estos son los abrazos que tanto chocaron al cuitado general Paz, pero que, sin embargo, fueron efectivos y todo San Juan es testigo de esta verdad, que refiero) así fué que unos salían y otros entraban á saludarme y practicar la misma diligencia, hasta que cansado ya al fin de haber estado de pie por cerca de dos horas ó una y media cuando menos, y practicando la misma diligencia con todo el que quiso verme, pretexté que deseaba pasar á ver los cuarteles para tomar un poco de aire y descansar, y después de tomar algunos mates ó refrescos con que me brindaron, salí al patio para montar

en mi caballo; mas allí me esperaban muchos que por prudencia unos y otros por su clase, no habían querido penetrar al salón, y me fué necesario abrazar á todos, hasta que monté á caballo ya casi á puestas del sol y todo conmovido y agitado al ver aquel espontáneo contento de todas las clases del pueblo.

Me dirigí de allí á los cuarteles, que sólo visité de á caballo y viendo que nada les faltaba á las tropas, me condujeron á la casa que me tenían preparada: mas á la puerta de ella me aguardaba un nuevo gentío, que no había tenido el gusto de conocerme y abrazarme y apenas me desmonté en el patio y fuí introducido á la pieza principal, cuando se precipitó á ella y se representó la misma escena que en la casa de gobierno.

Muchos de los personajes que me habían acompañado intentaron por varias ocasiones el embarazarles la entrada so pretexto de que estaría yo cansado, mas yo no lo consentí, sin embargo de que efectivamente lo estaba, porque no me pareció propio privar á nadie de satisfacer aquel su espontáneo deseo; pero fué tal la concurrencia que sólo terminó cuando daban ya las oraciones, y fué recién entonces que pude sentarme á descansar en un sofá. No pasaron ciertamente cinco minutos, cuando ya se me presentó una comisión compuesta de varios señores de los principales y que á nombre de uno de los dos bandos en que el pueblo estaba dividido, venía á pedirme encarecidamente que me dignara aceptar el gobierno de San Juan, renunciando el de la Rioja, y asegurándome que con sólo esta mi deferencia quedaría contento y unido todo el pueblo y la provincia.

Yo, como era natural, no dejé de conmoverme al ver semejante manifestación emanada de la mitad de ese pueblo benemérito; mas no siéndome posible acceder á dicho pedido, sin un manifiesto desaire al también benemérito de la Rioja, que con igual interés me había elegido para que lo mandara, me excusé con toda la cortesía debida, y prometiéndoles que emplearía todo mi influjo en hacer que se unieran ambos partidos y nombraran al ciudadano de su país que mereciera la estimación de todos, y después de haberme resistido á las mil instancias que me hicieron hasta poniéndome de manifiesto cuanto mejoraría mi particular conveniencia con ese cambio, y resistídomme yo á aceptarlo por la misma razón, y agradeciéndoles entrañablemente el alto honor que me hacían con su confianza, pude al fin despedir á la comisión, satisfecha en algún modo.

No habría andado una cuadra dicha comisión, cuando ya se

me presentó otra mandada por la otra mitad del pueblo y con la misma pretensión que la primera, y á la cual contesté del mismo modo que á la anterior y apoyando mi resistencia en las mismas razones que también ésta me ponía por delante para que aceptara aquel gobierno, renunciando al de la Rioja; mas como fueron tantas y tan sinceras las instancias que se me hicieron, tuve al fin que prometerles que sólo me encargarían provisionalmente del gobierno hasta aquietar los ánimos y conseguir que reunidos los RR. del pueblo eligieran el ciudadano que debiese gobernarlo.

Como mediante mi llegada á San Juan y el aviso que dí al gobernador de Mendoza, se habían alejado ya los invasores Aldao y los bárbaros, mi gobierno de San Juan no duró sino unos pocos días; porque en ellos, no sólo había logrado calmar los ánimos de ambos partidos y hacer que se reconciliaran, sino que tuve también noticias bastante desagradables de los Llanos de la Rioja: así fué que en la misma noche en que recibí la funesta noticia de la muerte del valiente comandante Melián, á quien había despachado desde el Valle Fértil juntamente con Brizuela y una partida, á sofocar una insurrección que había estallado en el extremo sur de dichos Llanos, precisamente en el día en que pasaba para San Juan, me fué preciso reunir ó convocar á la representación de la provincia que había sido disuelta por el movimiento anterior, y reunida que fué me presenté ante ella, le hice presente la necesidad urgente que tenía de regresarme á sofocar ese pequeño movimiento de los Llanos y les supliqué encarecidamente que nombraran su gobierno y que ambos partidos, en que el pueblo había estado dividido, se unieran entrañablemente para sostenerlo y ayudarlo á trabajar por la felicidad de toda la provincia y para lo cual debían contar todos con el apoyo que yo les prestaría gustoso.

En último resultado, la H. S. llamó en el acto al Sr. Aguilar, que había sido depuesto por el movimiento y el cual tomó posesión del gobierno que había yo desempeñado interinamente no recuerdo si por ocho días; el pueblo quedó contento y yo me puse en marcha al siguiente día para los Llanos. Fué en ese mi regreso cuando al llegar con mi división al lugar de Ambil, me encontré con el coronel Plaza, que dejé encargado del gobierno, el cual, á consecuencia de haber ya sido descubierto el primer tapado de los intereses de Quiroga por la captura que había hecho Carballo del tío de di-

cho general, que era el sabedor del entierro, había venido desde la Rioja (1) para evitar que se tocara.

En el momento de mi llegada á dicho punto, me presentaron Plaza y el mayor Carballo, al tío de Quiroga, que lo tenían ya preso, asegurándome que era él el sabedor del sitio en que estaba enterrado el caudal que su sobrino había dejado oculto, pero que no había (Plaza) querido que dicho entierro se destapara hasta que yo llegara, mas como el lugar en donde estaba el entierro se hallaba distante de Ambil, yo continué la marcha para la Rioja juntamente con el coronel Plaza, pero habiendo mandado al mayor Carballo y el tío de Quiroga, escoltados por el capitán French, de mis voluntarios, con una partida, para que sacando del entierro las cargas de dinero (me habían asegurado ya que eran dos, la una de cajones y la 2^a de zurrone) las condujeran con el mayor cuidado hasta la Rioja.

No recuerdo si al siguiente día de haber yo marchado de Ambil, despaché á las milicias que había llevado de los Llanos para sus casas; resultado fué que yo continué hasta la Rioja con sólo mis dos escuadrones de voluntarios y de los cuales era teniente D. Juan Navarro, que existe hoy en ésta, ya de más alta graduación, pero retirado; y me acuerdo que también me acompañaba el oficial D. Félix Ortiz Alcalde, hoy jefe del detal en esta capital, pues ambos oficiales eran de los buenos que me acompañaban, que fueron testigos de la verdad de cuanto voy refiriendo y que no me desmentirán por cierto.

Al siguiente día de mi llegada á la Rioja recibí aviso del capitán French y de Carballo, de que al siguiente día ó no recuerdo si en esa tarde, estarían en el pueblo con las dos cargas de dinero que habían encontrado en el entierro. Así que recibí dicho aviso convoqué á la casa de gobierno ó la mía, al ministro Dr. Cardoso, al tesorero Rincón y también á varios vecinos para que presenciaran la abertura de los cajones y zurrone, y el recuento del dinero; así

(1) ¿Quién responde ó podrá asegurar que dicho coronel Plaza antes de mi llegada no hubiese pasado vista por el contenido de ese entierro ó tapado, y hécholo dejar después allí mismo, so pretesto de no haber querido tocarlo hasta que yo llegara? ¿No pudo también el mismo mayor Carballo ó entre ambos á la vez, pasado vista por el dinero y extraído alguna cantidad como hay indicios para creerlo por lo que se verá después? ¿Y por lo que el mismo Quiroga me dijo después en su carta?

fué que estando todos estos señores presentes y también el coronel D. Hilarión Plaza, se recibieron y abrieron dichas cargas y las cuales venían acondicionadas del modo siguiente: Los dos zurrone venían retobados con cuero negro y fresco, lo mismo que uno de los dos cajones; dando los comisionados por excusa de aquel cambio de retobos, la razón de que estaban deshaciéndose de podridos los que tenían al sacarlos y por cuya razón se habían visto precisados á ponerles aquellos nuevos con el cuero de una tampera que habían carneado para la partida.

Yo confieso que á la vista de los nuevos retobos y al oír la relación que hicieron á presencia de todos, los que conducían dichas cargas, no dejó de venirme á la imaginación una ligera sospecha; mas como he tenido la costumbre de juzgar á los hombres por mí mismo ó según mis sentimientos y no he creído á ningún oficial capaz de ejecutar una mala acción que yo no sería capaz de hacer, me reprendí interiormente de aquel pensamiento y dispuse que se abrieran primero los zurrone y el cajón con nuevos retobos.

Abiertos los zurrone, se encontraron dos bolsas de lienzo en ambos y con un papelito con la siguiente inscripción en cada una de ellas: 1500 pesos; mas eran éstos en monedas cortadas de 4 y de 2 reales cada una, y la cantidad estaba completa. Abierto el cajón se encontró la tapa floja, y encima de los pesos fuertes de que estaba lleno, habían como unas 300 onzas de oro selladas, y las cuales fueron tomadas por el tesorero y otros de los señores que estaban presentes y colocadas bajo las almohadas de mi cama, instándome para que las aceptara para mi familia, que había llegado ya de Buenos Aires á Córdoba. Yo las tomé á todas y coloqué nuevamente sobre la mesa, diciéndoles: ¡Primero está la patria que yo y mi familia; cuando hayamos libertado á Buenos Aires, quedará muy satisfecho con lo que el gobierno quisiere darme! Por dos ocasiones las traspasaron á mi cama y otras tantas las devolví, y no seré desmentido.

Al ver el último cajón con su retobo primitivo tan bien acondicionado, todos nos figurábamos que su contenido sería de puras onzas, mas al abrirlo sólo se encontró en él 2500 pesos fuertes muy bien acondicionados, y todo el contenido de las dos cargas ordené al tesorero que lo condujera á las cajas de la provincia, facilitándole unos soldados para que los condujeran. Muy luego pasé á recorrer y visitar los departamentos de Famatina y la costa y dejando á Plaza encargado del gobierno.

Ya se me olvidaba prevenir que tanto á Carballo como al tío del general Quiroga les había socorrido con un número de onzas que hoy no recuerdo, y dándole libertad al último para que se restituyera á su casa. Concluida la visita de los departamentos nos hallábamos comiendo en Chilecito en casa del Sr. cura Dr. Gordillo, cuando se nos presentó un chasque muy urgente que me mandaba el coronel Plaza y me presentó un pliego con un gran viva la patria en el sobre: ábrolo y encuentro que me comunicaba que se había encontrado otro gran tapado perteneciente á Quiroga y el cual, me decía, Plaza, consistía no recuerdo si en mil novecientas y pico de onzas, y el resto en dinero; pero me agregaba que no había querido que se sacara y condujese á la Rioja hasta que yo llegara, en cuya virtud consideraba que era necesario que apurara yo mi regreso.

Esta noticia fué celebrada por todos, y me acuerdo que tanto el cura Gordillo como los demás señores riojanos que estaban presentes, me dijeron que no era todavía el gran tapado que Quiroga había dejado oculto, pues que se le había oído decir á él mismo ó á persona bien informada, que tenía treinta mil onzas guardadas. Concluida la comida, me puse en marcha para la Rioja, y así que llegué mandó Plaza una orden á Carballo para que sacara el tapado y lo condujese á la Rioja. Cuando al siguiente día ó al 2º recibí el aviso que me anticipó Carballo de que iba á llegar ya con las cargas de dinero, convoqué á los mismos señores que había reunido para que presenciaran el recuento del dinero del anterior y aun á varios vecinos más para que presenciaran también el recibo y recuento de este último ó 2º tapado; así fué que á presencia de todos ellos llegaron las cargas á mi casa, se abrieron, se contó el dinero y fué en seguida conducido á la tesorería por el Sr. Rincón; pero, por supuesto, después de haberme negado decididamente á admitir una buena cantidad de onzas que se empeñaban todos en separarme para mi familia, y me acuerdo que me decían al ver mi resistencia: “¡Pocos hombres han servido como V. S. á la patria, y no parec regular que habiendo la Providencia puesto este caudal en sus manos no separe algo siquiera á cuenta de los sueldos que se le deben para atender á las necesidades de su familia!” Nada de esto bastó y todo el dinero fué conducido á la tesorería.

¿Y Paz tiene ó tuvo la insolente audacia de arrojar sobre mí la más injuriosa sospecha, después que me había conducido con una delicadeza, tal vez sin ejemplo, á presencia de un pueblo entero?

¡Oh! Este es el colmo de la más negra y ridícula emulación de ese hipócrita general!

Había pasado un corto tiempo después del hallazgo de este 2º entierro de dinero, cuando Carballo me dió cuenta de haberlo hecho confesar al tío de Quiroga el paradero de un otro entierro perteneciente al mismo, y el cual se creía ser el gran tapado de las 30.000 onzas de oro, y fué entonces y bajo el dicho supuesto de ser el grande, que se empeñaron todos conmigo en que le escribiera á Carballo que no me diera cuenta del contenido de ese entierro, sin antes separarme una buena cantidad, y como fué tanto el empeño con que me instaron el tesorero y todos, para que así lo hiciera, me fué preciso ceder á tantas instancias y á escribir esa carta que ha visto ya la luz pública, ordenándole me separara unas 300 onzas si era el grande y á la cual alude Paz con tan maligna intención; mas casualmente el tal tapado, que consistía en dos pares de cargas de petacas con candado y llave, y las cuales fueron abiertas á presencia de una gran parte del pueblo, sólo se encontró en ellas ropa de uso de la familia de Quiroga, cuatro ó cinco aperos tucumanos bien acomodados dentro de las petacas, algunos faluchos ó sombreros de pico viejos, de aquellos que usaban los cabildantes en tiempo de Carlos IV y tan sólo 18 ó veinte y tantos pesos en pesetas cortadas y con el sello de Güemes, que era más cobre que plata, y las cuales estaban acomodadas en una vieja media. He ahí el contenido de todo el caudal que me entregó de los entierros de Quiroga.

Réstame ahora dar una razón de la inversión que hice de él. En primer lugar, remití al general Paz, para auxilio del ejército, no los siete mil pesos que él dice correspondían al contingente pecuniario que debía dar la Rioja, sino 10 ó 12 mil pesos cuya fija cantidad hoy no recuerdo; y es también falso que yo hubiese retirado los mil pesos que él dice de los siete que le mandé entregar. Establecí además un banco en Chilecito ó Famatina, con el capital de diez mil duros, para que pudiera dicho establecimiento fomentar á los trabajadores de minas para poder adelantar la Casa de Moneda, que se puso también corriente; y á más de esto pagué á todos los hacendados el consumo de carne que había hecho mi fuerza, dí dos meses de sueldo á los oficiales y tropa, así del cuerpo de voluntarios como de un piquete de cazadores que había llevado de Córdoba; socorrí á varias señoras viudas por haberlas Quiroga asesinado á sus respetables esposos, porque habían celebrado la derrota que yo

le hice en el Tala el año 26, con una buena cantidad á cada una, y mandé además á San Juan al hoy jefe del detal, teniente coronel D. Félix Ortiz Alcalde, no recuerdo si con 12 ó más mil pesos, para pagar al comerciante D. Joaquín Castro y Calvo todo el armamento de tercerolas, sables, vestuario y municiones, y creoque también cornetas, que había mandado traer de Chile para 200 hombres á que había ascendido mi cuerpo de voluntarios; y fué el mismo Ortiz el que regresó con todo ese armamento y vestuario hasta entregármelo en la Rioja, como puede atestiguarlo dicho jefe.

Después de haber sido descubiertos los tapados de Quiroga fué que hice conducir á mi familia desde Córdoba á la Rioja, y mandando para conducirla al hermano de mi señora, D. Domingo Díaz Vélez, que era mi ayudante, y mandándole tan sólo para los gastos de viaje la miserable cantidad de 12 onzas. Fué muy poco después que el general Paz me comunicó por medio de una carta la noticia que le daban desde Buenos Aires sus comisionados, de que Quiroga debía salir tal día con destino á las provincias de Cuyo y acompañado por una fuerza de 300 hombres. Así que yo recibí dicha comunicación, le contesté pidiéndole me permitiera salir á esperarlo con mis voluntarios y los riojanos á la Villa del Río IV ó más adelante, y comprometiéndome á anonadarlo con sus mismos paisanos, pues los tenía ya completamente decididos; mas el general se ofendió de esta mi indicación y me respondió por una carta bastante seca, que no era dado á ningún jefe subalterno el indicar á un general en jefe las operaciones que sólo él debía practicar!

Algo picado yo por tan necia respuesta, le contesté que puesto que no quería él permitirme que yo saliera á batir á Quiroga, sería conveniente que le ordenara al coronel Videla Castillo, Gobernador de Mendoza, que saliese él á esperarlo al punto ya indicado, puesto que dicha provincia debía mandar un mayor contingente de tropas que la de la Rioja, en auxilio del ejército: agregándole que si esto no se hacía para embarazar la marcha de Quiroga, y se le dejaba penetrar á las provincias de Cuyo, grandes trabajos le daría. El general, que de puro presuntuoso, no gustaba que se le hiciera ni aun las más útiles insinuaciones, nada de esto hizo y lo dejó pasar después de haberse apoderado de la Villa del Río IV, por habérseles acabado las municiones á las pocas fuerzas que la defendían y á consecuencia de habersele pasado el capitán D. Po-

licarpo Torres y asegurádole que no tenían ya municiones para resistirlo.

De allí pasó á San Luis y logró batir creo en el río V, al valiente coronel Pringles, que se hallaba no sé con qué motivo con una pequeña fuerza de coraceros y en cuyo choque murió. Mas, antes de esto, y á consecuencia de haber las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fe sorprendido al coronel Pedernera, que ocupaba el Fraile Muerto con sus coraceros y algunos infantes cívicos de Córdoba, me hizo volar un chasque no recuerdo si á fines de Febrero del año 31, y con el cual me decía: "Compañero, vuela Vd. con los hombres que pueda, en la inteligencia de que si se demora una hora tal vez llegará tarde, pues nos han sorprendido al coronel Pedernera con la fuerza que tenía, en el Fraile Muerto.

Esta comunicación la recibí yo en Polco (un pueblito de los Llanos), pues había salido de la Rioja á recorrer esos departamentos y preparar á los hombres para que me siguieran cuando el general me lo ordenara. Como dicha comunicación era tan ejecutiva, no tuve tiempo sino para mandar corriendo á la Rioja por mi familia y ponerme en marcha para Córdoba con sólo mis 200 voluntarios, 50 hombres de escolta que saqué del dicho lugar de Polco y doscientos y pico de soldados Llanistas. Fué al marcharme de allí que dirigí mi renuncia á la legislatura.

Al mayor Carballo, que lo había mandado en comisión un poco más al Sud de los Llanos, para que trajera alguna cabalada, lo tomaron los hombres que se sublevaron en ellos al siguiente día de mi marcha, así que la supieron. Todo cuanto dice Paz en contrario sentido es no sólo completamente falso, sino cuidadosamente urdido á su antojo, como lo conocen todos cuantos existen de los que me acompañaron en esa marcha; aseguro á mis lectores, que no he conocido en mi vida un hombre más impávido para mentir con tanto descaro cuando podrían sobrevivirle (como ha sucedido) muchos testigos presenciales de todos sus embustes y de la injusticia con que me calumniaba en sus memorias.

Para mejor probar cuanto dejo dicho, me será indispensable transcribir aquí el 2º párrafo del folio 268 de la entrega 21 de sus memorias; dice así: "Mucho daño hicieron las ridículas fanfarronadas del general Madrid, que ofrecía con su escuadrón de voluntarios (eran dos escuadrones ya, y no uno) y algunos cientos de Riojanos, marchar á Buenos Aires á derribar á Rosas, y á todos los caudillos que lo apoyaban." (Este es el más solemne

embuste.) Después de haber estrujado la Rioja sin haber hecho mucho para convertir á nuestra causa á sus habitantes, quería á todo trance salir de esa provincia para correr otras aventuras. (1) Recuerdo que lo reconvine por las cartas que distribuía con profusión, (¡mentira solemne, y propia sólo de Paz, pues á nadie sino á él solo le hice semejante propuesta, ni escribí cartas á ese respecto!) exagerando un poder que no tenía, y repitiendo ofrecimientos que estaba muy lejos de poder y aun de querer cumplir. Luego se verá la exactitud de lo que digo." (¡En mi vida no he hecho, ni haré, ofrecimiento que no haya cumplido ó pueda cumplir, por más peligroso que él haya sido!)

Es asimismo falso cuanto dice en los dos párrafos siguientes sobre que yo "deseaba explotar ó hubiese explotado esas disposiciones inamistosas de unos pocos exaltados hacia mí en su propio provecho", como él lo dice, y sobre todo aquella conclusión del primer párrafo del folio 269: "Debo la justicia (dice) al valiente ejército Nacional y al sensato pueblo de Córdoba y á todos los demás del interior, que jamás le dieron ni la más remota esperanza de su apoyo; dudo aun que los más inquietos, en la mayor exaltación, pensasen confiar á la debilidad de su juicio el éxito de una obra que, clásicamente extraviados, deseaban sinceramente ver terminada."

¿Y cuándo, Señor general embustero, solicité yo en mi vida el apoyo del ejército ni el de los pueblos para revelarme contra Vd. ni contra nadie? ¡Díganlo el Sr. Dr. D. Elías Vedoya y el Sr. Olmedo, como asimismo muchos SS. respetables vecinos de Córdoba, si es verdad que pensaron y aun me propusieron dar el mando del ejército, en la noche que llegué á Córdoba ya con licencia del general para retirarme á Tucumán, y conduciendo á

(1) ¡Para sacar á Vd. airoso, señor General tan inflado como irresoluto, desconfiado, y amigo del chisme! y por fin para salvar al país entero de los inminentes riesgos á que veía yo expuestos á todos los pueblos del interior, si Vd. por su inepticia lo dejaba pasar á ese feroz caudillo Quiroga, á quien consideraba. Vd. con bastante *capacidad* y *prestigio* hasta para cambiar la religión del país? Para eso es, que quería yo salirle al encuentro, pues que no lo consideraba á Vd. capaz de ello! Por lo demás, es completamente incierto que yo me le hubiese ofrecido para marchar á Buenos Aires con sólo mis voluntarios y algunos cientos de riojanos, á derribar á Rosas y á todos los caudillos que lo apoyaban! En prueba de mi verdad, provoqué á toda esa benemérita provincia de Córdoba á que me desmienta!

mi Señora gravemente enferma, por sólo el convencimiento en que yo estaba en que íbamos á perdernos por su inacción! ;Que digan asimismo cuál fué la contestación que yo les dí en oposición, y si es ó no verdad que habiendo pasado el siguiente día, se costeó el general á media noche desde su campamento y mandándome llamar á la Chacarita me pidió que suspendiera mi marchar á Tucumán, pues que quería delegar en mí el Gobierno,, y abrir él mismo la campaña sobre Santa Fe con los recursos que yo le proporcionara! ;Si me recibí ó no del Gobierno al siguiente día tantos de Mayo y si le proporcioné ó no los recursos que necesitaba cargando yo por sólo ayudarlo, con la odiosidad de haberlos sacado en 24 horas ó antes, por medio de un violento decreto que tiré al efecto!

Ultimamente, pido á ese patriota y distinguido pueblo de Córdoba, que tanto interés tomó por el triunfo de la buena causa, que sosteníamos, que hasta una parte de los nunca bien ponderados cívicos y artesanos me siguió á pie con su oficialidad y voluntariamente, cuando me ví forzado á retirarme porque el coronel entonces Pedertera, sin mi conocimiento, había hecho un falso movimiento sin mi orden y con todo el ejército hasta el río Carnero, 11 ó 12 leguas al norte, porque se habían internado los Reynafés: ;le pido, repito, que me desmienta como á un falsario si no es verdad cuanto dejo expuesto!

Es también muy gracioso aquello que dice en la segunda línea del folio 270: "Prescindiré también de entenderme en la consideración de que el general Madrid tuvo mayores medios que ningún otro jefe, de levantar una buena división de tropas, (lo que tampoco hizo.)" Cierto es y muy cierto, esto que dice, ¿pero quién sino él tuvo la culpa de que yo no hubiese reunido una brillante división, y acabado con Quiroga antes de permitirle que hubiese pisado el territorio de los pueblos de Cuyo, y reuniéndome después, como se lo había ofrecido, sino él mismo? ¿Por qué se asustó tanto por la sorpresa que le hicieron á Pedertera, que me pidió en la carta volara con los hombres que pudiera, en la inteligencia de que *si una sola hora demorase tal vez llegaría tarde?* ¿Qué, no vió ese general escrito esto mismo que hoy digo, en mis memorias, para haberme desmentido? ¿Cómo es entonces que se atreve inconsideradamente á arrojar tan necio cargo sobre mí?

En el penúltimo párrafo del folio 270, dice ese general tan

nulo como presumido: “Espero que disculpará mi desconfianza cualquiera que conozca al general Madrid. Es el mismo en la administración de los caudales públicos, (1) que en la de su fortuna particular en lo que sea llevado de su prodigalidad genial, sea de otro principio parece que no hiciera la menor distinción.” ¿Para qué ocuparme en refutar todos los groseros embustes que estampa en los siguientes párrafos, como el de que “queriendo darme el tono y aire de salvador”, etc., “me notició que se apresuraba á venir con sus fuerzas á buscar mi incorporación, etc., etc.” cuando no se atreve á decir una palabra sobre la asustadora carta que me escribió y que dejo ya copiada, avisándome la sorpresa hecha al coronel Pedernera, y ordenándome que volase con los hombres que pudiera? O el ridículo cuento de que “quedé muy poco satisfecho cuando recibí sus órdenes (¡qué pensaría darme, á que *soñó* despierto que me las había dado!) que me prevenían nada precipitar, sino al contrario, organizar, etc.”

¿Y qué podré decir de la insolente nota que pone al pie del folio 271 y en la que pretende decantar la protección especial que me dispensaban en el interior los generales? ¿Cuáles fueron esos generales, señor *verídico* y envidioso charlatán, que me dispensaron una protección especial? ¿Si se exceptúa al benemérito y distinguido general D. Manuel Belgrano, que su más verdadera protección para mí fué la de elegirme para salvar el ejército, por considerarme acaso más capaz que otros; mandándome internar con sólo 300 hombres á retaguardia del poderoso ejército del hábil general La Serna el año 17, y los 200 infantes escogidos que ese mismo general me mandó dar en la marcha á Santa Fe el 19, y que Vd., señor verdadero ambicioso, contribuyó á quitármelo traidoramente en Arequito; no sé qué otro general ni aun gobierno alguno me hayan dispensado ninguna clase de consideraciones!

Si con esas pequeñas fuerzas con que siempre me mandaban todos los generales al punto más peligroso, y Vd. el 1º, hice

(1) Pero jamás he hecho negocio con los cuerambrés del ganado que consumieron mis tropas; ni he cargado con caudal alguno que hubiese tenido en la caja del ejército, como se lo probarán á él muy pronto, que lo hizo en Corrientes; y ninguno de los que me conocen dirá de mí otro tanto, pues me han visto salir de todas partes con mis manos muy limpias, y siempre el último de los campos de batalla.

siempre prodigios que no fué Vd. nunca capaz de imitar! ¿Cuánto bueno no pude haber hecho en mi carrera en favor de mi patria, si todos los generales y Vd. el primero entre todos no hubieran temido que yo pudiera eclipsarlos con mis hechos? ¿Qué otra cosa que la mortal y ridícula emulación que contra mí tenía, pudo haberle á Vd. obligado á no darme mando alguno cuando estubo aquí de ministro de guerra; cuando el sitio y colocado por sobre mí á otros jefes que aunque ciertamente beneméritos y valientes, no tenían empero iguales servicios ni graduación que yo ni tampoco ese prestigio, que es tan necesario en la guerra? ¿No llegó á tanto su emulación, que hasta siendo después senador y creó que presidente de la comisión militar de dicha cámara, por sólo Vd. no se me despacharon las justas solicitudes que había presentado á las cámaras y las cuales duermen hasta hoy en dichas comisiones? ¿No tuvo Vd. la osadía de decir que no se me debía atender, porque todo cuanto se me diera serviría para que lo malgastara en dulces ó en dar á cuantos me pidieran, y que yo necesitaba de un tutor que administrase mis intereses? ¡Oh, Sr. general, éste fué el colmo de su hipócrita prevención! Apelo al testimonio de los Sres. de la comisión que se lo oyeron como yo, por un raro accidente!

Sólo un corazón depravado y poseído de la más negra y despreciable emulación, pudo haber vertido semejantes expresiones y contribuido con ellas á que se hiciera tal injusticia á un jefe que no pedía sino lo que con sobrada justicia le correspondía, y que teniendo diez mil veces más merecimientos que Vd. y una numerosa y honrada familia, jamás fué atendido como lo ha sido Vd. ó lo fué! Si conocía Vd. que de justicia se me debía lo que solicitaba, ¿qué le importaba, ¡alma bendita!, que yo hiciera de mi capa un sayo? ¿O, por qué, *si era tan caritativo*, no aconsejó á la H. S. que se le mandase dar á mi familia lo que Vd. juzgaba que iba yo á malbaratar, y no sólo no lo hizo, sino que dejó que esos mis expedientes durmieran el sueño eterno en la comisión militar?

¿Habrás, pregunto, algún ser racional que sea capaz de aprobar un proceder semejante, aun dado el caso de que hubiese sido cierto lo que esa alma bendita decía á los señores de la comisión? ¡El público lo juzgará! Mientras tanto, un general benemérito, no sólo por los eminentes servicios que ha prestado á la patria en su larga carrera, sino también por los que puede aun prestarle, se ve hoy con su numerosa y honrada familia sin los medios precisos para su

subsistencia por no serle bastante el escaso sueldo que percibe para mantener diez personas de que ella se compone, incluso una pequeña sirvienta!

¡Espero que el público y la posteridad me dispensarán esta revelación, si consideran que es sólo arrancada del más puro y justo sentimiento, al ver lo mal correspondidos que son entre nosotros los leales y buenos servidores de esta tan desgraciada patria argentina!

Estoy ya cansado de contestar á tantas ineptias de que están llenos los párrafos siguientes, y para no cansar más al público conirme ocupando de cada de ellas, haré por conclusión de esa campaña una verídica y ligera relación de lo que ocurrió después de mi llegada á Córdoba desde la Rioja, hasta mi retirada á Tucumán, á consecuencia de la boleada de Paz, y la cual sin duda le sugirió el embuste de aquella vidalita, en que dice: "Recuerdo una cuyo refrán era á *la gran boleada*."

Como las fuerzas con que invadió López y Pacheco, se habían internado ya hasta bien cerca de Córdoba, y el general había salido ya con todo su ejército aumentado por numerosos cuerpos de milicias, y situádome sobre la Villa de los Ranchos, me fué preciso hacer adelantar mi familia á la ciudad de Córdoba, y dirigirme yo con mi división de más de 500 hombres, (no 300, como él dice) hasta habérmele incorporado, ya de noche, un poco más al sud de dicha villa. Inmediatamente que yo llegué, se me dió el mando de la columna de la derecha, que era compuesta de varios cuerpos de milicias de Córdoba, y de toda mi división, pues tuvimos que marchar muy luego en tres columnas paralelas aun por entre los montes, en razón de haberse ya aproximado bastante una vanguardia del gobernador y general D. Estanislao López. El resultado fué que ocupando la vanguardia nuestra una pequeña descubierta de mis voluntarios que la mandaba el valiente sargento Tula, uno de mis fieles ordenanzas, y dádome parté mucho antes de amanecer, de que la vanguardia enemiga estaba dormida en un monte y con sus caballos desensillados, yo le mandé pedir al general que me permitiera adelantarme á sorprenderla con sólo mis voluntarios y los riojanos; mas, el general, que era el hombre más irresoluto, desconfiado y arisco (como dicen nuestros paisanos) que haya conocido en mi vida, no sólo no quiso consentírmelo, sino que mandó orden á todos los cuerpos para que inmediatamente mudaran todos sus caballos de reserva y lo cual vino á tener lugar precisamente

casi á la vista del campo ó monte en que dormían nuestros enemigos. Así fué que con el relincho de nuestros caballos al ensillarlos, pudieron recordarse y salvar los más á en pelo y de carrera, del inminente pelibro que los amenazaba y ya aclarando el día.

Como no pudiese yo sorportar aquella criminal flema del general en semejantes circunstancias, había ordenado al sargento Tula que se lanzara con su partida, que la tenía bien montada, sobre el campamento, que empezaban á abandonar nuestros enemigos; así fué que el valiente y atrevido sargento no sólo logró acuchillar á varios de los enemigos, sino que les tomó también algunos prisioneros, cuyo número no recuerdo hoy, y varios caballos y aun monturas; y por cuyo hecho, el general lo hizo alférez. ¡Pues este oficial, que después de mi retirada al territorio de Bolivia lo licencié con otros en Tupiza, para que se regresaran, había venídose á Buenos Aires, su patria, y sido después mandado por Rosas, con Oribe á la Banda Oriental, y habiéndose hallado sirviendo á dicho caudillo cuando el Sr. general Urquiza pasó á fines del año 51 y se apoderó de su ejército, quedó dicho oficial en aquella banda y tengo noticia que allí existe, como existe también en Chascomús, otro de esos mis valientes voluntarios, José Ludueña, que se halló también en esa campaña y fué uno de los dos con que atropellé el cerco que me tenía hecho Quiroga con toda la fuerza que le quedaba, cuando fui abandonado por el general D. Javier López y toda mi caballería en la Ciudadela de Tucumán, el 4 de Noviembre del año 31, después de haber estado ya vencedor!

Montados ya todos nuestros cuerpos en los caballos de reserva, seguimos persiguiendo á la vanguardia enemiga al trote. y llevándola á nuestra vista y desde antes de salir el sol, como hasta las 9 ó más de la mañana, pero sin que el general hubiese permitido-me adelantarme en su alcance, hasta que al fin, después de haber andado más de cuatro leguas largas, se encontró recién con el resto del ejército de López en los Calchines, y cuya total fuerza no pasaría de 2000 hombres de pura caballería, si es que llegaba á dicho número.

Mas, entretanto que aquéllos se reunían, nuestro general, con más de tres mil hombres largos, y entre ellos los dos buenos batallones del 2 y el 5º de infantería, y además los recomendables y valientes cívicos de Córdoba y bastante piezas de artillería, hizo alto con sus tres columnas paralelas á la vista de nuestros enemigos, los cuales al ver aquel pasamiento inesperado, desprendieron

fuerzas en circunferencia de nuestras columnas y empezaron á tiro-tearnos.

Mientras esto hacían los enemigos, nuestro hábil y *prudente general* sólo se contentó con mandar desplegar al frente de nuestras columnas al pequeño cuerpo de guerrilleros milicianos que llevaba, y cuyas guerrillas eran arrolladas por los enemigos. Viendo yo esto, y como llevaba á mis voluntarios y riojanos á retaguardia de mi columna, mandé que se adelantaran 50 hombres de los primeros y los lancé sobre las guerrillas enemigas, que fueron arrolladas al momento, sin que el general me hubiese dado orden alguna para ello; mas, como los enemigos, así que vieron marchar á mis 50 voluntarios sobre sus guerrillas, las reforzaron instantáneamente con más de doscientos hombres y los voluntarios dieron media vuelta á la derecha y se retiraban en orden, según yo les había prevenido, me moví yo mismo con el primer escuadrón de milicias que estaba al frente de mi columna, en su apoyo.

Mas, como los santafecinos, según su táctica favorita, hicieron avanzar una triple fuerza así que me vieron marchar, previne yo á mi escuadrón que iba al trote y le dije en voz bien perceptible: "Vamos á dar media vuelta á la derecha por mitades y hacer el papel de huir al galope, para que las dos piezas de artillería que tenemos al frente de nuestra columna los reciban á nuestros enemigos á metralla; pero, cuidado con romper el movimiento hasta que yo haya dado la voz de marchen." Después de hecha esta prevención y viniendo ya nuestros enemigos como á poco más de dos cuadras, mandé: Escuadrón, por mitades, á la derecha, media vuelta. No había acabado yo de dar esta última voz, cuando el escuadrón que iba en línea y por detrás de mí, y aun sin esperar la voz de marchen, no sólo dió la media vuelta, sino que echó todo él á huir precipitadamente y por el flanco derecho de mi columna, hasta perderse en los montes.

Mas, las dos piezas que tenía yo colocadas á la cabeza de mi columna, rechazaron á metralla á los enemigos, y sólo unos pocos de éstos, que iban bien montados, lograron perseguir como dos ó tres cuadras á los que fugaron y se replegaron en seguida. Nuestro general se incomodó muchísimo, como era natural, por la indigna fuga del escuadrón de milicias, mas quedó tan atufado que no osó tomar disposición ninguna hasta que nuestros enemigos, después de haber reconocido perfectamente todas nuestras fuerzas, no emprendieron su retirada al trote largo. Fué entonces recién que

nos mandó la orden para continuar la persecución en el mismo orden de columnas paralelas. ¿Y podrá creerse que después de haber perseguido á toda la fuerza enemiga, (que huía en línea) al gran trote y hasta el campo de las Zonas, como cuatro leguas, y hasta las dos de la tarde ó poco antes, nos mandó el general hacer alto y ordenó que nos acampáramos para carnear, y cuando ya no era retirada, sino una verdadera fuga la del ejército enemigo, pues que fué abandonando hasta sus caballadas, y caminando toda esa noche fué á amanecer cerca del Fraile Muerto? ¡Pues nada es más cierto!

Fué allí que me interesé con el general Paz fuertemente, para que me permitiera perseguir instantáneamente á las fuerzas de López con sólo mi división y el pequeño, pero valiente batallón 5º y dos piezas ligeras; pero esto fué á consecuencia de ver su formal resistencia á continuar la persecución con todo su ejército y de la manifestación que hizo en junta de todos los principales jefes, de retroceder desde allí al siguiente día para la Villa de los Ranchos, so pretexto de la desmoralización que habría ocasionado en nuestras milicias la fuga de ese escuadrón. ¡Me acuerdo que le hice presente que si tal retirada emprendía, dejando de perseguir al ejército enemigo, que huía despavorido, no sólo tomaría éste aliento, sino que nuestras mismas tropas y milicias, incluso aquéllos, se persuadirían que esa retirada inesperada, debía provenir ó de que las fuerzas de la Rioja le amenazaban, ó de alguna otra sublevación que hubiese estallado á nuestra retaguardia, y que además podría el mismo López desprender alguna ligera división por nuestro flanco izquierdo sobre Córdoba!

Fué en razón de todas estas consideraciones, que me empeñé fuertemente no en la necia pretensión de creerme capaz de lanzarme á Buenos Aires contra Rosas y todos los caudillos que le ayudaban, sino en la de sólo escarmentar á López, persiguiéndole siquiera hasta el Fraile Muerto ó Saladillo, y arrojándolo á pie y despavorido sobre su territorio! Nada de cuanto le dije al general á este respecto fué bastante ni para hacerle desistir de su antimilitar como antipolítico retroceso, ni tampoco para permitirme que siguiera la persecución. ¡Ahí está el general D. Ramón Antonio Deheza, el coronel Paunero, el de igual clase Moyano, y en fin, varios otros jefes y oficiales de aquel nuestro ejército, que no me desmentirán!

Sabiendo los enemigos por los bomberos, que mandaron ya

tarde, en vista del inesperado cese de nuestra persecución, que permanecíamos acampados en los Calchines, no sólo mandó López recoger todas sus caballadas, que había abandonado en su fuga, así que amaneció, sino que después dió volando una pequeña fuerza en dirección al Fuerte del Tío, para que con ella y las milicias que les eran afectas de dicho departamento, se internara sobre Córdoba el comandante Sosa y pusiera en conflicto á la capital.

Al siguiente día, ya tarde, emprendimos nuestra retirada con todo el ejército y fué recién en ellas que se me empezaron á desertar unos pocos riojanos. No recuerdo si á los dos días de nuestra retirada ó si al tercero, nos acercábamos ya á la Villa de los Ranchos, cuando unos oficiales de milicia y vecinos de dicha villa, que salieron á recibir al general, le dieron la noticia de que las fuerzas del Tío estaban sitiando la ciudad de Córdoba, después de haber tenido un choque en el que habíamos perdido algunos jóvenes decentes del comercio. Fué á consecuencia de este aviso, que me mandó el general muy luego con mis voluntarios y la escolta que había yo traído de riojanos y más el comandante Moyano, del batallón núm. 2, en persecución de dichas fuerzas y llevando dicho comandante 100 infantes.

Como mi salida á esa operación fué ya al anochecer, caminé la mayor parte de la noche hasta que fuí á amanecer bien cerca de la ciudad, y por el camino que los enemigos debían retroceder; mas, habiendo sido descubierta nuestra fuerza por los enemigos, se pusieron en precipitada retirada por un monte que hay al est. del pueblo y cuyo nombre no recuerdo. Yo, que lo supe al momento por mis descubridores, y que en precaución había mandado al comandante de mi cuerpo, D. Luis Leiva, con uno de los dos escuadrones, á esperarlos por entre el monte á una abra por donde debían indudablemente pasar los enemigos, y con la orden de llevar una partida de observación por sobre su flanco izquierdo y la cual era de infantería, me precipité sobre la retaguardia enemiga y les obligué á abandonar la hacienda vacuna y aun algunos caballos que llevaban arreados; pero, como en estas circunstancias viniese el ayudante Sáenz, mandado por el general, que había salido también con otra división, con una orden para mí á consecuencia de haberse oído ya los tiros que mis partidas hacían sobre los enemigos, dicho ayudante, cuadrando la casualidad de que se hubiese encontrado al pasar con la partida descubridora que llevaba Leiva, al salir á un escampado por cuyo otro extremo del monte huía la

caballería enemiga, y viendo que el teniente Refojos, que la mandaba, se iba sólo con sus 12 infantes sobre los enemigos, le dijo al pasar: “¿A dónde va Vd., teniente, con esa partida; que no ve Vd. que los enemigos son muchos y pueden cargarlo?”

Pero Refojos, que era un oficial atrevido, le contestó al ayudante: “¿Es Vd. acaso el que manda esta partida, ó soy yo!” Y dicho esto se lanzó al campo sobre los enemigos con sus 12 hombres dispersos en tiradores. Mientras, el ayudante había pasado ya en mi alcance, y viendo los enemigos que sólo aquellos 12 infantes se les iban encima, los cargaron precipitadamente y el atrevido Refojos no tuvo más remedio que reunir en pelotón su partida y quedar muerto con toda ella, defendiéndose á bayonetazos, después que hubo disparado todas sus armas. Así fué que cuando yo llegué á dicho escampado, así que oí los tiros, sólo me encontré ya con los cadáveres.

Los enemigos lograron fugarse á fuerza de correr en los buenos caballos que montaban y sin haber tenido más pérdida que la de unos pocos hombres que les matamos y la hacienda que se les hizo abandonar. El general, así que regresamos, mandó poner comunicado al comandante Leiva, y dispuso que se reuniera instantáneamente un consejo de guerra de los jefes del ejército para que lo juzgara: así que el dicho consejo estuvo reunido me mandó llamar para que le informara sobre las órdenes que había yo dado al comandante Leiva, al mandarlo al encuentro de los enemigos. (1)

Puesto yo ante el consejo y habiéndoseme exigido por el pre-

(1) No dejé de sospechar que ese consejo de guerra contra el honrado y fiel comandante Leiva, con pretexto de la muerte del oficial Refojos y su partida, y en cuya desgracia no tuvo dicho jefe la más pequeña parte, fuese sólo el efecto de una ridícula venganza que quería ejercer el general contra dicho jefe y contra mí mismo; pues conocía él bien cuanto yo le apreciaba y con sobrada justicia, porque fué el único oficial á quien no pudieron doblegar para la escandalosa revolución de Arequito y el que me acompañó con la más leal fidelidad y constancia, desde aquella desgraciada época, hasta la terminación de esta última campaña en la acción de la Ciudadela y aún después de ella hasta Bolivia; y contra mí castigándolo con injusticia, porque vió realizados los juiciosos y prudentes anuncios que le hice en el campo de las Zorras para que no retrocediera dejando de perseguir al gobernador López de Santa Fe. ¡Mas el recto juicio de todos los jefes del consejo, lo absolvió de ese injusto cargo que se le hacía!

sidente, que bajo mi palabra de honor dijera cuáles fueron las terminantes instrucciones que dí al comandante Leiva, al mandarlo esperar á los enemigos en la abra por donde debían pasar, y por la cual pasaron efectivamente en su retirada: se las expresé leal y francamente, y como dicho consejo, después que me hube yo retirado, las encontró conformes sin duda con la declaración que había dado el comandante y además con las pruebas que dió de haber el finado oficial Refojos separádose de sus precisas instrucciones, y lanzándose desde el monte por entre el cual iba al flanco izquierdo de la columna del comandante, sobre el escampado en que descubrió á los enemigos y en el cual quedó muerto con toda su partida, sin haber dádole á su jefe el conocimiento que era de su deber, dicho consejo no pudo menos que absolverlo.

Al hacer esta verídica relación, mi feliz memoria me recuerda otra oferta que le hice al general en el Campo de las Zorras, después que se negó á permitirme que siguiera persiguiendo al general López y en los momentos en que nos íbamos á mover en retirada, y la cual fué que me permitiera entonces dirigirme con sólo mis voluntarios y los riojanos sobre la villa del Río IV, que estaba ya sitiada en aquellas circunstancias por Quiroga, según parte que recibió y al cual se negó también. Hecha ya esta explicación, que está también puesta en mis memorias, como asimismo lo que voy á decir, quiero ponerlo todo en el conocimiento de mis lectores para que lo puedan comparar con los necios y largos embustes que estampa Paz en toda la 21 entrega de sus memorias á este respecto.

Apenas salía yo de la tienda donde estaba reunido el consejo, cuando ya se me presentó un ayudante del general Paz á llamarme de su parte. Marché inmediatamente á su tienda ó carpa, que estaba muy inmediata, y así que me vió llegar, me dijo: Compañero, hemos perdido el Río IV; lea Vd. esa parte, y me lo alcanzó al mismo tiempo. Léolo y veo que se le avisaba no recuerdo si por el comandante Echeverría, el modo y la causa por que había sido tomada dicha villa ó la guarnición que la defendía, por causa del capitán ó comandante Torres, que se pasó á Quiroga la noche antes.

Así que me impuse del parte, díjele: Es ciertamente una gran desgracia que ese caudillo haya logrado, no sólo obtener esa ventaja, sino franquearse el camino á los pueblos de Cuyo y la Rioja; pero ambas cosas se hubieran evitado si Vd. me hubiese permitido marchar contra él antes de regresarnos con el ejército del campo de las Zorras, como se lo pedí. “¿A qué hacer recuerdos que son inútiles?”

fué lo que me contestó, y yo me despedí de él rabiando interiormente.

Compárese todo esto que refiero sobre esa campaña desgraciada, con todas las sandeces que dice Paz sobre mi crasa ignorancia, sobre mi ambición á revueltas (que nunca tuve) y, en fin, sobre mis vidalitas, y aquello que dice casi al fin del 2º párrafo del folio 283: “No sé qué cargo fundado pueda deducirse, ni qué consecuencia quiera sacarse para probar la inactividad con que se hacía por nuestra parte la guerra.” (1)

Luego, más adelante, y en el párrafo 2º del folio 285, dice otra sandez que acredita desde luego ;no sé si diga sus escasos alcances ó conocimientos, ó su aturdimiento! “En el tenaz empeño de censurar que se ha propuesto el general Madrid, se enreda (dice) de un modo que es difícil seguirlo, no sólo para combatirlo, sino para entenderlo. ¿Qué quiere significar cuando dice que el coronel Pringles pudo haber sido destinado en tiempo á esperar á Quiroga en el Río IV, ya que no se quiso que él viniera, ó Videla Castillo?

¡Esto sí que es gracioso, Sr. general *entendido!* ¿Con que de veras, general, Vd. no entendió lo que eso quería significar, cuando creo puede entenderlo un ranchero? Cuando dije que ese valiente Pringles pudo haber sido destinado en tiempo á esperar á Quiroga en el Río IV, era porque Vd., Sr. envidioso, debió haberlo mandado con una fuerza competente y en tiempo, ya que no quiso que yo fuera ó Videla, y no dejar que ese valiente pudiera exponerse, ya fuese por hallarse indispuerto, ya marchando de paseo á Mendoza, con sólo una pequeña partida de coraceros! La lástima es que hoy no existe ya para que pudiera haber entendido lo que entonces no pudo comprender! Y á fe que no me engañaba en la conclusión de ese párrafo que copia Paz de mis memorias cuando

(1) ¿Hay que no es nada lo del ojo, y se lo tenía ya sacado? Y que nombre quería ese *hábil* general que se le diara, á su falta de previsión, á su aturdimiento y falta de resolución, cuando sin embargo de tener conocimientos muy anticipados de los planes y movimientos de sus enemigos, y además un amigo que le había indicado cuanto le convenía haber hecho y aún ofreciéndosele, por sólo sacarlo airoso, no sólo no hizo nada sino que se dejó bolear al fin y casi á la cabeza de su ejército por cuatro gauchos paisanos suyos? ¿Los militares entendidos decidirán cual de los dos tenía mejor previsión y más acierto en sus cálculos ó ideas; si ese general presumido é irresoluto, ó yo que nada tenía que envidiarle!

decía hablando de sus vacilaciones é irresolución: “¡No fué ésta la primera, pero tampoco será la última!” ¡Pues qué otra fué la causa de que lo bolearan casi á la cabeza de su ejército, sino su indecisión, sus vacilaciones y su falta de resolución para haber obrado en tiempo oportuno y haber concluído con los caudillos, sus enemigos?

Pero, nada es más gracioso que la cándida pregunta que hace Paz en la cuarta línea del 2º párrafo del folio 286: “Y en qué forma entonces puede responsabilizarse al general de hechos que sucedieron á la distancia y fuera de su inmediata dirección?” y aun más todavía lo que sigue, hasta concluir el párrafo: “tan torpes censuras muestran más que estupidez, porque prueban un ánimo dañado y devorado por la envidia, los celos y la malevolencia.” (1) ¡Con que, según Vd., no es responsable un general en jefe de que por sobre sus barbas, y habiendo tenido noticias muy anticipadas, dejé pasar á un miserable caudillo con un puñado de hombres y que le sorprenda y se apodere de pueblos que están bajo su protección y amparo? ¡Bravo, Sr. irresoluto y finchado general!

¡Con que tampoco había Vd. sospechado de mis pobres sentimientos, ni los hubiera creído, si no los viera estampados de mi puño, como dice en el último párrafo del mismo folio, y luego á la conclusión añade: “pero, en ninguna parte los deja sentir como en el párrafo siguiente que ensarta!, etc.” ¡Y qué es lo que encontraba ese general de extraño en la pregunta que hacía á varios escritores y aun á él mismo, que me habían acusado de temerario, por muchas cargas atrevidas con que había conseguido grandes ventajas, no sólo no acusaban esa su *prudencia*, que nos había perdido, sino que la encomiaban? ¡Es acaso mentira lo que yo decía, y han visto todos, en el párrafo que él copia de mis memorias, al principio del siguiente folio?

(1) ¿Y qué es lo que le iba yo á envidiar á Vd. señor general? ¡Era acaso su irresolución y decidido apego á la chismografía. ó era tal vez su inflado y repelente carácter! No puedo yo creer que Vd. tuviese ni aún la intención de pensar que pudiese yo envidiarle sus *grandes hechos de armas* en la guerra de nuestra independencia; mucho menos sus campañas, ó el haber perdido los tres únicos ejércitos que Vd. ha mandado, después de vencedor! pues las dos campañas que yo hice al interior del alto Perú (Bolivia) el año 17, y la de Cuyo el 41, por más que Vd. haya querido criticarlas, ni Vd. ni otro mejor que Vd. las han hecho iguales en nuestro país!

Por sólo mostrar á los lectores hasta dónde legaba la impavidez de esa alma bendita de Paz, á quien deseo que Dios le haya perdonado, voy á copiar, por última vez, el último párrafo del folio 287 de sus memorias: “¡Con que Vd., Sr. general Madrid, con eso que llama su temeridad ó energía, ha llevado sus soldados á la victoria (¡y no una, sino muchísimas ocasiones, como lo sabe todo el mundo, por más que Vd. pretendiese hacer creer lo contrario!) mientras otros y yo entre ellos observaron una prudencia que siempre nos ha perdido! Es preciso no sólo la impavidez más desenfrenada, sino toda la ceguera de las pasiones para que se produzca así un general que ha perdido todos los ejércitos que ha mandado en jefe, sin ganar una sola batalla, (es éste su más solemne embuste, como lo probaré luego) y que lo haga dirigiéndose al general bajo cuyas órdenes ha visto únicamente la cara de la victoria en batallas generales y campales. (1) Si esto lo dijera después de cien años, podía pasar el embuste, (¡jamás he pretendido hacer pasar embustes, como Vd., porque aborrecí la mentira desde joven, y nunca la expresaron mis labios, y mucho menos mi pluma!) pero cuando existen frescas las tradicionec y tantos testigos presenciales, (¡de los embustes de Vd., Sr. general, y cuidado que nadie me ha desmentido hasta el día, ni espero que me desmestirán en ade-

(1) ¡Para decir semejantes embustes, es que se necesita de sólo su impavidez! ¡Con que yo he perdido todos los ejércitos que he mandado en jefe sin ganar una sola batalla! ¿Podría pregunto, haber ignorado ese general, que las batallas que él supone perdidas, como la de Coronda, la del campo del Tala, la del Rincón, la de la Ciudadela y últimamente la del Rodeo del Medio en Mendoza, fueron completamente ganadas por mí, y que sólo vinieron á quedar dueños del campo, después de vencidos. los generales enemigos, porque me abandonaron cobarde ó traidoramente, algunos de los principales jefes que se hallaron bajo mis órdenes? ¡Pregúntese á todos los pueblos y á muchos testigos presenciales que todavía existen, de los que se hallaron en ellas, y les dirán que es verdad cuanto dejo dicho! Todo cuanto dice en su nota, es un embuste. Hay todavía varios vecinos de la Guardia del Monte que me acompañaron en ese encuentro con los indios, y al que asistí de comedido á pedimento de todos ellos, quienes dirán que les quité á los indios no sólo las haciendas que ya se llevaban, sino también varias cautivas que habían tomado ya, y que por no haber querido el coronel Arévalo que los persiguiéramos con su regimiento, tuve á bien retirarme, después que yo le proporcioné con dichos vecinos los caballos, recogiendo los del campo á la vista de los bárbaros porque estos le habían quitado los suyos.

lante, como á Vd.) es el colmo de la impavidez, de la torpeza y de la demencia.”

¡Creo que con lo expuesto y con lo poco más que voy á decir á ese respecto, podrá juzgar la presente generación y también la venidera, cuál de los dos habló la verdad y dar la razón á quien la tenga! Según el párrafo que dejo copiado de ese general, yo no ví la cara de la victoria de Tucumán el año 12, mientras él no vió más que las espaldas del barón de Olember en ella, ni tampoco en Salta, ambas mandadas por el benemérito general Belgrano; ni en la Laguna de los Patos (creo) y la de Navarro, bajo las del también benemérito general Lavalle, ni aun antes en el Río de las Piedras, y en San Nicolás de los Arroyos el año 20! Es bien gracioso por cierto, que sólo bajo sus órdenes fuí recién á verle la cara á la victoria, que no ganó él sino sus jefes inmediatos, en San Roque, La Tablada y Oncativo! Pero no se lo ocurrió recordar que sirviendo él bajo las mías en el paso de la Herradura, me vió triunfar solo y arrollando completamente á las fuerzas centuplicadas del gobernador López, de Santa Fe, con un solo escuadrón con que los cargué y acuchillé.

Con que eran supuestas, ¡alma bendita!, todas las escenas que refiero acaecidas entreambos, cuando habiéndolas visto Vd. tan detalladas en mis memorias, como esta última cuando salía yo del consejo de guerra á Leiva, no se atreve á desmentirme, y sólo supone lo que su torpe imaginación le sugería, y salta después cándidamente á decir, “que si las intenciones del general Madrid eran dañadas con respecto á Vd., su porte exterior siempre fué comedido y cual corresponde á un jefe subalterno!” Como lo dice en el primer párrafo del folio 288 y aun cree que con esa advertencia *bastará* para contestar á esas mis estrafalarias relaciones de conferencias y discusiones sobre operaciones militares, etc., etc.! Sólo añadiré por última contestación á ese general, verdadero envidioso, que fué muy poco después cuando llegó el entonces comandante Espejo desde Mendoza, conduciendo la noticia del inesperado triunfo de Quiroga en Chacón; y que habiendo muy poco después llegado de Catamarca el valiente coronel Acha, le pedí yo lanzarme con él y mi división de voluntarios y riojanos, como lo he dicho ya, sobre la campaña de Buenos Aires y á cuya propuesta también se opuso. Por consiguiente, es completamente falso todo ese estudiado relato que él hace más adelante de los cajones de vino y dulces que me venían con frecuencia desde Cór-

doba—“con estos adminículos (dice) preparó unos cuantos *medios convites*, que dió á varios jefes del ejército, procurando popularizarse y ganar prosélitos.” Repito que todo esto es completamente falso, porque no di más convites que uno, y el cual lo dije ya, que el día de la llegada de Aoha, y que en él se me ocurrió estando en la mesa, un proyecto que pudo tal vez haber-nos salvado, de marcharme yo sobre Buenos Aires ó su campaña, después de haberme movido como en dirección á Mendoza.

¡Es asimismo falso que yo y Pedernera, hubiéramos ido repentinamente á pedirle licencia para ir á visitar á nuestras familias, porque hubiéramos sido incitados por ellas á dar este paseo á un mismo tiempo; la mía se hallaba gravemente enferma é iba yo con licencia del general, no para visitarla, sino para conducirla á Tucumán, porque estaba ya cansado, no de trabajar, porque nunca me he cansado ni causaré de servir á mi patria! pero sí de ver su inercia, y de estar en un *continuo movimiento*, pero tan sólo del pasto al agua y del agua al pasto, y lo cual él no comprendió. ¡Puede muy bien ser cierto que Pedernera le hubiese pedido también licencia, mas es falso que fuese á un mismo tiempo que yo; y mucho más que nos hubiésemos ido juntos, como también lo es, ese cuento “de los desengaños que había sufrido en esos convites cuando tanteando el vado, había encontrado los ánimos de los demás jefes fieles á su amistad y á la disciplina, etc.”. ¡Yo desafío á todos esos sus jefes y muy particularmente á los chismógrafos que tales cuentos le llevaban, (que por fortuna no los conozco) á que me desmientan, y aun los autorizo para que me escupan á la cara, si tales intentos les manifesté jamás! Así habla, señores, un general, cuando tiene la conciencia de las verdades que dice!

¡El verdadero hipócrita y conspirador fué él, que tan activa parte tomó en la REVOLUCIÓN DE AREQUITO, QUE ES LA QUE OCASIONÓ TODAS NUESTRAS DESGRACIAS POSTERIORES! Yo no he conspirado, ni haya miedo que conspire en mi vida, sino es contra algún nuevo caudillo ó verdugo que intentase pisotear la constitución que he jurado sostener y la libertad, como la paz y sosiego de los pueblos!

¡Había creído concluir en el párrafo anterior, de ocuparme más de ese tan hipócrita y menguado general como *famoso calumniador!* ¡Pero, cómo pude yo creer que su insolente audacia llegase hasta el extremo de decir todavía en el primer párrafo de la entrega 22, folio 297, hablando de la autorización que dice recibió pa-

ra exigir un empréstito forzoso, lo siguiente: “Dado este paso, que echó siempre á mis principios y á mi carácter, era forzoso buscar una persona adecuada que se encargase del gobierno en delegación, para que los llevase á efecto y he aquí, que me acuerdo del coronel Madrid, que tantas veces se había ofrecido para tan odiosa comisión. (1) Lo llamo, se lo propongo y no necesito mucho esfuerzo para persuadir que la acepte con la mejor voluntad del mundo. (¡Acepté dicha delegación y suspendiendo mi viaje con la familia, porque mis más ardientes deseos, que eran que Vd. se cubriese de gloria, como todos nosotros, abriendo cuanto antes su campaña para salvar el país, pero rechacé su oferta

(1) ¡He aquí como ese nulo y embustero general confiesa cándidamente que éran ciertos los dos ofrecimientos que yo le había hecho para proporcionarle los recursos que necesitaba, y que su ineptitud no había podido obtener, para haber salvado el país antes de la batalla de Oncativo; Mas era tan torpe, ó estaba tan deshabilitado cuando esto escribía, que no recordó que no se había atrevido á desmentir nada de lo que yo decía á ese respecto, y mucho menos á desmentir el aviso que fui yo á darle al ejército costeándome desde Córdoba, de la oferta que se me había hecho para que admitiera el mando del ejército; y todo esto al siguiente día de haber yo llegado á dicho pueblo con su licencia para trasladarme á Tucumán con mi familia. ¿Y por qué en vez de confesar que después de mi regreso á Córdoba luego que le hube dado dicho aviso, no recordó que en esa misma noche se condujo él hasta la Chacarita, de donde me mandó llamar como á las 12 de ella por medio de su hermano D. Julián, que era el ministro de la guerra, para pedirme que suspendiera mi marcha, pues que quería que yo me encargara del gobierno para que le facilitara los recursos que él no había podido conseguir? ¡Todo esto lo vió él escrito, y sin embargo no sólo se desentiende sino que, pasa á decir en su nota mil sandeces sobre mis concurrencias á fines del año 89, á todas las funciones tanto religiosas como gastronómicas, etc., que se daban en Buenos Aires, como si no hubiese visto explicada en mis memorias, la razón porque me era forzoso asistir á ellas! Y en seguida como un torpe muchacho que al verse azotado por una falta que ha cometido no sabe que disculpa dar, sale con aquel cuento del general D. Gregorio Paz, y de la antigüedad de ambos, y haciendo deducciones, que yo nunca hice, sobre la legalidad del grado ó empleo que él me había dado, sin embargo de mi resistencia; y es bien ridículo aquello *de que no se acuerda de ella, y que se inclina á creerla enteramente falsa,* como lo son igualmente, todos esos largos cuentos y explicaciones que hace después, sobre los motivos que le obligaron á adelantarse del ejército sobre las fuerzas nuestras y de los enemigos que se hallaban á su vanguardia, y presentándole éstas su flanco izquierdo y aquellas el derecho; y en fin las mil dudas que tuvo,

de hacerme general y le dije que no admitiría tal empleo; no sólo porque no lo necesitaba para ayudarlo á tan noble objeto, sino porque no eran aparentes aquellos momentos para acordar premios, y mucho menos para hacer general al coronel y gobernador de Tucumán, D. Javier López, cuando tenía en su ejército otros coroneles mucho más meritorios que éste, y los cuales se resentirían con sobrada razón, y últimamente, le dije, todo cuanto he referido ya anteriormente!) No es que desistiese de su viaje á Tucumán, pero era mejor hacerlo sin llevar las manos vacías."

¿No es el colmo de la insolencia, el que ese general, que llevó las manos y los bolsillos bien provistos de Corrientes, cuando se largó para el Paraguay, se atreva á decir otro tanto de mí, que de todas partes salí siempre con mis manos y bolsillos tan limpios como una patena? Todo el ejército y aun el pueblo de Córdoba lo supo, que casi el total producto del empréstito que saqué en 24 horas, así en dinero como en efectos, se lo remití al ejército. Lo que no recuerdo en este momento es si el general fué boleado horas después ú horas antes de haber llegado al ejército dichos auxilios; pero lo que sí recuerdo y recuerdan todos cuantos estuvieron en él, es que no fué tomado sino como digo en mis memorias y como creo lo he dicho ya en estas mis observaciones, y sin haber mediado toda esa estudiada y fastidiosa relación que él hace después sin otro objeto que el de justificar su torpeza. ¿Pues no es lo más extraño que pretenda hacer creer por medio de esas sus estudiadas y torpes relaciones, que su objeto en esa marcha sobre el gobernador López era el de sorprenderle antes que pudiera llegar el ejército de reserva de Buenos Aires, como se ve claramente por lo que dice en el 4º párrafo del folio 298, cuando no se movía ni á mear sin que sus paisanos sublevados que rodeaban su campo se lo avisaran á López?

"Sin perder de vista el gran objeto de mis ciudades, (dice) me propuse tentar una vez más á López para empeñarlo á un combate, antes que se reuniese al general Balcarce. Mas, como esto era difícil, si no se le sorprendía apareciendo repentinamente al frente de su campo, *procuré ocultar mis marchas cuanto fuese posible.*" ¿Y

los cambios de dirección que habían hecho así sus fuerzas como las enemigas, las diferentes órdenes que él mandó á las suyas, etc., etc., y por último que fué voleado. ¿Y quién le explicó á ese general después de su prisión, todas esas medidas que había tomado el oficial de su guerrilla cuando no lo volvió á ver después?

cómo lograr ocultar sus marchas cuando por su torpe inacción después de su victoria de Oncativo, y últimamente por su falta de resolución para haberle perseguido más allá del campo de las Zórras, se había ya dejado rodear de sus mismos paisanos, que se le sublevaban por instantes? Pero no dejan entretanto de ser graciosas aquellas expresiones con que concluye el último párrafo del folio 299: "Todos los militares conocen (excepto quizá el general Madrid) que no es obra de un día el formar buenos soldados de caballería."

Esto, desde luego, podría haberse dicho, si se hubiese tratado de atacar al poderoso y disciplinado ejército de Napoleón el Grande. ¡Pero para batir á esas montoneras bastaba, no digo las buenas tropas que él tenía, sino aun milicianos decididos y resueltos, ¡y sobre todo bien mandados! ¡Y qué otra cosa eran esos pocos voluntarios con que yo le acompañé desde Buenos Aires, que unos paisanos que se me presentaron dos ó tres días antes de mi salida, y no me los hicieron volver casar, ni las buenas tropas que mandaba su paisano el general Bustos en San Roque, ni tampoco el mortífero fuego de sus fuertes baterías y menos en la Tablada? ¡Desengañémonos de una vez, hablando con franqueza! Con paisanos milicianos hicimos la guerra de nuestra independencia y la alcanzamos al fin, y con paisanos milicianos nos han F.... los caudillos, por sólo nuestros torpes y ridículos desacuerdos, y por las criminales y puercas aspiraciones de algunos de nuestros mandatarios! Basta ya de ocupar la atención del público, contestando á las innumerables sandeces con que Paz alarga todavía la relación de esa su campaña á Córdoba! ¡Los lectores sabrán valorar cuanto yo y él hemos dicho á ese respecto y darán la razón á quien la tenga!

Sólo agregaré por última vez, que después de escrito lo anterior, con que creí dar fin á la relación de dicha campaña, y habiéndome puesto á leer por curiosidad lo que decía aun Paz hasta el fin de la entrega 22, no puedo menos que pedir á mis lectores, quieran dispensarme el que agregue una ligera explicación para desvanecer el juicio que pudieran formar con la lectura de la larguísima, fastidiosa y poco exacta descripción que hace en su causada nota que principia en el folio 304 y acaba en el 308; sobre todos mis procedimientos, y aun sobre el de los RR. del pueblo y el de este mismo, después de la mal estudiada relación con que da cuenta de su prisión, y dirigida mucha parte de ella á "algunos

extranjeros *amigos de su causa* (supongo que no de la patria, que era la mía y la de todos) que no conozcan la historia de nuestro país y leyesen por primera vez mis memorias." (1)

Diré, pues, en primer lugar, por si no lo hubiese dicho en estas mis observaciones, que yo no dije nunca en mis memorias, que los RR. me habían ofrecido el Gobierno, y sólo sí que los dos señores Vedoya y Olmedo, que fueron los que me hablaron, así me lo dieron á entender y de esto á lo que Paz dice hay una inmensa diferencia! Como me propongo ser breve en la relación que voy á hacer, pido al público procure ver la contestación que dí al memorándum del Sr. D. Mariano Fraguero, publicado en el periódico *La Epoca*, creo á principios del año anterior 1855, pues que en esa contestación hallarán más detallados todos los acontecimientos que tuvieron lugar después de la BOLEADA que le hicieron á Paz.

Así que me recibí del gobierno en delegación, por el pedido que Paz se costó á hacerme desde su ejército ya tarde la noche, del tantos de Mayo de 1831, pero bajo la expresa condición de que así que yo le proporcionara los recursos para la campaña que él iba á abrir contra López, yo le acompañaría en ella, dejando el bastón en otras manos, exigí y obtuve de los primeros capitalistas 30 mil pesos para auxiliar al general y su ejército, y los cuales fueron entregados á las cajas casi en su totalidad antes de las 24 horas, no recuerdo si del 2º ó el 3º día de haberme yo recibido de dicho gobierno, pero tan sólo la mitad de él en dinero y la otra en efectos, que se repartieron al instante entre las patriotas y distinguidas señoras del pueblo, y entre los sastres todos, para que se cosieran camisas, calzoncillos, ponchos, etc., para la tropa y oficiales, pues que todos lo necesitaban y aun los mismos jefes (excepto sólo el general).

En el acto mismo en que el dinero hubo entregádose en cajas en la cantidad de 12 mil pesos, creo, pues los tres restantes no podían llegar hasta pasados dos ó tres días, le mandé á dicho general, paréceme que toda la dicha cantidad, ó si no, muy poquísimo menos, para que socorriera al ejército que iba con él, con el doble ó el triple de lo que él se había propuesto darle; mas la desgracia fué

(1) ¡Ojalá que Vd. hubiese tenido la condescendencia de dejarlas para que esos extranjeros y el mundo todo, pudieran leerlas algún día! Cierto estoy de que entonces podrían todos formar un juicio mucho más exacto. Pero se me dispensará que tema yo mucho, que tal caso no llegue, porque temo que las inutilizo.

que horas antes, ó no recuerdo si después de que el general se había hecho bolear, no como él lo explica, sino después de haber obligado al ayudante Arana, que le acompañaba solo, á que se adelantara á llamar al oficial de una partida que venía de gran carrera á su encuentro y á poca distancia; y cuidado que el general le obligó á ir, un á pesar de haberle dicho Arana: “¡Que no conoce V. E. que son enemigos, por los plumajes que traen!” El general, sin embargo de esto, le repuso secamente: “¡Haga Vd. lo que se le manda!”

Arana entonces se precipitó al encuentro de la partida, que no era otra que la que boleó al general, y éste, así que vió que ella le lanceaba á su ayudante apenas le encontró, volvió su caballo y echó á correr, dejando, no una senda que llevaba, sino un ancho camino carretero, y tomando por la costa del gran cerco del potrero, que estaba como á una cuadra, poco más ó menos, del costado derecho de la columna de su ejército, que había hecho alto como á unas cuatro ó cinco cuadras atrás por orden del mismo general, hasta que se reunieran los cuerpos ó el cuerpo de coraceros que había atrasádose.

La carrera y aun los gritos que le daba la partida montonera que lo perseguía, pero sin nombrarlo (como él lo dice falsamente) fueron oídos por su ejército, según me lo aseguró el coronel Larraza y varios otros jefes, cuando llegué á recibirme del ejército después que tuve el aviso de tan desgraciado suceso, y aun el mismo Arana me refirió todo lo que dejo dicho arriba, como lo había referido también á todos cuando al seguir la marcha por haberse ya reunido el cuerpo que faltaba, lo encontraron tendido en el escampado y lleno de cuchilladas ó lanzadas, como á unas cuatro ó cinco cuadras adelante del lugar en que había estado parada la columna. ¡Compárese esta verídica relación con la que Paz hace!

Yo había salido resuelto desde Córdoba á las 12 de la noche ó poco antes en que recibí la funesta noticia, y por acuerdo de los ministros Dr. Agüero y D. Julián Paz, á lanzarme con el ejército sobre López y toda la turba montonera hasta rescatar á nuestro general; mas me encontré con la mayor parte de los jefes desalentados por el desgraciado acontecimiento de la pérdida del general, del modo más sorprendente; pues habiendo yo proclamado al ejército en el momento en que penetré á su campamento aclarado ya el día, é incitándolo á que marcháramos inmediatamente sobre nuestros enemigos hasta rescatar á nuestro general, se me acercaron en

seguida los jefes de los cuerpos á manifestarme, los de caballería, que la caballada se había estropeado en extremo recorriendo todos los montes de carrera y en distintas direcciones, en busca de la partida que les había arrebatado al general; y los de infantería, que las municiones estaban humedecidas y aun muchos cartuchos y paquetes desechos, y que necesitaban refaccionarse.

Es ésta una verdad que nadie me desmentirá, y que nada tiene de extraño para que Paz haga tan caprichosos comentarios en su larga y mal estudiada nota. En seguida y así que se me reunió el general Deheza, gobernador de Santiago del Estero, en esa misma tarde, convoqué á todos los principales jefes á una junta para que con la más plena libertad eligieran el jefe que considerasen digno de ponerse á la cabeza del ejército, bajo la segura inteligencia de que yo sería el primero en ponerme bajo sus órdenes, fuese quien fuese el electo. Todos los jefes, excepto sólo uno, me honraron casi por aclamación, nombrándome su general en jefe. ¿Qué tiene todo esto de extraño ó sorprendente, para que ese general pretendiese zaherirme tan caprichosa como cáusticamente?

En el acto de haber sido yo electo general en jefe, dí cuenta á los ministros de mi nombramiento, y lo que éstos hicieron, ó al menos algunos personajes desafectos á la causa que sostenía y tal vez á mí mismo, fué destituirme de la delegación que el gobernador propietario había hecho en mi persona, y nombrar al Sr. D. Mariano Fragueiro, que aunque era un sujeto respetable, por su capacidad, su fortuna y mil otras circunstancias, se puso inmediatamente en pugna conmigo, ¿quién sabe, si para que no rescatara yo al propietario! No se crea que sea éste un juicio temerario mío y sin ningún fundamento; pues lo primero y único que pedí en el acto para lanzarme sobre las fuerzas del gobernador López, fueron todos los caballos pesebreros del pueblo, que eran los bastantes para haber montado perfectamente mi caballería y él me los negó so pretexto de que no podía atropellar la propiedad de los particulares! Esta fué la única y más poderosa razón que tuve para manifestar esa juiciosa y fundada queja que al necio de Paz le parece tan ridícula, de que en tan precisa como urgente situación, se me despojara de toda la unidad del poder, cuando con ella pude, no sólo haber salvádolo á él mismo, sino al país entero!

Después de recibido del mando en jefe del ejército, el general Deheza se marchó esa misma noche á Córdoba sin mi conocimien-

to, y al siguiente día se me presentó en calidad de parlamentario y sin otro encargo que el de entregarme un pliego que me dirigía el general y gobernador prisionero, el capitán ó sargento mayor entonces D. Ramón Bustos; dicho pliego contenía las cartas para mí y los demás jefes, y también otra para su hermano D. Julián, de que Paz hace referencia en esa su larga nota y dándole cuantos coloridos pudo después imaginar.

Ultimamente, y para no volverme á ocupar más de cuanto pueda decir Paz á este respecto, en la continuación de las siguientes entregas de sus memorias, que aseguro no las he visto todavía, pido otra vez á los lectores que procuren ver la contestación que que dí en *La Epoca* al memorándum que publicó el Sr. Fragueiro en el mismo periódico, en los primeros meses creo del año anterior 55, para que puedan con más pleno conocimiento dar la razón á quien la tenga. Fin de la campaña de Paz á Córdoba.

Una corta explicación sobre mi retirada á Tucumán y sobre la batalla de la Ciudadela.

Paréceme indispensable, más que todo para *satisfacer* al Sr. Sarmiento, que compara á su invencible y sabio general Paz con el gran Napoleón en la nota que pone al pie del folio 321, que después de haber yo visto y leído cuantas inexactitudes describe Paz en todo el resto de la entrega 22 de sus memorias, hasta que fué remitido por el general López á Santa Fe el 13 de Mayo por la tarde, el hacer un ligero y verídico recuerdo, y es: que sin embargo de mi ineptitud para reemplazar en el mando del ejército á ese tan hábil como invencible general, no se atrevió López con las superiores fuerzas que tenía ni aun con las del general Balcarce que se le unió muy luego, á intentar siquiera el perseguirme cuando me ví forzado á abandonar á Córdoba por el inesperado retiro del ya general Pedernera (1) á 11 ó 12 leguas al norte de Córdoba y en camino á las provincias del interior, dejándome en la Chacarita poco

(1) Así que me recibí del mando en jefe del ejército por el nombramiento de su general que hicieron en mí los jefes de él, y considerando que era no sólo un acto de justicia sino también de política el acordar un premio á todas las clases del ejército por todos los triunfos que había él obtenido bajo las órdenes del general Paz, en las cuatro batallas de San Roque, la Tablada y Oncativo, concedí un grado de ascenso sobre el que tenían en propiedad en todas ellas desde sargento arriba, y la efectividad á todos los que se encontraron en ellas graduados, y por cuya razón subieron á generales los coroneles Videla, Castillo y Pedernera.

más de media legua al E. S. E. de la ciudad, tan solamente con los valientes cívicos de Córdoba, que en reducido número había yo sacado del pueblo con los pocos cañones que en él quedaban, para si el contesto que diese López á los comisionados que mandé á tratar con él en virtud de las cartas de Paz á todos los jefes y del uniforme parecer de todos ellos, no fuese satisfactorio, decidir por medio de una batalla general, así la suerte nuestra como la del país entero! ¡Cierto estoy seguramente de que si yo hubiera sido el prisionero y Paz el que se retiraba no habrían dejado de perseguirlo! Sólo las fuerzas de Reinafé fueron las que se aproximaron á escopetear mi retaguardia cerca de la posta de las Piedritas ó de San Pedro, y me bastó el valiente coronel Acha con su división de 300 y pico de milicianos reclutas de Catamarca y Tucumán, que destacó sobre ellas, para haberlos escarmentado y hécholas retroceder.

Yo no intenté hacer ninguna exacción de recursos á ese benemérito y desgraciado pueblo de Córdoba, al verme precisado y contra mi voluntad á abandonarle por sólo el movimiento retrógrado del general Pedernera; lo que tan sólo exigí fué el que se me entregasen las pocas piezas de vestuario que habían quedado sin remitirse al ejército antes de la prisión del general, y también al fraile general Aldao, que iba á quedar á disposición de los enemigos; y si tomé el más fuerte empeño en reclamarlo hasta que me fué entregado, tan sólo fué porque quise garantir con él la vida del infortunado general Paz!

Después que me ví forzado á retirarme por las razones ya dichas, muchos de los jefes, por no decir todos, y la mayor parte de la oficialidad, querían que yo fusilara al sacrílego general Aldao; mas yo me opuse fuertemente, diciéndoles que si tal tropelía consintiera después que se había conservado tanto tiempo prisionero, sólo serviría para que en represalia nos sacrificase López á nuestro general; así logré contenerlos. Licencié en seguida á todos los cuerpos de milicias de Córdoba, para que se restituyeran á sus hogares, y tan sólo llevé á los valientes y decididos cívicos que quisieron seguirme.

Mucho antes de llegar á Tucumán con sólo 900 hombres escasos, que tenían los cuerpos del ejército, incluso mis voluntarios, invité á los gobernadores de Salta, Catamarca y Tucumán, para que vinieran á una entrevista al extremo sud de esta última, para darles noticia de las poderosas razones que me habían obligado á retirarme y mostrarles que no tenía yo otra aspiración que la de

defender como un soldado la libertad de los pueblos que nos quedaban, contra la dominación de los bárbaros caudillos, pues que pensaba entregar el mando del ejército, como lo hice, al gobernador de Salta, que lo era el Sr. general D. Rudesindo Alvarado.

Cuando tomé dicha resolución de entregar el mando del ejército al Sr. general y gobernador Alvarado, yo llamé también á todos los jefes principales de los cuerpos antes de mandar dicha invitación á los gobernadores y les hice presente, no sólo lo importante que era el ponernos con el ejército bajo las órdenes de aquél, por las razones ya dichas, sino también por quitar al general D. Javier López, comandante general de las decididas milicias de Tucumán, hasta el más leve pretexto de que yo pudiese abrigar contra él la más mínima prevención, resentimiento ó aspiración por los anteriores acontecimientos del año 26, ó de los últimos días del 25, y todos ellos no pudieron menos de aplaudir la nobleza de mis tales sentimientos. Desde que todo esto lo vió Paz escrito en mis memorias, ¿qué razón pudo tener para pretender arrojar sobre mí la triste y menguada idea de que yo hubiese abandonado al tan patriota y comprometido pueblo de Córdoba, y sobre todo la defensa de la causa que sostenía, por esas menguadas aspiraciones que ni tuve ni tendré en mi vida? Por otra parte, ese mismo general D. Javier López, ¿no fué un criminal en haberme traicionado después en la batalla de la Ciudadela, mandándose mudar con toda la caballería, sin otro objeto que el de que yo me sacrificara solo con mis pocos infantes, combatiendo contra todo el poder de Quiroga, para que después de debilitado éste, caerle él encima con toda nuestra caballería y ser él el dueño del triunfo? Preciso es que se sepa que éstas y no otras fueron las miras de ese mi desgraciado paisano!

Mucho más podría decir, como lo expresaba en mis memorias, sobre las razones que influyeron en el ánimo del general Alvarado, para mandarme á la Rioja y para marcharse él á Salta; sobre el completo triunfo que obtuve contra toda la fuerte vanguardia de Quiroga en Miraflores, teniendo yo un tercio menos de fuerzas; mas no quiero cansar al público, como lo he dicho ya, con la repetición de hechos que me son personales y cuya mayor parte son conocidos ya de todos los pueblos! Hechas ya estas precisas y necesarias explicaciones, diga Paz lo que quiera y observáremosle en su antojadiza descripción de mi campaña última sobre los pueblos de Cuyo.

Ultima campaña del general La Madrid en el interior de la República Argentina, año de 1839, 40 y 41, escrita graciosamente por el "imparcial" general D. José María Paz y descripta sólo á su capricho y con mis memorias por delante.

Ya que mi antiguo amigo y compañero el finado general Paz quiso tomarse el comedimiento de hacer arrancar de mis manos las memorias que yo había escrito de todas mis campañas desde la guerra de nuestra independencia, en mi juventud, para sólo extraer de ellas á su antojo todo lo que le conviniese publicar, y dejar sepultado en el olvido lo más principal y que él juzgó no convenirle que se supiera; no quiero yo tomarme el trabajo de escribir nuevamente esa campaña, sin embargo de que conservo felizmente en mi privilegiada memoria todo cuanto en ellas escribí á dicho respecto; en primer lugar por no cansar al público con la repetición de unos hechos que son ya conocidos por todos mis compatriotas, aunque en algún tanto desfigurados caprichosamente por algunos y en segundo porque creo me bastará hacer algunas observaciones á las adulteradas noticias que él da de todos aquellos mis hechos, para que el público imparcial pueda dar la razón á quien la tenga; y me contentaré sólo con insertar al fin de estas mis observaciones, las dos notas que recibí de la comisión argentina establecida en Chile: la primera contestándome al parte que le dí del triunfo de Angaco á mi entrada á Mendoza, y la segunda comunicándole mi desgracia en el Rodeo del Medio, después de haberme hallado ya vencedor, y mi penoso paso por la cordillera Cerrada, pues que la carta que yo escribí á Paz desde Chile y que se ha publicado en sus memorias da una idea bastante de esa campaña.

¡Ojalá que ese nuestro desgraciado y benemérito general no me hubiese obligado con sus demasiadas cáusticas calumnias á verme precisado á salir algunas ocasiones de mi acostumbrada moderación para desmentirle en defensa de mi derecho! ¡Cuánto mejor le habría estado escribir sus largas y cansadas memorias con los recuerdos que le daban las mías, con esa moderación y calma con que nos refiere todos sus horribos padecimientos en su larga y espantosa prisión, que no pueden menos que conmover á las almas sensibles!

Preciso me es antes de todo, copiar las cuatro palabras con que empieza el 2º párrafo de la entrega 26, folio 66, apenas lle-

gado á Buenos Aires en libertad el 23 de Abril del año 39; dice así: "Las primeras visitas que recibí (la primera debió decir) cuando acababa de bajar del carruaje, fueron las del general Madrid, D. Mariano Lozano, etc." Esto prueba, que lejos de haberle sido yo desafecto, ó tenido contra él la más mínima prevención, fuí siempre uno de sus mejores amigos, y como tal, no había dejado de hablar en su favor á mi compadre el Sr. Rosas, cuando después de cinco meses de haber estado yo en Buenos Aires, tuve recién la ocasión de verle en su quinta de Palermo y llegó á rodar sobre él la conversación.

Lo que dice Paz al principio de esta campaña, ó de su extracto, hablando de mi llegada á Montevideo, de donde dice hice cuanto pude para reacomodarme con Rosas: que mandé mi familia y le escribí carta sobre carta, etc., tiene mucho de supuesto, aunque algo de verdad, pues que él vió explicado en mis memorias el poderoso motivo que me había conducido á venir sin el menor conocimiento de Rosas, y que el envío de mi familia sólo había tenido por objeto el que tuviera el gusto de ver á su señora madre, que estaba gravísimamente enferma, y que murió poco después que aquélla regresó á Montevideo. Vió igualmente expresado en ellas todo el pesar que experimenté por haberme allí conducido cuando presencié todos los atentados que se cometían y cuya relación hecha ya en Montevideo por los emigrados enemigos políticos de Rosas, sólo la había yo atribuído á exageraciones de partido, porque á la verdad, fuí el último en conocer después toda la depravación de mi tal compadre, y lo cual estaba también expresado en ellas con toda la sinceridad de mi carácter, á pesar de que me lo habían reprobado algunos amigos, y siendo uno de ellos el actual Sr. ministro de gobierno, Dr. D. Valentín Alsina, á quien facilité esas mis memorias para que se impusiera de ellas y me hiciese el gusto de corregirlas, cuando volví á Montevideo el año 46. Todo esto servirá también de advertencia para que se comprenda que yo no escribí nada de mis memorias muchos años después de todos estos acontecimientos, como él lo afirma más adelante, pues que cuidé siempre de hacerlo con toda la brevedad que me era posible y sin omitir ni aun aquello que podía perjudicarme ante mis hipócritas censores, que sin embargo de que pertenecieron á la misma justa causa que yo sostuve siempre, jamás la sirvieron con el noble desprendimiento que yo!

Después de hecha esta explicación, no se extrañará que yo hubiese mandado después desde Paysandú el año 36 á mi 2º hijo

Ciriaco y abijado de Rosas, para que me lo hiciera educar en el colegio de la Compañía de Jesús, por cuanto yo carecía de los medios de subsistencia, y me había consagrado al trabajo personal de panadero para alimentar á mi familia; en dicho ejercicio me encontraba cuando fuí invitado por el general Rivera, para que tomara parte contra el legítimo gobierno de Oribe, como la habían tomado ya el ya finado general Lavalle y varios otros argentinos, y yo me excusé modestamente con el trabajo á que me había reducido mi suerte para poder alimentar á mi familia; y en realidad porque chocó siempre á mi carácter el mezclarme en revueltas ajenas, y mucho más faltando á la hospitalidad que dicho gobierno me había dado y reveládome contra él; si este mi proceder fué *un crimen*, según Paz, yo confieso que no me arrepiento de haberle cometido, y que repetiré todavía si la desgracia llegase á arrojarme por tercera vez á playas extranjeras!

¿Para qué ocuparme en desvanecer los groseros cargos que pretende hacerme sobre mis diarias visitas á la tertulia de la hija y cuñadas de Rosas, del regalo que éste me hizo por medio de Corvalán, de mi continua asistencia á las reuniones incalificables en que *con raso en mano* se fulminaba el exterminio de la mitad de los hijos de la república, etc.”, cuando no sólo él sino también muchos otros, vieron explicadas en dichas mis memorias las poderosas razones que me obligaban á asistir á todas ellas, so pena de arriesgar mi existencia si no concurría? ¿Por qué, ya que confiesa que yo aseguraba en mis memorias que jamás pronuncié anatemas de muerte contra los unitarios, no dice el solemne y público desafío que hice en el teatro Argentino al general Mansilla ó no recuerdo si á Larrazábal... y con el cual les puso un tapón en la boca? ¿Por qué, repito, no revela todo esto, ni tampoco las justas razones que tuve para haber hecho esa composición, no en Arrecifes, sino en las Ponzuelas, y mandádola á Rosas cuando marché mandado por él á las provincias del norte, no con el ánimo de traicionarle, porque jamás lo tuve (1), pues fuí todavía engañado respecto á

(1) Es el colmo de su atrevimiento que tan luego él que se considera el hombre más puro y circunspecto, pretenda formarme cargo porque acepté un obsequio y sueldo de Rosas, y porque me le separé después por una causa tan noble como lo dejó expuesto y obrando aún contra mismos intereses! ¿Por qué él que era *tan delicado* aceptó el sueldo de Rosas y se dejó incorporar en la plana mayor para estarlo traicionando en seguida, y tomando parte en las reuniones que conspiraban contra su gobierno, como él mismo lo dice? No habría sido más arreglado á la *seve-*

sus miras? ¿Habrá acaso quien crea que Paz no vió justificados todos esos pasos que di entonces del modo más convincente y patriótico, como asimismo de cuantos di en Tucumán para evitar el prematuro pronunciamiento, hasta que conocí la decidida opinión de todo lo principal del pueblo y con cuyo conocimiento consentí que dicho pronunciamiento se hiciera, estando en mi mano el evitarlo?

¿No vió Paz, (como lo vieron otros muchos en Chile, Bolivia y Montevideo) expresado en ellas que yo contaba con todos los valientes cívicos del pueblo y con ese mismo Gutiérrez, que estaba entonces allí y se me había ofrecido con todas sus fuerzas de la campaña, para sofocar la opinión de todo lo más selecto del pueblo y provincia, y que habiendo estado en mi mano el hacerlo, y ser un poderoso, por las dádivas que Rosas me hacía, todo lo desprecié por no constituirme en un segundo verdugo de mi pueblo y de todos los del interior? No vió que teniendo todo esto en mi mano y aun á pesar del papel que hice de constituirme voluntariamente preso en casa del gobernador Piedrabuena, y sin más compañía que mi

ridad de sus principios el no haber admitido tal sueldo y mandándose mudar como lo hizo después, que aceptarle el sueldo y estarle traicionando? ¿Esto si que es reprehensible y no lo que yo hice en Tucumán, sin antes haberlo pensado siquiera! Si yo acepté gustoso la comisión con que me mandó á las provincias, no fué con la intención de traicionarle como lo decía expresamente en mis memorias, y como Paz lo vió, sino tan solo porque me era en extremo repugnante el haber tenido que combatir contra todos mis compañeros de armas que peleaban por la buena causa á que yo pertenecía, y por la cual me había yo sacrificado desde mi juventud!

Cuando yo hice mi solemne y público pronunciamiento por la causa de los pueblos y contra Rosas, así que vi el uniforme y general pronunciamiento de la H. S. y de todo lo selecto del pueblo (escribí á Rosas en el acto avisándolo, y aconsejándole que renunciara el gobierno, pues que el dicho pronunciamiento no sólo era espontáneo sino general en todos aquellos pueblos, y que muy pronto marcharian sobre él. Le aseguraba también en dichas comunicaciones que siendo yo el que encabezaría dichas fuerzas, nada tenia que temer, ni por su persona ni por sus intereses) y me comprometia á marchar sobre Buenos Aires con sólo los 800 ó más hombres que habian asistido para sostener dicho pronunciamiento y con los cuales yo contaba, como lo debió haber visto Paz en esas mis memorias que lo escribí entonces y no en el año 50 como él lo dice, fué porque estaba yo resuelto á no retroceder como él ante ningún peligro; y porque tenía el convencimiento de que sus paisanos cordobeses los primeros, se apresurarian á recibirme en triunfo (como lo hicieron después) por el

sobrino el valentísimo capitán entonces D. Crisóstomo Alvarez y dos bravos soldados, aun no se atrevió la H. S. ni el pueblo mismo á mandar desarmar la pequeña escolta que yo llevé de esta capital y que había dejado en frente de mi casa con la orden expresa que no obedeciera más órdenes que las mías? ¡Aquí está vivo el comandante de ella, González, que no me desmentirá!

Que mi miras no fueron nunca las de hacerme gobernador de Tucumán, como Paz lo dice al principiar el folio 77, hablando de dicha mi campaña, muéstralo lo que dejo ya dicho, pues que eso lo tuve en mi mano desde antes de que la H. S. se pronunciara y que sin embargo de las grandes promesas de Rosas, si tal cosa conseguía, yo las desprecié, por no ser el opresor de mi pueblo y de los demás del interior.

Por lo demás que dice hasta la conclusión de ese párrafo, así como en el siguiente y su nota al pie, deben reirse todos los que vieron cuanto á ese respecto decía yo en esas mis memorias, y que él maliciosamente calla, pues que el mismo Brizuela, sin tener yo más investidura que la que le revelaba la nota que Rosas había pasado

mismo desvio que habían manifestado hasta para saludarme, cuando me vieron pasar para el norte llevando visible en mi pecho y el de los que me acompañaban, la marca sangrienta de Rosas! ¿Qué extrañaba pues Paz de que solo creyera yo bastante para esa empresa, la pequeña cantidad de cinco ó seis mil pesos para solo dar un socorro á esos decididos hombres que debieron acompañarme, cuando tenia la seguridad de que en su pueblo mismo no faltaban patriotas que me facilitarían voluntariamente los recursos que pudiese necesitar?

A más de todo lo dicho, yo contaba no solo con los muchos cooperadores que encontraría en el norte de Buenos Aires, sino también con el doble brío que daría esa mi aproximación, á toda la valiente emigración que obraba ya bajo las órdenes del bravísimo general Lavalle en el territorio de Entre Ríos. ¡Qué no contaba yo dice Paz con la *entrañable afeción de mi querido pueblo*, sino que me ví amenazado con la prisión, la expatriación y la muerte! ¿Y por qué no dijo todo lo que á ese respecto decía yo en mis memorias, sobre los avisos instantáneos que yo recibía del pueblo, y sobre el general entusiasmo con que todo él se agolpó á verme á la casa del gobernador Piedra Buena en el momento de mi entrada, hasta que tuve yo que salir al patio para que me viesen, á instancias de ese patriota y aventajado joven Dr. D. Marcos Avellaneda, que aunque fueron él y el valiente Acha los que ocultamente se opusieron á mi marcha el día del pronunciamiento, murieron después trabajando valerosamente por sostenerlo, y fueron á pagar bárbaramente la injusta oposición que me hicieron al principio?

conmigo á todos los gobernadores sobre mi misión, y el conocimiento que tuvo de mi pronunciamiento, me había escrito pidiéndome instrucciones y ofreciéndoseme con todas sus fuerzas; y fué en esta virtud que el gobierno de Tucumán me ordenó marchar sobre Córdoba y que antes de dicha mi marcha yo le había aconsejado tanto á él como al esforzado y hábil Dr. Avellaneda la más pronto reunión de un congreso de las provincias del norte. Si esa expedición se frustró, “no disolvió, como dice Paz, por la escandalosa defección del pérfido coronel Gutiérrez, que había estado ya vendido á Rosas; nada tenía ella que ver con la oferta que yo hice el día del pronunciamiento para marchar sobre Córdoba y aun sobre Buenos Aires, pues que yo no contaba entonces con el tal Gutiérrez, y mucho más cuando ni él mismo contó para su defección con las milicias que iban á sus órdenes, pues sólo las llevó con engaños fingiendo órdenes secretas mías para marchar sobre las fuerzas de Ibarra, y esto lo prueba bien claro, que todas ellas se le dispersaron y regresaron á su país, así que mandé en alcanca de su pérfido jefe al valiente joven D. Crisóstomo Alvarez, con sólo una pequeña es-

¡Tan eran bastantes en aquellas precisas circunstancias esos 6000 pesos que yo pedía al comercio, para evitarle que después le costaría á todo él y la provincia más de 400,000, como se lo dije entonces y lo vió realizado después, en caso que no aprovecharan de aquel precioso momento!

Porque contaba yo con la bastante popularidad y tenía confianza en los que me siguieran, como la tenía también en los demás pueblos, es que hice dicho ofrecimiento; y pruébalo que no me engañaba cuando marché poco después sobre la aguerrida y patriótica provincia de Salta, con sólo la insignificante fuerza de 300 y más hombres para obligar á su gobernador el señor Otero á que cumpliera sus compromisos, y el cual sin embargo de que nos traicionaba y se preparó á resistirme, tuvo que abandonar su puesto porque las tropas que adelantó al pasaje para que me atacaran se me pasaron todas con su jefe el coronel Figueroa y todos sus oficiales; y pudiendo yo haber entrado triunfante á ese heroico y recomendable pueblo, no quise hacerlo hasta que él no nombrara libremente su gobierno y este me permitiera pasar adelante, y adviértase que todo esto lo hacía sin embargo de estar ya investido con el mando supremo de todas las provincias del norte y reconocido como tal por ellos mismos.

Esa misma popularidad que yo tenía, fué la que decidió espontáneamente á todas las valientes milicias de Salta que habían concurrido á la plaza el día de mi entrada, á que arrancaran y botaran con indignación esas banderolas sangrientas que les había mandado usar en sus lanzas el ex-gobernador que acababa de fugar, cuando yo las proclamé recordándoles las inmensas glorias que habían adquirido bajo las órdenes del

colta, de la que había llevado de Buenos Aires y que sólo se fugó Gutiérrez para Santiago del Estero con unos cuantos hombres de sus sirvientes ó allegados.

Si yo tuve que regresarme á Tucumán, no fué por temor de que me faltaran todas las demás milicias que me acompañaban, porque no se me desertó un solo hombre, ni fué tampoco porque me asistiera el menor recelo de que Brizuela faltara á su promesa con todos sus bravos riojanos: lo que me obligó á retroceder desde más allá del territorio de Santiago, fué sólo el exceso de precaución que debe tener todo militar que defiende y cuida de los intereses de su patria y no de los suyos propios, pues que habiéndosele sublevado al gobernador Cubas de Catamarca un jefe con un escuadrón y retrocedido sobre dicho pueblo á consecuencia de la defección de Gutiérrez y vistose precisado ese gobernador á retroceder porque se acercaba el momento de la elección de un nuevo gobernador, temí yo y con razón pudieran ocasionar la sublevación de una parte de la campaña de Tucumán.

Por más que diga Paz en su nota del folio 75 sobre el lance

célebre general Güemes combatiendo contra la bandera de ese color que usaban los ejércitos españoles en la guerra de nuestra independencia. No sólo arrancaron y botaron con indignación dichas banderolas al hacerles yo este recuerdo, sino que la inmensa juventud que llenaba por dentro el cuadro de la plaza, las reunió instantáneamente y quemó en diferentes fogatas con el más general aplauso. Y para mayor prueba de esa popularidad y de la confianza que yo les inspiraba, se costeó á Salta á mi llamado el distinguido patriota general D. Roque Alvarado, gobernador de Jujui, y tanto él como el igualmente distinguido patriota el Dr. D. Gaspar López que fué el electo gobernador de Salta, se comprometieron ambos á seguirme con más de 1200 hombres voluntarios y marcharon conmigo á Tucuman.

¿Hubo pregunto, algún otro jefe que tal cosa hubiese conseguido jamás? Después que estuve en Tucumán con todas estas fuerzas fué que abrí la campaña á Cuyo, pero dejando allí como general del ejército de reserva con una parte de sus fuerzas al general Alvarado para que en compañía del gobernador delegado Dr. Avellaneda se movieran sobre el gobernador Ibarra de Santiago del Estero, mientras yo hice entender al pueblo y á los dos mil hombres con que abrí mi campaña, que mi dirección era á Córdoba sobre Oribe y Pacheco; mas este mi asertado plan fué burlado por la inesperada marcha que hizo el general Lavalle hasta Monteros ó Famailla, y que hizo retroceder á Avellaneda con todas sus fuerzas desde el río Ondo ya estando en la jurisdicción de Santiago del Estero, no sólo contra mis expresas órdenes, sino habiendo antes de emprender dicha marcha el general Lavalle, desentendidos del llamado que le hice á Catamarca y contentándose con mandarme á su ayudante D. Pedro Lacasa

que tuvo lugar en los Llanos cuando retirándome una noche solo con un ayudante y mi ordenanza, por entre el campamento de los riojanos gritaron éstos *hambre tengo*, y cuyo grito se generalizó en todo él, ello fué un hecho que todos lo presenciaron; pues con sólo haber yo llamado á los cantores de vidalita Tucumanos, así que llegué á mi campo y hécholes que entonaran la cuarteta siguiente que improvisé:

“¡Constancia, bravos riojanos,
que aunque no haya qué comer,
tus amigos tucumanos
sabrán morir ó vencer!”

fué esto lo bastante para que casi todo el campamento de los bravos riojanos y llanistas corriese en el acto á contestar también en verso y con la mayor abnegación á la cuarteta que se les había dirigido y á cuyo ejemplo corrieron también los míos y pasaron casi todo el resto de la noche cantando en contrapunto sobre cuál de los dos pueblos tenía más abnegación para salvar la patria. Yo, que no tenía otra cosa que darles á los primeros hombres que empezaron á reunirse con tal motivo, que unos cuantos panes y un par de morrudos chifles de aguardiente que Bri-zuela había hecho alcanzar á mi ordenanza mientras yo montaba á caballo para retirarme, pues que dicha provisión nunca le faltaba, empecé á convidarlos con aquel insignificante obsequio, y fué lo bastante para que no se acordaran más del hambre, pues hacía dos días que no se comía, porque no se encontraba una

con una comunicación en que me conjuraba por la patria á que regresara á Tucumán para con todas nuestras fuerzas reunidas esperar á Oribe que se había movido ya sobre dicha provincia de Tucumán desde Córdoba.

Adviértase que cuando esto me decía el general Lavalle yo acababa de tener un aviso desde los Llanos de la Rioja, en que me decían que Oribe acababa de retirarse de dicho punto sobre la Sierra de Córdoba; y que además había interceptado unas comunicaciones dirigidas por Balboa á Oribe y Lagos en que les decía: que le era muy sensible la desgracia de tan buen amigo, pero que era preciso trabajar con más empeño que nunca para repararlo. Cuando estas comunicaciones fueron interceptadas es preciso advertir que tenía yo la noticia por diferentes conductos de la derrota de Echagüe en Entre Ríos por Paz y de la muerte ó destrucción del gobernador López de Córdoba en la Villa del Río IV ó Carlota por Baigorria y los indios y de la retirada de Oribe desde los Llanos hacia Macha; por consiguiente debía yo figurarme que una de esas dos noticias era cierta.

sola tumbera en esos llanos: todo el ganado había sido arreado por las fuerzas del sacrilego general Aldao. En 12 días que paramos allí, no se carneó sino cuatro veces á media ración por hombre; tal era la escasez.

Todas las demás conjeturas que Paz hace con respecto á mi marcha sobre Córdoba, al pronunciamiento de ese patriota pueblo, como de varios departamentos de la Sierra y demás puntos de la provincia, así como de la persecución que debió hacerse á su gobernador López, son enteramente gratuitas y dignas de mi desprecio, puesto que mi principal objeto era el de sorprenderle, como lo hice, y no el de darle tiempo parándome á reunir caballadas, que sabía me sobrarian después, como en efecto sucedió. Si no pude lanzarme inmediatamente en persecución de López, que sólo llevaba cuatro gatos, fué porque el imbécil de Brizuela había ya mandado orden al señor Gordillo, que me había acompañado desde los Llanos con cerca de 300 hombres, siendo cien de ellos infantes, para que retrocediese en el acto con todas sus fuerzas, pretextando que el fraile á quien yo ya había escarmentado, regresaba sobre él y lo cual era incierto.

Agréguese á todo esto que no sólo había regresado ya desde las inmediaciones del Salto ó del Pergamino, el hoy teniente coronel don Lino Almandos, mi ayudante de campo, que lo mandé con pliegos para el general Lavalle á Buenos Aires desde antes de llegar creo á la Rioja, en virtud del aviso que me había traído el célebre baqueano Alico, que había yo mandado á Entre Ríos, avisando al general Lavalle el pronunciamiento de las provincias del Norte y mi pronta marcha sobre Córdoba, con un respetable ejército, de que dicho general había desembarcado ya en las inmediaciones de San Pedro y batido al general don Angel Pacheco; sino que además de todo esto, Almandos me había asegurado que su regreso fué á virtud de haberse dicho general Lavalle retirado de sobre Buenos Aires, en persecución del general D. Juan Pablo López, gobernador de Santa Fe, y cuando el dicho mi ayudante retrocedía del expresado punto, marchaba ya Oribe con cerca de dos mil infantes mandado por Rosas en persecución de Lavalle, y era á consencuencia de dicha noticia que había yo mandado instantáneamente al ya célebre Alico con una comunicación para el general Lavalle, llamándolo de Santa Fe para que nos reuniéramos, y cuyo chasque regresó precisamente con la contestación del general Lavalle, citándome á una entrevista al punto de Romero, para el

20 de Noviembre, en que debíamos reunirnos los dos ejércitos para acordar un nuevo plan de campaña.

Dicha invitación la recibí precisamente cuando iba yo en marcha en persecución de López y me encontraba á más de 18 leguas al sud de Córdoba. Si antes no había sido tomado el ex gobernador López y las carretas que llevó del camino, la culpa la tuvo el comandante Casanova, de Córdoba, que habiendo sido el destinado á perseguirle instantáneamente, no quiso hacerlo, sino que le dió tiempo y aun avisos para que salvara, por cuya razón le quité el mando de dicha fuerza y se lo confié al bravo mayor ya don Crisóstomo Alvarez, y al cual me ví precisado á mandarlo retroceder desde las inmediaciones de la Cruz Alta y situarse en el Fraile Muerto ó Saladillo, en virtud del llamado que me hacía el general Lavalle, pues me dirigía á su encuentro con cerca de mil hombres que llevaba perfectamente montados y cerca de 300 bravos cívicos de Tucumán y Córdoba, con más 4 piezas de artillería.

¿Para qué detenerme á explicar lo que pasó después, cuando ya lo hice anteriormente, y cuando existen todavía muchos que lo presenciaron y que todos los pueblos lo saben? Bástame decir que esa gloriosa revolución se hizo con el conocimiento que yo mandé á sus autoridades de la intimación que le dirigía al gobernador López y de que yo estaría sobre el pueblo ese mismo día, pues que se había pronunciado ya toda la Sierra y el norte de la provincia en mi favor. Así fué que López recibió la intimación que le entregó mi parlamentario, pero no tuvo tiempo ni para contestar, pues que la revolución estalló en ese momento á virtud del aviso anticipado que les había remitido y López no tuvo más tiempo que para fugarse precipitadamente.

¡Por lo demás, sólo hubo abatimiento y no omisión, en ese tan decidido y entusiasmado pueblo, cuando hallándome yo bien distante de él llegaron los primeros derrotados del Quebracho Herrado cometiendo toda clase de excesos! Fué tal la consternación que dichos excesos ocasionaron, que hasta el muy patriota y distinguido gobernador Alvarez, tuvo que abandonar el pueblo, delegando en mí el gobierno.

¡Echemos un velo sobre esos tan desgraciados como inesperados acontecimientos! Mas no dejaré de decir que en medio de la general consternación de ese heroico pueblo, 500 bravos cívicos y artesanos de él tuvieron la noble decisión de acompañarme vo-

luntariamente con todos sus jefes y oficiales, cuando me ví forzado á retirarme, porque el bravo general Lavalle no quiso ó no creyó prudente que esperáramos allí al verdugo Oribe para anonadarlo ó morir con gloria! Lo cierto fué que esos valientes cívicos hicieron toda su marcha á pie y sin desertárseme más que uno, que ellos mismos fusilaron, y marchando yo también á pie á la cabeza de ellos para más alentarlos. Igualmente me siguieron con la mayor decisión una porción de jóvenes decentes y de las primeras familias, con los cuales formé el escuadrón General Paz, que tan brillantemente se comportó en Angaco con su ex gobernador Alvarez á su cabeza, y el cual fué una de las víctimas sacrificadas en la sorpresa que Benavidez le hizo al valiente y ya general Acha, por descuidado, después de su más brillante triunfo.

Son bien estrafalarios los cargos que Paz pretende hacerme en los folios 80 y 81 de la 27 entrega de sus memorias sobre la "inacción ó tibieza que mostré para concurrir á la cita del general Lavalle á Romero, y para desconfiar del dicho del mayor Jiménez y de la hoja de papel que me entregó con la firma de dicho general y sin contener más que estas palabras: "¡Compañero: esté Vd. á lo que le diga mi edecán!—Juan Lavalle." Todos cuantos estuvieron conmigo en ese ejército y de los cuales existen varios aquí, como el mismo Jiménez, teniente coronel hoy, el de igual clase D. Lino Almandos y otros que no me desmentirán, saben que sólo me dijo el dicho enviado que el general traía más de 5000 hombres, cuando no alcanzaban á tres, que venían perfectamente montados, cuando venían á pie. Todo esto no podía haberme dicho el expresado mayor sin expresa orden de su general. ¿Por qué este general no fué tan franco para conmigo como debía serlo, y tan sólo me mandó decir que no olvidara, por Dios, de mandarlo encontrar con carne y agua, sobre todo, porque venían muertos de hambre y de sed? ¿No pudo y debió con igual franqueza decirme que venía á pie, y que las fuerzas del enemigo eran dobles que las suyas? ¡O temió acaso... que esto podría arredrar á quien jamás conoció ni conocerá el miedo para combatir por la libertad de su patria! Si tal lo creyó, me hizo la más solemne injusticia, pues ni él ni otro alguno, tuvieron hechos más gloriosos que yo en la guerra de nuestra independencia. ¡Se equivocaba el general Paz en creer que pudiese yo tener celos del general Lavalle; muy al contrario, me le ofrecí después de vencido el ponerme bajo sus órdenes y le insté fuertemente para que sobre la marcha nos dirigiéramos al Tío sobre Oribe,

después que yo le hubiera remontado al instante su tropa, y él no lo quiso! ¡Quizá tenga razón Paz si juzgaba que los hubieran por parte de Lavalle. y esos celos eclipsaron todas sus glorias, lo condujeron al sepulcro y nos perdieron á todos!

Cuando el general Lavalle me aseguraba que llegaría á Romero el 20 de Noviembre, sin haber comido ni bebido su ejército dos ó tres días, y me instaba por que lo mandase encontrar antes con algún ganado y agua, y le esperé hasta el 25 sin poder obtener de él la menor noticia; claro es que no debí suponerlo, no digo vencedor, sino moribundo. ¿Y le parece á Paz poco atrevida la resolución que tomé de lanzarme á marchas forzadas á retaguardia del poderoso ejército de Oribe por su flanco izquierdo y sin más que mil y pico de hombres? No sé yo qué otra cosa pudiese hacerse en aquellas circunstancias para favorecer á ese nuestro ejército y su general, y el cual, por no querer compartir conmigo la inmensa gloria de un seguro triunfo, quiso más bien perderse y perder al país.

Pero, donde más hace aparecer su grande emulación contra mí ese hipócrita general Paz, es en el folio 89, en que dice: “No hablaremos de los planes del general Madrid, que tan pronto quería dar una batalla como dirigirse al norte, á Cuyo, ó á la campaña de Buenos Aires. Todo lo pensó y nada hizo, etc.” Mientras tales despropósitos aislados expresa, sacando de mis memorias á su elección lo que le parece, se guarda muy bien de expresar que toda esa variedad de proyectos fueron simultáneos á consecuencia de que á ninguno de ellos quiso prestarse el general Lavalle cuando le fueron propuestos por mí, uno después de otro, y sin obtener jamás su consentimiento, ni aun su cooperación; todo lo cual lo vió él explicado en esas mis memorias, que tanto le mortificaban, hasta que al fin logró hacerse de ellas y... sólo Dios sabe el destino que les dió después.

¡Es ciertamente sensible que ese benemérito y valiente general Lavalle, no hubiera tenido á su lado en aquellas circunstancias á ese jefe *capaz, inteligente y adecuado de Paz*, para haber hecho en escala mayor esa guerra de partidas de que éste hablaba en el 2º y 3º párrafo del expresado folio! Pero no descuidó este hipócrita general, de arrojar su envenenado dardo sobre ese general Lavalle, que era sin disputa, mil veces más meritorio que él. No es posible, por más que me propongo guardar silencio sobre la antojadiza descripción que hace Paz de esa mi última campaña, dejar de desmentir algunos marcados embustes, como el de la carta

del general Lavalle, documento núm. 1º, en que le decía: "que si destacó sobre Santiago al coronel Acha, fué por instancias del general Madrid", porque esto no es exacto.

Cuando el general Lavalle rechazó todos mis planes: 1º el de lanzarnos sobre Oribe al Tío, á los pocos días de la batalla del Quebracho, 2º el de dirigirme yo rápidamente sobre la campaña del norte de Buenos Aires con sólo mis fuerzas y las de Córdoba, y llevando además á los bravos coroneles Acha y D. Lorenzo Alvarez, que habían sido mandados por el gobierno del Sr. Solá, de Salta, para reforzarme con más de 300 hombres; y tercero y último, el de dividirnos los dos ejércitos, marchando él (Lavalle) con el suyo á Mendoza, y yo con el mío á Tucumán, y que todos fueron desechados por él, pues se decidió á mandar sólo al coronel Vilela á Mendoza con una fuerza como de 800 hombres de su ejército, y á destacar sobre Santiago al coronel Acha con los cuerpos de correntinos y no recuerdo si el Julio, que mandaba el comandante Sotelo; yo le indiqué entonces que el mejor medio de lograr hacernos de las buenas caballadas de Santiago y de arrojar de su gobierno á Ibarra, sería el de mandar á éste (Acha) con una corta anticipación por el Bracho y Abipones, para cerrarle á Ibarra su escape á Santa Fe; pero le agregué que para asegurar completamente dicho golpe, era de necesidad que él se dirigiera con el resto de su ejército por el camino de postas y llevando mi artillería ó algunas piezas de ella, y yo por Choya, que está á la izquierda, mientras que por una orden que yo mandaba al efecto, saldría de Tucumán una fuerte división para atacarlo por aquella parte á Ibarra. El general Lavalle convino entonces en mandar al coronel Acha, mas no por Abipones, sino por el camino de postas, y en vez de haberse él dirigido por éste, prefirió ir por el mismo camino que yo, y se marchó la vanguardia por la travesía de la Loma Blanca y ocasionando mil males en esa marcha los desordenados procedimientos de su tropa, hasta el extremo de haberme visto yo precisado á tomar preso al capitán de su escolta Sandoval y muchos otros soldados, con que se había quedado á retaguardia, y cometido toda clase de violencias.

Ultimamente, y á consecuencia de dicha medida, que tomé contra Sandoval y sus soldados, y otras precauciones que adopté para evitar los desórdenes que cometían sus tropas, porque se les dejaba marchar á discreción, el general se disgustó conmigo y se apartó con los pocos hombres que le acompañaban y se diri-

gió por la sierra de Catamarca hasta llegar á dicha ciudad y posteriormente á la Rioja, pero habiéndome mandado antes al general D. Tomás Iriarte á reclamar al capitán Sandoval y demás soldados que tenía yo presos y desarmados, y los cuales le fueron entregados con todo el armamento y dándole la más completa satisfacción sobre las poderosas razones que por su crédito mismo me habían obligado á tomarlos presos, para que no fueran con sus escandalosos hechos á manchar la alta reputación de que gozaba en todos aquellos pueblos.

No pensé haberme extendido hasta tanto; pero como no me era posible autorizar con mi silencio los inmerecidos cargos que Paz arroja sobre mí con la escogida y trunca relación que hace de algunos de los hechos que yo refería en mis memorias, sin que pudiera creerse que era verdad lo que ese santulón decía, me ha sido forzoso hacer algunas explicaciones, aunque con alguna repugnancia; tanto porque ellas tienen relación con personas que merecieron siempre mi aprecio, cuanto porque nada tenían ellas que ver con la presuntuosa é hipócrita mordacidad de aquel ya finado general. Ultimamente, y para no verme precisado á decir más sobre las mordaces críticas que no dudo me hará Paz en su caprichosa descripción de esa mi última campaña, diré tan sólo lo siguiente: Que no hubo en esa mi campaña un sólo jefe que tuviese ni aun la idea de hacerme una revolución, para quitarme el mando del ejército, y digo esto porque todos estaban convencidos de que no se les habría prestado para ello un solo soldado del ejército, y en prueba de ello referiré por conclusión lo que me manifestaron todos los jefes reunidos en los diferentes ocasiones.

Cuando perseguíamos á Benavídez para Mendoza, después de la prisión del valiente Acha y de sus oficiales y quise yo dejar el mando del ejército en uno de mis jefes para adelantarme yo á rescatar á esos valientes, porque el imbécil de Baltar puso dificultades cuando lo destiné en compañía del bravo coronel Peñalosa á dicho objeto, se reunieron al instante todos los jefes y me dijeron: Si V. S., por algún accidente imprevisto, llegase á caer prisionero ó morir, seríamos perdidos con todo el ejército, porque es sólo su presencia y su influjo lo que lo conserva y alienta, y es por esto que esperamos todos que el Sr. general desista de semejante pensamiento, pues que tal vez no lo consentiríamos por dicha razón." Otra cosa parecida sucedió en los mo-

mentos antes de la batalla del Rodeo del Medio, pues hasta me intimaron todos ellos reunidos, y fundándose en las mismas razones, que no comprometiera mi existencia en ningún caso, lanzándome sobre los enemigos; y^o que me colocara á retaguardia de la línea en un punto donde pudiera verlo todo y dar mis órdenes, porque todos ellos estaban resueltos á llenarlas debidamente ó perecer en la demanda.

Cuando todos esos beneméritos jefes así se expresaron, no puede haber la menor duda de que no intentaron jamás el revelármese, como Paz lo da á entender! Créaseme que no hago un pequeño sacrificio en dejar que ese menguado *General Paz* calle en la descripción que hace de dicha campaña los mil hechos gloriosos que yo personalmente ejecuté en diversas ocasiones, y aun en la batalla misma y después de ella.

Ultimamente y para que no tengan necesidad de buscar en las memorias malas de Paz, la carta que yo le pasé desde la República de Chile, y en la cual le detallaba ligeramente dicha campaña, he preferido insertarla en estas mis observaciones, juntamente con las dos notas de la comisión argentina, en respuesta á mis dos primeros partes, así del triunfo de Angaco y toma de Mendoza, como de la desgraciada batalla del Rodeo del Medio y mi marcha á la Cordillera Cerrada con los restos de mi ejército, que no quisieron abandonarme y regresar á sus pueblos, por más instancias que les hice; tendré así la satisfacción de concluir los días que me restan con la certidumbre de que mis desgraciados hijos no tendrán que avergonzarse después de ellos, porque me desmintiese alguno:

Señor D. José María Paz.

Santiago de Chile, Octubre 28 de 1841.

Mi apreciable amigo y compañero:

La fortuna aun quiere probar nuestra constancia. Después de haber formado de la nada un ejército en Tucumán de dos mil y más hombres y haber emprendido mi marcha á la Rioja, para obrar de acuerdo con nuestro común amigo el Sr. general Lavalle, según se lo anuncié desde Salta y Tucumán, y después, en fin, de haber hecho prodigios de valor con un puñado de valientes con que me lancé desde la Rioja á las Provincias de Cuyo, hemos sido desgraciados en Mendoza el 24 del pasado, estando ya la victoria en nuestras manos, y tenido que refugiarnos á esta república con cerca de 500 hombres entre jefes, oficiales y tropa, cuyos

nombres he mandado imprimir para conocimiento de las familias.

Voy á hacer á Vd. una ligera relación de mi marcha y de los acontecimientos que han tenido lugar para que forme Vd. una idea cabal de las cosas, y pueda arreglar sus operaciones, puesto que Vd. es hoy con su ejército la esperanza de todos y de la Patria.

A mi llegada á Catamarca con diez piezas de artillería y siete carretas, allanando con todo este tráfago la cumbre escabrosa del Totoral, sin más elementos que la decisión y entusiasmo que había sabido infundir á mis soldados y que reinaba también entre los jefes y oficiales, había experimentado una crecida desertión en las fuerzas de Salta y Jujuy, cuyo ejemplo había también producido la de un corto número de mis paisanos. Maza y Lagos, que ocupaban el valle del Plachín, lo abandonaron, cuando de sorpresa ocupé la cumbre, y se dirigieron por las cuestas de más abajo para la provincia de Santiago, tomando su dirección á Loreto. Yo mandé en su persecución á los valientes teniente coronel Aquino y coronel Salas con 400 hombres, llevando entre ellos 80 bravos cazadores de Córdoba y pasé yo á ocupar la capital, destacando sobre la Rioja al valiente coronel Alvarez, mi sobrino. A los tres días de estar en Catamarca, recibo aviso de la muerte y derrota del general Brizuela por los pueblos de Famatina, y retirada del general Lavalle hacia Salta por Santa María. Este acontecimiento, que no fué posible ocultar á la tropa, por habérselo comunicado el conductor antes de llegar á mí, produjo el efecto que era consiguiente: la desertión de muchos soldados de Salta y Jujuy, y aun la de más de 30 tucumanos.

En seguida recibo cartas del general Lavalle desde las inmediaciones de Santa María, suplicándome y conjurándome por la patria á suspender mis marchas sobre la Rioja, y esperarlo, manifestándome su opinión de retroceder á Tucumán, donde podríamos dar con ventaja una batalla, suponiendo que Oribe, Pacheco y el Fraile Aldao marchaban sobre nosotros. En efecto, suspendo mis marchas y le espero para ocho ó diez días, hasta que llegó sólo con una pequeña escolta, dejando á Pedernera con 800 hombres de su ejército con que se habían retirado desde Famatina, en Aconjica, camino de Guasán ó el Fuerte, que Vd. conoce.

Preciso es advertir á Vd. que para emprender yo mi marcha sobre la Rioja á buscar la reunión con los generales Lavalle y Brizuela, había dispuesto que el Dr. Avellaneda, que quedaba encargado del gobierno de Tucumán, expedicionara con mil quinientos hom-

bres sobre Santiago, al mismo tiempo que otra expedición salteña de mil hombres debía penetrar al Salado desde la frontera del Rosario; con cuyo movimiento combinado me proponía yo distraer la atención de Oribe, para que no pudiera evitar mi reunión con Lavalle en la Rioja y anular al mismo tiempo á Ibarra apoderándonos de su provincia: Dispuesta ya esta operación y puesto Avellaneda en campaña sobre el Río Hondo, aparece el general Lavalle en Monteros, y hace que Avellaneda suspenda su marcha y licencie su tropa, imbuido como iba, y llegó después á Catamarca á verse conmigo, de que Oribe, Pacheco y Aldao marchaban sobre Tucumán, y que era preciso que yo con mi ejército retrocediese á dicha provincia, donde podríamos dar con ventaja una batalla. En efecto, Avellaneda, que no tenía los conocimientos que yo de la posición de Oribe, como los tenía tampoco Lavalle, prendado de la idea de dicho general, licencia su fuerza y se combina con él mismo, aconsejándome el retroceso.

Preciso es advertir que yo había interceptado comunicaciones del Gobernador de Catamarca, Balboa, y á Lagos y Oribe, en que les decía que le era muy sensible la desgracia de tan buen amigo, pero que era preciso trabajar con más empeño que nunca para repararla. Cuando estas comunicaciones fueron interceptadas es preciso advertir que tenía yo la noticia por diferentes conductos de la derrota de Echagüe por Vd., en Entre Ríos, de la muerte ó destrucción de López, el Gobernador de Córdoba, en el Río IV ó Carlota por Baigorria, y de la retirada de Oribe desde los llanos de la Rioja, hacia Macha. Por consiguiente, debía yo figurarme que una de las dos era efectiva, pues había producido el efecto de hacer retroceder precipitadamente á Oribe con su Ejército, desde los Llanos de la Rioja, dejando abandonado al General Aldao con su Ejército de San Juan y Mendoza en Chilecito; á Lavalle y Brizuela á sus inmediaciones y á mí en Catamarca. Estos eran los antecedentes positivos que yo tenía á mi llegada á Catamarca, y el convencimiento de haber hecho mi pueblo para poner mi Ejército en campaña el último sacrificio, me hacía conocer que era forzoso destruir á Aldao, pues un retroceso en tales circunstancias, desalentaría nuestras fuerzas, daría doble ánimo á nuestros enemigos, y acabaría por arruinar para siempre los tres pueblos que nos quedaban. En estas circunstancias y cuando ya el General Lavalle se había dirigido desde Monteros á Catamarca á verse conmigo, recibo aviso de Avellaneda, de haber una

montonera Santiagueña de 300 á 400 hombres y encabezada por un Saravia salteño, apoderándose de la frontera del Rosario, destruyendo por sorpresa á Matute y Gama, que poco antes lo habían batido dos veces. Avellaneda convoca nuevamente sus tropas que había licenciado y me comunica este acontecimiento que recibí primero el General Lavalle al llegar á Pachín y lo condujo él mismo.

Llegado el General á Catamarca es reconocido por mi orden General en Jefe del Ejército reservándome únicamente el derecho que me habían dado los pueblos de la dirección de la guerra. En una larga conferencia que tuvimos con el General en la cual hice ver la necesidad en que nos colocaba el asunto de la frontera, de regresar uno de los dos á Tucumán para destruir aquella montonera y llevar adelante la campaña contra Ibarra, y dirigirse el otro con el resto á los pueblos de Cuyo en unión con los riojanos, que se presentaban gustosos al Teniente Coronel D. Crisóstomo Alvarez, que había ya tomado la Rioja. y una parte del armamento y municiones que empezaban á descubrir de los entierros del finado Brizuela: dejaba á su elección el seguir él á Cuyo ó volver á Tucumán, eligió esto último, asegurándome que mi posición respecto á los señores Feré y Rivera, era más ventajoso que la suya, por los antecedentes que habían con dichos señores.

En efecto, á los dos días, después de su llegada á Catamarca, emprendí mi marcha con el Batallón Cívico de Tucumán, 8 piezas de artillería, 9 carretas y el Escuadrón Mayo, que eran los únicos que habían quedado por haber hecho adelantar al Coronel Acha con el resto de los cuerpos y dos piezas de artillería hasta Amilgancho, en protección de Alvarez, por si el Padre General intentaba atacarlo; habiendo convenido con dicho Sr. General Lavalle que él llamaría la atención por aquella parte del Norte de Córdoba á Oribe, y desprendería también uno ó dos escuadrones por Belén sobre los pueblos del poniente de Catamarca para dejar esta provincia enteramente libre y obrar de acuerdo sobre el Ejército de Aldao, que permanecía en los sauces de la Costa de Araujo. Hecho este acuerdo rompí mi marcha de Catamarca el 12 de Julio y el General Lavalle debía marchar el siguiente día para Tucumán, con ánimo de dar un galope hasta Salta para animar á aquellas gentes y exigir de su Go-

bierno, así como del de Jujuy los hombres y los recursos necesarios ó posibles para la empresa.

De la sierra de Catamarca se habían mandado disponer 1500 cabezas de ganado para la expedición sobre Cuyo, de las que el pico estaba ya adelante y lo había llevado el coronel Acha, y las mil restantes tenía ya aviso de haber bajado la sierra en pequeñas divisiones y las mandé dirigir con los mismos hijos del país, unas á la Punta y otras á la misma Rioja; á cuyo punto llegué con el ejército el 18, pero sin que me hubiese alcanzado ganado alguno y encontré que el coronel Acha no tenía más que doscientas y pico de cabezas de las que había traído, y la mayor parte chicas, y habiendo sufrido en el camino alguna deserción de los infantes y artilleros que no bajó de 40 hombres. Inmediatamente repito las órdenes al gobernador de Catamarca para que me mandase alcanzar con el ganado, y me fué preciso parar cuatro ó cinco días mientras se alistaban las carretas que habían sufrido algo en la marcha, se componía algún armamento y se hacía diligencia de algunas mulas y aparejos para llevar las municiones de las carretas en caso necesario, y esperar la llegada del ganado.

En este ínter, había que despachar al teniente coronel D. Joaquín Baltar, que había venido de los llanos mandado por el valiente coronel Peñaloza, á pedir algunas armas, algún auxilio de ropa para su fuerza y un Escuadrón para atacar al coronel Flores, que se hallaba en la Costa Baja con 500 hombres de Oribe, y el Coronel Llanos con unos *pocos llanistas*. Habiendo despachado ya á dicho Jefe, á quien dí el grado de Coronel por la valentía con que se había sostenido en los llanos en compañía del Comandante general Peñaloza, resistiendo á todas las seducciones de Oribe y á sus ataques, y poniendo á sus órdenes el Escuadrón Julio, al mando del Teniente Coronel Sotelo; y no pareciendo el ganado que esperaba de Catamarca, resolví dirigirme primero sobre el ejército de Aldao, que había quedado ya á mi espalda por el flanco derecho, en los Sauces, para que de este modo pudiesen sin recelo alguno seguirme todos los Riojanos dejando enteramente libre su Provincia. Al efecto, reuní á todos los jefes del ejército que me habían ya manifestado privadamente la imposibilidad de continuar nuestras marchas sobre Cuyo, sin carne y sin caballos, pues no había más que los montados, y éstos en muy mal estado, que no sufrieron ni para llegar ensillados á San Juan la mayor parte. Todos los jefes, así que estuvieron reunidos y

les pedí su opinión sobre el partido que debíamos tomar en el estado en que se hallaba el ejército, ya por falta de víveres como por la de caballos y bueyes, fueron de opinión que debíamos, ó contra-marchar á Catamarca á reponer á nuestros caballos, ó dirigirnos sobre Aldao á los Sauces, sin embargo de que esta operación acabaría de dejarnos á pie por la aspereza de los caminos que teníamos que andar. Yo les repuse que volver atrás era perder el ejército y el País; porque en tal caso cargarían sobre nosotros Oribe y Aldao; y perderíamos para siempre la Provincia de la Rioja, y desmayaríamos á la de Tucumán, que había hecho tan costosos sacrificios para despacharnos; con cuyo motivo quedó resuelta la marcha sobre Aldao al siguiente día, y al efecto se ordenó al Coronel Acha que retrocediese con la vanguardia desde Ampiza.

Estaban ya tomadas todas las disposiciones para la marcha á los Sauces en busca de Aldao, cuando al amanecer recibo aviso del gobernador de Catamarca, de que Lagos y Maza, que se habían retirado precipitadamente para Loreto á mi llegada á Paclín, estaban sobre la sierra del Alto con mil hombres, y que él se retiraba para Tucumán si no le llegaba el auxilio que había pedido. Con esta noticia varié de plan, sin comunicarlo á nadie, y mandando contraorden al coronel Acha para que sin pérdida de tiempo continuase su marcha sobre San Juan, me moví al día siguiente en esta dirección, con sorpresa de todos, y asegurándoles la pronta toma de Cuyo, sin que el fraile pudiera evitarlo. Al efecto, ordené al Coronel Acha que, apurando sus marchas cuanto le fuera posible, se apoderase de San Juan, sacase toda la caballada ó mulada posible, y me mandase encontrar con ella y con algunos bueyes y ganado, despachando al mismo objeto por delante 50 hombres al Valle Fértil para sacar toda la caballada que encontrase y tomar también un cargamento de vestuario y municiones que le venían de San Juan para Aldao y salir con él á las Salinas.

Todo se efectuó y salió como se deseaba: el ex Gobernador de Córdoba, Dr. D. Francisco Alvarez, jefe del escuadrón General Paz, fué el encargado de esta operación, que ejecutó con habilidad, como lo habrá Vd. visto por el parte de la gloriosa batalla de Angaco. Con este auxilio tan oportuno, se medio cubrió la desnudez del soldado y se montó regularmente la vanguardia.

El brillante resultado de esta operación atrevida sobre San Juan, ya Vd. lo sabe, como también el resultado ó fin desgraciado de tan valiente jefe y su división, por un descuido ó confianza que

no debió tener, circunstancia por la cual me ha arrebatado la gloria de las manos, y á la República entera su libertad. (1).

Yo llegué, pues, á San Juan con sólo 600 hombres de las tres

(1) Creo un acto de justicia el dejar consignado en estas mis observaciones dos hechos heróicos que tuvieron lugar en esa memorable campaña de Cuyo, el uno después del memorable triunfo de Angaco y el otro en la batalla del Bodeo del Medio.

Quando el valiente Acha en vez de esperarme en Angaco después de su triunfo, ó de haberme mandado encontrar con las buenas caballadas, mulas y bueyes de que se había provisto, marchó imprudentemente á San Juan, en persecución de Benavidez y se acampó descuidadamente en las orillas del pueblo así que fugó dicho caudillo á su aproximación había mandado al valientísimo coronel D. Lorenzo Alvarez al pueblo, en campaña del recomendable Dr. Alvarez, jefe del escuadrón general Paz, y sin más acompañamiento que el de una partida como de 20 infantes, y con la cual iba también mi hijo el mayor D. Ciriaco Araoz de Lamadrid, y dos recomendables oficiales hijos del general D. Benito Martínez y regresó Benavidez con el refuerzo que encontró que venía de Mendoza en número de 800 hombres y dos piezas de artillería con que sorprendió á la pequeña fuerza que había quedado del escuadrón de coraceros, en circunstancias que por espresa orden del general Acha estaban largando sus caballos en un alfalfar; el dicho coronel Alvarez con sólo su pequeña partida y los coraceros que pudieron salvar á en pelo, se dirigió resueltamente sobre los 600 hombres que tenía Benavides por un callejón para abrirse paso á incorporarse con el general Acha que quedaba algunas cuadras atras de Benavidez, con sólo los pocos infantes que le quedaban del valiente cuerpo de dicho bravo coronel y además con todos los prisioneros que le había tomado al Fraile en Angaco, y los cuales eran más que los suyos, dicho bravo coronel fué rechazado por las centuplas fuerzas del caudillo y por los tiros á metralla de su artillería.

Más ese valiente jefe y su compañero recibieron inmediatamente á los 70 coraceros y emprendió nuevamente su resuelta marcha sobre los enemigos, hasta que hallándose ya muy próximo á ellos volvieron á desordenarse los pocos coraceros y retrocedieron, entonces el denodado coronel y su compañero el Dr. Alvarez, siguieron adelante con sólo su partida de pocos infantes, más tuvieron la desgracia de ser privados de la vida por la metralla enemiga, juntamente con uno de los dos hermanos Martínez, y mi hijo á quien un casco de metralla le trozó la espada que llevaba en la mano, pudo salvar con el otro oficial Martínez que se halla en esta capital con algunos de los soldados y seguir al pueblo por entre unas zanjas.

El valiente Acha ya al obscurecer marchó resueltamente con su pequeña fuerza y los prisioneros sobre Benavidez, lo rechazó quitándole una pieza de artillería y tuvo todavía la imprudencia de meterse á la plaza donde fué sitiado y tomado después prisionero por capitulación con toda su fuerza y mi hijo y Martínez que se le habían reunido,

armas, y 60 soldados de la legión Acha, de Alvarez, que se me reunieron diez ó doce leguas antes de llegar á San Juan con el valiente teniente coronel Sardina, que había escapado de la sorpresa, y al

porque se les habían concluido ya las municiones después de dos ó tres días de resistencia, y cuando acababa yo de llegar á la punta del monte ó Angaco con mis cortas fuerzas muertas de hambre y de sed.

El segundo hecho fué el día de la batalla del Rodeo del Medio, cuando después de haber sido puesta en fuga toda la caballería de la derecha del ejército de Pacheco en número de 800 hombres, por mi bravísimo sobrino D. Crisostomo Alvarez con sólo 270 hombres y los bravos comandantes Acuña, correntino y D. Rufino Ortega y que ya Pacheco venía en retirada con toda su numerosa infantería, y el pérfido de Baltar desobedeció todas mis órdenes para cargar al coronel Flores que con sólo 300 y pico de hombres de caballería quedaba á su frente, entonces el bravísimo escuadrón Mayo, con su comandante Acosta á la cabeza y sin tener más fuerza que sesenta y tantas plazas de jóvenes decentes de Buenos Aires cargó sobre Flores, y fueron los únicos que cruzaron sus lanzas con las de éste, pero tuvieron que ceder porque Baltar en vez de auxiliarlos se puso en fuga con más de 500 hombres que tenía! Esta fué la exclusiva causa de haberse perdido esa célebre batalla, después de estar ya ganada con sólo mil ciento y cincuenta y tantos milicianos de que se componía mi pequeño ejército, contra más de 3.300 hombres que contaba el del general Pacheco, incluso mil novecientos infantes y 13 piezas de artillería que tenía, pues que toda la numerosa caballería de su derecha había sido puesta ya fuera de combate por mi valiente sobrino Alvarez, aun sin embargo de hallarse gravemente herido en el extraordinario triunfo de Angaco! Fué digno de notarse el valiente denuedo que manifestó ese puñado de bravos jóvenes del escuadrón Mayo, como lo fué también la actividad y bravura con que llenaron todas mis órdenes los dos jóvenes Casteses D. Miguel y D. Mariano, D. Enrique Pizarro, y Santabaya, (estos dos últimos fueron el uno lanceado y boleado el caballo del otro y hechos prisioneros, cuando corrí yo á contener la caballería de Baltar que fugaba con él á la cabeza) y sobre todo el bravo Gutiérrez (D. Juan Antonio) pues fué el único que salvó conmigo, y con el cual y dos oficiales riojanos que se me reunieron y más los dos ordenanzas que me acompañaban y un baqueano, acometí desesperadamente á una fuerte partida que nos perseguía y la acuchillé é hice volver caras hasta que pude después alcanzar y contener á toda la caballería del pérfido Baltar: todos esos jóvenes pertenecían también al escuadrón Mayo, y me servían de ayudantes en esa campaña; y es un deber mío el recomendar á todos esos valientes, pues me acompañaron hasta el fin como también el ciudadano médico Dr. Molina, y mi decidido y recomendable secretario el joven D. Benjamín Villafañe. Recuerdo, que los dos valientes Piñeros me acompañaron también en ese lance y que con especialidad el capitán D. Mateo me prestó los más importantes servicios en el paso de la Cordillera.

siguiente día se me incorporó el bravo Coronel y Comandante General de los Llanos, D. Angel Vicente Peñaloza, que había mandado adelantar á las Lagunas desde Mascasín con 300 de sus bravos, aunque desarmados la mitad de ellos.

Como Benavidez había fugádose á mi vista, y al tiro de tres cañonazos que le dirigí sobre el río de San Juan con dirección á Mendoza, no debía yo detenerme en aquel pueblo; y pasé sin haberme detenido más que una hora en la plaza, y me situé á media legua del pueblo, mientras me proporcionaba los caballos necesarios para montar los cuerpos que habían llegado á pie. Mi detención con este objeto no duró más que tres días; continué mi marcha sobre Mendoza bien montado ya, pero dejando al nuevo gobierno de San Juan 25 hombres de los bravos vencedores de Angaco, y más de 50 soldados entre enfermos y desertores, la mayor parte infantes y artilleros, de modo que llegué á Mendoza con 800 hombres no completos el 4 de Septiembre por la mañana.

Benavidez había empezado su retirada en el día anterior llevándose más de 3000 caballos y habiendo despachado á los prisioneros dos días antes. Mi detención en la plaza con las tropas formadas duraría dos y media horas, cuando más, mientras tomé algunas disposiciones y tiré dos decretos. En seguida salí á situarme en El Plumerillo, una legua fuera de la ciudad, y dispuse la salida del comandante general de los Llanos, Peñaloza, con Baltar, al mando de 450 hombres en persecución del enemigo, cuya fuerza, no pudiendo salir esa noche por algunos inconvenientes que se presentaron, marchó al siguiente día por la mañana. En seguida pasé al pueblo, se dieron las órdenes convenientes para la elección de gobierno, despaché por la noche un escuadrón al Fuerte de San Carlos con 25 infantes, y al siguiente día al coronel Salvadores con la compañía de granaderos á tomar el mando de la división.

La elección de gobierno recayó en mí, por unanimidad de sufragios, invistiéndome con la suma del poder, y me fué preciso aceptar mientras arrojásemos al enemigo fuera de la provincia y llegasen desde esta república las personas influyentes que estaban emigradas.

En seguida me ocupé de organizar una maestranza completa para recomponer el armamento y los cañones que habían llegado estropeados en extremo, y construir todas las lanzas posibles. La

maestranza quedó establecida á los cuatro días, y se trabajó con una actividad asombrosa.

El decreto para la presentación de las armas ofreciendo un premio de 3 pesos por cada fusil, dos por cada tercerola ó sable y uno por cada lanza, produjo el efecto que me propuse. Los soldados enemigos empezaron á presentarse con sus armas, y en pocos días reuní más de 150 entre fusiles, tercerolas y lanzas y se me presentaron como 200 soldados ó más, de los que la mayor parte tomó partido en los cuerpos del ejército y recibieron la gratificación de 4 pesos el soldado, 5 el cabo y 6 el sargento.

El pueblo de Mendoza había manifestado un patriotismo y decisión sin límites, pero habían quedado muy pocos hombres de provecho entre la clase decente, y éstos temían comprometerse ó dar la cara de frente, y había muy pocos que se acercasen á darme los conocimientos que deseaban y eran precisos, porque á los pocos días ya se supo en el pueblo que había encontrado á Benavidez en Corocorto con 500 hombres al mando del coronel Flores, y que el general Pacheco con Aldao venían atrás con cerca de tres mil hombres. En fin, yo tenía que hacerlo todo personalmente por carecer de un hombre que me desempeñara. Peñaloza, después de haber batido y dispersado dos divisiones enemigas, que alcanzó en su marcha, tuvo que regresar de cerca de Corocorto por el refuerzo que recibió Benavidez, y la falta de hombres inteligentes y de capacidad hizo que los enemigos llegasen al Retamo, que dista doce leguas de Mendoza, sin haber sido sentidos el 19, pues mi vanguardia, después de haber permanecido unos días en el Retamo, tuvo que retirarse á la Cruz de Piedra por los pastos, dejando avanzadas del país que se descuidaron.

En tales circunstancias, yo tenía al sur en San Carlos á 30 leguas de Mendoza, 200 hombres en persecución de la fuerza que tomó esa dirección con Rodríguez, y había mandado á San Juan á desbaratar una montonera que se había apoderado de aquel pueblo y de todos los enfermos y heridos que habían quedado allí, por la ineptitud del Gobernador Burgoa, que se dejó sorprender, al Coronel Avalos con 250 hombres. Esta noticia la recibí el 19 del pasado y en el acto salí con todas mis fuerzas, que se componían de 300 infantes, por haber llegado ya el Coronel Salvadores, con 9 cañones que se tomaron, hacia el Retamo y mandé oficiales en alcañce de Avalos por el camino de San Juan y en busca del Comandante Acuña á San Carlos, para que se me replegasen. El 22

estuvieron todos reunidos en los Potreros de Hidalgo, 5 leguas de Mendoza hacia el Retamo y marché el 23 sobre la vuelta de la Ciénaga, donde estaba la vanguardia enemiga, y al ponerse el sol fué puesta en fuga y desalojada del puente por una compañía de cazadores y el escuadrón Julio, conque yo en persona me avancé sobre ellos y mandé cargarlos con la dicha fuerza, después de haberles disparado una granada y un tiro de bala rasa. Los enemigos, que eran 700, huyeron cobardemente y yo regresé con el ejército á unos alfalfares que distaban media legua á retaguardia, dejando mis avanzadas sobre la Ciénaga y después de haberlos perseguido hasta cerrada la noche.

Al siguiente día por la mañana tuve parte de las avanzadas que estaba al frente todo el ejército enemigo y salí á ocupar la posición que deseaba al frente del puente. El ejército enemigo acabó de pasarlo serían las 12, con tres mil y más hombres, de los que mil y ochocientos eran de infantería y el resto caballería y trece piezas de artillería. A pesar de la excesiva superioridad numérica yo no podía ni debía retroceder ya, así porque contaba con la decisión de mis tropas, como porque todo paso retrógrado en tales circunstancias y con San Juan ocupado por los enemigos, produciría indispensablemente la desmoralización del ejército y nuestra ruina inevitable. Mi fuerza total no pasaba de mil ciento cincuenta hombres y tenía entre ella como 400 hombres del país, la mitad pasados del ejército enemigo de Benavidez y la otra de voluntarios de pueblo y de milicia también de la campaña, cuya fuerza, si me retiraba, era consiguiente que se me quedase; por consiguiente, me resolví á dar la batalla con todas las seguridades del triunfo, por el ardor del puñado de valientes que combatían por la libertad contra los forzados esclavos de su tirano, que sólo el terror al puñal los contenía.

Los enemigos, después de haber cambiado algunas balas de cañón con nosotros, pero sin suceso por su parte, marcharon en columna por el frente de mi pequeña línea hacia mi derecha, ostentando su numerosa infantería, y después de haber dejado establecido á su derecha al Coronel Granada con 800 caballos de la Escolta del tirano y una batería sostenida por una columna de infantería. El objeto del enemigo lo conocí desde que principió su movimiento á mi derecha: hacer conocer á mis soldados su superioridad numérica y flanquearme por dicho costado, desprendiendo á mi retaguardia una columna; mas yo esperaba confiadamente la oportuni-

dad para desbaratar su derecha, que dejaban á retaguardia por medio del intrépido y nunca bien ponderado joven coronel Alvarez, que mandaba mi izquierda, compuesta de 270 caballos y 100 infantes, que destiné para su protección, cantando entretanto con mis bravos al frente de nuestra pequeña línea, la canción de: A la lid. Así que la columna del enemigo empezaba á exceder mi derecha para realizar su pensamiento, ordené al Murat Tucumano, Alvarez, que cargase y acuchillase á su antiguo jefe, que tenía al frente. Recibir la orden, cargar con admirable denuedo, arrollar y arrojar completamente la derecha enemiga á su retaguardia, hasta hacerla repasar el puente, fué obra de un momento. Esta operación atrevida, produjo el efecto que me había propuesto; la gran columna enemiga de infantería, que iba marchando por el frente á mi derecha, retrocedió precipitadamente y en alguna confusión, que procuré aumentar avanzando sobre ella mis dos baterías compuestas de 8 piezas y los doscientos cazadores que me quedaban en línea, y ordené á mi derecha, que cargase sobre el flanco izquierdo del enemigo, que era ya su retaguardia, avisándole que la derecha enemiga estaba en completa derrota por el bravo coronel Alvarez. El valiente coronel Baltar, uno de los jefes más estimados del general Lavalle y de todo el ejército, por su bravura y capacidad, que siendo el jefe del E. M., había querido ir á dirigir la derecha, que estaba á las órdenes de su bravo amigo el coronel Peñaloza, con más de 500 hombres de la mejor caballería de mi ejército, se acobardó sin duda en esta vez á vista de la numerosa infantería enemiga; y me manda decir que no puede cargar por tener al frente una columna de infantería y se queda parado presenciando el retroceso precipitado del enemigo y el abandono que hicieron de su batería de la izquierda. Repito la orden con todos mis ayudantes y no es obedecida, á pesar de las instancias del coronel Peñaloza. Vuelvo á repetirle con enfado y de un modo terminante la orden de cargar, aunque fuesen diez mil columnas á su frente, que no habría sino muy poca fuerza y mandando avanzar al coronel Avalos con la reserva á proteger mi costado izquierdo, que se había perdido á retaguardia del enemigo, dando orden al viejo y bravo coronel Salvadores, que estaba á la cabeza de mi infantería, para que cargue á la bayoneta con sus 200 hombres, sobre los que retrocedían á su frente. ¿Y creerá Vd. que este viejo y valiente soldado de la Independencia, se acobarda también y me da la misma contestación que Baltar? Le mando replicar con indignación que si no carga en el acto voy

á ponerme á la cabeza de mis cazadores y decidir personalmente la batalla. ¿Y qué le parece á Vd. que hace Salvadores? Ordena entonces al bravo teniente coronel Esqueñigo, que era su segundo, que cargue, y él se queda tras de los cañones. Esquiñigo, tomando en sus manos la bandera, porque había sido herido el abandonado que la tenía, pónese al frente de los cazadores y carga á la bayoneta: los enemigos retroceden, pero es roto su brazo en que llevaba la bandera, cae con ésta y les manda retroceder. Los soldados, encontrándose sin jefe y habiendo recibido orden de dar media vuelta por el jefe herido, retroceden y se desordenan, empezando á retirarse. Yo, que los observo, corro en persona, los hablo y ordeno, y conduzco formados á la primera posición juntamente con las dos baterías, pero ya sin un tiro de cañón, y los cazadores sin municiones. Se trae un último cajón que había de fusil en las carretas y después de repartirse, el fuego se renovó por un corto tiempo, conservándose mi izquierda triunfante y avanzada. En tales circunstancias y después de mis repetidísimas órdenes al costado derecho para que cargase, se había éste movido al galope, no sobre los enemigos, sino sobre su derecha y observado yo antes del desorden de mi infantería que los polvos conversaban así al enemigo, y que los de la caballería de éste corrían hacia el puente que tenía á su retaguardia; pero en estos momentos precisamente se me avisa que la caballería de mi derecha huía por la espalda en desorden perseguida por alguna caballería enemiga, pero en corto número, y me fué forzoso abandonar el campo ya sin municiones con que defenderme, y con sólo tres ayudantes y dos de los beneméritos Piñeros del cuerpo de artillería, el capitán D. Mateo y uno de sus hermanos corrió á contenerla. Los enemigos, que ya me llevaban la delantera, toman primero el único callejón por donde podían salvar hacia el pueblo y logro introducirme por un portillo á la par de ellos, á un potrero, con mi valiente y distinguido ayudante de campo, D. N. Gutiérrez y los dos Piñeros; perdiendo al entrar al portillo á mis otros dos ayudantes Enrique Piñero y Santuballa, que fueron lanceado el uno y boleado el caballo del otro. Aquí tiene Vd. cómo se perdió una batalla que era ya nuestra.

Luego que llegué al pueblo de Mendoza, caída ya la tarde, concebí la idea de pasar en dirección á la cordillera y contramarchar después que hubiese oscurecido, en dirección á Córdoba, con más de 700 hombres de caballería que había reunido, por el mismo camino de San Luis que había traído Pacheco, y dejándolo á éste

con su ejército á mi derecha; mas, reflexionando así que oscureció, que mucha parte de la emigración que estaba en ésta, debía ya hallarse inmediata y conduciéndome las municiones y armamento que me mandaba la Comisión, y considerando además, que tanto los emigrados como el armamento debían ser tomados por los enemigos, y que según las comunicaciones que había recibido en la mañana de ese día, era más que probable que este Gobierno hubiese ya declarado la guerra á Rosas, según las aca-loradas sesiones que hubieron en las Cámaras á este respecto, desistí en aquel pensamiento y me resolví á seguir mi camino á esta República. A este efecto, reuní toda mi fuerza en columnas cerradas por escuadrones, y después de darles las gracias por la constancia y lealtad con que me habían acompañado, les aconsejé que restituyeran á sus pueblos ó ganasen los montes, mientras yo regresaba de ésta con toda la emigración y con los auxilios que me estaban ya en marcha, pues no era posible que se expusieran tantos hombres á perecer en la cordillera cerrada, y mucho más desde que había la certeza de mi pronto regreso por la declaración de la guerra que se me anunciaba por esta República.

Toda la oficialidad y tropa, á una voz me contestaron, que ellos se habían decidido á acompañarme hasta morir conmigo ó salvar la Patria; que, por consiguiente, ninguno me abandonaba, pues preferían morir conmigo en la cordillera. ¡No pude menos que conmoverme al ver tanta decisión! Pero, no siendo bastante las repetidas instancias que les hice para que se volvieran, tuve que continuar la marcha con todos ellos durante toda la noche.

Amanecido el siguiente día 25, y después de haber descansado como media hora á inmediaciones de los Cerros de Uspallata, continué la marcha hasta llegar á este punto con mis ayudantes, ya al cerrar la noche, pues me adelanté de la fuerza una hora antes con el objeto de preparar carne para la división, después de haber conseguido durante el camino que se volvieran á fuerza de mis ruegos como 200 hombres. Así que llegué á Uspallata, me encontré al Sr. Baltar, que había llegado á las 12 del día al mismo tiempo que llegaba también de ésta D. Domingo Sarmiento con varios otros emigrados y algunos auxilios que me llevaba, y los cuales, con la noticia que él les dió, se habían regresado en el acto con el fin de mandarnos encontrar con algunos auxilios propios para la cordillera.

Mi primer cuidado fué mandar apartar como 300 ovejas para que comiera la tropa y aprovechar las pieles para retobar los pies de mis soldados para el paso de la cordillera. Llegó la división una hora después, y yo me ocupé de dar cuenta á la Comisiór: Argentina del inesperado contraste que había sufrido, después de estar ya vencedor, y de pedir la venia al Excmo. Gobierno de esta República para así buscar un asilo en su territorio, y mandé con dichas comunicaciones á mi Secretario Villafañe, esa misma noche.

Luego que amaneció el 26, se nos proporcionaron como 70 cabezas de ganado y mandé continuar la marcha de mis fuerzas con el Coronel Baltar á su cabeza, mientras yo me quedé á persuadirá varios gravemente heridos á que se quedasen allí, porque iban á perecer irremediamente en la marcha sin que se les pudiera suministrar ningún auxilio. Luego que hube logrado persuadirlos y dejádoles algunos pesos que me prestaron mis ayudantes, continué mi marcha hasta alcanzar la división, pero el Coronel Baltar, que iba á su cabeza, se había ya largo solo, adelante y llevándose los dos únicos baqueanos de que se había provisto con anticipación.

Por último, habiendo llegado ya al día siguiente á la punta de las Vacas y al pie de la Cordillera, alcancé á mi secretario Villafañe, que había mandado con las comunicaciones, y resolví ser yo mismo el conductor de ellas hasta Aconcagua. Para el efecto, dividí mi fuerza en 3 divisiones para que marchasen de allí sucesivamente con intervalo de diez horas una de otra para que no se obstruyeran en las casuchas de la Cordillera, disponiendo al mismo tiempo que se carneasen con cuero todas las reses y llevase cada hombre la carne asada que pudiese, pues de allí adelante no había ya más que cielo y nieve. Después de dejar ordenado todo esto, me adelanté con mis ayudantes y algunos ciudadanos del Escuadrón Mayo, con el objeto de mandar desde los Andes ó Aconcagua todos los auxilios posibles, y habiendo llegado ya á pie á la casucha del pie de la Cordillera, por no ser posible que los caballos penetrasen en la nieve, y al cerrar la noche del 28, me encuentro dentro de la casucha á mi buen Coronel Baltar.

Le aseguro á Vd., mi amigo, que fué necesaria toda mi calma para no haberlo mandado amarrar allí, él, que sabiendo luego que yo conducía las comunicaciones que había mandado de Uspallata con mi secretario, al cual alcancé por haberse él llevado

los baqueanos, tuvo la impavidez de ofrecérseme para conducir las inmediatamente; y como yo conociese que ninguno sería más solícito que él para correr, se las confié inmediatamente y partió al instante, dejándome uno de los baqueanos.

A poco rato llegaron cinco peones de Aconcagua, mandados por Sarmiento, con un gran saco cada uno á cuestas, llenos de pan, azúcar, yerba y cueros para forrar los pies de la tropa y algún charque y cebollas. Yo tomé un pan para cada dos hombres de los que me acompañaban, y quedándome con uno de los peones para que me sirviera de guía, hice pasaran los demás con toda la provisión al encuentro de las divisiones, dándoles una orden para que se distribuyesen proporcionalmente entre las tres divisiones. Serían las 12 de la noche, cuando el baqueano, arrimándose á la puerta de la casilla, me dice: "Temporal tenemos, señor." Al oír yo este anuncio, dije á mis acompañantes, que estaban tendidos: á marchar, caballeros, antes que se nos imposibilite más la subida y me puse en marcha con la aprobación del baqueano. Algunos de mis acompañantes se habían hecho los dormidos, quedándose, y tuvieron que arrepentirse después. A mi sobrino, el Coronel Alvarez, que iba herido, le habían conservado el caballo con mil trabajos sus dos ordenanzas, é igual diligencia había practicado un ciudadano del Mayo y fueron los dos únicos que llegaron á Acoocagna con sus caballos.

A poco andar, comenzó á descender sobre nosotros una abundante lluvia de copos de nieve y cuando salíamos á la cima de la cordillera, ya de día, yo, que iba en cuerpo, me quedé helado de medio cuerpo y sin movimiento, pero á fuerza de frotaciones, que me dió el baqueano, volví en mí y me llevaron con trabajo á la 1ª Casucha. Allí se encendió fuego con las culatas de algunas tercerolas y después de haber tomado algunos mates, mandé continuar la marcha, después que hice pasar los nuevos peones que recibí con provisiones mandadas por Sarmiento y el Gobernador de Aconcagua ó Santa Rosa de los Andes, y á fuerza de constancia y empeño, logré descender hasta la Casucha de la Punta del Agua, ya al cerrar la noche; mas, algunos que habían adelantado de mi comitiva, alcanzaron allí nuevamente al coronel Baltar, quien así que los vió, se largó á espeta-perro antes que yo llegara, y mandó para su amigo el Coronel Peñaloza un caballo ensillado y algunas provisiones, de que se había allí provisto de los varios vivanderos que iban ya al encuentro del ejército. El resultado

fué que el 1º de Octubre llegué yo á la Guardia Vieja, que está al extremo de la cordillera, ya muy caída la tarde, pero sin ver todavía más que cielo y nieve.

Allí me encontré con nueve ó diez peones cargados de víveres y cueros para los pies, que me mandaban de Aconcagua el Gobernador Cufre y D. Domingo Sarmiento, y con una porción de vivanderos que iban al encuentro de las tropas con la noticia de que iban bien pagos. A la media noche empezó á caer la nieve en abundancia, en tal extremo, que el patrio de la casa tenía más de una vara de elevación; con cuyo motivo empezaron los peones á desanimarse de pasar con sus sacos al encuentro de las divisiones, así que amaneció. Yo, que consideraba el conflicto en que se encontrarían por el temporal mis pobres tropas, reuní de entre mis ayudantes y demás ciudadanos que me acompañaban más de doscientos pesos fuertes y les pagué otro tanto que lo que se les había dado en Aconcagua y los hice que pasaran, aumentando algunos peones más con víveres que compré á los vivanderos y los despaché, continuando yo mi marcha hasta Santa Rosa de los Andes, y sólo dos ó tres leguas antes de llegar á dicho punto logramos ver ya los árboles y algunas peñas sin nieve.

Se pasaron cinco días sin tener la menor noticia de las divisiones, sin embargo de los facultativos y demás enviados que había mandado el Gobierno al encuentro de ellas. Por fin, empezaron á llegar, habiendo perdido una porción de hombres, unos las manos, otros los pies y varios la vista y perecido más de 16, pero felizmente fueron todos asistidos con el mayor esmero por todo el vecindario y socorridos por orden del Gobierno, hasta que lograron reponerse y fué entonces que dispuso el Gobierno que se disolviese la fuerza y se internasen todos á buscar trabajo. Así terminó, mi amigo, la campaña del 2º Ejército Libertador.— ¡Quiera el Cielo que la del suyo termine dando la libertad á nuestro desgraciado país.

Estos son los deseos de su más afecto amigo y compañero—

Gregorio Araoz de La Madrid.

1º Y 2º EJÉRCITO LIBERTADOR

Comisión de la Emigración Argentina en Chile.

Santiago, Setiembre 19 de 1841.

A S. E. el Director de la coalición del Norte, General en jefe del 2º Ejército Libertador:

EXCMO. SR:

La asombrosa campaña del segundo ejército libertador, que

ha terminado con la destrucción de Aldao y la libertad de Cuyo, es uno de aquellos acontecimientos prodigiosos ó inverosímiles, que nadie espera y á cuyo poder se somete la suerte de los hombres y de los pueblos. Más fácil es que V. E. conciba, que no que la comisión acierte á expresarle propiamente los sentimientos y emociones que ha excitado en ella la lectura de la respetable comunicación de V. E. de 5 del presente, que condujo el comandante Videla. Destruído un ejército del tirano de nuestra patria, arrancado de sus manos uno de los más fuertes baluartes de la tiranía en el interior; anonadados dos de sus satélites, se enfrena la insolente audacia de los verdugos de Rosas, se reanima el desaliento de los patriotas pusilánimes, la causa de la libertad dilata sus cimientos, y se aproxima el cumplimiento de esta cara é infortunada República Argentina. A V. E., á ese puñado de gigantes, á la coalición del Norte, se debe este inmenso bien. La emigración Argentina en Santiago, á quien representamos, hace á V. E. la más cordial y sincera expresión de agradecimiento; y en su persona ofrece el homenaje de los mismos sentimientos al ejército y á la coalición del Norte. Hombres capaces de concebir y ejecutar tales pensamientos son dignos de la admiración que inspiran y del lugar que desde luego les reserva la historia para recomendarlos á la posteridad como modelos de patriotismo, de elevación y de grandeza.

La comisión testifica á V. E. el profundo sentimiento que la afecta por las preciosas vidas que han sido el rescate de la libertad de Cuyo: por la nunca bien sentida pérdida del magnánimo Acha. Parece que la Providencia ha querido hacernos medir el beneficio que nos ha otorgado por la costa á que nos lo concede.

V. E. ha interpelado el patriotismo de la comisión, ella responde á su llamamiento con toda la decisión, con todo el empeño, con todo el ardimiento y exactitud de que es capaz. No quiere abundar en palabras en este sentido, y se remite á lo que en distintas comunicaciones suyas hallará V. E. Pero, no es ajeno de este lugar que le haga saber que en este momento ha dirigido ya comunicaciones á todos los puntos de Chile donde hay Argentinos para avivar su energía: que ha enviado á varios puntos del Pacífico la noticia de estos grandes acontecimientos; que cultiva y fomenta la excelente dirección que la opinión pública toma en Chile, y por último, que muy pronto tendrá en marcha varios artículos de los que V. E. necesita, como armamentos, municiones, et-

cétera. La comisión trabajará día y noche para apoyar la empresa de V. E. Tocaré todos los recursos, agotará todos sus medios, que cuando nada logre (lo que está muy lejos de temer) nadie podrá quitarle la gloria de hallarse asociada á V. E. en la inmortal tarea de reconquistar la existencia y libertad de la República Argentina, patria de tantos hombres ilustres, suelo de tantos hechos grandes.

La Comisión saluda á V. E. como Libertador de Cuyo, y le ofrece su respeto, su afecto y su más distinguida consideración.

*Juan Gregorio de las Heras—Gregorio Gómez—
Tomás Godoy Cruz — Gabriel Ocampo — Martín
Zapata — Fabián Gómez — Domingo de Oro. —
Es copia—Villaña.*

Comisión Argentina en Santiago de Chile.

Octubre, 2 de 1841.

*A S. E. el Director de la coalición del Norte, General en
Jefe del 2º ejército Libertador y Capitán General de la Pro-
vincia de Mendoza:*

EXMO. SR:

Ha recibido la Comisión Argentina la comunicación de V. E. del 25 de septiembre desde Uspallata; sea cuales fueren las causas porque el enemigo ha triunfado del ejército de héroes que V. E. ha mandado, ni la causa de la libertad ha muerto, ni la gloria de esos valientes se ha empañado. La Comisión, con todo, deplora profundamente tan amargas desgracias. Lloro la vida de tantos bravos, los horrores destinados á Mendoza; la sangre de Acha y sus valientes compañeros. Mucho ha perdido la República Argentina; más le queda V. E., les queda á sus valientes compañeros de gloria más arraigado el odio á su bárbaro tirano; les quedan los huesos de sus hijos sembrados en los campos para recordarles que es preciso ser libres ó morir como ellos si se ha de llevar el nombre Argentino dignamente.

La Comisión cree que recibirá esta comunicación en los Andes, y se congratula con V. E. con la esperanza de que los padecimientos físicos de esos valientes habrán terminado.

El Gobierno de Chile como V. E. será impuesto, ha dictado medidas para auxiliar y socorrer los emigrados. El Sr. D. Domingo Sarmiento tiene orden de aproximarse á V. E. para poner en su conocimiento cuantos datos pueda desear. Merece la completa confianza de sus compatriotas y es digno de la de V. E.

La Comisión saluda muy afectuosamente á V. E. y en su persona á todos nuestros valientes y desgraciados hermanos.

JUAN GREGORIO DE LAS HERAS.

*Domingo de Oro, Secretario.— Martín
Zapata, Secretario.*

Es Copia.—Villaña.

FIN

ÍNDICE ANALÍTICO

Belgrano y Balcarce—Batalla de Tucumán—de Salta—de Ayohuma—de Vilcapugio—Puesto de Márquez—Ataque de Venta y Media—Sipe Sipe—Acción de Culpina—Acción del Río de San Juan—Sublevación de Borges—Expedición al Alto Perú—Toma de Tarija—Sorpresas y rendición de un escuadrón enemigo sin disparar un tiro—Marcha sobre Chuquisaca y ataque de esta plaza—Ataque en retirada al fuerte de Tarabuco—Vuelta de la división sobre Chuquisaca y se le pone sitio—Se levanta el sitio y en retirada es sorprendida y dispersada la división en Sopachuy—Varios encuentros de ésta con los enemigos hasta su incorporación al ejército—Ataque de la Herradura.

Revolución de Arequito—Derrota de Soler por López, Alvear y Carreras—La Madrid en Buenos Aires, al mando de las tropas que se pudieron organizar, rechaza y persigue á estos jefes—Ataque y toma de San Nicolás de los Arroyos contra las fuerzas de Carreras—Expedición á los indios con el General D. Martín Rodríguez—Ataque de Coronda contra Ramírez—Levanta Madrid el sitio de Cruz Alta—Desempeña este General varias comisiones hasta que es nombrado Gobernador de Tucumán—Quiroga ataca á La Madrid en el campo del Tala y es vencido por éste, quien en la persecución es herido y queda por muerto—Nueva campaña de La Madrid sobre Santiago del Estero el año 27 contra Ibarra, que batido, fuga hasta Córdoba—Batalla del Rincón contra Quiroga—Emigra La Madrid á Bolivia—Su regreso á Buenos Aires el año 28—Batalla de Navarro, muerte de Dorrego—Campaña de Córdoba con el General Paz—Prisión de éste—Retirada á Tucumán—Batalla de la Ciudadela de Tucumán—Últimas campañas de La Madrid en el interior de la República en los años 40 y 41.